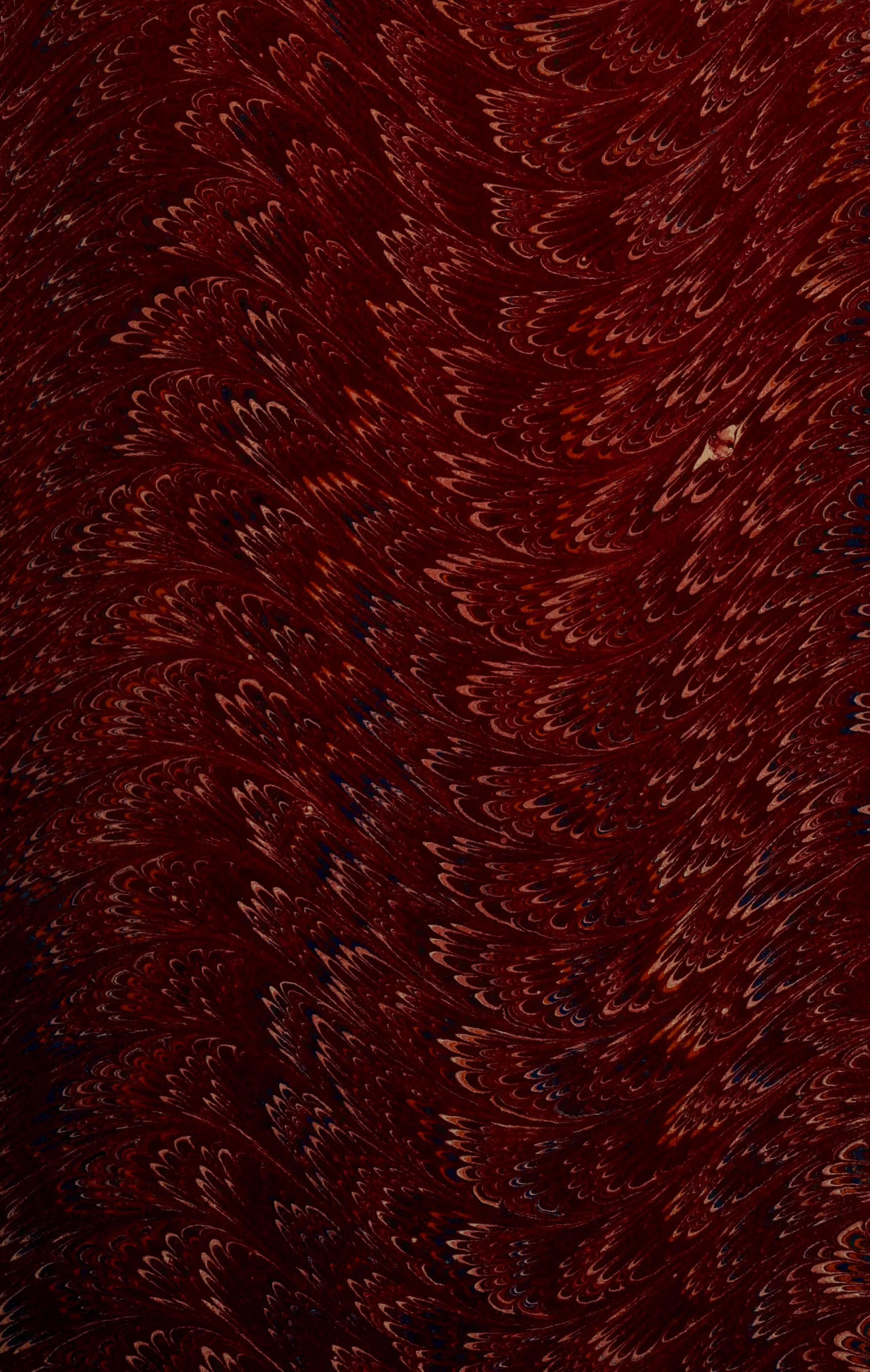

3 1761 08695951 7


REAL
ACADEMIA
ESPAÑOLA
C. F. Bradford



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/ndicedelasnotasd00brad

...d. Jan 3/18
Dr. E. H. Bradfo[rd]
133 Newbury St.
Boston

ÍNDICE

DE LAS

NOTAS DE CLEMENCÍN AL *QUIJOTE*

Aıɔd
Ybr

ÍNDICE

DE LAS

NOTAS DE D. DIEGO CLEMENCÍN

EN SU EDICIÓN DE

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

(MADRID, 1833-39, 6 vols., 4.º)

CON MUCHAS REFERENCIAS Á PASAJES OBSCUROS
Y DIFICULTOSOS DEL TEXTO

Y Á LA

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DE MR. TICKNOR

(Edición de 1863, 3 vols.)

POR

CARLOS F. BRADFORD

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EN BOSTON

145016
22/1/18

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1885



[Translation.]

TO THE READER.

In 1876 the North American scholar Don Carlos F. Bradford, forwarded to the Spanish Academy a manuscript copy of his interesting Index on the Notes of D. Diego Clemencin to Don Quixote. Immediately on its receipt a committee was appointed, consisting of D. Juan Eugenio Hartzenbusch and D. Aureliano Fernandez Guerra, to examine the merits of so unique a work, and the favorable opinion given by this committee can be judged by the following extracts from its report: —

"Part of the first volume is in English, though largely interspersed with extracts in Spanish from Clemencin; the closing portions of the first volume and the whole of the three succeeding ones are given in our language in very good style, in excellent chirography, remarkably equal and neat, and executed with great pains and care, — an amount of labor evincing at once the solicitude, industry, and ability, as well as the enviable firmness of hand, of the author.

"The Index, arranged alphabetically, is composed of the most prominent words found in the commentary, many of which, being the same in the great work of Cervantes, make Mr. Bradford's Index almost identical with an Index to the 'Quijote.' The text of the articles of our generous correspondent, adhering, as it does, most

scrupulously to the original notes, gives a combined and extended summary of them, leaving no minute detail unnoted, no curiosity unsatisfied; hence result articles of considerable length, and for that reason alike useful and entertaining. In some instances he even makes critical observations on the opinions of the author, expressed briefly and with singular felicitousness.

"The Index is the fitting auxiliary for the use of the edition of Clemencin, and when we consider what an amount of labor, in view of the difficulty of the task requiring so much thought and time, is due to the mind and pen of one so far advanced in years, we do not know which to admire most, the courageous spirit and heroic perseverance of the compiler or the perfectness of his work."

Mr. Bradford does more than is indicated in the above-quoted extracts. At times he makes comments on his own account on some of the obscure passages which were overlooked by the Spanish commentator; he completes and enriches his work with definitions taken from our authorized dictionaries or from passages quoted from other important works, both Spanish and foreign, and especially from the "History of Spanish Literature," which we owe to the pen of his countryman and friend, the illustrious Ticknor.

This work, commended by so many favorable circumstances, is in reality but a mere supplement to Clemencin's edition of the Quijote printed in the years 33 and 39 of this century. This is becoming every day more rare, and will not find its way readily to the public eye, as its author was not willing to incur the cost of a new edition.

In order that the generous purpose might be carried out without injury to the original precious manuscript the Academy confided to the care of the representative of Mr.

Bradford in Madrid the duty of taking a copy, to the end that it might be printed, and that the English portion might be put into Spanish, or suppressed, in conformity with the expressed wishes of the author.

The copy and translation having been made, the work has at last been given to the press, under the supervision of the committee of the Academy. Few foreigners are so well versed in the Spanish language as Mr. Bradford; but this language is not his own, and he has very excusably fallen into certain errors in some instances, which the committee has felt itself authorized to correct in the body of the work, or in the list of erratas.

Mr. Bradford has followed scrupulously the orthography of the work which has served him as original; but the committee, considering so rigid an adherence unnecessary, has preferred to conform itself to the ruling system of orthography, — an innovation which has resulted in the substitution of certain words by others, and certain changes in the alphabetical order of the Index. And in order that the volume may be less bulky, and thus lessen the cost of the edition, the references to Mr. Ticknor's "History of Spanish Literature" (1863, 3 vols.), which are found in the margin of the manuscript, have been placed at the end of the articles in parentheses, so that they may be distinguished from what appertains to the notes of Clemencin and the text of Cervantes.

The above explanations are sufficient, in the opinion of the Academy, for a full understanding of the intelligent reader with regard to the reasons that influenced the Academy in taking charge of the publication of the work of their worthy correspondent in Boston, and make clear the course the committee have pursued in its editorial task.

AL LECTOR

En 1876 remitió á la Academia Española el literato norte-americano D. Carlos Federico Bradford copia manuscrita de su interesante *Índice* para el Comentario de D. Diego Clemencín al *Quijote,* y tan pronto como fué recibida se nombró una comisión compuesta de los académicos numerarios D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Aureliano Fernández-Guerra, para que informara sobre la calidad de tan curioso trabajo.

De lo favorable del dictamen que emitieron estos señores, puede juzgarse por los párrafos siguientes:

"Parte del primer volumen está redactada en len-”guaje inglés, llena de cláusulas castellanas de Cle-”mencín; el final del tomo I, y enteros los tres si-”guientes, están escritos en nuestro idioma, en muy ”buen estilo, de excelente letra, sumamente igual, ”limpia y muy esmerada; trabajo que, desde luego, ”pone en evidencia la noble solicitud, la laboriosidad, ”el ingenio y también la envidiable firmeza de pulso ”del autor. El *Índice* va formado por orden alfabéti-”co de las voces más notables que ocurren en todo

"el COMENTARIO del Sr. Clemencín, muchas de las "cuales son las mismas de la gran obra de Cervantes; "de manera que viene asimismo á ser un índice del "*Quijote*.

"El texto de los artículos ..., arreglado á las no- "tas originales, las compendia con desahogo, no de- "jando de ellas particularidad que no mencione, cu- "riosidad que no satisfaga ...: alguna vez, hasta hace "sobre opiniones del autor alguna advertencia crítica, "expresada con brevedad y con notable acierto. Es "para el uso de la edición de Clemencín este *Índice* "el auxiliar más oportuno. Y cuando se recuerda que "trabajo, por su dificultad, de tanta meditación y "tiempo, es debido á la mente y pluma de un ancia- "no de venerable edad, no se sabe qué admirar más, "si el ánimo valiente del redactor, su heroica cons- "tancia, ó la perfección de la obra."

El Sr. Bradford hace aún más que lo que se indica en los párrafos anteriores: á veces comenta por su cuenta, siempre sobria y discretamente, algunos de los pasajes obscuros que dejó olvidados el crítico español, y completa y enriquece su obra con definiciones tomadas de nuestro *Diccionario de la lengua vulgar*, ó con pasajes de otras importantes obras españolas y extranjeras, y más particularmente de la *Historia de la Literatura Española* debida á la pluma de su compatricio y buen amigo el ilustre Ticknor.

Trabajo adornado de tan recomendables circunstancias, pero al fin mero complemento de una deter-

minada edición del *Quijote*, que impresa entre los años 33 y 39 de este siglo, va haciéndose cada día más rara, difícilmente habría podido ver la luz pública si su propio autor no hubiera hecho un nuevo sacrificio: el de costear la edición.

Para que tan generoso propósito se llevase á cabo sin deterioro del precioso manuscrito original, la Academia confió al representante del Sr. Bradford en Madrid el encargo de hacer sacar una copia con destino á la imprenta y en la cual estuviese traducido al castellano, ó quedase suprimido, el texto inglés, según los deseos expresados por el autor. Hechas copia y traducción, el libro se ha dado al fin á la estampa bajo la vigilancia de una Comisión de la Academia.

Conoce el Sr. Bradford la lengua castellana como pocos literatos extranjeros; pero esta lengua no es la suya, y disculpablemente ha incurrido en ciertas equivocaciones que la Comisión se ha creído autorizada á corregir en el cuerpo de la obra ó á salvar en la fe de erratas.

El Sr. Bradford ha reproducido en su manuscrito con escrupuloso rigor la ortografía de la obra que le ha servido de original; pero la Comisión, considerando innecesaria tan prolija exactitud, ha preferido el sistema ortográfico vigente, innovación de la cual resultan, por efecto del reemplazo de ciertas letras con otras, algunos cambios en el orden alfabético de los artículos del *Índice*.

Asimismo, y á fin de que el volumen resulte me-

nos abultado, y menor, por lo tanto, el coste de la edición, las referencias á la obra de Ticknor, *History of Spanish Literature* (1863, 3 vols. 4.°), que en forma de apostillas ocupan las márgenes del manuscrito, van colocadas al final de los artículos á que corresponden y encerradas entre paréntesis rectangulares para que se distingan de las concernientes á las Notas de Clemencín y al texto de Cervantes.

Las explicaciones que preceden son suficientes, en concepto de la Comisión, para informar al discreto lector de las razones en que se ha fundado la Academia al patrocinar el libro de su digno correspondiente en Boston, y para dar á conocer la parte que ha tomado la Comisión en la tarea editorial.

Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La idea de preparar un Índice á las Notas de D. Diego Clemencín en su edición del *Quijote*, me fué primeramente sugerida por mi distinguido amigo el finado Mr. Ticknor, quien, mientras revisaba en 1863 la tercera edición de su *Historia*, hizo para su uso particular uno muy corto. El me rogó encarecidamente que emprendiese este trabajo; y aunque preví que sería obra muy difícil, recelando no poder desempeñarla debidamente, me halagó tanto la idea, que no vacilé en dedicar los momentos desocupados de muchos años de una vida activa para llevarlo á efecto.

El primer ejemplar, de 130 páginas, fué presentado á Mr. Ticknor, y hoy se encuentra con los valiosos libros que á su muerte legó este eminente escritor á la Librería pública de Boston. Otros ejemplares destinados á algunos amigos obtuvieron tan lisonjera acogida como el primero; y de ahí que emprendiese otro más extenso para la Universidad de Harvard (Cambridge), á la que había proporcionado ya la edición de Clemencín.

El objeto, al expresar mi homenaje de respeto hacia Harvard, ha sido la esperanza de ayudar á sus alumnos en el estudio de aquella obra magistral, y aficionarlos más por este medio á la bella y rica lengua castellana.

Lejos de mi mente el pensar que este mi humilde trabajo pasaría más adelante, cuando el año anterior fuí sorprendido con una lisonjera invitación de la Academia Española, indicándome la viva satisfacción con que recibiría una copia del dicho Índice· insinuación á la que no podía menos de acceder con viva complacencia, siquiera fuese como mero agradecimiento del distinguido honor que aquella ilustre Corporación me dispensaba, nombrándome socio correspondiente.

Luché con algunos inconvenientes; entre otros, la necesidad en que me he visto, á falta de un amanuense hábil, de escribir la obra de mi propia mano; faena que, si bien harto penosa para mi

edad, me proporcionó, sin embargo, la oportunidad de extender este trabajo, por más que fuese á costa de dilación.

Mr. Ticknor, en su *Historia*, hablando del COMENTARIO de Clemencín, dice que «es uno de los más completos que se conocen »sobre autor alguno, antiguo ó moderno. Está escrito con buen »gusto y sana crítica en lo relativo al mérito de Cervantes, mos»trándose el autor libre de aquella ciega idolatría que distingue »á D. Vicente de los Ríos y á la edición de la Academia; y aun»que peca por demasiada extensión, también es cierto que apenas »deja pasaje oscuro que no declare competentemente. Siguió Cle»mencín el mismo sistema que Bowle, y así es que la erudición só»lida y oportuna con que su comentario está adornado deja, en rea»lidad, muy poco que desear en cuanto á anotaciones.» (Vol. III, pág. 438, ed. de 1863, traducción de Gayangos.)

En lo que dice Mr. Ticknor acerca de la demasiada extensión de las notas, sin duda hace referencia á los lectores en general; pero, á mi parecer, debe tenerse en mente que aquellas notas fueron escritas para estudiantes, quienes, como el mismo Ticknor, deben encontrarlas de sumo valor. Condensar éstas ha sido el objeto especial del presente INDICE, procurando hacer accesible lo más esencial é importante de ellas.

Verdad es que Clemencín me ha parecido demasiado crítico en muchas ocasiones, poniendo reparos ó tachas á términos y expresiones que escribió Cervantes evidentemente de propósito; pues que, refiriéndose especialmente á los dichos de Sancho, los encuentro muy propios de lugar. También he creído hallar varios ejemplos de descuido en Clemencín, hijos quizá de omisión ó inadvertencia, que yo en algunos casos, aunque muy pocos, he notado, no habiendo querido extenderme en tales reparos, por ser otro el objeto de esta obra.

He querido llenar el vacío que había en las ediciones y traducciones del *Quijote*: la falta de claridad en el resumen de los capítulos, que hacía difícil hallar inmediatamente determinado pasaje. Con el título de *Aventuras*, *sucesos*, *incidentes y cosas notables del «Quijote»*, hago un resumen de ellos é indico la página y volumen en que se encuentran.

Participo del dictamen de los críticos sobre el sumo descuido y distracciones de Cervantes. Parece que no dió á su gran obra la menor revisión, que siguió su pensamiento sin tener presente lo que había escrito, ni aun las correcciones gramaticales. Creo también que Cervantes varió de plan con respecto á los dos caracteres principales, muy especialmente respecto á Sancho, quien descrito al principio, dice, como «de muy poca sal en la mollera» (I, 162), hace después citaciones en latín, pronuncia bellísimos discursos sobre la muerte y sobre el sueño, y ostenta conoci-

mientos, erudición y ciencia en desacuerdo con su carácter primitivo. En este sentido, parece que Sancho reune en su persona lo que el mismo Sancho dice sobre «el sayagües y el toledano» (IV, 361), los opuestos extremos de ignorancia y de cultura. Clemencín, hablando de él, se expresa en estos términos: «En una »nota al capítulo 23 de la primera parte (II, 245) se dijo que el ca»rácter de Sancho constaba de codicia, miedo, bellaquería (pudie»ra añadirse malicia y al mismo tiempo sandez). En esta segunda »parte parece que varía algo, especialmente en el período de su »gobierno; mas pudiera decirse que *honores mutant mores.*» (VI, 65.)

En mi concepto le cuadra á Cervantes el juicio de Walker sobre el Doctor Johnson, quien fué igualmente indiferente acerca de la pronunciación y la etimología:

«Verdad es que este grande hombre se curaba poco de pronun»ciación ó de etimología, y aun las disquisiciones gramaticales no »parecen haber sido su estudio predilecto; pero cuando era nece»sario definir palabras con precisión, fijar el límite de su signifi»cación, y distinguir los delicados matices de su sentido, este tra»bajo, tan arduo para la mente más aventajada, parecía ofrecerle »una tarea digna de sus fuerzas, y él se volvía entonces un Hér»cules literario: en esto trabajó en honra propia y con provecho »esencial del idioma inglés.»

Respecto á Cervantes, es un hecho indudable que enriqueció mucho su lengua patria.

Son dignos de encomio los Comentarios de Clemencín por la pureza del estilo y por su tono sumamente moral y religioso; señaladamente, sus observaciones relativas á la expulsión de los moriscos de España, abolición de la esclavitud en África, y tratamiento brutal impuesto por los cristianos á Agi Morato al tiempo de la abducción de su hija Zoraida.

En la preparación de este Índice he creído oportuno añadir en algunas ocasiones referencias á pasajes obscuros ó dificultosos, en la idea de que podría interpretarlos con exactitud, tratando á la vez de pasajes repetidos: todo esto se hallará con la marca (t) aneja al volumen y página.

Comencé el presente manuscrito transcribiendo simplemente la copia presentada á Harvard, que se halla escrita ora en inglés, ora en español; mas recordando, al progresar en mi tarea, lo que observó mi distinguido amigo el académico D. Antonio Flores (quien ha tomado un vivo interés en mi trabajo), que «es de sentir que esta obra sobre Cervantes y su más ilustre comentador se haya escrito en inglés, cuando el idioma propio era el español», me decidí á terminarla en castellano. Bien quisiera remediar la falta de uniformidad que presenta la obra en sus primeras ciento cincuenta páginas: las hubiese cambiado desde luego si no hu-

biera temido demorar más este envío. Caso de imprimirse el Índice, desearía que fuese todo en español.

Importa que se entienda que el propósito esencial de este trabajo ha sido proveer de una clave conveniente á las Notas valiosas de Clemencín. He cuidado de no emitir observaciones mías demasiado libremente: se diría marcada presunción en un extranjero poner reparos ó tachas á un escritor tan eminente. No aspiro á mérito alguno, más que al de trabajo paciente ó razonable exactitud. Lejos estoy de considerar mi obra como absolutamente exenta de faltas. Esto recuerda la graciosa contestación, en una nota de Clemencín (I, 168), de una dama á un galán que trataba de alucinarla: «*aunque tonta, no tanto*»; que puede definirse en inglés, conservando el anagrama «*though a simpleton, not simple enough for that*». Permítaseme el uso de esta cita en obsequio á su mucha agudeza.

En conclusión: ruego á la Academia se digne dispensar toda su indulgencia á mi trabajo. Es obra de un extranjero que debe el conocimiento limitado que ha adquirido de la lengua castellana á la mucha afición que siempre le ha inspirado; y bien que privado de consejos que tanto necesitaba, ha conseguido realizarla exclusivamente por sí.

C. F. Bradford.

Boston, 1.º de noviembre de 1875.

ÍNDICE.

se á Dios, y dense.—VI, 324 (t).—Véase *Mano (Á la) de Dios.*

¿Á qué diablos se pudre?—Clemencín dice (V, 365) que no entiende bien esta expresión; pero por el contexto parece que su sentido es éste: ¿Por qué ha de envidiarme, ó censurarme esto vuestra merced? Ó bien: ¿Qué mal hay en ello?

Á qué quieres boca.—Á pedir de boca. (Academia.)—Según el deseo de uno.—IV, 404 (t).

Á quien Dios se la dió, ó *la diere, San Pedro se la bendiga.*—Véase *Quien (Á) Dios se la diere,* etc.

Á Roma por todo.—Á la corte por todo. VI, 77.

Abad; cura, sacerdote.—Acerca de estos títulos eclesiásticos véanse I, 244; II, 276; IV, 88, y V, 24.

Abén Ezra, de Toledo.—Célebre judío, uno de los primeros traductores castellanos de las Sagradas Escrituras. I. 199. —Véase *Toledo.*

Abencerraje (El cautivo).—El de la *Diana* de Jorge Montemayor. I, 92.

Abencerrajes y Cegríes.—Sus relaciones.—«No hay amigo para amigo», verso de un antiguo romance.—IV, 210.

Abernuncio (Abrenuncio).—Locución latina que se usa para dar á entender que detestamos alguna cosa. (Academia.)—«Pero ¿azotarme yo? *Abernuncio*». V, 227 y 231 (textos). —*Abrenuncio Satanás, mala capa llevarás.*—Rechaza ó desprecia al diablo y llevarás un vestido raído. (Bohu.—*Edición políglota de proverbios,* p. 193.)

Abindarráez. I, 92.—Véase *Abencerraje (El cautivo).*

Ablandarse más que una breva madura.—Ceder á la razón ó á la persuasión. V, 233 (t).

Abolengo.—Linaje, alcurnia, descendencia. V, 447.—Véase *Alcurnia.*

Abrojos.—Véase *Disciplina de abrojos.*

Acá ó acullá.—Aquí ó allí. II, 491; IV, 225 y 275 (t).

Academias.—Las de Atenas, París, Bolonia y Salamanca. IV,

340.—La Imitatoria, etc. IV, 342; V, 420.—Véase *Universidades más célebres*.—[III, 245, 246, 253, 254.]

Aceite de Aparicio.—Para curar las heridas; proverbialmente caro. V, 428.

Ación.—Correa de que pende el estribo de montar. IV, 253 (t).

Acomodadizo, za, adj.—Fácil de acomodar, que á todo se acomoda. (Salvá.)—Lo mismo que mañeruelo, servicial, complaciente, dócil. VI, 440.—Véase *Mañeruelas (Pastoras)*.

Acomodarse de.—Proveerse de algo. En el presente lugar el régimen *con*, que viene bien para el *satisfacer*, no viene bien para el *acomodarse*. II, 499; II, 335 (t); IV, 131 (t).

Acordarse de; acordar de.—Observaciones importantes: *acordarse* (recíproco), significa renovar la memoria de alguna cosa: cuando *acordar* no es recíproco, es lo mismo que resolver. «*Acordó* (Don Quijote) de acogerse á su ordinario remedio», I, 87; «no *se acordaba* de ninguna promesa» ó «no *se le acordaba* ninguna promesa», I, 177; «ni él *se acordó* de pedírsele», se diría, según el uso de nuestro tiempo, por «ni á él *se le acordó* de pedírsele», II, 344. Podría decirse «*se me acordó* el encargo»; esto es, me vino á la memoria; pero no «*se me acordó* del encargo». Se puede decir: «*me acordé* del encargo», II, 409.—Véanse diversas Notas.

Acrósticos. IV, 81, 336.—Los clásicos antiguos despreciaron, ó, por mejor decir, no conocieron las glosas, los ecos, los *acrósticos*, que no tienen otro mérito que la dificultad vencida, y que prueban más bien paciencia que ingenio. IV, 336.—Curiosa composición acróstica de Antonio de Lofraso, intitulada *Testamento de Amor*, compuesta de 168 versos en 56 tercetos. I, 143; IV, 82.—Este *acróstico* se publicó en 1573.

Acto posesivo, ó *positivo*.—En las pruebas de nobleza, se llama así el ejercicio de algún cargo ó destino, que, según las ordenanzas municipales, exige la calidad de noble en los que

lo ejercen. I, 227.—*Actos positivos:* hechos que califican la virtud, limpieza ó nobleza de alguna persona ó familia. (Academia.)

Actores en España. IV, 191, 199.

Acuciarse, verbo anticuado.—Apurarse, aquejarse, acongojarse, estar de prisa, con ansia ó impaciencia por hacer una cosa.—Apresurarse, darse prisa para ejecutar alguna cosa. (Academia.)—III, 491 (t), 528.—[I, 458-461, etc.]

Acuña (Hernando de).—Sus versos satíricos sobre la traducción del *Orlando Furioso* por Urrea. I, 121.

Acusar, por avisar.—Hoy día se usa solamente con esta acepción en «*acusar* recibo de una carta». IV, 74.

Achaque.—Asunto, materia; y así se dice: poco sabe N. de *achaque* de amores. (Academia.) IV, 224 (t).—Se emplea en el sentido de excusa ó pretexto: «para comprar en Argel una barca con *achaque* de hacerse mercader y tratante en Tetuán». III, 204 (t); «y con *achaque* de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardín». III, 223 (t).

Adahala, ó *adehala (De).*—Fuera de lo convenido, por gratificación: en este caso quiere decir una condición extraordinaria y ventajosa que se reclama además de las estipuladas. II, 495.

Adalid.—Guiador, guía, caudillo. III, 257.

Adamar.—Amar apasionadamente.—*Adamarse.*—Hacerse delicado como una señorita. VI, 116.—*Adamada.*—Palabra derivada de *dama;* lo que es propio de dama. V, 228.—*Adamar.*—Como nombre, significa: sortija, cinta, presente ó regalillo amoroso; prenda hechizada á la manera de las bebidas ó filtros. VI, 116.—«Á quien tanto *adamo* y quiero». VI, 400 (t).

Adanismo.—Una multitud de personas desnudas. Voz caprichosa de Quevedo. V, 58.

Adarga, rodela.—Un arma defensiva, escudo circular ó tar-

ja. I, 34, 163; II, 108; III, 91, 295. Se diferenciaban la *adarga* y la *rodela* en que la primera era de cuero; la segunda, de hierro ó de madera guarnecida de hierro; la primera tenía por dentro dos asas; la segunda, una; la primera era arma propia de jinete; la segunda, de infante. I, 163.—Véase *Rodela*.

Adarvar.—Pasmar, aturdir.—Verbo activo anticuado: úsase también como recíproco.—Covarrubias dice que *adarvarse* ó *estar adarvado* uno, es cuando de algún espanto ó admiración queda sin sentido.—V, 229, 357.

Adelantado. — Título como gobernador. — Véanse *Fernando é Isabel*, de Prescott, I, 359 n., y *Colón*, de Irving, II, 92.

Adelfa.—Oleandro, arbusto venenoso. V, 287.

Adeliñarse, por *aliñarse*, verbo anticuado.—Aparejarse ó adornarse; prepararse. V, 343; VI, 437 (t), 466.

Además.—Fuera de esto, amén de esto; fuera de, amén de; sumamente, muy (acepción anticuada). IV, 45, 185 (t); II, 67, 174; V, 452 (textos).

Aderézame esas medidas.—Se dice cuando uno habla sin concierto, ó cuando las cosas que se hacen no tienen la debida proporción. (Academia.) VI, 36 (t).

Adiva, adive.—Animal feroz y carnívoro de la especie de la zorra.—Covarrubias dice: «*Adivà*, enfermedad de las bestias en la garganta, que las ahoga. En los hombres se llama vulgarmente esquinancia (anginas)». Así lo define también la Academia.—VI, 370.

Adóbame esos candiles.—Expresión familiar que se usa para significar que lo que se ha dicho es un disparate. III, 371.

Adobar la voluntad.—Inclinar, cautivar ó vencer la voluntad.—«Darle conformidad y docilidad». (Arrieta.)—IV, 393 (t).

¿Adónde bueno? ó ¿de dónde bueno?—Modo adverbial por ¿adónde va? ó ¿de dónde viene? (Academia.) V, 11; VI, 424 (textos).

Adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera.—Esto lo dijo el hidalgo, en la historia de Sancho, cuando, habiendo pedido de comer al labrador, surgió una disputa por la negativa de éste á ocupar el sitio de preferencia en la mesa. V, 143, 144.—Véase *Hidalgo (El) y el labrador.* Véase también *Medina Sidonia (Duque de).*—Sancho dice al Duque acerca de su traje de gobernador: «vístanme como quisieren, que de cualquiera manera que vaya vestido, seré Sancho Panza». V, 346 (t).

Adunia.—En abundancia. Corrupción de *ad omnia.* VI, 34.

Afanes.—Anagrama de *faenas,* que significa: trabajos penosos y urgentes. *Faena* pudo venir del latino *facienda.* II, 104.

Agá.—Eunuco, capón, que en turquesco se llama *agá.* III, 179, 211.

Agi Morato.—Renegado esclavón, padre de Zoraida.—*Agi* lo mismo que romero ó peregrino. III, 190, 191, 199, 200, 202, 203, 233.—Su bárbaro tratamiento por los raptores de su hija. Acertadísimas consideraciones de Clemencín acerca de esta crueldad.—«Que á todos nos movió á compasión».—Paréceme que no está bien ideado el carácter de *Agi Morato,* ó que debió ser distinta la parte que se le da en los sucesos.—Al considerar la indulgencia con que había criado y trataba á su hija; la bondad con que recibió y habló en su jardín al cautivo; las demostraciones de su terneza paternal, confirmadas con la expresión de que prefería la libertad de su hija á la suya propia; la acción de arrojarse al mar cuando supo que su hija le abandonaba de grado, y las palabras mezcladas de furor y de ternura que, según adelante se cuenta, le dirigía desde la orilla al perderla de vista, no puede menos el lector de interesarse á favor suyo y de irritarse al ver la propuesta de robarlo y esclavizarlo que hizo el renegado; la grosera violencia con que dispuso se le condujese á la barca atadas las manos; las feroces ame-

nazas con que le intimó el silencio ó la muerte, y el modo áspero y despiadado con que le explicó el misterio de lo que en el barco veía. Todo produce una fuerte impresión contra los cristianos, y de rechazo contra la misma *Zoraida*, que perjudica al interés final de la acción. Fuera mejor que *Agi Morato* presentase un carácter odioso, ó por lo menos que no despertase al verificarse la fuga de *Zoraida* con los cristianos.—III, 233, 234, 253.—Véase *Zoraida.*

Agible.—Factible, hacedero, practicable. Palabra nueva, y dudo que entre los escritores castellanos tenga otra autoridad que la de este pasaje. II, 347.

Agrajes (El Caballero).—Su dicho, especie de amenaza: «ahora lo veredes». I, 187.

Agramante (La discordia de). III, 322, 324.

Agramante y Sobrino.—Reyes de quienes se hace mención en *Orlando Furioso.* III, 327.

Agraviar y afrentar.—«El que no puede ser agraviado no puede agraviar»; ingeniosas consideraciones. V, 151.

Agraz (En).—Que no está maduro ó en sazón.—Antes del tiempo debido ó regular. (Academia.)—V, 275.

Agua de ángeles.—Agua perfumada. I, 73; V, 170.

Agua (De) y lana.—De poca importancia. IV, 228.—Véanse *Tagarninas* y *Piruétanos.*

Agua de mayo (Como el).—Como se desea el agua por los labradores en el mes de mayo. V, 344; V, 437 (t).

Aguachirle, chirle.—Cosa sin fundamento ni sustancia, porque *aguachirle* es aguapié, licor vinoso que se hace echando agua en el orujo de la uva después de exprimida, ó el vino que se hace de uvas silvestres, cuyo zumo se llama *chirle.* IV, 384.

Aguar el contento del agua.—Privar del gusto ó placer de beber agua á los que son tentados por la sed cuando pasan por delante de las fuentes; juego de palabras de *aguar* y *agua.* II, 113.

Aína, adverbio anticuado.—Significa: bien, fácilmente, pronto. II, 89.

Ajedrez (La historia del). IV, 7; V, 45.—«Como aquella (comparación), dijo Sancho, del juego del *ajedrez;* que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en una sepultura». IV, 206 (t).

Ajorcas.—Aros ó brazaletes que usaban las mujeres de los moros en las muñecas y en las gargantas de los pies. III, 189, 215.

Ajos.—Comida villana, prohibida á los caballeros de la Banda. I, 224; IV, 180.—Aversión que Don Quijote les tenía. V, 226, 356.

Ál.—Es el latín *aliud;* en español «otro ú otra cosa diversa ó contraria»; en italiano *altro*.—Empleado por los escritores antiguos, I, 33; «tener más gana de pacer que de *ál*», II, 4 (t); «en *ál* estuvo que en encantamentos», II, 61 (t).

Al, il.—Terminaciones de adjetivos; como en *pastoral*, *pastoril*, *señorial*, *señoril*. Úsase *al* para cosas de mucha importancia; *il* para las de poca; y así se dice: jurisdicción *señorial*, traje *señoril*.—*Al* es también principio de algunas palabras, tales como *alhombra, almohada*.—Cervantes creyó erróneamente que todas las palabras de esta clase eran de origen árabe.—VI, 360.

Al freir de los huevos lo verá.—El tiempo lo dirá, ó con el tiempo se verá.—Origen del proverbio. III, 119.

Al mismo Rey no debía nada.—Baladronada muy corriente en España en tiempo de Cervantes, y ridiculizada por él. III, 501.

Alas de la hormiga.—Las alas de la hormiga, que ésta tiene para su daño. La prosperidad repentina harto frecuentemente es seguida por la desgracia. VI, 91.—Véase *Por su mal nacieron alas á la hormiga*.

tra en la literatura española. II, 210; IV, 76; VI, 203. —[III, 98, 103, 152, etc.]

Alemaniscas ó *alemanas (Toallas).*—Toallas ó manteles alemanes. V, 174.

Alfana.—Nombre que se daba á las yeguas de grandes fuerzas y alzada.—Caballo corpulento, fuerte y brioso. (Academia.)—*Alfana* en italiano es una yegua.

> «*Più non aspetta, e salta su l'alfana:*
> *Quest'era una cavalla smisurata*».
> *(Orlando Innamorato,* lib. I, cap. IV.)—II, 74.

Alfebo.—Caballero del Febo. I, 9; V, 96.

Alfeñique.—Pasta de almendra dulce y azúcar. I, 216; III, 378; V, 153.—«Y le divide en dos mitades como si fuera de *alfeñique*»; ejemplos de biparticiones; cuchilladas que parten en dos pedazos. III, 378.

Alfiler de á blanca.—Alfiler gordo, de á cuarto; *blanca* era una moneda que valía medio maravedí. II, 173, 329; V, 163.

Alfonso, Infante de Portugal.—En el *Amadís.* I, 105.

Algalia (Gato de). V, 16.—Véase *Gato de algalia.*

Algarroba.—Vaina del fruto del algarrobo. Este fruto se da á los caballos y también lo comen las personas. IV, 229.

Algebrista.—Cirujano que concierta los huesos dislocados. IV, 268.

Algo qué.—Una buena suma ó cantidad; *algo que* valga la pena. VI, 77.—*Algo qué de*: especie ó manera de. IV, 88.

Algo va de Pedro á Pedro.—Un Pedro puede no ser igual á otro.—*Ir,* infinitivo de *va,* significa aquí distinguirse, diferenciarse una persona ó cosa de otra. (Academia.)—III, 372 (t).

Algo y aun algos.—Pulla de Sancho convertida en expresión proverbial. Todo esto enteramente de acuerdo con lo jocoso y grosero de su carácter. V, 104, 173.

Alguacil de pobres.—Inspector de los pobres. VI, 63.

Algún sí es no es.—Un sí es no es, algún tanto.—La contra-

posición del *sí* y del *no* expresa el estado de duda é incertidumbre que se quiere indicar.—II, 225.

Algún tiempo.—En algún tiempo indica cierta época, y quizá no distante.—*En tiempo alguno* quiere decir que jamás, y esto es lo que en el presente pasaje ha de entenderse.—Véase lo que puede la colocación y orden de las palabras: *alguno*, pospuesto, significa lo contrario de cuando va delante, y equivale á *ninguno*.—II, 381.

Alheña.—Polvos que usaban los moros para teñir. IV, 246; V, 84.—También se empleaba, después de molido, en algunos preparados medicinales. Nació de aquí un modo de hablar, que es, «está molido como *alheña*», del que está cansado y quebrantado. IV, 247.—«Buenos escuderos molidos como *alheña*». (Sancho.) V, 84.—Véase *Molidos como alheña.*

Aliento (Con desmayado).—Aliento, cuando se aparta de su acepción primitiva (respiración), se inclina más bien á significar la robustez y la fuerza; unido á *desmayado*, le da una tendencia enteramente contraria, y manifiesta de un modo feliz la manera con que Anselmo, perdido el vigor de que antes gozaba, monta lánguidamente á caballo y se pone en camino. No es precisamente Anselmo débil, fatigado, exánime: es Anselmo que fué y que ya no es lozano, pujante: el *desmayado aliento* reune ambas ideas: es una de las frases nuevas que los grandes escritores saben crear. III, 85.

Alí Bajá.—General de la armada otomana, que murió en la batalla de Lepanto. III, 155, 158.

Aliquando bonus dormitat Homerus.—Algunas veces dormita el buen Homero; hemistiquio citado por Sansón Carrasco, de Horacio (*Epistola ad Pisones*, verso 359): el pasaje completo realmente dice así: *et idem indignor, quandoque bonus dormitat Homerus.* IV, 68.

Aljafería.—Castillo de Zaragoza. V, 51.

Aljamía.—Era el castellano que hablaban los moros, así como *algarabía* era el árabe hablado por los cristianos. I, 198. —Véase *Morisco aljamiado.*

Aljófar.—Cierta clase de perla. III, 216.

Alma de almirez.—Lo mismo que *alma de cántaro.* V, 402.

Alma de cántaro.—Vacío ó tonto, simple, estúpido, ó como decimos nosotros: *green* (bobo). IV, 227; V, 145 (t), 228, 445; VI, 402.

Alma en los dientes.—El estado del moribundo próximo á espirar.—Sancho dice de Basilio, quien era muy hablador, que «más parecía tener el *alma* en la lengua que *en los dientes*». IV, 395.

Alma en pena.—Véase *Si eres alma en pena.*

Alma (Su) en su palma.—Refrán con que se da á entender que prescindimos de las acciones de otro, dejando por cuenta suya las buenas ó malas resultas. (Academia.) VI, 359 (t).

Almagre, ó *almagra.*—Ocre encarnado, minio, tierra roja.—Véase *Rótulos.*

Almalafa.—Vestido talar morisco que usaban ambos sexos. III, 236.—Zoraida «traía vestida una *almalafa* que desde los hombros á los pies la cubría». III, 121 (t).

Almario, por *armario.* II, 144; III, 343.

Almete, yelmo. II, 93, 153; III, 313.

Almidonar.—La operación de *almidonar* la ropa era en tiempo de Cervantes parte esencial del aseo personal de ambos sexos; y Alonso de Carranza en el *Discurso contra malos trajes,* impreso por los años de 1630, deplora como «sumo é intolerable» el gasto de almidón que se hacía en los guardainfantes y enaguas de las mujeres, «pudiendo, el trigo que en esto se pierde, servir para el sustento de muchos necesitados». V, 13, 382.

Almirante.—El jefe de una armada, flota ó escuadra.—*Almirante,* que en el día se aplica á los generales de mar, de-

bió venir de *el-amir*, que, según los inteligentes, significa *señor* ó *príncipe*, mal pronunciado por los cristianos. III, 448.

Almizcle.—Sustancia muy olorosa. V, 17.

Almodóvar (La villa de).—Próxima al sitio de la penitencia de Don Quijote. II, 249.—*Almodóvar del Campo.* V, 437, 438.

Almohadas.—En otros tiempos las señoras no se sentaban en sillas, sino en *almohadas* puestas en el suelo; y así lo indica el origen de la palabra *estrado*, que es «tendido en el suelo». III, 32; IV, 164.—*Tomar la almohada.* Así se llama la ceremonia del primer recibo que las reinas hacen á las mujeres de los grandes de España, sentándose éstas en un cojín, y equivale á ponerse sus maridos el sombrero delante de los reyes, que es cubrirse de grandes y tomar posesión de la grandeza. En la ocasión del recibo que la reina Doña Isabel la Católica hizo en Alcalá á los embajadores de Borgoña el año de 1478, la reina estaba sentada en silla y sus damas en el estrado. IV, 164.

Almohades de Marruecos.—Familia ó dinastía de reyes moros de África, que sucedió á la de los Almoravides en el siglo XII de nuestra era, y dominó también en España.—Sancho jugó con el equívoco de *almohadas*, cojines de que se formaban los estrados de las señoras principales, y *Almohades*, familia ó dinastía de reyes moros. IV, 95.

Alonso López (El bachiller).—El caído encamisado de la aventura del entierro y de los encamisados. II, 97, 110.

Alpargatas.—Calzado de cáñamo ó sandalias, que usaba la gente pobre; lo opuesto de «zapatos picados». VI, 91.—Véase *Zapatos.*

Alquife (El sabio).—Marido de Urganda la Desconocida, y padre de la doncella Alquifa. I, 41, 111; II, 283; V, 211.—Véase *Esquife ó Alquife.*

Alquimia.—Sus dos acepciones son: arte de convertir en oro

los metales ordinarios; también significa el similor ú oro falso, y en esta acepción apenas se usa. En la primera, siempre se toma en mal sentido, por la falsa *alquimia;* la verdadera ciencia se llama *química*. IV, 109.

Altanería.—Arte de cazar las aves de alto vuelo con otras adestradas á este ejercicio, las cuales hacían en el aire lo que los galgos, podencos, perdigueros, sabuesos y lebreles hacían en tierra.—En el capítulo 34 (V, 202 (t)), se llama esta caza *de volatería;* y una y otra voz significan lo mismo que *cetrería*, que viene de la latina *accipitraria*, porque se hacía con aves de rapiña.—*Altanería* significa también altivez y soberbia. V, 113, 181, 322.—Véanse *Volatería* y *Cetrería.*

Altarroca, que después llamaron Lisboa. I, 128.

Altisidora (Canción de). V, 396 á 401.—Su burlesca despedida. VI, 150.—Visita á Don Quijote en su habitación. VI, 396, 402.

Alzar las figuras judiciarias.—Consultar las estrellas para pronosticar. V, 35.

Allá darás rayo.—Esta expresión no es inteligible. Según la Academia, denota la indiferencia con que el amor propio mira los males ajenos.—«¡Oxte puto! *allá darás rayo*».—Sancho decide, como resultado de sus reflexiones, consultar únicamente su propio interés y su seguridad, respecto á su comisión para Dulcinea; «vaya el mal á otra parte lejos de mí; no quiero exponerme yo por el gusto ajeno». (Clemencín.)—Yo creo que Sancho tenía miedo á la colérica gente manchega, y se figuraba que en su camino no encontraría otra cosa que *rayos;* puntapiés, en vez de monedas; y no pensó en correr semejante riesgo en provecho de otro.—Esta frase se emplea también á manera de imprecación.—IV, 169.

Allá se lo hayan, se las haya, se lo avenga, te lo avengas, etc.—Véase *Allá* en el Diccionario de la Academia. Expresión

con que se da á entender que uno no quiere intervenir en un asunto por temor á las consecuencias que pudiera tener. II, 278, 451, 522 (textos).

Allá te avengas.—Estribillo de la canción de Altisidora: allá lo verás; *je m'en lave les mains* (Taboada); tocante á eso, lavo mis manos ó me lavo las manos, «y semejantes locuciones, para denotar que uno no quiere ser cómplice en alguna cosa». (Academia.) V, 151 (t).—«Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos». (Don Quijote.) ¡Quitaos allá! no tratéis de desviarme de mi lealtad para con Dulcinea. V, 274 (t).

Allá van leyes do quieren reyes.—La medida de las leyes está al placer de los reyes. *Là vont les lois, où veulent les rois.* Origen de este proverbio. III, 318; V, 261 (t), 387; IV, 324.

Allegar, llegar.—«Se *allegó* á él» por «se *llegó* á él», como diríamos ahora. Entre nosotros, *llegar* es verbo de estado, y *allegar*, de acción, que equivale á recoger y juntar en un montón lo que está desparramado; aproximar y amontonar, y también reconciliar. II, 246.

Allende, adv. ant.—De la parte de allá, del otro lado.—*Allende* en nuestros libros antiguos es equivalente de Ultramar ó de *allende* el mar. I, 13.—*Allende de,* mod. adv. ant. Además, más allá, fuera. (Salvá.)

Amadís.—Vestigios del idioma viejo francés en los nombres propios; como en *Amadís (Aime-Dieu), Arcalaus (Arc-à-l'eau), Briolanja (Brio l'ange), Bonamar (Bonne mère), Estravaus (Des travaux)*, y así otros. I, 108.

Amadís de Gaula.—Nótese que *Amadís*, según su historia, vivió muchos años antes que hubiese Castilla, y aun hubo de ser contemporáneo de Poncio Pilatos, puesto que su tercero ó cuarto nieto, el príncipe Anaxartes, nació el año 115 de Jesucristo, según la historia de D. Florisel de Niquea. I, LXII (Prólogo), 9, 104, 109, 126, 166, 263, 264, 271;

poeta.—Lotario lo cita, «*usque ad aras*», y añade «que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios». III, 10, 11.

Aminta (La), de Torcuato Tasso.—La traducción de Jáuregui es uno de los monumentos más preciosos y célebres de nuestra literatura.—«Es quizás la traducción española más hermosa, perfecta y acabada; se distingue por su gran gusto y facilidad en la versificación, y sobre todo, por el tono lírico encantador, lleno de la armonía y dulzura que se percibe en el italiano». (Ticknor.)—Puede decirse de esta traducción que huele á tomillo. VI, 290.—[III, 34, 35.]

Amistades ilustres.—Cervantes equipara con las más famosas amistades que registra la historia, la que existía entre Rocinante y el rucio. IV, 209, 210; VI, 120, 195 (t).

Amojamado.—Salado y seco como el pescado ahumado. Se deriva de *mojama*, que es atún enjuto, cecina de atún; y así, *amojamado* es lo mismo que acecinado. IV, 3, 434.

Ampo de la nieve.—*Ampo* sólo se emplea en esta frase para denotar la excesiva blancura; blanco como los copos de nieve. III, 369; IV, 175.

Ana Félix, ó Ricota.—La hija de Ricote; la hermosa «morisca». Su aventura. VI, 111, 115, 240, 244, 310, 314, 335.

Anacronismos y desconciertos del *Quijote*. III, 152, 531; VI, 92, 106.

Anagramas.—*Cosas* es el anagrama de *casos;* «*cosas* y *casos*, suceden en el mundo».—Semejantemente á esto contestaba en cierta ocasión una dama á un galán que trataba de alucinarla: «aunque *tonta*, no *tanto*». I, 168.

Ancas (No sufrir).—No consentir que nadie monte detrás. II, 444 (t).

Anchuras (Á sus), ó *á mis anchuras*, mod. adv. fam.—Sin sujeción, con libertad, cómodamente. Úsase por lo común con los verbos *vivir, andar, estar*. (Academia.) II, 2; III, 427 (textos).

Andalod.—Santo ermitaño de la Peña Pobre, donde había más de treinta años que moraba; oyó en penitencia á Amadís de Gaula. II, 336; IV, 186.

Andalucía, Vandalia.—Es lo mismo: se llamó *Vandalia* por los vándalos, y más tarde *Andalucía* por los árabes. IV, 233, 234.

Andandona (La giganta).—Sancho compara á su mujer con ella. V, 31.

Andar á la sopa.—Mendigar la comida de casa en casa ó de convento en convento. (Academia.) III, 129.—Veánse *Sopistas* y *Brodistas.*

Andar de nones.—No tener ocupación ú oficio, ó andar desocupado y libre. (Academia.) VI, 10 (t).—Véase *Nones.*

Andar en coche.—En España. V, 242, 244.—Véase *Coches.*

Andar estaciones.—Visitar las iglesias y rezar las oraciones prescritas con la intención de alcanzar indulgencias. IV, 13 (t).

Andar la paz en el coro.—Esta expresión proverbial es nacida del uso y ceremonia de dar la paz á los capitulares en el coro durante la misa; alguna vez se dice irónicamente, aplicándolo á alguna comunidad, cofradía ó junta en que hay disturbios ó riñas. V, 451.

Andarle á uno á los alcances.—Observar muy de cerca á alguno los pasos que da, para prenderle, averiguarle su conducta ó descubrirle sus manejos. (Academia.) III, 346, 359 (t).

Andradilla.—Quizás sea el nombre de algún petardista ó caballero de industria, anterior á Cervantes. VI, 9.

Andrea (Juan).—Marino genovés de mucho crédito; mandaba una flota en la batalla de Lepanto; también se le llamaba Juanetón Doria. III, 158.—Véase *Doria (Juan Andrea).*

Andrés.—El mozo de Juan Haldudo el labrador. I, 71, 74; II, 499 (t), 501.

Ángel (El) de la Madalena.—Véase *Madalena (El ángel de la).*

Angélica la Bella y sus amantes; mujer de Medoro. I, 158; II, 291; III, 380; IV, 28, 31.—[II, 168, 482, 483, etc.]

Angeo tundido.—Lienzo basto hecho de estopa y tundido. II, 28.

Angulo el malo.—Director de una compañía teatral y autor de comedias; era natural de Toledo; vivió por los años de 1580, y de él hacen mención varios escritores. IV, 190, 204.

Anillos mágicos.—Tuvieron fuerza contra los encantos. III, 287.

Ánima en pena.—Frase que se aplica á las almas atormentadas por las penas del otro mundo.—Metafóricamente, el que anda solo y escondido, triste y melancólico. (Covarrubias.) IV, 100.

Animalia, voz anticuada.—Lo mismo que animal; *animalia* es anagrama de *alimania*, y de aquí *alimaña*. III, 492.

Ánimo (Buen).—En castellano significa ordinariamente ánimo resuelto, alentado, no buen talante ó agrado, que es la acepción que aquí tiene: «fué recogido de los cabreros con *buen ánimo*». I, 227; V, 234 (t).

Anonadar.—Reducir á la nada, aniquilar; derivado de *nonada*. (Véase *Nonada.*)—*Anonadarse.*—Humillarse, abatirse profundamente. (Academia.) VI, 191.

Anselmo y Lotario.—La novela de *El curioso impertinente.* III, 1.

Antelación.—Preferencia. Hoy se toma comunmente por la que tiene una cosa á otra en el tiempo. (Academia.)—*Pro* indica antelación, anterioridad, prioridad de tiempo; como *progenitor*. IV, 350.—Véase *Partículas.*

Anteo (*El gigante*). I, 11.—No debe llamarse Anteón sino *Anteo*. V, 163.

Antifaz.—Velo que cubre el rostro para defenderlo del sol, del polvo, del frío y del aire. También se le emplea como dis-

fraz.—El velo ú otra cosa con que se cubre la cara. (Academia.)—III, 92 (t), 95; V, 293.

Antojos de camino.—Debieron ser caretas con cristales para precaverse del polvo. I, 181; III, 95.—*Antojos*, por *anteojos*. IV, 360; V, 454.

Antojuno.—El que lleva anteojos; palabra jocosa inventada por Cervantes. V, 459.

Antonio (Don).—Esto probablemente es un error de imprenta, por *Cardenio*. III, 254.

Antonio (Nicolás).—Su *Bibliotheca Hispana*. I, 121, 124, 133, 138, 144, 147, 155; II, 510, 515.—[I, 214.]

Antonio y Olalla (El romance de). I, 238 (t); III, 338.

Apalear.—Dar muchos palos. V, 83.

Apalee (Sin que me le).—Sin que le toque con la varilla. Alude Sancho á lo de tocar los platos (el médico) con la varilla, para que los quitasen de la mesa. V, 435.

Apantomancia.—La adivinación por las cosas que casualmente se encuentran.—Un historiador francés en la vida de Luis XI cuenta del conde de Armagnac que tenía por infausto el encuentro de un inglés.—Así Feijóo en su *Teatro crítico*.—VI, 165.—Véase *Agüeros y supersticiones*.

Apariencias.—Las mutaciones y decoraciones que se hacen en el foro del teatro para fingir varias representaciones de objetos. (Academia.) III, 409.

Apellidar la tierra.—Llamar á las armas á los habitantes de un pueblo; expresión muy usada en lo antiguo; convocar en voz de guerra á los naturales de un país. III, 230.

Apellidos, sobrenombres.—Tuvo Sancho razón en decir que muchos apellidos se tomaron del lugar del nacimiento; este hubo de ser el origen de varios de los más ilustres, como los Córdobas y los Toledos. Otras familias los tomaron de alguna hazaña, como los Girones y Machucas; otras, de alguna circunstancia personal, como los Cerdas y Abarcas; otras, de sus ocupaciones y ejercicio; otras, de al-

gún defecto, mote ó apodo; pero lo más común en Castilla, desde los principios, fué usar de los apellidos patronímicos, esto es, que indicaban el nombre del padre, y con que algunas veces se designaban hasta los reyes y soberanos. Esta costumbre venía ya desde los romanos y griegos; y conforme á ella, *Fernández* significaba *Fernandi filius; Sánchez, Sanctii filius; Yáñez, Joannis filius; Martínez, Martini filius; Márquez, Marci filius; Ximénez, Simonis filius*: este último era el apellido de Judas, de lo que no puede dudarse, según el Evangelio. II, 429.—Se dió el nombre de *apellido* al acto de convocar la gente de guerra; el nombre de *apellido* se extendió también á los cuerpos convocados, como se ve por nuestras crónicas, donde se mencionan frecuentemente los *apellidos* de las ciudades. III, 230.

Apellidos (Los) de las mujeres.—Como derivados.—Varias notas sobre la costumbre de tomarlos de sus padres, etc. III, 527; IV, 92; VI, 111, 457.

Apero.—Los instrumentos ó utensilios de los labradores y pastores.—También significa la majada.—III, 494.

Apersonado.—De buen aspecto ó persona. Hoy sólo se usa con los adverbios *bien* ó *mal*, por el que tiene buena ó mala persona. (Academia.)—«Hombre ya en días, barbudo y *apersonado*». V, 463 (t).

Apetecer.—Tener gana de alguna cosa, ó desearla. (Academia.)—«El consejo que ahora me has dado le *apetezco* y recibo de bonísima gana». (Don Quijote á Sancho.) *Apetezco*, probablemente errata por *agradezco*.—IV, 160.

Apetites.—Excitativos para despertar é irritar el apetito; palabra antigua. IV, 247.

Apetito.—Personaliza aquí Cervantes el apetito, y le introduce dudando á cuál de los manjares presentes alargaría la mano; expresión feliz y digna del ingenio de Cervantes. III, 481.

Aplauso.—Esta voz en Cervantes suele significar, no la acción de aplaudir, que es lo que comunmente indica, sino

«tono solemne, grave, pausado»; «él las recibió con grave continente y *aplauso*». Cervantes también emplea así esta palabra en su *Galatea*.—Clemencín añade: «no tengo presente haber visto en ningún otro autor esta acepción de la voz *aplauso*». II, 5o5.

Apodos.—Como *cazalleros*, por los compatriotas de Cazalle; *berenjeneros*, por los toledanos; *ballenatos* (hijos de la ballena), por los madrileños; *jaboneros*, por los de Jetafe, y muchos otros. V, 76, 77.

Apolo.—Se le conocía por varios nombres: Timbrio ó Timbreo, Febo, tirador, médico, ojo del cielo, hacha del mundo, etc. V, 4o3.—Véase *Timbrio*.

Apolo (El rubicundo).—Descripción del alba: en ella quiso Cervantes ridiculizar las afectadas y pomposas descripciones que se leen frecuentemente en los libros de caballerías. Mas este propósito no excluye el mérito mayor ó menor de su descripción, en orden á la armonía y belleza del lenguaje. I, 26.—«Las ruedas del carro de *Apolo* se habían quebrado». Expresión que indica la impaciencia de Don Quijote por la tardanza de Sancho en flagelarse; graciosa alusión á las ideas mitológicas sobre la generación del día y el carro del Sol, Febo ó *Apolo*, de donde cayó precipitado Faetonte. VI, 413.

Apolo y Dafne.—La fábula; versos de Garcilaso; los de Salvador Polo de Medina. III, 282, 348; V, 3o3.

Apólogas.—Fábulas buenas; lo opuesto de *milesias*, ó fábulas malas. III, 373.—Véase *Milesias*.

Apostura.—El conjunto de la persona, su traje y adornos; el buen orden y *compostura* de las cosas. (Academia.) III, 259.—Véase *Postura*.

Aprovecharse.—No es aquí sacar provecho, sino valerse, echar mano, usar, servirse, de alguna cosa. III, 44.

Apuesta (La) de los labradores.—Incidente sumamente bien razonado y hablado. VI, 346.

Apuleyo.—El cuento del utricidio de los tres odres-ladrones. III, 81.—Véase *Cueros de vino.*

Apuntar.—Indicar ligeramente. «Donde se *apunta* la aventura del rebuzno»: en este pasaje, Clemencín cree que *apunta* es una errata, por *cuenta.* V, 20.

Apuntarse, enfadarse, repuntarse.—«No *se apunte* vuesa merced conmigo» (Sancho á D. Quijote), quiere decir: «no se enfade».—Ahora decimos *repuntarse,* aludiendo al vino, del cual se dice que se *repunta,* cuando se empieza á torcer y tiene una *punta* de vinagre. IV, 361.

¡Aquí del rey!—¡Socorro, ayuda, favor en nombre del rey! V, 308; VI, 8 (textos).

¡Aquí fué Troya!—Véase *Troya (Aquí fué).*

Aquí sea mi hora, esto es, la de mi muerte.—Expresión familiar ó del estilo familiar. II, 155.

Aquistar.—Italianismo, por «adquirir, alcanzar, conseguir». V, 292.—«La virtud se *aquista*». V, 350.

Arabia (La felice).—Su finísimo y menudo oro. II, 76.—Véase *Tíbar (El oro de).*

Arabias (Las tres).—Vulgarmente se divide la *Arabia* en tres: Pétrea, Feliz y Desierta.—Brandabarbarán, señor de *las tres Arabias.* II, 72.

Arábiga (Lengua).—Su abundancia de palabras. III, 73.—Sabido es que la lengua arábiga no tiene *p* en su alfabeto, y que los mahometanos la suplen con la *b*, como sucedió en el nombre *Isbilia* ó *Sebilla* que sacaron de *Hispalis;* en el de *Badajoz,* derivado de *Pax Augusta,* y en *Istambol* que formaron de *Constantinopolis.* III, 191.

Arábigo (Origen) del Quijote.—La primera mención que se hace de Cide Hamete es en el cap. 9.º (I, 200): probablemente entonces fué cuando le ocurrió por primera vez á Cervantes dar origen arábigo á su obra; y como no leía lo que anteriormente llevaba escrito, no tropezó con la inconsecuencia, ni pensó en corregirla. Así se escribió uno de

Arcalaus.—Encantador; enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela. II, 15, 86, 438; V, 114, 215.

Ardiente Espada (Caballero de la). I, 111, 166; II, 62, 63.—Véase *Amadís de Grecia.*

Ardite.—Cierta moneda de poco valor que hubo antiguamente en Castilla.—«No vale un *ardite*, no se me da un *ardite*, no se estima en un *ardite* ó dos *ardites*». Frases con que se denota el poco valor de alguna cosa ó el poco aprecio que se hace de ella. (Academia.) II, 56, 59 (t), 232 (t); III, 146, 237 (textos).

Argado sobre argado.—Es como si se dijera «enredo sobre enredo, dificultad sobre dificultad, trabajo sobre trabajo», por contraposición á la frase proverbial «miel sobre hojuelas», que sirve para denotar todo lo que hace mejor á lo que por sí era ya bueno. VI, 389.—Véase *Miel sobre hojuelas.*

Argamasilla (Los académicos de la).—La idea de una academia existente en la Argamasilla lleva evidentemente consigo la de burlarse de sus moradores, y más en el tiempo de Cervantes, en el cual estos cuerpos eran raros hasta en las cortes y ciudades más populosas y cultas. I, 1; III, 533 á 539; IV, 39, 342; VI, 447.

Argamasilla de Alba.—La villa donde Don Quijote vivió y donde fué preso Cervantes y concibió la obra.—Había y hay otra Argamasilla, apellidada de Calatrava; la de Alba se llamó así, porque la fundó por los años de 1530 D. Diego de Toledo, de la familia y casa de los duques de Alba. —*Argamasilla de Alba* y el Toboso fueron las patrias de los principales personajes de la fábula y los objetos del festivo humor de Cervantes. I, 1, 90; V, 165, 198; VI, 445. —Sus bellotas gordas. VI, 33.—[II, 115.]

Argel (Cautivos en). III, 120, 182 á 186, 201, 204.

Argensola (Lupercio Leonardo de).—Sus tres tragedias, III, 397; VI, 421; su sátira sobre «mudas», II, 127. Cervantes elogia á éste y á su hermano Bartolomé, aunque censura

sus defectos, III, 397; los dos hermanos en Nápoles. IV (Dedicatoria), 83.—[II, 67-70, etc.; III, 31-33.]

Argentería de oro.—Anomalía de la lengua castellana, en que también se dice «platero de oro»; esta *argentería* será lo que ahora se llama bricho ó lantejuelas. V, 218.—Véase *Platero.*

Argos (Los cien ojos de).—Aplicado al conde de Salazar, que fué encargado de la expulsión de los moriscos de España. VI, 339.

Ariosto (Ludovico).—El cristiano poeta. I, 119-121; III, 380.—[I, 197, etc.]

Aristóteles.—Su filosofía. II, 315.

Armado de punta en blanco.—Quiere decir: con todas las piezas de una armadura completa que le cubrían de los pies á la cabeza. IV, 189 (t); VI, 320.—Véase *Punta en blanco (Armado de).*

Armar caballero. I, 65, 66.

Armadura para la cabeza.—Casco, yelmo, etc. III, 313.

Armar una zancadilla.—Véase *Zancadilla.*

Armas blancas.—Eran, según aquí se indica, las que no llevaban empresa ni insignia alguna, y se daban á los que se armaban caballeros, llamados por esta razón caballeros noveles, hasta tanto que hacían alguna proeza notable, que solían indicar en la empresa y adornos del escudo, tomando de ellos el nombre. Á su imitación, Don Quijote se puso el de Caballero «de la Triste Figura» primero, y después, «de los Leones». I, 24; II, 74.—«Hoy día se aplica esta expresión á todas las armas que no son de fuego, tengan ó no inscripción ó lema». (Mr. Picard.)

Armas (Las) encantadas de los Orlandos enamorado y furioso, las mismas, según se supone, del troyano Héctor:

«*Che già al trojano Ettor Vulcano diede*».

(*Orlando Furioso*, c. 45, est. 73.)

—II, 156.—Véase *Héctor (Las armas de).*

Armas (Las) de Orlando.—Cervino, habiendo encontrado las armas de éste, las recogió, hizo de ellas un trofeo y escribió al pie:

«*Armatura d' Orlando Paladino;*
Come volesse dir: Nessun la muova,
Che star non possa con Orlando à prova».

(*Orlando Furioso*, c. 24, est. 57.)

«*Nadie las mueva,*
Que estar no pueda con Roldán á prueba».

—I, 283; VI, 344.—Véase *Cervino.*

Armas y letras.—«Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»; el discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras. II, 90; III, 126 (t), 128, 132, 135.

Armazón.—«La *armazón* de caballería» es el acto de armarse caballero, á que se dió el nombre de *armazón* para ridiculizarlo.—*Armazón* significa el conjunto de piezas, de madera ú otra materia, sobre que se arma ó forja alguna cosa, como las costillas del navío ó las vigas del tejado; entre carpinteros, «armadura». (Academia.)—I, 56.

Arminio (Armiño).—La propiedad que aquí se cuenta de los *armiños*, y que se halla repetida por otros escritores, es una de aquellas fábulas que ha desterrado la luz de los tiempos modernos. III, 21.

Arnaute Mamí.—Corsario albanés, que hizo cautivos á Cervantes y á su hermano cuando se dirigían de Nápoles á España; su excesiva crueldad. III, 176, 184, 214; VI, 232.—Cervantes, en la *Galatea,* le llama «el perro General». VI, 306.—[II, 95, n.]

Arnés tranzado.—Pudo llamarse así del tranzado ó trenzado de la vestidura interior de malla ú otro tejido, sobre el que se ponía la armadura, y que la completaba. «Pudo llamarse así, ó por estar asegurado con cordones de trenza, ó por estar recortado por alguna parte». (Salvá.) VI, 73.

Arráez.—Capitán de embarcación morisca. (Academia.) VI, 303 (t).

Arreo.—Adverbio que equivale á «continuadamente, sin interrupción». Sólo le usa ya la gente rústica y ordinaria y aun en el *Quijote* no le encontramos sino en boca de Sancho: «que término lleva de quejarse un mes *arreo*». IV, 216.

Arrieros de Arévalo.—Arrieros ricos. II, 28.

Arrostrar.—Dar el rostro, ofrecerse denodadamente á los peligros, á los dolores, á los disgustos. II, 465.

Arrumbadas.—Bandas ó lados del castillo de proa de las galeras. VI, 304.

¡Arrús (Voto)! ¡Voto á Rus!—*Arrús*, errata por *á Rus*. V, 29. —Véase *Voto á tal*, etc.

Artemisia.—Mujer de Mausolo, régulo de Caria: erigió un monumento sepulcral á la memoria de su marido.—Plinio dijo que se contaba entre las siete maravillas del mundo. —De aquí vino darse el nombre de *mausoleos* á los sepulcros ostentosos y magníficos.—IV, 147.—Véase *Mausoleo.*

Artículo.—El *artículo* neutro *lo* se usa delante de adjetivos sustantivados; como *lo discreto, lo verdadero*. II, 303.—La omisión del *artículo* en frases y proverbios como en «si disparates sufren concierto», y en «dádivas quebrantan peñas», á veces es ventajosa, pues hace más ligera la frase y le da el carácter de abstracción y generalidad que restringe el *artículo*. Primor de la lengua castellana, que tiene también la griega, y de que carece la latina. III, 489.

Artieda (Andrés Rey de).—Su carta sobre las comedias, que dirigió al marqués de Cuéllar. III, 401, 407.—[II, 341, etc.]

Artillería (Inventores de la). III, 139; V, 43.

Arturo (Rey). I, 259, 260, 263; III, 303, 452.—Véase *Artús.*—[I, 197, 202.]

Artús.—Véase *Arturo (Rey).*

Arzobispos andantes, esto es, que anduviesen en busca de aventuras acompañados de sus escuderos.—Cervantes los ridi-

culiza. Pellicer cita al arzobispo Turpín como ejemplo de *arzobispos andantes* en los tiempos antiguos, y en los modernos al arzobispo de Burdeos. II, 347.—Véase *Caballero á lo eclesiástico.*

Ascua de oro.—Se usa para denotar una cosa que brilla, reluce ó resplandece mucho. (Academia.) VI, 160 (t).

Asegurar, en el sentido de «aquietar, acallar».—«Así *aseguraríamos* el temor», etc. III, 246, 247 (t).

Asendereado.—Perseguido ó conducido por *senderos* ó *sendas.* IV, 156, 176, 399 (textos), 449; VI, 407.—«Además de sus correctas definiciones de Vd., también esta palabra es muy usada en el sentido de «acosar, hostilizar» al que por voluntad ó por fuerza anda por caminos y pasos extraviados». (Mr. Picard.)—«*Asendereada* (Doña Rodríguez)»: usada, gastada; con surcos, senderos, en el rostro. (Arrieta.) V, 462 (t).

Asentar la mano.—Dar golpes á alguno, castigarle, corregirle. (Academia.) VI, 10 (t).

Así fuera en cuanto á Don Quijote.—Aquí hay evidentemente omisión de algo que falta para completar el concepto y darle sentido, por ejemplo: «si fué otro que Don Quijote». Hinard, en su versión francesa lo traduce así: «*si celui-ci eût été tout autre que Don Quichotte*», si hubiera sido otro que Don Quijote. II, 97.

Asno cargado de oro.—Esto es, capaz de subir por las montañas. Filipo, rey de Macedonia, solía decir «que no había fortaleza inconquistable donde pudiese subir *un asno cargado de oro*». V, 231; III, 23.—Véase *Es de vidrio la mujer.*

Asonantes.—Peculiares á la poesía castellana y de muy antiguo uso: ejemplos. III, 271, 272.—[100-103 y notas.]

Astrolabio.—Instrumento astronómico usado antiguamente para hacer observaciones y hoy en desuso. V, 101.

Astrología. V, 35, 38.

Astrólogos. VI, 267, 268.

Astroso.—Viene de *astro*, como viene asimismo *desastrado.* Ambos significan: «miserable, infausto, desgraciado», y por extensión, «roto, andrajoso y sucio». II, 252.

Asturias.—«Hidalgo como el Rey, porque era montañés». V, 463.—La hidalguía de la asturiana Maritornes. II, 27. —[I, 6; II, 274 y n.]

Asunto, por «oficio ó profesión».—«Cuyo *asunto* es acudir á toda suerte de menesterosos». (Don Quijote.) V, 270.

Atabales. V, 43.

Atajadores.—Exploradores. III, 249.

Atalayas.—Torrecillas fabricadas en eminencias para descubrir la campaña y avisar de lo que se divisaba por medio de ahumadas. Estos eran los telégrafos de otros tiempos en España. V, 454.—«Puesto en *atalaya* de (para) mirar por sí». III, 32.

Atar bien su dedo.—Asegurarse en cualquier negocio. (Academia.) Mirar por sus propios intereses, emplear toda clase de precauciones y tener completa seguridad ó confianza. IV, 120 (t).

Atenas (La Academia de).—Véase *París, Bolonia* y *Salamanca (Las Universidades de).* IV, 340.

Atender, por «esperar, aguardar».—«Que tamaña aventura está *atendiendo*». I, 59.—«No *atendió* á más preguntas». IV, 160; V, 82 (t), 235.

Atentar, por «tentar».—Examinar con el tacto: «y estándole *atentando*»; «*atiéntame* con el dedo».—Su verbal *atentados*, en significación de «inciertos ó dados á tientas»: «con tácitos y *atentados* pasos»; precavido, prudente, discreto, II, 33, 91 y texto: «un hidalgo muy *atentado*». V, 80 (t).

Aterrar.—Echar á tierra, derribar. En esta acepción admiten algunos de sus tiempos una *i* que no tiene en el infinitivo. Cuando significa «infundir terror», entonces no experimenta esta irregularidad y forma *aterra*, por *atierra*. I, 295.

Atrevido mozo.—El temerario Faetón; alude á la caída de

gue. II, 53, 131, 325, 454; III, 75, 342, 363, 417, 530, 539; IV, v, vi, vii, ix (Prólogo), 63, 245; V, 84, 439; VI, 120, 200-205, 208-211, 218, 256, 294, 295, 327, 365, 400, 401, 420, 423, 424, 457, 458, 464, 467. Tildando en su prólogo á Cervantes, dice que «disculpa los yerros de su primera parte el haberse escrito entre los hierros (por *yerros*) de una cárcel [II, 115, n.], y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados». I, xlv (Prólogo).—Atribuye á Cervantes envidia hacia Lope de Vega. I, 153.—Uno de los antecesores de Cervantes, llamado *Avellaneda*. VI, 457.—[II, 141-144, etc.]

Aventajado.—Se toma aquí en mala parte, y es lo mismo que «descompasado, con exceso»: «comedor *aventajado*». VI, 264.

Aventajados.—Los soldados que gozaban de sobresueldo y solían disfrutarlo en premio de señalados servicios, como se verificó en el mismo Cervantes, á quien su general el señor D. Juan de Austria concedió tres escudos de ventaja al mes por su esforzada conducta en la batalla de Lepanto. V, 12, 348.—Véase *Ventaja*.

Aventajar.—En su acepción común es llevar ventaja, tener ventaja sobre otro; pero aquí no es tener ventaja, sino darla: «hubo algunos que la *aventajaron* en alguna cosa»: equivale á «preferir». III, 124.—Se *aventajaba* á los soldados que se distinguían; esto es, se les daba ventaja en la paga sobre los demás. Cervantes lo sabía por experiencia propia. III, 124; V, 348.

Aventura, ventura.—Estas palabras y sus derivadas significan: la primera, «suceso dudoso ó peligroso, que puede salir bien ó mal», y la última, «fortuna». II, 25, 173; III, 79; IV, 116.—Véase *Malaventura*.

Aventuras, sucesos, incidentes y cosas notables del Quijote.—La primera salida de Don Quijote, I, 22; la graciosa manera

que tuvo de armarse caballero, I, 40; el suceso con Juan Haldudo el labrador y su mozo Andrés, I, 69; II, 499; el con los mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia, I, 79; el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro Ingenioso Hidalgo, I, 102; la aventura de los monjes benitos, I, 180; la de los molinos de viento, I, 170; la del vizcaíno, I, 186, 206; lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros, I, 227; la descripción de la edad dorada ó dichosa edad, I, 230; el cuento del estudiante pastor Grisóstomo y de la pastora Marcela, I, 243; la descripción notable de Dulcinea que hace Don Quijote á Vivaldo, I, 281; la aventura de los yangüeses, II, 3; los trabajos de la venta que se imaginaba ser castillo, II, 22; el manteamiento de Sancho, II, 56; la pelea con los dos rebaños de ovejas, II, 82; la aventura del entierro y de los encamisados, II, 98; la de los batanes, II, 113; el cuento de Torralva y las cabras, III, 124; lo que pasó con Sancho en su deseo de hacer lo que no pudiera hacer otro por él, II, 131; la aventura del yelmo de Mambrino, II, 146, y la conclusión de ella, III, 335; la de los galeotes, II, 191; la de la Sierramorena, II, 226; el cuento de Cardenio y Luscinda, II, 256, 363; la penitencia de Don Quijote en la Sierramorena, II, 297; la embajada de Sancho con la carta de Don Quijote á Dulcinea, II, 320, 340; su encuentro con el cura y el barbero en la venta del manteamiento, II, 341; la nueva y agradable aventura (el encuentro con Dorotea) que al cura y barbero sucedió en la misma sierra, II, 387; la historia de Dorotea, II, 395; su encuentro (como princesa Micomicona) con Don Quijote, II, 431; la discreción de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo, II, 450; los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho, con otros sucesos, II, 482; lo que le sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote, II, 504;

la novela de *El curioso impertinente*, III, 1, 82; la batalla que Don Quijote tuvo con los cueros de vino tinto, III, 72; las reconciliaciones de Fernando con Dorotea y Cardenio con Luscinda, III, 106; el discurso de Don Quijote para sostener la superioridad de las armas sobre las letras, III, 126; donde el cautivo (el capitán Viedma) cuenta su vida y sucesos, III, 144; el encuentro del mismo con su hermano el oidor, III, 267; la historia del mozo de mulas, ó los amores de D. Luis y Doña Clara, hija del oidor, III, 270; la famosa aventura de la albarda, III, 307; la aventura de los cuadrilleros, III, 320; el encantamiento y enjaulamiento de Don Quijote, III, 347; el razonamiento del canónigo sobre los libros de caballería y su diálogo con el cura, III, 372; el discreto coloquio que Sancho tuvo con su amo, III, 424; la plática entre Don Quijote y el canónigo sobre caballeros andantes, III, 429; la descripción de la aventura del lago ferviente, III, 472; la historia del cabrero Eugenio y de Leandra y sus amantes, III, 495; la aventura de los disciplinantes, III, 515; el cuento del loco en la casa de locos de Sevilla, IV, 10; la pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, IV, 32; el primer encuentro de Don Quijote con Sansón Carrasco, IV, 48; cómo y por quién fué hurtado el asno de Sancho, IV, 70; graciosa plática que pasó entre Sancho y su mujer antes de la tercera salida, IV, 85; el coloquio de Don Quijote con su sobrina y su ama, IV, 99; lo mismo con Sansón Carrasco sobre la tercera salida, IV, 116; la industria de Sancho para encantar á Dulcinea, IV, 170; la aventura con el carro de las Cortes de la Muerte, IV, 189; la con el caballero de los Espejos, IV, 203; el coloquio de los dos escuderos, IV, 219; el cuento de la prueba de vino por los dos mojones, IV, 231; bellísima descripción de la aurora, IV, 248; el primer encuentro de Don Quijote con D. Diego de Miranda, y su coloquio con él, IV, 273; la aventura de los leones,

IV, 291; Don Quijote en casa de D. Diego de Miranda, IV, 320; la aventura del pastor enamorado, ó de Camacho y Basilio, y Quiteria, IV, 352; las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre, IV, 369; las reflexiones de Sancho sobre la muerte, IV, 386; la aventura de la cueva de Montesinos, IV, 413; la del rebuzno, V, 21, 71; la graciosa aventura del titerero (Ginés de Pasamonte) y del mono adivino, V, 25; el retablo de Gaiferos y Melisendra, V, 43; la famosa aventura del barco encantado, V, 93; el primer encuentro con la bella cazadora (la Duquesa), V, 115; Don Quijote y Sancho en el castillo de los Duques, V, 125; el cuento de la contienda entre el hidalgo y el labrador sobre la cabecera de la mesa, V, 141; el desencanto de Dulcinea, V, 206; la carta que Sancho Panza escribió á su mujer, V, 241; la aventura de la Dueña Dolorida (la condesa Trifaldi), V, 251; la venida y aventura de Clavileño el Alígero, V, 315; los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, V, 343; las reflexiones de Cide Hamete sobre la pobreza, V, 379; los siete episodios de la segunda parte, V, 370; el romance de Altisidora, V, 395; la llegada de Sancho á su gobierno, V, 404; sus famosos juicios: el del sastre de las caperuzas; el del viejo embustero que encerró los diez escudos en un báculo de caña, y el de la ramera, V, 410; la aventura gatesca y cencerruna, V, 426; Sancho á la mesa, y el médico Pedro Recio, V, 431; la carta del Duque á Sancho, V, 442; el labrador socarrón y Clara Perlerina, V, 446; la visita nocturna que hizo Doña Rodríguez á Don Quijote, V, 452; Sancho sale á rondar su ínsula, VI, 7; la riña de los dos hombres de la casa de juego, VI, 7; la niñería de la hija de D. Diego de la Llana, que salió de su casa de noche con su hermano, VI, 14; la embajada del paje, y la carta de la Duquesa á Teresa Panza, VI, 28; la pregunta sobre la ley de la puente, VI, 47; la carta que escribió Don Quijo-

te á Sancho Panza gobernador, VI, 52; la de Sancho en respuesta, VI, 57; la aventura de la segunda Dueña Dolorida (Doña Rodríguez), VI, 65; carta de Teresa Panza á la Duquesa, VI, 75; la de Teresa á Sancho su marido, VI, 78; el asalto de la ínsula, y fin del gobierno de Sancho Panza, VI, 82; el encuentro de Sancho con Ricote el morisco, su vecino y buen amigo, VI, 96; Sancho y el rucio caídos en la sima, VI, 118; la nunca vista batalla de Don Quijote con Tosilos el lacayo, VI, 134; como Don Quijote se despidió del Duque, y lo que le sucedió con Altisidora, VI, 148; las razones admirables de Don Quijote sobre la libertad, VI, 157; sobre agüeros, VI, 164; sobre la hermosura, en los hombres, del alma ó del cuerpo, VI, 173; la aventura de las pastoras de la Arcadia fingida, VI, 175; la de los toros, VI, 185; el ventero que tenía todo en su casa y que no tenía más què dos uñas de vaca, VI, 197; los dos señores Don Jerónimo y Don Juan, y el *Quijote* de Avellaneda, VI, 200; la azotaina que quiere dar Don Quijote á Sancho despertándole de su profundo sueño, VI, 223; sorprendió á éstos Roque Guinart con sus bandoleros, VI, 228; los amores de Claudia Jerónima y Vicente Torrellas, VI, 235; Don Quijote y Sancho entraron con Roque Guinart en Barcelona, VI, 251; el huésped de Don Quijote, D. Antonio Moreno, VI, 258; la aventura de la cabeza encantada, VI, 275; la imprenta de Barcelona, VI, 285; la visita de las galeras y de lo mal que le avino á Sancho Panza, VI, 297; el vuelo sin alas de Sancho, VI, 299; la historia de la hermosa morisca (Ana Félix), VI, 308; la batalla que tuvo Don Quijote con el caballero de la Blanca Luna (Sansón Carrasco), en la cual fué vencido, VI, 320; de quién era el de la Blanca Luna, y de su buen pensamiento, VI, 330; el libramiento de D. Gregorio, amante de Ana Félix, VI, 334; la apuesta de los dos labradores (el gordo y el flaco) sentenciada por Sancho, VI, 345; el lacayo Tosilos con cartas del

Duque, VI, 349; la resolución de Don Quijote de hacerse pastor, y su discurso sobre este género de vida, VI, 356; las reflexiones de Sancho sobre el sueño, VI, 367; la aventura de los cerdos, VI, 369; arrestados Don Quijote y Sancho, y llevados á la quinta de los Duques, VI, 373; la extraordinaria representación de la resurrección de Altisidora, VI, 375; la visita que hizo ésta á Don Quijote en su aposento, VI, 396; Sancho comenzó á azotarse, VI, 414; el encuentro de D. Álvaro Tarfe y su desengaño respecto á los dos Don Quijotes y los dos Sanchos de Cide Hamete y Avellaneda, VI, 423; la llegada á la aldea, VI, 434; coloquios del cura y el bachiller sobre hacerse pastores, y del ama y la sobrina, VI, 438; cayó malo Don Quijote, VI, 444; recobró su juicio, VI, 448; hizo su testamento, VI, 455; y al fin murió, VI, 462.

Ávila (Luis de).—Véase *Guerra de Alemaña.* I, 155.—[III, 175, n.]

Avínole bien.—Esto es, tuvo la felicidad ó la fortuna: «pero *avínole* que se halló junto al coche». I, 188; V, 107.

Avive y despierte.—Palabras que recuerdan aquellas tan conocidas de las coplas de D. Jorge Manrique á la muerte de su padre D. Rodrigo:

> «*Recuerde el alma adormida,*
> *avive el seso y despierte*
> *contemplando*
> *cómo se pasa la vida,*
> *cómo se viene la muerte*
> *tan callando*».
>
> (Est. I, lib. II.)

Cervantes puso en boca de Sancho sus reminiscencias. —IV, 186.—Véase *Manrique (D. Jorge).*

Ayala (Pedro López de).—Sobre el *Amadís de Gaula;* su *Rimado de Palacio.* I, 104.—[I, 90-92 161-165, 198, n., 318.]

Ayuda de costa.—El socorro en dinero que se suele dar, además del salario señalado, al que ejerce algún empleo. (Academia.) Sobresueldo. V, 12.—Véase *Ventaja.*

Ayude Dios con lo suyo á cada uno.—Expresión proverbial compuesta de dos versos asonantados:

Ayude Dios con lo suyo
á cada uno.

Es contra los que se apropian lo ajeno. V, 64.—«Con lo mío me ayude Dios». IV, 121 (t).

Ayunase (Que me).—Expresión familiar. «Tener miedo, tratar con sumo respeto». Se toma del *ayuno* que precede á ciertas festividades eclesiásticas en demostración especial de culto y veneración á algún santo. II, 324.

Ayuso y *suso.*—Voces anticuadas, «abajo y arriba», que se conservan en algunos nombres propios, y *suso*, en el adjetivo *susodicho*. VI, 36.

Ayuso (De Dios en).—Lo mismo que «de Dios abajo». Especie de aseveración juratoria. «*De Dios en ayuso* no os entendemos»; como si dijese: Dios os entenderá; que nosotros no os entendemos. (Arrieta.) VI, 36.

Azacán.—Voz de origen arábigo, que significa «aguador». También suele darse el mismo nombre á los pellejos grandes que sirven para conducir el aceite. II, 186.

Azán Bajá, Azán Agá.—Era un tirano el más cruel de cuantos han sido reyes de Argel; reinaba durante la cautividad de Cervantes. III, 161, 179, 183.—*Agá*, en el turquesco, lo mismo que «capón». III, 179, 211.

Azar y encuentro.—Lances en el juego de los dados, de donde se toma la semejanza. *Azar* es el lance que pierde, y *encuentro*, el que gana. II, 281.

Azogado (Temblar como un).—Dícese que el azogue pone trémulos á los que lo toman y aun á los que lo respiran, y que así suele suceder á los operarios que trabajan en sus mi-

nas. Y de aquí viene sin duda la expresión ó comparación proverbial *temblar como un azogado*. II, 95.

Azogue en los oídos de asnos.—Maña de los gitanos para que pasasen por ligeros los asnos que vendían. II, 492.

Azoguejo de Segovia.—Plazuela del arrabal de Segovia. I, 48. —Véase *Segovia (Azoguejo de).*

Azotea.—Especie de terrado, tejado plano. III, 187.—Véase *Terrado.*

Azotes (La sentencia de) por la Inquisición. V, 52.—Véase *Calles acostumbradas (Llevar al reo por).*

Azotes (Los) de Sancho.—«Señor, respondió Sancho: yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados». Sancho vuelve al tema de su respuesta á Merlín, á quien dijo (V, 226): «yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos». VI, 354.

Azotes de mosqueo.—«Si algunos *azotes* fueren *de mosqueo*, es decir, si no hiriesen de lleno, y sólo fuesen como para espantar las moscas. V, 236.—«El cómitre..... comenzó á *mosquear* las espaldas de la chusma», VI, 301 (t); y más adelante se dice que los azotes de Sancho (por haberlos dado en los árboles y no en sus espaldas) «no pudieran quitar una mosca, aunque la tuviera encima». Estos azotes no llegaban á ser ni aun *de mosqueo*. V, 236; VI, 431.

Azotesca, de *azote.*—Palabra risible de la clase de las fácilmente formables. V, 470.—Véanse *Tanda* y *Tunda azotesca.*

Babador randado.—Servilleta con guarnición de randas ó encaje de hilo y cintas para atarla al cuello, como ahora se hace con los niños al darles de comer. V, 432.

Babaluete.—Véase *Babazón.*

Babazón, ó Puerta de las Ovejas.—Una de las de Argel, que distaba como unos cincuenta pasos de la marina; muy frecuentada de gente á todas horas. III, 202.

Babieca.—El caballo del Cid.—«Aunque he visto la silla». Esta expresión del canónigo indica que en tiempo de Cervantes se mostraba la silla del caballo del Cid en la Armería de los Reyes. Sería alguna de las que aun existen en la Armería Real; pero se habrá olvidado esta tradición, y en el día no queda en aquel establecimiento memoria ni rastro de semejante noticia. III, 470.

Bacallao, bacalao.—«Don bacallao»: por lo seco y enjuto que está el pescado de este nombre. VI, 402.

Bacías de barbero.—Las *bacías* del tiempo de Cervantes, en que se llevaba barba larga, debían ser de hechura más honda que las de ahora. De otro modo, no era posible que una *bacía* se encajase y mantuviese en la cabeza, como sucedía con el *baciyelmo* de nuestro hidalgo. No se ha tenido presente esta consideración al grabar las estampas de las diferentes ediciones del *Quijote.* En éstas se ha representado á nuestro caballero con una *bacía* ordinaria de las de ahora, cuya figura haría inverosímiles todos los sucesos y circunstancias de la fábula que tienen conexión con esto. II, 152.

Bacín.—Palabra que en lo antiguo significaba bacía ó palancana, y que el uso empezaba ya á hacer indecente en tiempo de Cervantes, destinándola á significar los vasos de uso preciso para la limpieza personal. Cervantes empleó agudamente esta voz, que en su tiempo era aún equívoca, para ridiculizar más el yelmo de Don Quijote: «enderécese ese bacín que trae en la cabeza», dijo el comisario á Don Quijote. II, 213.

Bachillear.—Debía ser *bachillerear,* y así quizá lo diría el original de Cervantes. «Que no hay más que *bachillear*». Como quien dice: soy bachiller por Salamanca, que es el *non plus ultra* de los bachilleres. Así convenía que hablase Carrasco, como interesado personalmente en la gloria de la universidad. También fué su alumno Cervantes, quien,

según se cree, estudió dos años en Salamanca y habló de aquella universidad en el *Quijote* con mucho aprecio, contándola con las de París y Bolonia. IV, 118.

Bachiller.—Viene de *bacca* y *laurus*, laurel: *bacca*, en latín, ó *baya*, en castellano, es nombre que se da en general á las frutillas ó simientes menudas de los árboles, cuales son las del laurel, que penden de sus ramas, y de aquí en la baja latinidad se dijo *baccalaureatus*, coronado de ramas de laurel; de donde se llamó *baccalaureus*, ó *bachiller*, el que recibe el primer grado de honor concedido en las universidades como testimonio de aprovechamiento. El lenguaje familiar suele tomar este nombre en mala parte, llamando *bachiller* al que habla mucho y con petulancia, y usando del verbo *bachillerear* en el sentido de hablar mucho, con osadía y poco fundamento. IV, 43, 118.—Véase *Sansón Carrasco.*

Badajoz (Garci Sánchez de).—Sus *Coplas contra la Fortuna.* IV, 359.—[I, 396, 7, etc.]

Badulaques.—Aquí significan metafóricamente «cosas complicadas y enredosas», como lo eran para Sancho los consejos de su amo: «*badulaques* y enredos y revoltillos». V, 362.

Bagarinos, ó *bagarines.*—Remeros libres, asalariados, á diferencia de los forzados ó galeotes. Voz arábiga. III, 224.

Bailaré el agua delante.—Quiere decir: le «serviré con esmero y diligencia». Expresión proverbial.—Covarrubias dice que se tomó de las criadas que, queriendo ó afectando complacer á sus amos, cuando éstos vuelven á casa por el verano, van delante de ellos regando el piso, donde salta y como que *baila el agua.* IV, 78.

Bailén (La batalla de).—La parte de Sierramorena en que se hallaba Don Quijote, es conocida en la historia por haber sido el teatro de dos memorables batallas, la de las Navas en el año de 1212, y la de Bailén en el de 1808. El retiro y penitencia de nuestro hidalgo le ha dado otro género de celebridad. Allí fueron vencidas tres grandes potencias que

Bandines.—Especie de asientos en la popa de las galeras en las dos bandas ó costados. (Arrieta.) VI, 299 (t).

Bando (Poner en).—*Bando* ès parcialidad, partido, facción, y *poner en bando* será poner en cuestión, y por consiguiente, en duda: «*puso en bando* mis esperanzas». II, 414.

Bandoleros, bandidos.—Salteadores de caminos. «Llamáronse así estos ladrones forajidos, por estar echado *bando* y pregón contra ellos para que cualquiera pudiese prenderlos y aun matarlos, por sus muchos y muy notorios delitos». (Arrieta.) VI, 226 (t).

Baño.—Según el sabio orientalista D. José Antonio Conde, *baño*, en arábigo, significa «edificio ú obra de yeso», y es raíz de las palabras *albañil* y *albañilería*». Así Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, artículo *Albañir*. III, 180.

Baños de Argel. III, 181, 190, 195, 196, 198-200, 202, 211, 213, 219, 228, 229, 253.—Véanse *Cervantes* y *Lope de Vega*.—[II, 125, 126, n.]

Barahona de Soto (Luis). I, XVII (Prólogo), 152; II, 483; III, 50; IV, 28, 30.—La idea de la pregunta y juramento en el puente, acaso fué sugerida por tres pasajes parecidos que se leen en la *Angélica*, de Barahona.—Véase *Lágrimas de Angélica*.—[II, 168, 482, 483, n., etc.]

Barata (Al concertar de la).—*Barata* es cambio ó contrato atropellado y fraudulento. De aquí el *barato* que se da ó cobra en el juego; la palabra *baratero*, que es el que lo cobra de grado ó por fuerza, y la frase *meter á barato*, que se aplica á los que embrollan y precipitan de mala fe algún negocio para oscurecer la verdad y conseguir sus ruines intentos. II, 406.

Barataria (La Ínsula).—Varias ínsulas mencionadas que hacen gran papel en los libros de caballerías.—*Barataria: fraus, dolus in contractibus vel venditionibus*, según Ducange. Dice éste también que se hallan las palabras *baratadores* ó

engañadores en las leyes alfonsinas; y *barato*, en una de sus acepciones anticuadas, quiere decir fraude ó engaño; significación en que la hubo de usar Cervantes, al atribuir el motivo de dar á Sancho á entender que el lugar en que se iba á representar la farsa de su gobierno se llamaba la *Ínsula Barataria*, «al *barato* con que se le había dado el gobierno». V, 404-406.—Véanse *Barata* y *Barato*.

Baratero.—El que de grado ó por fuerza cobra el barato de los que juegan. (Academia.)—Adj. ant. Engañoso. II, 406.

Barato.—Antiguamente, fraude ó engaño; lo que en las casas de juego se da á los sirvientes ó á los mirones, sea del plato ó del montón común, sea de las ganancias. II, 406; VI, 8, 9.

Barbarroja (Hariadeno ó *Cheredín)*.—Famoso marino turco, que desde los más humildes principios llegó por su valor y proezas á ser general de la armada otomana, y tuvo por muchos años llenas de susto y terror las costas de Sicilia é Italia, infundiendo recelos á la misma Roma. Dieron tanto cuidado sus progresos, que el emperador Carlos V no juzgó empresa indigna de su persona pasar el mar para desalojarlo (de Túnez), como lo hizo, no sin trabajo, el año de 1535. III, 161, 162, 176, 189.

Barbas.—Su importancia. «Tanto valía si perdiese la *barba* como si se dejase castrar». I, 161; II, 41, 69, 70, 207; IV, 28; V, 173; VI, 264.

Barbas honradas llama aquí Cervantes á las «personas de distinción y categoría», tomando la parte por el todo, como sucede en muchas ocasiones. VI, 264.

Barbas (Para mis).—Fórmula familiar de juramento en que se atestigua con las *barbas*, como objeto de estimación y aprecio. II, 69; VI, 95.—Véase *Para mis barbas*.

Barbero (El). I, 9.—Véase *Maese Nicolás*.

Barberos.—Como guitarristas: común entre los profesores de

tal oficio en nuestros tiempos. En los de Cervantes lo era mucho. V, 362.

Barbiponiente.—El que empieza á echar barbas; el mancebo á quien apunta el bozo, y lo mismo viene á significar *barbilucio,* como poco después se llama á Medoro: en latín, *ephebus.* IV, 28.—Véase *Nerón.*

Barca, por *barcaje.*—Derecho que paga el caminante de pasar los ríos por barca. III, 333.

Barcelona.—Sus forajidos y bandoleros en tiempo de Cervantes, VI, 226; sus saraos y diversiones, VI, 272; una de las primeras ciudades de España en que hubo imprenta, según Méndez, VI, 285.

Barcino.—Se llama al perro ó al buey que tiene el pelo mezclado de blanco y pardo ó rojo. Este era el nombre de uno de los perros de caza de Felipe II, como dice Argote de Molina. VI, 446, 447.

Barco encantado.—«Un pequeño batel sin remos»: he aquí la idea que dió origen y ocasión á la famosa aventura del *Barco encantado.* IV, 17.—Esta famosa aventura. V, 93-97, 111.

Barrabás (Mujer de).—Sancho dice á Teresa: «ven acá, *mujer de Barrabás*». IV, 90, 91 (t).

Barraganía.—En castellano antiguo, *barragán* es mancebo, y *barragana,* manceba; pero con la particularidad de que los dos primeros nombres, que son los masculinos, se toman en buena parte, y los femeninos, que son los segundos, en mala: aquéllos significan «joven alentado y de edad floreciente»; éstos «concubina»; y dieron origen á los verbos *abarraganarse* y *amancebarse.* La expresada diferencia entre *barragán* y *barragana* se observa en el *Poema del Cid*, donde *barragán* es palabra de elogio, y *barragana* de vituperio. *Barraganía* tiene dos acepciones: una mala, como en el presente romance de Antonio á Olalla; otra buena, que parece fué la única que tuvo al principio, y en que

la usan el *Poema de Alejandro* y la *Gran conquista de Ultramar*, donde *barraganías* significa valentías, fuertes hechos, hazañas. I, 241; IV, 155.—Véase *Mancebo*, etc.

Barras (Sin daño de).—Quiere decir: sin perjuicio de tercero, puesto que no había sido necesario para dar cima á esta aventura el vencimiento de Malambruno, dándose éste «por contento y satisfecho á toda su voluntad». V, 336.—«Sin daño del cuerpo ni del alma». (Arrieta.)

Barras derechas.—Locución que puede aludir al juego de la barra en que suele medirse y compararse el alcance respectivo de los tiros por medio de la misma barra con que se juega. De hacerse esto llevando la barra más ó menos torcida, resulta ser más ó menos largo el tiro que se mide, y, por consiguiente, perjuicio ó ventaja á alguno de los jugadores.—Así, *barras derechas* quiere decir: «sin malicia, sin engaño», y en esta última acepción se halla en el Diccionario de la Academia. II, 182 (t); VI, 51.

Barrientos (Lope de), obispo de Cuenca.—Su *Tratado de la adivinanza y sus especies*. V, 36.—[I, 325 y n.; III, 417, 418.]

Bastimento.—Es voz propiamente militar; significa las «provisiones de boca», los «comestibles» de plazas, ejércitos y armadas, y se encuentra á cada paso en nuestros historiadores. I, 243.

Batanar.—Verbo formado del nombre *batán*, lo mismo que *abatanar*, que significa golpear los mazos el paño en el batán. El propio origen que *batanar* tiene el frecuentativo *batanear*, de que usa poco después Don Quijote y que sólo tiene significación metafórica, porque no se aplica nunca á los batanes, sino solamente á las personas que, á manera de batanes, golpean y muelen física ó moralmente al prójimo. II, 148-150 (t).

Batanes (Aventura de los).—Uno de los mejores trozos de la primera parte del *Quijote*. II, 145.

Bausán.—Llamóse así en lo antiguo el bulto ó figura de un hombre embutido de paja y con armas, que solía ponerse algunas veces en los adarves ó entre las almenas de las fortalezas para alucinar á los sitiadores.—Extendióse también á significar «una persona boba, cstúpida». «Á los que están parados, mirando alguna cosa con la boca abierta, los llamamos *bausanes»*, dice Covarrubias (artículo *Bausán).*—Usóse también *bausana* para las mujeres. IV, 188.

Bayarte, ó *Bayardo.*—Caballo de Reinaldos de Montalbán. V, 304.—Véase *Caballos famosos.*

Baza (No hace).—No gana, no logra, no consigue nada; metáfora tomada del juego de naipes, en el cual *hacer baza* es ganar al contrario una ó más cartas y recogerlas. V, 425 (t).

Bazán (D. Álvaro), marqués de Santa Cruz.—El más célebre general de mar de su tiempo, y conocido ya entonces por sus hazañas.—Cervantes, después de salir de cautiverio, militó bajo sus órdenes en la empresa de las Terceras, junto con su hermano Rodrigo, á quien premió por su valerosa conducta el marqués; y esto explica el título de «padre de los soldados», que le da nuestro autor. III, 160.

Beatos de Cabrilla.—Véase *Bandidos de Andalucía.*

Bebe con guindas (Como quien dice:).—Es como si dijera: «miel sobre hojuelas», para expresar que la circunstancia de ser gobernador aumenta la injusticia de querer que se azote. —«Especie de exageración para dar á entender que piden que se azote, no como quiera un escudero, sino lo que es infinitamente más, todo un gobernador». (Arrieta.) V, 232.

Beca (La), que, como de colegial, le ceñía los hombros y el pecho, era de raso verde. IV, 423.

Becoquín.—Especie de gorro.—Véase *Galocha.*

Béjar (Duque de).—La carta de Cervantes á él. I (Dedicatoria); II, 10; V, 7, 139.

Belarte, belludo, bellorí, ó *velarte, velludo, vellorí.*—Paños. I, 3.

Belerma (El duelo de).—La cual, con sus doncellas, lloraba endechas sobre el cuerpo y el lastimado corazón de su primo. IV, 439.—[I, 121, n.]

Belianis de Grecia. I, 7, 8, 53, 129, 266; II, 86, 456; III, 378.—[I, 216, n.]

Belisa.—Anagrama del nombre de la primera mujer de Lope de Vega, Doña *Isabel* de Urbina. II, 316; VI, 441.—[II, 160, n.]

Bèlitre.—Es voz de la germanía. Significa «pícaro». II, 468.

Bellido Dolfos.—Él mató á traición al rey D. Sancho en el sitio de *Zamora.* II, 366, 396; V, 74.

Beltenebrós, Amadís de Gaula (La penitencia de), en la Peña Pobre.—El ermitaño, atendiendo á su belleza y al estado de amargura y tinieblas en que se hallaba, le puso el nombre de *Beltenebrós.* II, 273, 274, 285.—Véase *Peña Pobre.*

Beltrán de Guesclín ó Claquín.—Condestable de Francia y duque de Molina; uno de los más preciados caballeros de aquellos siglos; era feísimo; hecho prisionero por los ingleses, él mismo puso un precio excesivo á su rescate; fué la flor de la caballería y restaurador de ella, porque en su tiempo se había relajado, y él la reformó y volvió á poner en honor y pujanza. I, 276; IV, 258; VI, 172, 225.

Bendición (Tenía una cara como una).—Esto dijo el cabrero Pedro á Don Quijote del difunto pastor Grisóstomo. He visto y oído muchas veces esta bellísima expresión; no hay duda de que éste es su origen. I, 249 (t).

Bene quidam.—No es la primera vez que Don Quijote hablaba en latín á su escudero. En la primera parte (II, 108) le decía: *juxta illud: si quis, suadente diabolo,* etc., dudando si estaría excomulgado por haber embestido y aporreado á los clérigos. En ambas ocasiones quedaría Sancho á oscuras. IV, 123.—«Éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias». V, 90.

Benito (Los dos frailes de San).—Caballeros sobre dos drome-

darios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. I, 180 (t).

Berceo (Gonzalo de).—Poeta castellano de principios del siglo XIII, que al fin de la *Vida de Santo Domingo de Silos* se califica á sí mismo de *yoglar* ó cantor del Santo. II, 284; V, 129.—[I, 26-30.]

Berenjeneros.—Los toledanos.—«Á los habitantes de Toledo, dice Covarrubias, por ser aficionados á berenjenas y usar su pasto en diferentes guisados, llaman *berenjeneros*». V, 76.

Bernardo del Carpio.—Uno de los héroes más celebrados en nuestras crónicas y romances, á pesar de que no ha faltado crítico que ponga en duda su existencia. I, 11, 123; II, 330; III, 470; V, 96, 338.

Berrocal (Juan).—Famoso mojón ó catavinos. Pellicer observó ya que Cervantes había insertado el cuento de la prueba del vino en su *Elección de los alcaldes de Daganzo.* IV, 232.—Véanse *Mojón* y *Prueba (La) del vino.*

Berzas (Mezclar) con capachos.—Frase proverbial que significa: «mezclar cosas inconexas y desconcertadas». IV, 61.

Besar la mano ó *el pie,* hincar la rodilla, dar el beso ó paz en el rostro, etc.—Acerca de estas distintas demostraciones de reverencia y homenaje, véanse I, 210; II, 168, 463; V, 119, 271.

Bestias (Cosas aprendidas de las). IV, 211.—La palabra *bestia* en su sentido primitivo ó recto es femenina, como en el presente pasaje; en el metafórico es común de dos, y así se dice: «fulano es *un bestia,* fulana es *una bestia*». IV, 209.

Betis (Olivífero).—Se llama *olivífero* al *Betis* ó Guadalquivir por la abundancia de olivos que se crían en sus riberas. Del mismo vocablo usó Marcial hablando de este río y pintándolo con corona de olivo:

«*Baetis, olivifera crines redimite corona*».

—II, 78.

Bien de paz (Por).—Fórmula con que se designa el partido medio que se toma en una discordia, cediéndose por amor de la paz el derecho ó algo del derecho que se tiene, para que, igualándose de esta suerte el agravio ó el beneficio, ambas partes queden contentas. II, 132; V, 462 (t).

Bien haya el que inventó el sueño.—Sancho acerca del sueño. VI, 367 (t).—Véase *Sueño.*

Bienllegada, por *bienvenida.*—Palabra inventada por Cervantes. III, 258.

Bien mal (Dormir).—El uso de la partícula *bien* por *muy* es frecuente en castellano, y aunque *bien mal* son dos palabras, al parecer, inconciliables y que mutuamente se destruyen, sin embargo suele reunirlas el uso, dándoles la misma fuerza y significación que á *muy mal.* III, 297.

Bien (No).—«Y *no* la hubo *bien* visto». Decimos ordinariamente «y *no bien* la hubo visto». Las dos palabras *no* y *bien* forman juntas una especie de partícula que vale tanto como «apenas». Éste es el sentido que aquí tienen; y hubiera convenido reunirlas, porque separadas no significan lo mismo. II, 340.

Bien predica quien bien vive. IV, 387 (t).

Bins (Fiestas de).—Magníficas fiestas dadas en honor de Carlos V por su hermana la reina de Hungría, en Bins (Flandes) en 1549. I, XIV (Prólogo), 156, 196; II, 106, 107, 290; III, 151; IV, 314, 316; V, 138, 316; VI, 96.

Birlar á los bolos.—Lance del juego de bolos; tirar otra vez la bola desde el primer paraje en que se paró. IV, 355.

Bizcocho (El) y el corbacho.—*Bizcocho* es *bis coctus,* cocido dos veces, porque lo está el pan que se lleva y gasta en las navegaciones, para que de esta suerte se conserve sin enmohecerse; ahora suele dársele el nombre de *galleta.*—*Corbacho* ó *rebenque* (como se le llama, VI, 301) era el azote con que el cómitre de la galera «*mosqueaba,* según allí se dice, las espaldas de la chusma». II, 209; VI, 301.

Blair (Hugo).—Traducción de sus *Lecciones*, por D. José Luis Munárriz. I, 152; IV, 322, 334.—Véase *Munárriz.*

Blanco (Francisco).—Morisco de Hornachos, que por la fama y crédito de su habilidad en minería fué buscado por los ministros reales. Se ocupaba en el oficio de la arriería antes de ser empleado en las minas, donde llegó á ser capataz y trabajó por espacio de veinte años. II, 29.

Blanco de Paz (Fr. Juan).—De la circunstancia de ser fraile dominico el autor del *Quijote* de Avellaneda, y de ser contrario á Cervantes, infiere Ceán que Avellaneda pudo ser Fr. Juan Blanco de Paz, enemigo que fué en Argel del mismo Cervantes, y que, rescatado después y vuelto á España, escribiría la segunda parte de *Don Quijote* en despique contra el autor de la primera. VI, 203.—[II, 142.]

Blanco (No soy nada).—No soy un loco ó un tonto. *Blanco* es «bobo ó necio» en el *Vocabulario de germanía* compuesto por Juan Hidalgo. II, 521.

Blanco y terrero.—El *blanco*, para tirar á él con flecha ó con bala, suele ponerse en un terrero á fin de evitar los rechazos y otros accidentes. De aquí vino usarse de la voz *terrero* casi en la misma significación de *blanco*, como sucede en el texto. IV, 180.

Blancos ó amarillos.—Dice Sancho de los vasallos futuros que pensaba vender: «por negros que sean, los he de volver *blancos ó amarillos*»; esto es, he de convertirlos en plata ú oro. II, 441, 496.

Bobas mías.—Palabras de cariño, propias de un superior que, hablando con personas inferiores, se allana á chancearse bondadosamente con ellas. IV, 112.

Bobis bobis (De).—Para mí es casi seguro que el original tendría *de bóbilis bóbilis*, que es como usó Quevedo de este modo adverbial en su *Cuento de cuentos*, y como se dice comunmente. Acaso estaría escrito en abreviatura, y eso daría lugar al yerro del impresor.—De balde, sin trabajo.

(Academia.)—II, 467.—«Y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros *de bóbilis bóbilis*». VI, 409 (t).

Bobo (El).—La figura, persona ó papel (que todo es uno) del *bobo*, es muy antiguo con este nombre en la dramática castellana. Algunas veces se da á este papel el nombre de *simple;* el que hacía en las tablas el papel del *bobo* ó *simple* necesitaba de mucho talento, porque, como dijo Don Quijote, «la más discreta figura de la comedia es el *bobo*». IV, 64, 206.—Véase *Simple discreto.*

Boca (Á pedir de, ó á qué quieres).—Frases familiares que significan lo mismo que «á medida de lo que se pide», según los deseos que se manifiestan con las palabras. II, 461; III, 81.—*Á qué quieres boca.* IV, 404 (t).

Boca de lobo.—Expr. met. de que se usa para significar una grande oscuridad. (Academia.) V, 470 (t).

Bocacio (Bocaccio).—Su *Fiammeta* era María, hija natural de Roberto, rey de Nápoles, según Guinguené. I, XIX (Prólogo); VI, 442.

Bocados de nudos de suelta.—*Sueltas* son los pedazos de soga ó cordel con que se traban las manos de las bestias, y, según Covarrubias, se llamaron así por antífrasis. Sus nudos, como de cosa gruesa y ordinaria, son abultados, y así debían de ser los bocados que tragaba Sancho, por la prisa que se daba á engullirlos antes de mascarlos suficientemente, cuando eran todavía tamaños cual *nudos de suelta.* IV, 228.

Bocina (Boca de la).—En aquel tiempo se daba el nombre de *Bocina* á la constelación que comprende la estrella polar. *Osa Menor* la llaman los astrónomos, y *Carro Menor* el vulgo. II, 119.

Bodas de Camacho (Las).—Cervantes enlazó con discreta variedad los trámites de su fábula. IV, 369.—Don Juan Meléndez Valdés, poeta insigne de nuestros tiempos, tomó el argumento de esta aventura del *Quijote* para una comedia

que compuso con el título de *Bodas de Camacho.* IV, 399. —Véanse *Meléndez Valdés* y *Camacho (Bodas de).*—[III, 313, 344, 351.]

Bofordar, ó *quebrantar tablados.*—Era un ejercicio ecuestre, y debía consistir en derribar, arrojando las lanzas desde el caballo, los tablados hechos al intento. IV, 315.—Véase *Tablados (Quebrantar).*

Bohemia (Puerto en).—Absurdo geográfico muy común en las novelas de caballería, y que sin duda Cervantes intenta ridiculizar, cuando hace decir á Dorotea que «desembarcó en Osuna», que no es puerto de mar, sino una ciudad interior. Otro error geográfico semejante se encuentra en el *Cuento de invierno,* de Shakespeare, acto III, al principio de la escena tercera, en que Antígono dice al marinero: «¿Ha tocado entonces nuestro barco en los desiertos de Bohemia?» II, 459, 460; III, 381.—Jarvis, en una nota dice: «Este error geográfico de la Princesa es probablemente una sátira dirigida al historiador Mariana, quien formalmente cuenta que el cónsul Quinto Fabio envió á España 15.000 hombres contra Viriato, y éstos desembarcaron en una ciudad llamada Orsuna (hoy Osuna), en Andalucía, siendo así que dicha ciudad está á muchas leguas del mar».

Böhl de Faber.—Su apreciable colección de nuestra poesía, con el título de *Floresta.* III, 319; V, 278, 279; VI, 207.—Véase *Floresta, de Böhl de Faber.*—[I, 253, n.]

Bojiganga, mojiganga.—Especie de compañía cómica, compuesta de pocos farsantes. IV, 197.

Bolonia (Universidad de). IV, 340.—«Por ser graduado en el Colegio de los españoles en Bolonia, en Italia». V, 166. —Véase *París y Salamanca (Universidades de).*—[315, 316.]

Bolsa con cien ducados.—La de dinero que se encontró Sancho en Sierramorena. IV, 225.—En otra parte se dice, en vez de *ducados,* «escudos de oro», y «pañizuelo», por *bolsa.* II, 233; IV, 69, 73, 86; V, 247.

Bolsones de pellejos de gatos.—Antiguamente se usaban mucho para llevar dinero, y aun hoy también.—*Gato del dinero*, por «bolsa del dinero», expresión muy común en Cervantes. IV, 382.

Bonamí (Simón).—Enano muy notable. Á su muerte, Góngora y Lope de Vega le compusieron epitafios. II, 173.

Bonetes de Toledo.—Artículo de gran exportación en España. IV, 3.—De Toledo sería «el bonetillo colorado y grasiento» del ventero, que se menciona en la batalla con los cueros de vino tinto. III, 75 (t).

Borbón (Duque de).—Su muerte en Roma en 1527. V, 332, 333.

Borceguí.—Calzado de cuero flexible, usado todavía por los moros, y que llega á la mitad de la pierna. IV, 324; III, 121 (t).

Borgoña.—El pais clásico de la caballería europea. III, 467.

Borla.—Birrete de los doctores en las universidades. III, 133.

Boscán.—Se llamó *Nemoroso.*—El *Nemoroso* de Garcilaso.—*Nemoroso* significa «propio de la selva», y *Boscán* «perteneciente al bosque». VI, 358.

Botarga, zaharrón.—Arlequín, bufón. IV, 197.

Boticario toledano.—Etimología de *boticario, botella, botija, botecillo, botica, botillería.* V, 259; VI, 199.—Muy mal debía estar Cervantes con las dueñas; á la cuenta, él era el *boticario toledano.* V, 260-262, 312.

Bowle (D. Juan).—Su extraordinaria edición de *Don Quijote*, publicada en Salisbury (Inglaterra) en 1781, á la cual dedicó catorce años de incesante trabajo; es la mejor, según Mr. Ticknor, después de la de Clemencín. «Su trabajo, fruto, como él mismo cuenta, de catorce años de lecturas y aplicación, es muy digno de alabanza, y muy digno de admirar en un extranjero el conocimiento de libros castellanos con que enriquece y autoriza sus notas». I, XXXV, XXXVI

(Prólogo), 134; IV, 52.—«Al *castillo* de su buena mula». Bowle equivoca *costilla* con *castillo*. Es equivocación excusable en un extranjero, y extranjero tan benemérito por otra parte de la literatura española. I, 184.—Clemencín añade más observaciones y juicios críticos. I, 185; II, 326; III, 400; IV, 128; V, 29.—«Como extranjero, no alcanzó la fuerza del idioma, cosa siempre difícil y á veces imposible». II, 345.—[III, 437 y n.; II, 132, n.; 139, n.]

Boyardo (Mateo).—*Matteo Maria Bojardo,* conde de Escandiano, escribió el poema caballeresco de *Orlando enamorado,* que continuó después Ludovico Ariosto en su *Orlando furioso.* Traducciones de Francisco Garrido de Villena y de D. Martín Abarca de Bolea. I, 118; III, 380.—[II, 481, 482, n.]

Bozal.—*Ladino* en los negros se opone á *bozal,* que es el que no sabe otra lengua que la suya nativa. III, 219.—Véase *Ladino.*

Bradamante, régulo de Guadalajara, y la *Infanta Galiana,* con quien se casó Carlomagno después de vencer en desafío y matar á su rival. VI, 123.

Brandabarbarán.—Señor de las tres Arabias. II, 72.

Brando.—Espada. En los libros caballerescos son muchos los nombres propios de caballeros, en cuya composición entra la palabra italiana *brando,* como *Brandicel, Brandimarte,* etc., y sobre todo en nombres de gigantes, como *Bradafidel* y otros, á quienes Cervantes añadió el de *Brandabarbarán.* II, 72.

Brazo partido (Á).—Con los brazos solos, sin usar de armas. (Academia.) «Se abrazó con él (Sancho con su amo) *á brazo partido*». Éste es uno de los muchos pleonasmos que se advierten en la presente fábula. V, 224.

Brazos ladrones y salud borracha.—«Porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los *brazos ladrones y la salud borracha*». Estas imposturas se lleva-

ban al último extremo en tiempos de Cervantes. VI, 64.

Briareo (El gigante).—Según la fábula, tenía cien brazos y cincuenta vientres; fué uno de los Titanes que combatieron contra los dioses, y fué sepultado con sus compañeros debajo del monte Etna, cuyas explosiones se creían ser los gemidos de los gigantes que allí yacían. I, 172.

Brida (La).—Era manera de montar propia de los hombres de armas ó caballería pesada, á diferencia de la *jineta,* que era propia de la caballería ligera, y muy usada por los moros. En la *brida,* se llevaban los estribos largos y las piernas tendidas: el jinete parecía estar en pie; las camas del freno eran largas. En la *jineta,* los frenos eran recogidos, los estribos cortos: el caballero parecía ir sentado, y sus piernas no bajaban de la barriga del caballo.—Arte ó modo de andar á caballo, cuyo ornato era distinto del que hoy se usa. (Academia.)—I, 34.

Brilladoro (Brigliadoro).—Caballo de Roldán. (Véase *Orlando Furioso,* cantos 24 y 41.) V, 303, 304.—Véase *Caballos famosos.*

Brincos.—Joyuelas ó adornos que solían llevar pendientes mujeres y niños, y por la libración de sus reflejos parecían *brincar* al moverse las personas que los llevaban. II, 229; V, 276.

Brindis.—La acción de brindar ó convidar á beber. Es el único nombre castellano que tiene la misma terminación en singular que en plural, y por consecuencia el único realmente indeclinable: no me ocurre otro que tenga tal propiedad en nuestro idioma. Según Covarrubias, *brindis* es voz de origen tudesco. V, 190.

Brocado de más de diez altos.—Ponderación desmesurada. Llámase *brocado* á la tela de seda sobrelabrada con oro ó plata. El más precioso era el de tres altos, y no pasó de aquí el que se menciona como el más magnífico en la crónica de D. Florindo de la Extraña Ventura. En esta clase

de brocados, á semejanza de los altos de las casas, se llamaba primero, ál fondo de la tela; segundo, á la labor, y tercero, al realce de los hilos de plata, oro, ó seda escarchada ó briscada. El *brocado de diez altos* que dijo Sancho, es un absurdo. IV, 173. «Empuñará su gobierno, que con otro de *brocado de tres altos*». ¿Qué es gobierno de *brocado de tres altos?* No lo adivino, á no ser que se quiera indicar un gobierno lucrativo y rico, de superior calidad y provecho, como el brocado lo es entre otras telas. Puede ser también que falten algunas palabras del texto original. Todo fué posible, visto el descuido con que se hizo la edición primitiva. V, 184.

Brodistas.—Por el *brodio* ó *bodrio* de que se alimentaban. Se llamaban así los pobres mendigos que iban á los conventos á buscar algunos fiambres. III, 129.—Véanse *Sopistas* y *Andar á la sopa.*

Bruja.—Mujer que, según la opinión vulgar, tiene pacto con el diablo, y hace cosas extraordinarias por su medio. (Academia.)—Cervantes no creía en brujas, y ciertamente era de la misma opinión que Lope de Vega, cuando en una de sus comedias decía, tratando de necedad esta creencia:

«¿Por qué las brujas lo son?
Porque son tontos los hombres».

En los libros caballerescos se encuentran por todas partes brujas, magas y encantadoras. V, 455.

Brutesco.—«Fuente á lo *brutesco* ordenada», sería *grotesca;* esto es, hecha de adornos caprichosos y rústicos, como son las *grutas* de las montañas. III, 476.

Búcaros (Penantes).—*Búcaros,* vasijas de barro colorado que, mojadas, dan un olor agradable, y por esto servían comunmente en otro tiempo de vasos para beber el agua. Solían traerlos de Portugal y de las Indias y también mascarlos y comerlos las mujeres, creyendo amortiguar con esto

el color del rostro, y tenerlo más adamado. *Penante* ó *penada*, se llama la copa, taza, y en general, la vasija de boca estrecha que da el licor *con pena*, con dificultad, y poco á poco: los *búcaros* se harían así para prolongar de esta suerte el placer de los bebedores y la fragancia de la bebida. V, 172.

Bucéfalo.—El bridón de Alejandro Magno se llamó *Bucéfalo*, que significa *cabeza de buey* ó porque ésta era su marca, propia de una de las razas más apreciadas de Tesalia, ó por la anchura de su frente, semejante en esto á la de un toro. Aseguran que sólo se dejaba montar de Alejandro. Matáronselo en la batalla contra Poro, y Alejandro edificó en su honor una ciudad á que puso el nombre de Bucefalia, como dice Plutarco. I, 17.—De este caballo se dice en el *Poema de Alejandro:*

«*Fízolo un elefant, cuemo dis la escritura,*
En una dromedaria por muy grant aventura;
Venial de la madre ligerez por natura,
De la parte del padre frontales é fechura.»

¡Rara genealogía! V, 303.—Véase *Caballos famosos.*

Bucólicos (Los libros).—Véase aquí el origen de ellos, mezclados de prosa y verso, que aparecieron á principios del siglo XVI en el teatro de la literatura europea. I, XVIII (Prólogo).

Buen ánimo.—En castellano significa ordinariamente «ánimo resuelto, alentado», no «buen talante», ó «agrado», que es la acepción que aquí tiene: «fué recogido de los cabreros con *buen ánimo*». I, 227.—«Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa; *buen ánimo* y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor Don Quijote». V, 234 (t). El adjetivo *bueno*, puesto antes del sujeto de quien se dice, generalmente es irónico y se toma en mala parte: «aquellos *buenos* señores». II, 105.—En el texto «tomé mi *buen* di-

nero», no es así, puesto que no se trata de ridiculizar ni despreciar la cantidad recibida. III, 188.

Buen (Al) callar llaman Sancho.—El chiste de este refrán puede consistir en que *Sancho* sea lo mismo que *Santo*. En efecto *Santo* era nombre propio, y el de Don *Santo*, el poeta judío de Carrión, que floreció en tiempo de D. Pedro el Cruel. Siendo esto así, querrá decir el refrán que «el buen callar es cosa *santa*». V, 365.

Buen hombre.—Tratamiento que arguye gran superioridad en quien lo usa, respecto de aquel á quien lo dirige. Parece bondad y es desprecio. II, 47, 206 (t); III, 188; VI, 229. —«Mi *buen* criado»; *bueno*, por ironía. II, 417.—«Señor *bueno*», modo común de hablar á una persona desconocida, que todavía se usa en España, especialmente en los caminos, como es el caso del texto. «Tío *bueno*, tía *buena*» se dice ordinariamente á las personas cuyo nombre se ignora, y que por su traza se conoce pertenecen á la clase común ó pobre. Á éstos se llama «tíos», como á los mendigos «hermanos». VI, 346.—[III, 430, 431, n.]

Buen porqué.—Es gran cantidad, gran porción; equivale á cantidad razonable. «Les costó *buen porqué* de su sangre y de su sudor». I, 269.—«Que cabe un *buen porqué* de vino». V, 30.

Buena manderecha.—Esto es, buena suerte, fortuna, prosperidad; expresión familiar anticuada. «Siniestro» suele significar «desgraciado, infausto». Decimos «hado siniestro» y esto lo tomamos de los latinos:

Saepe sinistra cava praedixit ab ilice cornix.

Y como dijo, tomándolo de Virgilio, el dulcísimo Garcilaso:

«Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, prediciendo
La desventura mía».

I, 292.—Por una razón contraria se aplicó lo «afortunado» á «derecho» en la locución del texto. IV, 411; VI, 164, 433.—Esta locución pudiera traer su origen de lo que dice Covarrubias: «que los antiguos contaban por las manos diestra y siniestra los años». VI, 293.

Buena paga.—La persona que prontamente y sin dificultad paga lo que debe; y al contrario se dice *mala paga*. (Academia.)—«Tal como *buena paga*». VI, 409 (t).

Buena pasta.—La índole, el genio blando ó pacífico. (Academia.)—«Puesto que la tenían por boba y de *buena pasta*». VI, 67 (t).

Buenas migas (Comer).—Véase *Hacer buenas migas*.—«Quiere que no *comamos buenas migas*». «*Hacer buenas migas*» es como familiarmente se dice de los que viven acordes entre sí. Mucho recelo que está viciado el texto. VI, 207.

Buenas noches (Y á).—«Quedarse uno ó dejar á otro *á buenas noches*»: quedarse ó dejar á uno á oscuras por haber apagado la luz. (Academia.) VI, 182 (t).

¿Bueno (Adónde)?, ó *¿de dónde bueno?*—¿Adónde va?, ó ¿de dónde viene? (Academia.) «*¿Adónde bueno* camina vuesa merced, señor gentil hombre»? VI, 424 (t).

¿Bueno (No es)?—¿No es extraño? IV, 271 (t).

Buho (El invidiado).—El *invidiado* alude, sin duda, al uso que se hace del buho en la cetrería ó caza de aves, donde se observa que los pájaros bajan al buho colocado en el señuelo, creyendo el vulgo que la envidia los mueve á querer sacarle los ojos, y que esto es á lo que bajan. El buho era también mirado como pájaro funesto y aciago. *Enviudado* se ve equivocadamente en algunas ediciones, por *invidiado*. I, 292.

Bullir.—«No bullía pie ni mano».—*Bullir*, en esta ocasión, es verbo activo, y significa «menear con movimiento pequeño». Otras veces, y son las más, es verbo neutro, y equivale á «menearse con movimiento pequeño, pero vivo y

frecuente, como hace el agua cuando hierve»; del latín *bullire*, por las ampollitas que forma. III, 520.

Buñuelo.—Fruta de sartén, que se hace de masa bien batida, frita en aceite ó manteca. Al tiempo de freirse se esponja, y sale de varias figuras y tamaños, y se come comunmente con aguamiel ó azúcar. (Academia.) —«Hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen *buñuelos*». Comparación feliz y significativa, que pudiera aplicarse á infinitos buñoleros literarios, tanto nacionales como extranjeros. IV, 66.

Bureo (Entrar en).—Lo mismo que «entrar en junta» ó deliberar.—Covarrubias dice que *bureo* es nombre alemán, pero más bien parece que es francés: *bureau*, tribunal.—La misma significación que *bureo* tiene «consejo», cuando pocos renglones después se dice: «de cuyo consejo salió por voto común de todos». IV, 266.—En el mismo sentido se usa después en la aventura de la Dueña Dolorida: «cuyo temor nos hizo *entrar en bureo* á los tres». V, 284 (t).—Véase *Consejo*.

Buriles, cinceles.—Los primeros son los instrumentos que usan los grabadores, y los segundos los de los escultores. En el presente pasaje se aplica el nombre de *buriles* á los instrumentos de la escultura, que ahora llamamos *cinceles*, dejando los *buriles* para el grabado; pero en tiempo de Cervantes, y aun en el siguiente, se llamaban *buriles* los instrumentos de ambas artes, segun se ve por diferentes lugares de la *República literaria* de D. Diego Saavedra Fajardo. V, 157.

Burguillos (El Maestro Tomé de).—La *Justa poética de San Isidro*, su reto, V, 75; su canción burlesca sobre los *Ballenatos de Madrid*, V, 77; sus versos en la *Justa poética* alabando burlescamente al rey D. Felipe III, VI, 108.—[II, 181 y n.; 183, 184 y n.]

Buscapié (El).—El famoso y nunca visto folleto del mismo

Cervantes, donde se apuntaba, según dicen, que el *Quijote* era una sátira paliada del emperador y otros personajes. Mas los indicios son demasiado ligeros para justificar ni aun dar colorido á la sospecha. II, 289; IV, 50.—La inverosimilitud de la existencia del *Buscapié* de Cervantes. IV, 63.—«El *Buscapié* se ha supuesto escrito por Cervantes; pero realmente es una ficción ruda, necia y chapucera; un juguete literario de D. Adolfo de Castro». (Ticknor, III, 403.) —[II, 137, n.; III, 423-434.]

Buscar á Marica por Ravena.—Locución proverbial italiana para expresar la inutilidad de alguna diligencia que se hace, como sería la de buscar á una mujer en Ravena por el nombre de *Marica*, que allí debía ser común; lo mismo que «preguntar por Entunes en Portugal», ó «por Mahomad en Granada»; igual caso sería el de quien buscase «al bachiller, sin otras señas, en Salamanca». «Así será *buscar* á Dulcinea por el Toboso como *á Marica por Ravena,* ó al bachiller en Salamanca». IV, 169.

Buscar pan de trastrigo.—Frase proverbial. «Buscar las cosas fuera de sazón, ó meterse en negocios que no le atañen y sólo pueden acarrearle daño». (Salvá.)—«Metafóricamente hablando, *buscar pan de trastrigo* es empeñarse en satisfacer caprichos ó antojos, ó meterse en empresas difíciles de conseguir». (Arrieta.)—*Pan de trastrigo,* cosa fuera de sazón, inoportuna, irregular. I, 161 (t); VI, 358.—Véase *Trastrigo (Pan de).*

Buscar tres pies al gato.—«Buscar cinco pies al gato», frase proverbial. «Tentar la paciencia á alguno con riesgo de irritarle». (Salvá.)—Taboada dice: «Buscar tres pies al gato y él tiene cuatro», *chercher querelle, noise, à quelqu'un;* «andar buscando tres pies al gato», *provoquer quelqu'un, chercher noise, chercher midi á quatorze heures;* «buscar cinco pies al gato», *chercher midi à quatorze heures.* «Enderécese, dijo el comisario á Don Quijote, ese bacín que trae en la

cabeza, y no *ande buscando tres pies al gato*. II, 213 (t).

Busilis (El).—Palabra de que se usa en el estilo jocoso para significar el punto en que estriba la dificultad de lo que se trata. Aquí es «misterio, secreto». «Tenía admirada á toda la gente que el *busilis* del cuento no sabía». V, 407.—«Ninguna otra persona sabía el *busilis* del encanto». VI, 276 (t).

Busiris.—Rey de Egipto.—«Algún cruel *Osiris*». Cervantes, con su distracción é inexactitud acostumbradas, trueca á *Osiris* con *Busiris*. VI, 229.—Véase *Osiris*.

Bustos de emperadores romanos.—En tiempo de Cervantes era muy común adornar los edificios y jardines con los bustos de los primeros Césares ó emperadores romanos, hechos de mármol. VI, 265.

Butrón.—Apellido noble de España.—Sería curioso saber si lo llevaba alguna persona de las que tuvieron parte en los sucesos de Cervantes en la Mancha; si lo hubo durante aquella época en la patria de «Juan Haldudo el rico», ó si correspondía á alguno de los académicos de la Argamasilla, mencionados al fin de la primera parte del *Quijote*. Como de estas alusiones envolverá la presente fábula, que en su tiempo prestarían á la investigación algunos indicios y rastros que ya ha borrado la envidiosa lima del tiempo. VI, 447.—Nombre de uno de los dos famosos perros de Sansón Carrasco. VI, 446 (t).

Buz (Hacer el).—Dice Covarrubias que el *buz* es «el beso de reverencia y reconocimiento que da un mono á otro; y entre otras monerías que la mona hace, es el *buz*, tomando la mano y besándola con mucho tiento..... y luego poniéndola sobre la cabeza».—*Hacer el buz* equivale á obsequiar ó festejar; rendir homenaje ó respeto de una manera servil. I, LXV (Prólogo).

Buzcorona.—La añadidura de *corona* al *buz* puede tener conexión con lo que dice Covarrubias de tomar las monas la

mano, besarla y ponerla sobre la corona ó coronilla. I, LXV, LXVI (Prólogo); VI, 382.

C (La letra).—Sobre su pronunciación como la letra *s;* y la de la letra *s* como si fuera *c.*—El verbo *cecear* tiene dos significaciones: una es llamar á alguno con la interjección *¡ce!,* excitando su atención, y convidándole á que escuche y se acerque; otra es pronunciar la letra *s* como si fuera *c,* que es práctica usada generalmente en algunas partes de Andalucía. Por un abuso contrario, suele pronunciarse la letra *c* como *s* en las provincias donde aún no ha dejado de hablarse el lemosín, y señaladamente en el reino de Valencia. III, 282.—Véase *Cecear.*

Caba (La) rumia, ó la mala mujer cristiana.—*La Caba* fué hija ó mujer del conde D. Julián, aquel que, según se cree vulgarmente, trajo á España los moros que la conquistaron á principios del siglo VIII. Se cuenta que el conde lo hizo por vengar la fuerza que el rey D. Rodrigo hizo á aquella señora; la cual, si el caso fué cierto, más bien mereció el nombre de «desgraciada» que el de «mala» que le dió injustamente la posteridad. El nombre de *rumia* ó *romana* equivalía al de «cristiana». Á *la Caba* suele darse también el nombre de *Florinda.*—El cabo que indica el texto será el Albatel ó el Caxines, los cuales forman en su intermedio un golfo que todavía se llama *de la Mala Mujer.* II, 367; III, 236; V, 167.—Véanse *Rumia (La Caba), Romano* y *Profecía del Tajo.*

Caballería (La) manchega.—Es evidente que Cervantes tiró á ridiculizar cierta clase de hidalgos de la Mancha; y esto debió ser de resultas de las ocurrencias que tuvo en aquel país y dieron origen á la fábula del *Quijote* en el lugar «de cuyo nombre no quería acordarse». (Véase I, 1.)—Esta es la *caballería manchega,* de quien era «luz y espejo» nuestro insigne Don Quijote. I, 194.

Caballero.—«Tirándoles á *caballero*»; esto es, tirando de paraje más alto. *Caballero* es voz de fortificación, que lleva consigo la idea de superioridad ó altura mayor; como es la del jinete que va á caballo, sobre los peones que le rodean. III, 165.—«Y él, *caballero* en su dañada y primera intención»; quiere decir: «fijo, firme, persistiendo en su primera intención». V, 411.—«Corrió (el tiempo) *caballero* en las horas». V, 421 (t).—«Tan mal *caballero*»; esto es, montado asnalmente; y en efecto, era mal visto que las personas de respeto montasen de este modo. I, 95; II, 19.

Caballero á lo eclesiástico. II, 347; IV, 221.—Véase *Arzobispos andantes.*

Caballero (El) andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma:

> «*Perch' ogni cavalier ch' é senza amore,*
> *Se in vista è vivo, vivo è senza core*».
> (*Orlando Innamorato*, lib. I, c. 18.)

—I, 19, 278; III, 484; IV, 213; V, 148 (t), 159.

Caballero de la Ardiente Espada, Amadís de Grecia; el *de la Verde Espada*, Amadís de Gaula. I, 111; II, 62, 106, 457.

Caballero de la Blanca Luna (El duelo del).—La última aventura de Don Quijote. VI, 320-330.

Caballero de la Cruz.—El invencible caballero Lepolemo: su historia, por Pedro de Luján. I, 116; II, 457; IV, 215; V, 421.—Véanse *Lepolemo* y *Luján (D. Pedro de).*—[I, 217.]

Caballero de la Triste Figura.—Nombre que puso Sancho á su amo, diciéndole: «porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá (desde poco tiempo acá) que jamás he visto». II, 105, 106 (t); IV, 307.

Caballero del Bosque (La aventura del). IV, 219.—Tres nom-

Caballeros de la Tabla Redonda. I, 261.—Véase *Tabla Redonda (Caballeros de la).*

Caballos.—Las jacas de los bufones Gonela y Velasquillo, y los bridones de Alejandro Magno (Bucéfalo), del Cid (Babieca) y de Don Quijote (Rocinante). I, 16, 17.

Caballos de madera.—Los de Pierres, de Croppart y de Clavileño.—Véanse en sus correspondientes lugares.—III, 458; V, 300, 307, 314, 317, 326.

Caballos famosos en la historia, de caballeros, de héroes, etc. —Véanse las largas Notas: I, 17; II, 299, 300, 443; V, 303-306.

Caber.—Este verbo tiene dos acepciones opuestas: una, «poder contener», que es más conforme á su origen latino de *capio;* otra, «poder ser contenido». En la primera acepción es verbo activo; en la segunda es de estado. Con sólo variar el régimen cambia la acepción; igualmente puede decirse, y lo mismo significa, «un jarro que *cabe* un buen porqué de vino», y «un jarro en que *cabe* un buen porqué de vino»; aquí es de estado, y allí activo. V, 30; IV, 374.

Cabestro.—El buey manso que va delante de los toros y vacas con un cencerro al cuello y les sirve de guía. (Academia.) VI, 186 (t).

Cabeza encantada de bronce (La aventura de la).—VI, 269, 276-284.

Cabial.—Especie de embuchado de los huevos del esturión, y aun de otros pescados crasos, que se cura y endurece al humo. VI, 100.

Cabida (Tener) con uno.—Tener valimiento con él. (Academia.) Sancho dice: «mano y concavidad», por «mano y *cabida*». V, 186.

Cabo (En ningún).—En ningún modo, por ningún medio. VI, 179 (t).

Cabo (Por el).—Extremadamente. (Academia.)—«Acabados,

perfectos, buenos en extremo». (Arrieta.) «Y todos decían que eran *por el cabo*». I, 248 (t).

Cabo (Á) de rato.—Modo adverbial con que se nota ó zahiere al que, después de haberse detenido mucho tiempo en pensar ó hacer alguna cosa, la hace mal ó sale con algún despropósito. (Academia.) «Bueno está el donaire con que ha salido *á cabo de rato*». II, 213 (t).

Cabra (La sima de).—En la sierra de Cabra, villa de la provincia de Córdoba. IV, 237.—[III, 429.]

Cabrahigo (No se me da un).—Equivale á «no se me da un bledo, un pepino, etc.» V, 264.

Cabrera (D. Ramón).—«Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, etc.» Ejemplo admirable de la figura «repetición». La presente me parece tan natural, que estoy creyendo que cuando Cervantes la escribía, no pensaba en ella. Es verdad que lo mismo sucede respecto de una infinidad de pasajes del *Quijote*, en los que á mi imaginación se representa la Naturaleza dictando y Cervantes sirviéndole de amanuense. La naturalidad, en mi concepto, es en lo que más sobresale Cervantes, y en lo que no tiene igual; su naturalidad es tanta, que si no se lee con muchísima atención, se le pasan á uno por alto los primores de muchos lugares en punto de elocución». (Nota de D. Ramón Cabrera.) V, 189.—[III, 248, n.]

Cabrero Eugenio (El cuento del).—Éste es el último episodio de la primera parte del *Quijote*. El 1.º fué el escrutinio de la librería. El 2.º, la historia de Grisóstomo. El 3.º, la de Cardenio con todos sus incidentes. El 4.º, el coloquio del canónigo de Toledo con el cura de Argamasilla. El 5.º y último, *el cuento del cabrero Eugenio*. La novela de *El curioso impertinente*, y la relación del cautivo, y aun los amores de D. Luis y Doña Clara, no son episodios, sino paréntesis de la fábula y remiendos zurcidos en su contexto. III, 509.

Cacería (Leyes concernientes á la).—III, 140; V, 196.

Caco.—Hijo de Vulcano, según la fábula. Infestaba con sus robos el Lacio. Cuando Hércules volvió de España con sus ganados, Caco le robó sus vacas, llevándolas á su cueva por las colas, para que no las encontrasen por el rastro; pero sus bramidos las descubrieron, y Caco murió á manos de Hércules. *Caco* en griego significa «malo, perverso». I, 36, 118 (t); VI, 9.

Cachidiablo.—Nombre de un osado y valiente corsario argelino, uno de los capitanes de Barbarroja, que en tiempos de Carlos V salteó, robó y despobló algunos lugares de la costa de Valencia. El Padre Haedo hizo larga memoria de sus acciones (¿y por qué no diremos: de sus hazañas?). —Cervantes le llama «Académico de la Argamasilla». III, 538.

Cachopines de Laredo.—Cervantes se burlaba tanto de los *Capoches* como de los *Cachopines,* y siempre de los abolengos y alcurnias de los asturianos y montañeses. En las provincias del norte de la Península ha sido muy frecuente que personas que han pasado á las Indias y adquirido allá cuantiosos bienes, hayan vuelto, y fundado en su país casas acomodadas. En Nueva España se daba el nombre de *Gachupines* ó *Cachupines* á los españoles que pasaban de Europa; y éste puede creerse que es el origen de los *Cachopines de Laredo,* especie de apellido proverbial con que se tildaba á las personas nuevas que, habiendo adquirido riquezas, se entonaban y preciaban de ilustre prosapia. I, 284.

Cada uno es artífice de su ventura.—Esta sentencia es de Salustio. VI, 342.

Cada uno es hijo de sus obras.—Refrán antiguo castellano. En Europa los hijos reciben de sus padres la nobleza; en la China dicen que los padres la adquieren por las hazañas y virtudes de sus hijos. La conducta de los chinos es más conforme al refrán que la de los europeos. I, 73.

Cada y cuando.—Siempre que, ó luego que. (Academia.) III, 80; VI, 68 (textos).

Cadalso.—Tablado que se hace para alguna solemnidad pública. Palabra derivada, según Covarrubias, de una voz griega que quiere decir: «*videor, appareo,* porque se hacen los tablados para que las personas que se ponen sobre ellos sean vistas de todos». Ahora se usa ordinariamente esta palabra para designar el tablado que se destina al suplicio de los criminales. VI, 137.

Caer en alguna cosa.—Venir en conocimiento de ella. (Academia.)—Recordarla.—V, 413 (t).

Caerse alguna cosa de su peso.—Frase metafórica con que se denota su mucha razón ó su verdad. (Academia.)—Inferirse naturalmente una cosa, ser evidente por sí misma. VI, 369.—Véase *Peso.*

Caído (Haber) de mi burra.—Expresión proverbial con que se manifiesta que después de haber sostenido con tenacidad un error, se viene á reconocerlo. IV, 367.

Cailús (El conde de).—Su traducción francesa del *Tirante el Blanco.* I, 133, 134, 137; V, 426.—Véase *Tirante el Blanco.*—[I, 298, n.]

Cajas de lata.—Los romeros ó peregrinos, y en general los que caminan á pie, suelen llevar sus licencias, títulos, pasaportes y demás papeles en cañones ó cajas de hoja de lata, donde van preservados de la humedad y demás ocasiones de su destrucción. II, 40; III, 316.

Calabazadas.—Nombre que se atribuye familiarmente á los golpes que se dan con la cabeza, chocando en otro cuerpo duro, especialmente si suenan, como sucede con las *calabazas.* II, 302.

Calaínos (Romance del moro).—Sus amores por la infanta Sevilla; después de haber vencido á Baldovinos, murió á manos de D. Roldán, según el romance lo cuenta.—*Las coplas de Calaínos:* expresión proverbial con que se denotan

entre nosotros los razonamientos ó escritos impertinentes y frívolos de cosas que no importan. IV, 159.—[III, 403.]

Calar, por *bajar*.—«Para *calar* al fondo». IV, 422; IV, 416 (t).

Calderón (D. Pedro).—Sus autos: fué el autor de más nombradía en tal género de composiciones. I, 248.—Su uso de la expresión «ya reía el alba». II, 122.—*La fingida Arcadia*. VI, 187.—Véase el *Índice* de Tikcnor.—Mr. Samuel Eliot, antiguo presidente del Trinity-College (Hartford), en su interesante Ensayo acerca del poeta Zorrilla, da una excelente traducción de los siguientes versos sobre el gran poeta Calderón:

Hay una antigua capilla,
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por la villa;
Donde se lee en un rincón,
Más que con ojos con manos:
«Aquí los restos humanos
De Don Pedro Calderón».

There is a chapel old,
Broken with years and poor,
Forgotten and obscure,
Buried in dust and mould;
Where we read upon a stone,
More with hands than eyes:
«Here the body lies
Of Pedro Calderon».

Revocar, según la Academia, es tender una capa de cal ó mezcla sobre las paredes ó casas». El cuarto verso de la primera estancia se traduciría más literalmente diciendo: *Restored from dust and mould;* pero la traducción hecha por Mr. Eliot de este verso y del anterior, mejora acaso el original.

Caletre.—Juicio, capacidad, entendimiento, discurso ó ima-

ginación vehemente. Puede venir de *cabeza* y *letras;* como si dijera: *cabeza de letras,* esto es, discreta.—Tino ó discernimiento. (Academia.)—*Caletre* puede también proceder del verbo *calar,* en la acepción de «penetrar, comprender el motivo, razón ó secreto de alguna cosa; *callere*». V, 250.

California (La isla de).—Disparate geográfico. III, 385.

Calonjía (Su) en la limosna que piden.—Véase *Fingidos pobres y verdaderos tunantes.*

Caloñas.—Palabra antigua; lo mismo que *calumnia,* pero que en nuestros libros antiguos no tiene siempre la misma significación, porque unas veces es «acriminación falsa»; otras, la pena de este delito, que solía ser pecuniaria; otras, «querella, acusación ó cargo», que es lo que significa en el texto. IV, 42.

Calzas atacadas.—*Atacadas,* porque se enlazaban ó *atacaban* á la cintura con agujetas. VI, 38.

Calzas (En) y jubón.—Esto es, con sólo la ropa interior. II, 442.

Callandico.—Adverbio de rara hechura, formado de un diminutivo de gerundio, y propio del estilo familiar, en que el idioma castellano es incomparablemente variado y rico.—En voz baja, sin meter ruido. V, 51.

Callaron todos, tirios y troyanos.—Primer verso de la traducción del segundo libro de la *Eneida* por Gregorio Hernández de Velasco, jocosamente aplicado. V, 42.

Calles (Por las) acostumbradas.—Se alude á la fórmula ordinaria de la condena á la pena de azotes, en que se mandaba llevar al reo *por las calles acostumbradas.* II, 199; V, 52.

Camacho (Las bodas de). IV, 369.—D. Juan Meléndez Valdés tomó el argumento de esta aventura para su comedia *Las bodas de Camacho.* IV, 399.—Véanse *Bodas de Camacho* y *Meléndez Valdés (D. Juan).*—[III, 313, 344, 351.]

Camándula.—El rosario que se compone de uno ó tres dieces. II, 335.—Véanse *Diez* y *Rosario.*

Camaranchón.—En las ediciones de 1605 se puso *caramanchón.*—*Camaranchón* es más conforme á su origen. Una y otra voz tienen uso como aumentativos de desprecio, indicando una «cámara grande, pero descompuesta y poco aseada».—*Encaramarse,* que también se deriva de *cámara,* significa «subirse á lo alto». La palabra *cámara,* según su origen, significa «la pieza más alta, contigua á la bóveda ó techo del edificio».—II, 506; III, 92.

Camino, en el sentido de «medio, conducto». II, 409.

Camino (Irse) de su caballeriza.—Así se dice elegantemente, en vez de «seguir el camino de su caballeriza». La palabra *camino* tiene aquí fuerza de preposición, como si se dijera: «*hacia* su caballeriza». I, 79.—Véase *Irse camino de.*

Camisa de pechos.—Es la camisa propia de la mujer, según Covarrubias. VI, 30.

Camisa (La) de Don Quijote.—La cortedad de la que traía en el combate con los cueros de vino, y la grosera descripción que se lee en el *Quijote* de Avellaneda. III, 75; IV, 325.

Camoens (Luis).—Sus *Rimas castellanas.* III, 319.—Natural de Lisboa, célebre por las *Lusiadas,* cuyo manuscrito salvó, á imitación de Julio César, en la mano izquierda, nadando con la derecha en su naufragio al restituirse á Goa. Lope de Vega, que, como se sabe, no era avaro de elogios, dijo de este ilustre poeta portugués:

«*Como lo muestran hoy vuestras* Lusiadas,
Postrando Eneidas *y venciendo* Iliadas».
(*Laurel de Apolo,* silva 3.)

Publicáronse varias traducciones al castellano de este célebre poema en los últimos años del siglo XVI. VI, 177.—Murió en un hospital. IV, 290.—Designó á Andalucía en sus *Lusiadas* con el nombre de *Vandalia.* IV, 234.

Campana herida (Á).—Modo adverbial anticuado. Á campana tañida, á toque de campana. (Academia.) Este método

de convocar por medio de las campanas, es lo que se llama «tocar á somatén», en Cataluña, y «á rebato», en Castilla. II, 215.—*Á campana tañida*. VI, 317 (t).

Campanas.—La más antigua de que hay noticia existe hoy en el monasterio de Valparaiso del orden de San Jerónimo, á dos leguas de Córdoba. V, 57.

Campear en el campo.—Pleonasmo, figura que abunda en el *Quijote*. Hacerse notable, hacer mucho viso. VI, 100.

Campidoctor.—Nombre de oficial militar superior.—Véase *Maestro* ó *Maese de campo*.—III, 263; VI, 139.

Cananeas, por *hacaneas*.—Error de Sancho. IV, 174, 178.—Véase *Hacaneas*.

Canario (Por).—Alusión al pájaro de este nombre, y á que el galeote *cantó* ó confesó su delito en *el ansia*, que es como se llama germanescamente á «la tortura» ó cuestión de tormento, y por la misma analogía se llama *cantor* al que en fuerza de ella confiesa. II, 195.—Véase *Cantar en el ansia*.

Candaya.—País de la India oriental. Los libros caballerescos se complacían en colocar frecuentemente el teatro de sus acontecimientos en los remotos países del Oriente. V, 254. —En la invención de esta palabra pudo tener presente Cervantes las ciudades de Asia *Cambay* ó *Candahar*, ó bien la isla de *Camboja*. V, 273, 298 (t), 333 (t).

Candeal, trechel, rubión.—Variedades de trigos. II, 483.—Véase *Trigos*.

Canelón.—Es el extremo de los ramales de las disciplinas, que es más grueso y retorcido que los ramales. (Academia.) V, 240 (t).—Véase *Disciplina de abrojos y de canelones*.

Canequí, ó *caniquí*.—Especie de lienzo delgado que se hace de algodón y viene de la India. (Academia.) V, 265 (t).

Canónigo (El) de Toledo.—Su censura muy sensata y juiciosa de los libros de caballería. III, 372.

Cantar en el ansia.—Como el nombre que en el dialecto propio

de los gitanos se daba al agua era el de *ansia,* parece que *cantar en el ansia* se debe aplicar especialmente á la confesión hecha en el tormento de toca, en el cual, atado el reo al potro, se le introducía en la boca una tira de tocas ó gasa, y por medio de esta tan ingeniosa como cruel invención, se le forzaba á tragar cierta cantidad de jarros de agua, cuyo número y cabida se ponía por diligencia en los autos. II, 195.—Véanse *Canario (Por)* y *Tormento de toca.*

Cantares de gesta.—Canciones cuyo argumento eran acciones ó hechos de armas. II, 331; V, 388.

Cantía (cuantía).—Ant. Cantidad ó suma. Hoy sólo se usa en algunas expresiones.—La calidad de la persona por la que se distingue del común. (Academia.)—«Ningún género de oficio destos de mayor *cantía*». V. 319.

Cantillana (El diablo está en).—Expresión proverbial nacida de la calificación de *diablo*, que se hubo de dar á alguna persona que residió ó estuvo en *Cantillana,* y se dice de los pueblos donde hay disturbios ó enredos. VI, 5.—Véase *Tenorio (Jofre).*

Cantimploras (Meneo dulce de las).—En la invocación al Sol, al empezar á referirse los sucesos del gobierno de Sancho. Quiere decir que el calor del sol excita en el estío *á menear las cantimploras* en que se pone á enfriar el agua.—*Cantimplora,* garrafa de cobre, llamada así, según Covarrubias, porque, al echar en ella el agua, el aire contenido en el cuello de la vasija «suena en muchas diferencias, unas tristes y otras alegres, que parece cantar y llorar juntamente», y se deriva de una palabra griega, compuesta de los verbos *llorar* y *reir.* V, 403.—En el cap. XXII de la segunda parte, se habla de «frasco que le ponen á enfriar en algún pozo». IV, 413.

Canto (Al) del gallo primo.—Esto es: al primer canto del gallo, que es pasada la media noche. La costumbre de designar las horas de la noche por el canto del gallo, es antigua.

I, 240.—En tiempos de Roma y en época floreciente para las buenas letras, había dicho Horacio:

«*Agricolam laudat juris legumque peritus,*
Sub galli cantum consultor ubi ostia pulsat».

(*Satyr.*, lib. I, vers. 9, 10.)

Cantor (El) de Tracia.—VI, 380.—Véase *Orfeo.*

Cantusar.—Verbo anticuado. Según el Diccionario, lo mismo que «engatusar, halagar con arte para conseguir algún fin». Aquí parece que *cantusado* significa «despachado, concluído», envolviendo alguna idea poco favorable al ejercicio de la medicina. VI, 408.—Véase *Cátalo cantusado.*

Cañaheja, en la significación de *caña.* V, 412.

Caño de Vecinguerra, de Córdoba, fuentes de Leganitos y *Lavapiés, la del Piojo*, etc. IV, 409, 410.

Cañón.—Lo más recio del pelo de la barba, que es lo que está inmediato á la raiz. (Academia.) «Ya iban rapadas y sin cañones». V, 337 (t).

Cañutillos de suplicaciones.—Cañutos muy delgados, hechos de hostias tostadas ó de barquillos.—Comida que prescribió el Dr. Pedro Recio á Sancho, cuando éste era gobernador. V, 436.

Capa (De) y espada.—Así se dice de los caballeros que no han hecho profesión ó carrera, como se dice, de letras, por oposición á los que las cursan, y á quienes convienen las «mitras» y las «garnachas».—*Consejeros de capa y espada:* los que sólo fallan y votan en asuntos gubernativos y no en los judiciales, que piden la calidad ó asistencia de jueces letrados. —También se llaman *comedias de capa y espada* las que tratan de asuntos en que sólo intervienen personas particulares, con exclusión de reyes y príncipes: corresponden á las que los romanos llamaban *togadas,* porque se representaban con toga y no con pretexta, que era traje de magis-

Captar.—Atraer alguno la voluntad ó atención de otro con palabras halagüeñas ó con otros medios. (Academia.) V, 270 (t).

Capuchino (Sino para).—La orden de capuchinos, fundada por Mateo Baschi, fraile menor, empezó en el año 1526. El pastor Antonio proponía darse á Dios y á la penitencia, si le desechaba la Olalla. Son repetidos los ejemplares de enamorados que de resultas de esta clase de desengaños han abrazado el estado religioso. I, 241.

Capuz.—«Una capa cerrada larga que hoy día traen algunos por luto, y antiguamente era el hábito de los españoles honrados en la paz, como lo era la toga de los romanos». (Covarrubias.)—Especie de capa ó capote que antiguamente se usaba por gala. (Academia.) IV, 423.

Cara (Una) como una bendición.—Véase *Grisóstomo (Tenía una cara*, etc.)

Cara que del un cabo tenía el Sol y del otro la Luna.—Elogio rústico de la difunta madre de Marcela. I, 250. «Aquellas dos mejillas de leche y de carmín», dijo Doña Rodríguez á Don Quijote, hablando de la Duquesa, «que en la una tiene el Sol y en la otra la Luna». V, 469.

Caracuel.—Una villa, dos leguas al norte de Argamasilla. V, 438.

Carátula.—El ejercicio de los farsantes. (Academia.)—Compañía de actores enmascarados.—Esta palabra significa lo mismo que «máscara».—IV, 196.

Carbunco, ó carbunclo.—El rubí. Se deriva del latín *carbunculus*, porque su color se asemeja á un *carboncillo* encendido. Su gran valor. III, 477.

Cardenal (El) de Belén.—Comedia divina de Lope de Vega. III, 408.—[II, 246.]

Cardenio.—Natural de Córdoba; su historia y amor por Luscinda, II, 256, 364, 420; llamado «Caballero del Bosque» y «Roto de la mala figura», II, 251, 254 (textos), 252.

Carga (Á) cerrada.—En general, sin reflexión ni consideración.

(Academia.) *Carga cerrada*: la descarga general que hace la tropa á un tiempo. (Academia.) I, 152; VI, 186 (textos).

Cargar la mano.—Insistir con empeño ó eficacia sobre alguna cosa. (Academia.) Reprender con severidad. (Academia.) II, 450.

Carlo (El) Famoso.—Poema por D. Luis Zapata sobre los hechos de Carlos V. I, 155, 156; III, 362; IV, 316, 330.—[II, 461 y n.]

Carlomagno (La vida del emperador). III, 468.—Se casó con la infanta Galiana. VI, 123, 124.—[I, 119 y n.]

Carlos Mainete y Galiana. VI, 124.

Carlos V (El emperador).—El *Buscapié.*—Cervantes manifestó en todas ocasiones la mayor veneración á la persona del emperador; y sin salir del *Quijote*, se hallan pruebas de que participaba del entusiasmo común que inspiraban á los españoles de su tiempo las acciones y memoria de aquel príncipe. II, 289, 290; III, 166; IV, 50, 63.—Véase *Buscapié (El).*—Véase el *Índice* de Ticknor.

Carmesí á llamas (Sayo negro, jironado de).—Poco más ó menos como el de los relajados al brazo seglar por el Santo Oficio, y como el de Sancho en la aventura de la resurrección de Altisidora, que era «una ropa de bocací negro, toda pintada con llamas de fuego». IV, 391; VI, 377 (t).—«*Carmesí á llamas*, dice Covarrubias, es seda de color rojo». (Arrieta.)

Carne momia.—Carne enjuta y sin humedad, como la de las momias ó cadáveres que suelen encontrarse en Egipto. III, 494 (t); IV, 3, 439.

Carnestolendas (Como con perro por).—De la costumbre de mantear los perros por carnestolendas, hacen mención nuestros antiguos escritores. Solían, y aun ahora suelen también por el mismo tiempo, ponerse dos muchachos con una cuerda tendida de una á otra parte de la calle, y entretenerse en voltear á los perros que pasan. Á estas cos-

tumbres es á lo que alude la expresión del texto.—*Carnestolendas:* los tres días de carne que preceden al miércoles de ceniza. (Academia.) II, 57.

Carnicería.—El lugar público donde se vende la carne. IV, 374.—Véase *Rastro.*

Caro (De lo).—Véase *Vino de lo caro.*

Carolea (La).—Dos obras anteriores al *Quijote* con este título, que tratan de las victorias, de la vida y hechos del emperador Carlos V, por Jerónimo Sempere y Juan Ochoa de la Salde. I, 154.—[I, 220, n.; II, 460, 461 y n.]

Carón (La barca de).—Era en la que este barquero infernal pasaba las sombras de los muertos por los ríos Aqueronte y Cocito y la laguna Estigia. Y como concurría á la barca gente de todos estados y condiciones, compara muy bien con ella Don Quijote la carreta de los comediantes, donde se veían juntas figuras de tantas y tan diversas especies. IV, 190.

Carpian (Que se).—*Carpirse,* voz familiar: «pelearse». III, 514.

Carrasco (El bachiller Sansón). IV, 44, 48, 118, 132, 232; VI, 31, 320, 352, 394, 439.—Caballero del Bosque, de la Selva y de los Espejos. IV, 233, 250.—Caballero de la Blanca Luna. VI, 320-330.—Como Caballero de los Espejos, fué vencido por Don Quijote. IV, 255.—Como Caballero de la Blanca Luna, fué vencedor. VI, 326.—En el capítulo 2.° de la segunda parte (IV, 42), se llamó (por Sancho) *Bartolomé* al padre de Sansón Carrasco, y en el capítulo 28 de la misma (V, 87), Sancho dice: «Cuando yo servía á *Tomé* Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco». Pellicer indicó que pudo ser falta de memoria en Sancho; yo (Clemencín) me inclino más á que lo fué de Cervantes. V, 87.—Arrieta dice sobre esto: «No hay que apelar á esta disculpa (de Pellicer). Es bien sabida la costumbre de nombrar en muchos pueblos á las personas por

la última terminación de su nombre. Así, en la misma voz *Bartolo* dicen en muchos pueblos *Tolo* y *Tomé*, por *Bartolomé*».

Carrera.—Camino público. Entre las varias acepciones que tiene la palabra *carrera*, una es la de camino público, é indica que es de ruedas; como si se dijera: «camino de *carros*» ó «*carretero*». III, 330.—Véase *Sendas y carreras.*

Carricoche.—Según Covarrubias, se llamaba así «el carro cubierto, de dos ruedas y caja de coche, tirado de una sola bestia».—En el día es voz de desprecio, con que se significa un carruaje ó coche viejo y de ridícula hechura. IV, 190.

Carta de examen.—Es el documento ó certificación que se da al menestral aprobado en algún oficio, para que le sirva de título y en virtud de él pueda ejercer su facultad, conforme á lo dispuesto por las leyes. III, 312.

Carta (Perder por) de más ó de menos.—Frase familiar con que se nota el exceso ó defecto en lo que se hace ó dice, y que deben por lo común huirse los extremos. (Academia.) «Que antes se ha de *perder por carta de más* que *de menos*», IV, 319 (t); «y porque no *pierdas por carta de más* ni *de menos*». VI, 413 (t).

Cartas (Invención de las). V, 4.—Véase *Naipes.*

Cartas geográficas del Quijote.—No hay ninguna en que pueda fiarse. III, 277.

Cartas misivas, ó *mensajeras.*—Las epístolas, á distinción de las diplomáticas, ó documentos de los protocolos y archivos, que también se llamaban *cartas.* II, 239.

Cartagena (D. Alonso de), obispo de Burgos.—Su *Doctrinal de caballeros.* I, 104, 167, 176; IV, 314; V, 126.—[I, 360, 375.]

Cartago (El sitio dudoso de). III, 173.

Casas de juego. VI, 10-12.

Casas de la Mancha.—La de D. Diego de Miranda. IV, 320.

Cascabel menudo (Danzas de).—En ellas los danzantes se ponen sartales de cascabeles en los jarretes de las piernas, y los mueven al son del instrumento. También las había de *cascabel gordo*. IV, 354.

Cascales (Francisco de).—Sus *Tablas poéticas*. III, 403, 409. —Sus *Discursos de Murcia y su reino*. I, 79.—Véase *Murcia*.—[I, 37, n.; III, 266 y n.]

Casi delante.—Estas palabras, que se hallan en el texto, están dislocadas y nada significan, ó faltan otras para que signifiquen algo. Pellicer dice: «Este lugar, defectuoso en las dos primeras ediciones, haría sentido añadiendo estas palabras: «de aquí adelante», ó «á quien tenemos *casi delante*». II, 243, 244.—«Vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía, iba saltando un hombre de risco en risco, etc.» II, 241 (t).

Casildea de Vandalia.—Dama fingida del caballero del Bosque (Sansón Carrasco). *Vandalia* es Andalucía. IV, 233.

Caso, casamiento.—Juega Cervantes con la palabra *caso* tomada equívocamente, ya como nombre, ya como verbo: «quedaron Doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía ó por otra aquel *caso* había de parar en *casamiento*». VI, 148.

Castellana (La lengua).—Su riqueza. II, 389; IV, 286.—Véase *Lengua (La) castellana*.

Castellano.—Significa el «natural de Castilla», y también el «alcaide ó gobernador del castillo». Mas para entender el texto, es menester saber que en el idioma de la germanía, según el *Vocabulario* de Juan Hidalgo, *sano de Castilla* significa «ladrón disimulado». «Pensó el huésped que el haberle llamado *castellano* había sido por haberle parecido de los *sanos de Castilla*». I, 35.—Véase *Sano de Castilla*.

Castígame mi madre, y yo trompójelas. V, 359.—Véase *Trompójelas*.

Castillo (El) de la Fama.—Era una invención ó máquina que

se presentó en un torneo celebrado en Londres por el rey de Inglaterra; descripción de ella. I, 129.

Castillo (Al) de su buena mula.—Así se dijo por el gran tamaño de las mulas de los religiosos, que antes (I, 180) se había ponderado, diciendo que eran como dromedarios. D. Juan Bowle, no entendiéndolo bien, corrigió *costilla*, que es anagrama de *castillo*, tan seguro de su acierto, que, haciéndose cargo de que todas las ediciones decían *castillo*, añadió: *corrige meo periculo*. Es equivocación excusable en un extranjero tan benemérito, por otra parte, de la literatura española. I, 184; IV, 170. «Tres pollinos que cada uno era como un *castillo*». Bowle sobre este lugar del texto entendió que Sancho quería ensalzar el valor de los pollinos, como cuando se dice que alguna cosa «vale una ciudad», expresión usada en los romances antiguos, y en el mismo *Quijote:* como extranjero, no alcanzó la fuerza del idioma, cosa siempre difícil, y á veces imposible. Aquí no se trata del precio, sino del tamaño de los pollinos. Sancho no los había visto, pero su codicia se los pintaba medrados y crecidos como *castillos*. II, 345.

Castillo de Santángel.—En Roma. Llamóse también *Moles Hadriani*, porque fué el mausoleo que se hizo construir el emperador Adriano, sucesor de Trajano. IV, 147.—Véase *Sepulcros*.

Castillo del Duque y de la Duquesa.—Conjeturas acerca de su colocación. V, 124.

Castillos encantados.—Son piezas que juegan con mucha frecuencia en los libros caballerescos. II, 43.

Castillos en España.—Al formar proyectos quiméricos de vanidad ó codicia, llaman los franceses «levantar ó fabricar *castillos en España*». V, 24.

Castor (Y que había imitado al).—Esto se dijo del barbero que comenzó á correr por aquel llano, dejando la bacía en el suelo. Á D. Vicente de los Ríos le ocurrió hacer compara-

ción de este incidente del yelmo de Mambrino, adquirido por Don Quijote, con los de las armas entregadas á Aquiles por su madre Tetis en la *Iliada,* y por Venus á su hijo en la *Eneida.* Cervantes, al forjar la aventura del yelmo, no se acordó ni de la *Iliada* ni de la *Eneida,* sino de Ariosto, como lo prueba el ejemplo que añade, tomado del *Orlando Furioso.* En este poema refería Mandricardo que, habiéndose combatido con Roldán sobre adquirir la espada Durindana, que traía Roldan, éste se fingió loco y huyó, arrojando la espada, que era el objeto de sus deseos:

«*E dicea ch' imitato avea il castore,*
Il qual si strappa i genitali sui,
Vedendosi à le spalle il cacciatore,
Che sa che non ricerca altro da lui».

La opinión acerca de esta propiedad del castor es antigua. Este ejemplo y los del pelícano, que se abre el pecho; de la víbora, que muere al parir; del fénix, que renace de sus cenizas; del basilisco, que mata con la vista, y de la salamandra, que no se quema en el fuego, son muy buenos en la retórica, pero no existen en la naturaleza. II, 152.

Cástor y Pólux.—Hijos de Leda, reina de Laconia, de cuyo nacimiento y hechos habla la fábula. Cástor era mortal, como hijo del rey Tíndaro, y Pólux, inmortal, como hijo del dios Júpiter; pero Pólux, buen hermano, consiguió de su padre que se repartiese entre los dos la inmortalidad, y vivían alternativamente por días, según unos, y por semestres, según otros. Finalmente fueron trasladados al cielo, donde forman el signo de Géminis. II, 226.

Castro (D. Guillén de).—Poeta dramático valenciano. Sus dos comedias cuyos argumentos se tomaron del *Quijote.* III, 40, 354, 411; IV, 399.—[II, 300-309; III, 441.]—Su comedia de *El Cid,* de que se aprovechó Pedro Corneille en su famosa tragedia de este título. III, 354.—[II, 305.]

Castro (D. José Rodríguez de).—Su *Biblioteca Española.* I, 109.—Sobre el ajedrez. V, 45.—[I, 23, n.]

Catadura.—Se refiere á la persona y señaladamente al rostro. El aspecto general de la persona ó el del rostro. III, 511.—Véase *Pelaje y catadura.*

Catalanes (Los), valencianos y aun algunos del reino de Aragón fueron y son grandes oficiales de esta arte (de la poesía).—Hubo entre ellos señalados hombres, así en las invenciones como en el metrificar. VI, 418.—[I, 295-304, etc.]

Catalina (Doña) de Oviedo.—Natural de Málaga, sultana favorita del Gran Turco Ahmed. III, 190.

Catalina (Doña) Palacios.—Mujer de Cervantes. La *Galatea,* primera producción del ingenio de Cervantes, impresa en el año de 1584, y escrita durante el tiempo de sus obsequios á Doña Catalina Palacios, con quien casó después, y á quien se designa, al parecer, con el nombre de *Galatea,* como á Cervantes con el de *Elicio.* I, 149; III, 157.—El nombre de *Talnica,* que el esclavo Uchalí da á su querida, es casi anagrama del de la mujer de Cervantes *(Catalina).* III, 157.—[II, 99.]

Cátalo cantusado.—*Cantusar,* verbo anticuado; según el Diccionario, es lo mismo que «engatusar, halagar con arte para conseguir alguna cosa». Aquí parece que *cantusado* significa «despachado, concluído», envolviendo alguna idea poco favorable al ejercicio de la medicina: «después que el doctor hubo despachado al paciente». VI, 408.—Véase *Cantusar.*

Catar.—Una de sus acepciones es «procurar», y en ésta lo usa aquí Sancho, manifestando que nunca había procurado á nadie la muerte: «Ni en mi vida le *caté* (omecillo ú homicidio) á ninguno».—La gente rústica es más tenaz en sus usos y lenguaje que la cortesana; y pudieran alegarse locuciones, modismos y terminaciones usadas en otros tiempos, pero anticuadas entre las personas cultas, que todavía se oyen entre los aldeanos. I, 212.

Catarriberas.—Un papel intitulado *De los Catarriberas,* por D. Diego Hurtado de Mendoza. Éstos consistían en tres maneras de gentes; á saber: «letrados, soldados y caballeros de capa y espada». «Y aunque son tres géneros de gentes, todas, en fin, vienen á comprenderse debajo deste famoso nombre de *catarriberas*». Francisco de Luque Fajardo usa como sinónimos las palabras *pretendientes* y *catarriberas,* y de estos *catarriberas* cortesanos habla aquí el paje; pero *catarriberas* significaba propiamente el mozo que en la caza de cetrería andaba *catando* ó reconociendo las *riberas* ú orillas de ríos y lagunas, para ojear la caza y recoger los halcones cuando la traían. Esto se aplicó á los pretendientes que andan á caza de empleos, buscando por todas partes los medios de hallarlos y conseguirlos. V, 13. En el susodicho papel de Mendoza sobre los *catarriberas,* se describe el afán con que los pretendientes madrugaban para acompañar al Presidente al Consejo, volverle á su casa, y tener cuidado, si quería salir á alguna otra parte, de aguardarle y acompañarle. V, 465.—Véase *Volver á acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía.*—[I, 478; III, 98 y n.]

Catay.—Nombre con que en la Edad Media se designaba la China, cuando aún no se tenían en Europa más que ideas confusas y vagas de aquella región.—Galafrón, padre de Angélica, rey de la China. I, 222, 223; IV, 28.

Catilina, Galalón, Bellido, Julián, Judas, etc.—Traidores y pérfidos, mencionados en el episodio de Cardenio. II, 365-367, 396.

Católico de salud.—«No estoy muy *católico*» suelen decir los que están desazonados. Alusión á la perfección y pureza de la creencia *católica.* VI, 119.—«No muy *católico* Rocinante»: aquí tiene la palabra especial gracia, aplicada á la salud de un caballo. VI, 186.—«Que no son del todo *católicas* (estas visiones)»: dijo Sancho. III, 358 (t).—«¡Y có-

mo es *católico* (el vino)!» también dijo Sancho. IV, 229 (t).

Catón (Los Dísticos de).—Cervantes hubo de equivocar el «*Donec eris felix*, etc.», de Ovidio, con los *Dísticos* llamados de Catón. I, LI (Prólogo).—«Consejos mejores que los de Catón». III, 263 (t).—«Sentencias catonianas». V, 189 (t), 190.—«Está, oh hijo, atento á este tu Catón». V, 348.

Catón Zonzorino.—Catón el Censor, llamado «el mayor» para distinguirlo del de Útica, se señaló por la austeridad de sus máximas y costumbres, como lo hicieron también otros de su familia; por manera que ya en tiempo de Séneca, para denotar un varón grave, severo y constante, se decía: «Es un Catón». Por esto se le atribuían los preceptos y sentencias que se querían autorizar con su nombre, como aquí sucede con la que alega Sancho, llamándole á lo rústico *Zonzorino*: «y el mal para quien le fuere á buscar». II, 123, 124 (t).—«La prudencia de Catón». III, 391, 392 (t).

Catorceno (Saya parda de).—Saya del color de la lana y de paño basto, en cuya urdimbre entran pocos hilos. IV, 89.

Cautivar.—Este verbo presenta la singularidad de que algunas veces es de estado ó intransitivo, y significa «ser cautivado»: así, en la comedia de *La Gran Sultana* decía la esclava Zaida á su ama:

> «Cautivé *yo por desgracia,*
> *Que ahora no te la cuento*
> *Porque el tiempo no se gaste*
> *Sin pensar en mi remedio*».
>
> (Jornada 3.ª)

III, 232.

Cautivo (La novela del). III, 144-252.—Es muy posible que esta novela del Cautivo, á la que al fin del cap. 38 (III, 143) se llama «discurso verdadero», fuese en el fondo al-

guna aventura real y efectiva. III, 228, 253.—Bajo tres aspectos se puede considerar la relación del capitán cautivo Ruy Pérez de Viedma: como episodio, como historia y como novela. III, 252, 253.

Cautivo.—«*Cautiva* criatura».—El uso de esta voz por «mezquino, miserable, vil», pudiera parecer italianismo (por *cattivo*), como otros que se hallan en el *Quijote*; pero no es así. Fué palabra usada desde los primeros rudimentos de nuestra lengua, y ya empezaba en tiempo de nuestro autor á anticuarse. II, 150.

Cautivos en Argel.—Véase *Argel (Cautivos en)*.—[III, 80.]

Cava (La). V, 167.—Véase *Caba (La) rumia*.

Cayo Mucio (Caius Mucius Scaevola).—Este joven romano salió, con aprobación del Senado, de la ciudad resuelto á matar á Porsena. Acercándose á donde el rey estaba, y creyendo que era Porsena uno de sus oficiales, le acomete y mata con un puñal qué llevaba oculto. Llevado ante el rey, lejos de intimidarse, le anuncia nuevos peligros. Porsena le manda que los descubra; hace acercar fuego, le amenaza, y Mucio, poniendo la mano diestra en las brasas, «He aquí (le dice) lo poco que les importa el cuerpo á los que aman la gloria». Asombrado y admirado el rey, salta de su silla, manda que le aparten del fuego y le da libertad. Entonces Mucio, como en señal de agradecimiento, le dice que en Roma se han conjurado trescientos jóvenes para matarle de aquel modo, y que él era el primero á quien había tocado la suerte. Porsena, á vista de tanto peligro, envió legados á Roma y ajustó la paz. Á Mucio se le dió después el apellido de *Escévola* ó *Zurdo*, por su hazaña. IV, 143.

Caza (La).—Es una imagen de la guerra. La dignidad de la caza y el provecho que trae á sus aficionados. V, 201.

Caza (La) ó rota de Roncesvalles.—La derrota del ejército de Carlomagno en aquella memorable jornada era uno de los sucesos gloriosos que oían comunmente desde su infancia

los españoles, y del romance vulgar que la celebraba, nació acaso la expresión de Fernán Gómez de Cibdad Real: «Mala *caza* hizo el conde de Luna; ca en ella mandó el Rey á Garci Fernández Manrique que lo llevase preso á su posada». IV, 158.—[I, 120, 219, notas.]

Cazalle.—Personaje célebre, que, preso como reo de fe en Valladolid, fué quemado en la plaza de aquella ciudad en 1559. V, 76.—[I, 427.]

Cazoleros, ó *cazalleros.*—Mote con que designaría á los compatriotas de Cazalle. V, 76.

Cebolluda labradora.—Labradora harta de cebollas, ó rechoncha como una cebolla. V, 453.

Cebra (Ligera).—Hermoso animal africano. II, 75.

Ceca (De) en Meca.—*Ceca* es palabra arábiga que significa «casa de moneda». Los moros las tuvieron en varias partes de España, y señaladamente en Córdoba y sus inmediaciones. Los cristianos de la Península dieron, no se sabe por qué, este nombre á la mezquita grande de Córdoba, que era uno de los lugares de más devoción para los mahometanos, los cuales la frecuentaban con sus romerías y peregrinaciones. Y como hacían lo mismo con la *Meca,* de esto, de la casual consonancia entre *Ceca* y *Meca,* y de lo distante que están entre sí *Meca* y Córdoba, de todo ello, combinado confusamente, hubo de resultar en el uso común la expresión proverbial de «andar *de Ceca en Meca*», para denotar la vagancia de los que se andan de una parte á otra sin objeto preciso y determinado. II, 61.—Véase *Zocos (Andar de) en colodros.*

Cecear.—Este verbo tiene dos significaciones: una es, como aquí, llamar á alguno con la interjección *¡ce!*, excitando su atención, y convidándole á que escuche y se acerque. Otra es pronunciar la letra *s* como si fuera *c*, que es práctica usada generalmente en algunas partes de Andalucía. Por un abuso contrario, suele pronunciarse la letra *c* como *s* en las

provincias donde aún no ha dejado de hablarse el lemosín, y señaladamente en el reino de Valencia. III, 282.—Véase *C (La letra)*.

Cecial (Tomé).—El escudero del caballero del Bosque y de los Espejos (Sansón Carrasco). IV, 219, 220, 267 (t).—Cuando fué caballero de la Blanca Luna tomó á otro escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de Don Quijote. VI, 393.

Cédula (Una) de cambio, ó la libranza asnal por tres pollinos.—No carece de gracia la idea de una cédula ó letra de cambio aplicada á la libranza, no de maravedís, sino de pollinos. «Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos». II, 230, 322.—Véase *Mandará vuestra merced*, etc.

Celada.—Por encubrir lo principal, que es la cabeza, se llamaba así por excelencia; de *celar*, por «cubrir». I, 36; II, 153; III, 313; IV, 129.—Véanse *Almete*, *Capacete*, etc.

Celar, por «ocultar ó encubrir».—No se usa ya en el día sino en la significación de «procurar con celo». II, 263.

Celestina (La).—Composición magistral en materia de lenguaje, y cuyas reminiscencias son frecuentes en el *Quijote*. El principio del drama se atribuye á Rodrigo Cota, y lo siguiente lo escribió Fernando de Rojas. I, LXVII (Prólogo), 238; II, 123, 147, 202, 480; IV, 81, 118; V, 115; VI, 101.—[I, 235-244, etc.]

Celo, celos.—«Si el duro *celo* está delante». El nombre *celo* ofrece una particularidad notable. Cuando significa «la pasión amorosa desconfiada», como sucede en el pasaje presente, no tiene singular; decimos *celos:* cuando significa «cuidado, solicitud», no tiene plural: de otro modo: el nombre *celo* tiene una significación en singular y otra en plural. Aquí está mal usado. I, 296.

Celsitud (Vuestra gran).—En este primer encuentro del caballero de los Leones con la Duquesa, multiplicó y varió Cer-

vantes los tratamientos que le prodigaba la oficiosa cortesía de amo y escudero. «Su hermosura, grandeza, alteza, *celsitud*», Don Quijote; «su grandeza, altanería, fermosura y señoría», Sancho. Los de Don Quijote son más entonados y caballerescos; los de Sancho más desiguales, escuderiles y ridículos. En adelante veremos otros de no menos novedad y chiste. V, 123.

Cendal (Delicado).—Tela de seda ó lino muy delgada y transparente. V, 219.

Censura (La) de comedias.—La reforma del teatro es obra y consecuencia natural del aumento de las luces, de la rectificación del gusto, de los progresos de la civilización y de la decencia general de las costumbres. III, 419.

Centinela, escucha, atalaya, vela, velador.—Sus diversas significaciones. III, 237.

Cento novelle antiche.—D. Juan Bowle creía que uno de estos cuentos había servido de original á Cervantes para el de la pastora Torralva; pero Clemencín afirma que su original primitivo y verdadero está en el océano, para nosotros desconocido, de la literatura oriental. II, 129; V, 44.

Centones.—Composiciones poéticas que constan de retazos de otras.—De ellas pueden citarse varios ejemplos. Lope de Vega hizo un soneto, entre los impresos en la primera parte de sus *Rimas humanas*, compuesto de versos de siete (ocho?) poetas, á saber: Ariosto, Camoens, Petrarca, Tasso, Horacio, Serafín Aquilano, Boscán (y Garcilaso?), empezando con:

«*Le donne, i cavalier, le arme, gli amori*».

(Ariosto.)

—VI, 380, 381, 403.

Cepos quedos.—Expresión proverbial cuyo origen es incierto, y con la cual se exhorta á la quietud, si se mueven, ó al silencio, si hablan. IV, 440.

Cerbatana.—Cañón hueco. VI, 283.

Cerca, acerca.—«*Cerca* de las prevenciones tan necesarias». *Cerca*, en el uso actual, tiene otra significación distinta que *acerca*: ahora diríamos «*acerca* de las prevenciones». *Cerca* es adverbio, y *acerca* preposición: *cerca* sigue al verbo, y *acerca* precede al nombre ó al verbo sustantivado. I, 67.

Cercén á cercén.—Es como si se dijera: «circularmente, al rededor».—«Que le ha tajado la cabeza *cercén á cercén*, como si fuera un nabo». III, 73.—«Y cortarme *á cercén* la cabeza». V, 292.

Cerdas (Los).—«Un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de *cerdas*». Bien conocido es el origen del nobilísimo apellido de los *Cerdas*, descendientes del infante D. Fernando, hijo primogénito de D. Alonso el Sabio, rey de Castilla, el cual se llamó de *la Cerda*, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas. En este incidente de cosa tan vulgar como un lunar pardo, quiso nuestro autor ridiculizar las maravillosas y fatídicas señales con que, según cuentan las historias caballerescas, nacieron muchos andantes. II, 429, 457.

Cerrar.—«Santiago y *cierra* España». «¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester *cerrarla?*» *Cerrar* aquí no es el opuesto á «abrir»; equivale, como en otros muchos casos, á «embestir». VI, 167-168.

Cerrar el proceso.—«Acabó Don Quijote de *cerrar el proceso* de su locura»; esto es, acabó de decidir la cuestión y pleito acerca de su discreción ó de su locura, que había pendido en el tribunal de D. Diego y su hijo, declarándose definitivamente loco. Está dicho con felicidad y gracia. IV, 347.

Cerras.—Voz de la germanía, que significa «manos». VI, 152.

Cerrera.—«¡Ah *cerrera, cerrera*, manchada, manchada! ¿Y cómo andáis vos estos días de pie cojo?»—Amiga de «andar por *cerros*», de andar vagando por parajes ásperos y es-

ceptista, secta compuesta en su mayor número de místicos que se expresaban por medio de metáforas y equívocos, VI, 275, [III, 15]; retrato de Cervantes por Jáuregui, pintor y poeta español (en sus versos?), [III, 34]; véase *Novelas* de Cervantes, I, xiii (Prólogo), edición de 1783; VI, 290; retrato que se creyó era una copia del original de Francisco Pacheco ó D. Juan de Jáuregui, hoy en la Academia Española, IV, 323; su amor á la alabanza y su aborrecimiento á la adulación, IV, 52; su gran habilidad en definir y variar los caracteres de sus personajes y adjudicar á cada uno lenguaje apropiado, III, 278; su peculiar don para la elección de expresiones delicadas, III, 342; defensa de sus inconsecuencias, III, 413; sus supuestos rivales, VI, 292; sus transposiciones en el *Quijote*, VI, 384-386; su esposa, I, 149; III, 157; VI, 451; sus novelas, III, 362; enriquece la lengua con palabras nuevas, V, 358; no está del todo exento de las supersticiones de su época, V, 38; heridas que recibió en la batalla de Lepanto, II, 20; III, 158; IV, vi (Prólogo); su muerte en 23 de abril de 1616, once días antes de la muerte de Shakespeare, IV, xiv (Prólogo); VI, 449; monumentos dedicados á él, VI, 449.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Cervantes y Lope de Vega.—Sus relaciones, I, xlviii, liv, etc. (Prólogo), 153; II, 316; III, 394, 395, 398, 405, 410, 414-417; IV, vii (Prólogo), 30; VI, 290.

Cervellón (Gabrio ó Gabriel).—Ilustre caballero milanés del orden de San Juan, general de la artillería española y acreditado ingeniero. Fué cautivado por los turcos defendiendo el fuerte de Túnez. III, 167, 175.

Cervino.—Hijo del rey de Escocia. Orlando lo puso en libertad cuando le llevaba preso Anselmo de Altarriba, y Cervino, agradecido á su libertador, habiendo encontrado las armas de éste, las recogió, hizo de ellas un trofeo y escribió al pie:

«Armatura d' Orlando Paladino
Come volesse dir: Nessun la muova
Che star non possa con Orlando à prova».
«Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldán á prueba».
(Orlando Furioso, c. 24, est. 57.)

—I, 283; VI, 344.

Césares (Los) de Roma.—Dióse este nombre á los doce emperadores que, destruída la república, gobernaron el imperio desde Julio César el Dictador hasta la muerte de Domiciano. Suetonio escribió sus *Vidas*, uno de los monumentos más apreciables que nos quedan de la historia y de la literatura romanas. IV, 111.

Cetrería.—Viene de la latina *accipitraria*, porque se hacía con aves de rapiña.—Véanse *Altanería* y *Volatería.* V, 113.

Cianí.—Moneda de los moros, que valía á principios del siglo XVII diez reales castellanos, ó unos veintiséis de vellón. (Salvá.) III, 188.

Cibdad Real (Fernán Gómez de). IV, X (Prólogo), 89; V, 180. —Véase el *Índice* de Ticknor.

Cibera.—Del latino *cibus*, y significa propiamente «las granzas ó restos gruesos que quedan después de molidos los granos que se destinan á alimento». También significa «el trigo que pasa de la tolva á la rueda del molino para convertirse en harina». I, 86; V, 84.

Cid (El) Ruy Díaz.—Famoso caballero castellano que floreció á fines del siglo XI. Habiendo perdido la gracia del rey D. Alonso VI, salió desterrado de sus dominios con una considerable comitiva de parientes y allegados, y pasó su vida haciendo la guerra á los moros. Las hazañas del Cid andan mezcladas con exageraciones y rumores populares; pero consta que llegó á conquistar á Valencia, cuyo señorío mantuvo hasta su muerte. Después de ésta, evacuaron la ciudad los cristianos, y se retiraron á Castilla, llevándose

las riquezas, mujer, hijas y cadáver del Cid. I, 10. Por haber conquistado á Valencia, esta ciudad se apellidó *del Cid*. III, 443. «Quebró la silla del embajador del rey de Francia delante de Su Santidad el Papa», II, 109; sus dos espadas, la Colada y la Tizona, II, 16, 17; su escaño, que había sido del rey moro, V, 177; la silla de Babieca, III, 470.—El *Poema del Cid*, libro el más antiguo que se conoce en castellano. I, 195; V, 387.—[I, 11-14, etc.]

Cide Hamete Benengeli.—La primera mención que se hace de éste es en el cap. 9.° (I, 201): probablemente entonces fué cuando le ocurrió por primera vez á Cervantes dar origen arábigo á su obra; y como no leía lo que anteriormente llevaba escrito, no tropezó con la inconsecuencia ni pensó en corregirla. Así se escribió uno de los libros de mayor mérito de la literatura moderna. I, 88.—*Cide* es tratamiento de honor, como si dijéramos «señor». *Hamete* es nombre común entre moros. *Benengeli* quiere decir «hijo del ciervo, cerval ó cervanteño», y con él se designó á sí mismo Cervantes.—(Véase *Cerval ó Cervanteño*.) I, 201. —No es constante el juicio que en distintas partes del *Quijote* se forma de Cide Hamete. Generalmente se le elogia: aquí se le vitupera. I, 203. «Por culpa del galgo de su autor». I, 206.—«Autor arábigo y manchego». II, 190. Sancho lo llama «Cide Hamete Berengena». IV, 44 (t); IV, 61; V, 198.—[I, 10-21, etc.]

Ciegos (Los cantares de los).—Todavía quedan vestigios de esta ocupación de los ciegos, que en tiempo de Cervantes era general. VI, 63.

Ciertos son los toros.—Frase usual para asegurar la certidumbre de alguna noticia. Hubo de tomar origen de las ocasiones en que los apasionados á las corridas de toros (afición común en España), al ver hacer el toril ú otros preparativos para el espectáculo, se dirían, congratulándose unos á otros: *Ciertos son los toros*. III, 78.

Cinchado.—Véase *Coche (Á) acá cinchado*.

Cinofal (El gigante).—Llamado así porque tenía cabeza de perro. I, 20.

Cipión.—Llega Cipión á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dijo: «no te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos». VI, 166 (t). Muy semejante á ésta fué la expresión del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, cuando en la batalla de Garellano, resbalando su caballo y cayendo con él en el suelo, dijo, con rostro alegre, á sus soldados: «ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere». VI, 166.—Véase *Escipión*.

Ciprés, adelfa y acebo. I, 256, 257.

Ciudad Real (Los vinos de).—En vida de Cervantes tenían ya fama, entre otros de España, los vinos de Ciudad Real, «recámara, como él mismo la llamó, del dios de la risa». Valdepeñas la ha oscurecido en nuestros tiempos, arrancando la palma de la celebridad á los demás vinos de la Mancha. II, 79.—En su *Licenciado Vidriera*, entre los vinos de fama, Cervantes nombra el de la «imperial, más que real, ciudad, recámara del dios de la risa». IV, 230.

Ciudad (Valer una).—Véase *Valer una ciudad*.

Claridiana (La princesa).—Hija del emperador de Trapisonda y de la reina de las Amazonas, personaje principal de la historia del Caballero del Febo. I, LXIX (Prólogo).

Claudia Jerónima (Los amores de). VI, 235-240.—La relación de éstos que hace á Roque Guinart, y el trágico fin de su amante D. Vicente Torrellas.

Claven (Me la) en la frente.—Frase familiar con que se pondera la resistencia en creer alguna cosa por difícil ó imposible. (Academia.) VI, 88 (t).

Clavijo (Ruy González de).—Su *Itinerario* de la embajada al famoso Tamerlán. I, 47; IV, 436; V, 322.—[I, 184.]

Clavileño el Alígero.—El caballo de madera con la clavija en la frente: «cuyo nombre conviene con el ser de *leño,* y con la *clavija* que trae en la frente, y con la *ligereza* con que camina». V, 306, 314, 317, 324.—Cervantes, en el mismo capítulo, expresó una y otra vez que *Clavileño* «la traía (la clavija) en la frente» (V, 300, 307); pero en éste la puso «sobre el cuello», paraje más acomodado para el jinete. V, 317.

Clemencín (D. Diego).—Autor del presente Comentario.—El Sr. Ticknor, en su *Historia de la Literatura Española,* dice lo siguiente: «La edición de D. Diego Clemencín (Madrid, 1833-39: seis tomos, 4.º), con uno de los comentarios más completos que se conocen sobre autor alguno, antiguo ó moderno. Está escrito con buen gusto y sana crítica en lo relativo al mérito de Cervantes, mostrándose el autor libre de aquella ciega idolatría que distingue á D. Vicente de los Ríos y á la edición de la Academia; y aunque peca por demasiada extensión, también es cierto que apenas deja pasaje oscuro que no declare competentemente. Siguió Clemencín el mismo sistema que Bowle, y así es que la erudición sólida y oportuna con que su comentario está adornado, deja en realidad muy poco que desear en cuanto á anotaciones». (Traducción de D. Pascual de Gayangos, tomo IV, p. 235.)—Inmediatamente después de la muerte del señor Clemencín, se unieron las luces de sus ilustrados amigos á los vivos deseos de sus hijos, para continuar la publicación de este Comentario, cuyo original dejó completo su autor. —Murió en 1834. IV (Advertencia).—[III, 438, etc.]

Clérigos (Los).—Escriben para el teatro. IV, viii (Prólogo). —[II, 366 y n.]

Cocía (No se le) el pan.—Expresión proverbial, nacida como otras infinitas, propias del idioma castellano, de las profesiones y ejercicios ordinarios y domésticos. Ésta se toma de la impaciencia de las horneras cuando ven que se tarda

en cocer el pan que ya tienen metido en el horno.—*No cocérsele á uno el pan:* frase familiar con que se denota que en todos los cargos y oficios se padecen ciertas incomodidades inevitables. (Academia.) V, 20; VI, 75, 330 (t).

Cocos (Hacer).—Halagar á alguno con fiestas ó ademanes para persuadirle lo que se quiere; hacer ciertas señas ó expresiones los que están enamorados, para manifestar su cariño. (Academia.)—«*Hacer cocos* es hacer ó presentar figuras que causen espanto; es frase del lenguaje de los niños». (Arrieta.)—«Mira cuántas feas catadas nos *hacen cocos*». —V, 106 (t).

Coche (Á) acá cinchado.—Expresión que no he visto en otra parte, y sospecho que en *cinchado* puede haber error de imprenta. De todos modos, el sentido de la expresión se explica por las siguientes. Quiso decir Don Quijote: «debe de andar mi honra al retortero, llevada de aquí para allí con violencia, como escoba con que se barrieran las calles». IV, 138.

Coches en España.—El principio de su uso, y las leyes arreglándolo. V, 242-244.

Cofradía de San Jorge.—La historia de ella. El origen de esta cofradía es tan antiguo, que se pierde en la oscuridad de los tiempos más remotos. VI, 212-218.

Coger á uno en un mal latín.—Coger á uno en alguna falta, culpa ó delito. (Academia.) IV, 336 (t).

Coger la verbena.—Madrugar mucho para irse á pasear. (Academia.)—Frase nacida del error vulgar que atribuía á las yerbas cogidas en tal noche (de San Juan), virtudes que no se les concedían, cogidas en otras. VI, 261.

Cogióle la razón de la boca.—Bella expresión metafórica, que representa al vivo la acción de quien continúa el discurso que ha empezado otro, sin que medie interrupción alguna. V, 173.

Cohechos (Los) en tiempo de Cervantes.—V, 319.

Cohonda (Que Dios).—Especie de maldición. *Cohonda* parece equivalente á *confunda.* II, 277.

Cola (Le falta la) por desollar.—Esto es, le falta lo más difícil que ejecutar. V, 235 (t).

Cola (Llevar).—*Llevar el primero* es llevar el primer lugar; *llevar cola,* llevar el último; frases usadas en las universidades. IV, 363.—Véanse *Llevar el primero* y *Vítor.*

Colada (Todo saldrá en la).—Expresión proverbial tomada, como las más de ellas, del estilo familiar. Díjose por la operación de lavar la ropa blanca con la lejía, en la que se quitan todas las manchas, aunque algunas no se hayan visto ni reparado antes; y á este tenor se aplica á las circunstancias que eran desconocidas y se vienen á averiguar al paso en la investigación de lo principal, y á las partidas poco importantes ó poco atendidas, que al cabo salen en las cuentas al finiquitarlas. II, 140, 211; V, 245, 247 (t). «Y aun *os metan en colada* si fuere menester». «*Meter en colada* es lavar con lejía, que es agua muy caliente y ceniza, como se hace con la ropa muy sucia». (Arrieta.) V, 156 (t).

Colada (La).—Una de las espadas del Cid, que ganó en la batalla en que venció á D. Ramón, conde de Barcelona; la otra, la *Tizona,* ganó en la batalla contra el rey moro Búcar. II, 16, 17.—Véase *Tizona.*

Colambre.—Está por *corambre,* pellejo ó bota donde se lleva el vino. VI, 100.—Véase *Despertar la colambre.*

Colas de pulpo.—Se usa especialmente de esta expresión ó de la de *rabos de pulpo,* cuando alguno trae el manteo desharrapado por bajo, como dice Covarrubias. *Pulpo* viene evidentemente de *polypus,* por los muchos pies ó brazos que tiene este zoófito.—«Los jirones del vestido de Corchuelo». IV, 367.

Coleto (El).—Era traje interior de piel, ordinariamente de ante. Se le llamaría *de ámbar,* por ser de los que se hacían de pieles adobadas con ámbar. II, 251.—*Coleto acuchillado:*

204 (t).—Véanse *Fernán Núñez de Guzmán* y *Pinciano (El)*.—[III, 202 y n.]

Comento (Un) del Quijote.—Cervantes, suponiendo con demasiada facilidad que sus lectores sabían lo que él y que tenían presente lo que él al escribir su libro, creyó que no necesitaba de comento; mas no se juzgó del mismo modo en el mundo literario. El célebre Fr. Martín Sarmiento esforzaba con gran copia de razones la necesidad de comentar el *Quijote* para entenderlo y leerlo con fruto. I, xxxv (Prólogo); IV, 62.—D. Antonio Capmany, en su *Teatro de la elocuencia española*, manifiesta la dificultad de que los extranjeros conozcan el mérito del estilo y lenguaje del *Quijote*. «En efecto (dice): ¿cómo penetrarán debidamente el talento exquisito de este autor, cuando ameniza y engalana su locución con frases burlescas, dichos festivos y voces graciosas; cuando sazona el lenguaje de Sancho con plausibles refranes y naturales alusiones; cuando Don Quijote imita los idiotismos caballerescos y los términos anticuados; cuando adorna el diálogo de los demás interlocutores con todos los donaires y delicados equívocos de la expresión castellana, si entre los mismos españoles no es el vulgo quien siente toda su fuerza, sino las personas que poseen perfectamente la lengua?» IV, 62.

Comer (No) pan á manteles.—Comer sin mantel en la mesa era señal de luto y de duelo, como de quien come sin buscar el placer ni el aseo, sino únicamente por la necesidad de mantener la vida. Creo que de esta costumbre no quede resto alguno, sino el viernes santo entre frailes y monjas. El juramento del marqués de Mantua, y otros semejantes: el del marqués, imitado por Don Quijote. I, 218-220; II, 485.

Comerse las manos tras alguna cosa.—Frase metafórica y familiar que denota el gusto con que se come algún manjar sin dejarse nada. Dícese también de cualquiera otra cosa

que sea de mucho deleite, como el juego, la caza, etc. (Academia.) V, 186 (t); V, 247, 345 (textos).

Como.—«Encontró con dos *como* clérigos ó *como* estudiantes». —La partícula *como* tiene la propiedad de templar la fuerza de los nombres á que se agrega, convirtiéndolos en «semejantes á», según se muestra por el ejemplo del texto, y como sucede en aquella coplilla tan conocida:

En una como *ciudad*
Unos como *caballeros,*
En unos como *caballos,*
Toreaban á otros como *ellos.*

Cuando es verbo la palabra á que se une la partícula *como*, se añade á ésta la partícula *que*, y se dice: «*como que* adivino que ha de suceder esto ó lo otro». IV, 349.—Véase *Partículas.*

Como, en vez de *que.*—«Ya les había dicho *como* era loco», según se acostumbra en el estilo familiar. I, 59.

Como á mona le miraban (á Don Quijote).—Alusión á la costumbre de tener monas atadas en los balcones, lo que frecuentemente da ocasión para que se paren á mirarlas los que pasan, y señaladamente los muchachos. VI, 258.

Como anillo al dedo.—Expresión que se usa para denotar la conveniencia de una cosa con otra. II, 123; VI, 364 (t).

Como digo de mi cuento, ó *como iba diciendo de mi cuento.*—Expresión familiar con que se suele introducir algún suceso festivo. (Academia.) II, 124 (t).

Como el agua de mayo.—Expresión que manifiesta el deseo vehemente de alguna cosa, á semejanza del que tienen los labradores de que llueva en el mes de mayo, por lo que se asegura entonces con esto la cosecha de los granos. De donde vino el refrán: «Agua por mayo, pan para todo el año». V, 344; VI, 437 (t).

Como peras en tabaque.—*Tabaque*, cesto ó canastillo de mim-

bres.—Se dice así de las cosas que están colocadas y guardadas con esmero y aseo. V, 365.

Como quien no dice nada.—Expresión con que se previene que es cosa de importancia la que va á decirse. (Academia.) II, 427 (t).

Como un pino de oro.—Especie de adorno que llevaban antiguamente las mujeres en el tocado, y luego se trasladó á significar una persona de disposición gentil y gallarda, como la del paje de quien se trata. VI, 36.

Como volar.—Expresión con que se pondera la dificultad de alguna cosa ó su incredibilidad; especialmente se usa para rechazar la proposición de alguno. (Academia.)—«Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, *como volar*». V, 375 (t); VI, 91 (t).—Véase *Volar (Como).*

Comodín.—Lo que se hace servir para todo, según conviene al que lo usa, á semejanza de la carta que tiene este nombre en algunos juegos de naipes. (Academia.) *Tal* es un *comodín* para las ocasiones en que se quiere evitar una palabra chocante, ofensiva ó puerca. «Lo envió á la *tal*», se suele decir por «lo envió al cuerno», ó cosa peor. V, 275.

Cómodo é *incómodo,* por *comodidad* é *incomodidad.*—Son dos de las palabras que el autor del *Diálogo de las lenguas* deseaba que pasasen del idioma toscano al nuestro.—«Cosas de más *cómodo* y provecho», I, 229; «todos los *incómodos* de la tierra», II, 54.—Cervantes dijo también *descomodidades,* por *incomodidades,* en su *Trabajos de Persiles;* pero ninguno de los tres vocablos ha sido sancionado por el uso general, que es el juez absoluto y sin apelación en estas materias. III, 255.

Compadre.—Así llama el cura á Don Quijote; más adelante (I, 162) se llaman *compadres* de Don Quijote el cura y el barbero, y estos dos se dan mutuamente el mismo nombre en el capítulo anterior. Es visto que en todos estos pasajes la voz *compadre* se toma en el sentido amplio de «camarada ó

amigo», que suele dársele en el estilo y trato familiar, y señaladamente en Andalucía. I, 157.

Compañías reales y de título.—Compañías permitidas. IV, 199, 200.

Compás de Sevilla.—Un barrio de aquella ciudad. I, 47.

Compatrioto.—Es el de una misma patria ó pueblo. «Nuestros *compatriotos* y conocidos», III, 421; «Don Quijote, nuestro *compatrioto*», VI, 43; «el mi buen *compatriota* Don Quijote de la Mancha», II, 443; se llamó, según una de las primitivas ediciones, *compatriote.*—La terminación de la palabra *compatrioto* no se había acabado de fijar en tiempo de Cervantes. IV, 260.

Compluto (La Gran).—Sus ruinas.—Es el nombre latino que, en la opinión común, corresponde á la actual *Alcalá de Henares,* la verdadera patria de Cervantes. II, 443-444.

Compuertas de los ojos.—Los párpados.—«Á Sancho le vino en voluntad de dejar caer las *compuertas de los ojos,* como él decía cuando quería dormir». *Compuerta:* media puerta que tienen algunas casas en la puerta de la calle á manera de antepecho, para resguardar la entrada y no impedir la luz del día. (Academia.) IV, 208.

Comunicalle (Para no) como solía, por *para no comunicar con él como solía.*—Este último régimen es más conforme al que usamos en el día. III, 3.

Comunidades.—Tumultos, levantamientos como los de las *comunidades* de Castilla en los principios del reinado de Carlos V. V, 364.

Con que, en lugar de *con lo que.*—«*Con que (con lo que)* acabó de entender».—Así solían omitir el *lo* nuestros antiguos escritores, en los cuales se encuentra también muchas veces escrito *por que,* en lugar de *por lo que.* I, 98.

Con vos me entierren.—Especie de proverbio con que se manifiesta el gusto de encontrar otra persona de ideas y sentimientos iguales á los de uno mismo. V, 346; VI, 33.

Concavidad (Mano y).—Sancho querría decir: *mano y cabida*. V, 186.—Véase *Cabida (Tener) con uno.*

Concejo.—«Pon lo tuyo en *concejo*, y unos dirán que es blanco, y otros, que es negro».—El marqués de Santillana en su colección de refranes puso el presente con alguna variación: «Pon tu hacienda en *concejo;* uno face blanco, otro, bermejo». También suele decirse: «otros, que es prieto». V, 245.—Refrán que enseña la diversidad de pareceres y opiniones en los hombres. (Academia.)—Véase *Pon lo tuyo en concejo.*

Conceptistas (La escuela de).—«Partido compuesto en su mayor parte de escritores místicos y devotos, que, así en la poesía como en el púlpito, empleaban un estilo metafísico y figurado. Llegó á tanto su influencia, que se descubren sus rastros en todos los escritores principales de aquel tiempo, sin exceptuar al mismo Quevedo y á Lope de Vega». (Ticknor, III, 199.)—Vicio que empezaba á introducirse en tiempos de Cervantes, quien no se libró de él alguna vez. VI, 275.—Los que dicen ó escriben *conceptos* ingeniosos ó agudos. (Academia.) *Faiseurs de bons mots, diseurs de saillies.* (Taboada.)—[III, 15.]

Conciencia (Haga).—«No es más de por encarecer á su paternidad *haga conciencia* del mal tratamiento que á mi señor le hace». Especie de abreviatura en que *conciencia* equivale á «escrúpulo ó cargo de *conciencia*»; y lo mismo sucede cuando después (III, 425) dice Don Quijote que «formaría muy grande *conciencia* si se dejase estar en la jaula no hallándose encantado». III, 370.

Conchas (Unas) de un cierto pescado.—Armaduras hechas de conchas y huesos de pescados y de serpientes: de todo hay ejemplos en la biblioteca caballeresca. IV, 104.

Conde, marqués.—Sobre el origen y grado relativo de estos dos títulos. I, 167.

Conde Lucanor.—Uno de los libros más limados y mejor

escrito para el tiempo en que se escribió, que fué el siglo XIV; donde ocurre el *que* á cada momento. I, 76.—[I, 63-68.]

Conde de Salazar.—Véase *Velasco (Bernardino de).*

Condición.—Lo mismo que «situación ó estado».—«Ponerle (á Lotario) en *condición* que me tenga por deshonesta». En el capítulo precedente (III, 20) se empleó la palabra *estimación* para significar lo mismo: «dejando á su dueño en *estimación* de que todos le tengan por simple». III, 61.—Véase *Estimación.*

Condumio.—«Sacó de lo que él solía llamar *condumio*».—El manjar que se come con pan, como cualquier cosa guisada. (Academia.)—*Haber mucho condumio:* frase familiar que se dice cuando hay preparada mucha comida. (Academia.) —*Il y a de quoi bouffer.* (Taboada.)—VI, 188 (t).

Conejo albar.—Es conejo blanco, como suelen serlo los domésticos. IV, 228.

Conjunciones.—El uso actual ha adoptado mudar la conjunción *ó* en *ú*, cuando concurre con palabra anterior que acaba, ó siguiente que empieza, con la misma vocal, para evitar el hiato ó esfuerzo necesario para pronunciar las dos *oes* seguidas. Ahora diríamos con mayor suavidad: «*ú* otro delincuente». Por igual razón se muda también la conjunción *y* en *é:* decimos «español *y* francés, francés *é* italiano». Nuestros antiguos se cuidaron muy poco de estos refinamientos y atildaduras del lenguaje. III, 365.

Conocer, conocer de.—«*Conozco* muy bien *de* todos los instrumentos».—*Conocer de* es término forense, y significa «entender un juez en algún negocio». En esta acepción es inoportuno el adverbio *muy bien,* así como conviene perfectamente al verbo *conocer,* en su significación general y ordinaria. Con arreglo á esto, debió suprimirse la partícula *de,* y decir el barbero: «*conozco* muy bien todos los instrumentos». III, 312.

Contenido.—Hablando con propiedad, significa otra cosa: en este lugar equivale á «mismo, susodicho» ó cosa semejante. «No osaré afirmar si sois el *contenido* ó no». IV, 251.

Contextas.—Tejidas. «Sirgo y perlas *contextas* y tejidas». IV, 137 (t).—La palabra *contextas* es meramente latina, y no añade nada á *tejidas*. IV, 138.

Contingibles.—Factibles. (Academia.)—«Todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido *contingibles* y verisímiles». Puede dudarse que sea palabra castellana. V, 2.

Continuar.—«*Continuó* Lotario, como solía, la casa de su amigo». Acepción poco común del verbo *continuar*, que aquí tiene la misma significación que «seguir frecuentando». Pocos renglones después se dice: «que no se han de visitar ni *continuar* las casas de los amigos casados, de la misma manera que cuando eran solteros». III, 2.

Contrapelo, redropelo ó *retropelo.*—Quieren decir «violentamente, contra el orden regular de las cosas», como cuando en una piel se pasa la mano *contra* la dirección natural del *pelo*. IV, 205.

Contrecho.—Lo mismo que «*contrahecho*, estropeado, lisiado». II, 25; VI, 329.

Contreras (Diego Matute de Peñafiel).—Su *Prosapia de Cristo* y su *Árbol genealógico del rey Felipe III y de su privado el duque de Lerma*. II, 184.

Conveniencia.—«Contento desa condición y *conveniencia*». Significa aquí «convención, concierto ó pacto», y no «comodidad» ni «proporción», como significa otras veces. IV, 243.

Convidar á uno con alguna cosa.—Frase: ofrecérsela. (Academia.) «*Convidaron* (los cabreros) á los dos (Don Quijote y Sancho) con muestras de muy buena voluntad *con* lo que tenían». I, 227 (t). «*Convidó* el Duque á Don Quijote *con* la cabecera de la mesa». V, 139 (t).

Copa (La) encantada.—Tenía la propiedad de indicar á los

maridos si sus mujeres les eran infieles.—Véase *Vaso (La prueba del).*

Coplas, villancicos, autos.—*Copla* se dijo del latino *copula,* porque en ella se ligan y *acoplan* los versos, enlazándolos por la rima y sujetándolos á cierta combinación periódica.—*Villancico* se deriva de *villano,* rústico, campestre, con alusión á los festejos de los pastores de Belén; como quien dice: «canciones pastoriles», y tales son, con efecto, las que suelen oirse en el oficio de nochebuena.—*Autos para el día de Dios* son los que comunmente se llamaban *autos sacramentales,* que eran dramas ó representaciones sobre asuntos sagrados, que se hacían para solemnizar la festividad del *Corpus Christi* ó día de Dios. Los abusos é irreverencias que se introdujeron en los autos sacramentales y en su representación, dieron motivo para que se prohibiesen en el reinado de Carlos III, año de 1765. I, 248.—Véanse *Villancicos* y *Autos.*

Corbacho ó *rebenque.*—Era el azote con que el cómitre de la galera «mosqueaba las espaldas de la chusma». II, 209; VI, 301 (t).—Cordel embreado, según Figueroa en su *Pasajero,* donde describe la crueldad con que eran castigados los remeros y galeotes. Aquí parece se da una misma significación á estas dos voces; mas *corbacho* significa propiamente el nervio del miembro genital del toro, con que el cómitre castigaba á los forzados, y sólo se diferencia de la palabra *vergajo* en que ésta es más genérica, extendiéndose á otros cuadrúpedos. VI, 301.

Corbacho (El).—Título de dos obras satíricas contra las malas mujeres, una italiana del Bocacio, y otra castellana escrita después por el arcipreste de Talavera. I, LXVII (Prólogo); II, 210, 220; IV, 187; V, 153, 295; VI, 42.

Corchuelo (Lorenzo) y *Aldonza Nogales.*—Padres de la supuesta Dulcinea. Cervantes, queriendo ridiculizar más y más á su héroe, dió á su princesa nombres y apellidos aldeanos y

antigua, y fué ordinariamente la sexta parte del maravedí de entonces. II, 55.

Corneille.—Se había aprovechado de *El Cid*, de D. Guillén de Castro, y de *El Mentiroso*, de Lope de Vega. IV, 99.

Corona de Ariadna.—Nombre de la constelación en que fué convertida Ariadna abandonada de Teseo. V, 282.

Corona de su marido.—Aplica Cervantes á la mujer casta lo que Salomón dijo de la hacendosa y diligente en los *Proverbios* (XII, 4): «*mulier diligens corona est viro suo*». IV, 403.

Corona (Si sois de), no quiero yo quedar descomulgado.—«Aplican el dicho *(Hablara yo para mañana)* á un gobernador que, habiendo mandado ahorcar á uno, cuando ya tenía la soga á la garganta, le llamó al oído en secreto, y le aseguró cantidad de *coronas* (monedas de oro de este nombre) que tenía que darle. Entonces el señor gobernador dijo en alta voz: *hablara yo para mañana: si sois de corona, no quiero yo quedar descomulgado*. Y volviéronlo á la cárcel». II, 104.—Véase *Hablara yo para mañana.*

Coroza.—Era el *hábito* de los penitentes reconciliados que en los autos de fe salían al cadalso. «Era de paño amarillo con dos aspas coloradas del señor San Andrés, y una vela de cera en las manos». Así Pablo García, secretario del Consejo de la Inquisición. VI, 377.—«Ropa y mitra»: así llama Sancho al sambenito y á la *coroza*. VI, 390.

Corra (Cuando todo) turbio, ó á turbio correr.—Locución metafórica y familiar. Por mal que vayan las cosas, ó por desgraciadamente que sucedan. (Academia.) V, 8 (t).

Corredor de oreja, ó de cambios.—Es el agente comercial que busca letras para otras plazas y ajusta y negocia los intereses del cambio. Aquí, en lenguaje picaresco, se aplica el mismo nombre á los que ajustan y conciertan negocios de otra clase menos decente, por lo cual se dijo: «*corredor de oreja* y aun de todo el cuerpo». II, 199.

Correr el dado.—Tener suerte favorable. (Academia.) II, 140 (t), 281.

Correr peligro.—Suele significar otra cosa distinta de lo que aquí significa: cuando se usa impersonalmente, equivale á «ser fácil ó posible»: cuando lo rige persona ó sujeto, equivale á «tener ó padecer peligro»; y así decía Don Quijote á Sancho (II, 71): «*corre peligro* Rocinante no le trueque por otro».—En el presente pasaje, «pues no *corría peligro* el dejallos en aquel lugar», no significa ni lo uno ni lo otro, sino «ser peligroso ó causar peligro, tener inconvenientes». III, 238.

Correr sortija.—Juego ecuestre en el cual el jinete intenta, durante la carrera, enfilar con su vara una sortija pendiente de una cinta. VI, 285.

Corridas de toros. IV, 309-313.—Véase *Fiestas de toros.*

Corriente y moliente.—Véase *Moliente y corriente.*

Corsarios.—Viviendo Cervantes, esta voz era sinónima de *piratas*, según se ve en repetidos lugares de sus obras y en todos los escritores de aquel tiempo. Ahora se da el nombre de *corsarios* á los particulares que arman buques y hacen la guerra por su cuenta, pero con autorización y patente de alguna de las potencias beligerantes. III, 136.

Cortar el pelo.—Desde el tiempo de los visogodos, *cortar el pelo* era pena impuesta por afrenta á los delincuentes, ó señal de profesión monástica, que inhabilitaba para las dignidades civiles, inclusa la del cetro. I, 161.—Era pena muy grave entre los godos, que, como descendientes de los germanos, estimaban en mucho la cabellera. V, 173.—Véase *Trasquilar á cruces.*

Cortarlas en el aire.—Frase. *Matarlas en el aire.* Frase metafórica. Dar alguno con prontitud y facilidad salidas ó respuestas agudas á cualquiera cosa que se dice ó de que se le hace cargo. (Academia.) «Y toledanos puede haber que no *las corten en el aire* en esto de hablar polido». IV, 361 (t).

Cortar las faldas por vengonzoso lugar.—Según el Diccionario, *cortar faldas* es cierto castigo que se imponía á las mujeres perdidas.—«El *cortar las faldas,* dice Covarrubias, se ha tenido siempre por grande afrenta». Recuerda también Covarrubias el pasaje de Hanón, rey de los amonitas, cuando, para afrentar á los enviados de David, «*rasit dimidiam partem barbae eorum, et praescidit vestes eorum usque ad nates.*» (*Regum*, lib. II, cap. 10, v. 4).—«Parecía (la saya de Teresa Panza), según era de corta, que se *la habían cortado por vergonzoso lugar*». VI, 29, 30.

Corte (La).—En Valladolid y en Madrid. III, 275, 277; IV, 281; V, 462.—En Segovia. III, 466.

Corterreal (Jerónimo).—Caballero portugués, quien asistió en la batalla naval de Lepanto, y publicó una relación de ella en verso suelto el año de 1578, que dedicó á Felipe II. III, 155, 157, 324.—[II, 495, 496 y n.]

Cortes de amor.—Tribunales compuestos de damas, y «más severos que temibles». III, 485.

Cortes (El auto de las) de la Muerte.—Las piezas dramáticas á quienes se aplicaba con especialidad el nombre de *autos*, eran de asuntos sagrados, y en su origen se solían representar en las festividades principales dentro de las iglesias, siendo actores los mismos clérigos, aunque después se les prohibió este ejercicio. IV, 192.—[III, 44, n.]

Cortés (Hernando).—Su hazaña de echar á pique los navíos para que perdiesen sus compañeros irresolutos la esperanza de la vuelta, y no les quedase más que la de la victoria; el dictado superlativo de *cortesísimo*. IV, 144.

Cortés (Jerónimo).—Su *Lunario perpetuo*. Es gracioso el modo con que se explica sobre las materias astrológicas. II, 268; V, 37, 39.

Corvetas.—«Porque, con perdón suyo (de Rocinante), no las sabía hacer».—*Corveta* es un movimiento que se enseña al caballo, obligándole á ir sobre los pies, con los brazos en

el aire. Esta es la postura en que está el caballo de bronce que sostiene la estatua de Felipe IV en los jardines del Buen Retiro, y exige del caballo una instrucción y un vigor de que ciertamente carecía Rocinante. II, 134.

Cosa juzgada (Pasado en autoridad de).—Se dice del fallo ó sentencia judicial que causa ejecutoria, y que, por consiguiente, es irrevocable, y no necesita ya de más examen ni diligencias. II, 305, 469.

Cosecha (De mi).—«Ofrezco lo que puedo y lo que tengo *de mi cosecha*». *De su cosecha:* modo adverbial familiar. De suyo, de su propio ingenio ó invención. (Academia.) VI, 181 (t).

Cosméticos.—El deseo de agradar, innato en el otro sexo, introdujo desde antiguo el uso de los cosméticos. II, 127.—Véase *Mudas.*

Cosquear.—Ant. *Cojear.* (Salvá.) «Del pie que *cosqueamos*», lo mismo que «del pie que *cojeamos*». IV, 76 (t).—«Pero no *cojea* del pie de la crudeza». IV, 226 (t).

Coto.—«Que será realzarla un buen *coto* más de lo que ella se está».—*Coto* es la altura de la mano cerrada, equivalente á cuatro dedos. Ésta es aquí su significación: tiene otras. IV, 74.

Cotufas en el golfo.—*Cotufa,* lo mismo que *chufa,* especie de raicilla tuberosa y azucarada que se cultiva en el reino de Valencia y se usa de ordinario para horchatas. Es claro que pedirlas en alta mar, es pedir inoportunamente golosinas, ó «pedir imposibles».—Vuelve á repetirse esta expresión una y otra vez (IV, 54, 371), y siempre es en boca de Sancho. II, 467.

Cras.—Ant. *Mañana.* V, 56, 98.

Créalo Judas.—«Que esto (dijo Sancho) del morirse los enamorados es cosa de risa: bien lo pueden ellos decir; pero hacer, *créalo Judas*». Traducción macarrónica del «*credat judaeus Apella*», de Horacio, que recuerda la del dicho proverbial «*necessitas caret lege*», que el vulgo ha convertido en

esta otra: «la necesidad tiene cara de hereje»; sin que Judas tenga más que ver con la credulidad excesiva, que la necesidad con los herejes. VI, 402.

Credo (En un) las haré.—*Credo* es lo que dura rezar un *credo*; expresión familiar para denotar un brevísimo espacio de tiempo. Lo mismo se significa con otras expresiones: en un *avemaría*, en un *santiamén*, quiere decir, en el tiempo que se tarda en decir la oración del *Ave María*, ó en hacer la señal de la cruz, con la oración que suele acompañarla. II, 328.

Cristiana renegada. III, 190.

Cristiano (Hablar).—Lo mismo que «hablar castellano». III, 122.

Cristianos viejos.—En varias ocasiones (II, 187; III, 371) hizo Sancho alarde de esta cualidad, que en tiempo de Cervantes era una especie de hidalguía ó nobleza de segundo orden, que excluía á los *cristianos nuevos* ó descendientes de moros y judíos.—La cofradía de los *cristianos viejos*, y sus privilegios exclusivos. II, 135, 187 (t), 190; III, 371 (t); IV, 80.

Cristus (El).—Así llaman los niños á la cruz que suele ponerse antes del abecedario en las cartillas de aprender á leer. Sancho aplica ingeniosamente esta idea á la máxima de que, para gobernar bien, importa más tener á Dios presente que el tener muchas letras. «Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el abecé; pero bástame tener el *Cristus* en la memoria, para ser buen gobernador». V, 347.

Cruda (La más) y la más asada señora.—El escudero bosqueril (del Bosque) juega con la doble significación de *cruda*, que se aplica á la persona de áspero y duro carácter, y también á la vianda que no se ha puesto aún al fuego. Lo que añade de Casildea, á saber, que no cojea del pie de la *crudeza*, y que otros mayores embustes le gruñen en las entra-

Cualque.—Adjetivo anticuado. *Alguno.*—«*Cualque* ínsula» no es italianismo: antiguamente perteneció al castellano, y todavía se usa entre la gente del campo. IV, 220.

Cuando á Roma fueres, haz como vieres.—Traducción, en forma de refrán, del verso vulgar:

«*Cum Romae fueris, romano vivito more*».

VI, 101.

Cuando Dios quería.—Expresión de quien experimenta desgracias después de la prosperidad: se encuentra usada en este sentido por el autor de la *Celestina*. Un soneto muy conocido de Garcilaso empieza:

«*¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,*
Dulces y alegres cuando Dios quería!»

La expresión es originalmente de Virgilio, en el libro 4.° de la *Eneida,* donde dice Dido, al ver la espada del ingrato Eneas:

«*¡Dulces exuviae, dum fata Deusque sinebant!*»

Sancho dice, hablando del rucio: «su amo, que era yo *cuando Dios quería*». Cervantes hace reir al lector, poniendo en boca del labriego de la Argamasilla el lenguaje de Garcilaso y de Dido. II, 301, 302.

Cuando estaba picado el molino.—Véase *Picado (Cuando estaba) el molino.*

Cuando todo corra turbio.—Véase *Corra (Cuando todo) turbio.*

Cuartal (Un) de pan.—*Cuartal* es la cuarta parte. II, 89.

Cuarteles (Que se bogase á).—Quiere decir, que bogasen unos y descansasen otros. III, 232.

Cuartos (Más) que un real.—*Cuartos* significa una moneda de corto valor, de que en algún tiempo, según indica el mismo nombre, hubieron de entrar cuatro y ahora entran ocho y medio en un real, y también significa una enfermedad larga é impertinente que las caballerías suelen padecer en los

cascos de pies y manos. De esta doble significación nace el equívoco y la gracia del presente pasaje. I, 16.

Cuatralbo de las galeras.—Llamábase así el comandante de una división de cuatro galeras, y equivale á jefe de escuadra. VI, 295, 297.

Cuatrero.—Es ser ladrón de bestias; delito á que se impuso pena de muerte si se cometía por costumbre, ó si era de diez ovejas ó de cuatro vacas arriba. II, 196.

Cuatrín.—Moneda antigua baja. No dice más Covarrubias: probablemente, italianismo. VI, 293.

Cubrirse.—Se dice que el cura «*se cubrió* su herreruelo», en vez de «*se cubrió con* su herreruelo», como diríamos ahora. Pero era el modo de que se usaba entonces el verbo *cubrir*. II, 353; IV, 325.—*Que no me la cubra pelo*: frase metafórica que se dice del que no es afortunado, y nunca logra tener lo que necesita, saliéndole mal cuanto intenta. *(Diccionario de Autoridades.)* V, 309.

Cuchilladas.—Ejemplos de desaforados golpes, en los libros de caballería. I, 215; III, 378; V, 153.

Cuellos.—En uso en tiempos antiguos, y las leyes arreglándolos. IV, 323.—Véanse *Golilla*, *Lechuguillas* y *Marquesotas*.

Cuenta (Á buena).—Modo adverbial que se dice de la cantidad que se da ó recibe sin finalizar la cuenta. (Academia.) V, 323 (t).

Cuento (El) de nunca acabar.—Expresión nuestra proverbial, que pudo aplicarse al de la pastora Torralva (de Sancho). II, 124.

Cuento (Como digo de mi), ó *como iba diciendo de mi cuento*.—Expresión familiar con que se suele introducir algún suceso festivo. (Academia.) II, 124 (t).

Cuento (Con el), que no le tiene, de mis desdichas.—Juega aquí con la palabra *cuento*. No ha faltado quien tilde la presente expresión como contraria á la regla de que el pronombre

debe tener la misma significación del nombre á quien sustituye; y con efecto, la del pronombre *le,* que se halla en la frase en lugar de *cuento,* tiene significación diversa. *Cuento* aquí significa relación, y *le* significa número. Ambas acepciones, se dice, convienen á la palabra *cuento;* pero el pronombre, poniéndose en lugar de la misma palabra, no se pone en el de la misma idea. Á mí me parece sobradamente severa esta censura, aunque se esfuerce con la consideración de que así se puede perjudicar á la claridad, que es el dote primario y principal de todo lenguaje. Pero esta razón milita también contra los equívocos, que si usados con exceso son dignos de reprensión, tampoco deben excluirse absolutamente del discurso, y empleados con sobriedad, le sirven de gala y adorno, como enseñaron con sus reglas y ejemplo Cicerón y Quintiliano. II, 400.—De las mismas palabras usó Cardenio cuando refería al cura y al barbero su historia: «os ruego que escuchéis *el cuento, que no le tiene,* de mis desventuras». II, 363 (t).—Otro ejemplo semejante se halla en el título del cap. 38 de la segunda parte: «Donde se *cuenta la* que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida». El verbo *cuenta* se convierte en nombre mediante el artículo *la.* Acaso los críticos más delicados tacharán esta especie de juguete, que otros elogiarán como flexibilidad y soltura del idioma. V, 265.

Cuentos.—Es lo mismo que «disputas, altercados», y en este sentido se usa en la expresión «tener *cuentos* con alguien», «quitarse de *cuentos*», etc.—*Andar en cuentos,* ó *ponerse en cuentos:* mezclarse en quimeras, ó buscar desazones. (Academia.) I, 162.

Cuerno (Él las pusiera sobre el) de la luna.—Levantar ó subir á uno sobre *el cuerno* ó *los cuernos de la luna:* frase. Colocarle en alto puesto ó alabarle con exceso. (Academia.) V, 192 (t).

Cuerno (El) de Roldán.—Cuerno ó bocina de marfil. En los poemas de Orlando y Morgante se refieren varias particu-

laridades acerca de este famoso cuerno. El astuto Brunelo, ladrón sutilísimo, se lo hurtó junto con la espada á Roldán durante el cerco de Albraca, el mismo día que hurtó á Sacripante el caballo. Era de un diente entero de elefante, como se dice en el *Orlando enamorado*:

«*Quell' era un dente integro d' elefante*».

(*Orlando Innamorato*, lib. I, c. XI, v. 5, 62);

y cuando lo tocó Roldán pidiendo socorro, poco antes de espirar en Roncesvalles, sonó con tanta fuerza, que se oyó á dos leguas de distancia, donde se hallaba el emperador Carlomagno. El Dante en su *Divina comedia*, para ponderar el ruido de una trompeta que oyó en el fondo del abismo, dijo que no le igualaba el son de la de Orlando:

«*Dopo la dolorosa rotta, quando*
Carlo Magno perdè la santa gesta,
Non sonò si terribilmente Orlando».

(*Inf.*º, C. 31, v. 16-18.)

Las historias caballerescas pintan frecuentemente á los andantes con trompas y bocinas. III, 458, 459.

Cuero (De) adarga.—No puede ponderarse más la tosquedad y dureza de las sábanas, puesto que las adargas se hacían de las pieles más ásperas y broncas, como de búfalos y otros animales semejantes. II, 23.

Cueros de vino.—La burla del utricidio de Apuleyo, y la semejanza de este suceso con el de los cueros de vino horadados por Don Quijote. III, 81.

Cuerpo de tal.—Exclamación familiar, con que se indica y disimula la de «Cuerpo de Dios, ó de Cristo», como sucede en la de «voto á tal», ó «por vida de tal», que indican y disimulan los juramentos de «voto á Dios», ó «por vida de Dios». Estas últimas expresiones denotan enojo y amenaza: la del texto sólo expresa algo de impaciencia y apresuramiento. Estas y otras frases del estilo familiar suelen ser

elípticas y más fáciles de entenderse que de explicarse. IV, 8. *Cuerpo de mi padre*. IV, 42.—*Mi padre*, III, 358; VI, 198.—*Cuerpo del mundo*. IV, 77 (t).—Véase *Voto á tal.*

Cuerpo muerto (La aventura del).—D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, conjetura que dió origen y ocasión á la aventura del cuerpo muerto la sigilosa (secreta) traslación que se hizo el año de 1593 del cadáver de San Juan de la Cruz, desde la ciudad de Úbeda á la de Segovia; y refiere menudamente todas las circunstancias y particularidades del suceso verdadero, que pueden dar peso á su conjetura. Sobre lo cual recae oportunamente la expresión de que el encuentro del convoy fúnebre, aunque natural y sin artificio, tenía trazas y parecer de aventura. Cervantes se hallaba á la sazón en Andalucía, donde pasó algunos años, y oiría hablar de este acontecimiento, que hizo mucho ruido por entonces. II, 95.

Cuerpos.—Hablando de libros, tomos, volúmenes; y así se dice: tal librería tiene dos mil *cuerpos* de libros. (Academia.) VI, 292 (t).

Cuerpos de los santos.—Homenajes rendidos á sus reliquias por reyes, etc. IV, 149.

Cueva (Juan de la).—Poeta sevillano: sus varias obras. III, 139, 415; IV, 410; V, 5.—[Véase el *Índice* de Ticknor.]

Cueva de Montesinos (La aventura de la). II, 444; IV, 346, 405, 420, 451.—[I, 120 n.]

Cuevas, cavernas, grutas, etc., famosas en la historia, en España y otros paises, y mencionadas por varios escritores. Aquellos escritores hicieron célebres las *cuevas* de que trataron: Cervantes inmortalizó la de Montesinos. IV, 419, VI, 125, 129.

Culteranismo.—Se dice de los que usan del estilo afectado. I, 287, 302, 305; III, 97, 98.—[III, 16, 17.]

Cumplir con alguno.—Frase. Satisfacer la obligación ó cortesía que se tiene para con él. (Academia.)—«*Cumplió* Don

Quijote *con* la naturaleza durmiendo el primer sueño», esto es, satisfizo á la naturaleza. VI, 365 (t); II, 229.

Cuñado (Esas burlas á un).—Parece expresión proverbial. *Cuñado* se suele tomar en mala parte para expresar un falso hermano ó un amigo traidor. VI, 383.

Cura (El) y el barbero.—En la venta con Sancho. II, 342.—Después contaron que iban á Sevilla á recoger una gran cantidad de dinero. II, 448.—Véanse *Pérez (Pero)* y *Maese Nicolás.*

Curarse.—«No *se curó* el arriero destas razones (y fuera mejor que *se curara,* porque fuera *curarse* en salud)». Nótese el uso del verbo *curarse* en sus dos distintas acepciones «cuidarse ó hacer caso» y «precaverse». *Curarse en salud*: precaverse uno de algún daño que prevé le puede acontecer. (Academia.) I, 57.

Curioso impertinente (La novela de El). II, 523 (t); III, 72, 89-91, 362; IV, 60; V, 369.—[III, 119 y n.]

Cutir.—Significa «poner en competencia»; met. «golpear una cosa con otra».—«Le *cutiré* (al rucio) con cuantos portantes hay en el mundo». V, 302.

Cuyo.—Cortejo, galán.—Como se dice *oíslo* de las mujeres, se dice *cuyo* de los hombres. I, 168.—Véase *Oíslo.*

Chantar.—Voz familiar anticuada: lo mismo que «plantar ó poner».—«Yo la *chanto* un don y una señoría á cuestas».—IV, 95.

Chapa (Moza de).—Con la *chapa* se asegura la obra hecha, y así, moza de *chapa* es moza de fundamento é importancia. II, 310.—«Pareciéndole hombre de *chapa*». IV, 274 (t).

Chapín de la reina.—Servicio que se hacía antiguamente, con motivo del casamiento de los reyes, para los gastos de la cámara de las reinas. III, 333.

Chaquete, xaquete ó *jaquete.*—Juego de las tablas; el *trictrac* de los franceses. IV, 330; V, 46.

Chaucer.—Bowle intenta mostrar que Cervantes en la ficción de Clavileño, recuerda la relación que Chaucer, poeta inglés del siglo XIV, hace del caballo de Cambuzcán, rey de Tartaria; y añade que uno y otro por ventura hallaron la patraña en alguna historia arábiga. Mas es evidente que la idea principal de esta aventura de Don Quijote se tomó de la *Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, y de Pierres, hijo del conde de Provenza.* V, 307.

Chilladores delante, y *envaramiento detrás.*—Los *chilladores delante* eran los pregoneros que iban delante de los reos publicando el delito y la pena que se les había impuesto. El *envaramiento detrás* es la escolta de alguaciles, por la insignia que llevan de la vara. V, 52.

Chipre (Isla de).—Una de las más considerables del Mediterráneo, que poseían los venecianos cuando la invadieron los turcos en 1569.—D. Juan de Austria mandó la escuadra combinada que venció la de los turcos en las aguas de Lepanto el memorable día 7 de octubre de 1571.—III, 151.

Chozno.—El hijo del biznieto. III, 118; V, 59.

Chufeta.—Es dicho picante y burlesco, que ahora decimos *chufleta.* II, 501.

Churumbela.—Instrumento músico pastoril que se tañe con la boca. (Arrieta.) VI, 359.

Churrillera.—Pellicer dice que significa «ladrona»; la Academia, en su *Diccionario,* dice que es «habladora». Aquí me parece que tiene ambas significaciones. V, 420.

Dácame (En) esas pajas.—Lo mismo que en «quítame allá esas pajas»; esto es, en un momento.—«En un santiamén, en un verbo, en un abrir y cerrar de ojos», son modismos familiares que tienen igual significación. También suele decirse: *por un quítame allá esas pajas;* esto es, «por una causa frívola»; *dormirse en las pajas,* por «descuidarse». II, 441; IV, 347 (t); V, 323 (t); VI, 292 (t).

Dados (Echar) falsos.—Las trampas y los fraudes de que suelen usar los tahures en el juego de los dados.—El juego de los dados venía ya de la antigüedad, y en Castilla se jugaba con furor durante la Edad Media.—V, 5, 185.

Damas (El juego de).—No fué sino una variación y un como compendio del ajedrez. V, 46.

Damas (Las) de los caballeros.—I, 274, 278, 279.

Damas (Las) de los poetas.—«Las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas». Ya desde muy antiguo fué conocida y practicada la galantería de celebrar los poetas á sus damas bajo nombres supuestos. El soneto que hizo Lope de Vega á este propósito.—Esta costumbre llegó á vulgarizarse con exceso, y Cervantes trató de ridiculizarla. II, 316, 317; VI, 440, 441.

Dánae y la lluvia de oro.—Según la fábula, su padre, el rey Acrisio, avisado por un oráculo de que le había de matar un nieto suyo, la encerró en una torre con mucha guarda de soldados y perros. Júpiter, convertido en lluvia de oro, entró fácilmente en la torre y engendró á Perseo; ficción que envuelve la misma moralidad que el dicho atribuído á Filipo, rey de Macedonia, de que no hay fortaleza inexpugnable, siempre que pueda subir á ella un asno cargado de oro. III, 23; V, 231.—Véase *Es de vidrio la mujer.*

Danzar (Maestros célebres de). VI, 272.

Danzas, bailes, saraos.—*Sarao* se llamaba el baile de aparato entre gente rica y autorizada. En el día todo se llama *baile*, sea popular ó cortesano; el nombre de *danzas* se aplica ordinariamente á las públicas, que se componen de muchas personas y suelen prepararse de antemano para solemnizar ciertas funciones, unas sagradas y otras profanas. IV, 352, 378; V, 466; VI, 272.

Danzas habladas.—La descripción que sigue es la mejor explicación de lo que era *danza hablada.*—En ella entraba el baile, la pantomima y la representación.—La que se com-

pone de personas vestidas á propósito para representar con los movimientos y mudanzas algún suceso ó paso de historia. (Academia.) IV, 378.—[II, 451, n.]

Dar al traste.—Frase. Destruir alguna cosa, abandonarla, perderla. (Academia.) I, 234 (t).

Dar el alma al demonio.—Entrar en trato con él: superstición común en tiempo de Cervantes, y aun mucho después: Cervantes, al parecer, no estuvo enteramente exento de ella. V, 34.

Dar, por *sobrevenir.*—«Unas calenturas pestilentes que le *dieron*».—*Dar* es en esta ocasión verbo neutro ó de estado, y lo es también en otras acepciones, á pesar de que en la más común es activo. Aquí significa *sobrevenir.* II, 102.

Dar campo franco.—«Se dice cuando se da libertad para hacer alguna cosa que está vedada». (Arrieta.) VI, 135 (t).

Dar con el cuerpo en tierra.—Frase familiar. Caerse. (Academia.)—*Se laisser tomber.* (Taboada.)—IV, 91 (t).

Dar cordelejo.—«Es tentarle á uno, ó probarle la paciencia con chanzas, ironías ó críticas picantes, aunque indirectas». (Arrieta.)—Don Quijote dijo á Sancho: «En adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin *darnos cordelejo*». II, 143 (t).

Dar del pie ó con el pie.—Es pisar, patear, despreciar.—«Esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la *dan del pie*». Cervantes jugó del vocablo con la oposición entre *pie* y *mano.* VI, 401.—Véase *Pie y mano.*

Dar humo á los zapatos.—Lo que se hacía para remediar ó disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres. En el día lo hacen pobres y ricos, y aun más los ricos que los pobres.—«*Humo:* ant. Lustre de botas ó zapatos; el unto con que se les da para ponerlos negros y brillantes». (Salvá.) IV, 39 (t); V, 382.

Dar tras uno.—Frase familiar. Perseguir á alguno, acosarle con furia y gritería. (Academia.) VI, 388 (t).

Dar traza, ó, lo que es lo mismo, *dar disposición.* VI, 433.—*Tracer, dresser un plan.* (Taboada.) VI, 312, 316 (textos).

Dar una higa al médico.—El que goza buena salud no necesita del médico. (Academia.)—«*Dé una higa al médico,* pues no le ha menester para que le cure de esta enfermedad»: «no haga caso dél, no cuente con él». (Arrieta.) VI, 333 (t).

Dardinel de Almonte.—Rey moro de Zumara, el cual venía con otros príncipes á guerrear contra el emperador Carlomagno, amigo de Medoro y Cloridano. II, 290; IV, 29.

Dares y tomares.—Esto es, riñas y contiendas. Esta locución tiene la misma significación que la de *Dimes y diretes.* (Véase.)—IV, 87; V, 66; VI, 455 (t).

Darinel.—Pastor mancebo y gran luchador; sus églogas; amaba á Silvia, hija de la princesa Onoloria. I, 112; II, 266.

Dármele á conocer.—«Con todo eso, dijo el capitán, yo querría, no de improviso, sino por rodeos, *dármele á conocer*». El lector de oído delicado advertirá sin duda la novedad con que está usada en esta expresión la palabra compuesta *dármele.* En castellano es muy común unir en esta forma dos pronombres de los llamados «personales» con los verbos de acción, y en tal caso se llaman «enclíticos». Se dice *enseñármele, leértele, oírsele;* pero siempre el último de los dos pronombres expresa el término de la acción del verbo, y así, pudiera también decirse sin variar el sentido: *enseñármelo, leértelo, oírselo.* No sucede así en el *dármele* del texto, en cuyo lugar no podría sustituirse *dármelo,* y ésta es la razón de la disonancia que presenta el texto, y que no presentaría si se leyese: «yo querría, no de improviso, sino por rodeos, *darme á conocer de él*». Excuso más explicaciones, porque nada bastará á quien la anterior no baste. Las di-

ferencias en el modo de combinarse los pronombres personales con los verbos, cuando los siguen ó los preceden, cuando son de acción ó de estado, cuando pertenecen al infinitivo ó á los otros modos, forman un asunto nuevo, no tratado hasta ahora, y que daría nuevas pruebas de lo mucho que falta todavía que observar y adelantar en nuestra gramática. III, 261.—Véase *Enclíticos.*

Darse al diablo, ó *estar dado al diablo.*—Frase familiar. Irritarse, enfurecerse. (Academia.)—«Volvió (Sancho) á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya *se daba al diablo* Don Quijote»; esto es, se irritó, se enfureció. II, 138 (t).

Darse de las astas.—Expresión proverbial que alude, según parece, á los retozos de los novillos ó de las cabras, y cuyo régimen es el mismo que el de las frases «dar del azote, dar de las espuelas» (II, 430).—El régimen conforme al común y ordinario sería: *darse con las astas;* pero en éste, como en otros casos, se ostenta la fuerza, ó, por mejor decir, la tiranía del uso. IV, 218.

Darse maña.—Ingeniarse, ayudarse, disponer sus negocios con habilidad. (Academia.) «Pero que en lo de por venir no *se daba maña*». V, 69 (t).

Darse por entendido.—Manifestar alguno con señas ó palabras que está en el hecho de alguna cosa. (Academia.) II, 450.

Darse una vuelta á laredonda.—Frase familiar que se usa para denotar que cada uno debe examinarse á sí mismo antes de reprender á otro. (Academia.) II, 207 (t).

Data (De buena ó *mala).*—Modo adverbial que, junto con los verbos *estar, ir, quedar* y otros, significa irse mejorando ó arruinando alguna cosa: se usa más en mala parte. (Academia.)—«Los gobiernos insulanos no son todos *de buena data*». IV, 222 (t).

Datilados (Los borceguíes).—Esto es, del color del dátil, como los del capitán cautivo. III, 121; IV, 324.

De.—Observaciones críticas sobre el uso de esta partícula. II, 87, 230, 338; V, 239, 462; VI, 307, 418.

De Dios en ayuso.—Lo mismo que «de Dios abajo». Especie de aseveración juratoria. *Ayuso* y *suso*, voces anticuadas, *abajo* y *arriba*, que se conservan en algunos nombres propios, y *suso* en el adjetivo *susodicho*. «*De Dios en ayuso* no os entendemos»; esto es, de Dios abajo; como si dijese: Dios te entenderá, que nosotros no te entendemos. (Arrieta.) VI, 36.

Dé donde diere.—Frase familiar que se usa para denotar que se obra ó habla á bulto, sin reflexión ni reparo. (Academia.) «Y preguntándole uno qué quería decir *Deum de Deo*, respondió: *dé donde diere*». VI, 420.—Véase *Mauleón*.

Debajo del yugo.—Frase proverbial á quien dió origen la alusión á la costumbre de los pueblos antiguos de Italia, entre los cuales el ejército vencedor solía hacer pasar al vencido por debajo del yugo, que era tres picas en forma de horca; desgracia y afrenta que experimentó el ejército romano de las *horcas caudinas* guerreando con los samnites, pueblos del levante de aquella península. IV, 170.—Véase *Horcas caudinas.*

Deber, deber de.—El verbo *deber* lleva frecuentemente el régimen *de*, cuya presencia indica un estado de incertidumbre y de conjetura. Pero en los casos en que no va acompañado de la partícula *de*, se excluye la duda y la incertidumbre. «*Debió de* imaginar» no es lo mismo que «*debió* imaginar». Esto significa que «tuvo obligación de imaginar»; lo otro equivale á «hubo de imaginar, es regular que imaginase». II, 154, 338; III, 3, 100 (t), 291 (t); V, 108 (t); VI, 48 (t).—Véase *De*.

Decantar.—«Me *decantase* y acogiese á la misericordia». *Decantar* es también «torcer, inclinar ó desviar alguna cosa», según el *Diccionario* grande de la Academia, el que cita como ejemplo un pasaje del *Quijote*, en que se usa de esta

palabra en la misma acepción: «ni *hemos decantado* de donde están las alemañas dos varas». V, 103; VI, 51.

Decirle (Y sin) esta boca es mía.—No decir esta boca es mía. Frase familiar. No hablar palabra. (Academia.) II, 467 (t).

Decorar.—Unas veces es «tomar de coro ó memoria», y otras, «adornar». Ni una ni otra significación son del caso en el presente pasaje: «Entonces se *decoraban* los concetos amorosos del alma». Acaso diría el original *declaraban.* I, 232.

Defender.—Está usado aquí en la significación de «prohibir»: «y ellas le *defendían* la puerta». Alguno menos instruído en los orígenes de nuestro idioma, lo tachará quizá de galicismo; pero es voz castellana muy antigua, que se encuentra á cada paso en nuestras leyes, y de ella se derivó el nombre de *dehesa*, que equivale á «vedada, prohibida». Llámase así el terreno acotado en que no se permite pastar comunmente. IV, 33.

Dehesa.—Véase *Defender.*

Dejar de decir, dejarse decir.—«Las cosas que *se dejó decir* Polidoro de gran sustancia»: sobra el *se*. Las frases *dejar decir* y *dejarse decir* significan cosas no sólo distintas, sino contrarias: aquí mezcló nuestro autor el régimen de ambas frases, y resultó otra tercera, de obscuro y embrollado sentido. IV, 411.

Dejar ó *dejarse en el tintero alguna cosa.*—Frase familiar. Olvidarla ú omitirla. (Academia.) «Preguntó Sancho á su amo: ¿si será éste á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si *se dejó algo en el tintero?*» II, 47 (t).

Dejar en su punto.—Frase con la que se da á entender que se abstiene, el que habla, de ponderar una cosa, porque no cabe ó porque es inútil la ponderación. III, 27; IV, 303.

Delicadamente (Tan) engañado.—«Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, *tan delicadamente engañado*». Hermosa apli-

cación del adverbio *delicadamente*. Hubiera podido decirse «ingeniosamente, sutilmente, astutamente»; pero ninguno de ellos hubiera igualado ni equivalido á *delicadamente*. IV, 183.—«Porque yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso». Antes se reía Sancho (y con razón) de la credulidad de su amo, y ahora se tiene él mismo por engañado contra lo que le decían sus ojos y su conciencia. Sancho se burlaba de su amo, y la Duquesa se burlaba de Sancho; el lector se divierte á costa de uno y otro. V, 186.

Demanda (Ó morir en la).—Morir en la empresa. *Demanda*, unas veces es pregunta, otras petición, otras empresa; de donde, como en el presente caso, se dijo: *morir en la demanda*. También es voz jurídica. *Poner demanda*, es poner pleito, intentar acción judicial. Significa también «busca». De estas diferentes acepciones son comunísimos los ejemplos que se hallan en la presente fábula y en los libros caballerescos: «en cuya *demanda* he andado ya la mayor parte de España» (IV, 239). Aquí *demanda* es «empresa».—«Condescendió con la *demanda* y deseo de Don Quijote» (IV, 343). Aquí es «petición».—VI, 71.

Demanda (La) del Santo Grial.—Véase *Santo Grial* ó *Graal*. —[I, 199, n., 218.]

Demonio (El) que no duerme.—Expresión de que usó en el *Quijote* varias veces Cervantes: en la aventura de los yangüeses (II, 3), en el cuento de la pastora Torralva (II, 126), aquí, y después en la aventura del rebuzno (V, 24). Es como si se dijera: «la desgracia, la malaventura, la suerte adversa ó maligna».—III, 307.

Demostino, na.—Lo perteneciente á Demóstenes. Palabra exótica y mal formada. V, 157.

Denantes.—Adverbio anticuado. Antes; cuyo uso se conserva todavía entre la gente del campo. III, 274.

Denostar.—Decir denuestos. Parece derivado y abreviatura de

dehonestare, afrentar, injuriar, cargar de improperios, y de aquí también la palabra *denuestos*. II, 98.

Denuedo, coraje.—«Bien entendió por su *denuedo* su *coraje*.—Aquí está bien marcada la diferencia entre las palabras *denuedo* y *coraje*, que alguno quizá tendría por sinónimas. El *denuedo* está principalmente en la actitud y el gesto; el *coraje* es la resolución reunida á la ira; el *denuedo* es del cuerpo; el *coraje*, del ánimo. *Coraje* tampoco es *valor*, porque éste es tranquilo. I, 190.

Departir.—Verbo anticuado. «Comunicar», hablar uno con otro, siendo dos solos los interlocutores. «Que *departa* un poco con él». II, 163.

Derechas (Á las).—Modo adverbial con que se explica que alguna persona procede bien y rectamente. (Academia.) «Mas él, que *á las derechas* es buen cristiano». I, 251 (t).

Derrota, ruta.—«Tomará vuestra merced la *derrota* de Cartagena». Ordinariamente, *derrota* se dice de los viajes por mar, y *ruta*, de los viajes por tierra. Aquí se tiene ejemplo de aplicarse *derrota* á los viajes terrestres; *ruta* nunca se aplica á los marítimos. II, 446.—«El día de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha *derrota*». IV, 346.

Des ó *dis*.—«Se *des*culpó de la insolencia». Ahora decimos «*dis*culpó».—La partícula *des* ó *dis* es privativa, y sólo se usa en composición, lo mismo que la partícula *in*.—El uso varía entre *des* y *dis*, diciéndose unas veces «*des*figurar, *des*hacer, *des*decir, *des*componer»; y otras (que son las menos), «*dis*gustar, *dis*favor, *dis*paridad, *dis*forme». Suele también suprimirse la *s* de ambas partículas, como en «*de*gollar, *de*gradar, *di*famar, *di*fícil». I, 61.

Desafío, reto.—Véase *Reto*.

Desafíos.—Prohibidos por las leyes eclesiásticas. No sólo los *desafíos*, sino aun los torneos estaban prohibidos á causa del peligro que corrían de herirse ó de perder la vida los concurrentes».—«El decreto del santo Concilio, que prohibe

los tales *desafíos*». II, 108; VI, 135.—Los de Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros. III, 499; IV, 101. —«Las leyes del duelo». V, 73; VI, 141.—Una ligera noticia de los *desafíos* más notables mencionados en la historia de España. VI, 69-73.—[II, 401, 403-404.]

Desaguisado (Que no se me faga tal).—Expresión copiada de los libros de caballerías, é inverosímil por consiguiente en boca de Sancho, mucho más en el estado de susto y temor en que se hallaba; pero hace reir, y ésta fué la razón de ponerla.—El uso todavía admite el derivado *desaguisado* (agravio, denuesto, acción descomedida (Academia)), y no el primitivo *aguisado* ó *guisado*, que en nuestros antiguos libros significó «aderezado, ordenado, bien dispuesto». II, 118.

Descabezar el sueño.—Frase. Quedarse dormido un breve rato el que está molestado del sueño. (Academia.)—«*Descabezar el sueño*, como lo hacían los caballeros andantes». IV, 16 (t).

Descalzarse el guante.—Parece que del guante no se puede decir con propiedad que *se descalza*, verbo que significa materialmente *quitarse las calzas*.—Sin embargo, se encuentran muchos ejemplos de esta misma frase en las obras contemporáneas á Cervantes y anteriores al mismo. Aquí se ve á Don Quijote con guantes, de lo que ninguna otra mención se hace en la fábula. VI, 71.

Descoser los de la herida.—Véase *Puntos de la herida.*

Descriarse.—Desmejorarse por desear ó hacer con mucho ahinco alguna cosa. (Academia.)—«No será bien que yo *me descríe* por el provecho ajeno». Palabra grandemente significativa y empleada con mucha oportunidad. V, 240.

Descripción (La) de los dos ejércitos.—Bellísimo pasaje del *Quijote*. El tipo de la descripción hecha por Don Quijote, debe buscarse, no en las epopeyas de Virgilio y Homero (como insinuaron Ríos y Pellicer), sino en los libros de caballerías. II, 80, 81.

Desde aparte.—«Yo estaré *desde aparte* contando los azotes que te dieres». Modo adverbial poco usado. Fuera más conforme al uso común decir, ó solamente *aparte*, ó *desde aquí aparte*. VI, 413.

Desembaular.—«Vuesa merced *desembaule* su cuita». *Desembaular*, saçar del *baul*, como *desembanastar*, sacar de la *banasta*. Uno y otro son verbos propios del estilo familiar. V, 273.

Desemejable aventura.—Este adjetivo, que es poco común, indica la calidad de no tener semejante, que viene á ser lo mismo que «incomparable», sólo que éste se dice en buena y el otro en mala parte. Tal es la abundancia y riqueza de nuestro idioma para expresar las diferencias más menudas de las ideas. También se dice *desemejado*, voz frecuentemente usada en los libros de caballerías, y de origen común con *desemejable*. Significa «descomunal, desaforado, muy extraordinario»; siempre en cosas de horror y de espanto. II, 122.

Desengaño de celos.—Novela pastoril, por Bartolomé López de Enciso. I, 145.—[III, 88 y n.]

Desgraciada.—No significa aquí «infeliz ó desventurada», que es lo que significa ordinariamente, sino «desabrida, sin gracia»; según lo explica la palabra *mohina* y la expresión de enojo que usa la supuesta Dulcinea: «toda *desgraciada* y mohina». IV, 176.

Deshora (Á).—Significa comunmente lo mismo que «á horas desusadas y extraordinarias», indicando las más avanzadas de la noche: aquí equivale á «inesperadamente, cuando no se aguarda». I, XLVI; III, 515; V, 169, 316; VI, 175.

Deslocado.—«Temía si quedaría ó no contrahecho Rocinante, ó *deslocado* su amo: que no fuera poca ventura si *deslocado* quedara». Equívoco y chiste en que no estuvo Cervantes tan feliz como en otras ocasiones. El primer *deslocado* es lo mismo que «*dislocado*, con los huesos fuera de su *lugar*».

El segundo *deslocado* es «privado, curado de su *locura*». VI, 329.

Desnudo nací, etc.—Véase *Nacido soy*.

Despabilar esta espuma.—Despabilar es «hacer desaparecer con brevedad», como se *despabila* una luz ó se quita el moco á un candil, que es en un momento: es metáfora usada por nuestros escritores. Sancho la aplicaba al caso de las gallinas y gansos de su espuma. IV. 387.—«Denme de comer, dijo Sancho, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las *despabilaré* en el aire». VI, 52 (t).

Despensa.—«Con veintiséis maravedís que ganabas cada día, mediaba yo mi *despensa*». *Despensa* se dice ordinariamente del sitio donde se guardan las provisiones ó comestibles de la casa; pero en el texto equivale á «expensa ó gasto». II, 230; III, 335.

Despeñar y despenar.—«No hallé derrumbadero ni barranco de donde *despeñar y despenar* al amo». Se *despeña por* un derrumbadero; mas no *de* un derrumbadero. Menos todavía se *despeña de* un barranco, sino *á* un barranco. *Barranco* lleva consigo la idea de profundidad, y sería como si se dijera: «*despeñar* de un pozo». *Despeñar* y *despenar* son verbos privativos que se derivan de *peña* y *pena: despenar* se dice, cuando, quitando la vida á quien padece, se supone que se le saca de *pena*. Una tilde produce la diferencia entre estos dos verbos con que aquí juega ingeniosamente Dorotea, aunque su situación no es en verdad la más propia para usar de esta clase de figuras, más conveniente al estado de felicidad y contento que al suyo. II, 418, 419.

Despertar la colambre.—Es lo mismo que «llamar á la sed», que se dijo antes; excitar el deseo de beber. *Colambre* está por *corambre*, cambiando la *r* en *l*, como es frecuente.—«Un manjar negro, hecho de huevos de pescados, gran *despertador de la colambre*». VI, 100: que excitan mucho la gana de beber vino, ó beber del pellejo ó bota don-

de se lleva aquél; que esto significa la *colambre*. (Arrieta.)

Despojar.—«Hasta que *hubiese despojado* todas aquellas tierras de ladrones, etc.» *Despojar* se toma siempre en mala parte: lleva consigo la idea de violencia é injusticia: *limpiar* hubiera sido más oportuno. I, 309.

Después que bajé del cielo, y después que de su alta cumbre miré la tierra.—No parece sino que primero fué *bajar del cielo*, y después, *mirar desde su cumbre la tierra*. Mejor diría: *Después que bajé del cielo, desde donde había mirado la tierra.* He aquí á Sancho mirando la tierra desde el cielo como Escipión el Menor haciendo lo mismo durante el sueño descrito por Cicerón, ó como Dante mirando hacia abajo desde la octava esfera. *(Paraiso,* C. 22, v. 133-138.) V, 344.

Despuntar de agudo.—«Aunque de ingenio boto, muchas veces *despuntas de agudo.*»—*Despuntar de agudo*: hacer del ingenioso. Con esta expresión da á entender Don Quijote que tiene por maliciosos y satíricos los elogios que Sancho había hecho de Dulcinea. Otras veces se dice *despuntarse de agudo*, que es «pasarse de ingenioso, ser excesivamente ingenioso», metáfora tomada de los instrumentos, donde suele destruirse la punta á puro querer aguzarla. Usó de la misma expresión Urganda la Desconocida en los versos cortados que dirigió al libro de Don Quijote. I, LX (Prólogo); II, 313.

Destripaterrones y *pelarruecas.*—«María, hija de Sancho, hija del *destripaterrones* y de la *pelarruecas*». Palabras compuestas, que indican la ocupación ordinaria de la gente aldeana, «el marido arando, y la mujer hilando». IV, 90.—«Yo no soy, respondió Teresa, sino una pobre labradora, hija de un *estripaterrones*». Como habla una aldeana, no es extraño que pronuncie rústicamente la palabra *destripaterrones*, que es como debe decirse. VI, 31.

Desuellacaras.—Familiar. La persona desvergonzada, desca-

rada, de mala vida y costumbres. (Academia.)—También un mal barbero. (Velázquez.) III, 59; V, 228 (t), 276 (t).

Determinar, determinarse.—«Aun no *me determinaba* si era bien ó mal el que me había sucedido». Sobra en esta expresión el primer *me,* cuya agregación da al verbo *determinar* una significación inoportuna en este pasaje. *Determinar* es operación del entendimiento (de esto se trata aquí): *determinarse* lo es de la voluntad. II, 409.—«No acababa de *determinarse* si le tendría y pondría por tonto ó por discreto». V, 416.

Devengar quinientos sueldos (Hijodalgo de).—Las leyes antiguas imponían 500 sueldos de pena á los que hacían perjuicio ú ofensa grave á personas nobles, las cuales percibían esta multa en indemnización del agravio. El que se hacía á personas de inferior clase, se satisfacía con menores penas pecuniarias; de suerte, que la cantidad de la multa indicaba la calidad del agraviado. De aquí vino la denominación de *hidalgo de devengar quinientos sueldos,* que era la multa mayor señalada por las leyes, y que alguna vez se aplicó también á los agravios cometidos contra los ministros de justicia, y aun contra los canónigos y clérigos de ciertas iglesias, por la mayor importancia de sus personas. II, 184.—Véase *Hidalgo ó hijodalgo.*

Diablo.—En el diccionario de la lengua andantesca, *diablo* no siempre es voz de oprobio, sino muchas veces de elogio, con que se ponderaban las hazañas extraordinarias de los aventureros; sin duda por la idea, que suele exagerar el vulgo, de las fuerzas y poder del demonio. II, 100.—«La *endiablada* fuerza del gigante». II, 456.—«Hermano *demonio*». Graciosa reunión de dos cosas tan opuestas entre sí como *fraternidad* y *demonio.*—En otra Nota (II, 100, y también II, 456) se pusieron ejemplos de la significación de *fuerte* y *valiente,* que en los libros de caballerías suele darse á la palabra *diablo,* y es la misma que aquí se da á su sinónimo

demonio, alegando, en prueba de ello, que había podido sujetar las fuerzas del Hércules manchego. III, 514.

Diablo (El) Cojuelo.—Novela escrita por D. Luis Vélez de Guevara. II, 37; IV, 6, 93, 283; V, 260-262, 330, 463; VI, 62, 197, 268.—Véase *Guevara (Luis Vélez de).*—[III, 145, 146 y n.]

Diablo (El) está en Cantillana.—Véanse *Cantillana (El diablo está en)* y *Tenorio (Jofre).*

Diálogo de las lenguas.—Por D. Juan Valdés, autor que tanto se cita en estas NOTAS y cuyo voto es muy respetable en materia de lenguaje. I, 109; IV, 285; V, 115, y en varios otros lugares.—Sobre traducciones. VI, 289.—Véase *Valdés (Juan).*—Véase el *Índice* de Ticknor.

Diana (El templo de), en Éfeso.—Una de las siete maravillas del mundo. Solino refiere que lo edificaron las amazonas, y era tan magnífico, que Jerjes, en su expedición contra Grecia, lo conservó á pesar de que había quemado todos los demás templos de las colonias griegas del Asia. Mas poco después lo consumió el fuego que le puso Eróstato, con el fin, según confesó en el tormento, de inmortalizar su nombre. El incendio fué el mismo día que nació Alejandro Magno. IV, 141.—Véase *Eróstrato.*

Diana (La), de Jorge Montemayor, y dos continuaciones, por Alonso Pérez y Gaspar Gil Polo. I, 92, 137, 142.—[III, 82-84, etc.]

Días faustos é infaustos, entre los antiguos romanos.—Señalaban en ciertas ocasiones los días felices con piedrecillas blancas, y con negras los funestos ó aciagos. IV, 172, 346.

Dicha (Á).—«Si será éste *á dicha* el moro encantado». Ocurrencia de Sancho, tan graciosa como natural en aquellas circunstancias. *Á dicha* es lo mismo que «por ventura, por dicha», según se dice después: «*¿Por dicha,* hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero?» *Dicha* y *ven-*

tura son sinónimos, como lo son también *desdicha* y *desventura*. II, 46.

Dichosa edad, etc.—En la descripción que sigue de la edad dorada, parece que Cervantes tuvo presente lo que de ella dijeron Virgilio y Ovidio, aquél en el libro primero de las *Geórgicas*, y éste en el primero de las *Metamorfosis*. I, 230. —«Alzó Don Quijote la voz y dijo». Este razonamiento de Don Quijote (sobre el desagradecimiento) recuerda el que dirigió en ocasión semejante, sobre la edad dorada, á los pastores. (I, 230.)—En uno y en otro vino á concluir saliendo por el registro de la caballería andante. Lo mismo sucedió en el discurso sobre la preferencia entre las armas y las letras, que pronunció durante la cena en la venta á presencia de la princesa Micomicona, D. Fernando, Luscinda, Cardenio, el cura y demás que componían aquella numerosa concurrencia. (III, 126.) VI, 180.

Dido y Eneas. V, 460; VI, 418, 419.

Diego (San) Matamoros, patrón de las Españas.—Uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo. VI, 161.

Dientes (Hablar ó decir algo entre).—Frase. Refunfuñar, gruñir, murmurar. (Academia.) «Aquella hermosa ingrata que *digo entre* mis *dientes*». II. 26 (t).—«Esto *dijo* (Don Quijote) *entre dientes*». II, 465 (t).

Dientes y muelas de Doña Rodríguez.—«Amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros». Según Quevedo, éste era uno de los pretextos con que las viejas que querían pasar plaza de mozas, excusaban la falta de sus dientes y muelas. V, 457.

Diestro (Replicó el).—*Diestro* se llama en castellano al que lo es en el manejo de la espada ó arte de la esgrima, á la que se da también el nombre de *destreza*. IV, 363.—Véase *Esgrima (El arte de la)*.

Diez.—Rosario.—«Unas agallas grandes de un alcornoque,

que ensartó, de que hizo un *diez*». Es lo que llamamos *camándula*. II, 335.—Véanse *Rosario* y *Camándula*.

Dimes y diretes.—Esto es, «altercados ó disputas». Esta locución toma su origen de las ocasiones en que, altercando dos personas, reconviene la primera empezando así: «*díme* esto ó lo otro», y responde la segunda: «*direte*, etc.» La misma significación tiene la locución de *Dares y tomares*. (Véase.) —V, 66, 188 (t), 463 (t).

Diminutivos.—Notas y observaciones importantes. La riqueza del idioma castellano en punto de *diminutivos* es inmensa: los forma de muchos modos y terminaciones; los tiene de cariño, de desprecio, de desprecio mezclado con ira; tiene *diminutivos de diminutivos:* sería largo poner ejemplo de todo. Nuestra lengua es superior en esta parte á la italiana y á la latina. La francesa no conoce *diminutivos*. II, 4, 136; III, 118, 341; V, 58; VI, 168.

Dinamarca (El reino de).—Véase *Sobradisa*.

Dinero.—«El mejor cimiento y zanja del mundo es el *dinero*». De la misma opinión que Sancho era el arcipreste de Hita: sus versos sobre ello. Otras letrillas modernas dijeron:

Poderoso caballero
Es Don Dinero.....
Dios es omnipotente
Y el dinero es su teniente.

IV, 372.

Dinero, dineros.—«Un real por lo menos en *dineros*». *Dinero*, por *pecunia*, no tiene plural en el uso de las personas cultas. Lo tiene sólo cuando corresponde á *denarium* y significa cierta y determinada moneda. De ésta habla aquí Ricote. «Tener *dinero*» es ser rico; «tener *dineros*» es tener cierta cantidad. VI, 110.—«Te enviaré *dineros*», dijo Sancho á Teresa. «Enviad vos *dinero*», dijo Teresa. IV, 98 (t); VI, 437 (t).—«Reduciéndolo á *dineros*». VI, 241.

Dineros (Á) pagados, brazos quebrados.—Refrán que indica lo

mismo que este otro: «paga adelantada, paga viciosa»; á saber, que cuando se paga adelantada la obra, el oficial tiene más pereza de concluirla. VI, 415.

Dios delante.—«De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y *Dios delante*».—Expresión familiar. Con la ayuda de Dios. (Academia.)—V, 347 (t).

Dios dijo lo que será.—Expresión proverbial equivalente á *Dios sabe lo que será.* VI, 195.

Dios (De) en ayuso.—De Dios abajo.—Véase *Ayuso y suso.*

Dios lo oiga y el pecado sea sordo.—Modo de hablar vulgar con que se expresa el deseo de que suceda bien alguna cosa que se intenta. *Deus exaudiat et daemonium avertat.* (*Diccionario* grande de la Academia.) VI, 163.

Dioscórides (Pedacio).—Su tratado acerca de la *Materia medicinal y de los venenos mortíferos*, traducido por Andrés Laguna. II, 89.—Véase *Laguna (Doctor Andrés).*

Diputar.—«Que la *diputó* (la caja) para guardar en ella las obras del poeta Homero». *Diputó* está usado por *destinó*, acepción que se le dió también en el cap. 25, 1.ª parte: «éste es el lugar que *diputo* y escojo para llorar la desventura», etc. (II, 297): pero en el uso común *diputar* se dice sólo de las personas, así como *destinar*, de las personas y de las cosas. Sólo las personas se *diputan*. I, 127.

Dirlos (Conde).—Personaje importante en los romances. En el del marqués de Mantua se lee que lo envió el marqués en embajada á París al emperador Carlomagno para quejarse de la muerte alevosa de Baldovinos. Era hermano de Durandarte, según el largo romance de sus aventuras que se incluyó en el *Romancero* de Amberes de 1555. Allí se habla de su expedición á Ultramar, donde estuvo quince años y venció al soldán de Persia; del intento del infante Celinos para casarse durante la ausencia del conde con su mujer, y de la vuelta del conde y de su reconocimiento, que fué, poco más ó menos, como el de Ulises por Penélope,

cuando, después de sus largas peregrinaciones, volvió á Ítaca. I, 158, 219; II, 335; IV, 27, 372, 427; V, 220.—[I, 114, 120, 122.]

Disciplina de abrojos.—Á diferencia de la de canelones. Llámanse *abrojos*, en la acepción que usa aquí Cervantes esta palabra, los de plata ú otro metal, á imitación de los naturales, que solían usar los disciplinantes poniéndolos en el azote para herirse las espaldas. V, 240.—Véase *Canelón.*

Disciplinante de luz.—Así se llama, según el *Diccionario* de Juan Hidalgo, el que sacan á la vergüenza. Es voz de germanía. V, 218.

Disciplinantes, con vestidos blancos; que eran los que llevaban los que iban azotándose públicamente en las procesiones de penitencia. III, 515, 520; V, 170.

Discurso.—«Más piadosos discursos». *Discurso* era una de las palabras que el autor del *Diálogo de las lenguas* deseaba que pasasen del idioma toscano al de Castilla. Aquí vemos cumplido ya su deseo. IV, 268.

Disparaba.—«Solamente *disparaba* en tocándole en la caballería». *Disparaba* parece error de imprenta ó de pluma, por *disparataba;* á menos que Cervantes no hubiese querido usar del verbo *disparar* como recíproco, omitiendo por descuido el pronombre impersonal *se;* caso en que pudiera ser corriente esta locución figurada, que presentaría con viveza la idea del movimiento espontáneo y violento de la extraviada fantasía de nuestro hidalgo cuando se le tocaba el punto de la caballería. V, 354.

Disparates (Desaforados) en los libros caballerescos.—Históricos, geográficos, cronológicos; ponderaciones monstruosas, relaciones absurdas, desatinos contrarios á la razón y al sentido común. De todo hay con abundancia en aquellos libros: algunas muestras en general de ellos. III, 374-378, 386, 387, 440.

Distinto, por *instinto.*—Palabra estropeada por la gente rústi-

ca, y que, sin embargo, se pone aquí en boca del canónigo: «su natural *distinto*», y al cap. 21 (II, 152), se puso en la de Don Quijote: «por *distinto* natural», ninguno de los cuales puede ciertamente calificarse de rústico ni de «prevaricador del buen lenguaje», como se llamó alguna vez (IV, 360) á Sancho. El mismo Sancho, en su diálogo con Tomé Cecial (IV, 231) decía: «no será bueno que tenga yo un *instinto* tan grande y tan natural en esto de conocer vinos», etc. Cervantes, según esto indica, prefería *distinto* á *instinto*. III, 491.

Dite.—Nombre poético de Plutón. «En las cavernas lóbregas de Dite». V, 224. «Oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite». VI, 381 (t).

Divertirse.—«*Divertiéndose* á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia». *Divertirse*, en este lugar, corresponde á la significación del latino *divertere*, «apartarse del camino», ó metafóricamente, «separarse de su propósito», y no á la de «recrearse ó solazarse», que es la que más ordinariamente tiene en castellano. IV, 138.—«Pero antes que *se divertiesen* en otros razonamientos». IV, 279 (t).—«Pero ¿dónde *me divierto?*» Es claro que la Trifaldi afectó en su arenga usar de latinismos y arcaísmos por remedar el lenguaje de los libros caballerescos. V, 284.

Do, por *donde*.—Á veces se sincopa el *donde* y se dice *do*, especialmente en poesía, y se usa *do, á do, por do* y *de do* en el mismo sentido que *donde, adonde, por donde* y *de donde*. VI, 458.—Véase *Donde*.

Doce (Los) Pares de Francia.—Fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron *Pares* por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía. (III, 467.) I, 94; III, 469; V, 388.—Véase *Tabla (La) Redonda*.

Docena (Entrar en).—«*Entrar en docena* con los más hablantes escuderos», contarse en el número de los escuderos *ha-*

—Mensajeras ordinarias de las princesas caballerescas. IV, 446.

Donde.—Adverbio de lugar. Observaciones sobre la naturaleza y vario uso de este adverbio y sus derivados, hecho por Cervantes y por los escritores de su tiempo. *Donde* es un adverbio de lugar, del que se derivan otros tres: *en donde, adonde* y *de donde.*—*Donde* significa el lugar «en que»: lo mismo significa, con mayor especificación, *en donde: adonde* es el lugar «á qué», y *de donde* es el lugar «de qué». VI, 458-461.—*Donde,* por *adonde:* «que me enviase *donde* él estaba». II, 259.—*Adonde,* por *en donde* ó *donde:* «*adonde* estaba puesta una real y limpísima mesa». V, 431. Los adverbios *dentro* y *donde* indican el lugar «en qué»; *adentro* y *adonde,* el lugar «á qué». III, 482.—El adverbio *donde* es de lugar, y no se usa con propiedad para denotar el tiempo, aunque esto no es raro en Cervantes. VI, 3.

Donde (Porque) hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura.—Bello lenguaje y bellísima sentencia. Ejemplo es también de puro, fluido y armonioso lenguaje el período que sigue á poco: «El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos». VI, 335.

Donde más largamente se contiene.—Fórmula de remisión al gusto forense, cuando el que habla no quiere detenerse más en lo que dice, y se contenta con indicar dónde se hallará más á la larga lo que pudiera alegar en su abono. Don Quijote en el lugar presente se remitía á su espada, dando á entender que los que opinasen de otro modo, hallarían en ella pruebas más eficaces y concluyentes de lo que acaba de afirmar. En la segunda parte (IV, 124) usa de la misma fórmula como juramento el bachiller Sansón Carrasco, diciendo: «plega á Dios todopoderoso, *donde más largamente se contiene,* que la persona ó personas que pusieren impedimento», etc. II, 451. «El farol, la estrella y

el norte de toda la caballería andante, *donde más largamente se contiene*». Este *donde* debe referirse á la historia de la caballería andante. VI, 255.—«Y á los santos cuatro evangelios, *donde más largamente* están escritos». I, 218.

Doria (Juan Andrea).—Sobrino del famoso Andrea.—Era general de las galeras de España, y mandó en la batalla de Lepanto el ala derecha de la escuadra combinada. III, 157, 158.—Su hermano, Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan; «la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria». III, 168.

Dos libras de cera (Que no pase de).—Alude á las penas que suelen imponerse en los estatutos de las cofradías á los hermanos que faltan á ellos, y regularmente son multas de cera para alumbrar en las fiestas y celebridades de la congregación. Sancho había sido cofrade y aun prioste en su lugar. (II, 187; V, 363.) IV, 245.

Dromedarios (Sobre dos), «que no eran más pequeñas dos mulas en que venían (los religiosos)».—Alude Cervantes á los pasajes de los libros caballerescos en que se introducen personajes cabalgando en esta y otras especies de animales. I, 180, 184; II, 345; IV, 170.

Dudoso.—«Tanto más agrada, cuanto tiene más de lo *dudoso* y posible». *Dudoso* se toma aquí en buena parte, y significa, no lo que ofrece dudas debiendo ser cierto, sino lo que, siendo falso, hace dudar si es verdad, por la destreza con que la imita: viene á ser lo mismo que *verisímil*. III, 385.

Duecho.—Ahora decimos *ducho*, voz del lenguaje familiar, que quiere decir «enseñado, diestro»; del latino *doctus*. I, 163.

Duelos. III, 499; IV, 101; V, 73.—Véase *Desafíos*.—[II, 401, 403, 404.]

Duelos (Que se los papen).—*Duelos* son «aflicciones, pesadumbres, trabajos, calamidades». *Papar* es, hablando familiarmente, «tragar, engullir». *Que se los papen duelos:* expre-

sión de los que hacen poco caso de los males ajenos. II, 64.—Véase *Papar*.

Duelos y quebrantos.—Nota Cervantes la mezquindad con que los hidalgos manchegos, aprovechando los restos de la carne de la comida, los convertían en salpicón para la cena. *Salpicón* se dijo como *carne picada con sal*. Asímismo, cuando se morían ó desgraciaban por cualquier accidente las ovejas, acecinaban la carne para los usos domésticos y aprovechaban las extremidades y aun los huesos quebrantados, de lo cual hacían olla, llamándola, según Pellicer, *duelos y quebrantos; duelos*, por el que indicaban del dueño del ganado, y *quebrantos*, por el de los huesos de las reses. —Esta clase de olla, como menos sustanciosa y agradable, se permitía comer los sábados en España, donde, con motivo de la victoria de las Navas, ganada por el rey D. Alonso el VIII contra los moros el año de 1212, se instituyó la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz y se hizo voto de abstinencia de carne los sábados. Duró esta costumbre hasta mediados del siglo XVIII, en que la abolió el papa Benedicto XIV. I, 2, 3.

Duendes de las antesalas.—Escuderazos que pasan la vida, aunque penosa, holgazana, baldía y sin género de provecho. V, 262.

Dueña (La aventura de la) Dolorida, alias de *la condesa Trifaldi*.—Sobra el *de*, que interrumpe y descompone el sentido: observación que manifiesta lo delicado que suele ser el uso de las partículas, y el grande influjo de éstas en el lenguaje. V, 239.—«Según soy de dolorida». V, 268.—«Un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi». Y también la de Merlín en la aventura del desencanto de Dulcinea, como se dijo al principio del cap. 36 (V, 239). V, 371.—Véase *Trifaldi (La condesa)*.

Dueñas.—«*Cual no digan dueñas*». Especie de maldición para

significar lo maldicientes que suelen ser las mujeres malignas y ociosas. Cervantes tenía particular aversión á las dueñas, como tendremos ocasión de observar en el progreso de la fábula. IV, 140; V, 175, 192, 260-263, 284, 456, 459, 462, 464.—Abominado (el género dueñesco) de boticarios. V, 312.—Los escuderos y las dueñas solían ordinariamente ser antagonistas. V, 128, 262.—*González* era apellido común en las dueñas. V, 128.—«La general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas». VI, 25.—La aversión que tenía Sancho á las dueñas. VI, 387.

Duerme, digo otra vez.—No lo había dicho ninguna (Don Quijote).—No está bien tampoco la expresión de que Don Quijote, antes que despertase á Sancho, «*le* dijo»: á quien duerme no se le dice nada. Don Quijote pudo *decir,* pero no *decirle.* IV, 370.

Duguesclín.—Véase *Beltrán Duguesclín.*

Dulce (La) mi enemiga.—Palabras de queja amorosa muy frecuentes en los libros caballerescos, y aun en los antiguos cantares de Castilla. I, 281; V, 277.

Dulcinea del Toboso.—«De los hidalgos linajes que hay en el Toboso». ¿Qué motivo pudo tener Cervantes para hacer á Dulcinea natural del Toboso más bien que de otro pueblo de la Mancha? He aquí una cuestión á que probablemente fué muy fácil responder en su tiempo, y á que es muy difícil responder en el nuestro, cuando, olvidadas las particularidades que entonces serían conocidas, no queda ya lugar sino para conjeturas. V, 165.—Su padre, Lorenzo Corchuelo, y su madre, Aldonza Nogales. Cervantes, queriendo ridiculizar más y más á su héroe, dió á su princesa y á los padres de su princesa nombres y apellidos aldeanos y vulgares. II, 309; V, 166.—Llamábase Aldonza Lorenzo. I, 21; II, 310.—«Porque tiene mucho de cortesana». Esto de «cortesana» puede ser pulla, por la significación ambigua de la palabra, y más si en la figurada persona de Dul-

cinea se quiso aludir á alguna persona real y verdadera, que no es imposible. II, 311.—El original de Dulcinea fué probablemente la señora Ana Zarco de Morales. V, 167. —«De quien él (Don Quijote), un tiempo anduvo enamorado». I, 21.—«En doce años que ha que la quiero, no la he visto cuatro veces». II, 308, 309 (t).—«En todos los días de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea». IV, 156; V, 159, 160.—«No la había visto en toda su vida» (Sancho á Dulcinea). II, 498; IV, 167.—«Bien la conozco, dijo Sancho», etc. II, 310, 498.—Una de las tres labradoras. IV, 175 (t).—Su encantamiento, invención de Sancho. IV, 170; V, 105.—Su desencanto. V, 225.—«Hermosa ingrata». II, 26.—Varias Notas: I, 200; II, 310, 311; III, 535 (Soneto), 538 (Epitafio).

Duración de la acción del Quijote.—D. Vicente de los Ríos supuso al fin de su plan cronológico que la acción del *Quijote* pasó en 1604, y que sólo duró desde 28 de julio de dicho año hasta 8 de enero de 1605.—Larga Nota sobre esto. VI, 105.—«Sobre cincuenta años que tengo de edad» (dijo el ama á Don Quijote). No tuvo aquí presente Cervantes lo que había dicho al principio de la fábula (I, 3), donde se expresó que el ama «pasaba de los cuarenta», lo que en el uso común indica que no pasaba mucho de dicha edad. Y si lo tuvo presente, es prueba de que dió á su obra una duración mucho mayor de la que se cree y, por de contado, que la que se le señaló en el plan cronológico de D. Vicente de los Ríos. Bowle ya saca de aquí la consecuencia natural de que la duración de la fábula del *Quijote* fué de cerca de diez años, y lo mismo sostiene Pellicer en su discurso preliminar, contra lo que se infiere, por otra parte, de la relación de la misma fábula, como ya se dijo en nota al capítulo 54 (VI, 105). VI, 444.—Á todas estas dificultades no hay sino una respuesta, á saber: que Cervantes no pensó en semejante cosa, ni se curó de la época y de la du-

ración de la fábula más que de las nubes de antaño. VI, 105.

Durandarte.—Primo de Montesinos y hermano del conde Dirlos, todos paladines de Carlomagno. Tuvo competencia con Gaiferos sobre amores, como cuenta uno de sus romances, aunque no nombra la dama. Servía á Belerma cuando murió en la rota de Roncesvalles; Montesinos asistió á su muerte. IV, 427.—«Su espada Durindana».—Los incidentes relativos á esta famosa espada forman una historia como pudiera ser la de una persona célebre. V, 48.—Véase *Espada Durindana.*—[I, 121.]

Durar.—Verbo impersonal; lo mismo que «tardarse». Y «no *dura* más en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuesa merced», etc. Otras veces se usa como de estado, en significación de «perseverar». II, 267.

Eclesiásticos.—«Un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes».—Según una tradición que mencionó D. Vicente de los Ríos en la *Vida de Cervantes*, se quiso en este pasaje indicar á un eclesiástico comensal del duque de Béjar, que es á quien está dedicada la primera parte del *Quijote*. V, 138.—«Aquel venerable varón» de casa de los Duques. V, 138, 146; VI, 331.—Eclesiásticos que profesaban la medicina y la cirugía. II, 270.—Eclesiásticos militares. II, 347; IV, 221.—Véanse *Arzobispos andantes* y *Caballero á lo eclesiástico.*

Eco (La ninfa).—Llámase «húmeda», por sus muchas lágrimas: enamorada y no correspondida de Narciso, según fingieron los poetas, su dolor y llanto la fueron consumiendo hasta que no le quedó más que la voz. II, 339.

Ecos (Coplas de).—«Eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos». Alaba ya anticipadamente Cervantes las coplas llamadas, aunque malamente, *de ecos*, que siguen; pero dudo mucho que le acompañen en este jui-

cio los inteligentes. Cervantes tenía tan mala mano para hacer coplas, como la otra (Dulcinea) tenía buena para salar puercos (I, 200). II, 357.—Los clásicos antiguos despreciaron, ó, por mejor decir, no conocieron las glosas, los *ecos*, los acrósticos, que no tienen otros méritos que la dificultad vencida, y que prueban más bien paciencia que ingenio. IV, 336, 82.

Echacuervos.—Los que con embelecos y mentiras engañan á los simples por vender sus ungüentos, aceites, yerbas, piedras y otras cosas que traen, que dicen tener grandes virtudes naturales. (Covarrubias.) V, 136.

Echar cata.—Frase anticuada. Mirar ó buscar con cuidado alguna cosa. (Academia.) «*Eche cata* por ahí si hay alguien que vaya á Madrid». VI, 40 (t).

Echar en la calle alguna cosa. — Publicarla. (Academia.) «Cuando oyó la Duquesa que la Rodríguez *había echado en la calle* el Aranjuez de sus fuentes», etc. VI, 26 (t).

Echar la llave.—Cerrar con ella. (Academia.) «Y en efecto, el *Quijote* de Cervantes *echó la llave* á la época de los libros caballerescos». (Clemencín.) VI, 467.

Echar pelillos á la mar.—Frase proverbial, propia de los que se reconcilian y ofrecen olvidar los motivos anteriores de resentimiento, desapareciendo éstos así como desaparecerían los pelos que se arrojasen al mar. II, 480.—Véase *Pelillos (Echar)*, etc.

Echar raya.—Frase metafórica. Competir. (Academia.) «Pudiera pasar y *echar raya* entre las más bien formadas». V, 448 (t).

Echarlo todo á doce.—«*Echémoslo á doce*, siquiera nunca se venda»: refrán antiguo castellano. Úsase en ocasiones de enojo y despecho, cuando se quiere atropellarlo todo y meterlo á barato. «*Lo eche todo á doce*, aunque nunca se venda»: idiotismo vulgar, que vale lo mismo que «hablar claro, sin reparo; no guardar modo, respeto ni miramiento; atropellar

por todo». (Arrieta.) II, 324.—«*Lo eche todo á trece*», etc., debe significar lo mismo que «*echarlo todo á doce*». VI, 389.

Edad (La dichosa), ó la edad dorada.—Véase *Dichosa edad*, etcétera.

Ediciones del Quijote.—«Las diversas ediciones, traducciones é imitaciones numerosas serán siempre una prueba patente del éxito inmenso y popularidad de este libro extraordinario. Más singular es todavía el ver que millares de individuos que ni le han leído, ni oído nunca nombrar á Cervantes, conocen, sin embargo, á Don Quijote y á Sancho Panza, y sus nombres les son tan familiares como las voces más vulgares y domésticas de la vida común. Por lo mismo, puede asegurarse que ningún autor moderno ha alcanzado tan alto grado de fama y nombradía». (Traducción de la *Historia de la Literatura Española*, de Mr. Ticknor, por Gayangos, IV, 238, 239.) IV, 49-52, 276.—[III, 252, 435-438, etc.]

Églogas (Dos).—Una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoens. VI, 176.

Eguemón y de Hornos (Condes de).—Felipe II había enviado al duque de Alba á sosegar las alteraciones de Flandes, de que se creía eran principales autores los condes de Horn y Egmont y el príncipe de Orange. Este último huyó, y los otros dos fueron presos de orden del duque y degollados en Bruselas. Los dos condes habían asistido como compañeros del duque á las fiestas de Bins. III, 150.

El (El artículo).—En ciertos nombres femeninos que empiezan con *a*, tiene establecido el uso que no los preceda el artículo *la*, que les corresponde por su género, sino el masculino *el*, para evitar de esta suerte el mal sonido que resulta de la concurrencia de las dos *aes*. Cervantes hizo aquí lo mismo con la voz *autoridad* (III, 255), anteponiéndole el artículo masculino; pero el uso no lo ha confirmado en esta palabra ni en otras semejantes de igual clase, que

se encuentran usadas del mismo modo en los escritores de aquel siglo. III, 255.—«En *el* albarda» (y también «de *la* albarda»). III, 308.—«Salió *el* aurora alegrando la tierra» (II, 228); «Cardenio no podía sustentar la vida en *el* ausencia de Luscinda» (II, 372). Actualmente decimos «*el* agua, *el* alma», pero no «*el* aurora, *el* ausencia», á pesar de que la misma razón hay para lo uno que para lo otro. En nuestros antiguos escritores es más frecuente esta licencia, especialmente en los poetas. III, 510.

Él (El pronombre).—Observaciones sobre el vario uso del pronombre *él, ello,* etc. VI, 171, 172.—«Cuando *él* no quisiese tomar el trabajo de hacerlos, *él* mismo los haría».—Úsase en este pasaje el pronombre *él* en representación de dos personas diferentes, y esto produce alguna obscuridad: «cuando *él* (Lotario) no quisiese tomar el trabajo de hacer (los versos), *él* mismo (Anselmo) los haría». Hasta cierto punto no es culpa de Cervantes, sino de la lengua, que sólo tiene un pronombre para ambos casos; en latín hay uno para denotar la persona que habla, y otro para denotar la persona de que se habla: *ipse* é *ille*. III, 30.—«*Él* sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella, á quien *él* celebraba debajo del nombre de Clori». El pronombre *él* representa una vez á Anselmo y otra á Lotario, y quedaría mejor suprimiéndose la segunda, donde no es necesario. El pronombre, inventado y admitido en los idiomas para la claridad del lenguaje, aquí por su abuso la disminuye. III, 45.

El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos.—Ejemplo de puro, fluido y armonioso lenguaje. VI, 335.—Véase *Donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura.*

Elches.—Así llaman los moros á los renegados.—Apóstatas ó renegados de la religión cristiana. (Academia.) III, 209.

Elena (El robo de).—Elena fué mujer de Menelao, rey de Lacedemonia, y célebre por su hermosura. Paris, hijo de Príamo, estando hospedado en casa de Menelao, la robó y condujo á Troya, donde reinaba su padre. De este agravio hecho á Menelao, formaron queja común los reyes griegos, y se confederaron para vengarlo, como lo consiguieron con la ruina de Troya. II, 318; VI, 417.

Elicio y Galatea.—Nombres fingidos, en la novela pastoril de la *Galatea*, de Cervantes y de su mujer Doña Catalina Palacios. I, 149; III, 157.

Elisabad (El maestro).—Suena ser el autor de las *Sergas de Esplandián*. I, 193; II, 269, 276.—Véanse *Sacapotras* y *Esplandián (Las Sergas de)*.

Elíseos (Los) jerezanos prados.—El epíteto de *elíseos* no conviene sino á *campos*; pero se acaba de decir «tartesios *campos*», y quizá por huir de la repetición no se puso *los elíseos jerezanos campos*. II, 78.

Elisiones ú *omisiones del verbo.*—«No hay para qué conmigo amenazas»; esto es, «no hay para qué *usar* conmigo amenazas». Semejantes omisiones ó reticencias del verbo suelen dar fuerza á la expresión y son comunes en el estilo familiar: así se ve especialmente en los refranes; como «al buen entendedor, pocas palabras», «á gente ruín, campana de palo», «del mal, el menos», «á más moros, más ganancia», «comida hecha, compañía deshecha». II, 343; III, 80.—Véase *Lo que él*.

Ello dirá.—«Ahora bien, *ello dirá*».—Locución familiar. «Ya se verá». Comunmente se usa por ironía, y aun se suele añadir: «*ello dirá* si es palo ó pedrada». (Academia.) V, 19 (t).

Embazar.—Este verbo, ó se usa en forma de recíproco, *embazarse*, por «entorpecerse, perder la acción y el movimiento»; ó cuando no, como activo, por «suspender, detener»: en ambas acepciones lo usaron nuestros antiguos y más

autorizados escritores. Aquí lo emplea Cervantes como neutro: «así como llegó, *embazó* y se estuvo quedo», y lo mismo hizo Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*: son los dos únicos en que lo encuentro usado de esta suerte. III, 304.

Empeñé mi hacienda.—«Salí de mi patria, *empeñé mi hacienda*, dejé mi regalo, entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida». Á consecuencia de los consejos del ventero, que con tanta solemnidad armó caballero á Don Quijote, según se contó en la primera parte (I, 52), nuestro valeroso hidalgo «dió luego orden en buscar dineros: y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad.» (I, 163.)—De esto habla aquí Don Quijote. IV, 275.

Emperatriz, emperadora.—«La corona de oro de la *emperatriz*». En tiempo de Cervantes era nueva la palabra *emperatriz*. Lope de Vega la reprobaba en la dedicatoria de su comedia *Pedro el Carbonero*. Pero á pesar de la autoridad de Lope, el respetable ejemplo de Cervantes y otros escritores nuestros debe hacernos indulgentes en la materia: la hermosura y perfección de las lenguas depende más bien de la construcción, de la flexibilidad de los verbos y otras causas, que de palabras consideradas aisladamente: y por lo que toca á la riqueza, no hubiera llegado á la que tiene el idioma castellano, si el uso se hubiera ajustado siempre con rigor á las máximas de los puristas. Verdad es que en esto, como en todo, es menester evitar los extremos. IV, 204.

Empreñarse.—«En mal punto *os empreñastes* de sus promesas». La palabra *empreñarse* y otras que en lo antiguo pudieron usarse decentemente, han perdido esta calidad con el tiempo. *Empreñarse,* por *impregnarse,* lo dijo Santa Teresa en el cap. 14 de su *Vida,* y realmente eran una misma palabra en su origen. Pero en tiempo de Cervantes empezaba

ya á tener alguna vez otro sentido, como se ve por la respuesta de Sancho al barbero. III, 371.

Empresa del escudo.—*Empresa* era un adorno, divisa ó insignia que llevaban los caballeros, alusiva á algún intento ó empeño, las más veces amoroso. II, 167, 482.

Emprincipio.—«Desde el *emprincipio*». Palabra vulgar usada por Sancho: quiere decir *principio.* IV, 120 (t).

Empuñarse en la espada.—«Y *se empuñó* en la espada». Raro uso del verbo *empuñar*: con arreglo al común, se diría: *empuñó la espada*, y así se hace en el cap. 63 (VI, 300), cuando se cuenta lo que sucedió á Don Quijote en las galeras del puerto de Barcelona: «y diciendo esto, se levantó en pie y *empuñó la espada*». IV, 242.

Émulo, por «adversario».—«El enemigo de la concordia y el *émulo* de la paz». Alguno quizá reparará en la palabra *émulo,* que ordinariamente se toma en buena parte y se dice respecto de las personas: aquí se toma en mala parte y se dice respecto de las cosas: viene á ser lo mismo que «adversario». Este «enemigo de la concordia y *émulo* de la paz» es el diablo.—III, 327.

En.—«*En* otros cien escudos no había para pagarme la mitad». Uso de la partícula *en* por *con,* que se mira como idiotismo de algunas provincias: «se puede remediar *en* que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos» (I, XILX, Prólogo): «pues en verdad, que *en* sólo manifestar mis pensamientos» (IV, 64).—No fué Cervantes el único que habló de esta suerte. IV, 74.—«Comemos el pan *en* el sudor de nuestros rostros». IV, 220.—*En,* por «acerca de». «Le habían hablado *en* su negocio». Modo de hablar de nuestros antiguos. Es lástima que esta expresión se vaya anticuando, porque es más elegante y menos familiar que «hablar *acerca de* su negocio», como ordinariamente decimos ahora. Á fuerza de querer hacer la lengua exacta y, como dicen, «filosófica», la hacemos pausada y fría. II, 361.—«Ni dejó

de admirarse *en* oir». Ahora diríamos: «al oir». Si en algún tiempo pudo sustituirse lo uno por lo otro, en el día lo prohibe el uso. V, 184.

En cuidado me lo tengo.—Expresión rancia y castiza, como si dijera: «ya estoy en ello; así lo tengo pensado y resuelto». I, 255.

En dos palabras.—Como si dijéramos: «en poco tiempo», cual es el que se necesita para pronunciar dos palabras. Pellicer corrigió «*dos paletas*», en vez de «*dos palabras*»: no me parece necesaria la corrección. Así está usada la misma expresión en el cap. 21 (II, 181), donde, describiendo Don Quijote los pasos por donde un caballero llega á ser rey, dice: «muérese el padre, hereda la infanta; queda rey el caballero *en dos palabras*». II, 25.

En justo y en creyente.—Á su señor le dijo (Sancho): «señor: ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy *en justo y en creyente*, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida». Expresión proverbial antigua, de origen desconocido, como otras muchas de su clase. El Diccionario dice que la expresión *en justos y creyentes* se usa para asegurar que una cosa es cierta. Por consiguiente, querrá decir: «como soy hombre de bien y cristiano». Mas, según Covarrubias, citando á Quevedo, vale: «súbitamente, aceleradamente». V, 372.

En mi vida.—La expresión «*en mi vida*» tiene, según la índole del idioma, significación exclusiva, y por consiguiente lleva embebida la negación, que de otro modo sería preciso expresar, diciendo en el orden natural: «no ví hombre más valeroso *en mi vida*», por «*en mi vida* ví hombre más valeroso». Varios ejemplos dados de esta especie de locución en Cervantes. Es muy digno de advertencia que el mismo Cervantes, tan pródigo de partículas negativas, aun cuando no son necesarias, las suprime enteramente en ciertas

frases de negación por un modismo elegante y que el uso de la lengua ha adoptado. II, 308, 426; III, 278; V, 328 (textos); VI, 191.

En vez de buen criado.—Parece lo contrario de lo que se quiere decir, que es «á ley ó á fuer de buen criado». El modo adverbial «*en vez*» anuncia oposición con lo que acompaña, y decimos: «*en vez* de velar, duerme»; «aborrece *en vez de* amar»; «*en vez de* andar, se para». II, 261.

Enamorado de oídas.—«Sólo estoy *enamorado de oídas*». Cervantes se burló en este pasaje de todos los de libros de caballería donde se habla de enamoramientos por oídas, que son muchos. IV, 156, 157.

Enamorados platónicos continentes.—Los «amores platónicos» son los honestos, decentes, intelectuales, exentos de la parte grosera, conformes á la doctrina de Platón. II, 309.—«La honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso». IV, 53 (t); V, 149.

Enanos (Los).—Hacen mucho papel en las historias de los andantes, ya como adornos en las pompas solemnes, ya como servidores y compañeros de sus viajes y aventuras, y ya, finalmente, como enviados con recados á damas ó á reyes y príncipes. II, 171-173.—«Tantos *enanos* graciosos». III, 437, 438.

Encalabrinar.—«Me dió un olor de ajos crudos, que me *encalabrinó* y atosigó el alma». *Encalabrinar* se dijo de *calabrina,* palabra antigua que usó en significación de «hedor» Juan Lorenzo Segura en su *Poema de Alejandro.* Conforme á este origen, *encalabrinar* es «apestar», que es lo que hacen los que han comido ajos, y lo que hizo aquí la aldeana del Toboso. Don Quijote, ponderando lo intenso y penetrante del hedor de los ajos, dijo que le *había encalabrinado* el alma. IV, 180; V, 158.

Encambronarse.—«Todo *encambronado* con unas fuertes y lu-

cientes armas». *Encambronarse,* según Covarrubias, es ponerse muy «tiesierguido», de modo que no pueda bajarse la cabeza «ni volverla á una parte ni á otra. Está tomada la semejanza de cierta pieza del arnés, que coge un pedazo del hombro, el cuello y el almete para recibir en ella el golpe de la lanza del contrario». VI, 138.

Encamisados (Muchos).—Llámase *encamisados* á los que se ponen la camisa encima de la ropa: artificio de que usaban los militares en las sorpresas nocturnas para conocerse unos á otros, y de que hay muchos ejemplos en las historias de los tiempos de Cervantes: por cuya razón se dió el nombre de *encamisadas* á las sorpresas de esta clase. En el capítulo actual se aplica á los caminantes el nombre de *encamisados,* porque lo parecían, siendo de noche y viniendo vestidos de blanco. II, 96, 99.

Encantador.—Es lo mismo que «hechicero, mágico ó nigromántico»; y las palabras *encanto, encantar, encantador, encantamento,* todas vienen de *canto,* por la idea que tenían los antiguos de que los mágicos hacían sus prodigios *cantando* coplas; de donde llamaron también *carmina* á los encantos y maleficios. I, 97, 98.

Encantadores y sabios que los ayudaran.—Llenos están los anales de la caballería andante de ejemplos de la protección que encantadores y encantadoras, sabios y sabias dispensaban á los caballeros sus ahijados. I, 270.—Sus coronistas. I, 27. Encantadores revestidos de la dignidad imperial y real. IV, 181.—Contiendas entre los nigromantes. V, 108.—Alquife, sabio de gran fama, gran mágico sobre todos los de su tiempo; Urganda y otras muchas mágicas y magas, y sus pródigos. V, 211-215.

Encantados (Los) ni comen, ni duermen, ni hablan.—Esto es conforme á la idea que comunmente dan de los encantados los libros de caballería. III, 368, 424 (t); IV, 442.

Encantamientos.—El del rey Artús, «que por arte de encanta-

mento se convirtió en cuervo». I, 260; II, 166.—El de Dulcinea. IV, 170; V, 105, 187, 194.—Viajes por encantamiento. III, 356-358; V, 95, 332.—Varias Notas. III, 287; IV, 429, 442.

Encantorio, por *encantamiento*.—Voz caprichosa de terminación de desprecio, inventada por Sancho para indicar lo que pensaba en la materia. V, 145.

Encargar, cargar.—«Porque no *encarguemos* nuestras conciencias». Mejor: «porque no *carguemos* nuestras conciencias». «*Cargar* la conciencia» es cosa distinta que *encargarla*. La *carga* el delincuente que la grava y oprime con el peso del delito y de los remordimientos: la *encarga* el que, al decir á otro lo que debe ejecutar, le advierte que así debe proceder por motivos de conciencia, y lo hace responsable. I, 82.

Enciso (Bartolomé López de).—Su *Desengaño de celos*. (Véase.) I, 145.—[III, 88 y n.]

Enclavar, clavar.—«*Enclavársela* en el pecho».—*Enclavar* es «fijar con *clavos*», y *clavar* «introducir de punta, á manera de *clavo*», que es lo que viene bien en este pasaje. III, 67.

Enclíticos.—«Dármele á conocer». En castellano es muy común unir en esta forma dos pronombres personales con los verbos de acción, y en tal caso se llaman *enclíticos*. III, 261.—Véase *Dármele*.

Encoger (Callar y) los hombros.—Es figura y actitud propia del que se conforma y resigna con lo que no puede estorbar. II, 103.

Encontrar con un fraile de San Francisco.—Mal agüero. VI, 165.—Véase *Agüeros*.

Encuentro, reencuentro.—Véase *Reencuentro, encuentro*.

Ende é hi.—*Ende:* adverbio de lugar, anticuado. Allí; de allí ó de aquí; de esto; más de, pasados de. (Academia.) *Hi*: adverbio de lugar, anticuado. Allí. (Academia.)—Hemos perdido considerablemente en haber anticuado estos ad-

verbios, derivados de los latinos *inde* é *hic*, que en los principios fueron comunes á los dos idiomas, y ahora nos hacen suma falta en el nuestro. Á cada paso se encuentran en nuestros antiguos libros ejemplos del uso de estas dos partículas, que daban singular facilidad y ligereza al lenguaje; pero en tiempo de Cervantes estaban ya anticuadas y lo continúan, por desgracia, en el nuestro: «*Hi* ganó á Colada, que más vale de mil marcos»: «él non quiso *ende* parte nin ovo della cura»; «la pro et el daño que *ende* se puede seguir». IV, 58.—Véase *Hi*.

Endechar.—Cantar endechas ó canciones lastimeras ó melancólicas. VI, 356.

Endechas, endechaderas.—Las canciones que se cantaban en los entierros, y las mujeres que se alquilaban para acompañarlos, llorando, mesándose los cabellos, y arañándose el rostro, cuando no había personas allegadas al difunto que lo hiciesen. IV, 130.—Véase *Plañideras y lloraderas*.

Endemoniados.—Poseídos del demonio. Sobre la supuesta prerrogativa que tenían los reyes de Aragón de curar los lamparones, la que también se atribuye á los reyes de Francia, y la virtud que dicen que tienen los reyes de España de lanzar los demonios del cuerpo de los energúmenos, sólo con presentárseles. En tiempo de Cervantes se creía comunmente en la existencia de los *endemoniados*. Verdad es que si se creía fácilmente el mal, también se creía fácilmente el remedio, como se ve por lo que se dice de los reyes. V, 449; VI, 409.

Endriagos, vestiglos.—Monstruos fabulosos, horrendos y formidables. II, 286, 490; IV, 87, 248, 317, 318.

Eneas y Dido. V, 460; VI, 418.—Véase *Dido y Eneas*.

Enemiga (La) favorable.—Comedia compuesta por el licenciado Francisco de Tárraga. III, 400.—Véase *Tárraga (Francisco de)*.—[II, 296 y n., 301 y n.]

Enemigo de Doña Sancha.—Verso de un romance. VI, 225.

Ensalmo para pegar barbas.—Los embusteros solían, en el ejercicio de sus profesiones, usar de preces, etc., y aun versos de los salmos. De aquí por corrupción se dijo «*curar por ensalmo*», cuando la curación es en breve, con apariencias de milagrosa. II, 445.

Ensarmentar las viñas.—Es *sarmentar* ó sacar los sarmientos de las viñas después de la poda. *Ensarmentar*, palabra mal formada, pues por su analogía más bien pudiera indicar la acción de meter sarmientos en las viñas que la de sacarlos. VI, 89.

Entender en alguna cosa.—Ocuparse en ella. (Academia.)—«El arriero *andaba entendiendo* en el beneficio de sus machos». II, 49 (t).—«Volviesen á buscarnos, y nos diesen muy bien en que *entender*». II, 110 (t).

Entendimiento.—Aquí no es la facultad sino el acto de entender. «Para el *entendimiento* (esto es, la inteligencia) de esta grande historia». V, 1.—«Cuanto á la entereza y *entendimiento* del caso». VI, 49.

Entrañas pedernalinas.—Esto es, duras como el pedernal.—«Pecho *pedernalino*» dijo Lope de Vega en la *Ingratitud vengada*, acto 2.º—V, 233.

Entrar.—Voz náutica: significa «acercarse un buque á otro á quien persigue». «La galera Loba les *iba entrando*». III, 162.

Entrar en docena.—«*Entrar en docena* con los más *hablantes* escuderos», quiere decir «contarse en el número de los escuderos *hablantes*», por alusión á los caballeros *andantes*, y á lo que había notado de su *habladuría* el caballero del Bosque. IV, 218.—Alúdese también en la expresión á la costumbre de contar por «docenas» las cosas. IV, 219.

Entrar la romana.—Comenzar su cuenta con cierto número de libras ó arrobas. (Academia.) «Que había de saber con cuántas *entraba la romana*». VI, 9 (t).

Entre renglones.—Quiere decir «olvidadas». Alúdese á la cos-

tumbre de ponerse entre los renglones escritos lo que se olvidó al escribirlos.—Sancho dijo: «si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, no pienso que se han de quedar las mías *entre renglones*». Profetizó Sancho. II, 164; IV, 47.

Entremeses.—Así se llamaban las farsas ó pasos jocosos que hacían los representantes, porque se *entremetían* en los intervalos de los actos ó jornadas. IV, XII (Prólogo).

Entremeterse, entrometerse.—Sobre estos verbos de diversa etimología y de distinta significación. *Entrometerse* es «introducirse»; *entremeterse* es «interponerse». *Entrometerse* puede ser en una cosa sola; *entremeterse* ha de ser entre varias. El ambicioso *se entromete,* y no *se entremete,* en palacio: del chismoso se dice con propiedad que *se entremete* á turbar la paz de las familias. De la misma manera se diría de un astrónomo atrevido: «y *se entrometió* á averiguar la naturaleza de los cielos, sin *entremeterse* en si son ó no fundados los sistemas conocidos, ó en cuál de los sistemas conocidos se acerca más á la verdad». VI, 315.

Entretenimiento.—Es lo mismo que «asistencia», pensión ó asignación para mantenerse: acepción diversa de la común, según la cual es «diversión ó pasatiempo»: «que del tinelo suelen salir á ser alféreces ó capitanes, ó con algún buen *entretenimiento*». V, 12.—*Entretener,* por «mantener»: «como se *entretengan* y remedien los soldados viejos». V, 17.

Entretenimiento (Libros de).—Véase *Libros de entretenimiento.*

Envasar.—Metafórico. Pasar á uno el cuerpo con la espada. (Academia.) «*Le envasó* (el niño Amor) al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo». VI, 143 (t).—Véase *Triunfar de una alma lacayuna*, etc.

Envite.—Ofrecimiento de alguna cosa. (Academia.) Metáfora tomada del juego. «Tuvo el bachiller el *envite*». Lo que si-

gue es un hermoso ejemplo de narración rápida, y no es el único en el *Quijote*. IV, 70.—Véase *Quiero el envite*.

Épica (La) también puede escribirse en prosa como en verso.— Cervantes resolvió aquí la cuestión que se agitó un siglo después con ocasión del *Telémaco*, escrito en prosa por el arzobispo de Cambray; pero no fué opinión peculiar suya, sino de muchos literatos de su siglo. III, 392, 393.

Episodios (Los) del Quijote.—El de Cardenio lo dividió Cervantes en cuatro trozos: el primero, II, 250; el segundo, II, 361; el tercero, II, 389, y el cuarto, III, 91.—II, 361. —Los *episodios* de la primera parte: el 1.° fué el escrutinio de la librería; el 2.° la historia de Grisóstomo; el 3.° la de Cardenio con todos sus incidentes; el 4.° el coloquio del canónigo de Toledo con el cura de la Argamasilla; el 5.° y último el cuento del cabrero Eugenio. La novela de *El curioso impertinente*, y la relación del cautivo, y aun los amores de D. Luis y Doña Clara, no son *episodios*, sino paréntesis de la fábula. III, 509-590; V, 370.—El primer *episodio* que encuentro en la segunda parte es la conversación de los escuderos; segundo, el de Basilio; tercero, el del rebuzno; cuarto, el del gobierno de Sancho; quinto, el de la embajada del paje; sexto, el de Claudia Jerónima; séptimo, el de Ana Félix. Éstos son propiamente *episodios*, que, nacidos de los mismos sucesos, hacen más variada y agradable la narración, sin distraerla del objeto principal de la fábula. V, 370.—El gobierno de Sancho es el *episodio* principal de la segunda parte del *Quijote*. V, 471.

Epitafio de una señora locuacísima.—Había dicho Sancho que podía estar mudo «hasta la fin del mundo», y añade: «ó por lo menos hasta el día del juicio», como si fuesen fechas diferentes. Don Quijote le contesta que, aun así, nunca llegaría su silencio á donde su hablar: y Pellicer á este asunto refiere el epitafio de una señora locuacísima, donde se decía con la misma expresión de Don Quijote:

«Y es tanto lo que habló,
Que aunque más no ha de hablar,
Nunca llegará el callar
Á donde el hablar llegó».

IV, 385.

Equis (Y dejando hecho) al ventero.—Quiere decir «borracho». «*Estar hecho una equis*»: frase familiar que se dice del que está borracho, y que, dando traspiés y cruzando las piernas, imita la figura de la equis (nombre de la letra *x*). (Academia.) VI, 207.

Érase que se era.—Expresión familiar con que suele dar principio á los cuentos y relaciones la gente ordinaria. (Academia.) Clemencín dice que así se hacía también frecuentemente en libros serios, á cuyos autores no puede atribuirse la cualidad de ignorantes. II, 123 (t), 124, 125.

Ercilla (D. Alonso de).—Paje de Felipe II, y después gentilhombre del emperador Maximiliano, autor de la *Araucana*, poema en que se refieren los sucesos de la guerra de Arauco en Chile, desde el año 1554 hasta el de 1562.—Ercilla fué amigo de Cervantes, quien le introdujo en su *Galatea* bajo el nombre de Larsileo. I, 150; VI, 356.—Véase *Tres y medio.*—[II, 463-468 y n.]

Ermitaños.—«No son, los que ahora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra»; aludiendo probablemente á algunos escándalos y casos coetáneos. V, 8.

Ero.—La terminación en *ero* es propia de las voces que denotan lugar, como sucede en *picadero, matadero, granero, lavadero, derrumbadero,* etc. En el presente pasaje se usó mal de la palabra *desembarcadero,* cuando quiso decir «al desembarco», esto es, la acción de desembarcar, y no el paraje del desembarco. III, 165.

Eróstrato.—Puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana. IV, 141.—Véase *Diana (El templo de).*

Errarse, por «equivocarse».—«Que si *me errase* en el número». Todavía usan esta expresión las personas incultas y rudas.—No faltan ejemplos del uso que se hacía, en esta acepción, de la palabra *errarse*. En la aventura del rebuzno (V, 72) se lee: «Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso *se había errado* en decir», etc. V, 237.

Erudito á la violeta.—Locución que se aplica al que sólo tiene una tintura superficial de las ciencias y artes, y quiere, sin embargo, hablar y trinchar como si fuera consumado en ellas. (Salvá.) V, 99.—Véase *Petrus in cunctis.*

Erutar, regoldar.—Sobre estas palabras que parecen sinónimas. Expeler por la boca el aire que está en el cuerpo, haciendo un sonido desagradable y descompuesto. (Academia.) V, 357, 358.

Es de vidrio la mujer.—Dice Cervantes, por boca de Lotario, que oyó estos versos en una comedia moderna. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase; y entre otras razones, le dijo éstas:

Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo;
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro también.

Al fin de los versos se alega el ejemplo de Dánae. (Véase *Dánae y la lluvia de oro.*)—III, 22, 23 y textos.—Don

Juan de Iriarte hizo unos versos que tienen casi la misma idea:

Á LA BELLEZA DE LAS MUJERES.

Aunque al espejo se miran
las mujeres con frecuencia,
en el vidrio nunca ven
que es de vidrio su belleza.

Escala derecha.—Así llama Cervantes á la escala de preferencia que siempre se ha colocado en la banda ó costado de estribor, que es la de mano derecha mirando al buque desde popa á proa. Tanto la *escala real* como la ordinaria, que se colocan en este lado, sirven para entrar y salir por ellas los oficiales y las personas de distinción que van á visitar el buque, á diferencia de las demás clases, que se embarcan y desembarcan por el costado de babor ó de la izquierda. VI, 298.

Escaño del Cid.—Escaño precioso de marfil que ganó el Cid Ruy Díaz, según cuenta su crónica, entre otros despojos cuando tomó á Valencia, y que había sido del rey moro, nieto del rey de Toledo. Quedó en proverbio para denotar un asiento de sumo honor. V, 177.—Véase *Silla (Una) de marfil.*

Escarnida.—Palabra anticuada. Lo mismo que «*escarnecida,* burlada». V, 384.

Escipión.—Véase *Cipión.*

Esco.—Terminación de desprecio. *Tordesillesco,* de Tordesillas, de donde se decía natural Avellaneda. Es adjetivo de desprecio, como *caballeresco, grotesco,* etc. VI, 465, 466.—Véase *Terminaciones de voces.*

Escobedo (Juan de).—Secretario de D. Juan de Austria, que promovía con calor en la corte sus negocios y solicitudes; fué asesinado por disposición del famoso Antonio Pérez, y

se supuso que había sido de orden del rey. III, 154.—[III, 164.]

Escopeta.—El origen de la palabra. VI, 234.—*Escopetas de rueda,* en que por medio de una rodaja se montaba la llave para que el pedernal diese lumbre é incendiase el cebo. II, 191.

Escoto ó Escotillo (Del famoso).—Era italiano, natural de Parma, y vivía en Flandes durante el gobierno de Alejandro Farnesio. Era aplicado al estudio de la astrología judiciaria y pasaba por encantador y nigromante. Contábanse de él cosas estupendas. VI, 267, 268.—Véase *Scoto ó Escoto (Miguel).*

Escribá (El comendador).—Fué el autor primitivo de la redondilla «*Ven, muerte, tan escondida*». (Véase.) V, 278, 279. —[I, 264, 265, 402, n.]

Escribanos.—«Hubiera untado con ellos la péndola del *escribano*». Dase á entender en el texto la mala opinión que se tenía generalmente de los escribanos en tiempo de Cervantes. II, 198.—*Escribanos,* por «escribientes». IV, 334.

Escrituras.—«De que las *escrituras* están llenas». La palabra *escritura* tiene varias acepciones. Cuando se dice *escritura* ó *escrituras* á secas, sin otro aditamento, suele significar los libros sagrados, á los que damos también el nombre de *Biblia,* ó libros por excelencia; otras veces, *escrituras* significan «diplomas», esto es, documentos autorizados y revestidos de formas legales, que hacen fe. En este lugar, la palabra *escrituras* se toma en general por «escritos» ó libros, y se designan los caballerescos, que son los únicos que aquí hacían al propósito de nuestro hidalgo. III, 446.

Escriturario.—El que hace profesión de declarar y enseñar la Sagrada Escritura y ha adquirido grande inteligencia de la Biblia. Aquí se aplica al bueno de Tomé Cecial. IV, 227.

Escuderos.—«Fué costumbre de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos». I, 166.—«Propuso (Don Quijote) en su corazón de armarle (á Sancho) caballero». Así habían hecho frecuentemente los caballeros andantes con sus escuderos. III, 308.—En los libros caballerescos se hace frecuente y honorífica mención de sus acciones. IV, 46, 47.

Escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas.—Llenas están las historias caballerescas de los largos viajes de las doncellas y de los servicios que como mensajeras prestaban. II, 488; IV, 47.—Véase *Doncellas*, etc.—*Escuderos*, enemigos de las dueñas, y duendes de las antesalas. V, 262.—Véase *Duendes*, etc.

Escudillar.—«En vuestra mano está *escudillar*».—*Escudillar* propiamente es echar caldo de la olla en la escudilla: aquí se toma metafóricamente por «tomar terreno para tenderse». Expresión de que usó Sancho en queja á su amo. V, 86.

Escudo (Su) ó rodela.—Los hombres de armas llevaban escudos fuertes y grandes de hierro, ó guarnecidos de hierro: los jinetes, adargas, y los infantes, rodelas ó broqueles. Don Quijote hizo su primera salida con adarga; mas para la segunda pidió prestada una rodela á un amigo suyo, y, con efecto, tanto en la aventura de los gigantes convertidos por el sabio Fristón en molinos de viento, como en la del vizcaíno, se expresa que estaba bien cubierto de su rodela. Usar de rodela á caballo aumentaba lo ridículo de la figura de nuestro paladín. II, 108.—Véase *Adarga, rodela.*

Escurrirse.—Escaparse. (Academia.) «Y así querría que antes que *os escurriésedes* por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija». VI, 67 (t).

Esforzada y no forzada.—«Y dijo *á la esforzada y no forzada:* hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis

mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza». Aquí Cervantes juega del vocablo ingeniosa y oportunamente. Lo mismo hace Sancho, diciendo: «Las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza». Tampoco es nuevo ni original el caso que aquí refiere Cervantes, pues, como observa Pellicer, se hallaba ya impreso desde el año de 1550 en el *Norte de los Estados*, de Fr. Francisco de Osuna. V, 419, 420.—Véase *Si ella resiste á esta tentación.*

Esgrima (El arte de la), ó el manejo de la espada.—Varias Notas: I, 193; IV, 363-366; VI, 415.

Eso tengo yo por servir.—Quiere decir: «eso tengo yo que agradecer». Arrieta dice: «esto es, que tampoco él había comido aún, ó que esto tenía aún por hacer ó por servir». V, 448.

Espacio (En poco).—*Espacio:* unas veces es de lugar, y otras, de tiempo. Aquí es de esto último. VI, 123.

Espaciosa.—«Y todos aquellos que la *espaciosa* procesión miraban». *Espaciosa* aquí no está en su significación común de «anchurosa», sino en la de «mesurada, lenta, tarda». No se deriva del nombre *espacio*, sino del adverbio *despacio*, conforme á lo cual debiera leerse *despaciosa*, y no *espaciosa*. V, 267.

Espada (La) Durindana.—Los incidentes relativos á esta famosa espada forman una historia como pudiera ser la de una persona célebre. I, 221; II, 152; III, 324; V, 48-50. —Véase *Durandarte.*

Espadachines.—Dos célebres, coetáneos ó anteriores á Cervantes. III, 499.—Véase *Gante y Luna.*

Espadas (Las) del Cid.—La Colada y la Tizona: la una ganó en la batalla en que venció á D. Ramón, conde de Barcelona, y la otra, que fué la Tizona, en la batalla contra el rey moro Búcar. Véanse las Notas: II, 16, 17, 63.

Espadas famosas, celebradas por los poetas, etc.—La Durinda-

na y la Joyosa compitieron en nombradía: la que se enseña como de Roldán en la Armería Real de Madrid, y se enseñaba ya en tiempo de Cervantes, como éste dijo por boca de Sancho en el cap. 8.º, 2.ª parte (IV, 151). Á estas espadas pueden agregarse otras célebres y conocidas por sus nombres, que se mencionan en la biblioteca caballeresca. V, 48-50.—Las del Perrillo, y otras de las celebradas de aquel tiempo. Las más famosas espadas eran las de Toledo, donde hubo muchos fabricantes de gran crédito. IV, 301, 302.—Muchas voces en los idiomas arábigo, latino y castellano, para significar la *espada*. III, 73, 74.—«*Espadas* encantadas» y las que tuvieron virtud contra los encantos. II, 63; III, 287.—«Danzas de *espadas*». IV, 352.

Espadas (Hechas las) sacabuches.—Chiste anfibológico tomado del oficio de la espada, con que se despanzurra y sacan las tripas al contrario, y del instrumento músico llamado *sacabuche*. V, 77.

Espadas negras.—«Si no os picárades más de saber más menear *las negras*». Período obscuro, en que el bachiller indica que el licenciado gustaba más de los ejercicios de destreza ó esgrima que de los literarios, y que por esto no había salido con lucimiento en los que preceden á los grados de las universidades. El adverbio *más* está repetido inútilmente. *Las negras* son las espadas con botones en las puntas, que se usan para aprender y para ejercitarse en las escuelas de esgrima. En el capítulo siguiente se menciona «el tirar de la barra y jugar de *la negra*», como habilidades de Basilio (IV, 372). Llámanse *negras* porque lo son, del color del hierro de que están hechas, al revés de las *blancas*, que son de terso y bruñido acero, y las que pinchan y cortan. IV, 362.

Espalder.—El remero ó galeote que servía en la popa de la galera. Había uno á la derecha y otro á la izquierda, y puestos de cara á los demás, los gobernaban para que re-

masen con uniformidad. *Espalder* tiene conexión con *bogavante* y *tercerol*, términos que significan: aquél, «el primer remero de banco de los de la galera», y éste, «el tercero». VI, 299.

Especial, en especial.—«*En especial* la de los dineros y camisas». Las ediciones anteriores decían sólo: «*especial* la de los dineros y camisas», y D. Gregorio Garcés, en su obra sobre el origen de la elegancia de la lengua castellana, alegó el presente pasaje para probar la existencia del adverbio *especial.*—Entiendo que no tuvo razón, y que el impresor omitió por descuido la partícula *en*, que debió preceder, diciéndose *en especial*, y formándose un modo adverbial, como lo es *en particular*. Éste equivale á «particularmente», y el otro á «especialmente». I, 67.

Espejo de caballerías.—D. Juan Antonio Pellicer confundió el *Espejo de caballerías* con el *Espejo de príncipes y caballeros*, que es la historia del caballero del Febo: de cuyo error participó también, á pesar de su erudición, D. Gregorio Mayáns en el número 81 de la *Vida de Cervantes*. I, 117.

Espejo de la vida humana.—«Es la comedia *espejo de la vida*», etc. Así empieza la carta sobre las comedias, que el capitán Andrés Rey de Artieda dirigió al marqués de Cuéllar. Cicerón, en uno de los fragmentos de sus obras perdidas, que conservó Elio Donato, autor antiguo de la *Vida de Terencio*, dijo de la comedia: «*est imitatio vitae, speculum consuetudinis, imago veritatis*». Éste es el pasaje que aquí cita Cervantes, aunque con poca exactitud, según su costumbre. III, 401, 407.—Véanse *Tulio (Marco) Cicerón* y *Artieda*, etc.—[II, 341.—Véase *Artieda*.]

Espilorchería.—De *espilorcho*, palabra italiana que, según Covarrubias en su *Tesoro*, significaba «desarrapado, andrajoso, sórdido», y que habían introducido en España los cortesanos que volvían de Roma. V, 14.

Espina de Santa Lucía.—«Con dos tragos de lo añejo me pondré en *la espina de Santa Lucía*»; esto es, muy flaco y estenuado (Academia): «me estenuará, me pondrá flaco, ó me dejará en solos los huesos». (Arrieta.)—No encuentro repetida en ninguna parte esta expresión proverbial, ni veo su analogía con el propósito del bachiller. Quizá será alguna bufonada de Carrasco, recordada por Sancho, parecida á lo de la oración de Santa Apolonia, que se menciona en el cap. 7.º de esta segunda parte. (IV, 117, 124.)—IV, 69.

Espinel (Vicente).—Émulo de Cervantes: «su *Vida del escudero Marcos de Obregón*». III, 201, 331; V, 275; VI, 232, 292.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Espinosa (Nicolás de).—Poeta castellano, que se atrevió á continuar el *Orlando furioso*, de Ariosto, é hizo lo que la rana con el buey de la fábula. I, 11, 124.—[II, 462 y n., 479, 480, n.]

Esplandián (El libro de las Sergas de). I, 107, 110, 191, 193, 264; II, 271, 457; III, 350; IV, 18, 108; V, 96, 338.

Espuela (La otra le calzó la).—Ésta fué Doña Molinera, una de las dos mozas de la venta. Solían las damas de alta guisa concurrir al acto de armarse los caballeros y tomar parte en las ceremonias. I, 64.

Espuma.—«Comed, amigo, y desayunaos con esta *espuma* en tanto que se llega la hora del yantar». La *espuma* era tres gallinas y dos gansos: ponderación que pudiera pasar por andaluzada, y que resalta todavía más si se compara lo liberal y manirroto del cocinero con la humilde demanda de Sancho, reducida á mojar un mendrugo de pan en las ollas. IV, 376.

Esquero.—Según Covarrubias, es una bolsa asida al cinto, donde la gente del campo llevaba la yesca y el pedernal para encender lumbre, y (la Academia dice) dinero y otras cosas. V, 70.

Esquife ó Alquife.—Marido de Urganda, y ambos grandes

amigos y protectores de Amadís de Gaula; padre de la doncella Alquifa; á él se atribuyó la historia de Amadís de Grecia. I, 41, 97; II, 283; V, 211.—Véase *Alquife*.

Esquivias.—Pueblo donde casó y vivió algún tiempo Miguel de Cervantes. IV, 118.

Estacada.—Es el palenque ó liza, formado ordinariamente con *estacas*, de donde le vino el nombre, en que se celebraban los desafíos solemnes, los torneos, justas, juegos de cañas y otros públicos de esta especie. Su significación en este lugar es metafórica: «Vióse Lotario puesto en la *estacada* que su amigo deseaba». III, 31.—«El campo y *estacada*». El espacio cercado donde se había de pelear se llamaba *liza*. VI, 137.

Estacas (En el val de las).—Modo festivo de designar el sitio donde amo y mozo fueron derribados y molidos por las estacas de los yangüeses. Alúdese en ello al romance viejo que empezaba:

Por el val de las estacas.

II, 43.

Estacas (Las bendiciones de las).—Modo festivo de recordar los palos recibidos de mano de los desalmados yangüeses en el val de las estacas. «Bendecir» con ellas es expresión semejante á la de «santiguar con un palo», ó «persignar con un alfanje», que se dice en el cap. 28 de la segunda parte (V, 84).—II, 240.

Estados.—«Á poco más de tres *estados*». *Estado* es la altura regular de un hombre, y según Covarrubias, las profundidades se medían por *estados*. VI, 118.

Estambre (La) de la vida.—Está dicho con propiedad, hablándose de las Parcas. Por lo demás, la palabra *estambre* se usa comunmente como masculina. V, 274.

¿Estamos aquí, ó en Francia? etc.—Frase con que se reprende á una persona alguna acción ó dicho importuno ó indecoroso. (Academia.) IV, 186 (t).

Estampilla (La).—«Que otro firme por mí». Este pasaje recuerda la invención de la *estampilla*. El primero que la usó para la firma fué D. Juan II, rey de Portugal, según Rodrigo Méndez de Silva. V, 363.

Estanterol.—«Estaba Sancho sentado sobre el *estanterol*». Madero á modo de columna que en las galeras está al principio de la crujía, sobre el cual afirma el tendal. (Academia.) VI, 299 (t).

Estar á diente.—«El pobre escudero se podrá *estar á diente* en esto de las mercedes». Expresión familiar: «estar sin comer, no haber comido», y metafóricamente se aplica á los que carecen ó están privados de alguna cosa que desean. II, 187.

Estar á razón, ó á razones.—«*Estemos á razón*, Sancho, replicó Don Quijote».—Frase: raciocinar, discurrir ó platicar sobre algún punto. (Academia.) IV, 271 (t).

Estar de posta.—Vale lo mismo que «estar de guardia ó centinela», en el lenguaje de nuestros autores de los siglos XVI y XVII: á veces se llama *posta* al mismo centinela. III, 137.

Estar dos dedos de hacer ó decir alguna cosa.—Frase con que se da á entender que alguna persona está casi resuelta á hacer ó decir algo. (Academia.) I, 267.

Estarse en sus trece.—Mantenerse ó persistir con pertinacia en una cosa que se ha aprendido ó empezado á ejecutar. El origen de esta expresión proverbial, igualmente que el de muchas de su clase que hay en nuestro idioma, se esconde en las tinieblas de la antigüedad, como el de *echarlo todo á doce* (II, 324); *á trece* (VI, 389), y de otras infinitas á que ciertamente darían ocasión sucesos ó incidentes notables y muy conocidos allá en sus tiempos. Otro tanto puede decirse de los refranes. Los *catorce* en que estaba el de la Blanca Luna, correspondían á los *trece* en que estaba Don Quijote. VI, 324; V, 286 (t).

Éste es gallo. IV, 61; VI, 420 (textos).—Véase *Orbaneja*.

Estera de enea.—Las esteras de hibierno son generalmente de esparto; pero también suelen hacerse de enea, que es una especie de espadaña de que se fabrican los asientos de las sillas comunes. II, 28.

Estiércol.—«La conversación de vuesa merced ha sido el *estiércol* que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído». Malignidad burlesca del autor, que toma nueva fuerza por ponerse en boca de Sancho, que hablaba candorosamente y de buena fe, y en este discurso se enredó en la metáfora del «ingenio seco» y de la «tierra estercolada», en que, como luego se dice, se despeñó del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia. Convenía al propósito de Cervantes que Sancho, metiéndose á elocuente y haciendo de orador, incurriese en defectos propios de su rusticidad, tomando sus comparaciones del campo y del estiércol, al mismo tiempo que afectaba estilo remontado y sublime. Usó también de la palabra *cultivación* por *cultivo*, y del verbo *deslizar*, que es recíproco, como si fuera de estado. En lugar de *estercolándolas y cultivándolas*, cuyas personas ó sujetos no se encuentran, hubiera debido ponerse *estercolándose y cultivándose*. Finalmente, hubiera estado mejor seguida la metáfora y más correcto el lenguaje, diciendo: (Véase la Nota.)—Pero así no hubiera convenido tanto para el objeto que Cervantes se proponía. IV, 206, 207.—«El cual del *estiércol* sabe levantar los pobres». (Carta de Don Quijote á Sancho.) Alude al pasaje de los Salmos: *Suscitans à terra inopem, et de stercore erigens pauperem.* (Psal. 113, 7.)—VI, 53.

Estimación, por «situación».—«Dejando á su dueño en *estimación* de que todos le tengan por simple». III, 20, 61.—Véase *Condición.*

Estómago (Quedar algo en el).—«Y otras cosillas que me *quedan en el estómago,* que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernase». Frase me-

tafórica y familiar que equivale á no decir uno todo lo que sabe ó siente sobre alguna materia. (Academia.) V, 169 (t).

Estrado.—En tiempo de Cervantes las señoras no se sentaban en sillas, sino en cojines tendidos en el suelo, que por esta razón se llamaban «*estrado*», del latino *stratum,* y este mismo nombre se daba á la pieza de recibo que estaba guarnecida de almohadones. III, 32; IV, 164.

Estrellado establo (De aquel).—Se indica con estas palabras el camaranchón que en otros tiempos había servido de pajar, y por lo rústico y desaliñado tenía aire de *establo,* como de cielo *estrellado,* por las rendijas del techo, por las cuales penetraba la luz del día y acaso podían verse las estrellas de la noche. II, 27.

Estrellas.—«Por donde su *estrella* le llama». *Estrella* es «inclinación, suerte, destino». Diósele esta significación en los tiempos que se creía comunmente que el aspecto y posición que tenían las estrellas al tiempo de nacer las personas, influían en sus prendas morales y aun físicas. IV, 287.

Estribor, babor.—La banda ó costado de estribor, que es la de mano derecha mirando al buque desde popa á proa; la banda ó costado de babor, que es la de mano izquierda: en inglés, *starboard* y *larboard.* VI, 298.

Estribos.—Con efecto, los antiguos no conocieron el uso de los estribos para montar á caballo, como se ve por las estatuas, relieves y aun monedas que nos quedan. Esta invención, de tanta seguridad y conveniencia para los jinetes, se debe á la Edad Media. V, 325.

Estricote (Al).—«Tráele el amor *al estricote*». *Al estricote,* lo mismo que «al retortero, á mal traer, con violencia». *Traer á uno al estricote: ballotter quelq'un, l'amuser par de vaines promesses.* (Taboada.) II, 337; IV, 138 (t).

Estripaterrones.—Véase *Destripaterrones.*

Eugenio (El cuento del pastor) y de Leandra y sus amantes.—

No tuvo, al parecer, otro objeto que preparar la escena de los mojicones de Don Quijote, y su batalla con los disciplinantes. III, 493, 496, 509, 513.

Exceder de.—«Aunque *excediese de* todos los aforismos de Hipócrates». Se dice *exceder los* ó *excederse de*. VI, 3.—Véase *Prometer de*, etc.

Excusados (No).—«Los muchachos, que son linces *no excusados*», esto es, «necesarios, inevitables». VI, 436.

Eximeno (D. Antonio).—Su *Apología de Cervantes*, en que refuta el plan de Ríos, y haciéndose cargo de los anacronismos de nuestro autor, no sólo los excusa, sino que los alaba. III, 525, 531; V, 111; VI, 251, 345.—[II, 148, n.]

Extremarse.—«Por *extremarme* en mi querella». Es lo mismo que «llegar al extremo, al cabo, al último punto»: verbo de poco uso, pero bien formado y expresivo. I, 295.

Ez.—Terminación patronímica. La costumbre de usar de los apellidos patronímicos venía ya desde los romanos y griegos, y conforme á ella, *Fernández* significaba *Fernandi filius; Sánchez, Sanctii filius; Yáñez, Joannis filius; Martínez, Martini filius; Márquez, Marci filius; Jiménez, Simonis filius:* este último era el apellido de Judas, de lo que no puede dudarse según el Evangelio. II, 429; VI, 17.—[I, 12, n.]

Ezno.—Diminutivo y terminación que pudiera llamarse patronímica, porque significa el hijo pequeño del primitivo, y que denota ordinariamente animales; como *lobezno*, cachorro de lobo; *gamezno*, de gamo; *perrezno*, cachorro de perro; *pavezno*, pollo de pavo; *judezno*, hijo de judío, ó judihuelo, como lo llamó Gonzalo de Berceo; *rufezno*, el rufiancillo; *viborezno*, el hijo de víbora, y con alguna semejanza se dice asimismo *chozno*, el hijo del biznieto. Algunas veces se extiende también esta terminación á diminutivos que no lo son de nombres de animales; verbigracia: *torrezno*, trozo pequeño de tocino frito; *rezno*, la florecilla del olivo cuan-

do se muestra. Es lástima que el uso vaya olvidando el de algunos diminutivos de esta clase. III, 118; V, 59.—Véase *Terminaciones*, etc.

Fabila el nombrado, que yendo á caza de montería le comió un oso.—No fué la única persona real de España á quien costó la vida la afición á la caza. V, 200.

Fabios.—Los 306 Fabios, que componían la ilustre familia de este nombre, y que, menos uno, que por su poca edad se había quedado en Roma, perecieron todos peleando contra los veyentes á orillas del río Cremera. Los antiguos romanos observaban como día infausto el 18 de julio, que fué el de su muerte. IV, 172.

Fábulas que llaman milesias.—Propias únicamente para desperdiciar el tiempo ó entretener la infancia, como lo son los cuentos tártaros y, según el juicio y censura del canónigo, los libros caballerescos. Á las *fábulas milesias* opone el canónigo las que llama *apólogas*. Á este género pertenecen las fábulas de Esopo entre los griegos, de Fedro y Aviano entre los latinos, de Lafontaine y Samaniego entre los modernos. III, 373.

Fabulosas (Historias).—La historia fabulosa puede mirarse como una rica y abundante mina, que beneficiaron los autores caballerescos. III, 449-452.

Facienda.—Véase *Hacienda.*

Fadas (Las siete).—*Fadas*, ó *fées*, como dicen los franceses, vienen á ser lo mismo que hechiceras ó magas, y se les dió este nombre, ó *à fando*, de donde deriva la voz Covarrubias, porque anunciaban lo futuro, ó más bien de *fatum*, hado, lo que ha de ser fija é irrevocablemente; de donde *bienhadado* y *malhadado*. III, 473.

Faetón.—«Del atrevido mozo». Alude á la caída de *Faetón*, hijo del Sol, cuando durante un día quiso regir el carro de su padre. V, 328.

Fajardo (Francisco de Luque).—Véase *Luque Fajardo (Francisco de).*

Falces (Mosén Luis de).—Sus empresas contra D. Gonzalo de Guzmán. III, 464.

Faldas (De), que no quiero decir de mangas.—Esto es, «de un modo ú otro». *Mangas* suele significar lo mismo que «regalos, adehalas, emolumentos», y por esto se dijo aquel refrán: «buenas son *mangas* después de pascuas». Por oposición á estos provechos eventuales denotados por *mangas, faldas* significa «el estipendio señalado, los derechos corrientes y fijos». Uno y otro juntos forman la dotación del oficio de letrado, así como las mangas y faldas pertenecen á un mismo vestido. Covarrubias en su *Tesoro* indica que esta significación de *mangas* pudo venir de *manga,* cierta red de pescar, porque los regalos hechos á jueces y personas de autoridad son como redes para captar su favor y benevolencia. Con alusión á esta significación poco noble de *mangas,* dice Don Quijote: «*de faldas, que no quiero decir de mangas*». III, 134.—«Si me dura el oficio, yo buscaré que enviar *de haldas ó de mangas*». (Carta de Sancho á Don Quijote.)—VI, 61.

Faldellín.—Traje de la cintura abajo y abierto por delante, á diferencia de las basquiñas y sayas, que eran cerradas y tenían que entrar por la cabeza. IV, 447.

Fama (Los nueve de la).—Fueron tres judíos, Josué, David y Judas Macabeo; tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César, y tres cristianos, el rey Artús, Carlomagno y Godofredo de Bullón. Difícilmente pudiera ocurrir que Josué y David fueron caballeros andantes. I, 95; II, 114.

Familiar.—Según las preocupaciones vulgares, muy comunes en estos tiempos, era nombre que se daba al demonio que bajo ciertos pactos se ponía á servir á alguna persona. El *Diablo cojuelo,* y varios otros. IV, 93.

Fanales (Los tres).—Eran insignia del buque comandante general de la armada. III, 159.

Fantasía.—Palabra de origen griego, admitida desde muy antiguo entre nosotros. II, 414.—Usada en el sentido de «vanidad» y «entonamiento». VI, 33 (t), 42.

Fantasiosa.—Lo mismo que «envanecida». VI, 42.

Faquín.—«El italiano llama á los ganapanes *facchinos*, cuasi *fascinos*, del nombre *fascis*, que vale «fardo ó carga». (Covarrubias.) II, 468.

Farándula.—La profesión de los farsantes. IV, 195.—Véase *Carátula.*

Faraones (Los) y Tolomeos.—*Faraón* significaba lo mismo que *rey*, y es nombre que la Sagrada Escritura da en común á los antiquísimos reyes de Egipto, como si se dijera: *el Rey* por excelencia. Tolomeo, uno de los generales de Alejandro Magno, después de la muerte de éste, se apoderó de Egipto, donde reinaron sus descendientes hasta Cleopatra. Casi todos tuvieron el nombre de *Tolomeo*, aunque con distintos sobrenombres: Tolomeo *Filadelfo*, el fundador de la famosa biblioteca de Alejandría; Tolomeo *Epifanes*, Tolomeo *Auletes* ó *Flautero* y otros. Últimamente los romanos se apoderaron de Egipto y lo redujeron á provincia. IV, 111.

Faria y Souza (Manuel de).—Sobre el *Palmerín de Inglaterra*. I, 126.—Sobre la *Diana*, de Montemayor. I, 138.—Las novelas de su paisano Troncoso. (Véase *Troncoso*, etc.) IV, x (Prólogo).—Sobre Cervantes dice: «ya en virtud de la feliz invención de Miguel de Cervantes, no son tan leídos los libros de caballerías». VI, 468.

Farseto.—Jubón ó justillo, ropa interior que se llevaba debajo de las armas. *Farseto* es palabra italiana, nacida primitivamente del latín *farcio*, porque el *farseto* solía ser colchado. Ariosto dice: «*E lasciato in farsetto assai vilmente*» (*Orlando furioso*, C. 17, est. 131); «*ed in farsetto usciò*» (*Orlando furioso*, C. 26, est. 80). II, 169.

las de Cervantes.—Al considerar la situación de Cervantes al escribir estas palabras, sus méritos, sus servicios, su ingenio desatendidos; inútiles y vanos sus esfuerzos y diligencias para salir del estado de escasez y pobreza; su vejez reducida á vivir de la caridad y compasión ajena, no puede menos de ocurrir que la expresión del texto es irónica y que contiene algún oculto desahogo de su resentimiento. El objeto no pudo ser el rey D. Felipe III: aun prescindiendo del elogio con que habló de él, y del respeto que manifestó siempre á los reyes, no podía ignorar su inclinación á favorecer la virtud y las letras.—Visitó el rey los colegios mayores, y en el de San Bartolomé se quitó la gorra para ver las obras originales del Tostado, se mantuvo sin ella mientras las estuvo mirando, y la misma demostración hizo con su retrato. Felipe III hubiera sido un gran príncipe, si para serlo bastara la recta intención y si fuera capaz de gobernar sin valido. Fuélo el duque de Lerma, D. Francisco de Sandoval y Rojas, á quien debe de atribuirse lo malo y bueno de aquel reinado, y por consiguiente la injusticia con que se trataba á Cervantes. IV, 281.—La expulsión de los moriscos en 1609. VI, 102-106.

Fementido lecho.—«El duro, estrecho, apocado y *fementido lecho* de Don Quijote». No puede darse panegírico más completo y redondo del lecho. Si por el regalo, duro; si por lo holgado, estrecho; si por la extensión, apocado; si por la solidez y firmeza, falso y *fementido.* Este último epíteto es feliz y festivísimo: Moratín lo aplicó á una mesa de posada en *El sí de las niñas*: «allí he mandado disponer una angosta y *fementida* mesa». (Acto 2.°, esc. IX.) II, 27; IV, 425.

Fenestra.—Ventana. Palabra latina, anticuada por su desuso actual; pero frecuente en nuestros primeros escritores, como se ve por los poemas *del Cid, de Alejandro,* etc. El autor del *Diálogo de las lenguas* la prefería á «ventana».

«Pararse á las *fenestras*»: frase también anticuada: «ponerse á las ventanas». II, 167; V, 99.

Fénix (El ave).—«No es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el *ave Fénix*». ¡Buena novia para Don Quijote! Todo el mundo sabe las fábulas que se han contado y aun creído del *Fénix* en otros tiempos. Por la circunstancia de ser ave única, sin haber otra de su especie, se aplicó su nombre al elogio de lo que es singular y único en lo bueno. Villegas y Quevedo usaron á *Fénix* como del género femenino. Otros lo emplearon como masculino, y á esto se ha inclinado nuestra práctica actual. II, 466.

Feo Blas.—Véase *Fierabrás.*

Feos pies de la rueda de tu locura.—«Que si esto haces, vendrá á ser *feos pies de la rueda de tu locura* la consideración de haber guardado puercos en tu tierra». Alude á la rueda que hace el pavo real con su cola. V, 349.

Feriar.—En el texto es «comprar en la feria»; en el uso presente es «regalar en tiempo y con ocasión de la feria». II, 261.

Fernán González (Un conde).—Héroe del siglo x, fundador de la independencia de Castilla, de quien á fines (según puede conjeturarse) del siglo xii se escribió un poema castellano que todavía permanece inédito, y es uno de los monumentos primitivos de nuestro idioma. Su historia está mezclada con fábulas, como lo están generalmente los de la fundación y principios de los estados. III, 443; I, 95.—[I, 66 y n., 83-85, etc.]

Ferragús (El gigante).—Gigante espantoso. II, 330; III, 433.

Ferrara (Duques de).—Descendientes, según Ariosto, de Rugero y Bradamante. IV, 19.

Fiammeta.—La *Fiammeta* del *Bocacio*. Era ésta María, hija natural de Roberto, rey de Nápoles, según Guinguené. VI, 442.—Véase *Bocacio.*

asignó su edad el renombre de *divinos*. IV, 83.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Figura.—«Actor, representante, papel». (Salvá.)—«La más directa *figura* de la comedia es la del bobo». IV, 64.

Figuro, por *figura*.—«El *figuro* sea el de los Leones»: quizá una patochada de Sancho, que juega á su manera con las voces de *figura* y *figuro*. V, 123.

Filo (Por).—Justa, cabalmente, en punto.—«Media noche era *por filo*». IV, 152.—«Están en un *fil* las razones de condenarle ó absolverle». VI, 50.—La mitad de la noche y la proporción del peso que está en igual balanza, se llaman *filo*. IV, 152.—Véase *Media noche era por filo*.

Fingidos (Dos capítulos) del Quijote; los cuales algunos literatos españoles examinaron en París, y calificaron de fingidos por algún alemán. Esto fué en el año de 1824. El primero trata «de lo que sucedió á Don Quijote en un baile de máscaras dado en el palacio del gobernador de Barcelona», y el segundo del «desenlace de la aventura ocurrida en las máscaras». Creyeron dichos señores que no merecían ser enviados á España, en virtud de lo cual no se enviaron con efecto. VI, 296.—[II, 143, n.]

Fingidos pobres y verdaderos tunantes.—«Su calonjía en la limosna que piden». Por tales vicios y abusos en tiempo de Cervantes, y por el lucro que producían, dice en este lugar que eran una canonjía para los viciosos que así abusaban de la caridad de los prójimos. V, 247.—«La manquedad fingida». VI, 64.—Véase *Brazos ladrones y la salud borracha*.

Finta (Hacer).—Italianismo: hacer ademán. «Hizo *finta* de querer segarme la gola». V, 291.—Véase *Infinta*.

Firmados, pues, en este parecer.—Acepción rara del verbo *firmar*, que apenas tiene otra en el uso común que la de «subscribir». Aquí, *firmados* es lo mismo que «*firmes*, afianzados, resueltos». VI, 317.

Flamante.—«Un Solón *flamante*». Es lo mismo que «brillan-

te, nuevo, acabado de hacer: que brilla y deslumbra como llama». IV, 4.—Véase *Licurgo y Solón.*

Flámulas y gallardetes que tremolaban al viento.—«Covarrubias dice que son cierta especie de banderolas estrechas, que figuran llamas, y partidas, semejando colas de gallo». (Arrieta.) VI, 254 (t).

Florambel de Lucca.—Nació de una aventura semejante á aquella de la asturiana con el arriero en la venta. II, 33. —Véase *Floriseo y la infanta Beladina.*

Flores de cantueso.—«Y aun todo esto fuera *flores de cantueso*», etc.; como si dijéramos: cosas de poca entidad, frioleras. —Viene á ser lo mismo que «tortas y pan pintado» (Véase), expresión proverbial de que hemos hablado en otra ocasión. IV, 87; II, 521.

Flores (En).—«Y los demás días se los pasaba *en flores*: esto es, cosas fútiles, de poca sustancia y provecho, por oposición á *frutos.* I, 225.—Véase *Pasarlo en flores.*

Floresta.—Según Covarrubias, se dijo del francés *forêt* ó *forest,* que significa lo mismo. En castellano equivale á «bosque ó monte hueco», esto es, de árboles crecidos. IV, 161. —«Se dice de cualquier sitio campestre que es ameno y agradable á la vista. Por traslación se dice de la reunión de cosas agradables y de buen gusto, como de una colección de poesías, anécdotas divertidas, etc.» (Salvá.)

Floresta de Böhl de Faber.—La apreciable colección, que con títulos de *Floresta* ha publicado en Hamburgo estos últimos años D. Juan Böhl de Faber. II, 416; III, 319; V, 278, 279; VI, 38, 116, 207, 277.—[I, 253, n.]

Floripes y Güy de Borgoña.—La relación de los sucesos de la Torre de Floripes ocupa la mitad ó más de la historia vulgar del emperador Carlomagno. III, 447, 448.

Floriseo y la infanta Beladina.—Paréceme que Cervantes en este pasaje (de la asturiana en busca del arriero) tuvo intención de hacer un remedo burlesco (parodia, dirán algu-

que gozaban los frailes descalzos en tiempo de Cervantes. Vuelve á usarse esta misma expresión en el cap. 48 de la segunda parte (V, 469). II, 520; IV, 150; V, 97 (t).

Frailes, por desengaños de amor.—Son repetidos los ejemplares de enamorados que, de resultas de esta clase de desengaños, han abrazado el estado religioso. I, 241, 242.

Francisco de la Vega Casar.—Gran nadador. IV, 332.—Véanse *Peje Nicolás* y *Pesce Colà*.

Franchote ó *franchute*, como la gente ordinaria llama á los franceses y aun á otros extranjeros que andan por España. Es voz de desprecio. También se dice *gabacho*. (Academia.) VI, 99.

Frasis y *basis*.—Sobre el género de voces terminando en *sis*. III, 325.—Véase *Sis*.

Fratín (El).—*Fratín*, lo mismo que *frailecillo*; nombre que se dió á Jácome Palearo ó Paleazzo. Sirvió á Carlos V y á Felipe II, y dirigió los reparos de las fortificaciones de Gibraltar y otras plazas. Cervantes introdujo al *Fratín* por uno de los interlocutores en su comedia del *Gallardo español*. III, 175.

Freir (Al) de los huevos lo verá.—Expresión proverbial. Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, artículo *Güevo*, pone el cuento que, según dice, le dió origen. Hurtó un ladronzuelo una sartén de un mesón; al salir con ella escondida, topó con la huéspeda, la cual le preguntó qué llevaba, y respondió: *Al freir de los huevos lo veréis*. III, 119.

Frenillar los remos.—Es atar sus mangos dentro del buque, quedando levantadas las palas por defuera; y así se hace mientras no se boga. III, 242.

Frestón (Fristón).—Un sabio encantador, y grande enemigo de Don Quijote. I, 160, 174, 236; II, 86; III, 361; IV, 241; V, 109.

Frión se llama al hombre sin brío ni gracia en cuanto hace ó dice. (Arrieta.)—VI, 426 (t).

Frisar.—Metafórico. Acercarse. (Academia.) «*Frisaba* la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años». I, 4 (t).—*Frisar y acortar.*—«Procuraba *frisar y acortar* los días del concierto del ir á su casa».—*Frisar*, de *fricare*, estregar, rozar, disminuir rozando. Lotario procuraba mirar por la honra de su amigo, cercenando, escatimando, en suma, disminuyendo sus visitas á casa de Anselmo. III, 5.

Frisón (El caballo mostraba ser).—De Frisia ó Frisa, en el día Friesland, provincia de los Países Bajos. Los caballos de aquel país son conocidos efectivamente por su fuerza más que por lo ligero y gallardo de su estampa, que es pesada y sin gracia. VI, 139.

Frontero.—«*Frontero* del retablo». Aunque tiene forma de adjetivo, no lo es aquí, sino adverbio, y equivale á «enfrente». V, 42.—«En la pared *frontera* de su silla». V, 407 (t).—«En esta casa de juego que está aquí *frontero*»; quizá errata, por *frontera*. VI, 8.

Frontino (El nombrado), que tan caro le costó á Bradamante.—Era de Sacripante, de color bayo, con cordón blanco, por donde al principio se llamó *Frontalatte*. (Véase *Orlando Furioso*, C. 45, est. 92, 93.)—II, 299, 300; III, 324; V, 304.

Fruncida.—«¿Por ventura, hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, *fruncida* y melindrosa?»—Quien afecta compostura, modestia y encogimiento. (Academia.) V, 459 (t).

Frutas de sartén.—Masa frita, de varios nombres y figuras. (Academia.) IV, 375 (t).

Fúcares (Los).—«Quisiera ser un *Fúcar*»: como si ahora dijéramos un Roschild.—Los Fúcares eran una familia ilustre desde mediados del siglo xv, originaria de Suiza y establecida en Ausburgo, donde poseían grandes riquezas que les proporcionaron grandes estados, la dignidad de condes y entronques con otras familias opulentas y generosas. Los

Fúcares fueron en Alemania como los Médicis en Italia, ricos, ilustres, amantes y protectores de las letras.—El crédito de riqueza que tenía esta familia en España llegó á ser proverbial, y se decía «es un *Fúcar*» para significar que uno era persona rica y adinerada. IV, 447-449.

Fuego griego, que empleó por la primera vez Constantino Pogonato contra los árabes en 673. VI, 87.

Fuentes.—Las de Leganitos y Lavapiés, del Caño Dorado, del Piojo, de la Priora, del Caño de Vencinguerra, etc. IV, 409.

Fuentes (Dos) que tiene (la Duquesa) en las dos piernas. V, 469.—Véase *Sedales*.

Fuerarropa (Hacer).—«Dió señal con el pito que la chusma *hiciese fuerarropa*, que se hizo en un instante». «*Hacer fuera ropa* era desnudarse los remeros cuando tenían que remar con brío y presteza». (Arrieta.) VI, 299 (t).

Fuerza.—Con la significación de fortaleza, castillo, y en general, todo lugar fortificado. III, 165.

Fuesa.—Anticuado. Sepultura. VI, 466 (t).

Fugite, partes adversae.—«Es una fórmula de exorcismo de que usa la Iglesia y que después ha pasado al uso vulgar, para manifestar que se aborrece á una persona ó cosa ó que se la quiere ahuyentar ó apartar de sí». (Arrieta.) VI, 274 (t).

Fulano, mengano, zutano.—Especie de pronombres personales, que podemos llamar «indefinidos» porque denotan personas inciertas é indefinidas, al revés de lo que sucede con *yo, tú, él*, de los cuales el primero indica determinadamente la persona que habla; el segundo, la persona con quien se habla, y el tercero, la persona de que se habla. II, 314.

Fulleros.—Acerca del juego de los naipes, y de las palabras que califican las diversas especies de tahures, etc. VI, 11.

Gabacho.—Véase *Franchote* ó *franchute*.

Gabán.—Latinè, penula. Capote cerrado con mangas y capilla, del cual usa la gente que anda en el campo y los caminantes; y algunos en la ciudad se sirven dellos por ropa de por casa. (Covarrubias, en su *Tesoro.)* IV, 273.

Gafo.—Es lo mismo que «leproso»: y la lepra, enfermedad que ha desaparecido en nuestros tiempos, era tan asquerosa, que hacía mirar con horror á los que la padecían, y los hospitales en que se curaba estaban fuera de poblado. V, 102.

Gaiferos.—Rey ó señor de Burdeos, uno de los que el arzobispo Turpín cuenta entre los principales caudillos de Carlomagno.—El nombre de *Gaiferos* es el mismo que el *Ganfredo* latino y el *Godofre* ó *Jofre* castellano. V, 44-47, 53, 55, 101, 163; VI, 124, 318 (t).—Véase *Melisendra.*

Gaitas zamoranas.—Gaita, instrumento rústico y pastoril: las hay de varias hechuras, según la diversidad de provincias. En tiempo de Cervantes tenían mucho nombre las zamoranas, como dice Covarrubias en su *Tesoro.* IV, 378; VI, 359.

Gajes de batalla, ó prendas de ella. V, 71-73.

Galafrón.—Padre de Angélica la Bella; mandaba el castillo fortísimo de Albraca, en las partes remotas del Asia en el imperio del Catay (China). (Véase *Orlando Innamorato,* libro I, c. 10.)—I, 222.

Galalón (El traidor).—El conde Galalón de Maganza, por cuya traición se refiere que murieron en Roncesvalles los doce Pares de Francia. Se hace larga memoria de él en muchos libros de caballerías, y señaladamente en las historias de Carlomagno y Morgante. I, 14, 118.

Galaor.—Hermano de Amadís de Gaula y marido de la linda Briolanja; fué modelo del amor constante. I, 264, 279; IV, 42.

Galatea (La).—Novela pastoril en verso y prosa, primera producción del ingenio de Cervantes. I, 149, 150, 152; IV,

XIV (Prólogo). Escrita durante el tiempo de sus obsequios á Doña Catalina Palacios, con quien casó después y á quien se designa, al parecer, con el nombre de *Galatea*, como á Cervantes con el de *Elicio*. I, 149; III, 157; VI, 356. —[II, 98-100; III, 88, etc.]

Galgo.—«Fué por culpa del *galgo* de su autor». Es tratar á Cide Hamete de *perro*, según la costumbre de que se hizo mención (I, 203). I, 203, 206; IV, 61.

Galgo corredor.—Los llanos de la Mancha proporcionan á sus naturales la diversión de correr liebres, género de caza á que son muy inclinados y en que el rocín y el galgo son requisitos esenciales. Dicen que los latinos llamaron á los *galgos* «perros *gálicos* ó de las Galias», y de aquí les vino, al parecer, el nombre de *galgos*. I, 2.

Galiana (Palacios de).—Véase *Palacios de Galiana*.

Galicismos.—Las lenguas castellana y francesa, como nacidas ambas de la latina, debieron tener más puntos de contacto y semejanza entre sí en los principios. I, 238; IV, 56-58, 154.—Véase *Reprochar, reproche*.

Galillo, por *golillo*.—Véase *Gola*, etc.

Galocha ó *becoquín*, que viene á ser una misma cosa. Especie de gorro para cubrir la cabeza. (Academia.) V, 453, 459.

Gallardear.—«Don Quijote se *gallardeó* en la silla». Palabra felicísimamente inventada. Ostentar la bizarría y el desembarazo en hacer algunas cosas. (Academia.) «Empezó (Don Quijote) á hacer ademanes de ligereza y agilidad sobre la silla, como si fuese un airoso y ligero jinete». (Arrieta.) V, 119, 357.

Gallarín (Me han salido al).—El Diccionario dice que *gallarín* es palabra anticuada que significa «pérdida ó ganancia exorbitante», y *salir al gallarín*, frase familiar, «suceder á uno alguna cosa mal ó vergonzosamente». VI, 343.

Gallipavos.—Aves domésticas venidas de América, comida de las más regaladas. Su nombre se compone de los dos de

pavo y *gallina*, sin duda por lo que participan, ó en su figura ó en su sabor, de ambas clases. Ahora se les llama *pavos*. Los antiguos, de los cuales no fueron conocidos, daban este nombre á las aves, más hermosas que útiles, llamadas entre nosotros *pavos reales*. I, 228.

Gallo (El rey es mi).—Este refrán que emplea aquí Sancho, significa lo mismo que «al rey me atengo», aténgome al poder y á la riqueza, que es la intención de Sancho. En el dialecto de la germanía *rey* significa *gallo*. IV, 383.—Véase *Rey (El) es mi gallo.*

Ganada (No muy) por él.—«Como se vió muy perdido por mí, y como yo *no muy ganada por él* (Ana Félix por Don Gaspar Gregorio)»; expresión que alude al «*perdido*» que precede, pero fría é insulsa. «*No muy ganada*» viene á ser lo mismo que «igualmente perdida». VI, 310.

Ganasa (Juan ó *Alberto).*—Un bufo célebre. IV, 65, 126.

Gandalín.—Escudero de Amadís de Gaula. I, 166; II, 15, 141, 182.—En premio de su fidelidad, valor y buenos servicios, Amadís de Gaula lo armó caballero. II, 141; III, 308.—Archiescudero ó protoescudero de los escuderos. IV, 46.

Gante y Luna. III, 499.—Véase *Espadachines.*

Garamantas (Pentapolín, el rey de los), pueblos de lo interior de África.—La enorme distancia entre este país y la India, y la consiguiente imposibilidad de contacto ni mutuas relaciones, ni como amigos ni como enemigos, hacen resaltar más y más lo disparatado y absurdo de la relación de nuestro caballero. II, 66, 84.—Véase *Trapobana.*

Garbanzos (Los) de Martos.—Debían ser celebrados en aquel tiempo por su tamaño, como en el día lo son los de Navalcarnero y Fuente Sauco. V, 266.

Garbear.—Voz que parece propia de la germanía ó jacarandina, y significa lo que militarmente se llama ahora «merodear», tomado del francés *marauder*. III, 132.

Gaudeamus.—Palabra latina, trasladada al estilo familiar, en que significa «regocijo y bulla».—«Si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos». III, 91; V, 99.

Gaula.—El sobrenombre de Amadís no denota la Galia, sino el país de Gales, Wales ó Guales en la parte occidental de Inglaterra. I, 222; IV, 429.

Gayado.—«*Gayado* tapete ó arpillera». Cubierta de albarda, ó manta ordinaria, que por ser de diferentes colores se llama *gayada.* Covarrubias dice: «*Gayado,* la mezcla de diferentes colores que matizan unos con otros»; y que *gayo* vale «alegre, apacible, galán», de donde se dijo *papagayo,* por la variedad de colores y de visos del pecho. La raíz es el latino *gaudeo.* La poesía ó el arte de trovar, como ejercicio alegre y apacible, se llamó también, tanto en francés como en castellano, «la *gaya* ciencia». IV, 405, 406.

Gazpacho.—Una especie de *soupe-maigre.* VI, 90 (t).

Gemidicos (Y no) y lloramicos, y darle.—*Lloramicos,* palabra fácilmente formable, y semejante á *gemidicos,* que le precede. V, 22.—Véase *Y darle.*

Géneros de ciertos nombres.—Observaciones importantes. El uso ha sido sumamente vario y caprichoso en asignar el género de los nombres. I, 232; II, 192; III, 138, 261; IV, 405; V, 442.

Genil (Las provechosas aguas del divino).—No es fácil discurrir por qué se atribuye al río Genil la calidad de *divino.* II, 78.

Gente advenediza, porque viene á la corte, donde no está de asiento, sino que, acabado el negocio á que vino, se volvía á su casa. V, 13.

Gente non santa.—Palabras del salmo 42, que se reza al principio de la misa. II, 196.

Gentil latino.—*Gentil,* vocablo que, cuando sustantivo, es de vituperio, y significa «pagano, idólatra»; y cuando adjetivo, es de elogio, y significa «gallardo, excelente». En la primera acepción dió origen á *gentilidad* y *gentilismo;* en la se-

gunda, á *gentileza*, que vale «hermosura y gallardía». Son arbitrariedades y caprichos del uso. II, 205.—«Tan *gentilhombre*». *Gentil*, palabra derivada de la anticuada *gento, genta*, que era lo mismo que «lindo, hermoso». En lo sucesivo, el uso destinó á los hombres la voz *gentileza*, que denota comunmente la hermosura de éstos y no la de las mujeres, como se observa sin salir del *Quijote*. V, 286.

Geografía (La) del Quijote.—Cervantes no se detuvo jamás á pensar en ello. III, 277.

Germanía.—Especie de idioma que define así Covarrubias: «es el lenguaje de la rufianesca, dicho así, ó porque no los entendemos, ó por la hermandad que entre sí tienen. Es una especie de cifra, formada de un cierto lenguaje particular de que usan los ciegos, con que se entienden entre sí. Lo mesmo tienen los gitanos, y también forman lengua los rufianes y los ladrones, que llaman *germanía*».—*Germanía*, al parecer, significa «hermandad», y no fué extraño que la formasen las generaciones oprimidas que siempre ha habido en el mundo, para guardarse de sus opresores. De aquí pudo nacer la inclinación de los gitanos á tener un idioma ó cifra particular con que entenderse entre ellos.—II, 194, 478; IV, 351.—[III, 73, n.]

Gigantes, gigantas. I, 12; II, 330; III, 430-435; IV, 23-25; V, 31.

Gigantes benitos.—Los dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. I, 180 (t); IV, 54.

Gimnosofistas ó *ginosofistas de Etiopía*.—Plinio, que supo todo lo que supieron de geografía é historia natural los antiguos, colocó los *gimnosofistas* en la India; y lo mismo Apuleyo, haciendo grandes elogios de sus prácticas y costumbres. No sé por dónde pudo ocurrir ponerlos en la Etiopía. *(There was likewise an African sect of philosophers of the same name, who are said to have lived in Ethiopia, near the sources*

of the Nile, whose habits differed from those of the Indian sect, inasmuch as they lived as anchorites, while the latter congregated in societies.—Brande.) III, 366.

Ginesillo de Parapilla. II, 206 (t); V, 67.—Don Quijote, en su cólera, le llamó *Don Ginesillo de Paropillo.* II, 218 (t); V, 68.—Véase *Pasamonte (Ginés de).*

Giralda (La) de Sevilla.—Estatua que representa la Fe y termina la torre de la catedral, sirviendo de veleta. Es de bronce. El bachiller Carrasco, *alias* el caballero de los Espejos, la llamó «giganta». IV, 234, 408.

Girifalte.—«Tengo noticia que gobierna como un *girifalte*». Rara comparación para elogiar á un gobernador, siendo *girifalte* una ave de rapiña, y nombre que se da al ladrón en la germanía. La Duquesa se burla en este y otros pasajes de su carta; bien que lo que suena es que Sancho se manejaba con destreza y agilidad, prendas que distinguen al *girifalte*, y así se ve por el cap. 62 (VI, 275), donde, hablando Sancho del baile, dice: «zapateo como un *girifalte*». VI, 32, 113.—Véase *Sagitario.*

Girón (D. Pedro).—Maestre de Calatrava en el reinado del rey D. Enrique IV de Castilla, y tronco de la casa de los duques de Osuna; quizá el original de D. Fernando. III, 108.

Gitanos.—Larga Nota sobre la historia, vida y costumbres de los *gitanos*, y la legislación respecto de ellos. II, 473-478.—[II, 120, 121, n., etc.]

Glosas.—Composición en que se amplifica el sentido de algunos versos, poniendo al fin de ella á la letra el verso que se glosa. (Academia.)—Género de composición que fué muy común en nuestra antigua poesía, y en las justas poéticas, á cuyos juguetes y travesuras se prestaba maravillosamente la riqueza y flexibilidad del habla castellana; pero estos esfuerzos del ingenio puesto en tortura son de mal gusto y no tienen otro mérito, cuando alguno tienen, que el de la

dificultad vencida, á la manera de los volatines, cuando atados de pies y manos dan vueltas y hacen figuras deformes y desgarbadas. Los poetas clásicos antiguos y modernos no se ejercitaron en este género, y Cervantes en esta ocasión quiso, según trazas, burlarse de aquellas clases de composiciones y de la estéril laboriosidad de los que las fabricaban. En la justa poética de San Isidro se dijo que las *glosas* son «propia y antiquísima composición de España, no usada jamás de otra nación ninguna». IV, 82, 328, 335-338; V, 391.—[I, 399, 400 y n.]

Gola.—Palabra italiana: cuello. «Segarme la *gola*». De *gola* se dijo *golilla*. V, 291.—Véase *Golillas*.

Goleta (La).—Fortaleza que cubría el puerto de Túnez.—III, 163-167, 174.—[II, 94 y n.]

Golias.—«Aquel filisteazo de *Golias*, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza». No dice tanto la Escritura: *egressus est vir spurius de castris philisthinorum nomine Goliath, de Geth, altitudinis sex cubitorum et palmi*». (I, *Regum*, XVII, v. 4.) De gigantes descendientes de *Goliat* se hace mención en la historia del caballero D. Florindo de la Extraña Ventura. IV, 24.

Golillas.—Invención del conde-duque de Olivares, el cual hubo de disgustarse de la sencillez y llaneza de las valonas. IV, 324; V, 291.—Véase *Gola*.

Gomia.—Palabra derivada de la latina *gumia*, que significa «la persona que traga y engulle con ansia». De aquí vino darse también este nombre á la «tarasca». (Véase *Tarasca.*) —De la ciudad de Argel se dijo en la novela de *Persiles y Sigismunda*, que era «*gomia* y tarasca de todas las riveras del mar Mediterráneo», porque era donde iban á parar las presas de hombres y riquezas que sus piratas continuamente hacían en las aguas del Mediterráneo. III, 166.

Gonela (Más tachas que el caballo de).—Esto se dijo de Rocinante. Véase *Cuartos (Más) que un real.*—Pedro *Gonela* fué

albardán ó bufón de un marqués ó duque de Ferrara en el siglo xv, cuyo caballo, por su flaqueza y extenuación, dió motivo á chistes que se refieren en la colección de los de aquel juglar, impresa el año de 1568 y de que hacen mención D. Juan Bowle y D. Juan Antonio Pellicer. *El caballo de Gonela* es un *quid pro quo* de la jaca de Velasquillo, otro truhán español posterior á Cervantes, cuya jaca quedó también en proverbio. I, 16.—Véase *Tantum pellis et ossa fuit*.

Góngora (Bartolomé de).—Sus *Antigüedades de Nueva España*, etc. IV, 277.

Góngora (D. Luis de).—Satirizó á Cervantes y á Lope de Vega. IV, 344; V, 55, 277.—[III, 18-23, etc.]

Gongorizar.—«Imitar el estilo culto de algunas composiciones de Góngora». (Salvá.)—*Pindariser: affecter un style enflé, des termes recherchés*. (Taboada.)—Hablando Estebanillo González de unos sonetos, dice: «Era su compostura tan realzada y culta, que más me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno... porque lo que de presente andaba valido era el *gongorizar* con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen». V, 281, 282.

González (Bernardo) de Bobadilla.—Sus *Ninfas de Henares*. I, 145.—[III, 88.]

González (Señora), ó como es su gracia de vuesa merced.—Donosísimo coloquio entre el escudero y la dueña. (Sancho y Doña Rodríguez.)—*González* era apellido común en las dueñas. Los escuderos y las dueñas solían ordinariamente ser antagonistas. V, 127, 128.—Véase *Dueñas*.

González (Un conde Fernán).—Héroe del siglo x, fundador de la independencia de Castilla, de quien á fines (según puede conjeturarse) del siglo xii se escribió un poema castellano, que todavía permanece inédito y es uno de los mo-

numentos primitivos de nuestro idioma. Su historia está mezclada con fábulas, como lo están generalmente las de la fundación y principios de los estados. III, 443.—[I, 66, n., 83-85, etc.]

Gonzalo Hernández de Córdoba (Historia del Gran Capitán).—Varias ediciones.—En la cual se contienen las dos conquistas del reino de Nápoles con las esclarecidas victorias que en ellas alcanzó, y los hechos ilustres de D. Diego de Mendoza, D. Hugo de Cardona, el conde Pedro Navarro y otros caballeros y capitanes de aquel tiempo. Con la vida del famoso caballero Diego García de Paredes, nuevamente añadida á esta historia. II, 510-513; III, 89.—Cuando en la batalla de Garellano, resbalando su caballo y cayendo con él en el suelo, dijo con rostro alegre á sus soldados: «ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere». VI, 166.—Véase *Cipión* ó *Escipión*.—[I, 181-183, n., etc.]

Gorra de Milán.—«Cubríale la cabeza una *gorra milanesa* negra». IV, 424 (t).—La gorra era ornamento de cabeza, según Covarrubias, cuando se andaba «en la ciudad ó villa» ó se había de hacer visita y estar en alguna congregación pública con traje y hábito decente. Las finas traían de Milán. En algunas otras ocasiones se llevaban sombreros. IV, 423.

Gracia.—Significa el nombre de la persona, y es acepción propia del estilo familiar. El autor de la *Mosquea* la extendió también burlescamente á los animales:

> «*Oyó el Matacaballo (que así era*
> *Del tabanesco rey la propia* gracia)
> *La novedad que el corazón le altera*».

II, 428; V, 127.

Gracioso (El).—Era el bufón del protagonista.—Este papel, que ahora nos ofende porque desdice de nuestras costumbres, no debía producir en tiempo de nuestros mayores el

mismo efecto que en el nuestro, en que las vicisitudes del uso, los progresos de la civilización y otras diversiones más cultas han hecho desaparecer esta clase de sabandijas. IV, 65, 126; V, 131.—[I, 271; II, 56, n., etc.]

Grado (Ni) ni gracias.—«Volverse loco un caballero andante con causa, *ni grado ni gracias*».—Expresión con que se explica que algunas cosas se hacen sin elección y que no merecen gracias. (Academia.)—II, 293.

Grama y *tica.*—«Con la *grama* bien me avendría yo, dijo Sancho; pero con la *tica* ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo». IV, 59 (t).—La interpretación de Sancho, como la llama Don Quijote, de las palabras *Ptolomeo* y *cosmógrafo,* de que formó las de *puto* y *gafo,* recuerda lo de la *grama* y la *tica,* que fué otra interpretación que dió á *gramática* nuestro escudero en el cap. 3.º, segunda parte (IV, 59). V, 102.

Gran, por *grande.*—El adverbio *tanto,* cuando precede al adjetivo á quien modifica, se sincopa, y sólo se dice *tan,* á semejanza de lo que sucede con el adjetivo *grande* cuando precede al nombre con quien concierta. VI, 3.—*Gran.*—Adjetivo. *Grande.* Sólo se usa en singular antepuesto al sustantivo; como «*gran* empeño, sermón», etc. (Academia.)—Salvá añade: «La regla dada por la misma Academia en su *Gramática* es que *grande* no pierde por lo regular la sílaba *de* cuando el sustantivo que sigue empieza por vocal; aunque en este lugar y en varios otros del *Diccionario* se falta á ella».

Gran (El) Capitán.—Véase *Gonzalo Hernández de Córdoba.* —El mismo Rey Católico D. Fernando le daba este título. II, 512.

Gran (La) Conquista de Ultramar.—Libro escrito de orden del rey Alonso el Sabio. I, 95, 215; III, 459; V, 388.—Véase *Conquista (La Gran) de Ultramar.*—[I, 42-43 y n.]

Gran gobernador.—«Las constituciones del *gran gobernador*

Sancho Panza».—En una Nota al cap. 23 de la primera parte (II, 245) se dijo que el carácter de Sancho constaba de codicia, miedo y bellaquería (pudiera añadirse malicia y al mismo tiempo sandez).—En esta segunda parte parece que varía algo, especialmente en el periodo de su gobierno; mas pudiera decirse que *honores mutant mores*. VI, 65.

Gran (La) Sultana.—Comedia de Cervantes.—Éste la llama Doña Catalina de Oviedo y la hace natural de Málaga. III, 190, 213.—[II, 126.]

Grana blanca.—«En un lienzo de bocací verde venía envuelto, al parecer, un poco de *grana blanca*».—Clemencín dice: «ni sé tampoco lo que significa *grana blanca*». IV, 350.

Granada (Fray Luis de).—La publicación y lectura de libros de caballerías continuaban libres y exentas de nota, mientras que la censura trataba con rigor y tildaba las producciones de Fr. Luis de Granada y otras igualmente piadosas.—I, xv (Prólogo); V, 16.—[III, 207, 208 y n.]

Granos de perlas.—«Pues haz cuenta, dijo Don Quijote á Sancho, que los granos de aquel trigo eran *granos de perlas* tocados de sus manos (de Dulcinea)». II, 483 (t); V, 164.

Grata donación.—«Una alcuza, de quien el ventero le hizo *grata donación*».—*Grata* equivale á «agradable»; mas en este lugar está por «gratuita ó graciosa». II, 49.

Grebas.—Piezas de la armadura que cubrían la parte anterior de las piernas, desde el empeine del pie hasta las rodillas. Eran como parte y continuación de los quijotes, y solía llamárselas también *canilleras*. II, 221.

Gregorio (Don Pedro).—Amante de Ana Félix. Se llama aquí (VI, 115) *Don Pedro* al que en otra ocasión (VI, 309) *Don Gaspar*. También se le llama *Don Gregorio* en los capítulos 63 y 65 (VI, 310, 311, 334-336). VI, 115.

Gregüescos.—Eran calzones cortos, que ahora corresponden al traje de ceremonia, como entonces los pantalones, según aquí se indica. V, 361.

Grial (La historia del Santo).—Dábase este nombre á un plato que se suponía haber servido á Josef de Arimatea para recoger la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo cuando le bajó de la cruz y le dió sepultura. III, 453-455. —Véase *Santo Grial.*—[I, 199, n., 218.]

Grifo.—Animal fabuloso que se supone de medio cuerpo arriba semejante al águila, y al león en la parte inferior. Un *grifo* fué la divisa del célebre impresor Sebastián Grifio. Como adjetivo se aplica al carácter ó letra inventada por Aldo Manucio, que desterró la manera gótica. VI, 165.

Grisóstomo.—El pastor estudiante, amante de Marcela. Su muerte por amor de ella. I, 243, 249 (textos).—Estudiante de Salamanca. I, 245 (t), 298.—Su canción. I, 290.—Véase *Tenía una cara como una bendición.*

Guadalajara (La puerta de).—El sitio adonde concurría en tiempos antiguos la gente ociosa, y el mentidero de Madrid. V, 465.

Guadameciles ó *guadamaciles.*—Eran los cueros delgados en que se estampaban por medio de la prensa figuras ó adornos de diversos colores, y con los cuales se solían cubrir las paredes de las habitaciones como con tapices ó telas de otra clase. Es voz tomada del árabe. VI, 417.

Guadarrama (Huso de).—«Más derecha que un *huso de Guadarrama*».—Hácense comunmente los husos de madera de haya, árbol que se cría en las sierras de Guadarrama, de donde suelen traerse á la corte, como sucedía también, según esta expresión, en tiempo de Cervantes. De la misma madera se hacen molinillos de chocolate, hormas, cucharas y otros semejantes utensilios, labor ordinaria de los habitantes de las sierras donde se crían maderas á propósito para ella. I, 84.

Guadiana (El río).—«En las extendidas dehesas del tortuoso *Guadiana*». II, 79; IV, 434.

Gualá.—Juramento arábigo: por Alá, por Dios. III, 219.

Guantes (Don Quijote con).—«Y luego, descalzándose un *guante,* le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó». —Aquí se ve á Don Quijote con guantes, de lo que ninguna otra mención se hace en la fábula. VI, 71.—Véase *Descalzarse el guante.*

Guarda, guía, espía, compatriota, mapa, camarada, centinela. —Sobre sus géneros. II, 192; III, 162; IV, 405; V, 442. —Véase *Géneros de ciertos nombres.*

¡Guarda!—«Pero ¿quitar la silla al caballo?, *¡guarda!*» Interjección con que se avisa á otro que se guarde ó precava de algún mal ó inconveniente. Suele decirse con la misma significación: *¡guarda, Pablo!* IV, 209.

Guardaamigo ó *pie de amigo.*—Era una horquilla que se ponía debajo de la barba á los reos, para que no pudiesen ocultar el rostro cuando los sacaban á azotar ó á la vergüenza. Á la cuenta, se temía que no acabasen de perderla enteramente. II, 406.

Guardainfantes y enaguas, de las mujeres. V, 13; VI, 40.— Véase *Verdugado.*

Guardar secreto (Mi profesión, que es de).—Por el «sacramental» que tan estrechamente está mandado á los curas y á todos los confesores. IV, 8.

Guarismo.—«Se podrán contar los premiados vivos con tres letras de *guarismo*».—Quiere decir, que no llegan á mil. *Letras* es lo mismo que «caracteres, notas ó cifras», como de ordinario se dice. La voz *guarismo* viene evidentemente del griego *arithmos,* número, de donde se formó también el nombre de *aritmética.* III, 134.

Gudiel (Diego de). I, 132.—Véase *Tirante el Blanco.*—[I, 299, n.]

Güelte.—Palabra tudesca ó alemana, que significa «dinero». VI, 97.

Guevara (D. Antonio de), obispo de Mondoñedo.—Predicador y cronista del emperador Carlos V. Fué uno de los escri-

primitiva, que se refiere al oficio del paladar: unas veces significa el «placer» y otras la «afición». Esta última es la que tiene en el presente lugar del texto. En el uso actual distinguimos ambas acepciones por medio del régimen: decimos «los *gustos* del mundo», «los *gustos* del ánimo», cuando hablamos del «placer», y cuando indicamos la «afición», solemos decir el «*gusto* á la caza, á la música». Conforme á esto, en Luscinda el *gusto* no era tanto «de la lectura», cuanto «á la lectura»; y nótese al paso que *gusto* en esta postrera significación no tiene plural, lo mismo que sucede á otros sustantivos en nuestro idioma. II, 265, 266.

Gutiérrez (Mari).—Uno de los varios nombres con que se llama la mujer de Sancho en el *Quijote;* esto es: «Juana Gutiérrez», I, 168; «*Mari Gutiérrez*», I, 169»; «Juana Panza», III, 527; pero entre todos prevaleció el de «Teresa Panza», que fué el único que se le dió en la parte segunda, aunque nunca se le dió en la primera. III, 528: IV, 92; VI, 24, 204, 205 (t).—Véase *Teresa Panza*, etc.

Guzmán de Alfarache (Vida del pícaro), por Mateo Alemán. I, 73, 197; II, 93, 210; III, 331; IV, 76; V, 13.—[III, 98-104.]

Guzmán (Fernán Núñez de).—Fué llamado el *Pinciano,* por Valladolid, su patria; el *Comendador,* porque lo era de la orden de Santiago, y *Griego,* por su doctrina en la lengua griega, que enseñó primero en Alcalá y luego en Salamanca. Su numerosa colección de refranes. V, 204.—Véanse *Comendador (El) Griego* y *Pinciano (El).*—[III, 202, n., etcétera.]

Guzmanes ó *Valenzuelas.*—Caballos castizos, descendientes de un caballo berberisco de la mejor raza. Origen de los nombres é historia de dicha raza. III, 317.

Haberlas ó *habérselas con alguno.*—Frase familiar. Disputar ó contender con alguno. (Academia.) «Viendo á la dueña tan

alborotada, le preguntó *con quién las había*». I, 132 (t).—«Déjeme que yo *me las haya conmigo*». V, 375 (t).—«Mándote, dijo Sancho, mala ventura, pues *las has habido con* un alma de esparto y con un corazón de encina; á fe que si *las hubieras conmigo*, que otro gallo te cantara». VI, 406.

Hábito.—«El *hábito* que tenéis». *Hábito* está aquí por «traje» en general, aunque ordinariamente se usa en otra significación, ceñida al de los clérigos, religiosos y caballeros de ciertas órdenes. En el cap. 3.°, segunda parte (IV, 48), jura el bachiller Sansón Carrasco «por el *hábito* de San Pedro que visto». Un refrán dice: «el *hábito* no hace al monje», y se llama «merced de *hábito*» la que el rey hace á los que admite en alguna de las cuatro órdenes militares españolas, de que es gran maestre. En otra acepción más general todavía, *hábito* significa «costumbre». III, 299.—Véase *Merced de hábito*.

Hábito (Por el) de San Pedro.—Una de las fórmulas de aseverar y medio jurar, usadas comunmente en tiempos de nuestro autor.—El *hábito de San Pedro* es el vestido del clero secular, usado de los escolares en aquel siglo, y aun en el nuestro; y ni ahora ni entonces fué necesario tener órdenes sagradas para llevarlo. IV, 48, 349.

Hablar cristiano.—Lo mismo que «hablar castellano». III, 122.—Véase *Cristiano (Hablar)*.

Hablar de oposición.—Frase hermosa y significativa inventada quizá por Cervantes: yo por lo menos no me acuerdo haberla visto en otro escritor. Alude al esmero y entonamiento con que suelen explicarse en sus ejercicios los opositores ó candidatos á cátedras, canonjías ú otros destinos, queriendo dar muestras y hacer gala de sus conocimientos y estilo. Dice el texto: «todas ó las más veces que Sancho quería *hablar de oposición* y á lo cortesano, acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia». IV, 207.

Hablar de perlas.—Hablar bien, con oportunidad.—«Sancho amigo, dijo Don Quijote, pasad adelante, que *habláis* hoy *de perlas*». IV, 120 (t), 121.—«Todo esto me parece *de perlas,* respondió Sancho á su amo». VI, 344 (t).

Hablara yo para mañana.—Modo proverbial con que se reconviene á alguno del silencio que guardó sobre lo que le convenía, mientras estuvo hablando de otras cosas.—II, 104.—Véase *Corona (Si sois de), no quiero yo quedar descomulgado.*

Hablen cartas y callen barbas.—Refrán que advierte ser ocioso gastar palabras cuando hay instrumentos para probar lo que se dice. (Academia.) IV, 120 (t).

Hacaneas.—Dábase nombre de *hacaneas* á las jacas preciadas, de valor y hermosura, propias para que cabalgasen en ellas reinas, princesas y grandes señoras. En nuestro tiempo ya no se usa ni oye el nombre de *hacanea* sino cuando se habla de la que los reyes de Nápoles solían ofrecer antiguamente en señal de vasallaje á los papas. Ésta debía ser blanca. IV, 174.—Sancho las llama *cananeas* (IV, 173) y Cervantes repite el error festivamente (IV, 178).—Véase *Cananeas.*

Hacer aguas mayores ó menores.—«Pues sepa, dijo Sancho, que quiero decir si le ha venido gana de *hacer lo que no se excusa*». Dos modos de evacuar físicamente. III, 423, 424 (textos).

Hacer á toda ropa.—«Corsarios franceses que *hacen á toda ropa*».—Frase. Robar á todo el mundo sin perdonar á nadie. (Salvá.) III, 242 (t).

Hacer barato.—Es lo mismo que *abaratar,* llevar menos precio; y así lo hacía maese Pedro, «según tomaba el pulso á los preguntantes». V, 69.

Hacer baza.—«La segunda no *hace baza*», esto es, no gana, no logra, no consigue nada: metáfora tomada del juego de naipes, en el cual *hacer baza* es ganar al contrario una ó más cartas y recogerlas. (Arrieta.) V, 425 (t).

Hacer buenas migas.—Es como familiarmente se dice de los que viven acordes entre sí. Sancho dijo: «quiere que no *comamos buenas migas*». VI, 207.

Hacer cocos.—Es hacer ó presentar figuras que causen espanto: es frase del lenguaje de los niños. (Arrieta.) V, 106 (t).

Hacer cosquillas alguna cosa.—Hacerle á uno temerse ó recelarse de algún mal ó daño. (Academia.) V, 322 (t).

Hacer de las suyas.—Frase metafórica familiar. Hacer alguno lo que es de su costumbre ó de su natural. (Salvá.) «Si no temiera que en viéndose su señor en libertad, *había de hacer de las suyas*». III, 427 (t).

Hacer del ojo.—«*Hizo del ojo* á los compañeros». Hacer señas con los ojos ó guiñar, regularmente con el fin de ponerse de acuerdo para algún objeto. También suele decirse metafóricamente *hacerse del ojo,* para significar en general que dos ó más personas convienen ó se conciertan en una misma cosa. II, 221.

Hacer finta.—Italianismo: hacer ademán ó amago con intención de engañar á otro. (Academia.) V, 291.

Hacer fuerza.—Además de su significación natural, que es «hacer esfuerzos, esforzarse» físicamente, tuvo en lo antiguo otra significación odiosa, que era «hacer violencia ó agravio». En el día la frase se toma frecuentemente en buena parte, y de las razones y argumentos se dice que *hacen fuerza;* esto es, que mueven é inclinan eficazmente el ánimo. II, 191-192.

Hacer hablar á la guitarra.—Esta expresión todavía se usa entre nosotros para encarecer la destreza en tocar este instrumento. V, 275.—Cervantes usó la misma expresión al contar las habilidades de Basilio, en el cap. 19 de la segunda parte: «y toca una *guitarra, que la hace hablar*». IV, 355 (t).—También la usó al contar las del soldado Vicente de la Roca. III, 501 (t).

Hacer hincapié.—Frase metafórica y familiar. Insistir con tesón y mantenerse firme en la propia opinión ó en la solicitud de alguna cosa. (Academia.) «Y no es menester *hacer hincapié* en esto». IV, 435 (t).

Hacer la enmienda.—Satisfacer ó reparar el daño. III, 447.

Hacer la salva.—Es empezar la comida ó bebida. Se tomó esta expresión de la antigua etiqueta usada en los palacios de los príncipes y magnates de que el maestresala ó *praegustator* probase los manjares y bebidas antes que sus señores, y se llamaba *hacer la salva*, porque daba á entender que aquella ceremonia los ponía *á salvo* de alguna traición. VI, 192.

Hacer mesura.—*Mesura* es un género de reverencia que se hace á la persona venerable. (Covarrubias.) VI, 328.

Hacer monas á alguno.—Frase. Burlarse de él. (Salvá.) «Á todos *hacía monas*». V, 70 (t).

Hacer profesión.—«Habiendo yo sabido quién soy y la *profesión que hago*». De la *profesión*, cuando significa, como aquí, oficio ú ejercicio ordinario, se dice que «se sigue» y no que «se hace». La expresión del texto significa otra cosa. IV, 276.

Hacer sala.—Dar convite y baile. V, 390.

Haceros ver estrellas.—Se dice que *hace ver las estrellas* á otro el que con algún golpe le causa un dolor vehemente y repentino. Esta expresión se funda en que, al recibir el golpe, suele parecer que se ven como unas luces á modo de estrellas. IV, 363.

Hacienda.—En castellano antiguo solía significar lo mismo que «negocios, cosas, asuntos». II, 405, 433.—Véase *Facienda.*

Hacha y capellina.—Armas con las cuales, como vulgares y fáciles de encontrar, se armaba prontamente la gente de pocas obligaciones. I, 195; IV, 78 (t).

Haedo (D. Diego de), arzobispo de Palermo.—Su *Topografía*

Haya (Que yo me las) conmigo.—Que yo contienda ó dispute conmigo. V, 375 (t).—Véase *Haberlas ó habérselas con alguno.*

Héctor (Las armas de).—Habían sido de Aquiles, á cuyo padre Peleo las dieron los dioses, y Aquiles se las prestó á Patroclo, á quien venció y despojó Héctor. II, 156.

Hechicero.—Se usa aquí en mala parte, acepción en que (dice Clemencín) no tengo presente haberlo visto usado otra vez: «algún *hechicero* y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba». Se dice «rostro *hechicero*»; pero esto se toma en buena parte. También se usa *hechicero* como sustantivo, por «mago ó mágico». VI, 281.

Hechiceros y hechiceras.—Los que practican la vana y supersticiosa arte de hechizar.—Se quemaban á centenares. V, 34; VI, 281.

Hecho una uva.—Expresión. El que está muy borracho. (Academia.) «Y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe de estar *hecho uva*». III, 320 (t).—Véase *Uva (Hecho una).*

Hecho y derecho.—Real y verdadero, perfecto, cabal, completo. (Academia.)—«Que es una ínsula *hecha y derecha*». V, 345 (t).

Hechos (Los) del emperador Carlos V.—Compuestos por Don Luis de Ávila. I, 155.—Véase *Ávila (Luis de).*—[III, 175, n.]

Helarse las migas entre la boca y la mano, ó *de las manos á la boca,* lo cual explica mejor el concepto.—*Helarse las migas* es una expresión proverbial contra los negligentes y descuidados. Taboada dice: «*être trompé dans son attente*». II, 201.

Henchir ó *llenar las medidas.*—Frase metafórica. Corresponder satisfactoriamente á los deseos de alguno. (Salvá.) I, LIII (t) Prólogo.

Herberay (Nicolás de).—Su traducción al francés del libro de *Amadís.* I, 109.—[I, 200, n.]

Hércules.—Se cuenta de él que fué lascivo y muelle. IV, 41. —Véase *Trabajos de Hércules.*

Hermandad (La Santa).—Tribunal severísimo, establecido por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel el año 1476, para perseguir, juzgar y castigar los delitos cometidos fuera de poblado, y que subsistía, aunque con notables variaciones, en tiempo de Cervantes. I, 212; II, 40, 215, 224; III, 316, 321, 331, 364, 387; V, 52.

Hermandad (La Santa) vieja de Toledo.—Así se llamaba para distinguirse de la nueva, que fué la que fundaron los Reyes Católicos á fines del siglo XV: la otra existía ya en el XIII con muchas facultades y privilegios. II, 40.

Hermano demonio.—Graciosa reunión de dos cosas tan opuestas entre sí como *fraternidad* y *demonio.*—En otras Notas (II, 100, 456) se pusieron ejemplos de la significación de «fuerte» y «valiente» que en los libros de caballerías suele darse á la palabra *diablo,* y es la misma que aquí se da á su sinónimo *demonio,* alegando en prueba de ello que había podido sujetar las fuerzas de Hércules manchego. III, 514.

Herradura (El puerto de La), ocho leguas de Velez Málaga.—El suceso que aquí se apunta de La Herradura, fué uno de los marítimos más desgraciados del tiempo de Felipe II. Naufragaron veintidós galeras dentro del mismo puerto, ahogándose más de cuatro mil personas, inclusa mucha gente principal y el general mismo. Esto fué en el año de 1562. V, 141.

Herrera (Dr. Cristóbal de).—Su discurso, que presentó á Felipe III, sobre *el amparo de la milicia.* V, 17, 18.

Herrera (Hernando de).—Uno de los tres poetas, á los cuales asignó su edad el renombre de *divinos.* IV, 83.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Herreruelo ó *ferreruelo.*—Capa algo larga, con cuello, pero sin capilla ó esclavina: lo que actualmente se llama «manteo». II, 353; IV, 325; V, 136; VI, 416.

Hi.—Adverbio anticuado. Allí.—Sustantivo masculino. Hijo. Sólo tiene uso en esta expresión: «*Hi* de puta».—*¡Hi, hi, hi!* Interjección con que se denota la risa. (Academia.) IV, 58.—Véase *Ende é hi.*

Hía.—«Responderles *hía* yo», en lugar de «responderíales yo». Es una irregularidad anticuada del verbo auxiliar *haber.* (Arrieta.) III, 385 (t).

Hidalgo (Juan).—Autor de nombre supuesto ó desconocido en nuestra historia literaria. Publicó en 1609 un *Vocabulario de la germanía,* lengua de los gitanos, los rufianes y los ladrones. II, 194.—[III, 73, n.]

Hidalgo, ó *hijodalgo.*—Significa materialmente «hijo de quien tiene bienes propios con que mantenerse». IV, 38.—«*Hidalgo de devengar* 500 *sueldos*». II, 184.—Véase *Devengar quinientos sueldos.*—«*Hidalgo* como el rey, porque era montañés». V, 463.—Véase *Asturias.*

Hidalgo (El) y el labrador.—El cuento de Sancho sobre la contienda que hubo entre el hidalgo y el labrador sobre quién tomase la cabecera de la mesa: «le hizo sentar por fuerza». V, 143, 144.—Véanse *Adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera* y *Medina Sidonia (El duque de).*

Hidalgos y caballeros.—Nota sobre la distinción entre ellos. IV, 38.—Al *hidalgo* lo constituye la alcurnia; al *caballero* le acompaña también la riqueza. IV, 110.

Hideperro.—Tiene la misma formación que *hideputa.*—Llámase *hideperro* á Cide Hamete, conforme á la costumbre que ya se mencionó en otra parte (I, 203, 206) de llamar *perros* á los moros, porque el hijo de perro, perro es. IV, 61.

Hideputa.—«La muy *hideputa* puta que os parió». Expresión grosera y soez, que sólo puede tener alguna excusa en boca de un loco irritado, y como preliminar y antecedente de la escena que sigue. III, 512.—«¡Oh *hideputa,* y qué rejo debe de tener la bellaca!» Sancho se picó de que se hablase así de su hija, tomándolo por agravio, y no se acordó

que allá en Sierramorena había alabado con la misma expresión á la hija de Lorenzo Corchuelo, *alias* la señora Dulcinea: «¡Oh *hideputa* (dijo), qué rejo que tiene y qué voz!» (II, 311.) Y lo mismo volvió á hacer Sancho en el capítulo 21, segunda parte (IV, 389), alabando los cabellos de Quiteria. Así, que tuvo razón el otro escudero en decirle que no entendía «de achaque de alabanzas». IV, 223, 229 (t).—Sancho dice á su amo: «*Hideputa*, ¡qué corazón de mármol», etc. VI, 169.

Higa.—«Que de mí no podréis llevar sino una *higa*». *Higa* es la acción de enseñar la extremidad del dedo pulgar por entre el índice y el del corazón, teniendo cerrado el puño; y es acción con que se escarnece al que mira á quien la hace. El origen de esto es la antigua vulgaridad de creer que un amuleto que representaba lo más obsceno, era remedio preservativo contra la fascinación ó mal de ojo. V, 131. —«Dos *higas* para el Gran Capitán». II, 519; VI, 446.— Véase *Quínola de sus años*.

Higa (Dar una) al médico.—No hacer caso del médico; no contar con él. (Arrieta.) *Mear claro, y dar una higa al médico:* refrán que indica que el que goza buena salud, no necesita del médico. (Academia.) VI, 333 (t).

Higos pasos.—Son los higos enjutos ó «secos», como ahora decimos en vez de *pasos*, habiendo quedado esta voz sólo para las uvas, aunque convertida en sustantivo, porque no decimos *uvas pasas*, sino únicamente *pasas*. III, 208.

Hinojos ó rodillas (Hincar de).—El uso dió la preferencia á *rodillas*, y el otro se fué anticuando. Cervantes puso aquí *finojos* por remedar el lenguaje viejo de los libros de caballería. II, 496.

Hipógrifo de Astolfo.—Monstruo, hijo de grifo y yegua, que ocupa un lugar notable en el poema de Ariosto. Ariosto pondera en diferentes pasajes la ligereza del *hipógrifo*, comparándola con la del águila, de la flecha y del rayo. Don

Quijote declara y falla que era superior la de Rocinante, y Don Quijote debía saberlo. Acordémonos que se trata de aquel rocín «largo y tendido, atenuado y flaco» (I, 203), de aquel rocín «pasicorto y flemático» (II, 242) de quien no se lee que diese jamás «carrera tirada» (III, 517), y que una «sola vez se conoció haber corrido algo» (IV., 254). Cervantes mismo debió soltar la pluma para reirse, al escribir estas líneas. II, 300; III, 356; V, 303.

Hipólito.—Después de la muerte de Tirante y del emperador, casó con la emperatriz, y de esta suerte llegó á ser emperador de Grecia. I, 135.

Hita (El arcipreste de).—Sus versos sobre *El amor,* III, 484; sobre *El dinero,* IV, 372, y sobre *La muerte,* IV, 386.—[I, 71-77, etc.]

Hito (En el).—*Hito* es lo mismo que *fito,* que vale tanto como *fijo,* del verbo *figo, figis.*—El juego del *hito* se dijo así porque *fijan* en la tierra un clavo y tiran á él con herrones ó con piedras, y de allí nació el proverbio «dar en el *hito*», por «acertar en el punto de la verdad». «Tirar á dos *hitos*»: tener ojo á dos cosas, si no saliere bien la una, valerse de la otra, etc. (Covarrubias.) *Hito* es nombre de un lugar, y sin duda se dijo así porque dividiría y fijaría los términos, como fué el monasterio de *Fitero,* cerca de Burgos, dicho antes *Fitón* porque tenía allí su término el reino de Castilla. Lo mismo puede decirse de *Hita,* Piedra*hita,* nombres también de pueblos de España. VI, 49.—*Mirar de hito en hito:* frase. Fijar la vista en algún objeto sin distraerla á otra parte. (Academia.) II, 399; V, 91, 437 (textos).

Hocicar.—Dar de hocico, ó con el hocico. «No se anduviera *hocicando*». Dícese propiamente de los puercos y jabalíes, cuando remueven con el hocico la tierra; y metafóricamente se dice de las personas cuando dan de cara en el suelo ó en otra parte, asimilando el rostro de los hombres y el hocico de los animales. III, 341.

Hocico.—Metafórico y familiar. Rostro. (Academia.) «Se hace el loco, y anda buscando lo que no sé si, después de hallado, le ha de salir á los *hocicos*». «Salirle á los *hocicos*» viene á ser probablemente lo mismo que «salir á la cara alguna cosa á alguno»: frase metafórica. Tener que sentir por haberla hecho ó dicho. (Academia.) IV, 226 (t).

Hogaza.—Pan común y ordinario, alimento de trabajadores y jornaleros. II, 89.

Hombre de bien.—«El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre)». En el cap. 7.° de la primera parte (I, 162) hay un paréntesis semejante: allí se dice: «*hombre de bien* (si es que este título se puede dar al que es pobre)». Una y otra expresión deben mirarse, no como la verdadera opinión de Cervantes, sino como desahogos pasajeros del justo sentimiento que le causaba su adversa suerte: su opinión íntima y verdadera está explicada en aquella bella sentencia del prólogo de esta segunda parte (IV, XIII (Prólogo)): «la honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso». La honradez y la virtud tienen sus peligros, tanto en la próspera como en la adversa fortuna; tanto en el estado de la abundancia como en el de pobreza. La decente medianía es la que ofrece menos escollos á la virtud. IV, 402; V, 381.

Hombre de chapa.—«Y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole *hombre de chapa*». «*Hombre de chapa* ó *chapado*, dice Covarrubias, es el hombre de hecho y valor». (Arrieta.) *Chapa:* seso, formalidad. (Academia.) IV, 274 (t).—Véanse *Chapa (Moza de)* y *Moza de chapa*.

Homecillo.—«El amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en *homecillo* y mala voluntad». Vese por aquí que la voz *homecillo*, que valía *homicidio* en el Fuero Juzgo y en las Partidas, templándose después su significación, sólo denotaba odio ú mala voluntad. Dice el autor del *Diálogo de las*

lenguas: «también vamos dejando *homecillo* por «enemistad». II, 126.

Homero (Las obras del poeta).—Alejandro el Grande, rey de Macedonia, fué tan aficionado á la *Iliada* de Homero que, según cuenta Plutarco en la *Vida* de este príncipe, solía tenerla, junto con su espada, debajo de la cabecera en que dormía. Habiéndose encontrado entre los despojos del rey Darío una caja riquísima, guarnecida de oro, perlas y otras piedras preciosas, cuenta también Plutarco que Alejandro la destinó para guardar en ella los libros de Homero. Lo mismo refiere Plinio. I, 127, 128.

Homero y Virgilio.—«El grande Homero no escribió en latín, porque era griego; ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino». IV, 285; VI, 190.

Honra (La) puédela tener el pobre, pero no el vicioso.—Bella sentencia de Cervantes. IV, XIII (Prólogo), 402.—Véase *Hombre de bien.*

Hora (La) de comer, en tiempos antiguos.—En los tiempos de la caballería se comía temprano, y solían hacerlo, según se deduce de las crónicas andantes, al salir de la misa. V, 138.

Hora menguada.—Las horas, consideradas como la duodécima parte del día ó de la noche, según las consideraban los antiguos, son cortas ó *menguadas* en los días de invierno y en las noches de verano. Aquí y en el uso común, *hora menguada* es lo mismo que «infeliz ó desgraciada». El fundamento de esto se tomaría de la vana creencia que miraba las horas cortas como infaustas. Haciendo burla de ello Don Francisco de Quevedo, dijo: «Días aciagos y *horas menguadas* son todos aquellos y aquellas en que topan el delincuente al alguacil, el deudor al acreedor, el tahur al fullero, el príncipe al adulador y el mozo rico á la ramera astuta». II, 32; V, 295.

Horacio Cocles.—«Diego García de Paredes, valentísimo soldado que, puesto con un montante en la entrada de una

puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella». La crónica del Gran Capitán lo compara con Horacio, aquel valiente romano que defendió el paso del puente al ejército de Porsena y luego se arrojó al Tíber, volviendo de esta suerte á los suyos. II, 514; IV, 142.

Horcajadura (En la).—«Que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano *en la horcajadura*».—*Horcajadura:* ángulo que forman los dos muslos ó piernas en su nacimiento. (Academia).—*Poner la mano en la horcajadura* es acción propia de quien coge á otra persona para arrojarla lejos como pelota ó cosa semejante, é indica la superioridad de quien lo ejecuta y el desprecio y vilipendio de quien lo sufre. Á esto debió de aludir Don Quijote. II, 468.

Horcas caudinas.—«Debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida».—Frase proverbial á quien dió origen la alusión á la costumbre de los pueblos antiguos de Italia, entre los cuales el ejército vencedor solía hacer pasar al vencido por debajo del yugo, que era tres picas en forma de horca: desgracia y afrenta que experimentó el ejército romano de las *Horcas caudinas* guerreando con los samnites, pueblos del levante de aquella península. IV, 170.—Véase *Debajo del yugo.*

Hornachos (Los moriscos de).—Pueblo de Extremadura. II, 28, 29.

Horno de vidrio (Más ardiendo que un). IV, 103.—Véase *Fauno (El endemoniado).*

Hospital de dementes en Toledo.—Véase *Nuncio.*

Hostalero.—«Vos sois un sandio y mal *hostalero*».—Anticuado. Mesonero. (Academia).—Nota sobre las voces *hostal, hostalero, hostalaje.* II, 54.

Hoto.—Anticuado. Confianza.—*En hoto de otro:* expresión antigua: *en hoto* es lo mismo que «en fe, en confianza».—Hay un adagio que dice: «en *hoto* del conde no mates al hombre». IV, 79.

Hoz y coz (Meterse de).—«Metido *de hoz y de coz* en la discordia del campo de Agramante»; esto es, empeñado de un modo que no era fácil desembarazarse. Enteramente y sin pensarlo: trae origen, dice Covarrubias, del modo de segar, que, echada la *hoz* á la mies, la quebrantan con la *quoz* que la dan con el pie. (Arrieta.) III, 322.

Huela.—Terminación diminutiva; como *aldehuela,* de *aldea,* etc.—De nombres propios en *ía* se suelen formar también diminutivos en *huela*, como de *Lucía*, *Lucihuela*, etc. III, 341.

Huerta (D. Vicente García de la).—Su controversia con Don Juan Pablo Forner. III, 410.—[III, 353, n., etc.]

Huésped.—Viene del latino *hospes,* que significaba tanto al hospedado como al que hospedaba. La primera acepción es la más común en el uso actual, en el cual se llama asimismo *huésped* al mesonero ó ventero que hospeda á otros por interés. I, 35.

Humanista.—«Su profesión era ser *humanista*».—Instruído en letras humanas. (Academia.)—*Letras humanas:* el estudio de los autores clásicos, tanto historiadores como oradores y poetas griegos y latinos, con el cual se adquiere, por medio de la imitación, el buen gusto en el arte de hablar y de escribir. (Academia.) IV, 406 (t).

Humo (Á) de pajas.—Vale «con ligereza, sin fundamento». En el mismo sentido se dice «*á lumbre de pajas*» en la tragicomedia de la *Celestina.* Lo uno y lo otro indica con propiedad la poca solidez y consistencia de una cosa. I, 220.

Humo (Dar) á los zapatos.—Lo mismo que «dar pantalia á los zapatos»; lo que se hacía para remediar ó disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres. En el día lo hacen pobres y ricos, y aun más los ricos que los pobres, usando de betunes que dan lustre y hermosean el calzado, y en cuya composición suele entrar también el humo ó polvos de zapatero. IV, 39 (t); V, 382.—Véase *Pantalia.*

Hurta (Á) cordel.—Á traición; haciendo el daño y hurtando ó retirando el cuerpo: expresión tomada del juego del peón ó trompo, en que le hace bailar el jugador retirando hacia sí y como escondiendo el cordel con que le da el impulso. V, 152.

Hurto (El) del asno de Sancho. II, 228, 242, 304; IV, 69-71; V, 67 (t).

I.—Las palabras castellanas tomadas del arábigo y acabadas en *í*, toman *íes* en el plural, como *cianíes, cequíes, jabalíes, alhelíes*, etc. III, 188; VI, 303.

Ídolos de Mahoma.—«En allende robó aquel *ídolo de Mahoma*». Entre los mahometanos no hay ídolos; antes al contrario está prohibida toda clase de imágenes, como lo estaba á los hebreos por la ley de Moisés; y los pocos califas que acuñaron moneda con sus bustos, están reputados por heterodoxos entre los musulmanes. Sin embargo, en los libros de caballería suele mencionarse el uso de ídolos de Mahoma. I, 13.

Iglesia, ó mar, ó casa real.—Refrán que explica los tres medios de hacer fortuna, que son: el de las dignidades eclesiásticas, el comercio y el servicio del rey en su casa. (Academia.) Lope de Vega pone así el refrán: «tres cosas hacen al hombre medrar: *ciencia y mar y casa real*». En esta forma es, no sólo más claro, sino también más exacto, porque *iglesia* no comprende más que los premios concedidos á la instrucción eclesiástica; pero *ciencia* comprende todos los que se confieren á las letras, tanto eclesiásticas como profanas. Y con efecto, el oidor hermano del cautivo, á quien se aplica esta parte del adagio, debía la toga, no á la teología, sino á la jurisprudencia. Esta observación es de Pellicer. III, 146, 147.

Igualar al puesto.—«Llegando, pues, el carro á *igualar al puesto*»; esto es, á ponerse frontero de él. (Arrieta.) V, 210 (t).

Imagen de milagros.—Esto es, *imagen milagrosa*, ó célebre por los milagros que se atribuyen á su intercesión, cuales suelen ser comunmente las que dan ocasión á romerías y concurso de peregrinos. III, 496.

Imaginar (Debió de).—No es lo mismo que «*debió imaginar*». Esto significa que «tuvo obligación de imaginar»; lo otro equivale á «hubo de imaginar, es regular que imaginase». La partícula *de* comunica este énfasis á la frase. II, 338. —Véanse *De* y *Deber, deber de.*

Imágines de lascivia.—Los abusos notados acerca de esto en los principios del teatro castellano, habían movido á las cortes de Valladolid del año 1548 á pedir que se prohibiese la impresión de farsas feas y deshonestas. III, 402.

Imprentas.—Barcelona fué una de las primeras ciudades de España en que hubo imprenta, según Méndez (*Tipografía española*). VI, 285.

Impresos con licencia.—«Bueno está eso, dijo Don Quijote; los libros que están *impresos con licencia* de los reyes..... ¿habían de ser mentira?» De este mismo argumento se había valido su merced del ventero Juan Palomeque el Zurdo, en el cap. 32 (II, 521), para probar la veracidad de los libros de caballerías. Pellicer sobre este lugar hizo mención de aquel buen clérigo de quien habla Melchor Cano en su tratado de *Lugares teológicos*, el cual creía que todo lo impreso era cierto, no pudiéndose persuadir que los ministros de la república habían de permitir que se imprimiesen mentiras. Por esta regla hubo de creer que eran reales y verdaderas, no sólo las historias de Amadís y demás caballeros andantes, sino hasta las fábulas de Esopo. III, 471.

Inaudita (De la) cristiandad de Don Quijote.—Ya se ha observado alguna vez (II, 183) que la voz *inaudita*, aplicada á las cosas de Don Quijote, puede tener dos sentidos: uno, el de «no oída por singular y extraordinaria», y otro, el de «no oída por no haber existido». V, 63.—«Fama increible»

de Don Quijote. II, 183.—«Cuyas *inauditas* hazañas» (del caballero de la Blanca Luna). VI, 320.—«*Inaudita* prudencia (de Felipe III) en haberla encargado (la expulsión) al tal D. Bernardino de Velasco!» *Inaudita* significa «lo que no se ha oído, porque no ha existido». V, 339.—«*Inaudito* bachiller, perpetuo trástulo» (Sansón Carrasco). IV, 125.

Incesable, por *incesante*.—Adjetivo poco usado en el día, aunque se encuentra en nuestros buenos escritores. «Aquel *incesable* golpear». II, 115.

Inefable crédito.—*Inefable* significa lo mismo que «indecible»; pero únicamente suele aplicarse á las cosas divinas ó celestiales. V, 69, 70 (t).

Infinita gente deseosos.—Véase *Silepsis*.

Infinta.—En el antiguo lenguaje castellano significa «fingimiento». V, 291.

Ingalaterra, por *Inglaterra*.—«Palmerín de *Ingalaterra*». I, 9.—«De Londres á *Ingalaterra*». VI, 153 (t).

Ingenio lego.—Así llamó á Cervantes D. Tomás Tamayo de Vargas, y Avellaneda mostró despreciarle por indocto y falto de estudios académicos. La posteridad ha fallado este pleito y sin apelación. V, 439.—«De ver la noticia que tenía (Don Quijote)». Quien tenía la noticia que aquí se da de las cosas concernientes á la caballería era Cervantes, el cual en este pasaje de la fábula manifestó su vasta lectura en materias de nuestra historia, y la injusticia con que algunos de sus contemporáneos le llamaron, según dice D. Tomás Tamayo de Vargas, *ingenio lego*. III, 467.—Véase *Vargas (D. Tomás Tamayo de)*.

Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.—Observaciones sobre este título. Clemencín dice: «Todas las explicaciones ofrecen inconvenientes. Si lo *ingenioso* se dice por la persona (del hidalgo), recae mal sobre un loco; si por el ingenio con que está escrito el libro, es vanidad y jactancia del autor; si por ser la obra de la clase de las de ingenio y

profesión de alcaide de una cárcel. Por lo demás, la del alcaide sería «indulgencia ó condescendencia», pero no sé cómo podría llamársele *liberalidad,* la cual en todo caso sería del preso y no del alcaide. VI, 13.

Interrotos.—«Entre *interrotos* sollozos y mal formados suspiros». Italianismo. Palabra conforme á su origen *rotos,* pero no al uso actual, que dice «*interrumpidos*». VI, 20.

Intonsos poetas.—*Intonsos,* palabra tomada del latín, que significa «el que no tiene cortado el pelo». Es epíteto con que se designa á Apolo. «Intonsus *Deus*» le llamó ya Ovidio, y nuestro Garcilaso:

El mancebo
Intonso *y rubio Febo.*

Virgilio lo aplicó á los montes en el siguiente pasaje:

«*Ipsi laetitia voces ad sidera jactant*
Intonsi *montes*».

(Égloga 5.ª)

Alguna vez se lee en Lope de Vega el «*intonso* rústico»; donde *intonso* equivale á «greñudo». En el presente pasaje, «*intonsos* poetas» quiere decir, según su contexto, «poetas noveles, principiantes, inexpertos». «Poetas *de primera tonsura*» llamó Quevedo á los poetas principiantes, en la *Casa de los locos de amor,* al principio. Y el mismo, en *La culta latiniparla,* dice: «Al paje llamará *intonso*».—Entre los romanos era objeto de una fiesta el afeitarse por primera vez. Suetonio nota que cuando lo hizo Calígula fué sin solemnidad ni aparato, al contrario de Nerón, quien celebró este acto con juegos y sacrificios, y poniendo el bozo en una caja de oro guarnecida de piedras preciosísimas, lo consagró á Júpiter Capitolino. VI, 403, 404.

Invención (La) y el inventor de la artillería.—«En el infierno se le está dando el premio». Don Quijote repetía las maldiciones que Ariosto lanzó en su *Orlando furioso* (C. XI, est.

26-28), contra *la invención y el inventor de la artillería.* Anteriormente, Francisco Petrarca había maldecido también la invención de la pólvora. Lo mismo había hecho Polidoro Virgilio. En España hacían lo mismo Juan de la Cueva y D. Francisco de Quevedo. D. José Pellicer de Salas, hablando de la artillería en las notas á las *Soledades*, de Góngora, dice que «quien defiende ser justa arma tan diabólica, merecía morir en ella arcabuceado como traidor á su naturaleza». III, 139-142.

Invocación de Don Quijote, que recuerda la de Albanio en la segunda égloga de Garcilaso.—«Oh, vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses». II, 298.

Ir á é *ir en.*—«De las *idas en* casa de Anselmo».—Decimos *ir á*, y no *ir en*, para denotar el lugar adonde se va; pero en tiempo de Cervantes solía decirse de ambas maneras. Pudieran citarse muchos ejemplos de dentro y fuera del *Quijote.* III, 2.

Ir á la mano á alguno.—Frase familiar. Contenerle, moderarle. (Academia.) *Irse á la mano:* contenerse. III, 217; II, 123 (t); III, 145 (t); IV, 377 (t).—Véase *Mano.*

Ir alguno de vencida.—«Los enemigos *van de vencida*». Empezar á ser vencido. (Academia.) VI, 88 (t).

Ir con letura.—Significa «ir con intención ó propósito»: expresión del lenguaje bajo y vulgar. I, LVII (Prólogo).

Ir por los cerros de Úbeda.—Según Covarrubias, «se dice del que no lleva camino en lo que dice, y procede por términos remotos y desproporcionados». El origen de esta expresión proverbial es desconocido, como lo es generalmente el de los refranes y locuciones de su clase.—La presente se aplica, según dijo Covarrubias, á las cosas que van descaminadas y fuera de los términos razonables, como lo iría el que dejase el camino llano, prefiriendo el de los cerros y terrenos desiguales. La mención de los de Úbeda puede indicar que allí ó cerca de allí tuvo la expresión su naci-

miento. V, 179, 359.—*Como por los cerros de Úbeda,* se dice de cosas disparatadas que no vienen á cuento. VI, 154. —Véase *Úbeda,* etc.

Ir y venir.—«*Yendo y viniendo* (Don Quijote) con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento». *Ir y venir:* frase. Insistir en alguna cosa revolviéndola continuamente en la imaginación; y así se dice: si da usted en *ir y venir* en eso, perderá el juicio. (Academia.) VI, 333 (t).

Irse camino de su caballeriza.—Así se dice elegantemente, en vez de «seguir el camino de su caballeriza». La palabra *camino* tiene aquí fuerza de preposición, como si se dijera: «*hacia* su caballeriza». I, 79.—Véase *Camino (Irse) de su caballeriza.*

Iras (Que las) de los amantes suelen parar en maldiciones.—Esto se dijo de Altisidora: bella expresión. VI, 353 (t).

Isabela (La), la Filis y *la Alejandra.*—Compuso estas tres tragedias Lupercio Leonardo de Argensola. III, 397. —Véase *Argensola (Lupercio Leonardo de).*—[II, 67-70; III, 31.]

Isidro (El).—Poema que Lope de Vega escribió en redondillas. V, 280.—[II, 166.]

Islas de los lagartos.—Se dice de las islas deshabitadas. V, 281.

Italianismos.—Defecto de que presenta algunos ejemplos el *Quijote,* y que no fué extraño se pegase algun tanto á nuestro autor por la lectura de los clásicos italianos, y más aún por su residencia en aquel país. I, 216; II, 295; III, 511; IV, 220, 321, 366; V, 292, 350.—«Sé algún tanto del toscano». Apasionado Cervantes del Ariosto y demás autores de Italia, no pudo dejar de saber con perfección (más que «algún tanto») la lengua en que habían éstos escrito sus obras: á que se agrega la circunstancia de su viaje á Italia el año 1569 en compañía de monseñor Aquaviva, con el cual hubo de incorporarse en Valencia ó Aragón

cuando el cardenal regresaba á Roma. Sirvió de camarero al cardenal, y acabó de visitar las magníficas y deleitosas ciudades de Italia. VI, 287.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Italias (Venir de, ó ir á, las).—Modo de hablar, rústico y pastoril, de que hay ejemplos en nuestros libros. III, 497.

Izquierdear.—«Que Don Quijote *izquierdeaba*». Apartarse del camino derecho de la razón; palabra metafórica, felicísimamente inventada para significar lo que se intenta. Arrieta explica este pasaje: «Esto es, que Don Quijote aflojaba ó empezaba á ceder y desistir de su propósito de pagar á maese Pedro todas cuantas desmejoras le propusiese éste de las figuras de su retablo». V, 64.

Jabón napolitano.—Confección cosmética de que usaron las cuatro doncellas en lavar las barbas de Don Quijote en el castillo. V, 153.

Jabonar.—Metafórico y familiar. Tratar á alguno mal de palabras ó reprenderle ásperamente. (Academia.) «Que ya me *hubieron jabonado* á la doncella», esto es, hablando familiar é irónicamente, satirizado y sacado á relucir sus manchas á la hija de Galafrón. IV, 31.

Jaboneros.—Mote ó apodo de burla, que se aplicaba á los habitantes de Jetafe ú otro pueblo, como *cazoleros* á los de Valladolid, *berenjeneros* á los toledanos, *ballenatos* á los madrileños. En otros muchos pueblos se verifica la circunstancia de los motes, apodos y burlas que aquí se indica; como las brujas de Barahona, el peine de Jadraque, el pájaro de Baena, y otras infinitas entre pueblos contiguos, y más frecuentemente en los más pequeños. Los vecinos del Toboso, suelen tener también la debilidad de ofenderse por la mención de Dulcinea. Si Cervantes fuera profeta, hubiera podido agregar el Toboso al pueblo del rebuzno. V, 77. —Véanse *Apodos* y *Ballenatos.*

Jamás.—Es una especie de adverbio epiceno, un adverbio

proteo, que tiene la particularidad de que, unido á cualquiera de otros dos de significación opuesta, cuales son *siempre* y *nunca*, esfuerza á ambos. Así sucede ya desde muy antiguo. Gonzalo de Berceo, en la *Vida de San Millán*, cuenta que el rey Leovigildo arrasó la ciudad de Cantabria, quedando

El pueblo destruído, los muros trastornados,
Nuncua yamás non fueron fechos nin restaurados.

Y el bachiller Fernán Gómez de Cibdad-Real en 1445 escribía al almirante de Castilla, reconciliado ya con el rey D. Juan: «atendemos á vuestra merced con gran júbilo, porque para siempre *jamás* ha de ser vuestra merced metido en la gracia de Su Alteza». Cuando el adverbio *jamás* va solo, significa ordinariamente lo mismo que *nunca*, lo cual es más conforme á su origen, que es la reunión de las dos partículas *ya* y *más*. Mas para que la ambigüedad sea completa, otras veces significa lo mismo que *siempre*. Ejemplo de ello tenemos en las *Trescientas*, de Juan de Mena, que dice, hablando de Santo Tomás de Aquino, en cuyo día nació el rey D. Juan el II, como explica el Comendador Griego:

Y vimos al sancto doctor cuya fiesta
El nuestro buen César jamás *soleniza.*

Le había precedido en lo mismo el autor del *Poema de Alejandro*, que, refiriendo la entrada de Alejandro en Jerusalén y lo bien que trató á los judíos, dice:

Quitólos de tributo é de todas las pechas.....
Ca avíe por yamás con ellos paces fechas.

El uso, tirano más bien que regulador del lenguaje, suele establecer y autorizar estas anomalías.—Así también se dice con igual significación *pena de la vida* y *pena de muerte*. IV, 380.—«Por *jamás* alabado». Aunque la palabra *jamás* por sí sola ordinariamente significa *nunca*, aquí sig-

nifica *siempre*. V, 225.—«*Por jamás* quisimos admitirlas». *Por jamás* se dice, así como *por siempre*, para significar lo contrario. En uno y otro caso pudiera suprimirse la partícula *por*, sin alterar esencialmente el sentido. V, 299.

Jano (El templo de).—«La misma paz y quietud del tiempo de Otaviano». Los romanos, según se saben, tenía abierto el templo de Jano en tiempo de guerra y sólo lo cerraban en el de completa paz. Desde el reinado de Numa, que lo erigió, hasta la época de los emperadores, sólo se cerró en dos ocasiones, como cuenta Tito Livio: el emperador Octaviano Augusto lo cerró tres veces: *Janum Quirinum* (dice Suetonio) *semel atque iterùm à condita urbe memoriam ante suam clausum, in multo breviore temporis spatio, terra marique pace parta, ter clusit*». De aquí vino la expresión proverbial de «paz octaviana», con que se denota una paz profunda y universal. III, 337.—Véase *Otaviano*, etc.

Jáquima.—Voz de origen arábigo. Cabestro ó cabezada de cuerda con que se sujetan las cabalgaduras. V, 307.

Jara, *flecha, saeta*, *pasador*, *vira*.—Son nombres de armas arrojadizas que se disparaban con arco ó ballesta. IV, 445.

Jarales.—Terrenos en que abundan las jaras, arbusto comunísimo en España, que cubre gran parte de nuestros despoblados y los cubría ya hace siglos, como lo indican nuestros romances viejos. II, 248.

Jarama (Los toros de).—Lope de Vega, en su *Bernardo*, había ensalzado la bravura de los de Jarama, cuyos pastos, según la opinión común, tienen la propiedad de embravecerlos; opinión que en el día se sostiene con igual crédito. VI, 186.

Jarcias.—«Todas sus *jarcias* y figuras» (del retablo de maese Pedro).—*Jarcias* se dice de los aparejos y cabos de una embarcación; pero á veces significa, como sucede aquí, el conjunto ó aparato necesario para hacer algo que sea operoso y complicado. IV, 86; V, 60.

Jáuregui (D. Juan de).—«Su *Aminta* (traducción), donde felizmente pone en duda cuál es la traducción ó cuál el original».—Caballero sevillano, pintor y poeta: «retrato (de Cervantes) copiado según se cree del original que hizo en Sevilla Francisco Pacheco ó D. Juan de Jáuregui, que existe en la Academia Española de la Lengua». IV, 323. —Jáuregui hubo de retratar en sus versos á Cervantes, según éste manifiesta en el prólogo de sus *Novelas* (I, XIII, ed. de 1783).—La traducción del *Aminta*, de Torcuato Tasso, por Jáuregui, es uno de los monumentos más preciosos y célebres de nuestra literatura. Se ha insertado en las colecciones más notables, como las de Quintana y Fernández. El poeta sevillano ha traducido con suma facilidad, no sólo la letra del *Aminta*, sino también su tono candoroso y pastoril. Puede decirse de esta traducción que huele á tomillo. VI, 289-291.—[III, 33-35, etc.]

Jerigonza.—Es el lenguaje misterioso en que se entienden las gentes de mal vivir para ocultar sus maldades.—De aquí vino llamarse *jerigonza* lo que no se entiende, como sucedía á los labradores del texto con lo que contaba Don Quijote. También se dice «en *jerga*», palabra que parece derivarse y ser abreviatura de *jerigonza*. Lo mismo solía significar *jacarandina*.—D. Francisco de Quevedo dió, al parecer, la misma significación á *jerigonza* y á *germanía*.—IV, 351.

Jileco ó casaca de cautivo.—*Jileco* parece ser la misma voz que *chaleco*, si bien éste no lleva faldas ni mangas como las casacas. Covarrubias define la *casaca*: «un género de ropilla abierta por los lados».—III, 248.

Jineta (Á la) con lanzas y adargas.—Los caminantes antiguamente llevaban lanzas, como ahora pistolas y carabinas. La adarga era propia de los que montaban á la jineta é iban á la ligera como convenía á caminantes. III, 91.

Jira.—Es fiesta campestre acompañada de comida, bulla y

regocijo, que es lo que llamamos ahora «partida de campo». V, 87.

Jirón.—Es parte ó porción pequeña de alguna cosa. (Academia.) «Dulcinea tiene un *jirón* que la puede llevar á ser reina». «Esto es, como si dijera: tiene partes que la pueden llevar á ser reina, ó hacerla merecedora de serlo». (Arrieta.) El *jirón* ó circunstancia de Dulcinea, que, según nuestro caballero, tenía «virtualmente en sí mayores venturas» y merecimientos, era ser «hermosa y virtuosa». V, 161.

Jirón.—Véase *Girón.*

¡Jo! (¡Xo! ó ¡cho!)—Interjección, de que se usa para hacer parar las caballerías. (Academia.) IV, 177.—Véase *Xo, que te estriego.*

Jorge (San).—«Uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina». VI, 160-162.—La cofradía de San Jorge. VI, 212-218.—Justas por la fiesta de San Jorge. IV, 77.

Jornadas.—Bartolomé Torres Naharro sustituyó al nombre de *actos* el de *jornadas,* indicando con él, ó que los sucesos de cada *acto* podían comprender la duración de un día, ó que así se repartía cómodamente el drama, considerado como un viaje. Cuando se publicó la primera parte del *Quijote* era ya general la división de las comedias en tres *jornadas,* y así ha continuado hasta nuestros días, llamándose *actos* ó *jornadas* las de las piezas cómicas, y *actos* exclusivamente los de las trágicas. III, 404.—[I, 267, n., etc.]

Jornadas (Á grandes ó á largas).—Modo adverbial. Con celeridad y presteza. (Academia.) VI, 344 (t).

Jovellanos (D. Gaspar de).—Su *Memoria sobre diversiones públicas,* en que, citando un pasaje del *Quijote* sobre los «autos para el día de Dios» (I, 248), habla de la costumbre de representarse autos sacramentales en el día del *Corpus.* I, 248; IV, 192.—Declamaba contra la moral que comunmente ofrecían nuestros dramas. IV, IX (Prólogo).—Véase el *Índice* de Ticknor.—[II, 239, n., 240, n.; III, 460.]

Juan (D.) de Austria.—Su historia. Fué este príncipe uno de los notables personajes de su siglo. Carlos V lo tuvo en una señora alemana de Ratisbona, donde nació el año de 1545. III, 153, 154, 160.—«El Sr. D. Juan». Así solían nombrarle los españoles de aquel tiempo, que hablaban de él con la veneración que de todas las cosas de Carlos V; y Cervantes, que había militado bajo sus órdenes y recibido de su mano premios y mercedes, tenía este motivo particular más para hacerlo. III, 162, 165, 167, 174. —Véase *Austria (Juan de).*—[II, 93-95, etc.]

Juan Latino.—Negro muy notable; su historia interesante. «Fué traído, siendo niño, cautivo con su madre á España, donde se crió en casa de la duquesa de Terranova, viuda del Gran Capitán, con la doctrina de su nieto el duque de Sesa, al cual servía de llevar los libros al estudio..... Siendo ya hombre, se casó por amores con Doña Ana Carleval, hija del licenciado Carleval, gobernador del estado del duque; porque, dando lección á esta dama, la aficionó de tal suerte con sus donaires y graciosos dichos, que le dió palabra de casamiento, y pedida ante el juez eclesiásticó, se ratificó en ello y casó con él. Estudió artes, y fué maestro en ellas..... Se aplicó á leer gramática, y tuvo la cátedra desta ciudad (Granada) más de sesenta años. Fué tan estimado de los duques de Sesa, arzobispos y gente principal, que todos le daban su mesa y silla, porque demás de ser gran retórico y poeta latino, era gracioso decidor y buen músico de vihuela. Vivió noventa años, dejando hijas y nietos que hoy viven. Cegó á la vejez, y no obstante esto, leía en las escuelas y por las calles, andando. Está enterrado en la iglesia de Señora Santa Ana desta ciudad». (*Antigüedad y excelencias de Granada*, por D. Francisco Bermúdez de Pedraza.)—Juan Latino recibió la libertad de mano del duque de Sesa, con quien se había educado: fué muy favorecido de D. Pedro Guerrero, arzobispo de Gra-

nada, y tuvo el apellido de *Latino* por su conocimiento de la lengua romana, en la que escribió é imprimió algunas poesías. I, LX (Prólogo).—Su poema en latín, con el título de *Austrias*, donde cantó la victoria de Lepanto en elegantes versos. III, 155.—M. Ticknor, en una nota en su *Historia de la Literatura Española*, traducida al castellano por D. Pascual de Gayangos (Madrid, 1854, tomo III, p. 172), dice: «Los poetas de esta época pagaron todos su tributo de alabanzas y glorias á D. Juan de Austria; pero entre todas las obras escritas en elogio suyo, ninguna es tan curiosa como un poema latino dividido en dos libros y compuesto de unos mil ochocientos exámetros y pentámetros, obra de un negro traído en su niñez de Africa á España y que á fuerza de aplicación y estudio llegó á ser profesor de lengua griega y latina en el seminario de Granada: es el mismo á quien Cervantes alude en los versos que preceden al *Quijote*, donde le llama «el negro Juan Latino» (I, LX (Prólogo)). El tomo que contiene sus poesías latinas al nacimiento de D. Fernando, hijo de Felipe II, al papa Pío V, á D. Juan de Austria y á la ciudad de Granada, consta de ciento sesenta páginas en 4.° menor y se imprimió en dicha ciudad. Es muy notable, no sólo por su extraordinaria rareza, sino por ser una de las pruebas más notables de las facultades intelectuales de la raza africana.—Después de su muerte, ocurrida en 1573, su esposa é hijos consagraron á su memoria un monumento, que se colocó en la iglesia parroquial de Santa Ana de aquella ciudad y al cual se puso un epitafio, llamándole: «*Filius Æthiopum, prolesque nigerrima patrum*». (Nic. Ant. *Bibl. Nov.*, t. I, p. 716, y *Don Quijote*, t. I, p. 60, Nota, edic. de Clemencín.)—Véase *Latino (Juan)*. —[II, 494, 495, n.]

Juan (Fiestas, día y noche, y *mañana de San)*.—La fiesta más solemne de San Juan de que nos queda memoria, fué la

que el célebre conde-duque de Olivares dió á Felipe IV, la noche de San Juan del año 1631 en los jardines contiguos al paseo del Prado de Madrid que median entre las extremidades de la carrera de San Jerónimo y calle de Alcalá. —Descripción de la fiesta, que fué sumamente magnífica y ostentosa. Dos comedias, la primera, intitulada *Quien más miente, medra más*, por D. Francisco de Quevedo y D. Antonio de Mendoza; la segunda, por Lope de Vega, con el título de *La noche de San Juan*, compuestas para la ocasión. VI, 259-263.

Jubilar.—Cervantes, en su *Quijote*, usó esta voz en dos acepciones: en la de «regocijarse», como aquí: «pero quien más *jubilaba* era la ventera», haciéndola verbo neutro ó de estado; y en la de «absolver ó descargar del trabajo de algún empleo desempeñado anteriormente», en cuya acepción es verbo activo. Así se usó en la segunda parte (V, 192), cuando la Duquesa decía á Sancho que podía llevar al gobierno á su rucio, «regalarle como quisiere, y aun *jubilarle* del trabajo». Este último sentido es el único qne actualmente tiene el verbo *jubilar* entre nosotros; en el primero, lo tengo por italianismo. La Duquesa (en este último pasaje) no proponía ninguna cosa extraordinaria y nunca vista: hartos *asnos jubilados* y *jubilados asnos* conocemos todos. Y no es lo peor que se les *jubile*, sino que se les envíe á los gobiernos, de lo que Sancho dice poco más abajo que había visto más de dos ejemplos: agudeza maliciosa de Sancho, que en la intención de Cervantes envolvería alusión á casos efectivos y prácticos que habría en aquel tiempo, como los habrá habido en los posteriores y acaso en los nuestros. III, 110; V, 192.

Jubón (En calzas y en).—Esto es, con sólo la ropa interior: el jubón que se usaba en el siglo XVI, cubría el cuerpo y los brazos; las calzas, los muslos y piernas. La ropa exterior era el sayo y el herreruelo ó capa: el sombrero

y los zapatos acababan de completar el vestido. II, 443.

Jubón (Sobre el) de armar.—La ligadura no fué sobre el peto y el espaldar, piezas del arnés que cubrían el pecho y la espalda, sino sobre «aquel jubón de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas», de que se habló en el cap. 18 (IV, 323) al describir el traje de nuestro hidalgo, recién llegado á la casa de D. Diego de Miranda. IV, 415.

Judíos (Los).—La multitud que había en Toledo de familias originarias de judíos. La aljama hebrea de Toledo había sido famosa: de ella salió el célebre Aben Ezra, que hubo de ser el primero ó uno de los primeros traductores castellanos de los libros sagrados. Los apasionados á la ciudad de Toledo quieren decir que los judíos que la habitaban en tiempo de Tiberio desaprobaron la muerte que sus hermanos de Jerusalén procuraron á N. S. Jesucristo.—De las persecuciones que padecieron los judíos en diferentes épocas, pudiera hacerse una larga historia. Cervantes ridiculiza las groseras ideas del vulgo, entonces comunes, que llegaron hasta creer que los judíos tenían rabo. I, 199; IV, 139.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Juego de Maese Coral.—«Juego de manos, que dicen de pasa pasa (por agilidad, etc.). Diéronle este nombre porque los charlatanes y embusteros que traen estos juegos, se desnudan de capa y sayo, y quedan en unas jaquetas ó almillas coloradas, que parecen troncos de coral». (Covarrubias.) V, 432.

Juglares ó bufones.—*Juglar* es palabra que viene de la latina *jocularis,* y se aplicaba á las personas cuya profesión era divertir á los demás con sus dichos jocosos, como los bufones, ó con sus habilidades, como los cantores ó músicos. —Larga Nota sobre ellos, graciosos, etc. V, 129-131.— [I, 10, 105, notas.]

Juguetes.—«Como los frailecicos que hacen los niños». Debió ser algún juguete común en tiempo de Cervantes, á la

manera que ahora se hacen conejos con una aceituna ó un pañuelo, caras de vieja con el puño cerrado y dos cuentas de rosario, y calaveras con cáscaras de coco y una luz dentro. Lo que aquí se indica serían vainas de haba cortadas de modo que la punta quedase pendiente como capucha, dejando descubierta parte del haba, que representaría la cabeza, y lo demás de la vaina, el cuerpo. II, 516.

Juicio (Es un).—Es una cosa muy extraña, un asombro. (Arrieta.)—«Que *es un juicio* los que tienen muñidos». IV, 354 (t).—«Que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que *es un juicio*». (Carta de Teresa Panza á la Duquesa.) VI, 77 (t).

Julián (El conde Don).—Era gobernador de Ceuta por los reyes godos de España á principios del siglo VIII, cuando los mahometanos, sojuzgadas las costas septentrionales de África, penetraron hasta las del Océano Atlántico. Combatieron inútilmente á Ceuta, defendida con valor por Don Julián; mas éste, ofendido posteriormente (así se cuenta) por la violencia que el rey D. Rodrigo hizo á su mujer, según unos, y á su hija, según otros, trató con los moros, les facilitó su entrada en la Península y los auxilió para la conquista. Los críticos han altercado sobre la verdad de estos remotos acontecimientos; pero, en fin, ésta ha sido la creencia común y ordinaria en España desde el siglo XIII. —La violencia atribuída á Rodrigo prestó asunto á la *Profecía del Tajo,* oda que compuso Fr. Luis de León á imitación de la de Nereo en Horacio, y es una de las composiciones que más honran nuestro Parnaso y que más se acercan á la sencillez y sublimidad de la lírica antigua. II, 367; III, 236.—Véase *Caba (La) rumia.*

Julio César.—«Algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres». En la poca limpieza de costumbres de Julio César conviene con Don Quijote Suetonio; pero no en punto á la del traje. Lejos de asentir Suetonio á lo que Don

Quijote dijo de César, lo tachaba á éste de petimetre y prolijo en el adorno de su persona. IV, 40; V, 355.—«Preguntáronle á Julio César cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista». V, 15.

Jumá (El primer).—*Jumá*, nombre arábigo, significa *viernes*, que es el día de la semana que guardan los mahometanos, como los judíos el sábado, y nosotros el domingo. En dicho día concurren los moros á la mezquita á hacer el zalá; y probablemente por esta razón lo escogía el cautivo para verificar su fuga, que en él era más fácil por no salir la gente á las labores del campo. III, 220, 206 (t).

Juramentos.—Muy usados entre los caballeros. «Me lo jure por la ley de caballería que ha recibido». I, 72; II, 254, 363; III, 311.—También las doncellas andantes juraban por la orden de caballería. II, 254.

Juro como católico cristiano.—Así juraba Cide Hamete Benengeli, siendo él moro, al principio del cap. 27, segunda parte (V, 67); y Teresa Panza usó de las mismas palabras al principio de su carta á su marido. VI, 78.

Justas del Arnés.—El reino de Aragón, no sólo dió muestras de aprecio á este cuerpo (la cofradía de San Jorge), apoyando sus pretensiones en Cortes, sino que fomentó su instituto. Con este objeto daba al vencedor en la justa de San Jorge un arnés completo. Y he aquí por qué se llamó la *justa del Arnés*. VI, 214; IV, 77, 184; V, 71; VI, 211.—Véanse *Cofradía de San Jorge* y *Justas por la fiesta de San Jorge*.

Justas de Suero de Quiñones, el del Paso.—Éste fué un caballero leonés, que el año de 1434 celebró junto á la puente del río Orbigo unas solemnísimas justas que duraron treinta días. En la Armería Real se muestra la espada de Suero de Quiñones. III, 463.—Véase *Paso honroso de Suero de Quiñones*.

Justas literarias, ó justas poéticas.—Certámenes literarios en que se distribuían premios y honores y que llegaron muy pronto á ser la diversión favorita del pueblo. Cervantes ganó el premio en Zaragoza en 1595 y Lope de Vega ganó otro en Toledo en 1608. (Traducción de Gayangos, II, 287.) Estas justas y contiendas literarias ó piadosas habían sucedido á las justas y torneos de los tiempos anteriores. IV, 328, 282 (t).—[II, 114, 179, 180, n.]

Justas por la fiesta de San Jorge.—Desde la batalla de Alcoraz, junto á Huesca, que el rey D. Pedro de Aragón ganó á los moros el año de 1096, y de cuyas resultas se le rindió aquella plaza, se miró á San Jorge como patrón de la caballería de Aragón. Y en Zaragoza había creada en honor del santo una cofradía de caballeros, que estaban obligados á justar tres veces al año y á tornear á caballo otras tantas en honor del santo. Llamábanse las *justas del Arnes.* IV, 77; VI, 211-217.—Véase *Cofradía de San Jorge.*

Justas y torneos.—Tres son los ejercicios que Don Quijote menciona como propios de caballeros cortesanos, y que compara y pospone á los oficios y trabajos de los andantes: «alancear toros, concertar *justas* y mantener *torneos*». Las *justas* se diferenciaban de los *torneos* en que eran de «uno á uno», y los *torneos* podían ser de «cuadrilla á cuadrilla». *Torneos* era nombre general en que se comprendían todas las clases de luchas, combates y ejercicios caballerescos. IV, 314-316, 406.—Véase *Torneos y justas.*

Justicia (La administración de).—En los tiempos de Cervantes estaba muy distante de ser tan recta y justificada como debiera. Si hemos de juzgar por los documentos que nos quedan, bien podemos lisonjearnos de vivir en mejor edad que Cervantes y sus contemporáneos. II, 204.

Justicia (La) distributiva y conmutativa.—Pedantea aquí Don Quijote con la división vulgar de la justicia en *distributiva* y *conmutativa;* aquélla es la que concierne á los derechos de

las personas; ésta, la que nivela y equilibra las cosas. IV, 330.—«Poner en su punto la *justicia distributiva*». III, 127. —«Ni defraudó nada de la *justicia distributiva*». VI, 241 (t).

Justo (En) y en creyente.—Expresión proverbial antigua, de origen desconocido, como otras muchas de su clase. El Diccionario dice que la expresión *en justos y en creyentes* se usa para asegurar que una cosa es cierta. Por consiguiente, querrá decir: «como soy hombre de bien y cristiano». Mas, según Covarrubias, citando á Quevedo, vale «súbitamente, aceleradamente». En la *Eufemia*, comedia de Lope de Rueda, dice Vallejo: «Acodiciéme á un manto de un clérigo é á unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solía comer, y cógeme la justicia, y *en justo y en creyente*», etc. Aquí parece que significa «incontinenti, en caliente, sin intermisión de tiempo». V, 372.—Véase *En justo y en creyente.*

Juxta illud: si quis, suadente diabolo, etc.—Don Quijote dijo á Sancho: «yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada: *juxta illud*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón». Cervantes aludiría al decreto que empieza así del concilio de Trento, cuyos cánones conocía, puesto que cita en la segunda parte (VI, 135) el que prohibe los desafíos. Consiguiente á esto debiera decir, no «cosa sagrada», sino «persona sagrada», que es de lo que habla el concilio. Éste lo tomó del *Decreto* de Graciano, y Graciano del concilio de Reims del año 1131. II, 108.

La (pronombre) en el dativo.—«De dar*la* facultad y licencia para entrar á decir*le* su cuita». Véase un ejemplo de la ventaja que puede traer para la claridad el uso de *la* en el dativo del pronombre *él*. El *darla* es á la condesa; *decirle* es al duque. Alguna otra ventaja puede sacarse en la composición, cuando juntándose dos verbos de distinto régimen,

el uno de dativo y el otro de acusativo, pueden regir ambos el *la,* no pudiendo de otra suerte reunirse. V, 254.—«Sin responder*la* palabra» (Don Quijote á Altisidora). VI, 154.—Otros ejemplos. VI, 170.—Uso promiscuo de *les* y *las* y *los* en dativo. VI, 74, 169-172.—Véanse *Le, lo,* etc. y *Pronombres personales.*

Laberintos.—Hubo en la antigüedad, según cuentan, cuatro laberintos famosos: el de Egipto, el de Creta, el de Lemnos y el de Etruria. «*Laberinto* como el de Creta». I, 233. —«Á imitación del hilo del *laberinto* de Perseo». La semejanza de los nombres de *Perseo* y *Teseo* ocasionó el error con que Cervantes puso uno por otro. No fué Perseo, sino Teseo el que acabó la aventura del *laberinto* de Creta con el auxilio del hilo que le dió Ariadna. Que no fué ignorancia, sino descuido de Cervantes, se ve por la expresión del capítulo 48, primera parte (III, 422), en que el mismo Don Quijote, que aquí habla del *laberinto de Perseo,* le dice á Sancho que los encantadores habrían tomado ciertas formas «para ponerte (le dice) en un *laberinto* de imaginaciones que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo». II, 326; III, 422.—Véase *Soga de Teseo,* etc.

Labor blanca.—Según Covarrubias, es el cosido primoroso en lienzo fino, que hacen las mujeres. (Arrieta.) V, 462 (t).

Labrar.—Se dice también con aplicación á las labores mujeriles. De *labrar* se dijo *labrandera,* que era la mujer diestra en hacer las labores propias de su sexo. Esta palabra, que ya no se usa en el día y que es tan significativa, no tiene equivalente en castellano. La que más se le aproxima es la voz *costurera.* V, 424; V, 459, 466 (textos).

Lacayo gascón.—*Lacayo,* palabra árabe, que significa «el hijo de padres desconocidos». Otros opinan que viene del griego y que significa *corredor.* VI, 94.—Véase *Tosilos.*

Ladino.—Viene de *latino,* y se llamaba así al moro y al negro que hablaban el castellano; y eran más ó menos *ladi-*

nos, según que lo hablaban mejor ó peor. *Ladino* en los negros se opone á *bozal*, que es el que no sabe otra lengua que la suya nativa. Metafóricamente se llama *ladino* al que habla con facilidad y soltura. III, 219.—Véase *Bozal*.

Lado (Del) siniestro.—«Que infundió Dios sueño en Adán, y que, estando durmiendo, le sacó una costilla *del lado siniestro*, de la cual formó á nuestra madre Eva». No lo expresó *(del lado siniestro)* la Santa Escritura, pero es creencia común y muy antigua.—(Véase *Génesis*, C. II, v. 21 y 22.)—III, 25.

Ladrillazos.—«Y no hallar sino coces y manteamientos, *ladrillazos* y puñadas». (Sancho lo dice á su amo.) De ningún *ladrillazo* se ha hecho mención en la fábula, como se ha hecho de «coces, manteamiento y puñadas». Puede crerse que es errata en vez de *candilazos*, por el que recibió Don Quijote en la venta de mano del moro encantado, *alias* el cuadrillero (II, 47). II, 275; III, 315.

Ladrón de más de la marca. II, 207.—Véase *Marca*, etc.

Lago (Bullente), ó *lago ferviente*, como se llamaba el de la ínsula de Mongaza, donde había un ídolo al cual el señor de la ínsula sacrificaba las doncellas que podía haber á las manos. Se hace mención también de un *lago ardiente* donde un mágico encantó á Clarinda, hija del emperador de Persia, con mil doncellas suyas. III, 474.—Cervantes pintó al vivo el acceso de locura en que á la sazón se hallaba Don Quijote, poniendo en su boca un discurso de expresiones animadas y vehementes, tan lleno de fuego como el *bullente lago* que describe, y cual pudiera prestársele dramáticamente en una ocasión semejante. El orador argamasillesco se deja arrastrar del estro que le domina; usa de verbos de presente y trata de poner á la vista de su auditorio, como si en realidad lo estuviesen, el sitio y la aventura, primero espantable y después voluptuosa, que en aquel momento le dictaba su descompuesto celebro. III, 472. D. Anto-

nio de Capmany, en el *Teatro de la elocuencia española,* copia, entre otros trozos escogidos del *Quijote,* el que precede, desde «Si no, dígame: ¿hay mayor contento» etc. (III, 472), que contiene en su mayor parte la descripción que hace nuestro hidalgo de la aventura del *Lago ferviente.* III, 482, 484.

Lágrimas (Las) de Angélica.—No es ese su título, sino *Primera parte de la Angélica,* poema que escribió D. Luis Barahona de Soto, quien murió en 1595. Fué amigo de Cervantes. I, 152; II, 483; III, 50, 288; V, 429.—«Las cuatro *ss* que dicen que han de tener los buenos enamorados: sabio, solo, solícito y secreto». Parece que Cervantes en este pasaje aludió á un dicho proverbial de su tiempo, que explicó Luis Barahona en las *Lágrimas de Angélica.* III, 50. —Véanse *Barahona de Soto* y *SS (Las cuatro),* etc.—[II, 168, 482, 483, n.]

Lágrimas de San Pedro.—Poema por Luis Tansilo, poeta napolitano. III, 14.—Véase *Tansillo (Luigi).*—[III, 87 y n.]

Laguna (Andrés).—Médico del emperador Carlos V. Tradujo del griego, é ilustró con anotaciones y figuras el tratado de Pedacio Dioscórides acerca *de la materia medicinal y de los venenos mortíferos.* Residió Laguna mucho tiempo en Alemania, Flandes é Italia. La traducción de Dioscórides tiene la particularidad de haber sido hecha en el mismo sitio en que estuvo la quinta Tusculana, donde Cicerón escribió varias de sus obras filosóficas. II, 89; V, 17.

Lagunas (Las) de Ruidera, que en la Mancha habían visto.—En varios lugares de esta segunda parte se ha hablado de las lagunas de Ruidera. En el cap. 18 (IV, 346), se proponía Don Quijote inquirir «su nacimiento y verdaderos manantiales»; en el 22 (IV, 405), le ofrecía el primo enseñárselas; en el 24 (V, 4), el mismo primo le decía que con motivo del viaje había sabido lo que se encerraba en la cueva

de Montesinos, con las mutaciones de las lagunas de Ruidera. Pero en ninguna parte se dice que las hubiesen visto Don Quijote y Sancho, como aquí se expresa. VI, 253.—Descripción de ellas. IV, 434.—Otras Notas. II, 444; IV, 346, 405; V, 7.

Lambicar.—«Ni *lambicando,* como dicen, el cerbelo». «*Lambicar el cerbelo,* dice Covarrubias, es meterse uno en devaneos é indagaciones que le gastan el juicio». En el día se dice *alambicar el cerebro.* (Arrieta.) IV, 406, 407 (t).

Lamparones.—Sobre la prerrogativa que se suponía tener los reyes de Aragón y de Francia de curar los lamparones, y la virtud que dicen que tienen los reyes de España de lanzar los demonios del cuerpo de los energúmenos, sólo con presentárseles. V, 449; VI, 409.

Lana (Quitar la) de aquellos venerables rostros.—*Lana*: voz enfática para ponderar lo poblado y borroso de las barbas dueñescas. V, 315.

Lana (Una arroba de).—Esto alude á las cernejas, que los caballos frisones (de Friesland) tienen muy pobladas, y es señal de ser fuertes. VI, 139.

Lanza (De) en astillero.—Ya desde el tiempo de los Reyes Católicos reinaba la máxima de que abundasen por todas partes las armas; y esto de tenerlas á la vista y en los portales de las casas, debió ser usanza común. *Astillero* viene del latino *hasta* ó lanza, porque era una armazón ó percha de madera en que se colocaban las lanzas, y solía servir de adorno y autoridad en los portales de las casas. Ahora se usa para colocar los fusiles en las casas donde asisten soldados de guardia. I, 2.

Lanza (La) y la pluma.—«Nunca *la lanza* embotó *la pluma,* ni *la pluma la lanza*». Como sucedió á César entre los romanos, y entre nosotros al rey D. Jaime el Conquistador, y, descendiendo á personas menos ilustres, á D. Carlos Coloma y á los marqueses de Santacruz y de la Victoria.

Garcilaso de la Vega y D. Alonso de Ercilla ambos fueron ilustres poetas y al mismo tiempo militares valientes. II, 90.

Lanzarote (Don) del Lago.—Arnaldo Daniel, poeta provenzal, fué el autor del libro de *Lanzarote,* libro de que ya había noticia en Castilla en el siglo XV. I, 262.—Lanzarote fué caballero de la Tabla Redonda. Fué amante correspondido de Ginebra, hija del rey de Escocia y mujer del rey Artús, de quien tuvo grandes celos la fada Morgaina, que amaba también á Lanzarote. Andando el tiempo, este caballero mató á Morderete, hijo de Artús, que se había rebelado contra su padre; puso en el trono al heredero legítimo, y se hizo ermitaño. III, 456.—«Nunca fuera caballero». Contrahizo nuestro hidalgo y aplicó á su persona el romance antiguo de Lanzarote, que empieza así. I, 37, 263; III, 457.—Véase *Arnaldo (Daniel).*

Lanzón.—La palabra *lanzón,* á pesar de su terminación aumentativa, significa una cosa menor que *lanza,* á la manera que *ratón* significa también una cosa menor que *rata,* y que *rabón* indica un animal *de poco rabo* ó *sin rabo.* Son vocablos con terminación y forma de aumentativos, y significado y fuerza de diminutivos. II, 51.—*Lanzón,* según Covarrubias, es arma corta que suelen usar los guardas de viñas y melonares, por cuyo motivo no fué extraño que la hubiese en la venta. III, 280.—Véanse *On* y *Terminaciones de palabras,* etc.

Largas (Tantas).—«No eran menester *tantas largas* ni tantas lágrimas y suspiros». Tantas dilaciones, tantas palabras, que alargaban la narración. (Arrieta.)—*Dar largas:* valerse de cualquier medio para dilatar el fin ó resolución de un negocio. (Academia.) VI, 22 (t).—Véase *Tantas largas.*

Largo y tendido.—Expresión familiar. Con profusión. (Academia.)—«La causa dese dolor debe ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo con que te dieron, *largo y ten-*

dido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te cogiera, más te doliera». «Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos».—Pocos lectores dejarán de reirse en este paso. El diálogo que se sigue entre Don Quijote y Sancho, es, como lo son generalmente todos los del *Quijote*, pero especialmente los de la segunda parte, saladísimo. Si al género ridículo le puede convenir la calidad de sublime, éste es un ejemplo. V, 85.

Lastar con las setenas. IV, 274.—Véase *Setenas (Pagar con las)*.

Latiniparla.—El lenguaje de los que afectan mezclar voces latinas, aunque españolizadas, hablando ó escribiendo en castellano. (Salvá.)—Lope de Vega quiso ridiculizarla (la voz *propincua*) como propia de la culta *latiniparla*, citando á un poeta manchego que dijo en su *Zarambaina* (todo es burlesco):

En viendo que el estío está propincuo,
Por mi salud las damas derelincuo.

II, 12.—*La culta latiniparla*, de Quevedo, hablando de «poetas de primera tonsura». VI, 404.—Véase *Propincuo*.

Latinismos.—Palabras latinas que se usan en el *Quijote* y no pertenecen al uso general y corriente de la lengua (castellana). V, 90, 99, 252.

Latino (Juan).—Véase *Juan Latino*.

Laúd.—Un instrumento que se toca punteando con los dedos ó hiriendo con una pluma las cuerdas. Hubo muchos caballeros andantes que fueron también músicos y poetas. II, 235-238; IV, 213.

Laura (Don Olivante de).—Historia de este invencible caballero, príncipe de Macedonia, que vino á ser emperador de Constantinopla, por Antonio de Torquemada. I, 113.—Véase *Torquemada (Antonio de)*.—[III, 205, 206 n.]

Laureado.—La corona de laurel era propia de los poetas, como alumnos ó hijos de Apolo á quien estaba consagrado aquel árbol.—El famoso Francisco Petrarca fué laureado solemnente con extraordinaria pompa por el senado romano en el Capitolio en 1341; y desde entonces se repitió esta ceremonia con los poetas más eminentes y célebres. IV, 339.

Laurel.—«Y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes». Si tiene algo de cierto esta propiedad que se atribuyó á las hojas del laurel, será porque abundan de resina, lo cual las hará, como llaman, «idioeléctricas». IV, 290.—Sobre coronar los reyes á los eminentes poetas con las hojas de laurel. IV, 290, 339.—Sancho promete de poner una corona de laurel en la cabeza del rucio, y añade: «que no parezcas sino un laureado poeta». VI, 121.

Laurel de Apolo.—Poema de Lope de Vega. IV, 83, 341.—Sus versos justos y generosos con que celebró la manquedad de Cervantes. IV, VI (Prólogo).—[II, 188 y n.]

Lautrec (Monsieur de), general francés.—«En una batalla que en aquel tiempo dió al Gran Capitán en el reino de Nápoles». Supuesto anacronismo de Cervantes. III, 89.

Lavapiés y Leganitos (Fuentes de) en Madrid. IV, 409.

Lazarillo de Tormes.—Obra de D. Diego Hurtado de Mendoza, uno de los insignes escritores castellanos del siglo XVI. Á poco de estampado, lo prohibió la Inquisición; mas, hechas algunas supresiones, el Consejo Real permitió su publicación el año de 1573, dos antes de la muerte de su autor, y desde entonces se han repetido muchas ediciones dentro y fuera de España, en castellano, en italiano y en francés.—Considerando lo apasionado que fué Cervantes á D. Diego de Mendoza, como lo mostró celebrándolo con en-

carecidos encomios en la *Galatea* bajo el nombre de Meliso, se puede sospechar que no es sincera la preferencia que da sobre el *Lazarillo* á la vida de Pasamonte, y que aquel «mal año» es irónico y envuelve algún sentido que no se explica. II, 208-210, 230; V, 345.—Véase *Mendoza (Don Diego Hurtado de)*.—[I, 470-473; III, 98.]

Le, lo, la, les, las, los.—Observaciones críticas é importantes sobre el uso de estos pronombres como dativos y acusativos. V, 254; VI, 74, 154, 169-172.

Leal, legal. II, 114.—Véase *Fiel y legal.*

Leandra y sus pretendientes.—La transformación de éstos en pastores, y varias frases de la presente amplificación, recuerdan las circunstancias de la historia de Marcela y Grisóstomo, que se contó en el cap. 12 y siguientes de esta primera parte (I, 243). III, 496, 505.—Véase *Eugenio (El cuento del pastor).*

Lechuguillas.—Cierto género de cuellos en forma de hojas de lechuga, como aquella que se ve en el retrato de Cervantes. IV, 323.

Leganitos (Fuentes de, caños de). IV, 409.—Véase *Lavapiés y Leganitos (Fuentes de).*

Leguas (De dos).—«Y que llaman á la sed *de dos leguas*». Esto es, desde muy lejos, á gran distancia. (Academia.) VI, 99 (t).

Ley del encaje.—La que no está escrita, sino que se pone al juez en la cabeza, y, sin haber texto ni doctor á quien arrimarse, la ejecuta. (Covarrubias.) Según esto, *ley del encaje* es lo mismo que «ley de capricho», pero no excluye la buena fe. I, 233.—«Nunca te guíes por la *ley de encaje*». (Consejo de Don Quijote á Sancho.) V, 352.

Lela ó *Lel-la.*—En arábigo quiere decir «la adorable, la divina, la bienaventurada por excelencia». Sólo se da este nombre á María Santísima. (Nota de la Academia Española.) III, 124.—*Lela*, en algarabía, es equivalente de «seño-

Lepanto el memorable día 7 de octubre de 1571.—Cervantes asistió y se distinguió en esta batalla, donde quedó manco de la mano izquierda. D. Juan de Austria mandó como generalísimo las operaciones militares y la escuadra combinada que venció la de los turcos.—[II, 93, etc.]

Lepolemo.—El invencible caballero de la Cruz.—Su historia por Pedro de Luján. I, 116.—Véanse *Caballero de la Cruz*, *Luján*, etc.—[I, 210, 217.]

Lercha (En).—*Lercha* se llama la pluma ó junquillo en que los cazadores ensartan por las narices las aves muertas, y los pescadores los peces por las agallas. IV, 181.

Lerma (Duque de).—Ministro favorito del rey D. Felipe III. I, LXI (Prólogo); III, 275; IV, 36, 281.—[III, 424, n., etc.]

Letra (La) con sangre entra.—Refrán que da á entender el trabajo y fatiga que se necesita emplear para saber ó adelantar en alguna cosa. V, 240.

Letra procesada.—Se llama la que está encadenada y enredada, como se ve en varios procesos antiguos. (Academia.) —Este modo de escribir, desordenado y sin regla, fué fácilmente adoptado por los que vivían del trabajo de pluma, porque con pocas palabras se llenaba una plana.—Era modo de escribir fácil y ligero, de suerte que con poco trabajo crecía mucho la paga y lo escrito. II, 307.

Letras (Las).—«Pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas *letras*». Como verbigracia las de Cervantes..... Al considerar la situación de Cervantes al escribir estas palabras; sus méritos, sus servicios, su ingenio desatendidos; inútiles y vanos sus esfuerzos y diligencias para salir del estado de escasez y pobreza; su vejez, reducida á vivir de la caridad y compasión ajena, no puede menos de ocurrir que la expresión del texto es irónica, y que contiene algún oculto desahogo de su resentimiento. IV, 281.

Letras caldeas ó griegas (Padrones y profecías escritas en). II, 461.

Letras (Pobre de).—Letras son aquí los motes y letrillas que solían sacar los caballeros en las fiestas. VI, 218.

Letras sin virtud son perlas en el muladar.—Hermosa sentencia, digna de Cervantes y muestra de lo noble y virtuoso de su corazón, porque, como él mismo dice más abajo (IV, 290), «la pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos».—El texto alude á la fábula del pollo que encontró la perla en el muladar y le hubiera preferido un grano de cebada. IV, 281.

Letrillas.—La letrilla siguiente pertenece á aquel género de composiciones ligeras que nuestros antiguos poetas solían poner en boca de las doncellitas tiernas hablando con sus madres: las hay sumamente naturales, sencillas y graciosas:

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
si yo no me guardo,
mal me guardaréis.

II, 401.—«Guardábala su padre y guardábase ella (Leandra); que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio». III, 496 (t).

Levada.—La ida y venida ó lance que de una vez y sin intermisión juegan los dos que esgrimen. «Á dos *levadas* destas habremos cumplido con esta partida y aun nos sobrará ropa».—*Partida*: en el juego, el número de tantos ó suertes con que se gana; y también lo que se atraviesa. (Academia.)—Sancho fué consecuente en su propósito, pues, con efecto, «en dos *levadas*» ó veces cumplió su penitencia, como se ve por este capítulo y el que sigue; ganando la *partida,* ó sea el precio que le había ofrecido su amo. VI, 415.

Levantar la lanza.—«Sin tocarle con *la lanza, que la levantó,*

al parecer, de propósito». Lance de que hay repetidos ejemplos en los libros caballerescos. VI, 325.

Levantar caramillos en el viento.—Esta expresión viene á ser lo mismo que la de «levantar castillos en el aire», sólo que *caramillos* se toma en mala parte, por «chismes, enredos, embustes calumniosos», y *castillos* son «ficciones sin malignidad». No está enteramente bien dicho *viento,* por *aire:* éste necesita moverse para ser *viento.* Al formar proyectos quiméricos de vanidad ó codicia llaman los franceses levantar ó fabricar «castillos en España». V, 24.

Levantarse ó subirse á mayores.—Adagio que significa «ensoberbecerse alguno, elevándose más de lo que le corresponde». V, 345.

Levantes (Los) y genízaros.—Los *levantes* ó *leventes* eran soldados de marina, así como los *genízaros* lo eran de tierra; pero éstos solían embarcarse también en los casos de necesidad, y aun lo pretendían muchas veces como medio de enriquecerse con las presas hechas en el corso.—III, 159.

Levar ferro.—Levar el ancla ó áncora. V, 99 (t).

Libertad.—Hermoso nombre que los excesos y extravagancias de los unos y la timidez é ignorancia de los otros han concurrido á desacreditar en estos últimos tiempos, confundiendo la honrada libertad, que protegen y conservan las leyes, con la licencia, que reprimen y castigan. «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos». Estas razones de Don Quijote son admirables, tanto por la sensatez de las ideas que encierran, como por el lenguaje noble, propio y majestuoso con que se expresan. VI, 157.—[II, 97, n.]

Libio (El) llano.—«Ó entre la venenosa muchedumbre de fieras que alimenta». (Canción de Grisóstomo.) I, 294.—«Si te criaste en la Libia..... etc.» (Romance de Altisidora.) V, 396.

Libranza pollinesca.—«Y la *libranza pollinesca* también». Ad-

vertencia y recuerdo propio del carácter codicioso de Sancho. II, 306.—«Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos». Festiva imitación de las fórmulas acostumbradas en las letras de cambio y documentos semejantes de comercio, aplicadas á una libranza asnal. También hace reir la entrega de tres pollinos que se supone hecha «de contado» en las entrañas de Sierramorena á Don Quijote, y el recibo que éste da de los pollinos, como si fueran maravedís. II, 322.—La libranza no vuelve á nombrarse en la fábula. IV, 86.

Librar bien ó mal.—Salir con felicidad ó con desgracia de algún negocio. (Academia.) «Sólo *libró bien* con él un soldado español llamado tal de Saavedra». III, 183 (t).

Libre y sin cautela.—Fórmula forense.—*Sin cautela.* Locución forense: sin dar caución. Locución anticuada: sin lesión. (Salvá.) V, 108.—«Salvo y *sin cautela*». II, 135 (t).—Sano y *sin cautela*. IV, 417 (t).

Librea.—Así se llamaba en tiempos antiguos el vestido uniforme que los reyes daban á los militares, V, 14. «Con vistosas *libreas* salían (los caballeros)». Cuando esto se escribía, aun no se había aplicado la voz *librea* al vestido uniforme de cierta clase de criados inferiores, como sucede en el día. Así lo prueba este pasaje, y el del cap. 22 (IV, 406), en que habla el primo á Don Quijote de su libro *De las libreas*. VI, 254.

Libros de entretenimiento. I, 139; II, 388; IV, 279.

Licencias ó grados de las universidades.—*Licencia:* el grado de licenciado. (Academia.) IV, 328.

Licurgo y Solón.—«Un *Licurgo* moderno ó un *Solón* flamante». Célebres legisladores antiguos: el primero, de los lacedemonios, y el segundo, de los atenienses. Licurgo, después de haber establecido sus leyes, hizo que sus conciudadanos jurasen observarlas hasta su vuelta y se fué á morir lejos de su patria. Solón exigió el mismo juramento; pero, vuel-

to á los diez años de ausencia, fué testigo de la destrucción del gobierno que había establecido y de la tiranía de Pisístrato. La legislación de Licurgo fué más duradera. *Flamante* es lo mismo que «brillante, nuevo, acabado de hacer; que brilla y deslumbra como llama». IV, 4.

Liebres (Las).—«Tenía los ojos abiertos como *liebre*». Que las liebres duermen con los ojos abiertos, lo notaron ya los antiguos y de ello habló Plinio. La causa es que los párpados de las liebres son pequeños y no les alcanzan á cubrir del todo los ojos. Los cazadores observan frecuentemente que estos animalejos están quietos en sus camas con los ojos abiertos, no dan muestras de ver, ni huyen del peligro que tienen delante; lo que arguye que están durmiendo. II, 31.

Ligera (Á la).—«Tan solo, tan sin criados y tan *á la ligera*». *Á la ligera:* sin aparato, con menos comodidad y compañía de la que corresponde: de prisa, ó ligera y brevemente. (Academia.) Taboada dice: «*On le dit d'une personne qui voyage avec peu de bagage, etc., à la légère*». II, 448 (t).

Ligeras.—«Con unas estopas *ligeras* de encenderse y apagarse». Nótese la acepción de la palabra *ligeras*, que aquí es lo mismo que «fáciles»; acepción más común en lo antiguo que ahora, que ordinariamente se ciñe á significar el peso ó el tiempo. V, 329.

Limiste de Segovia.—Cítase después el *paño de Cuenca* por ejemplo del basto y ordinario, y el *limiste de Segovia*, por ejemplo del fino y delicado. V, 182.—Véase *Paño de Cuenca.*

Limitados.—Es lo mismo que «parcos ó económicos». V, 139.

Linajes (Dos) en el mundo.—«Porque te hago saber, Sancho, dijo Don Quijote, que hay *dos maneras de linajes en el mundo:* unos, que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho

y han acabado en punta, como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores». II, 185 (t).—Sancho dijo á su amo: «*Dos linajes* sólo hay *en el mundo*, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al de tener se atenía; y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro, parece mejor que un caballo enalbardado». IV, 384.—Véase *Tener (El) y el no tener.*

Lirgandeo (El sabio).—Fué maestro y cronista del caballero del Febo. Profesaba por su nacimiento el paganismo: después se convirtió á la fe cristiana. Tenía gran concepto de su sabiduría y poder Don Quijote, puesto que lo llamaba en su auxilio cuando, atado por la muñeca, pendía del agujero del pajar, por la travesura de Maritornes, según se contó en el cap. 43 de la primera parte (III, 289). V, 210.

Lisboa.—Capital de Portugal. Altarroca, que después llamaron *Lisboa.* I, 128.—Véase *Altarroca.*

Lisión.—«Sin haber recibido *lisión* ni daño alguno». Así decían nuestros antiguos, y de aquí *lisiado*, que subsiste en el uso actual á pesar de que decimos *lesión*, conforme al origen latino de la palabra. VI, 118.

Lisuarte de Grecia.—Hijo de Esplandián y de Leonorina, nieto de Amadís y de Oriana y biznieto del rey Lisuarte, uno de los primeros personajes en la historia de Amadís de Gaula. I, 168, 264; II, 288; IV, 18, 185, 215.—[I, 209, 210, n.]

Lita.—«Su conciencia le *lita* que». Voz estropeada rústicamente, por *dicta.* IV, 128.

Lizos.—«Una tela de varios y hermosos *lizos* tejida». Todas las ediciones han leído *lazos* en vez de *lizos.* El primero á quien ocurrió corregirlo, fué el benemérito individuo de la Academia Española D. Ramón Cabrera, y no puede menos de aplaudirse y adoptarse la enmienda. La tela no se

teje de *lazos*, sino de *lizos* ó *hilos*. De *lizos* se dijo *terliz*, como «hecho con *tres lizos*», según Covarrubias. III, 392. —«Sin impedirlo sus *lizos*». Los del cendal, no los del rostro, como exigía rigorosamente el régimen de la frase. V, 219.

Lo que él.—«*Lo que*» en los siguientes y semejantes pasajes tiene el sentido de «*lo mismo que*», entendiéndose como repetido el verbo que precede; por ejemplos: «Cervantes, suponiendo con demasiada facilidad que sus lectores sabían *lo que él* (sabía) y que tenían presente *lo que él* (tenía presente) al escribir su libro, creyó que no necesitaba de comento». I, xxxv (Prólogo). «Espinosa quiso remedar á Ariosto, é hizo *lo que* la rana (hizo) con el buey de la fábula». I, 11. Otros ejemplos. I, 150; IV, 239.—Véase *Elisiones ú omisiones del verbo*.

Lo que no se excusa.—Esta expresión para dar á entender lo que quiso aquí Don Quijote, es muy antigua en castellano. Tanto los cumplimientos, salvas y conjuros de Sancho, como la impaciencia de Don Quijote, contrastan singularmente con la pregunta y la respuesta en que vienen á parar tantos preámbulos. III, 424.—Véase *Hacer aguas mayores ó menores*.

Lo que puedo dar os doy.—Así dijo San Pedro al cojo que le pedía limosna á la puerta del templo y á quien sanó de su cojera; expresión á que parece aludir el Duque. *(Los Hechos*, III, 6.) V, 345.

Loba.—«Negrísima *loba*». Según Covarrubias, es vestidura clerical, talar, que llega al suelo, cortada á todo ruedo y cerrada con golpes para sacar los brazos. En tiempos atrás era vestidura honorífica. V, 251.

Lobeira (Vasco de).—Parece indudable que el autor de la historia de Amadís de Gaula fué Vasco de Lobeira, natural de Oporto, uno de los que D. Juan I, rey de Portugal, armó caballeros al estar para darse la célebre batalla de

Sancho. Nombre aldeano y ridículo, porque *tocho* es lo mismo que «fatuo, zoquete». Todavía es más gracioso cuando algo adelante dice Sancho á Teresa: «ven acá, mujer de Barrabás», porque era llamarse Barrabás á sí mismo. La expresión es común, pero en boca de Sancho tiene el chiste que no tendría en la de otro. IV, 90.

Lorenzo (Aldonza).—En repetidos pasajes de la fábula se expresa que esta moza labradora, adornada de mil gracias en la exaltada fantasía de Don Quijote, era la verdadera dama á quien creía servir bajo el nombre de Dulcinea. *Aldonza* ó *Dulce* es nombre de mujer, común antiguamente en Castilla, del cual formó Don Quijote el de *Dulcinea*. El apellido *Lorenzo* es patronímico y significa «hija de *Lorenzo*», y Dulcinea lo era, con efecto, de Lorenzo Corchuelo. I, 21; II, 309, 310; V, 166, 167.—Véanse *Aldonza Lorenzo* y *Dulcinea del Toboso*.

Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales.—Padres de la supuesta Dulcinea. I, 21; II, 309, 310; V, 166, 167.

Lorenzo (Don).—El estudiante poeta, hijo de D. Diego de Miranda. IV, 280 (t).—Su curiosidad acerca de Don Quijote y su conversación con él. IV, 327.

Loriga.—Ésta era armadura interior, sobre la cual asentaba el peto y el espaldar, pendiendo la falda algún tanto por fuera de la del arnés. «Besar la falda de la *loriga*» solía ser demostración de respeto mezclado de cariño. I, 211.

Losada (Gómez de).—Su obra, con título de *Escuela de trabajos*, en que se describió el gobierno y costumbres de Argel. III, 211.

Lotario.—Su discurso sobre la prueba que quiso hacer Anselmo para averiguar la fidelidad ó infidelidad de su esposa. Las consideraciones que Ariosto atribuye á Reinaldos tienen conexión con las que Cervantes pone en boca de Lotario, así como las que Cervantes pone en boca de Anselmo recuerdan las de Melisa en el otro cuento de Ariosto. III, 27.

Lucrecia.—Sexto Tarquinio, hijo del rey de Roma, violó la castidad de Lucrecia, matrona romana, mujer de Colatino. Lucrecia se dió la muerte á presencia de su padre y de su marido, después de haberles exigido la promesa de vengarla, que se cumplió con el destronamiento y expulsión de la familia de los Tarquinios. II, 318.

Luchadores.—«Se abrazó con él (su amo) á brazo partido». El ejemplo de Sancho comprueba la exactitud del siguiente pasaje de Figueroa en su *Plaza universal:* «Hoy no se atiende mucho á ella (la lucha y su ejercicio), excepto en la Mancha, distrito del reino de Toledo, donde sus moradores, robustos y fuertes, se precian de grandes *luchadores*». VI, 224.

Lueñes.—«De *lueñes* y apartadas tierras». Voz anticuada, que significa «lo que está distante, lejano y apartado»: lo mismo que *luengas.* V, 256.—Véase *Longincuo.*

Luis (Fray) de León.—La violencia atribuída al rey D. Rodrigo prestó asunto á la *Profecía del Tajo*, oda que compuso Fray Luis de León á imitación de la de Nereo en Horacio, y que es una de las composiciones que más honran nuestro Parnaso y que más se acercan á la sencillez y sublimidad de la lírica antigua. II, 367.—Véanse *León (Fray Luis de)* y *Profecía del Tajo.*—[II, 75-89 y notas.]

Luján (Pedro de).—Su historia del *Caballero de la Cruz, Lepolemo.* (Véase.) I, 116.—[I, 210, 217.]

Lumbre, luz.—«Á la *lumbre* del candil». Con más propiedad se diría: «á la *luz* del candil». *Luz* y *lumbre* no son sinónimos: *lumbre* es la causa; *luz*, el efecto: *lumbre* es el fuego; *luz*, la claridad: la *lumbre* quema; la *luz* alumbra. Puede haber mucha *luz* y poca *lumbre*, y al revés: mucha *lumbre* y poca *luz.* II, 39.

Luna (La), planeta húmedo.—«Ni humedecer en los (rayos) de *la Luna*». Entre las vulgaridades astrológicas que corrían en tiempo de Cervantes (y no sólo en España), una

era calificar á la Luna de *planeta húmedo*, amigo y generador de cuanto es acuátil. Es gracioso el modo con que se explica sobre esta materia Jerónimo Cortés en su *Lunario perpetuo*. II, 268.—«Oh luminaria de las tres caras». Así llama Don Quijote á la Luna por las tres caras que tiene en sus tres estados de llena, creciente y menguante, ó por las tres formas que presenta sucesivamente: redonda, semicircular y puntiaguda. Por eso la llamaron Horacio y Ovidio *diosa triforme*. Tuvo asimismo, según la mitología, tres nombres: el de Luna ó Febe en el cielo, de Diana en la tierra y de Hecate ó Proserpina en los infiernos. III, 281.

Luna (Miguel de).—Su *Verdadera historia del rey Rodrigo, con la pérdida de España*, etc. II, 458.—[I, 193, n.]

Luna (Desde los altos montes de la).—Alusión al río Nilo, que, naciendo en la alta Etiopía en el monte de la Luna, según se creía antiguamente (Ptolomeo, *Geograph.*, lib. IV, al fin), se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas ó cascadas. (Nota de Pellicer.) II, 115.

Lunar (Un) pardo, con ciertos cabellos á manera de cerdas.—Bien conocido es el origen del nobilísimo apellido de los *Cerdas*, descendientes del infante D. Fernando, hijo primogénito de D. Alonso el Sabio, rey de Castilla, al cual se llamó de *la Cerda* por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas. En este incidente de cosa tan vulgar como un lunar pardo, quiso nuestro autor ridiculizar las maravillosas y fatídicas señales con que, según cuentan las historias caballerescas, nacieron muchos andantes. II, 457; IV, 182.—«Á ese lunar, dijo Don Quijote, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo». De esta opinión de Don Quijote acerca de la correspondencia de los lunares del rostro con los de otras partes del cuerpo, que en tiempo de Cervantes debía ser común, ha-

bla Covarrubias en el artículo *Lunar:* «todo es niñería y de poca consideración». Es claro que Cervantes se burla de este error vulgar, como suele hacerlo de todos los que encuentra al paso. IV, 182.

Luque Fajardo (Francisco de).—Su libro *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos.* V, 4, 13; VI, 12.

Luz del alma contra la ceguedad é ignorancia.—Obra de Fray Felipe de Meneses. VI, 294.—Véase *Meneses (Fray Felipe de).*

Lladres.—«Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los *lladres* que su perdición procuran». Esta voz no se halla en los diccionarios: viene á ser lo mismo que «pícaros, hombres viles y ruines». VI, 245 (t).

Llamarse á engaño.—Frase familiar. Retraerse alguno de lo pactado, por haber reconocido engaño en el contrato; ó pretender que se deshaga alguna cosa, alegando haber sido engañado. (Academia.) III, 335; IV, 414 (textos).

Llegué, víla y vencíla.—El bachiller Sansón Carrasco, continuando con su carácter hinchado y burlesco, y ponderando lo rápido y completo de su victoria contra la giganta Giralda, usa de la misma expresión que César: «*Veni, vidi, vici*». IV, 236.

Lleno (De) en lleno.—De medio á medio, enteramente, totalmente. (Academia.) VI, 139 (t).

Llevar el primero, llevar cola.—«*El primero* en licencias, como *llevastes cola*». *Llevar el primero* es llevar el primer lugar; *llevar cola,* llevar el último. Frases usadas en las universidades cuando concurren varios en las oposiciones á cátedras ó para recibir los grados. Aquí se trataba del de licenciado, que era el del otro estudiante. IV, 363.—Véase *Vítor, cola.*

Llevar el gato al agua.—Es hacer alguna cosa en que hay dificultad y peligro. «*El agua* cuán presto verás que *al gato*

llevas». Cervantes puso la expresión en boca del vizcaíno, estropeando el lenguaje para hacer reir al lector. I, 187.

Llevar camino.—«Y esto *lleva camino,* dijo el cura». Expresión metafórica, que equivale á «va bien guiado». Se dice de lo que está rectamente ordenado y dirigido al fin que se intenta.—*Llevar, ó no, alguna cosa camino:* tener, ó no, fundamento ó razón. (Academia.) II, 460.

Llevar hilo.—«Porque les pareció que *llevaba* Sancho *hilo* de pasearse por todos los cielos». *Llevar alguno ó alguna cosa hilo:* frase familiar y metafórica. Llevar traza ó camino de seguir una conversación ú otra cosa por mucho tiempo sin interrumpirla. (Academia.) V, 341 (t).

Llevar por el cabo.—«Ni quiera *llevar* las cosas tan *por el cabo,* que no se le halle». *Por cabo, por el cabo:* modo adverbial. Extremadamente. (Academia.) Hasta el extremo, hasta el fin. (Arrieta.) V, 57 (t).

Llevarlas (No) todas consigo.—Frase familiar con que se denota el recelo ó temor que alguno tiene ó con que va á ejecutar alguna cosa: lo mismo que *No tenerlas todas consigo.* (Academia.) Taboada dice: *N'être pas à son aise, craindre.* «Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote *no las tuvo todas consigo*». II, 95 (t); VI, 301 (t).—Véase *Tenerlas (No) todas consigo.*

Llevarse tras sí.—*Entraîner.* (Taboada.) *Llevarle á uno alguna cosa tras sí el alma:* figurado. *Désirer avec ardeur.* (Taboada.) «Por donde la voluntad de Rocinante quiso, que *se llevaba tras sí* la de su amo y aun la del asno». II, 162 (t). «Lotario, al cual *llevaban tras sí* los (pasatiempos) de la caza». III, 1 (t).

Lloraderas.—Véanse *Endechas, endechaderas* y *Plañideras.*

Llover.—Observaciones sobre la flexibilidad y usos de este verbo en castellano. Según varía su significado, pertenece á todas las clases de verbos que hay en nuestro idioma. Primero, es verbo impersonal, como en el cap. 21 de la

primera parte (II, 145): «En esto comenzó á *llover* un poco». Segundo, úsase como persona de estado en el presente lugar y otros del graciosísimo cuento de los locos de Sevilla, en que Júpiter dice que *no lloverá* en tres años, y Neptuno responde que él *lloverá* todas las veces que se le antojare. Tercero, úsase también como personal activo, en cuya significación dijo Sancho, cap 7.°, primera parte (I, 168): «tengo para mí que aunque *lloviese* Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría sobre la cabeza de Mari Gutiérrez». Otras Notas: IV, 14.

Macabeos (Los siete). II, 225.—Véase *Mancebos (Los siete).*

Magdalena (Ángel de la).—Hay en Salamanca una parroquia intitulada de la Magdalena, que pertenece á una encomienda de la orden de Alcántara.—La torre de la parroquia tenía por veleta un ángel con un pomo en una mano, y en la otra una cabellera, con alusión conocida al pomo ó vasija de bálsamo que le sirvió para ungir los pies al Señor, y á los cabellos con que los enjugó. Era disforme el cuerpo del ángel, de suerte que los forasteros preguntaban, burlándose, por el *ángel de la Magdalena.* I, LXV (Prólogo); IV, 408.

Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado.—*Madama,* por la hija del ventero, de quien se habló en el cap. 16 de la primera parte. (No fué la hija del ventero, por quien aporrearon á Don Quijote, sino la moza asturiana Maritornes. Véase II, 37.) La aplicación del nombre *Madama* hace resaltar más la ordinariez del sujeto de quien se trata. V, 402.

Madásimas (Las).—De tres Madásimas hacen mención las crónicas caballerescas que tratan del maestro Elisabad. II, 269; V, 160.

Madre.—En el tiempo de Lope de Vega el nombre de *madre* solía ser apodo de «vieja alcahueta, ó hechicera»; pero no era así siempre. III, 319.

Madre, la mi madre.—Letrilla antigua. II, 401.—Véase *Letrillas.*

Madre (Salir de).—«Cuando la cólera *sale de madre,* no tiene la lengua padre». *Salir de madre:* frase metafórica. Exceder extraordinariamente de lo acostumbrado ó regular. (Academia.) V, 75 (t).

Madrid (La corte en). III, 275; V, 462.—Véase *Valladolid.*

Madrigal (D. Alonso de).—*El Tostado* es el nombre que se da comunmente á D. Alonso de Madrigal, obispo de Ávila, que floreció en el reinado de D. Juan el II de Castilla con fama del hombre más docto y el escritor más laborioso entre los españoles de su siglo. Asistió al concilio general de Basilea y murió de poca edad el año de 1450. La edición de sus obras que se hizo después de otras en Venecia el año de 1615, consta de veinticuatro tomos en folio y no comprende más que las obras latinas. Otras muchas castellanas se imprimieron aparte y otras quedaron inéditas, como todo puede verse en la *Biblioteca antigua española* de D. Nicolás Antonio. La comparación con las obras del Tostado es de uso general en España para denotar los libros abultados y voluminosos. IV, 64.—Visitó el rey (Felipe III) el año de 1601 los colegios mayores, y en el de San Bartolomé se quitó la gorra para ver las obras originales del Tostado, se mantuvo sin ella mientras las estuvo mirando, y la misma demostración hizo con su retrato. IV, 281. «*Son savoir universel fit inscrire sur son tombeau cette epitaphe: Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne*». (*Nouvelle Biographie Générale,* V. XLV, 518, TOSTADO.) —Véase *Tostado (El).*

Madrina.—«Como su *madrina* á Hércules».—*Madrina:* palabra italiana que significa *madrastra,* como ya observaron Pellicer y la Academia. IV, 234.

Maese Nicolás, el barbero.—También se llama *maese Nicolás* el barbero que introduce Cervantes en el entremés de la

Cueva de Salamanca. Tendría quizá alusión á persona determinada. I, 9, 97 (t).

Maese Pedro.—Ginés de Pasamonte, oculto bajo este nombre. V, 27, 33, 57, 63, 66-70.—Véase *Ginés de Pasamonte*.

Maestre ó *maese de campo*.—Parece traducción de *campidoctor*, nombre de oficial militar superior, que se encuentra entre los romanos en la declinación del imperio. III, 263.—«Llamó el *maese de campo* á Don Quijote». *Maese de campo* era en aquel tiempo otra cosa distinta de la que aquí se indica. Significaba el oficial superior que mandaba cierto número de tropas, cargo que correspondía al de coronel. Cervantes quiso hablar del *maestro de ceremonias*, ó el juez del duelo. VI, 139.

Maestresala.—Su oficio y obligaciones. «Es el ministro (dice Covarrubias) principal que asiste á la mesa del señor. Trae la vianda á la mesa con los pajes y la distribuye á los que comen en ella».—Hacía también la salva, esto es, probaba la comida y bebida que había de tomar el señor: práctica que ya en tiempo de Cervantes no era más, como dice Covarrubias, que «un cierto acometimiento que aludía á ello». Anteriormente esta función era propia del *trinchante*, otro oficio palaciego que se había refundido en el de maestresala. Es un oficio muy honrado, de que cuelgan todas las ceremonias de crianza y cortesía de la mesa y de la sala. V, 137.

Maestros.—Tanto en los libros de caballerías como en nuestras antiguas crónicas, es frecuente dar el nombre de *maestros* á los cirujanos y médicos. I, 7.

Maestros de esgrima.—El *maestro desta esgrima*, que dice el texto, alude á que cuando se ejercitan los discípulos, asisten los maestros con el montante para meterlo por medio y despartirlos cuando se acaloran, y el *juez* que sigue, recuerda los de los torneos, donde los había para re-

solver las dudas que ocurriesen sobre los lances de los caballeros y la adjudicación del premio. IV, 365.

Magín.—Es la palabra *imaginación*, estropeada en boca de los rústicos. IV, 444; V, 178.

Magníficos (Los).—No es aquí *magníficos* nombre de virtud, sino título de tratamiento. El de *magnífico* fué general antiguamente en España y aun tiene algún uso en las provincias de la corona de Aragón.—Título de honor que suele darse á algunas personas ilustres. (Academia.)—V, 148.

Magüera.—«*Magüera* tonto».—Aunque. Anagrama de *maugré*, palabra antigua francesa, *malgrado*. Ahora se dice *malgré*. Covarrubias dijo que no encontraba etimología á *magüer*. VI, 1.

Maguncia, Archipiela, Antonomasia.—Nombres todos tan risibles como el de *Don Clavijo*, que se verá adelante, inventados por la supuesta Dueña Dolorida para aumentar los motivos de risa, y divertirse con la credulidad de Don Quijote. V, 274.

Maheridas danzas.—*Maheridas*, según la Academia, es voz de origen arábigo que significa «prevenidas, adiestradas, adotrinadas». IV, 352.

Majalahonda (Aunque hayan nacido en).—*Majalahonda*, que originalmente se llamaría *Majada-honda* y que pone por otro ejemplo de rusticidad el licenciado, es un pueblo de corto vecindario que está tres leguas al noroeste de Madrid. IV, 362.

Majar ó machacar en hierro frío.—Expresión proverbial. Trabajar inútilmente, como lo sería lavar á un negro; de donde los latinos explicaron el mismo pensamiento con la expresión «*aethiopem lavare*». IV, 100.

Mal ajeno, de pelo cuelga.—Refrán gracioso, de los muchos que hay de esta clase en castellano. Díjose por la facilidad con que se suele prescindir de los males ajenos. V, 86.

¡Mal año!—Interjección enfática, especie de imprecación contra quien haga ó diga lo que se desaprueba. I, 71; II, 208; V, 310; VI, 446.—«*Mal año* y mal mes para Don Belianís», etc. II, 281 (t).—«*Mal año* y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo». VI, 41 (t).

Mal caso.—Era el que producía infamia, caso de mengua, caso afrentoso.—«Caer en *mal caso*» se decía del que cometía acción que le afrentaba.—Frase familiar. Incurrir en alguna nota de infamia. (Academia.) I, 273; V, 310.

Mal conocido.—«Pan *mal conocido*». Lo mismo que «*desconocido* ó mal agradecido, ingrato». V, 90.

Mal contado (Serle á uno).—«*Mal contado te será*, señora Duquesa». Supónese aquí á la Duquesa hablando consigo misma, pero por boca de un tercero, y reconviniéndose con esta expresión, que se encuentra muy repetida en semejantes casos. V, 179, 180.—«Que *nos será mal contado*», es un verso octosílabo, que recuerda un pasaje del *Romancero del Cid*, citado en el cap. 33, segunda parte (V, 180). VI, 21. —*No ser bien contado á uno*, ó *serle mal contado*: frase. Ser censurado ó afeado. (Academia.)

Mal latín (Coger á uno en un). IV, 336 (t).—Véase *Coger á uno en un mal latín.*

Mal logrado.—Véase *Malogrado.*

Mal me han de andar las manos.—Expresión con que una persona asegura que, á no atravesarse algún obstáculo insuperable, cumplirá lo que promete ó logrará lo que pretende. (Academia.) Don Quijote dijo á Sancho: «Si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder (la bebida del feo Blas), ó *mal me han de andar las manos*». II, 6 (t).

Mal mensil (ó *mensual).*—«No toma ocasión su amarillez (de la señora Belerma) y sus ojeras de estar con el *mal mensil*, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas». IV, 440 (t).

Mal para el cántaro.—«Ha de ser *mal para el cántaro*». Sabida

es la fábula del cántaro y el caldero que en una avenida iban en buena conversación río abajo. Entre los refranes del Comendador Griego hay uno que dice: «Si la piedra da en el cántaro, *mal para el cántaro;* y si el cántaro da en la piedra, *mal para el cántaro*». En la fábula, el caldero es el fuerte; en el refrán, la piedra, y el cántaro siempre el endeble. El presente pasaje alude al apólogo ó al refrán, ó á ambos, é indica que Sancho es el cántaro. II, 143; V, 366 (t).

Mal parado, mal trecho.—Expresiones de que usa frecuentemente nuestro autor y que significan lo mismo que «*maltratado*, estropeado, en mal estado». (Arrieta.) «Daba señales de venir mal molido y *peor parado*». *Molido* se toma siempre en mala parte, y sobra el *mal.* Suprimido el *mal,* es preciso corregir el *peor.* VI, 134.

Málaga (Los vinos de).—«El más regalado bodegonero de Málaga». No hace mención Cervantes de los vinos de Málaga entre los célebres de España. I, 177; IV, 230.—Véase *Vinos de fama.*

Malambruno (El gigante).—Hermoso y valiente caballero, que, enamorado de una doncella de Morgaina, se casó secretamente con ella. Morgaina le convirtió en un monstruo, rey de duendes marinos. V, 288.

Malandrín.—Palabra italiana: equivale á «ladrón, salteador de caminos». Usáronla también, como otras tomadas de la misma lengua, los escritores castellanos, y ocurre frecuentemente en los libros de caballerías. II, 60.

Malaventura.—«Diciendo que era caballero aventurero, que *malaventura* le dé Dios, etc.» Palabra compuesta que equivale á «*desventura,* infortunio, desgracia». De ella usó Cervantes en otros pasajes, y de ella se formó *malaventurado,* sinónimo de *desventurado,* y contrario de *venturoso.* La raíz original de estos vocablos es *ventura* ó fortuna, no *aventura,* que tiene distinta acepción y significa «suceso

dudoso ó peligroso», que puede salir bien ó mal. De *aventura* se formó *aventurado,* que es «incierto ó dudoso», y *aventurar,* que es «poner á riesgo», exponer á la suerte. Por no atender á esta diferencia, se puso en las ediciones anteriores *mala aventura.* De todos modos, está bien la expresión de la ventera, que juega con la relación y semejanza que hay entre las palabras *aventurero* y *malaventura.* III, 79.—Véase *Aventura.*

Maldonado (López).—Su *Cancionero.*—La amistad que tuvo con Cervantes y otros. I, 148.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Maleador.—«Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo *maleador* que quitamos mi señor y yo de la cadena». Voz propia de la germanía, que equivale á *maleante.* IV, 72.

Maleante.—«Ni menos *maleante* que estudiante ó paje». Voz de la germanía, que significa «burlador, chasqueador maligno», y que puede derivarse del latín *malè agens.* I, 35 (t), 36.

Malencolía.—Nuestros antiguos escribieron esta palabra con variedad, pero las más veces *malenconía. Malanconía* y *malancolía* se encuentran en el antiguo *Poema de Alejandro.* Cervantes en su mismo *Quijote* dijo unas veces *malencolía;* otras, *malenconía;* otras, *melancolía.* En el uso actual ha prevalecido y quedado *melancolía,* que es lo más conforme al origen griego de esta palabra, que allí significa «humor negro». II, 437.

Malogrado.—Se dice del que muere en la flor de su vida, y sólo conviene á la juventud tierna, bella, ilustre, interesante. De aquí toma su gracia el uso de la palabra *malogrado* aplicada á un borrico. V, 23.

Maluch (Muley).—Rey de Fez y Marruecos. Del príncipe Maluch se habló con mucho elogio en la comedia de los *Baños de Argel,* diciéndose que sabía varias lenguas europeas, que tenía costumbres cultas, virtudes militares y otras apreciables prendas y gracias. III, 229.

Málum sígnum, málum sígnum.—Parece expresión de médico para calificar los síntomas que advierte en sus enfermos. Sabida es la afectación con que en otros tiempos los profesores del arte de curar solían valerse del latín, ó para distinguirse del vulgo y de los empíricos ó romancistas, ó, como suele decirse, para que «no lo entienda el enfermo». VI, 434.

Mambrino (El yelmo de).—Empieza aquí (I, 221) á prepararse la aventura de la bacía del barbero, que se referirá al capítulo 21 (II, 147) y nos ha de proporcionar entonces y después ratos de gusto y de risa. Allí se dará noticia circunstanciada del yelmo de Mambrino, que hace un papel importante en el *Orlando;* pero entre tanto es menester advertir que, ó Don Quijote por loco, ó Cervantes por distraído, atribuyeron malamente á este yelmo la desgracia de Sacripante. El desgraciado, según cuenta Ariosto (Canto XVIII, est. 151 y sig.), fué Dardinel de Almonte, que murió peleando con Reinaldos de Montalbán, á quien había dado inútilmente en el yelmo que llevaba y había ganado al rey Mambrino. I, 221; II, 147, 152-155, 221, 296, 300, 301; III, 115 (t); IV, 130.—Sancho lo llama *almete de Malandrino.* II, 93.—*Martino* le llama después. II, 158.

Mameluco (Gran) de Persia.—Decimos *Gran Turco,* pero no *Gran Mameluco:* ni *mameluco* es cosa de Persia, sino de Egipto, ni *mameluco* es nombre de dignidad, como el de *soldán,* que es el que se da á los príncipes mahometanos que dominaron en Persia y Egipto durante la Edad Media. *Mameluco,* según dicen, en árabe significa «esclavo». II, 165.

Mamonas.—«Y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro *mamonas*». Voz anticuada: lo mismo que *mamolas.* «Hacer la *mamola*» es poner en cierta forma los dedos en la cara de otro, remedando las caricias que se hacen á los ni-

ños que maman. Metafóricamente vale «embaucar, engañar con halagos á quien se desprecia»; de suerte que envuelve las dos ideas de «caricias» y de «burla». V, 90 (t); VI, 382.—*Mamonado:* palabra nueva, formada de *mamona.* VI, 384.

Mancebo, manceba: barragán, barragana.—En castellano antiguo *barragán* es *mancebo,* y *barragana, manceba;* pero con la particularidad de que los dos primeros nombres, que son los masculinos, se toman en buena parte, y los femeninos, que son los segundos, en mala: aquéllos significan «joven alentado y de edad floreciente»; éstos, «concubina», y dieron origen á los verbos *abarraganarse* y *amancebarse.* I, 241; II, 278; IV, 155.—Véase *Mozo, moza.*

Mancebos (Los siete).—*Mancebos* se dice de los del horno de Babilonia; pero no eran «hermanos», y su mención no viene á cuento; ni eran siete, sino tres. Pudiera sospecharse que el manuscrito original diría *Macabeos,* que era lo que debió, al parecer, ponerse. La Sagrada Escritura refiere el martirio de siete hermanos *Macabeos,* que, animados por su valerosa madre, se negaron á abandonar su religión en tiempo de las persecuciones que sufrieron los judíos de parte de los reyes de Siria, circunstancias que hacen plausible la sospecha de que en el presente pasaje del texto convino leerse *Macabeos.* II, 225.

Mancha (La).—Sus granos y sus vinos. «Los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas»: por lo abundante que era la cosecha de granos en la Mancha: en el día se habla más de la de sus vinos, y pudieran pintarse sus habitantes coronados también de pámpanos. II, 79.

Mancha de Aragón.—La parte oriental de la Mancha. En esta parte de la Mancha estaba situada la venta donde pasó la aventura del retablo de Melisendra, á distancia de una jornada corta de la cueva de Montesinos: y digo «corta» porque el primo del licenciado diestro, que acompañaba á Don

Quijote, la había hecho en una pollina preñada. (IV, 405.) V, 27, 68.

Mandadería.—Es lo mismo que «embajada», y *mandadero,* lo mismo que «embajador». Hoy en día este nombre ha quedado solamente para los *mandaderos* de monjas. II, 340.

Mandar.—En el sentido de «ofrecer, prometer alguna cosa». (Academia.) «Pues *mándoles* yo á los leños movibles». Véase *Leños movibles.*—En el cap. 70, segunda parte (VI, 406), dice Sancho: «*Mándote* yo..... pobre doncella, *mándote,* digo, mala ventura». V, 263.

Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos.—Festiva imitación de las fórmulas acostumbradas en las letras de cambio y documentos semejantes de comercio, aplicadas á una libranza asnal. También hace reir la entrega de tres pollinos que se supone hecha «de contado» en las entrañas de Sierramorena á Don Quijote, y el recibo que éste da de los pollinos, como si fueran maravedís. II, 322.

Manderecha (Dios te dé buena).—Esto es, buena suerte, fortuna, prosperidad.—*Siniestro* suele significar «desgraciado, infausto». Decimos «hado *siniestro*», y esto lo tomamos de los latinos:

Saepe sinistra cava praedixit ab ilice cornix.

(I, 292.)—Por una razón contraria se aplicó lo *afortunado* á *derecho* en la locución del texto. IV, 411. Entre jugadores era de mal agüero alzar las cartas con la mano izquierda y ganar la mano primera. Quizá de aquí viene la frase «Dios te dé buena *man derecha*». VI, 164, 293.—«Vamos con pie *derecho*». Esta expresión es de la misma especie. VI, 433.—Véase *Pie derecho.*

Manida.—Viene del latín *manere,* y se dice ordinariamente del sitio donde acostumbran á recogerse los animales. Aquí se aplica á la de Cardenio, que, con efecto, no podía ser sino semejante á la de las fieras. Tal era el hueco de un alcornoque, donde le encontraron los pastores, según se

refirió en el capítulo precedente.—Dícese de hombres y animales. (Academia.)—II, 272.

Manjar blanco.—Se miraba en lo antiguo como regalado. Componíase de pechugas de ave, leche, harina de arroz y azúcar, y solía servirse en forma de pellas. Ahora sólo se hace en algunas provincias, de leche, azúcar y harina de arroz. VI, 263.

Mano.—Largas Notas sobre esta voz y sus varios usos. *Cargar la mano:* frase metafórica. Insistir con empeño ó eficacia sobre alguna cosa. (Academia.) «*Cargaba la mano*». El cura por un lado cargaba la mano de suerte que Don Quijote no osaba darse por entendido y mudaba de color á cada palabra; mas también había ponderado la valentía del libertador de los galeotes, y con este lenitivo se hacía más tolerable el vejamen. II, 450.—Entre las muchas significaciones que en nuestro idioma tiene la palabra *mano*, y las frases figuradas en cuya composición entra, *tomar la mano* es empezar, como *dar de mano* es concluir. *Tener* ó *dar mano* es tener ó dar autoridad ó influjo; *irse á la mano*, contenerse. (II, 123; III, 145; IV, 376; V, 81, 86.) *Mano* es el primero que juega entre los que lo hacen á los naipes ú otras especies de juegos; y obsérvese que la voz *mano*, cuando no se usa en su significación primitiva y material, lleva frecuentemente consigo la idea de poder, fuerza ó preeminencia. III, 217.—*Venirle á alguno á la mano alguna cosa:* frase metafórica. Lograrla sin solicitarla. (Academia.) «Si viene á *mano*..... aguachirle». *Si viene á mano*, expresión propia del estilo familiar, quiere decir «si se proporciona» ó «por lo más». IV, 384.—Véanse *Venir á mano* y *Aguachirle*.—*Besar las manos*. «Fué á *besar las manos* á la Duquesa». Hoy, aunque no se profesa tanto respeto y deferencia á las damas como en los tiempos de la caballería, decimos que les *besamos los pies*, y se miraría como llaneza grosera decir que *les besamos las manos*, dejando esta

expresión para los hombres. V, 119, 121-271.—Véase *Besar las manos*.—*Tener mano y cabida con alguno:* frase metafórica. Tener influjo, poder y valimiento con él. (Academia.) Sancho lo dice: «*mano* y concavidad». V, 186.—*Asentar la mano:* frase. Dar golpes á alguno, castigarle, corregirle. (Academia.) «Que le *asentaré la mano*». VI, 10 (t).—*Tocar con la mano:* frase metafórica. Examinar, experimentar. (Salvá.) III, 421; V, 258; VI, 430 (textos).—Véanse *Tomar la mano* y *Pie y mano*.

Mano (Á la) de Dios.—Frase ó fórmula proverbial de quien se resuelve á hacer alguna cosa sobre que ha precedido deliberación: significa que el que habla se entrega al favor y dirección de la Providencia en lo que va á hacer. Pertenece al estilo familiar, como todos los modos proverbiales y los mismos proverbios ó refranes: la presente expresión se encuentra con frecuencia en los libros de caballerías. III, 366; VI, 414 (t).

Mano á mano.—En compañía, cuando es sólo de dos personas. «Los dos regidores á pie y *mano á mano*». Nótese el juguete de *pie* y *mano*, que suelen mirarse como términos opuestos, según sucede en aquel refrán: «al villano dale el *pie* y se tomará la *mano*» (IV, 384). V, 21.

Mano (Á) salva.—«Cogióla Sancho á *mano salva*». Modo adverbial. Con facilidad, sin contradicción, sin el más mínimo riesgo. (Academia.) VI, 434 (t).

Manos.—«Ató ambos *pies* á Rocinante». Debieran ser «ambas *manos*»: á lo menos así es como se traban ordinariamente las caballerías. Verdad es que en los animales también se comprenden bajo el nombre de *pies* los anteriores, de donde les vino el nombre de *cuadrúpedos*. II, 120.

Manrique (D. Jorge).—Sus *Coplas*. «Avive y despierte», palabras que recuerdan aquellas tan conocidas de las coplas de D. Jorge Manrique, poeta castellano del siglo XV, á la muerte de su padre D. Rodrigo:

«Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida;
Cómo se viene la muerte
Tan callando;
Cuán presto se va el placer;
Cómo, después de acordado,
Da dolor;
Cómo, á nuestro parescer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor».

(*Coplas* de Manrique, 1.ª Est.ª)

Cervantes puso en boca de Sancho sus reminiscencias. IV, 186.—Véase *Avive y despierte*.—«Las *Coplas* de Jorge Manrique han sido admirablemente traducidas al inglés por H. W. Longfellow, y salieron á luz por la primera vez en Boston, 1833, 12.º, habiendo sido después reimpresas varias veces. Imitáronlas muchos poetas, y entre ellos Camoens, según Lope de Vega. Fué Lope de Vega grande admirador de estas coplas, diciendo debían ser escritas con letras de oro». (Traducción de la *Historia* de M. Ticknor, por Gayangos, Tomo I, pág. 436, n.)—[I, 366-370.]

Manteamiento (El) de Sancho, ó *los vuelos de él en la manta.* II, 56, 57, 155, 156 (textos).—«Dió por bien empleados *los vuelos de la manta,* el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas», etc. Se pinta aquí una de las principales circunstancias del carácter de Sancho, que era la codicia; y están referidos con graciosa concisión y rapidez los trabajos y desgracias que hasta allí había padecido. II, 240.—«Desearon saber todos qué era aquello de la manta». Se olvidó Cervantes de que la ventera lo había contado ya á todos los pasajeros, estando de sobremesa (II, 507, 508), y así, el deseo sólo podía ser de los que habían llegado, después de hecha aquella relación, á la venta. III, 345.

Mantel (Comer sin) en la mesa.—Era señal de luto y de duelo, como de quien come sin buscar el placer ni el aseo, sino únicamente por la necesidad de mantener la vida. Creo que de esta costumbre no quede resto alguno, sino el viernes santo entre frailes y monjas. I, 218.—«Sin *comer pan á manteles* y sin peinarse la barba». Alusión de Sancho á las demostraciones de dolor expresadas en el romance del marqués de Mantua, de que se habló en el cap. 10 (I, 218). De estas palabras se deduce que nuestro caballero llevaba barba, circunstancia que se olvidó al grabarse las estampas de muchas ediciones del *Quijote*. II, 485.

Mantible (Puente de).—Puente grande y fuerte que se describe en la historia de Carlomagno. Larga Nota sobre esta puente. Estaba sobre un caudaloso río que no podía pasarse por otra parte, y la guardaba un espantable gigante, quien, ayudado por cien turcos, cobraba de los pasajeros cristianos un pontazgo, que era de «treinta pares de perros de caza, cien doncellas vírgenes, cien halcones mudados y cien caballos con sus jaeces, y por cada pie de caballo un marco de oro fino». El cristiano que no pudiese pagar el pasaje había de dejar la cabeza en las almenas de la puente. El sitio verdadero de esta puente es dudoso; pero, según tradiciones, debía de haber estado en la costa de Portugal al sur del Tajo. III, 448, 449.

Mantón de finísima escarlata, que las dos hermosas doncellas echaron sobre los hombros á Don Quijote.—El manto largo que cubría toda la persona era traje propio de caballeros y solía estar forrado de armiños, que lo hacían de mayor valor. Solían ser los mantos de escarlata. V, 126.

Mantua (Marqués de).—Es el antiguo romance del *Marqués de Mantua*, que contiene la relación de la traidora muerte que dió á Baldovinos el infante Carloto, hijo del emperador Carlomagno. El juramento del marqués de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos: «No comer pan á manteles», et-

cétera. I, 87-91, 99, 158, 218, 221; II, 148, 485; IV, 450. —[I, 120.]

Mañana en aquel día.—«*Mañana en aquel día* me habéis de armar caballero». Esta añadidura «*en aquel día*», para expresar el de *mañana,* no es exclusivamente de los libros de caballería: es también de otros desde la fecha más antigua de nuestro idioma. Varios ejemplos citados. I, 42.—«Advertid, dijo la Duquesa á Sancho, que *mañana en ese mismo día* habéis de ir al gobierno de la ínsula». V, 346, 392.

Mañeros.—*Mañeros* llamaban antiguamente á los que morían sin sucesión, de los cuales se cobraba un derecho que por esto recibió el nombre de *mañería.* También se llamaban *mañeras* á las mujeres estériles. Aquí el mismo contexto explica que *mañero* equivale á «blando y dócil». IV, 120.

Mañeruelas.—Lo mismo que «acomodadizas», que á todo se acomodan. Véase *Acomodadizo.*—«Acomodadas, adaptables». (Arrieta.) «Pastoras *mañeruelas,* que, si no nos cuadraren, nos esquinen». VI, 440.—Véase *Cuadrar,* etc.

Maravilla, admiración.—«La *maravilla* que en mí causa el haberos visto». *Maravilla* está por *admiración,* y no es lo mismo. La *maravilla* reside en la cosa, y la *admiración* en la persona. IV, 277.

Marca (Ladrón de más de la).—*Marca* es la medida establecida para alguna cosa, como para la alzada de las caballerías, la talla de las personas, el tamaño del papel, lo largo de las espadas y otras armas: y así, *ladrón de más de la marca* es ladrón que excede á los ladrones ordinarios, «gran ladrón». II, 207.

Marcela (La pastora).—«Por cima de la peña..... pareció *la pastora Marcela*».—«En el libro VI de la *Galatea* se presenta también sobre una peña Gelasia, pastora desamorada, cruel y desdeñosa, que desde allí trata de justificar, como Marcela, su condición ante los pastores que la escuchan, y que finalmente se retira y desparece, dejando ad-

mirados á todos, lo mismo que hizo Marcela. El sermón de Marcela es impertinente, afectado, ridículo y todo lo que se quiera. La aparición de la pastora homicida en este trance, su disertación metafísico-polémico-crítico-apologética, su descoco y desembarazo, y sus bachillerías y silogismos, quitan á este episodio el interés que pudieran darle el carácter y muerte del malogrado Grisóstomo, á quien no puede menos de mirarse como un majadero en morirse por una hembra tan ladina y habladora. (Me parece que esta crítica es algo severa, y no veo cómo puede decirse de Marcela, que era una *pastora homicida.)* I, 301-307.

Marcela (La madre de).—«Fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo (esta expresión se repite en el cap. 20, II, 126), con aquella cara que del un cabo tenía el Sol y del otro la Luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo». (Pedro el cabrero.) Elogio rústico de la difunta mujer de Guillermo, que hace reir. ¿Qué tal cara sería la que *del un lado tuviese el Sol y del otro la Luna?* Y si se habla, como parece, de los ojos, ¿qué tal parecería la cara que tuviese dos ojos tan diferentes entre sí? (El reparo que se ha hecho en la Nota precedente se hace aquí. Se habla metafóricamente, no de los ojos, sino de la cara; y la expresión parece sumamente bella, indicando agudeza ó viveza de ingenio, y dulzura ó blandura de corazón.) I, 250 y texto.—«Aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el Sol y en la otra la Luna». Así dijo Doña Rodríguez á Don Quijote, hablando de la Duquesa. V, 469.

Marcial.—«Si *Marcial* anduvo deshonesto ó no en tal epigrama».—«Martial (Marcus Valerius Martialis), *poëte latin, né à Bilbilis, en Espagne, en* 43 *après J. C., mort dans la même ville, vers* 104. *Il nous reste de Martial un recueil de*

*petites pièces désignées sous le nom général d'*Epigrammata, *au nombre de plus de quinze cents et divisées en quatorze livres. Il est possible en effet que la vie de Martial valut un peu mieux que ses écrits; mais la complaisance avec laquelle il se fait un jeu de la plus indigne dépravation dénote trop clairement l'impureté habituelle de sa pensée, et fait grandement douter de l'honnêteté de ses mœurs*». (Nouvelle Biographie Générale, *Tome* 33. V. MARTIAL). IV, 282 (t).

Marco Curcio.—«¿Quién impelió á *Curcio* á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma?».—Continúa Don Quijote disfrutando los ejemplos de la historia romana, y menciona el hecho de Marco Curcio, en el siglo IV de la República.—En medio del Foro se abrió de repente una profunda sima, que no pudo cegarse á pesar de los esfuerzos que el pueblo hizo para ello. Consultados los dioses, respondieron por boca de sus sacerdotes que allí se les había de consagrar lo mejor que tuviese Roma. Marco Curcio, joven valiente, viendo á todos dudosos, exclamó que lo mejor que Roma tenía era el valor y las armas; y armándose y montando en su caballo enjaezado cuan magníficamente pudo, después de dirigir sus miradas al cielo y al Capitolio, se arrojó á la sima, la cual en breve se convirtió en un lago, que por este suceso se llamó Curcio. Así lo cuenta Livio, aunque dudando mucho de la verdad del hecho. Don Quijote añadió que la sima era ardiente, circunstancia que no menciona la historia, y no debe hacerse cargo de la añadidura á nuestro hidalgo, sino á Cervantes, que la repitió en el *Viaje al Parnaso*, donde, hablando de una ninfa que representaba la Vanagloria, dijo:

Ésta arrojó al romano caballero
En el abismo de la ardiente cueva,
De limpio armado y de luciente acero.

IV, 143.

Marco Polo.—Famoso viajero veneciano del siglo XIII, visitó las regiones del Oriente, donde, según cuenta él mismo, residió por espacio de veintiséis años. Larga Nota acerca de él. III, 384.—[I, 185.]

Mare mágnum.—«Por el *mare mágnum* de sus historias». No es la primera vez que Don Quijote habla á su escudero en latín; v. gr.: «*quando cáput dólet,* etc.» (IV, 35); «*bene quídem*» (IV, 123); «*juxta íllud: si quis, suadente diábolo,* etc.» (II, 108).—Realmente *mare mágnum* es una locución admitida en el lenguaje castellano familiar para expresar el gran tamaño y confusión de alguna cosa. V, 90.

Marfuz.—«No te fíes de ningún moro, porque todos son *marfuces*».—Es palabra árabe que significa «astuto, falso, pérfido». III, 195.

Mari Gutiérrez.—Véanse *Gutiérrez (Mari), Teresa Panza* y *Sancho (Mujer de).*

María de Austria.—Reina de Hungría y hermana del emperador D. Carlos: ejercitaba la caza con tanto vigor como cualquiera del otro sexo. V, 197.

Mariana (El célebre P. Juan de).—Su opúsculo *De spectaculis,* donde llegó á indicar que los teatros tenían más inconvenientes que los lupanares. III, 402; IV, VIII (Prólogo), 312.—Su tratado intitulado *De mutatione monetae.* IV, 6.—Declamó en su *De spectaculis* vehementemente contra las fiestas de toros. IV, 312.—M. Ticknor dice de la *Historia de España,* por Mariana, «que llegó á ser el monumento más bello y grandioso elevado á la historia de su patria, como ha continuado siéndolo desde entonces». (Traducción de Gayangos, III, 384.)—[III, 176-183, etc.]

Marido (El) la misma cosa ó carne con su mujer.—El prolijo discurso de Lotario sobre esto, y la afrenta que resulta á un marido de la deslealtad de su mujer. III, 26.—Véase *Vaso (La prueba del).*

Marimorena.—Hablándose familiarmente, significa «riña ó

pendencia»: hay quien atribuye el origen de esta voz á las quimeras que antiguamente excitó una *María Moreno,* tabernera de Madrid, y dieron ocasión á ruidosos procesos judiciales. *Morena* puede ser abreviatura de *marimorena.* II, 343.—Véase *Morena (Ó sobre eso).*

Maritornes.—Moza asturiana que servía en la venta: «ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera». II, 22 (t).—Cervantes pintó á Maritornes «llana de cogote», conforme á la opinión de su tiempo, que expresó también Covarrubias: «*descogotados* son», dice, «los que no tienen cogote, como los asturianos». Después acá deben de haberlo recobrado, porque ahora lo tienen ni más ni menos como los demás españoles y como los demás hombres. II, 23.—«Porque presumía (Maritornes) muy de hidalga». («En siendo montañeses, todos somos hidalgos». V, 463.) —Del carácter chancero y satírico de Cervantes puede creerse que en este lugar quiso zaherir la presunción de hidalguía, tan común en la provincia de Maritornes y otras confinantes, aun en personas ocupadas en profesiones y ejercicios humildes. II, 27.—La aventura nocturna de Maritornes con el arriero. II, 33, 45, 509.

Marqués y *conde.*—«Algún título de *conde,* ó por lo menos de *marqués*».—Observaciones sobre estos títulos. I, 167.

Marquesotas.—Rodrigo Méndez de Silva, en su *Catálogo Real,* cuenta que el año 1562 un marqués italiano, por cubrir los lamparones, trajo los cuellos, primero llamados por él *marquesotas,* y se usaron en España hasta el año 1622 que se inventaron las golillas. IV, 323.

Marrido.—Palabra digna de notarse. Significa lo mismo que «*amarrido,* melancólico, triste, afligido».—Covarrubias di-

ce: «*Marrido* vale «flaco y enfermo». Es vocablo pastoril». —D. Tomás Antonio Sánchez cree que es tomada del italiano *smarrito*, que, según el *Vocabulario* de Franciosini, equivale á «desmayado», ó de *sbigottito*, «desmayado, azorado, amilanado», que es como estaría Don Quijote después de su vencimiento. VI, 332.

Martas cebollinas.—Sancho estropeó, como rústico, el nombre de *cebellinas* que se da á las martas, ó pieles de las martas, animalejos semejantes á las fuinas, y sirven para forros. Las más preciadas vienen del Norte. IV, 246; VI, 90.

Martín (San).—«Puesto á caballo, que partía la capa con el pobre». «Más liberal que valiente»: no quiso aquí Don Quijote negar á San Martín la prenda de la valentía, sino dió á entender que, siendo *valiente*, todavía era más *liberal*. Y con efecto, la liberalidad, lejos de excluir á la valentía, no se aviene bien con pechos tímidos y cobardes. VI, 160.—«Su *San Martín* se le llegará (al libro de Avellaneda) como á cada puerco».—Con efecto, le llegó y pronto, quedando sepultado en el desprecio y el olvido, mientras el *Quijote* de Cervantes continúa siendo el embeleso y las delicias de sus lectores.—Es bien conocido el origen de esta expresión proverbial, debida á la época del año en que empieza la matanza, tan común entre los españoles, del animal doméstico cuya cecina es el ingrediente más esencial de nuestra olla ordinaria. VI, 295.

Martorell (Juan).—Caballero valenciano: fué el autor del *Tirante* lemosín. I, 132-134.—Véase *Tirante el Blanco*.—[I, 297, 298 y n.]

Martos, cuyos garbanzos debían ser celebrados en aquel tiempo por su tamaño, como en el día lo son los de Navalcarnero y Fuente Sauco. V, 266.

Más bueno.—«El *más buen* caballero». Pocas veces se ve usado *más bueno* por *mejor*, que es como ordinariamente se dice. II, 90 (t); V, 337.

Más (Cuanto), cuanto menos.—«Que no podían ser entendidas de cerca, *cuanto más* de lejos».—Véase aquí un caso en que puede usarse indistintamente del *más* ó del *menos*, sin cambiar la significación y sentido de la frase. La misma idea se expresaría, diciéndose: «Que no podían ser entendidas de cerca, *cuanto menos* de lejos». La razón de esto es más fácil de comprenderse que de explicarse, y basta con insinuarla. II, 251.

Más de cuatro.—Muchos, ó número considerable. (Academia.) III, 252; V, 7, 81 (textos).

Más de tanto.—«Que le traía otro presente que valía *más de tanto*». Ahora diríamos: *más de otro tanto*. VI, 36.

Más galán que Mingo.—«Y veréis el asno de Sancho Panza *más galán que Mingo*».—El zagal de las coplas antiguas intituladas de *Mingo Revulgo*, á quien se hace aquí alusión, especialmente al siguiente pasaje, en que empiezan:

¡Ah Mingo Revulgo! ¡Oh! ¡Hao!
¿Qué es de tu sayo de blao?
¿No le vistes en domingo? (Arrieta.)

VI, 436.—Véase *Mingo Revulgo*.

Más justas que pecadoras.—«Que le vendrán *más justas que pecadoras*».—Juego de palabras que se halla también en la comedia del *Rufián dichoso*, del mismo Cervantes, donde, enseñando un fraile á un corista unos cuantos naipes que le había dado una devota, preguntaba el corista:

¿Están justos?

Y respondió el otro:

Pecadores
Creo que están los señores;
Pues, para cumplir cuarenta,
Entiendo faltan los treinta.

M. Damas Hinard, en su *Don Quichotte*, traduce esta frase: «*qui leur iront juste, comme des gants faits exprès pour eux*». IV, 407.

Más terco y duro que villano rogado, cuando tiene la suya (saeta) *sobre el hito.*—«*Plus dur et plus têtu qu'un vilain qu'on prie, quand il a l'avantage*». (Hinard.) IV, 402 (t).

Matador (El) de las doncellas.—Alude á Altisidora «muerta por la crueldad de Don Quijote». (VI, 378.) VI, 427.

Matalotaje.—Palabra de origen francés. La provisión que en los viajes de mar llevan los marineros y demás navegantes. Decía Mercurio á nuestro autor, convidándole á que entrase en su galera para hacer el viaje al Parnaso:

Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás, sin que te empaches ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje.

II, 94.

Matalote (matalón).—Se aplica á la caballería muy flaca, trotona y de mal paso. (Academia.) VI, 258 (t).

Matarse con alguno.—Frase metafórica. Reñir ó pelear con él. (Academia.) V, 75, 76 (t).

Mauleón (Un poeta llamado).—De este poeta y de su dicho habló también Cervantes en la novela ó *Coloquio de los perros*, por estas palabras: «responderé», dijo Berganza, lo que respondió *Mauleón*, poeta tonto y académico de burla de la academia de los imitadores, á uno que le preguntó qué quería decir «*Deum de Deo*»: y respondió que: «*dé donde diere*». (Pellicer.)—*Dé donde diere*: frase familiar que se usa para denotar que se obra ó habla á bulto, sin reflexión ni reparo. (Academia.) VI, 420.—Véase *Dé donde diere.*

Mausoleo.—Monumento sepulcral que Artemisia, mujer de Mausolo, régulo de Caria, erigió á la memoria de su marido. Plinio dijo que se contaba entre las siete maravillas del mundo y describió sus dimensiones y adornos en el lib. 36, cap. 5, de su *Historia natural*, donde hizo memoria de los artífices que trabajaron en él. Artemisia murió antes de que se concluyese; pero lo finalizaron después de

la colección de Amberes del año 1555, que empieza así:

Media noche era por filo;
los gallos querían cantar;
conde Claros con amores,
no podía reposar.

Lo que dijo de la noche el *Romancero de Amberes,* lo dijo del día el *Romancero del Cid,* cuyo número 72 empieza: *Medio día era por filo.* IV, 152.—Véase *Filo (Por).*—«Donde cogen á un desdichado *de media noche abajo,* y le desuellan vivo». *De media noche abajo:* según Hinard, *de minuit au matin.* VI, 12 (t).

Medianeras de amores.—Las historias de caballerías hacen frecuente mención de doncellas medianeras, terceras ó confidentes de las princesas enamoradas. Alguna vez ejercieron este oficio las mismas princesas. II, 177.

Mediar.—«Con veinte y seis maravedís que ganabas cada día, *mediaba* yo mi despensa». La acepción que en este pasaje tiene el verbo *mediar,* es poco usada; ordinariamente es verbo de estado, y significa «estar entre dos cosas». Aquí es verbo de acción, y designa «partir por medio ó hacer la mitad». II, 230.—«*Mediaron* la causa y fueron árbitros della». El verbo *mediar* tiene dos acepciones: una es «hacer la mitad de una cosa» (como en la Nota precedente): en este caso es verbo activo. Otra acepción es «interponerse», ponerse en medio de dos extremos, que es la que conviene en el presente lugar; y en esta significación, si bien se mira, le corresponde la calidad de verbo de estado ó intransitivo. Por esta razón pudiera sospecharse que falta el régimen de «*causa*» en el texto, y que debiera leerse «*mediaron en la causa*». Poco antes se ha dicho «*medianeros de* hacer las paces»: parece que debiera ser: «*medianeros para* hacer las paces». III, 335.

Medias.—Sobre el uso de medias en tiempos antiguos, y las pragmáticas permitiéndolo. «¡Oh desgracia, indigna de tal

persona! Se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una *media*, que quedó hecha celosía». V, 378.

Médicis (Los).—Empezaron por sacapotras, siguieron por mercaderes y acabaron por soberanos. IV, 111.—En el siglo anterior (XV) habían nacido las academias privadas de Italia bajo la protección de los Médicis, familia ilustrada y poderosa que dominaba en Florencia. IV, 340.

Médicos.—Véase *Pedro Recio.*—«Estudiando de noche y de día». ¡Qué bien descrita y qué bien ridiculizada está aquí la impertinente gravedad é importancia con que suelen ejercer su autoridad los médicos de las personas tímidas, especialmente en la clase de los poderosos! Esto ya no es como antes, porque el tiempo y la experiencia han generalizado el conocimiento de aquella máxima: *qui medicè vivit, miserrimè vivit.* V, 433-438.—«*Médicos* sabios». Lope de Vega dice, hablando de los médicos:

«No porque yo de vos, ciencia divina,
No sienta bien y alabe la importancia;
Que no desprecio ya la medicina,
Sino en quien la ejercita la ignorancia».

V, 439.—«*Médicos* malos». «Á un *mal médico,* verdugo de la república». Bowle cita y copia el pasaje de la novela del *Licenciado Vidriera,* donde se dice: «No hay gente más dañosa á la república que los *malos médicos.* Sólo los *médicos* nos pueden matar y nos matan sin temor y á pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe.» V, 440. —Véase *Sacapotras.*

Medida (Su boca sería).—«Á lo que el huésped respondió que *su boca sería medida*, y así, que pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta».—Frase con que se da facultad á alguno para que pida todo cuanto

quisiere, pues que todo se le dará. (Arrieta.) VI, 197 (t).

Medina Sidonia (Duque de).—«Sentaos, majagranzas, dijo el hidalgo al labrador; que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera».—«Ofréceseme decir á este propósito lo que sucedió á cierto mercader con un duque de Medina Sidonia. Púsose inadvertidamente á la mano derecha de aquel príncipe, y habiendo andado algunos pasos, reconocido su yerro, dijo con grande sumisión: perdone V. E. el no haber estado en lo hecho; y tras esto quiso mudar de lugar. Respondió el duque: bien vais, que yo en cualquier parte soy el mismo, y mandó pasase adelante como iba». (Figueroa.) V, 144.—«Vístanme, dijo Sancho al Duque, como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza».—V, 346 (t).

Medio tocino (Como) entre dos artesas.—*Tocino*, por *cerdo*. *Medio tocino* es media canal ó una hoja de cerdo, que suelen poner con sal entre tablas ó artesas, apretándolas para que se acecine. VI, 86.

Medoro y Cloridano.—Fueron dos jóvenes que mutuamente se amaban. Ambos iban en busca del cadáver del rey Dardinel. Medoro es herido, y Cloridano pierde la vida junto á su amigo. Angélica la Bella se compadece de Medoro y cura su herida. De aquí resultaron sus amores con Angélica, que dieron ocasión á las locuras de Orlando, descritas por Ariosto. II, 290, 291, 332; IV, 29.

Medrano (Julián de).—Su *Silva curiosa para damas y caballeros.*—No ha faltado quien diga (sin razón) que la novela de *El curioso impertinente* fué tomada de la *Silva* de Medrano. III, 89.—[II, 119, n.]

Mejillas (Aquellas dos) de leche y de carmín, que en la una tiene el Sol y en la otra la Luna.—Ésta fué la descripción de la Duquesa, que hizo la señora Doña Rodríguez á Don Quijote. V, 469.—Lo mismo se viene á decir de la madre de Marcela: «aquella cara que del un cabo tenía el Sol y del

otro la Luna». I, 250.—Véase *Marcela (La madre de)*.

Mejor.—Sobre la expresión «que *mejor* agradan y deleitan» debe observarse que el adverbio *mejor* no se ajusta bien con los verbos que denotan acciones útiles ó agradables. Las personas que hablan correctamente, dicen «agrada *más*» y no «agrada *mejor*», «aprovecha *más*» y no «aprovecha *mejor*». Otro tanto sucede con la palabra *peor:* no decimos «*peor* dolor», sino «*mayor* dolor»: se supone la calidad como evidente, y sólo se expresa la cantidad. III, 447.

Meléndez Valdés (D. Juan).—Poeta insigne de nuestros tiempos: tomó el argumento de la aventura de las bodas de Camacho para una comedia que compuso con el mismo título; pero la comedia *non placuit,* como decían los antiguos, á pesar del justo crédito que había adquirido el autor en sus demás composiciones poéticas; fuese la diversidad que media entre el talento lírico y el dramático, fuese que Meléndez tropezó con el escollo que siempre ofrecerá el mérito de Cervantes á los que se pongan en el caso de que se les mida y compare de cualquier modo con el Príncipe de nuestros ingenios. El juicio (decisivo en la materia) de Don Leandro Fernández de Moratín. IV, 399.—[III, 311-317.]

Melindre (Incitativo).—«Digo, en fin, señora Doña Rodríguez (dijo Don Quijote), que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo *incitativo melindre*». «*Melindre,* comida delicada y tenida por golosina, hecha con miel. De allí vino á significar este nombre el regalo con que suelen hablar algunas damas, á las cuales por esta razón llaman *melindrosas*». (Covarrubias.) *Melindre* se toma aquí por añagaza, afectación, ó asechanza simulada. (Arrieta.) V, 457.

Melisendra.—Hija del emperador Carlomagno. Estando tra-

tada de casar con Gaiferos, la cautivaron los moros, sin que se supiese en muchos años dónde estaba cautiva. Gaiferos sacó á su esposa de su cautividad en Sansueña, y la llevó á París.—Romances antiguos sobre esta historia. V, 27, 44, 47, 54, 55, 101, 163; VI, 124, 306.—Véase *Gaiferos*.

Membrar.—«*Miémbresele* á vuestra merced el don que me tiene prometido». Dorotea, queriendo hacer con Don Quijote el papel de princesa, usaba con mucha oportunidad de los arcaísmos que había leído en los libros de caballerías, donde son frecuentes, en especial en los más antiguos, como el de *Amadís de Gaula*. Uno de ellos es *membrar*, palabra formada del latín *memorari*. De *membrar* se derivaron *remembrar, remembranza* y *remembrador*, palabras que se leen en nuestras crónicas y poesías primitivas. *Membranza*, por *memoria*, se encuentra en el *Cancionero* de Juan del Encina. II, 451, 452.

Mena (Juan de).—Natural de Córdoba, poeta célebre castellano. Floreció en tiempo del rey D. Juan II de Castilla, de quien fué muy favorecido, y murió en 1456.—Sus obras el *Laberinto*, ó las *Trescientas*, etc. II, 19, 84; V, 98, 101, 379.—[I, 343-350.]

Méndez (El Padre).—Su *Tipografía española*. I, 104.—[III, 416.]

Mendigos.—Notas sobre ellos: I, 13; V, 247, 248.—«*Mendigos* ciegos», que ganan la vida cantando. VI, 63, 96.—Á los *mendigos* se llama «hermanos». VI, 346.

Mendoza (Al otro).—«Derramósele *al otro Mendoza* la sal encima de la mesa».—«Algunas familias están notadas de tener ciertos agüeros; pero, á Dios gracias, ya esto se va olvidando». (Covarrubias, artículo *Agüero*.)—Á este propósito dice Quevedo en su *Libro de todas las cosas y otras muchas más:* «Si se te derrama el salero y no eres Mendoza, véngate del agüero y cómetele en los manjares. Y si lo eres, levántate sin comer y ayuna el agüero como si fuera Santo,

que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, pues siempre sucede desgracia, pues lo es no comer». VI, 165. —Pellicer dice: «En el siglo XVII eran todavía muy comunes los agüeros y supersticiones, no sólo en la gente baja y vulgar, sino en altos personajes, y por eso los reprehende algunas veces Cervantes».—Véase *Agüeros*.

Mendoza (D. Diego Hurtado de).—Uno de los insignes escritores castellanos del siglo XVI.—Sus varias obras: la *Guerra de los moriscos de Granada*, su *Lazarillo de Tormes*, su papel intitulado *de los Catarriberas*, etc. I, 5, 109, 121; II, 208-210, 513; III, 174; V, 13, 465.—M. Ticknor dice de él en su *Historia de la literatura española* (Tomo II, pág. 83, traducción de Gayangos) que «Bajo cualquier aspecto que consideremos el carácter de Mendoza, quedamos satisfechos de que fué un grande hombre, si bien lo que más es de admirar en él es la combinación y reunión de sus diferentes dotes».—[I, 469-486.]

Mendoza (Salazar de).—Escribió con vehemencia contra los gitanos. II, 475.—[III, 232, n.]

Menécrates y Pedro Vidal.—Dos locos que pertenecieron á la misma cofradía que Don Quijote. I, 15.—Véase *Vidal (Pedro) y Menécrates*.

Meneses (Fr. Felipe de).—Religioso dominico, catedrático de Alcalá y rector del colegio de San Gregorio en Valladolid. Su *Luz del alma cristiana contra la ceguedad é ignorancia*. (Véase.) VI, 294.

Menester.—«*Menester* y oficio».—Es la misma palabra que la francesa *métier*, ó *mestier*, como se escribía en lo antiguo, y significa «oficio, profesión, arte»; y de aquí se dijo la voz *menestrales*, que es lo mismo que «artesanos». IV, 136.

Menguado.—«Que vuesa merced debe de ser *menguado*». Se entiende «*menguado* de juicio».—*Menguado* es «falto», como *mengua* es «falta». *Menguar* viene de *minuo*, como «faltar» de *fallere*. V, 323.

Menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador.—Ésta era la opinión de Cervantes, y así lo manifestó en la novela de *Los dos perros*, donde decía la bruja Cañizares: «la santidad fingida no hace daño á ningún tercero, sino al que la usa»; y en el *Persiles*, donde dijo que «no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo». Pero acaso no faltará quien lo mire como dudoso y problemático, mirando á que los hipócritas son enemigos ocultos, y, como tales, más temibles, de la virtud, y á que el escándalo producido por el descubrimiento (que suele ser frecuente) de la hipocresía, puede ser mayor y más perjudicial que el de la conducta del pecador público. En el Evangelio, Jesucristo se irritó contra los hipócritas y trató con benignidad á la pública pecadora. V, 8.—Véase *Sota-ermitaño.*

Mensajero sois, amigo; no merecéis culpa, non.—Dos versos tomados de los romances viejos de Bernardo del Carpio y del conde Fernán González y que habían llegado en el siglo XV á ser proverbiales. En los anales de la caballería andante se reconoció esta inviolabilidad del derecho fecial. Á pesar de todo, Sancho no se aseguraba, y acordándose de lo colérico y cosquilloso de sus paisanos, temía que los del Toboso le moliesen á palos, si creían que iba á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas. ¿Envolverá esto alguna alusión al mal trato que, según la tradición referida por Navarrete, experimentó Cervantes en el Toboso por un chiste picante dirigido á una mujer, cuyos parientes é interesados se ofendieron? IV, 168.

Mentir por las barbas, por la gorja.—Fórmulas de juramento. —«Por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera». Se dice festivamente que la doncella *miente por sus barbas,* como si las tuviera ó pudiera tenerlas, siguiendo la fórmula de desmentir á los que las tienen. VI, 95.—Véase *Para mis barbas.*

Meollo.—Sancho dice á su amo: «¿Es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de *meollo,...*». *No tener meollo*: frase con que se da á entender que alguna cosa no tiene sustancia. Dícese regularmente del que tiene poco juicio. (Academia.) III, 423.

Meona (De la gran laguna), digo, Meótides.—Laguna Meotis ó mar de Zavache, golfo del Mar Negro, en que desemboca el río Don ó Tanais. En todo este pasaje se burla el cura y se divierte á costa de la sandez de Don Quijote y de la simplicidad de su escudero. II, 447.

Mercader (El) amante.—Es una comedia de Gaspar de Aguilar, poeta valenciano. Pellicer dice que el asunto del *Mercader amante* coincide con el de *El curioso impertinente*, del *Quijote*. III, 399.—[II, 298.]

Merced de Dios.—Pellicer dice que en la Mancha se llamaba *merced de Dios* á los huevos y torreznos fritos con miel, y Bowle copia un pasaje de Covarrubias en que se explica de dónde vino llamarse así á la mezcla de torreznos con huevos. VI, 37.—Véase *Torreznos con huevos.*

Merced de hábito, se llama la que el rey hace á los que admite en alguna de las cuatro órdenes militares españolas, de que es gran maestre.—«El *hábito* que tenéis». *Hábito* está aquí por «traje» en general, aunque ordinariamente se usa en otra significación, ceñida al de los clérigos, religiosos y caballeros de ciertas órdenes. En el cap. 3.°, segunda parte (IV, 48), jura el bachiller Sansón Carrasco «por el *hábito* de San Pedro, que visto». Un refrán dice: «El *hábito* no hace al monje». En otra acepción más general todavía, *hábito* significa «costumbre». III, 299.—Véase *Hábito.*

Méritamente (merecidamente).—Esta palabra, que acaso llamará la atención de algún lector como extranjera, es poco usada, pero castiza. Usóla D. Luis de Ávila y Zúñiga en su *Comentario de la guerra de Alemania*, y la había usado un

siglo antes el marqués de Santillana. El mismo marqués usó también de la palabra *inméritamente*. *Inmérito* se lee en la *Tragicomedia de Calixto y Melibea; meritísimas*, en el libro IV de la *Pícara Justina*, y después en el *Lazarillo de Manzanares*, de Juan Cortés de Tolosa. IV, 67.

Merlín.—El encantador más antiguo de cuantos menciona la historia moderna. «Protoencantador de los encantadores». IV, 46, 429; V, 335.—«*Merlín*, aquel francés encantador». Montesinos, como viejo, estaba desmemoriado, porque Merlín no fué francés, sino inglés. Alguna vez en los libros caballerescos se lee que nació en *Galia;* pero es errata, por *Gaula*, que es *Gales*, como ya se dijo en otra ocasión (I, 122). IV, 429.—La profecía de *Merlín*. V, 222-226.—«Un mayordomo del Duque hizo la figura de *Merlín*». V, 239 (t), 371.

Merlo (Juan de).—Este caballero, á quien Cervantes llama «lusitano» porque era de linaje portugués, nació en Castilla. El poeta Juan de Mena deploró su muerte en las *Trescientas*. III, 460.—[I, 348.]

Mero mixto imperio.—«Quedóse Sancho con la olla con *mero mixto imperio*». Esto es, con jurisdicción y dominio absoluto: metáfora tomada del estilo jurídico. VI, 206.

Mesnada.—«Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su *mesnada*».—*Mesnada:* compañía de gente de armas, mantenida y pagada por alguna persona á quien seguía: es voz muy usada en las crónicas castellanas, y se halla ya en las poesías de Gonzalo de Berceo. Díjose, por extensión, de cualquier bando ó parcialidad, como aquí sucede.—*Mesnadero* era el que mandaba la *mesnada;* y así llamó Juan Lorenzo de Segura á los capitanes de Alejandro. IV, 398.

Mesura.—«Y haciendo *mesura* con la cabeza».—*Mesura* es un género de reverencia que se hace á la persona venerable. (Covarrubias citado por Bowle.) VI, 328.—Véase *Hacer mesura*.

Metamorfóseos ú *Ovidio español.*—«*Metamorfosis*» es palabra que viene del griego, donde significa «trasformación». IV, 407.—Véase *Ovidio.*

Metátesis.—Trasposición de letras.—Figura de dicción que se comete cuando una sílaba ó letra se muda de un lugar de la dicción á otro. (Academia.)—Inversión del orden de las letras, como sucede en *pelaire* y *peraile, camaranchón* y *caramanchón, niervo* y *nervio,* etc. II, 373-375, 506; IV, 388.

Meter este buen día en mi casa.—Gozarle, aprovecharle. (Arrieta.)—Hinard lo traduce: *mettre le bonheur dans ma maison.* VI, 76 (t).

Meterse (No) en dibujos.—«Yo hablo como Dios es servido (dijo Teresa á su marido), y *no me meto en más dibujos*».—Frase. Abstenerse alguno de hacer ó decir impertinentemente más de aquello que corresponde. (Academia.)—*Ne point se mêler des choses qui ne nous regardent pas.* (Taboada.) IV, 98 (t).

Mexía ó *Mejía (Pedro).*—En su *Coloquio del porfiado* pone un elogio del asno en boca del bachiller Narváez. II, 19.—Su *Diálogo de los médicos.* III, 187.—Su *Historia imperial y cesárea.* III, 388, 389.—Su *Silva de varia lección.* VI, 47.—[II, 11, 28.]

Mezquino (Guarino).—Su historia. III, 453.

¡Mi padre!—«¿Católicos? *¡mi padre!*»—Interjección cuyo sentido no se puede fácilmente definir y cuyo origen es imposible señalar, como sucede de ordinario en las expresiones proverbiales. Es una especie de aseveración ó juramento con alguna punta de ironía. Aquí, en boca de Don Quijote, no sólo confirma lo que Sancho había dicho, sino que muestra desaprobar la duda con que lo había dicho. III, 358.—«¡Cuerpo de *mi padre!*» IV, 42.—«¿Polla? *¡mi padre!*» VI, 198.

Micomicón (El reino de).—*Mico:* nombre que se da á un géne-

ro de animales que se diferencian de los monos en tener cola, con la cual una gran parte de ellos se agarran y se suspenden de los árboles. (Academia.) II, 429 (t).

Micomicona (La princesa).—«Llámase, respondió el cura, *la princesa Micomicona*, porque, llamándose su reino *Micomicón*, claro está que ella se ha de llamar así». II, 429 (t).—La aventura de la princesa Micomicona es una de las más verosímiles en el plan de la fábula, y de las más apropiadas al estilo de los libros andantes. Dorotea hizo el papel de la princesa. II, 425, 453; III, 338.

Miel sobre hojuelas.—Sancho dijo á su amo, quien le invitó á darse algunos azotes: «esto me parece argado sobre argado, y no *miel sobre hojuelas*». *Argado sobre argado* es como si se dijera «enredo sobre enredo, dificultad sobre dificultad, trabajo sobre trabajo», por contraposición á la frase proverbial «*miel sobre hojuelas*», que sirve para denotar todo lo que hace mejor á lo que por sí era ya bueno. VI, 389.—Véase *Argado sobre argado.*

Miguel (El célebre monte de San).—Fué por mucho tiempo uno de los santuarios más nombrados de la cristiandad y visitado frecuentemente de reyes y príncipes, entre ellos de Luis XI, rey de Francia. En los documentos históricos suele dársele el nombre de *Mons Tumbae*, Monte de la Tumba, por su figura, ó *Mons Sancti Michäelis in periculo maris*, por su situación peñascosa y el continuo embate de las mareas. Larga Nota sobre ello: II, 284-285.

Miguel Turra.—Villa de la gobernación de Almagro y del orden de Calatrava. V, 446.

Milán.—«Fuí desde allí á *Milán*, donde me acomodé de las armas». Desde antiguo eran famosas las fábricas milanesas de armas, y singularmente la bondad de los arneses. III, 149.

Milesias, Mileto.—«Fábulas que llaman *milesias*». Dióseles este nombre porque se inventaron ó por lo menos eran co-

munes en Mileto, ciudad griega en la costa de Jonia, famosa por la suavidad de su clima, por la molicie de sus habitantes y por su inclinación á los placeres y diversiones frívolas. Fué la Síbaris del Asia, y patria de la célebre cortesana Aspasia, primero amiga y después mujer de Pericles. De esta propensión á la futilidad y al deleite hubieron de nacer los cuentos ó fábulas *milesias*, propias únicamente para desperdiciar el tiempo ó entretener la infancia, como lo son los cuentos tártaros y, según el juicio y censura del canónigo, los libros caballerescos. Á las fábulas *milesias* opone el canónigo las que llama *apólogas*, que, según la opinión común, nacieron en Frigia, como las otras en Jonia, provincias ambas del Asia Menor. Á este género pertenecen las fábulas de Esopo entre los griegos, de Fedro y Avieno entre los latinos, de Lafontaine y Samaniego entre los modernos. III, 373.—Véase *Apólogas*.

Mílite.—Anticuado. Soldado. (Academia.) «*Mílite* guerrero»: pleonasmo que sólo puede excusarse por el estado moral de quien habla. *Mílite* es palabra latina, usada antes de Cervantes por nuestros escritores. III, 131.

Mingo. VI, 436.—Véanse *Más galán que Mingo* y *Mingo Revulgo*.

Mingo Revulgo (Las coplas de).—Coplas antiguas de autor desconocido, en que bajo nombres y alegorías pastoriles se satirizó el gobierno de D. Enrique IV, rey de Castilla. IV, XIII (Prólogo).—[I, 232 y n.]

Minos.—«Juez y compañero de Radamanto». Parece, según estas palabras, que Minos era juez de Radamanto, lo que no es así. Fué hijo de Júpiter y Europa, y juez de los infiernos. VI, 382.—Véase *Radamanto*.

Minotauro (El).—Monstruo nacido de un toro y de Pasífae, mujer de Minos. Dédalo dicen que construyó el laberinto de Creta á imitación del de Egipto, por mandado del rey Minos, para encerrar al Minotauro. I, 233.—Véase *Laberintos*.

Mirá, por *mirad*.—«*Mirá* en hora mala, dijo á este punto el ama».—El ama hablaba con muchos, y así no pudo decir *mira*, en singular. Debió ponerse *mirá*, con acento en la última, según se halla en las ediciones primitivas. Desde muy antiguo solía ponerse *tomá*, por *tomad*, *comé*, por *comed*, y no siempre era libre hacer la enmienda añadiendo la *d*, porque muchas veces no lo permite el metro, como en el romance del Cid: «Elvira, *soltá* el puñal».—Son frecuentes los ejemplos en el *Cancionero general* y en los poetas antiguos y modernos. Lope de Vega hizo lo mismo en muchos pasajes de sus composiciones dramáticas. I, 99, 100.—«*Mirá* bien, Ambrosio, ya que queréis». Muchas ediciones han puesto «*mira* bien, Ambrosio», lo cual evidentemente es error, porque el número debe ser igual al del otro verbo *queréis*, que es plural. Y así, debe escribirse *mirá*, que es lo mismo que *mirad*, sólo que se suaviza y elide la *d*, como suele hacerse en el estilo familiar. I, 286.

Miraflores.—Era un castillo ó casa de placer, donde solía residir la sin par Oriana, hija del rey Lisuarte y de la reina Brisena, señora de Amadís de Gaula y archi-princesa de las princesas caballerescas. I, LXIII (Prólogo).—Véase *Oriana*.

Miraguarda (Castillo de).—*Miraguarda* no es nombre de lugar, sino de persona.—La infanta Miraguarda era hija de un conde que vivía en la corte de España, y por ciertas razones rogó al gigante Almourol que la guardase en un castillo que tenía en el Tajo, hasta que fuese tiempo de casarla. El caballero Florendos, á quien una recia tormenta había echado á las costas de Portugal, junto á Altarroca, que después llamaron Lisboa, andaba buscando aventuras por aquel reino. Llegóse á la puerta del castillo, paróse á mirar, salió á caballo el gigante y se combatió con Florendos. La infanta, puesta entre las almenas con sus doncellas, miraba la pelea, y viendo que iba de vencida el gigan-

te, bajó y pidió su vida á Florendos, quien, prendado de su hermosura, le otorgó lo que pedía. Éste es el castillo de Miraguarda, que otras veces se llama de Almourol, del nombre de su dueño. Fácilmente se adivina que Miraguarda vino últimamente á casar con Florendos. I, 128.

Miranda (D. Diego de).—Su primer encuentro con Don Quijote. II, 273 (t).—«Á quien Don Quijote llamaba el caballero del Verde Gabán». Don Quijote, todo lleno de las ideas y expresiones de los libros caballerescos, las aplicaba á cuanto veía, y era muy propio de su carácter dar este título á D. Diego de Miranda. IV, 319.

Mirar.—Repetición notable de este verbo, cuatro veces en una sentencia: «El caballero del Bosque (Cardenio), que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura (Don Quijote), no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado, le dijo», etc. II, 254, 255 (t).

Mire (Y) por el virote.—Expresión que el uso posterior á Cervantes ha hecho indecente, pero que entonces significaba que cada uno mirase por sí. Sancho la había usado ya en el diálogo con Tomé Cecial. (IV, 248.)—«*Mirar por el virote,* según Covarrubias, es atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer; metáfora tomada del que tira desde algún puesto á los conejos en ojeo ó espera, que ha de estar quedo hasta que hayan pasado, y después sale á buscar los virotes».—*Virote* es una especie de saeta guarnecida con un casquillo ó punta. VI, 4.—Véase *Virote (Mirar por el).*

Mis arreos son las armas; mi descanso, el pelear.—Don Quijote tomaba la palabra á aquel caballero que, hablando con su señora, decía en un antiguo romance que se insertó en el *Romancero de Amberes* de 1555 (fol. 267):

Mis arreos son las armas;
Mi descanso, el pelear;

Mi cama, las duras peñas;
Mi dormir, siempre velar.

La contestación del ventero á Don Quijote manifiesta que él también sabía el romance: «las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar». I, 35; VI, 319 (t).

Misa (No saber de la) la media.—«Digo *que no supo ni sabe de la misa la media*».—Frase familiar. Ignorar alguna cosa ó no poder dar razón de ella. (Academia.) III, 116 (t).

Miseria.—Los amigos de Basilio quedaron condolidos de «su *miseria*»: palabra que envuelve siempre algo de desprecio, y que, por consiguiente, disminuye el interés que inspira la desgracia. IV, 392 (t), 393.

Misericordia (Una) de vino.—«Sin hallar una *misericordia de vino*».—Como si dijera «*una limosna de vino*», y no sin propiedad, porque la palabra *eleemosyna*, de donde se derivó *limosna*, significa en griego «conmiseración ó misericordia». Salvá en su *Diccionario* dice: «familiar. Pizca, gota, la más mínima cantidad. Se usa con negación, y así, decimos: no se halla *una misericordia* de pan, vino, etc., en todo el lugar.» V, 191.

Mitad (En la) de mi corazón.—«La que tengo grabada y estampada *en la mitad de mi corazón*».—Esta expresión no es sinónima de la otra «*en el medio de mi corazón*», que es como hubiera estado mejor dicho. La *mitad* es parte; el *medio* es lugar; la *mitad* puede estar á la derecha ó á la izquierda; el *medio* es punto fijo, el centro; que es lo que quiso decir el texto. V, 453.

Miu, «que es el principio del nombre de la sin par *Miu*lina». —Clase de galantería, de que hay ejemplos en los anales caballerescos y aun en las historias verdaderas. El día que Lisuarte de Grecia lidió con el rey de la Ínsula Gigantea, Amadís de Gaula «se levantó por ver la batalla, cubriéndose con un rico manto de carmesí con unas *oes* de oro».

Estas *oes* eran la inicial del nombre de la sin par Oriana. II, 74.—Véase *Oes*.

Mocosa (Ciencia).—*Mocosa* equivale á «pueril, frívola, despreciable»: calificación irónica, sumamente graciosa y oportuna, según observó Munárriz, por el modo y circunstancias en que la usa nuestro hidalgo, y que dice relación especial á «pueril», por la que tiene con la infancia. IV, 331, 333 (t).

Mocosa.—«Pues digamos ahora que la discreción era *mocosa*». Es decir, poco limitada, como la de una mocosa, de una niña. (Arrieta.)—El estilo de la Dueña Dolorida, desde el principio hasta el fin de la aventura, es una mezcla de serio y chancero, de grave y familiar, de sublime y bajo, salpicado al mismo tiempo de arcaísmos é italianismos, que forma un carácter aparte en el todo de la fábula, donde no hay otro que se le parezca. V, 274.

Mocho (El).—«Enarboló *el mocho* de un arcabuz».—El remate grueso, y las más veces redondo, de cualquier cosa larga. (Academia.) VI, 241 (t).

Modón.—«Á *Modón*, que es una isla».—*Modón* (la antigua *Methone* del Peloponeso) no es isla, sino plaza marítima de la Morea, á corta distancia de Navarino. No pareciendo posible tanta equivocación en Cervantes, que navegó por aquellos mares y mostró en todas sus obras tanto conocimiento de las costas del Mediterráneo, debe creerse que *isla* es errata, por «plaza, fuerza» ú otra palabra semejante que habría en el original. III, 160.

Moharracho ó *moharrache*.—El que se disfraza ridículamente en alguna función, para alegrar y entretener á otros, haciendo gestos, ademanes y muecas ridículas. IV, 197; VI, 99 (t).—Véase *Mojiganga, bojiganga*.

Mohatra.—«Caballero de *mohatra*» significa caballero de farsa, tramposo, embrollón, porque *mohatra* es una especie de contrato simulado ó fraudulento. V, 136.—Véase *Echacuervos*.

Mojiganga.—Fiesta en que concurren varias personas disfrazadas con trajes ridículos. IV, 197.—Véanse *Bojiganga* y *Moharracho.*

Mojón.—Anticuado. Catador de vinos, el que es inteligente en este ramo. (Salvá.)—Juan Berrocal decía de sí:

No hay mojón *en el mundo que me iguale.....*
Pues cuando estoy armado á lo de Baco,
Así se me aderezan los sentidos,
Que me parece á mí que en aquel punto
Podría prestar leyes á Licurgo.

IV, 232.—Véanse *Berrocal (Juan)* y *Prueba (La) del vino.*

Molde (De).—«Y á él (el Duque) se la dará (la cuenta) *de molde*»: ajustada; así como la figura sale ajustada al molde en que se funde. VI, 93.—«Que debe ir (la carta) como *de molde*». «*Como de molde*» no significa aquí «como conviene, como piden las circunstancias», que es lo que significa muchas veces, sino «como si fuese *letra de molde*», aludiéndose á la perfección y autoridad que el vulgo ignorante atribuye á todo lo que ve impreso. II, 320.—«Mi condado está *de molde* (dijo Sancho)»; como quien dice: «mi condado conviene, encaja, se ajusta con las circunstancias, como el barro ó metal fundido, con el molde; mi condado no falla, es seguro». III, 78.

Molidos como alheña.—*Alheña* es un arbusto con cuyas raíces, reducidas á polvo, se teñían los moros y moras los cabellos y las uñas, como dice Covarrubias: «Y porque para esto (prosigue) y para algunas medecinas se muele la alheña, nació de aquí una manera de hablar, que es «*estar molido como alheña*», del que está cansado y quebrantado». Conforme á esto, Sancho, apaleado por los del escuadrón del rebuzno, dice después á su amo en el cap. 28 (V, 84): «yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen y dejan á sus buenos escude-

ros *molidos como alheña*». IV, 246, 247.—Véase *Alheña.*

Moliente y corriente.—«Escudero fiel y legal, *moliente y corriente,* magnífico y grande». *Corriente y moliente:* expresión metafórica y familiar que se aplica á las cosas llanas, usuales y cumplidas. (Academia.) IV, 228 (t).

Molière.—Pellicer observó ya sobre el cap. 5.º, segunda parte (IV, 85-99), que el célebre dramático francés Molière imito el diálogo de Sancho y Teresa en su comedia *Le bourgeois gentilhomme* (Acto III, esc. 12), así como Corneille se había aprovechado del *Cid*, de D. Guillén de Castro, y del *Mentiroso*, de Lope de Vega. IV, 99.

Molinos de viento.—La falta de ríos en la Mancha, una de las provincias de España más escasas de agua, produjo la necesidad de usar de los molinos de viento, que son tan frecuentes en ella. I, 170.—La aventura de los molinos de viento. I, 170.

Momentos (Por).—En vez de *á cada momento.* «Y le sale por fiador de sus trampas *por momentos*». V, 467.—«Y le esperan en su reino *por momentos*». III, 452 (t).—«Se los volvía á pedir *por momentos*». V, 413 (t).

Mona (Tomar la).—«No para *tomar el mono,* sino *la mona*». Jugó Don Quijote con la doble significación de la palabra *mona*, que, además de la «hembra del mono», suele significar también «la que toman los borrachos». De la razón por que se llama *mona* á la borrachera y se dice que el borracho está hecho *una mona,* trata Gaspar Lucas de Hidalgo en sus *Diálogos de apacible entretenimiento.* V, 65.—En el estilo familiar y jocoso, «*tomar la mona*», ó «*coger mona*», significa «emborracharse». (Arrieta.)

Moncada (D. Sancho de).—Sobre la expulsión de los gitanos. II, 475-477.—[III, 232, n.]

Mondoñedo (El obispo de).—Véase *Guevara (D. Antonio de).* —[II, 14-18, 26, 138, etc.]

Moneda forera.—Contribución que solía pagarse á los reyes

de siete en siete años en reconocimiento de su señorío, y está abolida hace siglos. III, 333.

Monederos falsos.—La Partida VII, hablando de los que hacen moneda falsa, dice así: «mandamos que cualquier home que ficiere falsa moneda de oro ó de plata ó de otro metal cualquier, que sea quemado por ello». IV, 63.

Monicongo.—Lo mismo que *Congo*, país de África, de donde venían muchos esclavos á España. III, 533.

Monjil.—Túnica propia de monjas, á que acompañaba la toca, componiendo ambas el todo del traje. Fué común en lo antiguo usarlo las viudas, y era el que gastaban también las dueñas de las casas principales. V, 265.

Monjuich.—Es el monte de este nombre, que desde su empinada cumbre descubre los navíos, de cualquiera parte que vengan, y avisa al puerto por medio de señales. (Arrieta.) Navajero, copiado por Bowle, indica que su etimología es *Mons Jovis*. VI, 302.

Monserrate (La montaña de) en Cataluña.—«Entre unas espesas encinas ó alcornoques». Tratando Bowle, en su *Introducción á la geografía física de España*, de esta montaña, dice que donde no está cultivado el terreno crecen más de doscientas especies de árboles, arbustos y plantas; mas no habla de alcornoques. VI, 220.

Monserrate (El).—Poema del capitán Cristóbal de Virués, que describe la culpa y penitencia de Garín, y la fundación del santuario de Monserrate en el siglo IX. I, 151.—[II, 474-475 y n.]

Monta.—«Que no está la *monta*». *Monta* significa aquí lo mismo que «importancia». III, 49.

Montalbán (D. Quirieleisón de) y su hermano Tomás.—Este nombre de *Quirieleisón*, dado á un caballero en la primera parte del *Tirante*, es tan ridículo como el de Melquisedec, que se da en la cuarta á un rey de Tremecén. El primero desafió á Tirante, pero murió antes del encuentro. Tomás

historias de casos que verdaderamente han sucedido», como se dice en el argumento de la novela, la cual se imprimió en el año de 1545. I, 92, 93, 137, 138, 140-142.—Jorge de Montemayor en su *Diana* se ocultó bajo el nombre de *Silvano*. VI, 356.—M. Ticknor dice en su *Historia de la Literatura Española:* «Á pesar de sus defectos, la *Diana*, aunque escrita á tanta distancia de nosotros, nos interesa todavía, y se distingue en esto de las demás de su género, hoy día sumidas en el desprecio y en el olvido; así pues, alabamos el buen gusto del cura, que en el escrutinio de la librería de Don Quijote (I, 137-139) hizo justicia poética á este libro y á su autor». (Traducción de Gayangos, tomo III, 278.)—[III, 82-84.]

Montería (La caza de).—«El ejercicio de la *caza de monte* es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno». «La caza es una imagen de la guerra». Á las demás razones que recomiendan la caza de montería, añadió el Duque que «lo mejor que tiene» es que su ejercicio «no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza»: razón mezquina, hija de la vanidad y de la envidia, fundar el deleite en que otros no alcancen á tenerlo. El placer común debe aumentar el particular: una persona de buen corazón preferirá siempre estar alegre entre alegres á estar alegre entre tristes ó indiferentes. V, 201, 202.—Véanse *Cetrería*, *Volatería* y *Altanería*.

Montesinos (La cueva de).—La aventura de la cueva de Montesinos es, entre todas las del *Quijote*, donde más lució la inventiva de Cervantes. IV, 451, 452.—El proyecto de visitar la cueva de Montesinos y las lagunas de Ruidera estaba ya anunciado en el cap. 18 (IV, 346), estando Don Quijote en casa de D. Diego de Miranda. Aquí vuelve á anunciarse lo mismo, pero sólo se verificó la visita de la cueva: las lagunas se nombraron, y nada más. Desde la cueva de Montesinos, Don Quijote, sin más detenerse,

continuó su viaje con designio de hallarse en las justas de Zaragoza. IV, 405.—Cervantes inmortalizó la cueva de Montesinos. IV, 419.—«*Montesinos*, de quien la cueva toma nombre». IV, 425, 426.—«Oh mi primo *Montesinos*». IV, 431, 432, 439.—«De la (aventura) que Don Quijote ya les había contado (al Duque y á la Duquesa) de *la cueva de Montesinos*».—No fué Don Quijote, sino Sancho, el que contó la aventura de esta cueva, y la contó á la Duquesa sin que se hallasen presentes el Duque ni Don Quijote, como puede verse en el capítulo anterior. V, 193, 194.—Larga Nota sobre esta cueva y las lagunas de Ruidera: IV, 420-422.—Otra Nota: VI, 280.—«Figuran tanto Durandarte y Montesinos en la visita de Don Quijote á la famosa cueva, que todo cuanto de ellos pueda decirse, se encuentra ya en las notas de Pellicer y de Clemencín á la segunda parte de *La vida y hechos del Ingenioso Hidalgo*». (Traducción de Gayangos, I, 137, n.)—[I, 120, n.]

Montiano y Luyando (D. Agustín).—En la aprobación que dió del *Quijote* de Avellaneda, al que manifestó un aprecio poco merecido, bien que sin dejar de calificar de clarísimo entendimiento al de Cervantes, notó ya la discreción excesiva con que algunas veces se hace hablar á nuestro escudero. IV, 96.—«Lo confirmaba por todo necio (el libro de Avellaneda)». Hablando Montiano, en su *Aprobación* del *Quijote* de Avellaneda, de la crítica que Cervantes había hecho de su competidor, dijo: «No creo que ningún hombre juicioso sentenciaría á favor de lo que Cervantes alega, si forma el cotejo de las dos segundas partes». Y añade, hablando de Avellaneda: «No es frío y sin gracejo como Cervantes».—¡Esto dijo Montiano!!! No puede negarse, sin embargo, que Avellaneda tiene gracejo en muchas ocasiones, pero mezclado frecuentemente con bajezas insoportables. VI, 209.—[III, 340.]

Montiel (Campo de).—Distrito de la Mancha, que compren-

ba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*». El *more turquesco* recae sobre la inclinación de la cabeza y del cuerpo, pero no sobre lo de la gorra en la mano. Cervantes, que había vivido algunos años en Argel, no podía ignorar que, entre los mahometanos, el descubrir la cabeza no es muestra sino falta de respeto. En sus visitas y en las mezquitas mismas tienen los turbantes puestos: en cambio se dejan á la puerta los zapatos; y en tiempo de lodos es costumbre muy loable y grata para el dueño de la casa. II, 142; III, 189. —Véase *Zalema*.

Morejón (D. Antonio Hernández).—Debe mencionarse en este lugar el pensamiento original de nuestro sabio médico Don Antonio Hernández Morejón, que se ha propuesto dar un nuevo título á la inmortalidad á Cervantes como profundo conocedor de la medicina, en un opúsculo publicado entre sus obras póstumas con el título de *Bellezas de la medicina práctica descubiertas en el Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*. Después de analizar detenidamente todas las circunstancias en que apoya su opinión este profesor, concluye con un apóstrofe dirigido al autor del *Quijote*: «¡Sombra inmortal de Cervantes!» etc. VI, 449.

Morena (Ó sobre eso).—Expresión proverbial, que envuelve amenaza de averiguación y litigio mayor. *Marimorena*, hablándose familiarmente, significa «riña ó pendencia»: hay quien atribuye el origen de esta voz á las quimeras que antiguamente excitó una *María Moreno*, tabernera de Madrid, y dieron ocasión á ruidosos procesos judiciales, que se guardan, según se dice, en el archivo de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. *Morena* puede ser abreviatura de *marimorena*. II, 343. «Ó sobre ello *morena*». V, 188 (t).

Moreno (D. Antonio), de Barcelona.—El huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable. VI, 258 (t).

judaísmo, cristianismo, gitanismo. Mateo Alemán llamó á una turba de muchachos *muchachismo,* y D. Francisco de Quevedo *adanismo* á una multitud de personas desnudas. V, 58.—*Morisma*: la secta de los moros: multitud de ellos. (Academia.)

Morrión.—Era la pieza superior del yelmo; y *yelmo,* la armadura completa de la cabeza. *Morrión*: armadura de la parte superior de la cabeza, hecha en forma del casco de ella, y que en lo alto suele tener algún plumaje ó adorno. (Academia.) III, 313.

Mosquearse.—Espantarse las moscas ó sacudirse: expresión metafórica que significa lo mismo que «azotarse». (Arrieta.) VI, 223 (t).

Mosqueo (Azotes de).—Véase *Azotes de mosqueo.*

Mostrenco. IV, 33; V, 173; VI, 49 (textos).—El que no tiene casa ni hogar, ni señor ó amo conocido: el ignorante ó tardo en el discurrir ó aprender. (Academia.) «Res *mostrenca* se dice de aquella que no tiene dueño». (Covarrubias.)

Motilón.—«Se enamoró de un mozo *motilón*».—El que tiene cortado el pelo por entero y de raíz. Solía decirse en lo antiguo de los frailes legos: ahora es palabra de desprecio, y se aplica ordinariamente á los tiñosos á quienes ha sido menester cortar el pelo. Viene del latino *mutilus*, de donde también se derivó, en los tiempos de la mala latinidad, la palabra *multo,* carnero que se esquila, que luego dijeron *mouton* los franceses. II, 313.

Moza de chapa.—«Vive el dador (dijo Sancho), que es *moza de chapa* (Dulcinea)». Con la chapa se asegura la obra hecha, y así, *moza de chapa* es «moza de fundamento é importancia». II, 310.—«Mucho más miraba Don Quijote al de lo verde, pareciéndole hombre *de chapa*». IV, 274 (t).—Sancho, alabando á Quiteria, dijo: «Juro en mi ánima que ella es una *chapada moza*». IV, 389 (t): esto es, una gentil, gallarda y bizarra joven. (Arrieta.)—*Chapa*: hoja ó lámi-

na de metal plano, que sirve para firmeza ó adorno de la obra que cubre. (Academia.)

Mozo.—«Guiados de nuestro *mozo* y desbaratado discurso». —Nótese el uso de *mozo* como adjetivo; y así, decimos «la *moza* gente». Más ordinariamente *mozo* y *moza* se usan como sustantivos. Aquí *mozo* equivale á «pueril, juvenil». VI, 20.—«Estaban acaso á la puerta dos mujeres *mozas*». I, 29 (t).

Mozo, moza.—*Mozo* y *moza* pueden ser también abreviatura de *mancebo* y *manceba,* y participan de la fuerza de este origen, pues la acepción de *mozo* es favorable, y no siempre lo es la de *moza,* de lo que algo se ve en el *Quijote,* en aquello de *mozas del partido,* que dice el cap. 2.°, primera parte (I, 29). II, 278.—«La hermosa *moza*». En nuestro actual uso la palabra *moza* pertenece al estilo familiar y significa ordinariamente la criada destinada á los oficios más humildes. Otras veces indica el primer período de la pubertad; otras, el estado de soltera, y otras, finalmente, suele dársele significación de peor sonido, como se hizo con la Doña Tolosa y la Doña Molinera en el cap. 2.° de esta primera parte (I, 29, 31, 32, 64, 65). II, 393.—Véase *Mancebo, manceba,* etc.

Mozo de mulas (La agradable historia del).—Como si fueran pocos los acontecimientos y lances acumulados hasta ahora en la venta, todavía se añade el de los amores de Don Luis y de la hija del oidor. «En esta venta, dice D. Vicente de los Ríos, reunió Cervantes tantos sujetos y acumuló tantas aventuras, que, aunque cada una por sí sea verosímil, la concurrencia de todas no lo parece».—Otro cargo resulta de la poca ó ninguna conexión de estos incidentes con las cosas de Don Quijote: el argumento principal de la fábula está obscurecido y como anegado entre tantos y tan diversos accesorios. III, 270.

Mucho, muy.—«*Muy* peor». En la lengua castellana hay muy

pocos comparativos, y entre ellos varía la manera de esforzar su significación. Comunmente se prefiere para este efecto el uso del adverbio *mucho*, y así sucede en los más de los comparativos, como en *mejor*, *peor*, *mayor*, *menor*. Otros admiten indistintamente el *mucho* y el *muy*, como *anterior*, *posterior*; otros excluyen el *muy*, como *más*, *menos*. El «*muy* peor» del texto acaso no sonará del todo bien á los de oído delicado. III, 39.—Hablando de Marcela, se dijo que era «un poco arrogante y un *mucho* desdeñosa». I, 301 (t).

Mudas.—Ciertos afeites ó unturas que usaban las mujeres para la cara, y de que se habló extensamente (II, 127). VI, 387.—De los rostros de las dueñas, martirizados «con mil suertes de menjurjes y *mudas*», se habló en el cap. 39 (V, 295).

Mudéjares.—Los moros procedentes de la provincia de Castilla, y *tagarinos*, los de las de la corona de Aragón. III, 209; VI, 98.—Véase *Tagarinos*.

Mudo (Que me).—«Y á Dios, *que me mudo*». Expresión familiar picaresca, propia de quien se despide para irse á otra parte; que esto es *mudarse*, hablándose de la casa en que se habita. Hinard lo traduce: «*Et puis, adieu, je décampe*». En inglés se dice: *Farewell, for I'm off*. II, 319.

Muelas cordales (Entre dos).—*Muelas cordales* son las que nacen á los adultos en la extremidad de las mandíbulas. Núñez pone así este refrán: «*Entre dos muelas molares* nunca metas tus pulgares». V, 366.—El texto dice: «Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado como el que pone el dedo *entre dos muelas cordales*».

Muerta (Altisidora) por la crueldad de Don Quijote. VI, 378. —Véase *Muertes por amor*.

Muerta (Como es) la fe sin obras.—«El agradecimiento que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, *como es muerta*

do lo contrario, renovando el uso anterior. *Nihil novum sub sole.* En el siguiente capítulo se pinta igualmente á los diablos «con cuatro dedos de brazo fuera». VI, 386, 399.

Muñidor de cofradía.—*Muñidor* viene del latino *monitor*, el criado ú oficial de la cofradía que tiene el cargo de avisar á los hermanos para que asistan á las fiestas ó funciones que se celebran. Sancho había sido también prioste en su lugar. II, 187; V, 363.—Véase *Prioste.*

Muñidos.—«Que es un juicio los que tiene *muñidos*». IV, 354 (t).—«Avisados, convocados», del latino *monitus*, y del mismo origen viene *muñidor, monitor:* uno y otro, del verbo *moneo.* IV, 352.

Mur.—El ratón. Palabra anticuada que se conserva en el refrán alegado por Sancho: «lo que has de dar al *mur*, dalo al gato». El autor del *Diálogo de las lenguas*, para probar que *mur* es palabra castellana, alega este refrán, y otro que dice: «al *mur* que no sabe sino un agujero, presto lo toma el gato». (Esto es lo mismo que el refrán francés: «*La souris qui n'a qu'un trou est bientôt prise*».)

«*Estimad en mucho al gato,*
Que merece estimación,
Y dadle lo que al ratón;
Que os saldrá al fin más barato».

(*Romancero general* de Pedro Flores.)

VI, 144.

Murcia.—«Unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á *Murcia*». El licenciado Francisco de Cascales, contemporáneo de Cervantes, en los *Discursos históricos de Murcia y su reino*, habla de su cultivación y fábricas de seda. En nuestro tiempo este ramo se halla en decadencia, y á pesar de lo que se ha perfeccionado el arte de fabricar la seda y de aprovechar el capullo, el año de 1830 no ha llegado la cosecha de la huerta de Murcia á 120.000 libras de seda, según noticias fidedignas. I, 79.—Véase *Cascales*

(Francisco de).—El «como después se supo» en el texto, es un ripio que debiera omitirse.—[I, 37, n.]

Murillo y Velázquez.—«De la suma impericia de este pintor (Orbaneja)», dice Pellicer en sus notas, que «quiso tomar acaso Cervantes ocasión de indicar la decadencia que padecía en su tiempo la pintura». Esta opinión de Pellicer es singular, y las razones que alega en su apoyo prueban más bien lo contrario. La época de Murillo y Velázquez no puede llamarse de decadencia. VI, 470.—Véase *Orbaneja*.

Musarañas ante los ojos.—Dase en general el nombre de musarañas á los bichos, insectos y sabandijas, y suele aplicarse á ciertas nubecillas que á las personas de vista débil se les figura andar por el aire. V, 186.

Mutatio cappárum.—«Y luego, habilitado (Sancho) con aquella licencia, hizo *mutatio cappárum* y puso su jumento á las mil lindezas».—*Mutación de capas*.—Antiguamente se mudaban las capas el día de Resurrección: esta mudanza se ha trasladado á Pentecostés. No es imposible que esta «mutación de capas», aplicada aquí á la de los aparejos de los asnos, envuelva alguna alusión maligna á personas y sucesos de aquel país (Roma) y de aquella época.—Véase la Nota: II, 160.

Muy.—«*Muy* sabrosísimo queso». La reunión de la partícula *muy* con el superlativo, que se advierte aquí, está desterrada de nuestro uso actual; pero estuvo admitida en el antiguo. Muchos ejemplos citados: III, 507, 508; V, 3.—Véase *Superlativos*.

Muzárabe (mozárabe).—Adjetivo que se aplica al cristiano que vivió antiguamente entre los moros de España y mezclado con ellos. Aplícase también al oficio y misa que usaron entonces, que aun se conserva en una capilla de la catedral de Toledo, que se llama mozárabe. (Academia.) I, VII (Prólogo del COMENTARIO).

Nacido soy.—«*Nacido soy*, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios».—No se sabe qué significan ni á qué vienen aquí estas palabras, y se me figura que son errata por *desnudo nací*, que es la expresión que conviene al propósito de Sancho y la que usó él mismo en el cap. 8, segunda parte (IV, 139), cuando, después de manifestar su recelo sobre que en la historia de Don Quijote, de que había hablado á éste el bachiller Carrasco, anduviese su honra «á coche acá cinchado», conformándose finalmente con lo que en ella se dijese, añadió: «que desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano»; palabras que repitió en el capítulo 53 (VI, 90) renunciando al gobierno de la ínsula. IV, 78, 79.—También las repitió en otras partes de la fábula. II, 279; VI, 131 (textos), 149.

Nacieron en las malvas.—Sancho, todo hueco y pomposo con esta circunstancia (de tener «sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos»), había llegado á decir alguna vez (II, 187) que esto le bastaba «para ser conde»; y hablaba con desdén, según acaba de decir, de los que *nacieron en las malvas;* expresión común que se aplica á las personas de bajo y obscuro nacimiento. IV, 80.

Nacimiento (El) del río Guadiana.—«La cuarta (cosa) es haber sabido con certidumbre el *nacimiento del río Guadiana*, hasta ahora ignorado de las gentes». El nacimiento del Guadiana, que, según aquí se dice, ignoraban las gentes, no es el nacimiento material y físico, que, estando á la vista, ¿cómo pudiera ignorarse?, sino el mitológico que le asignó Cervantes, á saber, la trasformación del escudero Guadiana y de la dueña Ruidera, que refirió Montesinos á Durandarte hallándose nuestro hidalgo presente. (IV, 434, 435.) Éste y no otro es el nacimiento que se ignoraba antes de escribirse el *Quijote*, y el que se indica en el pasaje del texto, mucho más habiendo dicho antes que estas noticias servirían de materiales para el *Ovidio español*, que el primo

traía entre manos. Y la misma inteligencia debe darse al pasaje del cap. 18 (IV, 346), cuando, al salir Don Quijote de casa de D. Diego de Miranda, dijo que pensaba «entrar en la cueva de Montesinos..... sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las lagunas de Ruidera». V, 6, 7.

Nada (No estuvo en) el ventero en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento.—Régimen defectuoso. La frase «*no estuvo en nada*» no pudo estar regida por «*el ventero*». Sustitúyase en su lugar esta otra: «*no estuvo en nada que acompañase (el ventero)*». Hinard traduce la frase: «*fut tout près de tenir compagnie aux demoiselles*», etc. I, 34.

Nadie las mueva que estar no pueda con Roldán á prueba.—Cervino, hijo del rey de Escocia, capitán de la gente de guerra que su padre enviaba al socorro de París, cercado por el rey Agramante. Orlando lo puso en libertad cuando le llevaba preso Anselmo de Altarriba, y Cervino, agradecido á su libertador, habiendo encontrado las armas de éste, las recogió, hizo de ellas un trofeo y escribió al pie: «*Armatura d'Orlando Paladino*». Y sigue Ariosto:

«*Come volesse dir: Nessun la muova,*
Che star non possa con Orlando à prova».

(Ariosto, *Orlando Furioso*, canto 24, est. 57.)
I, 283; VI, 344.

Naharro (Bartolomé de Torres).—Su *Propaladia*, ó las primicias del ingenio. (Ticknor.) Sobre la voz *fantasía*. II, 415. —[I, 265-274.]

Naipes.—Sobre la invención y antigüedad de ellos. V, 4-6, 203; VI, 153.

Narices (Las extrañas) del escudero del caballero de los Espejos.—«Tanto que le juzgó (Don Quijote) por algún monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo». Expresión feliz para ponderar lo desaforado de

ro de chiste, con aprobación y aun con elogio, en sus libros del *Orador* (Lib. 2, cap. 63): el lector podrá elegir á su arbitrio entre la autoridad de Cicerón y la de Foronda (*Observaciones sobre el Quijote*, pág. 35). III, 31.

Negaciones.—Larga Nota sobre el uso de la partícula *no* y otras negaciones en castellano: en éste dos negaciones confirman la negación. «Ni Sancho no osaba tocar á los manjares»: sobra el *no*, según el uso actual. VI, 188-192.—Véase *No (La partícula)*, etc.

Negras (Las) espadas.—Son las espadas con botones en las puntas, que se usan para aprender y para ejercitarse en las escuelas de esgrima. En el capítulo siguiente (IV, 372) se mencionan «el tirar de la barra y el jugar de *la negra*», como habilidades de Basilio. Llámanse *negras*, porque lo son, del color del hierro de que están hechas, al revés de *las blancas*, que son de terso y bruñido acero, y las que pinchan y cortan. IV, 362.

Negro.—Equivale á «malhadado, desventurado, funesto». «Su *negra* y pizmienta caballería». En el cap. 3.º (I, 60), se refirió que el ventero, incomodado de las valentías de su huésped y ahijado Don Quijote en defensa de las armas que estaba velando, «determinó abreviar y darle la *negra* orden de caballería». III, 142.—*Negros requesones* (cosa tan opuesta á su color natural), «que tan blanco pusieron á su amo», como si se les llamara «infaustos ó malhadados», por la pesadumbre que su pérdida ocasionó á Sancho, y aun por el temor que tuvo de la indignación de su amo. IV, 326.

Negro de la uña.—Fuera del sentido recto, que es aquella cenefilla de porquería que se cría en ella, metafóricamente se toma por «lo mínimo de cualquier cosa». (Academia.) Es la parte crecida de la uña, y que, por estar sucia, se pone negra y se la corta: expresión metafórica y despreciativa. (Arrieta.) II, 132 (t); VI, 402 (t).

Nembrot.—Fundador del imperio de los asirios, que fué un

«robusto cazador delante del Señor», como se dice en el Génesis (Cap. X, v. 9); es decir, un gran conquistador, que subyugó muchos pueblos á su dominación y los trató, poco más ó menos, como los cazadores á los animales que han cogido; matándolos, ó conservándoles la vida para emplearlos en su servicio. VI, 383, 384.

Nerón. (Nero.)—Notas sobre el incendio de Roma por Nerón, y versos aludiendo á este suceso. I, 301; V, 399; VI, 101. —Celebró el acto de afeitarse por primera vez, con juegos y sacrificios, y, poniendo el bozo en una caja de oro guarnecida de piedras preciosísimas, lo consagró á Júpiter Capitolino. VI, 404.—Véase *Tarpeya.*

Néstor.—«Que los días de *Néstor* sean». Néstor fué rey de Pilos, y uno de los príncipes griegos que asistieron á la guerra de Troya. Según los poetas, vivió tres siglos, y entre ellos eran proverbio los «años de Néstor», para denotar una larga vida. V, 56.

Neutro (Nombres del género).—Larga Nota sobre éstos. *Neutro* no significa más sino que el nombre á que se aplica esta denominación no es ni masculino ni femenino. El *neutro* es en los géneros lo que el *negro* en los colores: éste es la ausencia de color, y aquél la ausencia de género. III, 16, 17.

Ni por pienso.—Modismo propio del estilo familiar, en que *pienso* es lo mismo que *pensamiento.* V, 361; III, 87; V, 241 (textos).—«Ni *por pensamiento*». IV, 327 (t).—Modo adverbial. De ningún modo, por ninguna forma. (Academia.)

Ni quito rey ni pongo rey; pero ayudo á mi señor.—Refrán de origen conocido, según las historias de Castilla, las cuales refieren que, habiéndose encontrado el rey D. Pedro el Cruel con su hermano D. Enrique en la tienda de Beltrán Claquín, capitán francés que había venido en auxilio de este último, luchando los dos hermanos cayeron al suelo, y, habiendo quedado debajo D. Enrique, Beltrán les dió vuelta,

diciendo: *Ni quito rey ni pongo rey; pero ayudo á mi señor.* VI, 225.

Niarros y Cadells (Los dos bandos de).—Ladrones, bandoleros ó malhechores, que tanta sangre costaron al Principado. VI, 232, 248, 249.

Nicolás (Maese).—Véase *Maese Nicolás.*

Nicolás (El peje). — Notable nadador. Fué un natural de Catania que vivió en el siglo XV, y estaba más en el agua que en tierra, por lo cual se le dió el nombre de *Pesce Colà (Pez Nicolás)*: pasaba de Sicilia al continente, y de éste á Sicilia. Véase la Nota: IV, 331, 332.—Véase *Francisco de la Vega Casar.*

Nidos (En los) de antaño no hay pájaros hogaño.—«Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya *en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño:* yo fuí loco, y ya soy cuerdo». Esto dijo Don Quijote al tiempo de hacer su testamento y poco antes de su muerte; y este refrán es el último que se halla en el *Quijote.*—Refrán que advierte que no se deje pasar la ocasión, por la dificultad que hay en hallarla cuando se busca. (Academia.) VI, 456 (t).—Véase *Nubes de antaño.*

Nigromantes, encantadores y mágicos.—Sobre éstos y sus cosas y casos estupendos: VI, 267, 268.—Véanse *Escotillo (El famoso), Escoto (Miguel)* y *Scoto.*

Ninfas de Henares.—Novela pastoril por Bernardo González de Bobadilla.—M. Ticknor dice: «tanto el autor como su libro duermen, largo tiempo hace, en el olvido». I, 145.—[III, 88.]

Ninfas del Tajo (Las labores de las).—El lector se ríe al ver que Don Quijote reconviene á Sancho de que no se acuerda de los versos de Garcilaso describiéndolas en la égloga 3.ª Estos versos, citados en la Nota: IV, 137.—«Ora en *ninfa del* dorado *Tajo,* tejiendo telas de oro y sirgo»: alusión al mismo pasaje de Garcilaso. V, 453.

Ninguna (Y de) cosa se dolía.—«Todo lo miraba Sancho, *y de ninguna cosa se dolía*». Alusión al romance antiguo que empieza:

> *Mira Nero, de Tarpeya,*
> *Á Roma cómo se ardía;*
> *Gritos dan niños y viejos,*
> Y *él* de nada se dolía.

Citóse este romance á otro propósito en el de Altisidora, cap. 44 (V, 399). VI, 101.

Niñas de mis ojos.—La Duquesa dijo á Sancho: «Quédese á mi cargo el regalo del rucio, que, por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las *niñas de mis ojos*». Esto es, le pondré en el mejor lugar, le trataré ó cuidaré con el mayor esmero. (Arrieta.) V, 192 (t).

Niño (Crónica del conde D. Pero). II, 285.—M. Ticknor dice: «La *Crónica de D. Pero Niño* era muy nombrada, y citada como un rico depósito de noticias importantes para el reinado de D. Enrique III». II, 285, 433.—[I, 178 y n., 354, n., 389, n.]

Niños de la doctrina.—Según Covarrubias, citado por Bowle, eran «pobrecitos huérfanos que se recogen para doctrinallos y criallos». En Madrid existe un colegio de niños de esta clase, bajo la advocación de San Ildefonso. V, 229.—Varias congregaciones semejantes en Italia y Francia. VI, 59, 60.—*Niñas de la doctrina.* V, 310.

Niños trocados en la cuna.—De hijos de príncipes, criados en casas humildes y sin ser conocidos sus verdaderos padres, hay varios ejemplos en la biblioteca caballeresca. V, 118.

Niso y Euríalo, y Pílades y Orestes.—Ejemplos de amistades ilustres. Entre los griegos se celebró la amistad de Teseo y Piritoo, la de Aquiles y Patroclo, la de Damón y Pitias, que renovaron el espectáculo dado antes por Orestes y Pílades, y la de Epaminondas y Pelópidas. Los romanos asimilaron á estas amistades ilustres la de Escipión y de Le-

lio, y Cervantes añadió la de Rocinante y el rucio. IV, 210.

No (La partícula) y otras negaciones del idioma castellano.—Numerosas Notas y observaciones críticas: III, 39, 332; VI, 188-192, 425.—Véase *Negaciones.*

No comas ajos ni cebollas.—Uno de los consejos de Don Quijote á Sancho. Manjares tenidos como propios de villanos, cuyo uso estaba prohibido expresamente á los caballeros de la Banda. V, 356.

No hay libro tan malo que no tenga algo bueno.—La expresión es de Plinio el Mayor. IV, 66; VI, 200.

No que de una ínsula, sino de todo el mundo.—*No que* es lo mismo que «*no digo*», «*no sólo*». VI, 133.

No (Del) quiero de tu capilla.—*No quiero, no quiero; mas echádmelo en la capilla:* «refrán que, según Covarrubias, se dice de los que tienen empacho de recibir alguna cosa, aunque la deseen». El Diccionario dice que «se aplica á los que rehusan recibir alguna cosa, pero con tibieza, de suerte que excitan á que se les inste». Los médicos y gobernadores del tiempo de Cervantes llevarían capa con capilla, y negándose á recibir, volverían la espalda, mostrando así la capilla, donde les echarían el dinero los que lo ofrecían. También pudo formarse este refran aludiendo á los religiosos que, no debiendo manosear el dinero por voto ó por decencia, lo recibían en la capilla. V, 351, 352.

No sólo en España, pero en toda la Mancha.—Dorotea, hablando de la fama de Don Quijote, y burlándose de él. II, 459.—«Debía de ser (Dulcinea) la más bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha». Chiste irónico de la Duquesa: afectación de ignorancia propia, siendo sólo en realidad muestra de la que se supone en los que escuchan. V, 156.

Nobleza (La).—Su origen. He aquí el origen más natural y verosímil de lo que después se llamó *nobleza,* la cual empezaría por ser personal, y luego, sostenida por las riquezas, pasó á ser hereditaria. IV, 39.

Nones.—Plural de *non.*—Sancho dice: «Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen *nones, nones* han de ser, aunque sean *pares,* á pesar de todo el mundo».—*Decir nones* es lo mismo que «decir que no». (Arrieta.)—*Pares y nones* es el juego de suerte, número *par ó impar.*—VI, 91 (t).—Véase *Pares.*

Nones (De).—«Una ínsula que tengo de *nones*». (El Duque á Sancho.) Quiere decir que es singular, que no hace pareja con otra, ó más bien, que está descabalada ó de sobra. Lo que Cervantes significó por esta locución, debe inferirse por el uso que hizo de ella en otras ocasiones.—Entre los sucesos del gobierno de Sancho, se cuenta después, en el cap. 49 (VI, 10), que, reconviniendo á un baratero, le decía: «vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis *de nones* en esta ínsula, tomad luego esos cien reales», etc. Y en el entremés de *Los divorcios* se dice de ciertas mulas de alquiler, que «nunca se alquilan sino á faltas y cuando están *de nones*». V, 150.—*Andar de nones:* frase. No tener ocupación ú oficio, ó andar desocupado y libre. (Academia.)—*Estar de non:* frase. No servir de nada, estar de sobra en alguna parte. (Academia.)

Nora en tal.—«Apártense, *nora en tal*, del camino». Es la expresión de enojo que usa la supuesta Dulcinea, y quiere decir *noramala,* indicando con la palabra *tal* alguna reticencia de cosa menos suave ó decente, á la manera que se dice «voto á *tal*», «váyase á la *tal*». IV, 176.—*Nora en tal:* dícese así por no decir *enhoramala,* lo que hubiera sido una falta de respeto en Sancho, hablando con su amo. Pero me parece que debiera decirse *en hora tal* ó *nora tal,* porque el toque está en sustituir *tal* á *mala,* y nunca se dice ní puede decirse *nora en mala.* VI, 274, 275.—«¿En dónde *nora tal* habéis vos hallado?» V, 145 (t).

Notomía.—Palabra mutilada, por *anatomía,* como dice la gente culta. Tómase aquí *anatomía*, no por «disección del

cuerpo del animal», que es el sentido recto de la palabra, sino por «compaginación y estructura total de sus huesos y miembros»; en cuya acepción la usan los pintores. En el mismo sentido se usó esta palabra en el cap. 2.º (IV, 197), hablándose de Rocinante: «los huesos de su *notomía*». V, 224, 225.

Novela de El curioso impertinente.—Desde los principios va sabiendo esta novela á italiana. Como el teatro de la novela es toscano, no hay que extrañar que el lenguaje participe algo del sabor del terruño. III, 1.

Novelas de Cervantes, en las cuales describió sucesos verdaderos en el fondo y aun en muchas circunstancias. III, 108. —Sus *Novelas ejemplares.* «Heles dado (dice, hablando con el lector, en el prólogo de ellas) nombre de ejemplares; y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso..... Si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público». IV, IX, X (Prólogo).

Novelas ó cuentos, patrañas y consejas. II, 123, 295, 296.— Véanse *Consejas* y *Patrañas.*

Nubes de antaño. I, 23; V, 362; V, 187, 435 (textos).

Nudo gordiano.—«Es un lazo (el del matrimonio) que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el *nudo gordiano;* que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle». —Allá en tiempos antiguos, cuentan que, tratando los frigios de nombrar un rey, les dijo un oráculo que eligiesen al primero que á la vuelta encontrasen caminando en un carro al templo de Júpiter. El primero que encontraron fué á Gordio, un labriego que, habiendo madrugado, iba al templo con su carreta y sus bueyes á encomendarse á Júpiter antes de empezar su tarea. Proclamáronlo rey de Frigia, y él en memoria de este suceso colocó y consagró

en el templo la carreta. Fué el caso que las cuerdas con que se ataba el yugo, se enredaron, formando un nudo tan complicado, que no parecía posible deshacerlo. Cuando Alejandro, en su expedición contra Darío, entró en aquel templo, le dijeron los naturales que el oráculo había ofrecido la posesión de Asia á quien deshiciese el nudo, y Alejandro, después de haber intentado en vano desatarlo, sacó la espada y lo cortó, diciendo: «tanto monta cortarlo como desatarlo; todo es deshacerlo». La historia del *nudo gordiano* explica la expresión del texto. IV, 358.—El nudo gordiano tomó por empresa el Rey Católico con el lema *Tanto monta:* sobre el origen y ocasión de ello véase la Nota: VI, 222.

Nudo (Un) se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar.—En las grandes agitaciones del ánimo, suele entorpecerse y como enredarse la lengua en la garganta, de manera que no es fácil hablar. II, 370.

Nuestramo.—Palabra rústica con que los mozos de labor y trabajadores del campo suelen hablar á sus principales, y muy propia en boca de Sancho. VI, 163.

Nueve (Los) de la Fama.—Fueron tres judíos, Josué, Daniel y Judas Macabeo; tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César, y tres cristianos, el rey Artús, Carlomagno y Godofre de Bullón. I, 95; II, 114.—Véase *Tabla (La) Redonda*, etc.

Nuez de ballesta.—«En la garganta como una *nuez de ballesta*». V, 230 (t).—En la ballesta es un hueso que tiene el tablero en que se arma la cuerda, el cual se labra de uno que tienen los venados en la cabeza, en el nacimiento de los cuernos, por ser fuerte y duro, y más á propósito que otro alguno. (Academia.)

Nulla es retentio.—La expresión latina (algo macarrónica á la verdad) que aquí se indica y que estropeaba Sancho, es *in inferno nulla est redemptio*, que significa que en el infier-

no no hay medio ni esperanza de salir de él. Común es el cuento de Miguel Ángelo, que en un cuadro de los Novísimos retrató entre los condenados á un cardenal que le molestaba, y quejándose el cardenal de ello: «amigo, le dijo el papa, si te pintara en el purgatorio, yo te sacaría á fuerza de sufragios; pero en el infierno *nulla est redemptio*». Ariosto sabía también este proverbio, y lo incluyó en su *Orlando* cuando, describiendo los tormentos que Lidia padecía por ingrata en el Tártaro, le hizo decir (Canto 34, est. 43):

..... E così avrò in eterno;
Chè nulla redenzione è nell' inferno.

II, 305.—«La verdad que os diga, respondió Altisidora (á Sancho), yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera». VI, 398 (t).

Numancia (La).—Comedia de Cervantes. En ella encuentran los inteligentes los mejores versos que compuso Cervantes, y que más pudieran merecerle «el disputado título de poeta»; pero mezclados con muchos defectos, tanto en la versificación, como en el plan y disposición del drama. III, 399.—[II, 106-III.]

Nunca (Que) sane Don Quijote.—«Y si no fuese contra caridad, diría que *nunca sane Don Quijote*, porque, con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía». (D. Antonio Moreno á Sansón Carrasco.) He aquí bien retratada la insensatez con que se celebra y aun fomenta muchas veces por diversión el desvarío de los locos y de los borrachos: crueldad refinada, en la cual no se fija bastantemente la atención, y que la razón y mucho más los principios religiosos exigen se cambie en respeto hacia los infelices que se hallan en tan miserable estado, y en caritativa solicitud para sacarlos de él, si nos

fuese posible. Es preciso confesar que el eclesiástico de casa de los Duques, á pesar de su inoportunidad, obraba y hablaba más conforme á razón y justicia. «Hablando con el Duque, le dijo: vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre». (V, 145.) VI, 331.

Nunca vista (La) y descomunal batalla que pasó entre Don Quijote..... y el lacayo Tosilos.—Como la batalla no se verificó, está dicho con verdad y con gracia lo de «*nunca vista*», que ordinariamente significa otra cosa. VI, 134.

Nuncio (Casa del).—Hospital de dementes en Toledo, llamado comunmente *el Nuncio*, de su fundador. VI, 427.

Ñ.—La *ñ*, letra peculiar del alfabeto castellano, nace de seis combinaciones latinas: de *gn* y *gm*, como *leño*, de *lignum*, y *tamaño*, de *tam magnus;* de *ng*, como *tiño*, de *tingo; tañer*, de *tangere;* de *mn*, como *sueño, otoño, escaño*, que vienen de *somnus, autumnus* y *scamnum;* de *nn*, como *año*, de *annus; tañido*, de *tinnitus;* y de *ne* ó *né* seguido de vocal, como *cuña*, de *cuneus; araña*, de *aranea; cigüeña*, de *ciconia; saña*, de *insania.* V, 170.— Otra Nota: II, 158.

O.—Suprimida en la última vocal de *primero* y *tercero*, cuando preceden al sustantivo. «Como el *primero* fraile». Todavía en tiempos de Cervantes el uso no había introducido la regla constante de suprimir la última vocal de *primero* y *tercero* cuando preceden al sustantivo. En la aventura de los molinos de viento se refirió ya que nuestro caballero «embistió con el *primero* molino que estaba delante». (I, 173.) En la relación del cautivo, hablándose del general del mar entre los turcos, se dice: «que es el *tercero* cargo que hay en aquel señorío». (III, 177.)—Otras veces se suprimía la *o* final, de lo que hay ejemplos en el mismo *Quijote:* pero en el día se hace siempre en el caso indicado, y aun muchas

veces con la vocal última de *primera* y *tercera*. Lo mismo sucede en los adjetivos *bueno* y *malo*: decimos «*buen* pan» y «pan *bueno*», «vino *malo*» y «*mal* vino». También suele suprimirse la última sílaba de los adjetivos *tanto* y *grande*, cuando preceden al sustantivo: los ejemplos son obvios. I, 183, 184.—«Aquél era el *primero* día donde se había de probar la virtud de la cabeza encantada». Hoy no se toleraría decir «*primero día*», y diríamos «*primer día*». VI, 276.

O y *U*.—Aldrete, en el *Origen de la lengua castellana*, dice que es tan grande la semejanza entre la *o* y la *u*, que fácilmente se equivoca la una con la otra en la pronunciación; y después de citar á Quintiliano, que trae varios ejemplos latinos para probar el frecuente uso que hacían los antiguos de una letra por otra, añade que es principalmente común esta transmutación en los nombres tomados del latín. «Y *entomece* las manos», por *entumece*. VI, 194.

O y *ú*; *y* y *é*.—«Facineroso salteador, *ó* otro delincuente».—En el uso actual se ha adoptado mudar la conjunción *ó* en *ú* cuando concurre con palabra anterior que acaba, ó siguiente que empieza, con la misma vocal, para evitar el hiato ó esfuerzo necesario para pronunciar las dos *oes* seguidas. Ahora diríamos con mayor suavidad: «*ú* otro delincuente».—Por igual razón se muda también la conjunción *y* en *é*: decimos «español *y* francés», «francés *é* italiano». Nuestros antiguos se cuidaron muy poco de estos refinamientos y atildaduras del lenguaje. III, 365.

Oes.—El día que Lisuarte de Grecia lidió con el rey de la Ínsula Gigantea, Amadís de Gaula «se levantó por ver la batalla, cubriéndose con un rico manto de carmesí con unas *oes* de oro». Estas *oes* eran la inicial del nombre de la sin par Oriana. Clase de galantería de que hay ejemplos en los anales caballerescos y aun en las historias verdaderas. II, 74.—Véase *Miu*.

Obedeciendo tus consejos.—De los consejos no se dice con pro-

piedad que se obedecen; esto se dice de los preceptos. Los preceptos se obedecen; los consejos se siguen. VI, 195.

Obra de.—«*Obra* de cinco pasos». Notable acepción de la palabra *obra*, por *cosa*.—Este pasaje del *Quijote* llamó la atención de D. Gregorio Garcés en su libro del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, donde dice que sirve para determinar «lugar y tiempo». Pero me parece que la significación de esta palabra es todavía más general; porque ciertamente no se trata de lugar y tiempo cuando Sancho dice después, en el cap. 47 de esta segunda parte (V, 443): «Por ahora denme un pedazo de pan y *obra de* cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno». En la primera parte (I, 179) se dice que Don Quijote y Sancho «tornaron á su comenzado camino de Puerto Lápice, y á *obra de* las tres del día le descubrieron». V, 268, 443.—*Obra de:* modo adverbial que sirve para determinar una cantidad sobre poco más ó menos, cuando no se puede señalar á punto fijo.—*Cosa de*: modo adverbial familiar. Cerca de, ó poco más ó menos. (Academia.)

Obsequias.—«Canten *obsequias* tristes». *Obsequias* significa lo mismo que *exequias*, y una y otra palabra son de origen latino.—En el día no se dice ya *obsequias*, pero se dijo muy desde antiguo. Encuéntrase frecuentemente en los libros caballerescos y en todos nuestros antiguos escritores. En el *Cancionero de romances*, impreso en Amberes el año 1555, hay uno de las *obsequias* de Héctor. En tiempo de Cervantes fué palabra común, y el mismo Cervantes la empleó en otros pasajes del *Quijote* y de sus demás obras. I, 299.

Obsequios á personas de respeto y jerarquía.—«Dando señal de volver á acompañarle». Esta clase de obsequio, que consistía en acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía á quienes se quería manifestar deferencia, fué común entre los romanos y lo era también en tiempo de Cervantes. V, 465. «Los años pasados (dijo Sancho) estu-

ve un mes en la corte, y allí ví que, paseándose un señor muy pequeño que decían que era muy grande, un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo». II, 189 (t).—Véase *Osuna (Duque de).*

Ocasión (Tomar la) por la melena.—Tomar la ocasión por los cabellos ó *por el copete:* frase metafórica familiar. Asirla. (Academia.) Cítanse unos versos latinos de Fedro. V, 125.

Oficial.—Usado aquí en contraposición á «personas principales», es lo mismo que «el que ejerce algún oficio ó arte mecánica», ó «artesano». VI, 12.

Oficios (Los) y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos.—La sentencia se reduce á que los oficios y cargos de importancia suelen producir uno de dos efectos contrarios en los que los desempeñan; en unos aguzan y avivan, en otros entorpecen, el entendimiento. Ejemplos frecuentes hay de todo. VI, 3.

Ofrecido sea al diablo el maravedí.—Especie de imprecación proverbial, á que hubo de dar origen la idea de que nada debe ofrecerse al diablo, ó que sólo debe ofrecérsele por mofa, como el que ofrece lo que tiene en el puño, y, abriendo la mano, muestra que no tiene nada. Con arreglo á lo cual, el «*ofrecido sea al diablo*» del texto es lo mismo que «*ninguno*»; como si hubiera dicho Sancho: «alojando en ventas á toda discreción, sin pagar *ni un maravedí*». Tal es el sentido de la expresión del texto, y tal el ensortijamiento de las ideas, que en el estilo familiar es más frecuente aún que en el entonado y sublime. Otra imprecación semejante de Sancho se lee en la relación de la aventura de los dos ejércitos de ovejas, cuando, describiéndole su amo las provincias y naciones de que se componían, «Señor, le contestó: encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuesa merced dice parece por todo esto». (II, 82.) III, 528, 529.

¡Oh más duro que mármol á mis quejas!—Sancho por ignorante y Don Quijote por loco, no debían echar de ver la burla, que para el lector es clara, de introducir Altisidora en su discurso este verso tomado de la égloga primera de Garcilaso. VI, 398.

¡Oh mi señora Dulcinea!—Discurso en que con gracia inimitable se remedan y ridiculizan las ideas comunes de la caballería andante, revueltas con las de la mitología pagana. Los soliloquios de los caballeros á sus señoras son frecuentes en sus historias. III, 280.

Oidor (El).—«Tan atento el *oidor*, que ninguna vez había sido tan *oidor*». Juega oportunamente Cervantes en este lugar con la palabra *oidor*, «el que oye ó escucha», que es también el nombre que se da á los «jueces de las audiencias ó tribunales superiores de las provincias». No ha faltado quien censure este pasaje como juguete insulso y pueril entre otros de igual clase que se encuentran en el *Quijote:* tengo la censura por injusta, porque así como el abuso de estos adornos del estilo lo hace vicioso, su uso moderado y sobrio le da brillo y hermosura, como sucede en el presente lugar. III, 264.—«En el traje mostró luego el oficio». Descripción de la toga ó garnacha del oidor. III, 256.

Oíslo.—«Juana Gutiérrez, mi *oíslo*, vendría á ser reina, y mis hijos, infantes». *Oíslo:* voz baja y apicarada, para significar una mujer á quien se quiere á estilo de la *hampa*, y por lo mismo forma mayor contraste con la alta calidad de reina, de que se trata. Á lo propio contribuye el nombre vulgarísimo de Juana Gutiérrez, tan propio de gente de poca importancia. I, 168; IV, 69 (t); VI, 405 (t).—Véase *Cuyo.*

Ojeo.—«Llegó en esto el *ojeo*». «Término de cazadores, ó porque han de ir mirando con cuidado, ó por la palabra repetida de ellos de *ox*». (Covarrubias.) VI, 180.

Ojos (Á) vistas.—«Y ver *á ojos vistas* si eran verdaderas», etcétera.—Modo adverbial de rara y extravagante construc-

presión proverbial castellana de «pedir peras al olmo», con que suele designarse un imposible, cual es que un olmo produzca peras. II, 218; IV, 397, 399 (t).

Olla podrida se llama en España el puchero ordinario, pero provisto de varios agregados de regalo, como aves, pies de puerco, chorizos y otros artículos semejantes de añadidura sobre lo acostumbrado. V, 435, 436.—«*Ollas podridas,* que mientras más podridas son, mejor huelen».—«*Más podridas*», á mi entender, quiere decir más provistas de diversidad de manjares, artículos ó ingredientes. Según Covarrubias, citado por Bowle, olla *podrida* puede equivaler á olla «cocida, en cuanto se cuece muy despacio, que casi lo que tiene dentro viene á deshacerse, y por esta razón se pudo decir *podrida,* como la fruta que se madura demasiado». VI, 4.

Olor (Un) sabeo.—«Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella (á Dulcinea), ¿no sentiste *un olor sabeo?*», etc.—*Sabeo*, esto es, de Sabá, región de la Arabia Feliz, celebrada entre los poetas por el incienso y sustancias odoríferas que produce, y se quemaban en las solemnidades de los dioses: «*Centumque sabaeo thure calent arae*». *(Eneida,* lib. I.) Sancho, sin duda, quedaría enterado. II, 485, 486.

Ome (home) ú *hombre.*—Entre las palabras que antiguamente fueron comunes al francés y al castellano, una fué la de *home* ú *hombre,* sin artículo, que se usaba en ciertos casos para denotar una persona indeterminada, por ejemplo: «una piedra que relumbraba tanto, que podría *hombre* ver de noche la su claridad á dos leguas é media»: y otro: Berceo, refiriendo una aparición de Santiago y San Millán, en la *Vida* de este Santo, dijo:

«*El uno tenía croza, mitra pontifical;*
El otro, una cruz: ome *non vió tal*».

Lo mismo hacían los franceses con la voz *hom* ú *homme,*

uniéndola sin artículo á los verbos. De aquí vino el *on* francés: «On *dit*»: se dice. IV, 57, 58.—Véase *Se.*

On, como terminación de palabras.—La palabra *lanzón*, á pesar de su terminación aumentativa, significa una cosa menor que *lanza*, á la manera que *ratón* significa una cosa menor que *rata*, y que *rabón* indica un animal de *poco rabo* ó *sin rabo*.—Son vocablos con terminación y forma de aumentativos, y significado y fuerza de diminutivos. II, 51; III, 280.—Véase *Terminaciones de voces.*

Opéribus crédite, et non verbis.—El «*opéribus crédite*» es del Evangelio de San Juan (Cap. X, v. 38). En la Armería Real de Madrid muestran una espada que dicen fué de Diego García de Paredes, con el lema de «*Opéribus crédite*». Pero no lo encuentro en el libro antiguo del cargo que se hacía al armero mayor, cuyas noticias llegan al año de 1708. V, 41.—Véase *Paredes (Diego García de).*

Ora.—Es conjunción que nunca se usa sin repetirse, y aquí no se repite: «*ora* me los haya hecho, ó haga ó haya de hacer (esto es, agravios)». En el encuentro con los mercaderes toledanos, que se refirió en el cap. 4.° (I, 81, 82), les decía Don Quijote: «Ahora vengáis uno á uno, como pide la orden de caballería, *ora* todos juntos, como es costumbre y usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo», etc. II, 9.

Oración de Santa Apolonia, para el dolor de muelas.—Los mendigos de profesión, y sobre todo los ciegos, sabían y usaban de estas oraciones formularias, que rezaban con voz reposada y grave, como lo hacía el que educó á Lazarillo de Tormes y «sabía ciento y tantas oraciones de coro», como cuenta la historia.—Otros ejemplos citados, de una de las comedias de Cervantes y de la tragicomedia *La Celestina.*—Versos de D. Francisco P. Berguizas.—IV, 69, 117, 124 (t).

Orbaneja.—El pintor de Úbeda. IV, 61. «De la suma impe-

ricia de este pintor», dice Pellicer en sus notas, que «quiso tomar acaso Cervantes ocasión de indicar la decadencia que padecía en su tiempo la pintura». Esta opinión de Pellicer es singular, y las razones que alega en su apoyo prueban más bien lo contrario. La época de Murillo y Velázquez no puede llamarse de «decadencia». VI, 420.—Véase *Éste es gallo.*

Orden, órdenes.—«La traza y *órdenes*..... que habían de guardar». Sospecho que debe leerse «la traza y *orden*»; pues el *orden* ó colocación conveniente de las personas ó cosas es el que se guarda; las *órdenes* se obedecen. V, 343.

Ordinariez. — «La aplicación del nombre de *madama* hace resaltar más la *ordinariez* del sujeto de quien se trata». Esto es una nota de Clemencín. No he visto la palabra *ordinariez* en otra parte, y no se halla en los diccionarios. Debe venir de *ordinario,* y significar «bajeza, vulgaridad y poca estimación». Clemencín dice que *madama* se dijo «por la hija del ventero», pero no fué la hija del ventero «por quien aporrearon á Don Quijote», sino la moza asturiana Maritornes, de quien se habló en el cap. 16 de la primera parte (II, 37). V, 402.

Orégano (No querría que) fuese.—Alusión al refrán «*quiera Dios que orégano sea,* y no se nos vuelva alcarabea», con que suele manifestarse el recelo de que suceda lo contrario de lo que se espera ó desea. V, 249.

Orejas (Hace) de mercader.—*Hacer orejas de mercader:* frase. Darse por desentendido, hacer que no se oye. (Academia.) V, 467 (t).

Orelia.—Bowle cita la *Crónica de España* y un romance de la *Colección* de Flores, donde se da este nombre al caballo de D. Rodrigo. V, 306.

Orfeo.—«El cantor de Tracia». De él se dice que tocaba tan bien la lira, que los árboles y las rocas dejaban su puesto, los ríos suspendían su curso y las fieras se agol-

paban á su alrededor para escucharle. Sabido es que á su lira debió que los dioses del Averno le devolviesen su mujer Euridice, muerta el día de sus bodas, con la condición de que no volviese atrás la vista hasta no encontrarse fuera de los infiernos; y que, habiendo faltado á dicha condición para ver si Euridice le seguía, desapareció ésta; por lo que no pudo sufrir de allí en adelante á las mujeres, lo que irritó de tal modo á las Bacantes, que, arrojándose sobre él, le despedazaron. VI, 380.

Órganos (Los).—Entremés de Lope de Vega.—Sobre el *vítor* y la *cola* en los ejercicios literarios. IV, 363.

Oria (Pagán de).—Véase *Doria (Juan Andrea).*

Oriana.—Señora de Amadís de Gaula. I, LXIII (Prólogo), 264; V, 160.—Véase *Miraflores.*

Orlando furioso.—Poema célebre escrito por Ludovico Ariosto. El *Orlando furioso* y el libro de *Amadís de Gaula* fueron dos de los principales textos de Cervantes. I, LIX (Prólogo); II, 288-292; IV, 19, y otros muchos lugares.

Orondas.—Es lo mismo que «hinchadas, huecas, campanudas». «*Orondas* calderas». Usó también Cervantes de este adjetivo en la carta de Teresa Panza á la Duquesa. Decía en ella que tenía determinado ir á la corte, donde ella y su hija andarían «*orondas* y pomposas». (VI, 77.) IV, 375.

Orza (Llevar el timón á).—Es llevarlo torcido en disposición de orzar ó torcer la proa, desviándose de la dirección del viento. III, 242. La Academia dice: *Orzar.* Náutica. Poner la proa cuanto se pueda hacia la parte de donde viene el viento, navegando de bolina para ganar barlovento y adelantar en la derrota.—Clemencín, como literato y no marinero, «no alcanzó la fuerza del idioma (náutico), cosa siempre difícil, y á veces imposible». II, 345.

Os.—Terminación que en los principios de la lengua castellana se daba á los nombres latinos acabados en *us.* Así se

formaron los nombres de *Oliveros, Gaiferos, Montesinos, Carlos*, etc. I, 87; IV, 426.

Osiris (Algún cruel).—Cervantes, con su distracción é inexactitud acostumbradas, trueca á Osiris con Busiris. Osiris, rey de Argos y después de Egipto, se adquirió los honores divinos por las artes que enseñó, dicen, á los egipcios, Busiris, otro rey del mismo país, sacrificaba cruelmente á los extranjeros que llegaban á Egipto. Esto le atrajo el odio de los escritores. VI, 229.—Véase *Busiris.*

Ostugo.—«Que no tenía *ostugo* de moneda». El *Diccionario de autoridades* dice que *ostugo* es *vestigio*, y cita en apoyo otro pasaje del *Quijote*. En el presente viene bien esta significación. En el otro, que fué cuando Sancho decía á su amo que volvería al Toboso y no dejaría *ostugo* en todo el lugar, donde no buscase la casa de Dulcinea (IV, 160), parece que, más que *vestigio*, significa *rincón*, pero esta voz no tiene conexión con *ostugo*. VI, 97.

Osuna, como puerto de mar.—«Pues apenas me *hube desembarcado en Osuna*». Probablemente la intención de Cervantes en el presente pasaje fué señalar y ridiculizar los disparates geográficos que suelen encontrarse en los libros de caballerías. II, 459-460, 479 (t); VI, 113.—Véase *Bohemia (Puerto de).*

Osuna (Duque de).—«Un señor muy pequeño, que decían que era muy grande». ¿Quién era este señor? Por las señas que da Sancho, pudiera conjeturarse que era D. Pedro Girón, duque de Osuna, virrey, primero, de Sicilia, y después, de Nápoles. Crióse en las guerras de Flandes, donde hizo hazañas valerosas, porque desde niño manifestó su ardimiento militar y grande ingenio, como se ve en la comedia intitulada *Las niñeces del duque de Osuna*. El gobierno de su virreinato de Nápoles, donde acreditó su prudencia civil, su valor extraordinario y su pericia militar, especialmente contra los turcos, es famoso en la historia, que tampoco

olvida la parte que tuvo en él su secretario D. Francisco de Quevedo y Villegas. Estas prendas, y la nobleza y opulencia de su cuna, le hacían un «señor muy grande», y la naturaleza le hizo un «señor muy pequeño». Consta, en efecto, que era pequeño de cuerpo. «En conclusión, dice Domingo Antonio Parrino, hablando de las calidades del duque: él fué uno de los hombres grandes de su siglo; que de pequeño no tenía otra cosa que la estatura: *di picciolo non avea altro che la statura*». *Teatro de los gobiernos de los virreyes de Nápoles*, tomo II, pág. 119. (Nota de Pellicer.) II, 189.—De las Notas de este lugar se deduce que el duque que se quiso designar aquí, fué el de Osuna y el padre de D. Fernando. II, 395, 396; III, 108.—D. Pedro Girón, duque de Osuna, murió preso en un castillo, de orden del rey Felipe IV, durante la privanza del conde-duque de Olivares, como refieren las memorias de aquel reinado. III, 296.—Véase *Obsequios á personas de respeto*, etc.—[II, 275, 276.]

Osuna (Francisco de).—Tampoco es nuevo ni original el caso que aquí refiere Cervantes de «la (mujer) esforzada y no forzada», pues, como observa Pellicer, se hallaba ya impreso desde el año de 1550 en el *Norte de los estados*, de Fray Francisco de Osuna. D. Nicolás Antonio cita otra edición aún más antigua de este libro, á saber, del año 1541. V, 419-420.

Osuna (La universidad de).—«Y tengo el grado de doctor por *la universidad de Osuna*». Échase de ver en el *Quijote* una cierta tendencia á ridiculizar los grados de las universidades literarias, especialmente las menores; como sucede aquí, en el pasaje en que supuso graduado en Sigüenza al cura del lugar de Don Quijote (I, 8), y en el del loco de Sevilla, en que contrapuso Osuna á Salamanca (IV, 10). En el día hay muchos que acompañan á Cervantes en este juicio. V, 438.

Otaviano (Octaviano) Augusto.—Los romanos, según se sabe, tenían abierto el templo de Jano en tiempo de guerra, y sólo le cerraban en el de completa paz. Desde el reinado de Numa, que lo erigió, hasta la época de los emperadores, sólo se cerró en dos ocasiones, como cuenta Tito Livio (Libro I, cap. 19): el emperador Octaviano Augusto lo cerró tres veces: aquí se cita un pasaje de Suetonio (En su *Vida*, cap. 22). De aquí vino la expresión proverbial de *paz octaviana*, con que se denota una paz profunda y universal. III, 337.—Véase *Jano (El templo de)*.

Ote.—Como terminación. «Don Quij*ote* de la Mancha». *Quijote* es la parte de la armadura que cubría el muslo, y pudo venir del francés *cuisse*. Cervantes escogió con oportunidad el nombre de su protagonista entre los de las piezas propias de la profesión caballeresca; y entre éstos, dió la preferencia al de la terminación en *ote*, que en castellano se aplica ordinariamente á cosas ridículas y despreciables, como *librote*, *monigote*, *mazacote*. I, 19. Sancho, hablando de Montesinos, le llamó «el *vejote*». IV, 441 (1).

Otero.—Collado, eminencia desde donde se otea ó descubre el camino: se opone á «vega ó valle». *Otear* dicen que viene del griego. Registrar desde los lugares altos y elevados sobre las tierras, lo que está debajo. (Academia.) I, 231.

Otomana (La casa).—La fundó Otmán, que reinó en el Asia Menor entrando el siglo XIV, y había empezado, según se cree vulgarmente, por ser pastor y bandolero.—Iguales principios, poco más ó menos, se atribuyen al famoso Tamerlán, y los tuvo ciertamente, aunque con menos fortuna, Viriato. En tiempos menos distantes del nuestro, los Médicis empezaron por sacapotras, siguieron por mercaderes y acabaron por soberanos. IV, 111.—Véanse *Personas de nota, de humilde origen* y *Porquerizos*.

Otro.—Como nombre neutro.—«Si bien *otro* no ve que cielo y tierra». La palabra *otro* del texto equivale á «*otra* cosa»,

y es un verdadero nombre del género neutro. No falta quien niegue la existencia de este tercer género en castellano; pero no hay razón para ello.—Larga Nota sobre esto: III, 15-18.—«Uno pensaba Don Quijote, y *otro* el de los Espejos». —Otros dos ejemplos citados.—Sin salir del presente capítulo 15, segunda parte, encontramos otro nombre neutro, cuando decía Tomé: «por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos *nuestro merecido*». (IV, 268.) Este *merecido* es un sustantivo neutro, sin que haya arbitrio para calificarlo de otro modo. IV, 265, 266.

Otro gallo te cantara.—Sancho, refiriéndose á Altisidora, dijo: «Mándote, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que *otro gallo te cantara*». Expresión proverbial equivalente á «otra ó mejor fuera tu suerte», por tomarse siempre en buena parte. VI, 406.

Otro que tal.—«Yo y maese Nicolás (dijo el cura á Don Quijote) íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mío, que ha muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es *otro que tal*»; etc.—Locución con que se explica la semejanza de alguna cosa. Hoy sólo tiene uso en el estilo familiar. (Academia.) II, 448 (t).

Oudín (César).—En la reimpresión que hizo de la *Silva*, de Medrano, en París el año de 1608, se halla la novela de *El curioso impertinente* en los mismos términos que en el *Quijote*. Se conoce que Oudín, habiendo leído la novela de Cervantes en alguna de las cinco ediciones que en 1608 iban hechas ya del *Quijote*, quiso enriquecer con ella y dar mayor estimación á la *Silva*, de Medrano. No ha faltado quien diga que esta novela fué plagio de Cervantes, y que la tomó de la obra de Medrano. Ciertamente no convenía la tacha de pobreza de invención á Cervantes, á quien más

bien pudiera tacharse de sobras y redundancias en esta materia. III, 89, 90.—[II, 119; III, 439, notas.]

Oveja (Basilio no tiene más desta).—Referencia á la parábola que el profeta Natán dirigió á David sobre el caso de Urías (II, *Sam.* cap. 12, vers. 3); así como en lo que sigue del período, «que á los que Dios junta no podrá separar el hombre», se alude al «*quos Deus conjunxit homo non separet*», del Evangelio (S. Matth., cap. 19, vers. 6). IV, 397.

Ovejas (La aventura de los dos ejércitos de). II, 65, 82.

Ovidio (El destierro de).—«Hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto». Desde luego ocurre que es alusión al destierro de Ovidio; pero Ovidio no fué desterrado á las islas, sino á las costas, del Ponto, ó Mar Negro; á Tomos, ciudad de la Mesia inferior, hoy Bulgaria, en la costa occidental del Ponto. Tampoco se puede decir que el destierro de Ovidio fué por decir malicias. IV, 289.—Véase *Metamorfosis.* IV, 407.

Oxte.—Interjección de quien arroja de sí lo que le incomoda y ofende. IV, 169; VI, 180.

Pablo (San).—«Caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte». Se llamaría caballero andante á San Pablo porque iba á caballo cuando su conversión, ó por sus muchos viajes. En cuanto á las antítesis de «andante» y «á pie quedo», y de «por la vida» y «por la muerte», son pueriles y de mal gusto, porque no es exacto ni natural el contraste. VI, 161.—«Á quien *(San Pablo)* sirvieron de escuelas los cielos». Cuando fué arrebatado al tercer cielo, y vió cosas que el hombre no puede explicar. (II, *Corintios*, cap. 12, vers. 2, 3 y 4.) VI, 162.

Paciencia y barajar.—Expresión proverbial con que se exhorta á la paciencia á los perdidosos en el juego de naipes, y en general á los desgraciados. IV, 437; V, 6 (t).

Pactolo (Dorado).—Río de Lidia, que nacía en las inmediaciones de Sardis. Llámasele *dorado*, porque se creía que arrastraba arenas de oro desde que se lavó en él Midas, rey de Frigia, á quien, según la fábula, concedieron los dioses que cuanto tocase se convirtiese en aquel precioso metal. Otros ríos enumerados, que, según la común opinión, llevaban raeduras de oro. II, 76.

Padilla (Pedro de).—Amigo de Cervantes. Su *Tesoro de varias poesías*. I, 147; V, 54.—[II, 101, etc.; III, 6, n.]

Padres de la supuesta Dulcinea. II, 309; V, 166, 167.—Véase *Corchuelo (Lorenzo)* y *Aldonza Nogales.*

Padrones.—Son muchos los casos en que los libros caballerescos hacen mención de padrones y profecías escritas en caracteres de lenguas antiguas y exóticas. II, 461; V, 289, 335.

Paga (Buena ó mala).—Buen ó mal pagador. VI, 409 (t). —Véase *Buena paga.*

Pagán de Oria.—La suma liberalidad que usó con su hermano. III, 168.—Véase *Doria (Juan Andrea),* etc.

Pagano.—Originariamente significaba «aldeano, morador de los *pagos* ó poblaciones campestres». En el siglo IV se daba ya este nombre á los gentiles ó idólatras, por contraposición á los cristianos, y después se extendió en general á todos los infieles. También se dió el nombre de *paganos* á los mahometanos. Los escritores latinos dijeron *paganos,* por oposición á *militares,* lo que muestra el origen y etimología de nuestra voz actual *paisano.* II, 66, 67, 151 (t).

Pagar con las setenas.—Aquí y en el uso común es expresión metafórica tomada de lo judicial, y significa pagar superabundantemente el perjuicio ú agravio que se hizo. I, 77; IV, 274.—Véase *Setenas (Pagar con las).*

Pagar (So pena de) lo juzgado y sentenciado.—Fórmula forense de que usa aquí festiva y oportunamente el cura. IV, 8.

Pájaros altaneros.—Eran aves de rapiña y alto vuelo que se

adiestraban para la caza llamada también de altanería: tales son los halcones, azores, sacres, neblíes y gerifaltes. Aquí, siguiéndose la metáfora, «*pájaros altaneros*» se toman por personas de alta jerarquía. IV, 402:

Pala y azadón.—Son los instrumentos con que se abren las sepulturas, y así, «el suceso de la pala y azadón» es la muerte. «Si te pica el escorpión, coge la *pala y azadón*» es refrán corriente en Castilla. En una fuente encantada que se describe en la *Historia del caballero de la Cruz*, había una estatua de la Muerte, «según la suelen pintar, todos los nervios y huesos del cuerpo abiertos y sin carne alguna: en la una mano tenía *un azadón y una pala;* en la otra, una trompeta..... la cual tenía puesta en la boca». V, 181.

Palabras (En) articuladas.—Las palabras no podían menos de ser articuladas. Esto me parece ser nimiamente escrupuloso, pues «*en palabras articuladas*» es como si se dijera: «en palabras clara y distintamente pronunciadas». VI, 283.

Palabras (En dos).—Véase *Palabras (En dos).*

Palabras estropeadas en boca rústica.—Como *cris, adevinaba, estil, desoluto, denantes,* por *eclipse, adivinaba, estéril, absoluto, antes.* Nuestro autor, que al principio sobrecargó de esta clase de palabras el lenguaje del pastor Pedro, se descuidó á poco, olvidó el papel que éste había empezado á hacer, y le hizo hablar de un modo corriente y llano, como puede fácilmente observarse. I, 246.

Palabras fácilmente formables.—*Buscada,* palabra de las que se llaman «fácilmente formables», significa la «acción de buscar», en cuya acepción no es de uso común, como tampoco lo es *quedada,* la «acción de quedarse», que se encuentra en otros lugares del *Quijote* y antes en la *Galatea.* El idioma castellano tiene la ventaja de poder emplear con más facilidad que otros esta clase de palabras, según la necesidad de quien las forma; bien que en esto, como en todo, conviene tino y discreción para evitar el abuso que pudiera

hacerse del privilegio. II, 427.—«*Destripaterrones* y *pelarruecas*», y otros ejemplos. IV, 90.—La palabra *encajador*, de que se usa en el texto, es de las «fácilmente formables»: género de riqueza propio del idioma castellano, y fuente de una abundancia que no cabe en los límites y esfera de un diccionario. V, 115.

Palabras que antiguamente fueron comunes al francés y al castellano. I, 238; IV, 56-58.—El idioma francés era el que se hablaba en la corte de los duques de Borgoña, y Borgoña era el país clásico de la caballería europea. III, 467.—[I, 352, n.; II, 21.]

Palacios (Doña Catalina).—Mujer de Cervantes. En la *Galatea*, primera producción de Cervantes, impresa en el año de 1584 y escrita durante el tiempo de sus obsequios á Doña Catalina Palacios, con quien casó después, él designó, al parecer, á ésta con el nombre de *Galatea*, como á sí mismo con el de *Elicio*. I, 149; II, 316.—El nombre de *Talnica*, en los *Baños de Argel*, que el esclavo de Uchalí da á su querida, es casi anagrama del de la mujer de Cervantes. III, 157.

Palacios de Galiana.—Este nombre se da á las ruinas de un edificio romano de Toledo, que existen en la huerta llamada del Rey, á la orilla del Tajo, bajando del puente de Alcántara. Se decía «*palacios de Galiana*» como el verbigracia de las habitaciones magníficas y ostentosas. Nota larga sobre los amores de Carlomagno y la infanta Galiana, etc. VI, 123-125.

Paladión (Del) de Troya, que los griegos presentaron á la diosa Palas.—Recuerda aquí Cervantes el pasaje del libro II de la *Eneida* sobre este suceso, que traduce así el Dr. Gregorio Hernández de Velasco:

«*Después que en guerra de tan largos años*
Los capitanes griegos se cansaron,
Y los hados, cuidosos de sus daños,

Del todo la esperanza les quitaron,
Dando Palas industria á sus engaños,
Un valiente caballo edificaron,
De bulto de un gran monte, cuyos lados
De fuerte abeto fueron fabricados.»

V, 324.

Palamenta.—«Les echó la *palamenta* encima». Es el conjunto de remos de una embarcación, que, cayendo sobre el borde de otra, sirve de puente para pasar á ella. VI, 304.

Paleta (De).—Modo adverbial. Lo mismo que «oportunamente, de molde», etc. VI, 156.

Paletas (En dos).—Modo adverbial familiar. Brevemente, en un instante. (Academia.) IV, 94; VI, 49, 243 (textos). «*En dos palabras*». Pellicer corrigió «*dos paletas*», en vez de «*dos palabras*» y cita otros pasajes del *Quijote* (los susodichos), en que la expresión «*en dos paletas*» significa «brevemente y sin trabajo». Sin embargo, no me parece necesaria la corrección, y me inclino á que se debe conservar la lección «*en dos palabras*», como si dijéramos «en poco tiempo», cual es el que se necesita para pronunciar dos palabras. Así está usada la misma expresión en el cap. 21 de esta primera parte (II, 181), donde, describiendo Don Quijote los pasos por donde un caballero llega á ser rey, dice: «muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero *en dos palabras*». II, 25.

Palinuro.—«Que cuantas (estrellas) vió *Palinuro*». Fué el piloto mayor de la flota de Eneas. III, 270.

Palmerín de Ingalaterra ó Amadís de Gaula.—«Sobre cuál había sido mejor caballero». Con razón se escogieron estos dos ejemplos entre la numerosa caterva de caballeros andantes, por ser sus libros de los más antiguos y que más se leían en España. I, 9.—«Sobre el *Palmerín de Ingalaterra* y su verdadero autor. I, 125, 126, 128.—Véase *Ingalaterra.*—[I, 212, 213 y n.; III, 462.]

Palmerín de Oliva.—Libro de este famoso caballero, que por el mundo grandes hechos de armas hizo, sin saber cuyo hijo fuese. I, 124, 183, 265; V, 118.

Palmilla de Cuenca.—«Una suerte de paño que particularmente se labra en Cuenca; y la que es de color azul se estima en más..... sin embargo de que hay palmillas verdes». Así dice Covarrubias, que, siendo canónigo de Cuenca, debía saberlo. IV, 388.—«Vestidas todas de *palmilla verde*». IV, 377 (t).

Palmireno (Lorenzo).—«Come poco, y cena más poco». (Don Quijote á Sancho.) Lorenzo Palmireno, en su tratado *Del modo de escribir cartas,* dice: «Así me lo aconsejó el Doctor Solís en aquella su canción: *Come poco y cena más, duerme en alto, y vivirás*». El mismo Palmireno, en su colección de refranes, que imprimió en Valencia en 1589, pone éste del modo referido, y de este otro: *Come poco, cena más, y dormirás.* Este último es á favor de la mucha cena, é indica el motivo, que es evitar la vigilia. V, 356, 357.—M. Ticknor, hablando de esta colección de unos doscientos refranes exclusivamente referentes á la mesa, á la salud y buena crianza, dice: «lo cual prueba cuán sentenciosa es la lengua que tantos aforismos populares encierra sobre un solo asunto».—[III, 203 y n.]

Palmito (Como un).—«Yo os lo vestiré *como un palmito*». Así dijo Teresa á Sancho, hablando de su hijo. La comparación es significativa y oportunísima para quien haya visto un palmito, pero dificulto que lo hubiese visto Teresa: usaría de la comparación como proverbial, y como tal la cita Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana.* IV, 98.

Palomeque (Juan) el Zurdo.—El ventero que confirió la orden de caballería á Don Quijote en su venta. (I, 62.) II, 60 (t), 304; III, 76.—Su célebre venta, teatro de muchos de los sucesos de la primera parte. IV, 183.

Palomino (Acisclo Antonio).—Sus *Vidas de pintores.* En la de

Velázquez de Silva trata de los moriscos expulsos. VI, 103. —[III, 262, n.]

Pan de trastrigo.—Véase *Trastrigo (Pan de).*

Pan mal conocido.—Véase *Mal conocido.*

Pan (Un) por ciento.—«Y veréis como os vale *un pan por ciento*». (Don Quijote á Sancho, aludiendo á la caza.) Hinard lo traduce: «*Et vous verrez comme vous vous en trouverez bien*». V, 202 (t).

Pancaya.—«De *Pancaya* el bálsamo». Región de la Arabia Feliz, célebre por las aromas que produce, de quien cantó Virgilio en el libro II de las *Geórgicas:*

«*Totaque thuriferis Panchaia pinguis arenis*».

Bowle cita el mismo verso, al que hubo de aludir Cervantes en este pasaje, si bien cambiando el «incienso» por el «bálsamo». Feijóo coloca esta región entre las fabulosas; mas Plinio la pone en Egipto, Mela en los Trogloditas, Servio en la Arabia Feliz, Diodoro Sículo la hace isla del Océano arábigo. Plinio dijo, *ex fide aliorum,* que Pancaya era la patria del Fénix. Y Solino, hablando de esta ave, dice: «Ella apareja una hoguera hecha de cinamomo, y la compone junto á la tierra de Panchaya, en la ciudad del Sol, poniendo la leña sobre los altares». V, 283.

Pandafilando, de la Fosca Vista.—Un descomunal gigante, que había de pasar con gran poderío sobre el reino de la princesa Micomicona. II, 454.

Paniaguados.—Es nombre que se daba á los dependientes de una casa ó familia que recibían del jefe de ella el alimento, figurado en sus dos partes más esenciales, que son el *pan* y el *agua;* y, por extensión, indica el «cliente, el que depende de otro». III, 535; IV, 226; VI, 358.

Pantalia.—Parece ser el «cerote», del que dice Quevedo que reparaba los «desmayos del calzado». *Pantalia* parece voz italiana, ó quizá pertenece á la lengua franca del Medite-

rráneo, que es el chapurrado ó mezcla de todas lenguas, de que se habló en la historia del cautivo (III, 213). Esto será lo mismo que «dar humo á los zapatos», como se dijo en el cap. 2.° de esta segunda parte (IV, 39), lo que se hacía para remediar ó disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres. En el día lo hacen pobres y ricos, y aun más los ricos que los pobres, usando de betunes que dan lustre y hermosean el calzado, y en cuya composición suele entrar también el humo ó polvos de zapatero. Sobre zapatos «encerados», véase la Nota al cap. 18 (IV, 324). V, 182.—Véanse *Dar humo á los zapatos* y *Zapatos encerados.*

Panteón (El).—«Aquel famoso templo de la Rotunda», en Roma. Templo circular que Marco Agripa, yerno del emperador Augusto, erigió y consagró en su tercer consulado á Júpiter Vengador y á todos los dioses, por lo que se le dió el nombre de *Panteón,* y es el monumento más hermoso que se conserva de la antigua grandeza romana. En tiempo de Trajano fué herido de un rayo; Adriano, Septimio Severo y Aureliano lo hermosearon y repararon. Tiene doscientos palmos de elevación y otros tantos de diámetro, y recibe la luz por una claraboya que tiene en el centro de la bóveda, de treinta y nueve palmos menos cuarto de diámetro. Bonifacio IV lo convirtió en iglesia á principios del siglo VII (año 608), y Gregorio IV la dedicó á honor de todos los Santos el año de 830. Es, como dice Cervantes, el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y continúa siendo uno de los principales ornamentos de aquella capital. Se puede subir á la cúpula por una escalera de ciento noventa escalones, por donde subirían el emperador y el caballero romano de que se hace mención en este pasaje, y que iba explicando al emperador los primores y sutilezas del edificio. Que subió el emperador, lo cuenta D. Prudencio de Sandoval en su *Histo-*

ria al año de 1536. IV, 141, 142.—Véase *Rotunda (La)*.

Paño de Cuenca.—Se cita por ejemplo del basto y ordinario, y el *limiste de Segovia*, por ejemplo del fino y delicado. V, 182.—Véase *Limiste de Segovia.*

Paños de tocar.—Según Covarrubias, en las danzas de espadas se llevaban *tocadores*, que aquí se llaman *paños de tocar*, y serían al modo de los pañuelos que ahora suele llevar en la cabeza la gente del campo. IV, 377.—Véase *Tocadores (Los tres).*

Papahigo.—«Caminar con *papahigo*». Según el *Diccionario de la lengua castellana*, es cierto pedazo de paño ó tela, de que está hecha la montera, que, tirándole hacia abajo, cubre toda la cara y pescuezo, menos los ojos, del cual usan los que van de camino, para ir defendidos del aire y el frío. Covarrubias, copiado por Bowle, dice que «*papahigo* es una como mascarilla que cubre el rostro, de que usan los que van de camino, para defensa del aire y del frío». El uso de los papahigos como disfraz ó como abrigo, común á hombres y mujeres, estaba reservado á personas acomodadas y de distinción. VI, 39.

Papar.—«Que se los *papen* duelos». Es, hablando familiarmente, «tragar, engullir». *Duelos* son «aflicciones, pesadumbres, trabajos, calamidades». *Que se los papen duelos:* expresión de los que hacen poco caso de los males ajenos. II, 64.—Véase *Duelos (Que se los papen).*

Papel.—Menciona aquí Don Quijote los diferentes modos de escribir que se usaron entre los antiguos. Véase la Nota que da la historia de estos modos. II, 306.

Papilla (Dar).—«No piense vuestra merced *darme papilla*»: como á niño inocente que se lo cree todo. II, 520.

Para en uno.—«Ambos *para en uno* (Camacho y Quiteria)»: esto es, parejos, ó de igual calidad, y, por tanto, á propósito para ser unidos. (Arrieta.) IV, 352 (t).—«Sólo los dos somos *para en uno*». (La pluma de Cide Hamete, y Don

Quijote.)» *Ser para en uno:* locución con que expresamos que dos personas son muy conformes y parecidas en las costumbres y modales, y que se convendrán fácilmente en cualquiera especie. Se usa regularmente hablando de los casamientos. (Academia.) VI, 465 (t).

Para mí estaba guardada.—Verso tomado de un romance antiguo, del cual se citan cuatro versos al fin del *Quijote* (VI, 464). III, 466; IV, 414; VI, 464, 465.—«*Para otro caballero debe de estar guardada* esta aventura». Sobre esta especie de destino trae Bowle varios pasajes de libros caballerescos. V, 110, 315.

Para mi santiguada.—Expresión familiar anticuada, fórmula de juramento que se repite en otros pasajes del *Quijote. Santiguada* es el acto de santiguarse, y *para* equivale á *por;* de suerte que «*para mi santiguada*» es lo mismo que «por la cruz *con que me santiguo*». I, 101; II, 69.

Para mis barbas.—Fórmula familiar de juramento, en que se atestigua con las *barbas,* como objeto de estimación y aprecio. Á las barbas, como distintivo del sexo varonil é indicio de su autoridad y de su fuerza, se daba ese carácter particular de importancia, de que participaban eminentemente los bigotes, como parte superior de la barba: la misma palabra *bigotes,* en el uso familiar, significa fortaleza. Quitar á otro las barbas, y aun sólo manoseárselas, se miraba como injuria grave. El rey de los amonitas las hizo cortar por afrenta á los embajadores de David, según se cuenta en el libro 2.° de *Los Reyes* (cap. 10, v. 4). II, 69, 70; VI, 95.—Véase *Barbas.*

Para, por.—El uso actual distingue ambas partículas, denotando «*para*» el fin ú objeto, y «*por*», la razón, causa ó motivo. En ello ha ganado la claridad y la exactitud, y, por consiguiente, el idioma. En otro tiempo solían usarse promiscuamente estas partículas. I, 101; II, 69, 315; III, 493; V, 325.—Véase *Por, para.*

Para que, porque.—«*Porque* Sancho también lo oyese». Ejemplo de la conjunción *porque* usada como final y no como causal; equivale á decir: «*para que* Sancho también lo oyese». En el cap. 11 (I, 228), hablando Don Quijote con su escudero, le dirigía estas palabras: «*porque* veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería..... quiero que aquí á mi lado..... te sientes». Y en otra ocasión, insistiendo Sancho en que eran manadas de carneros lo que su amo creía ser ejércitos, le decía éste: «haz una cosa, Sancho, *porque* te desengañes; sube en tu asno», etc..... «y verás como se vuelven en su ser primero». (II, 86.) Este uso promiscuo del «*porque*» fué común entre nuestros antiguos escritores; en el día no lo es tanto. Cuando la conjunción es final, el verbo siempre va en subjuntivo; y esta regla puede servir para discernir á cuál de las dos clases pertenece en cualquier caso. II, 234.—Una anécdota me ocurre que ilustra claramente esta distinción. En una ocasión un caballero español hizo una apuesta con otro, que diría á la reina, en plena corte, que era *coja*. Trajo dos ramilletes de flores, y, arrodillándose delante de ella, dijo, presentándoselos: «He traído á Vuestra Majestad estos dos ramilletes de flores *porque* Vuestra Majestad escoja; esto es, *para que* Vuestra Majestad escoja, ó *porque* Vuestra Majestad es *coja*». «No hay *para qué*» es lo mismo que «no hay *por qué*»; como si dijera: «no hay motivo para ello». Esta equivalencia, en muchas ocasiones se ha advertido ya anteriormente. (I, 101; II, 69, 315; III, 493.) V, 325.—Véase *Para, por.*

Parado (Lo más bien).—Lo más saneado, lo más florido. Es voz curial muy frecuente en los testamentos y el foro. Hinard lo traduce «*le meilleur gîte*». VI, 112.

Parecer.—«Las exhalaciones secas de la tierra, que *parecen* á nuestra vista estrellas que corren»: meteoro frecuente. El verbo castellano «*parecer*» tiene cuatro acepciones: 1.ª

«Hacerse juicio», y entonces suele tener forma impersonal, porque el sujeto es, no un hombre, sino una frase; como en el cap. 41 de esta segunda parte (V, 325): «*Parecióle* á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentía». 2.ª «Presentarse á la vista»; como en el cap. 20, primera parte (II, 120): «Hace la noche tan escura, que no *parece* en todo el cielo estrella alguna». 3.ª «Encontrarse lo perdido»; como en el cap. 3.º, segunda parte (IV, 69): «Se le hurtaron (háblase del rucio), y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento, sin *haber parecido*». Y 4.ª «Ser semejante»; como en la segunda parte, cap. 14 (IV, 263): «Aunque *parecéis* el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le *parece*». Á esta última pertenece el «*parecer*» del texto. V, 208, 209.

Pared (Y) en medio de mi misma casa.—Expresión estropeada aparentemente por el impresor, que hubo de alterar alguna palabra y omitir otras. Lo que se quiso decir, y lo que diría Cervantes en su manuscrito, fué que Sancho había visto muchas veces la cara de Tomé Cecial en su pueblo, como que Tomé vivía *pared por medio* de la casa de Sancho. IV, 271. *Pared en medio:* expresión con que se explica la inmediación ó contigüidad de una casa ó habitación respecto de otra que sólo las divide una pared. (Academia.)

Paredes (Diego García de).—Nació en Trujillo el año de 1469, y murió en Bolonia el año de 1533. Valentísimo soldado, y de grandes fuerzas naturales. Los antiguos griegos solían atribuir á Hércules todos los hechos hazañosos cuyo autor no se conocía con certidumbre. Á este modo, entre los españoles modernos ha sido usanza común atribuir los dichos ingeniosos á D. Francisco de Quevedo y los hechos de fuerza á Diego García de Paredes, á quien alguna vez se apellidó el *Sansón de Extremadura*. *Breve suma* de su vida y hechos, escrita por él mismo poco antes de su muerte. II,

512-515; III, 444, 499; V, 68.—En la Armería Real de Madrid muestran una espada que dicen fué de Diego García de Paredes, con el lema de «*Opéribus crédite*». Pero no lo encuentro en el libro antiguo del cargo que se hacía al armero mayor, cuyas noticias llegan al año de 1708. V, 41. —Véase *Opéribus crédite*.—D. Tomás Tamayo de Vargas escribió la vida de Diego García de Paredes y la publicó en Madrid el año de 1621. II, 515.—Véase *Vargas (D. Tomás Tamayo de)*.—[III, 131, n. Ed. de 1872.]

Pares y nones.—Véase *Nones*.

París (La universidad de).—«Como si fuera graduado por la *universidad de París*». No es impropia de este lugar la mención de ésta, porque en aquellos tiempos fué muy frecuentada de los españoles. II, 90; IV, 340. —Véase *Bolonia y Salamanca (Universidades de)*.

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza.—Otra pintura muy feliz de la situación, figura y gesticulaciones de Sancho, queriendo y no pudiendo acordarse de la carta de su amo para Dulcinea. No parece sino que se le está viendo. II, 345.

Parrasio, Timantes, Apeles, Lisipo.—Célebres artistas griegos; los tres primeros, pintores, y escultor el último. Plinio cuenta que Alejandro Magno prohibió que nadie le retratase en tabla sino Apeles, ni en bronce sino Lisipo. V, 157.

Participantes se llamaban los que comunican con personas descomulgadas. II, 93, 94 (t).

Participios.—Véase *Verbales (Nombres) y participios*.

Partículas.—Hay en la lengua castellana partículas que sólo se usan en composición con otras palabras; como *in*, para significar negación, como *indocto; pre*, anticipación, como *precedente; des*, privación, como *deshacer*, y finalmente *re*, que ordinariamente indica duplicación, como en *repetir*. El mismo oficio hace en el «*remiente*» del texto; sólo que en esta ocasión se emplea en una voz de las que llamamos «fá-

cilmente formables», propiedad de nuestro idioma, que produce una singular riqueza, señaladamente en el estilo familiar: en él suele emplearse con frecuencia no sólo la partícula *re*, sino las demás de que hablamos, á las que pudiera llamarse *clínicas*. Por una de aquellas inconsecuencias que en esta materia suele admitir el uso, la partícula *re*, que comunmente aumenta y duplica, disminuye y atenúa otras veces, como sucede en *redolor*, *resentirse* y otros. III, 312, 510.—La partícula «*como*» tiene la propiedad de templar la fuerza de los nombres á que se agrega, convirtiéndolos en *semejantes á*, según se muestra por el ejemplo del texto, «*como* clérigos ó *como* estudiantes». Cuando es verbo la palabra á que se une la partícula *como*, se añade á ésta la partícula *que*, y se dice: «*como que* adivino que ha de suceder esto ó lo otro». Otras partículas tenemos en castellano que tienen en el discurso oficios semejantes. Á la manera que «*como*» asemeja, «*casi*» atenúa, «*más que*» aumenta: el lector puede fácilmente poner ejemplos. Hay otras partículas que se incorporan en las mismas palabras que modifican, alterando su significación: *recien*, como *reciennacido*; *medio*, como *mediomuerto; entre*, como *entrever*. Á veces son partículas meramente enclíticas, que no se usan solas, sino precisamente en composición, y producen los muchos matices y gradaciones que admiten las palabras. *Re* duplica la significación, como *repregunta; in*, la destruye, como *invencible; des* priva, como *deshecho; semi* la parte por la mitad, como *semidiós; a* convierte el hecho en estado, como *aterrar, atronar, acumular, aflojar; pro* indica antelación, como *progenitor, pronóstico, pronombre, procónsul, progenie, prólogo, prosapia*, y *pre*, anticipación, como *prematuro, predicción*. Y de aquí procede un manantial abundantísimo de palabras, unas, de uso corriente, y otras, que llamamos «fácilmente formables», que multiplican sin término las significaciones primitivas, especialmente en el estilo familiar. IV, 349,

350.—«Alias *de* la condesa Trifaldi». Sobra el *de*, que interrumpe y descompone el sentido: observación que manifiesta lo delicado que suele ser el uso de las partículas, y el grande influjo de éstas en el lenguaje. V, 239.

Partida.—En el juego, el número de tantos ó suertes con que se gana, y también lo que se atraviesa. (Academia.) VI, 415.

Partido (Destas que llaman del).—Este nombre dió ya á las mujeres públicas el arcipreste de Talavera Alfonso Martínez de Toledo, capellán del rey D. Juan el II, en un libro que escribió contra los engaños de las malas mujeres. Con el mismo dictado «*del partido*» se denotan estas escorias de la sociedad en muchos documentos antiguos castellanos. I, 29, 30.—Las dos de la venta, á quienes Don Quijote rogó que se llamasen Doña Tolosa y Doña Molinera. I, 64, 65 (t).

Partir el camino.—«Y *partiendo* los dos *el camino*» (Don Quijote y el de los Espejos).—Frase. Elegir un paraje medio donde puedan concurrir dos á tratar alguna cosa con conveniencia de entrambos. (Academia.) IV, 252 (t).

Partir el sol.—«*Partióles* el maestro de las ceremonias *el sol*». Es poner y colocar á los dos combatientes de modo que á ninguno de ellos le dé de frente; y era costumbre hacerlo en los duelos ó desafíos, para igualar la condición de ambos, lo mismo que examinar el campo porque no hubiese en él engaño ni tropiezo encubierto, con las demás ceremonias que aquí se describen y de que hay ejemplos frecuentes, no sólo en los libros de caballerías, sino también en las crónicas ó historias de la Edad Media. VI, 141.

Parto derecho (Ese escrúpulo viene con).—Así dijo Sancho á la Duquesa. Esto es, que ocurre oportuna y fundadamente. (Arrieta.) *Venir el parto derecho:* frase metafórica. Suceder alguna cosa favorablemente ó como se deseaba. (Academia.) V, 180 (t).

Pasaban (Se le) las noches leyendo de claro en claro, y los días, de turbio en turbio. I, 10 (t).—Véase *Turbio (De) en turbio.*

Pasagonzalo.—Familiar. Pequeño golpe dado con presteza. (Academia.) «Temiendo (Sancho) que con sólo un *pasagonzalo* con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya». IV, 253 (t).—Pellicer dice: «Es un juego que consiste en dar un papirote en la nariz, poniendo el dedo de en medio debajo del pulgar. Este golpe, que se daba y da con el dedo, temía Sancho que se le diese Cecial con sus fieras y postizas narices. La voz *pasagonzalo* parece se compone de verbo y nombre; esto es: *pasa, Gonzalo;* palabras que se dirían al descargar el papirotazo». (Nota de Pellicer.)

Pasamonte es mi alcurnia.—Quiere decir que Pasamonte es el apellido de su familia. Así como hay nombres poéticos, también los hay caballerescos. *Pasamonte* es nombre de un gigante en Pulci, y equivale también al del rey *Perceforest*, uno de los héroes de la primitiva caballería andante de la Tabla Redonda. Uno de los que firmaron la relación topográfica de Tembleque en la Mancha, dada de orden de Felipe II el año de 1575, y que, por consiguiente, sería persona notable en aquel pueblo, se llamaba Alonso Sánchez de *Pasamonte.* Hago esta observación porque, como yo sospecho que nada huelga en el *Quijote* y que éste contiene frecuentemente alusiones á sucesos del tiempo y de la vida de su autor, no sería extraño que hubiese dado margen á la pintura de Ginés alguna de las aventuras, ó, por mejor decir, desventuras, de Cervantes en la Mancha. II, 206, 207.

Pasamonte (Ginés de).—El galeote. II, 206, 209, 214 (t), 465, 473 (t), 478 (t).—«Porque se lo debo (á Don Quijote)»: expresión que era ininteligible á los circunstantes; pero será clara para el lector luego que sepa, como sabrá después (V, 67), que maese Pedro era aquel Ginés de Pasamonte á quien Don Quijote dió libertad en la primera par-

te de la fábula (II, 214), y el que hurtó á Sancho el rucio (II, 228; IV, 70). V, 33.—«Á quien el comisario llamaba Ginesillo de Parapilla». II, 206 (t); V, 67.—«Y á quien Don Quijote llamó D. Ginesillo de Paropillo» (II, 218). V, 68.—Don Quijote «malparado por los mismos á quien tanto bien había hecho». II, 222 (t).—Véanse *Brunelo* y *Maese Pedro*.

Pasar.—El verbo *pasar* tiene diferente significación, según que es de estado ó activo. En el primer caso, significa unas veces «suceder», como «*pasan* cosas increíbles»; otras, «dejar de ser», como «el tiempo y la vida *pasan*». En el segundo caso, *pasar* equivale á «padecer», conforme á su origen latino, y así, se dice: «*pasar* pobreza ó *pasar* dolores»: otras veces vale «tener», como sucede al fin del capítulo 2.° (IV, 44), donde se dice que Don Quijote, el bachiller y Sancho «*pasaron* un graciosísimo coloquio». Y después, en el cap. 10 de esta segunda parte, describiéndose la deliberación que tuvo Sancho consigo mismo sobre entrar ó no entrar en el Toboso, se dice: «Este soliloquio *pasó* consigo Sancho». (IV, 169.) Ninguna de las precedentes acepciones corresponde al verbo *pasar*, en el epígrafe del presente cap. 7.°: aquí es activo y significa «tratar, conferenciar, hablar» sobre algo, y no me acuerdo de haberlo visto usado así en ninguna otra parte. IV, 115.—En los siguientes pasajes, este verbo parece tener la misma significación: «En tanto que las damas del castillo esto *pasaban* con Don Quijote», III, 361 (t); «De lo que el cura y el barbero *pasaron* con Don Quijote cerca de su enfermedad», IV, 1 (epígrafe del cap. 1.°), y «Por contar lo que el caballero del Bosque *pasó* con el de la Triste Figura», IV, 233 (t), al fin del cap. 13.—Ejemplos de este verbo en el sentido de «tener»: I, 162; IV, 40, 44, 169, 322, 376 (t); V, 54; en el de «tratar, hablar»: III, 361 (t); IV, 1, 115 (epígrafes), 233 (t); en el de «suceder»: III,

359 (t); IV, 45 (epígrafe, cap. 3.°).—«*Pasar* en Berbería». VI, 318, 334 (textos).

Pasar de repente á hablar en primera persona quien estaba hablando en tercera, sin que el autor lo prevenga.—Esto sucede con Sancho cuando dice: «Pero con todo eso, yo me esforzaré». Modo elegante, usado alguna otra vez en el *Quijote*, y que, sin perjudicar á la claridad, varía la contextura de los diálogos, y los hace más rápidos y animados. II, 122. En algún otro lugar del *Quijote* (II, 122) se ha notado que el sujeto de quien se habla en relación ó tercera persona, suele pasar de repente á hablar en primera ó en recto, lo cual se hace con elegancia, especialmente cuando se razona con calor é interés. Aquí sucede al contrario. Don Quijote estaba hablando en primera persona. «Sí doy, decía..... cuanto más que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer», etc.; y de pronto, sin intermedio alguno, continúa en tercera persona: «y que, pues esto era así, bien podían soltarle». Hubiera convenido en el presente caso poner algo que indicase el tránsito; verbigracia: «y añadió que, pues esto era así, bien podían soltarle». III, 427.

Pasar en blanco.—«No fuera yo tan sandio caballero que dejara *pasar en blanco* la venturosa ocasión», etc.—Omitirla. (Academia.) II, 36 (t).

Pasarlo en flores, ó *irse todo en flores,* dice Covarrubias, es no haber cosa de sustancia. (Arrieta.) «Y los demás días *se los pasaban en flores*». *Flores,* cosas fútiles, de poca sustancia y provecho, por oposición á *frutos.* Moteja ingeniosamente Cervantes, con estas ponderaciones de Don Quijote, lo que cualquier lector habrá notado en los libros caballerescos, á saber: que sus autores se olvidaron frecuentemente de que sus héroes eran hombres como los demás, sin que se vea cómo pudieron, andando solos y por despoblados, satisfacer la necesidad diaria é inexcusable del ali-

mento. Más veces hablan de la yerba que pacían los caballos, que del pan que comían los jinetes. I, 225.—Véase *Flores (En)*.

Pasarse al reino de Aragón, donde era más fácil sustraerse de las manos de la justicia. V, 68.

Pasicorto.—El que tiene el paso corto. *Pisacorto*, palabra mal formada y sin sentido. II, 242.

Pasmóse de arriba abajo.—«*Pasmarse*» se refiere al «estupor» que produce la repentina presencia de un objeto inesperado; no al miedo que inspira. Se pasma el que se admira y suspende; pero esto es distinto del miedo. Lejos de concebirlo Don Quijote á vista de los batanes, perdiera el que pudieron antes infundirle, y que de hecho infundieron á Sancho. II, 137.

Paso (Y) ante paso se fueron entrando.—Se dice igualmente bien «*paso ante paso*» y «*paso tras paso*». Cuando se anda, un paso sigue á otro, y es «*paso tras paso*»; pero, caminándose hacia adelante, es «*paso ante paso*». Respecto del lugar es «*paso ante paso*», y respecto del tiempo, «*paso tras paso*». Yendo hacia atrás, podría decirse «*paso tras paso*», y no «*paso ante paso*». IV, 373, 300 (t).—«*Paso ante paso*» indica que se va adelante; «*paso tras paso*», que se continúa andando. VI, 25.

Paso (El buen).—«*Paso*» no es aquí lo que significa ordinariamente; el «buen *paso*» es «la buena vida, la vida muelle y regalada, el *pasarlo bien*». I, 258.

Paso (El) honroso de Suero de Quiñones.—Éste fué un caballero leonés, hijo de Diego Hernández de Quiñones, merino mayor de Asturias, que el año de 1434 celebró junto á la puente del río Orbigo, á tres leguas de Astorga, unas solemnísimas justas que duraron treinta días. El *Libro del Paso honroso* es un monumento notable de la mezcla de valor, devoción y galantería de los caballeros de aquel tiempo. En la Armería Real se muestra la espada de Suero de

bién los de Basilio, creyéndose burlados, sacan las espadas, se hacen comparaciones entre los linajes de los novios; circunstancias todas ajenas de pastores. Es verdad que se llama alguna vez *zagal* á Basilio (IV, 354); pero es nombre que alude á la edad y no á la profesión, como se ve por la relación. IV, 349.

Pastor (El) Fido.—De Guarini, traducido por el Doctor Cristóbal de Figueroa. Otra traducción, por Doña Isabel Correa. Tres ingenios, como Calderón, Solís y Cuello, se reunieron para escribir la comedia del *Pastor Fido,* en que se imitó la fábula del Guarini, y aun el mismo Calderón la alegorizó á lo divino en su auto sacramental de este título. La traducción del *Aminta* de Tasso por Jáuregui, y la del *Pastor Fido* por Figueroa, comparadas. VI, 289-291.—[III, 90 y n.]

Pastor por andar.—«Caballero *andante,* ó *pastor por andar*»; contraposición que recuerda esta otra del cap. 30 (V, 124): «tal caballero *andante* y tal escudero *andado*». *Andado:* lo usado ó algo gastado: dícese de las ropas ó vestidos. (Academia.) VI, 445.—*Pastor por andar:* pastor que está para andar.

Pastoras (Nombres fingidos de).—Véase *Nombres supuestos con que cantaron los poetas á sus damas.*

Pastorcillo, tú que vienes; pastorcico, tú que vas.—La sobrina dijo á Don Quijote: «¿qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose *pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas;* pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas». «*Pastorcico, tú que vienes*» es un verso con que comienza una de las *Rimas sacras* de Francisco de Ocaña, y parece que lo cita la sobrina para manifestar su desprecio del proyecto nuevo é insensato de su tío. Vuelve la sobrina al tema que ya indicó en la primera par-

te (I, 139), durante el escrutinio de los libros de su tío, manifestando recelos de que éste sustituyese á la manía caballeresca la pastoril. Allí hay Nota sobre este pasaje.—*Ya está duro el alcacer para zampoñas:* refrán que se aplica á las personas que han dejado pasar la edad á propósito para aprender alguna cosa. *Alcacer* es la cebada verde, de cuyas cañas, cuando están tiernas, suelen hacer los muchachos unas flautillas que ellos llaman «pipas» ó «pipitañas», y el refrán «zampoñas». VI, 443.—En una Nota anterior, dice Clemencín: Estas obras (pastorales) se habían publicado antes que el *Quijote,* y aun el gusto por su lectura era tan general y estaba tan extendido, que puede creerse que Cervantes se propuso también satirizar en el *Quijote* la afición desmedida al género pastoril, que había sucedido al caballeresco. En Don Quijote fué natural esta transición de una locura á otra: transición que ya había indicado la sobrina de nuestro caballero durante el escrutinio de la librería de su tío (I, 139), quien tenía además algún ejemplo que imitar en sus libros, como el de D. Florisel de Niquea, que se hizo pastor, según se lee en *Amadís de Grecia.* VI, 355.

Pata ó *Bata.*—Agi Morato había sido alcaide ó gobernador de Pata, que así llamaban los cristianos á la fortaleza de Bata, situada á dos leguas de Orán, y mirada como importante. III, 191.

Patenas.—Son láminas de metal, ordinariamente con alguna imagen, que llevaban pendientes de la garganta las señoras en tiempos antiguos. IV, 388.

Patrañas.—Ya se ha dicho en otra ocasión (II, 123), que se daba el nombre de *patrañas* á los cuentos ó novelas, cuales son las que contiene el libro intitulado el *Patrañuelo,* de Juan de Timoneda, impreso el año de 1576. Y el arcipreste de Talavera dijo en su *Corbacho,* escrito siglo y medio antes: «para vicios y virtudes harto abastan ejemplos y pláticas, aunque parezcan consejuelas de viejas, *patrañas* é

romances». Ahora, entre nosotros, *patraña* se toma en mala parte, por «ficción disparatada y mal compuesta», y á los cuentos bien ordenados y de alguna extensión y artificio, se da el nombre de *novelas*. II, 295, 296.—Véase *Consejas* y *Novelas*.

Patronímicos y apellidos.—Varias Notas sobre éstos, con referencia especialmente á los de mujeres: I, 21; V, 128, 141, 447; VI, 17, 24, 111.—Apellidos patronímicos entre los mahometanos. III, 176.—*Ezno*, terminación patronímica, significando el hijo pequeño del primitivo. V, 59.

Paveses.—«Al momento le trujeron dos *paveses*». *Paveses* eran una especie de escudos largos que cubrían casi todo el cuerpo del que los llevaba. VI, 85.

Pecador de mí.—Interjección de que usó en el cap. 5.° (I, 94) Pedro Alonso, el labrador vecino de Don Quijote, cuando le conducía á su casa molido de los palos que le dió el mozo de los mercaderes. Denota sentimientos de incomodidad é impaciencia en quien habla. I, 217.

Pecador soy yo á Dios.—Especie de aseveración ó juramento mezclado con algo de impaciencia: «tan cierto como que soy pecador y he ofendido á Dios». Sancho vuelve á repetirlo, hablando con su amo, en el cap. 46 de esta primera parte (III, 341), y después, siendo gobernador, en la aventura del asalto de la ínsula, cap. 53 de la segunda (IV, 84). II, 83.

Pecho.—Nombre general de los tributos que pagan los súbditos; y de aquí «*pechar*», pagar contribuciones, palabra antiquísima, que se encuentra ya en nuestros libros primitivos, y «*pecheros*», los que las pagan ó deben pagarlas; nombre que se daba á los del estado llano, por oposición á los «exentos», caballeros é hidalgos, que no las pagaban. III, 332.

Pedir cotufas en el golfo.—Véase *Cotufas*, etc.

Pedir (Á) de boca.—Frase familiar que significa lo mismo

que «á medida de lo que se pide, según los deseos que se manifiestan con las palabras». II, 461.—*Á qué quieres boca*: locución familiar. *Á pedir de boca*, á medida del deseo. (Academia.) IV, 404 (t).

Pedir peras al olmo.—Expresión proverbial castellana con que suele designarse un imposible, cual es que un olmo produzca peras. Los latinos expresaron la misma idea con el *aethiopem lavare, nodum in se ipso quaerere*». II, 218; V, 308; VI, 68 (t).—Véanse *Pedir cotufas en el golfo* y *Cotufas en el golfo*.

Pedorreras.—Solían rellenarse las calzas (á la cuenta, para disimular la delgadez de quien las llevaba) con muchos forros y trapos, por lo cual las llamaban *pedorreras*. Ambrosio de Salazar, citado por Pellicer, habla de uno á quien, estando en visita con las calzas henchidas de salvado, se le vaciaron por un agujero que hizo un clavo de la silla, no sin risa de los circunstantes. VI, 38, 39 (t).

Pedreñal.—Arcabuz pequeño ó pistolete que se dispara con pedernal. Desta arma usan los forajidos. (Covarrubias.) Otros arcabuces, de que usan los forajidos, se llaman *pedreñales* porque no encienden con mecha, sino con pedernal, de donde tomaron el nombre. (Covarrubias.) VI, 228.

Pedro Alonso.—El labrador vecino de Don Quijote, que le conducía á su casa molido de los palos que le dió el mozo de los mercaderes. (I, 94.) I, 217.

Pedro (Don) de Portugal.—«Las siete partidas del mundo, que anduvo el infante *D. Pedro de Portugal*». IV, 450 (t). —M. Ticknor dice de él (Traducción de Gayangos): «El infante D. Pedro, poeta de bastante nombradía, y que anduvo, según la vulgar tradición, las siete partidas del mundo, le conoció (á Juan de Mena) en España, y á su vuelta á Lisboa le dirigió unos pocos versos, algo mejores por cierto que los que éste le envió en respuesta»; y añade en una nota: «este infante D. Pedro es, según creo, el mismo

á quien alude Cervantes (*Don Quijote*, parte II, cap. 23), diciendo que anduvo las siete partidas, á pesar de que ni Pellicer ni Clemencín aclaran la especie».—[I, 344 y n.]

Pedro Recio (Doctor) de Agüero.—Médico insulano y gobernadoresco, con el grado de doctor por la universidad de Osuna: natural de Tirteafuera. I, 8; V, 438 (t).—Este nombre de Pedro Recio ha quedado consagrado por el uso, para denotar un médico mandón é impertinente, como quedaron para otras cosas los del mismo Don Quijote y Rocinante (y también puede añadirse á éstos el de Sancho Panza). Prueba de la gran popularidad é influjo de un libro, según la discreta observación de D. Vicente de los Ríos. V, 437.—«*Pedro Recio de mal agüero*» (véase su título «*de Agüero*». V, 437). Parodia graciosa y muy propia del estado de irritación y de cólera en que se hallaba Sancho. V, 439.

Pegaso.—Caballo con alas, que, según la fábula, nació de la sangre de Medusa, y, hallándose en el monte Helicón, hizo brotar de una coz la fuente llamada Hipocrene, ó *fuente del Caballo*. Montado en él, Perseo libertó á Andromeda del monstruo que iba á devorarla. Belerofonte venció del mismo modo á la Quimera, y, queriendo subir al Olimpo, fué despeñado por Júpiter. El caballo, trasladado al cielo, fué convertido en la constelación que lleva su nombre. II, 443; V, 303.

Pegujares ó *pehujares*.—Son porciones cortas de hacienda, cuales suelen ser las que labran los vecinos poco acomodados de los lugares y aldeas, á quienes por esto se da el nombre de *pehujareros*. «*Pegujar*» se dijo *à peculio*, y de aquí también «*peculiar*». IV, 34.—«Quien en l'arenal siembra, non trilla *pegujares*». II, 146.—[III, 201, n.]

Peje ó *Pez Nicolás*.—Notable nadador.—Véase *Nicolás (El peje)* y *Pesce Colà*.

Peladilla de arroyo.—Modo familiar de designar un «guijarro»:

pocos renglones después, le llama «almendra». Con efecto, «*peladillas*» es el nombre que se da en las confiterías á las almendras lisas, bañadas de almidón y azúcar; y á los guijarros convienen las dos calidades de ser *pelados* y *de arroyo*. II, 84.

Pelaje (Tan mal) y catadura.—«*Pelaje*» se refiere al vestido y arreos; «*catadura*», á la persona, y señaladamente al rostro. III, 511.

Pelarse alguno las barbas.—Frase metafórica. Manifestar con ademanes grande ira y enojo. (Academia.) IV, 20 (t). «Yo me pelaría las mías en tierra de moros». Muchos moros se dejan crecer las barbas, y dan por razón que rapar la barba es de ganapanes y bellacos, y lo mismo dicen del que no trae turbante. (Haedo, *Topografía de Argel.*) La expresión, por consiguiente, era la más adecuada al caso, y la más enfática posible en boca de nuestro caballero. V, 299.

Pelaza, por «quimera» ó «riña».—Luis Vélez de Guevara, en su *Diablo cojuelo*, da este nombre de *pelaza* á la quimera que en una venta de Sierramorena hubo con una compañía de representantes y un alguacil que los conducía á la corte. Puede traer su origen de «*pelar*», como lo trae «*pelamesa*», que significa riña en que los combatientes se mesan y arrancan el pelo: dícese con particularidad de la riña en que intervienen mujeres. II, 37.

Peliagudo (Porque es manjar).—*Peliagudo*, por tener el pelo largo y delgado. *Peliagudos* se llaman también los negocios peligrosos en que es fácil errar, y con esta doble significación se juega en el texto. V, 435.

Pelillos (Echar) á la mar.—Frase proverbial, propia de los que se reconcilian y ofrecen olvidar los motivos anteriores de resentimiento, desapareciendo éstos así como desaparecerían los pelos que se arrojasen al mar. II, 480.

Pelo (De) en pecho.—Una de las alabanzas ridículas que hace Sancho de Dulcinea; y tanto más ridícula, cuanto se dice

de los hombres vellosos de pecho, lo que vulgarmente se tiene á señal de forzudo, y en una mujer sería feo y espantoso. II, 310.—«Estimándole (á Don Quijote) por hombre de valor y *de pelo en pecho*». IV, 399 (t).—*Hombre de pelo en pecho*: el que es fuerte y osado. (Academia.)

Pelón (Que no á un).—*Pelón,* terminación y forma de aumentativo con significación y fuerza de privativo. *Pelón* se llama al que no tiene *pelo;* como *rabón,* al que no tiene *rabo.* Metafóricamente se llama *pelón* al que carece de dinero ó lo tiene muy escaso. V, 12.

Pelota.—«Una demandada *bala*». «*Bala*» empezó por ser voz de la germanía, en la que significaba «*pelota* de hierro ó plomo». De aquí pasó al uso común, abandonándose el nombre de *pelota,* que antes se daba á las de los cañones y arcabuces, como se lee en nuestros escritores del siglo XVI. III, 141.

Pelota (En).—Quiere decir «únicamente con la ropa interior», y no «en carnes», que es la significación que se le da comunmente. II, 222.—Vease *Quedar en pelota.*

Pelota (Jugar á la).—*Pelota:* el juego que se hace con ella. (Academia.) La Academia también dice: *Jugar á la pelota:* frase metafórica. Traer á alguno engañado con razones, haciéndole ir y venir inútilmente ó andar de una parte á otra sin efecto. VI, 398 (t).

Peloteando otros libros.—*Pelotear:* verbo frecuentativo, y neutro, como lo son de ordinario los de esta clase. Jugar á la pelota por entretenimiento. Mas aquí se usa como activo. VI, 400.

Pelra, por *perla,* que dice Sancho en la segunda parte (IV, 389). II, 374.

Pellicer (D. Juan Antonio).—Su edición del *Quijote.* I, XXXVI (Prólogo), 90; IV, 26, 97; V, 415. Á veces disfrutó más de lo justo el trabajo de Bowle sin nombrarle. I, XXXVI (Prólogo).

Pena, culpa.—«Que de su *pena* se me dé á mí la *culpa*». Pudiera decirse también al revés: «que de su *culpa* se me dé á mí la *pena*»; y aun así estaría más natural y corriente la relación entre «*culpa*» y «*pena*», porque entonces significarían «delito» y «castigo»; pero en el texto, según se halla, «*pena*» no significa «castigo», sino «aflicción ó pesadumbre», que es la otra acepción que tiene. I, 305.

Pena (La) de azotes.—Hoy está abolido este género de castigo en todos los establecimientos de educación. V, 229.

Pena de la vida y *pena de muerte.*—Se dice con igual significación. IV, 380.

Pena de relasos.—*Relapsos* se llamaba á los que después de castigados reincidían en delitos de que juzgaba el Santo Oficio: equivale á *reincidentes*, cuya pena es y debe ser mayor que la de los que delinquen por primera vez. II, 303.

Penado (Con un) golpe llegó (Don Quijote) *á la venta.*—Adjetivo felizmente aplicado y que explica bien la fatiga que producen los esfuerzos de quien puede poco. *Penado* y *penante* se dice de las vasijas que dan con dificultad y poco á poco, *con pena*, el líquido que contienen. «*Penante* búcaro» llama por ironía Don Quijote en la segunda parte (V, 172) á un artesoncillo de agua de fregar. II, 57.

Péndola.—Voz anticuada, por *pluma*, de donde se llamó *pendolista* al escribiente: el uso ha conservado el derivado, y olvidado el primitivo, como ha sucedido también en otros casos. *Empendolar*, por *emplumar*, se encuentra en las poesías del arcipreste de Hita. II, 198.—*Péñola* y *pénnola*, por *pluma*. V, 292; VI, 464.

Penélope.—«Por otra nueva y perseguida *Penélope*». Ejemplo que se pone ordinariamente de mujeres fieles al tálamo. Penélope, mujer de Ulises, rey de Itaca, durante la larga ausencia de su marido, que había ido con los demás reyes griegos á la guerra de Troya, resistió constantemente por espacio de muchos años á las importunas solicitacio-

nes de los que la recuestaban, según cuenta Homero. Sin embargo, no ha faltado quien diga que esta reputación no fué merecida, y que Homero, elogiando á Penélope, anduvo no menos injusto que Virgilio desacreditando á Dido. III, 60, 61.

Penitencia (La) de Beltenebrós.—La de Amadís de Gaula en la Peña Pobre, que quiso Don Quijote imitar en Sierramorena. II, 273-275.—Otros caballeros que quisieron imitarle en ella. II, 288, 289.—Véase *Peña Pobre.*

Pensamiento (Tan sin) mío.—Esto es, «tan sin pensar en mí»: acepción poco común de la palabra *pensamiento.* II, 382.—Ó tan ajenos de pensar en mí. (Pellicer.)

Pensar tu jumento.—*Pensar* significa «dar *pienso*», ó de comer, á los animales, que es una de las acepciones del verbo *pensar.* IV, 370, 371 (t).

Pentapolín Garamanta (Al valeroso).—En la designación de este nombre pudo tener parte alguna reminiscencia de Cervantes, nacida de la lectura del *Laberinto,* del poeta castellano Juan de Mena, en cuya copla 50 se encuentran los dos nombres de *Pentapolín* y de *Garamanta.* Poco antes llamó Don Quijote á Pentapolín emperador; al principio le había llamado rey; pero no debe buscarse consecuencia en personas como Don Quijote. II, 84.

Peña de Francia.—Monte muy elevado y muy frío, siete leguas de Ciudad-Rodrigo, en cuya cima cuentan que un francés llamado Simón Vela descubrió el año de 1434 una imagen de Nuestra Señora, en cuyo honor se edificó el mismo año una ermita, y tres después un convento de frailes dominicos. Lope de Vega, en la *Hermosura de Angélica,* dice:

Véase luego el monte y la distancia
De los franceses nobles defendida,
Que después se llamó Peña de Francia
Por los muchos que allí costó la vida;

La que es agora soberana estancia
De vuestra imagen, Reina esclarecida,
Llena de peregrinos y devotos,
Tablas, mortajas, cera, hierro y votos.

El convento, y otro que edificaron por el frío, quedaron abandonados y desiertos en tiempo de la guerra de la Independencia, durante la cual la piedad de los fieles de la Alberca tuvo oculta la imagen, y, pasada la cual, ésta ha vuelto donde estaba, y á repoblarse los conventos como anteriormente. IV, 416, 417.

Peña Pobre.—Según la descripción que se hace en la historia de Amadís de Gaula, la Peña Pobre era un islote á siete leguas de la costa en que se hallaba la Ínsula Firme. El retiro y penitencia de Amadís de Gaula, desdeñado de su señora Oriana, y resuelto á pasar en la obscuridad y olvido del mundo el resto de sus días, es uno de los incidentes de mayor importancia en su historia. Véanse las largas Notas para los pormenores: II, 20, 273, 284; III, 114.—«De la *Peña Pobre*»: así llama el cura burlescamente al paraje de Sierramorena donde quiso Don Quijote remedar con su penitencia los sucesos de la Peña Pobre que se refieren en la historia de Amadís de Gaula. III, 114.—Véase *Beltenebrós.*

Peña Rica.—Á pocas leguas dentro del mar, antes de llegar á las islas de Jersey y Guernesey, señalan las cartas el banco de la Peña Rica. II, 284.

Peor es meneallo.—Refrán que se tomó del arroz, que, estando al fuego, se pega; y se aplica á cualquier materia, cuando por tratarla se empeora. II, 133; III, 372 (t); IV, 218; V, 262.

Per sígnum crucis.—«Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per sígnum crucis* con un alfanje». La alusión procede de ser el rostro la parte principal donde se verifica el acto de persignar-

se. V, 84.—«El *per sígnum crucis*». Fuera del sentido recto que tiene como expresión latina, se toma, dice el *Diccionario Castellano*, «por la herida dada, ó señal hecha, en el rostro». En este sentido, que es el de este lugar, hace veces de un sustantivo castellanizado; como el cabo de *Finisterre*. (Pellicer.)

Perailes.—«Cuatro *perailes* de Segovia», etc.—*Perailes*: anagrama de «*pelaires*», que eran ciertos operarios de las fábricas de paños, llamados así porque trabajaban en ellos colgados al aire. I, 48; II, 56.

Peralbillo.—Lugar junto á Ciudad-Real, camino de Toledo, donde la Santa Hermandad hacía ajusticiar á los malhechores de los contornos. Quevedo, en la *Fortuna con seso*, llamó *Peralbillo de las bolsas* al estudio de un abogado ignorante y embrollón, porque en el estudio del letrado daban fin las bolsas de los litigantes, como en Peralbillo daban fin los ladrones y malhechores. V, 327.

Peras (Como) en tabaque.—*Tabaque*: cesto ó canastillo de mimbres. Se dice de las cosas que están colocadas y guardadas con esmero y aseo. V, 365.

Percheles de Málaga, etc.—Especie de mapa picaresco de España, donde se marcan los principales parajes á que solía concurrir la gente perdida y vagabunda. I, 47.

Perder los estribos.—Es perder el equilibrio de la razón ó el juicio: metáfora tomada del jinete que, impelido por alguna causa violenta y extraordinaria, abandona los estribos y pierde con ellos el apoyo que necesitaba para tenerse con seguridad y firmeza á caballo. III, 429.

Perder los tragaderos.—Es «ser ahorcado»: así lo indica el galeote en metáfora picaresca. II, 204.

Perdigón manso.—Por la añadidura de «*manso*» se viene en conocimiento de que se habla de «perro perdiguero», y no de «pollo de perdiz», que es lo que ordinariamente significa «*perdigón*». IV, 279, 296 (t).

Perdonar los sujetos y supeditar y acocear los soberbios.—Alusión al «*Parcere subjectis et debellare superbos*» que Virgilio atribuyó al pueblo romano, y Don Quijote á los caballeros andantes. Esta inesperada salida de Don Quijote en aconsejar á D. Lorenzo que se haga caballero andante, es una de las más festivas y saladas de la fábula. Por lo demás, no está bien el régimen del verbo *perdonar*, porque «se perdonan las cosas» y «se perdona *á* las personas». Los verbos *supeditar* y *acocear* tienen distinto régimen que «*perdonar*» en el texto, y, para uniformarlos, hubiera convenido ponerlos todos en impersonal, así: «para enseñarle (á D. Lorenzo) cómo se ha de perdonar á los sujetos, y supeditar y acocear á los soberbios». «*Sujetos*» en castellano tampoco significa exactamente lo mismo que en latín, y estuviera mejor «sumisos» ó «rendidos». IV, 347.—«*Perdonar á los humildes y castigar á los soberbios*». Cervantes tradujo aquí un verso de la *Eneida*, poniendo en boca de un pobre hidalgo manchego aquella magnífica bravata con que Anquises designó el destino del pueblo señor del mundo. También se hizo traducir á Sancho (aunque al revés): «*humilde con los soberbios y arrogante con los humildes*» (III, 523), sobre lo que hay allí Nota. Se halla traducido este verso aun con más exactitud en el cap. 18, segunda parte (IV, 347). IV, 167; VI, 68.

Peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando.—Véase la Nota sobre éstos: VI, 96.

Perendenga (Al entremés famoso de la).—Uno de los que serían más conocidos en tiempo de Cervantes, y de que no queda más memoria que la presente. IV, XII (Prólogo).—«Del romance del Cura». IV, 7, 193.

Pérez (Alonso).—Médico de Salamanca: su continuación de la *Diana*, de Jorge de Montemayor. I, 142.—[III, 84, 85 y n.]

Pérez (Fr. Andrés).—Su *Pícara Justina*, una imitación del *Pí-*

caro Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, que publicó bajo el nombre fingido del Licenciado Francisco López de Úbeda. VI, 203.—[III, 105.]

Pérez (Antonio).—Secretario de Felipe II y durante algún tiempo su ministro y favorito: de orden de su amo, preparó y dispuso el asesinato de Juan de Escobedo, criado y confidente de D. Juan de Austria. III, 154.—[III, 163-167.]

Pérez (Gonzalo).—Padre del precedente; secretario de Estado de Felipe II, y traductor de la *Odisea* y padre de un hijo, célebre por su favor y disfavor con el mismo monarca. III, 131.—[III, 163 y n.]

Pérez (Pero).—El cura: su grado era el de licenciado. Cervantes tuvo aquí, al parecer, intención de ridiculizar al cura de Argamasilla, como alumno de una de las universidades que llamaban menores, y solían ser el objeto del humor chistoso y picante de nuestros escritores. I, 8.

Pergenio.—Significa «traza, apariencia». Ahora decimos *pergeño*, mudanza conforme á la afinidad que en nuestra pronunciación y ortografía tiene el *ni* seguido de vocal, con la *ñ*, sea al recibir las palabras de otra lengua, sea variando las ya recibidas en la nuestra. II, 158.

Perión de Gaula.—Uno de los hijos de Amadís: su aventura con la doncella Alquifa. Las expresiones de ésta á Perión son muy semejantes á las de Don Quijote al ventero: «No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero». I, 40, 41, 264.—Perión, hijo de D. Galaor y sobrino de Amadís de Gaula. I, 112, 264; IV, 18.—Perión de Gaula, rey de Gaula ó de Gales, padre de los tres famosos caballeros Amadís, Galaor y Florestán. IV, 18.

Perlas.—«Las solas fueran llamadas». Pellicer discurre que, hablándose aquí de perlas, acaso aludió Cervantes á la perla conocida con los nombres de *peregrina, huérfana*, ó

sola, que tuvieron los reyes de España entre otras preciosidades vinculadas en la Corona. Historia de dicha perla y de otra semejante. V, 398.

Perlas (De).—Véase *Hablar de perlas.*

Perlas en el muladar.—Véase *Letras, sin virtud, son perlas en el muladar.* IV, 281.

Perlerina (Clara).—Hija de Andrés Perlerino. «Que si pudiera pintar su gentileza». Sigue la pintura que tanto recreaba al gobernador y que tanta risa ha causado hasta ahora y causará en adelante mientras haya lectores del *Quijote.* Copió Capmany este pasaje hasta «su bondad y buena hechura» (V, 447-449), como un ejemplo de retrato personal burlesco. V, 447, 448.

Pero.—«Guardando *pero* las leyes de caballería». La conjunción «*pero*» en castellano es siempre la primera palabra de la oración ó frase en que se halla; y su posposición, cual aquí se ve, pudiera mirarse como italianismo, defecto de que presenta algunos ejemplos el *Quijote*, y que no fué extraño que se pegase algún tanto á nuestro autor por la lectura de los clásicos italianos, y más aún por su residencia en aquel país. III, 511.

Perogrullo (El profeta).—*Profecías de Perogrullo* se llamaban ciertas verdades que de puro claras era necedad el afirmarlas.—Quevedo refiere varias de ellas en la *Visita de los chistes:*

Muchas cosas nos dijeron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere;
Volaráse con las plumas,
Andaráse con los pies,
Serán seis, dos veces tres.

Á estas que entonces se llamaban *profecías,* llamamos ahora *verdades de Perogrullo,*

Que á la mano cerrada
Llamaba puño.

Según el autor de la *Pícara Justina,* citado por Bowle, Perogrullo hubo de ser asturiano. También se llaman *perogrulladas* las *verdades de Perogrullo.* VI, 281.

Perrillo (Las espadas del).—Se llamaban y llaman así, porque tienen por marca un perro pequeño grabado en la hoja. IV, 301.

Perro.—Dicterio vulgar con que solían motejarse mutuamente moros y cristianos. I, 203; III, 239; VI, 306.—«Por culpa del *galgo* de su autor (Cide Hamete)». I, 206.—Llámase *hideperro* á Cide Hamete. IV, 61.

Perro (Que no quiero) con cencerro.—Esto es, no quiero cosas que, aunque buenas y ventajosas, traen consigo otros inconvenientes, como lo sería llevar cencerro un perro destinado á guardar la casa contra los ladrones, ó el ganado contra los lobos. Así hablaba el hipócrita de Sancho, dando á entender que no quería la maleta con gravamen de su conciencia. II, 245.

Perros falderillos.—Comunes en los tiempos de Cervantes, como se ve por aquel pasaje del *Pícaro Guzmán de Alfarache* en que, ponderando lo esencial que era para las damas tener perros falderillos, dice «que así podrían pasar sin ellos, como un médico, sin guantes y sortija; un boticario, sin ajedrez, y un barbero, sin guitarra». VI, 362.

Persona, por «nadie».—«Sin que *persona* los viese». Si ahora se repitiese esta expresión, no faltaría quien la tachase de galicismo. Pero no fué aquí sólo donde la usó Cervantes: hállase también en sus novelas, en las que limó y acicaló el lenguaje más que en el *Quijote.* En la misma significación de «nadie» usaron la palabra *persona* otros escritores de aquel tiempo: varios ejemplos citados. Los que observan y estudian los orígenes, formación y progresos de los

dialectos nacidos de un idioma común, como son las lenguas castellana y francesa, no aplican con ligereza la nota de extranjeras á algunas palabras que pudieron ser comunes á ambas en los principios, aun cuando el discurso del tiempo y los caprichos del uso hayan introducido posteriormente algunas diferencias. I, 164, 165.—«En toda la sala no había *persona* de fuera, sino los criados de casa». II, 378.

Personas de extraordinaria robustez. II, 513.—Véase *Paredes (Diego García de)*.

Personas de nota, que tuvieron principios humildes.—Varios ejemplos: los de Otmán, quién fundó la casa otomana, del famoso Tamerlán, de Viriato, de los Médicis, de Hariadeno ó Cheredín Barbarroja, y muchos otros. III, 131, 161; IV, 111; V, 349.—Véase *Porquerizos*.

Pesadilla.—Un humor melancólico que aprieta el corazón con algún sueño horrible; como que se carga encima un negro, ó caemos en los cuernos de un toro. (Covarrubias.) Otras veces se decía «*la pesada*». II, 38.

Pesadumbre (La) de aquel desaforado golpe.—«*Pesadumbre*» es la «gravedad» ó «el peso material». En el día ha quedado reservada para la poesía esta acepción de la voz «*pesadumbre*», que en otra más común significa «molestia del ánimo». I, 189.

Pésame.—«De mis hijos y de mi mujer *me pesa*». Frase elíptica anticuada, aunque hermosa y digna de rehabilitarse: es como si se dijera: «*pésame* á causa de mis hijos y de mi mujer». En los antiguos romances del conde Alarcos y del conde Claros se halla el origen del nombre «*pésame*», que significa «la manifestación de la parte que se toma en el sentimiento ajeno», y se opone al «*pláceme*», que significa «la parte que se toma en el placer ajeno», y es lo mismo que «congratulación ó enhorabuena». III, 370.

Pesce Colà.—Véase *Nicolás (El peje)*.

Peso (Caerse alguna cosa de, ó por, su).—Véase *Caerse alguna cosa de, ó por, su peso.*

Petrales (Cascabeles en los).—«*Petral*», como si se dijera «*pectoral*», la correa ancha que, pasando por delante del pecho del caballo, está asida por sus dos extremidades á la silla, y la sostiene en las cuestas arriba. Era costumbre, según Covarrubias, colgar cascabeles de los petrales en las fiestas y regocijos. IV, 376.

Petrus Alphonsus (Pedro Alfonso).—Su *Disciplina clericalis.*—Sobre la antigüedad del cuento de la pastora Torralva: un poeta francés lo tradujo del latín, de Pedro Alfonso, judío converso de Huesca, en Aragón, médico del rey D. Alonso, que floreció por los años de 1100 y escribió una obra con el título de *Proverbiorum seu clericalis disciplinae libri tres,* de que existe, según D. Francisco Pérez Bayer, un ejemplar en la biblioteca del Escorial.—Diciendo, como dice, Pedro Alfonso en su proemio, que había tomado sus cuentos de los fabulistas árabes, todavía puede afirmarse que no para aquí la antigüedad del cuento de la pastora Torralva, y que su original primitivo y verdadero está en el océano, para nosotros desconocido, de la literatura oriental. II, 130, 131.

Petrus in cunctis.—Locución puramente latina con que se moteja al que aparenta saber de muchas cosas á un tiempo, sin tener conocimiento sólido de ninguna. (Academia.) Usada festivamente para denotar un erudito á la violeta. V, 99.—Véase *Erudito á la violeta.*

Picado (Cuando estaba) el molino.—Esto es, «cuando había buena disposición para ello». Metáfora tomada de los molinos de harina, que nunca muelen mejor que cuando está acabada de picar la piedra. VI, 421.

Pico de la lengua.—La punta ó extremidad de la lengua se llamó *pico*, por la semejanza con el de las aves. «*Pico*» se derivó evidentemente de «*beco*», palabra provincial, según Sue-

tonio, que ya entonces significaba entre los galos antiguos lo mismo que ahora entre los franceses modernos. II, 163.

Picota (Colgándoos yo de una).—«Horca hecha de piedra», dice Covarrubias, citado por Bowle. VI, 10.

Pie (Caminar á) y descalzo.—Se alegó frecuentemente en los romances antiguos castellanos para ponderar la fatiga y trabajo del caminante. V, 100, 101.—*Á pie y descalza* seguía la pastora Torralva á su desdeñoso Lope Ruiz en el cuento que se refirió en el cap. 20 de la primera parte (II, 126).

Pie (Con) de plomo.—Expresión metafórica, lo mismo que «con la sonda en la mano», de que usa también aquí la Duquesa. Una y otra se dicen de los que proceden en los negocios lentamente, con mucha precaución y prudencia. V, 161.

Pie (Con) derecho.—Con ventura, según Covarrubias, citado por Bowle. Expresión que debió tener su origen en la superstición que exigía no se empezase camino ni se emprendiese jornada «sin echar primero delante *el pie derecho*», como dice Pellicer en nota al cap. 58, y es de la misma especie que esta otra: «Dios le dé buena *manderecha*», sobre la cual se puso Nota en el cap. 22 (IV, 411) y también en los capítulos 58 y 62 (VI, 164, 293). VI, 433.—Véase *Manderecha,* etc.

Pie llano.—«Que si vuesa merced no afirma el *pie llano*». IV, 100 (t). *Á pie llano:* modo adverbial. Sin escalones.—Metafórico. Fácilmente, sin embarazo ni impedimento. (Academia.)

Pie y mano.—«Los dos regidores *á pie y mano á mano*». Nótese el juguete de *pie* y *mano,* que suelen mirarse como términos opuestos, según sucede en aquel refrán: «al villano dale el *pie* y se tomará la *mano*».—*Mano á mano:* en compañía, cuando es sólo de dos personas. V, 21.—«Si viene á *mano,* y aunque no venga sino al *pie,* aguachirle».—*Si*

viene á mano: expresión propia del estilo familiar. Quiere decir: «si se proporciona» ó «por lo más». Lo que se añade, «y aunque no venga sino al *pie*», es chiste de Sancho, que, estando contento y regocijado con su espuma, juega con la relación de inferioridad que hay del *pie* á la *mano*, según aquel refrán (citado arriba). IV, 384.—Véase *Mano*, etc.

Piedra (Con) blanca ó con negra.—Los antiguos romanos observaban la distinción de los días faustos é infaustos: en ciertas ocasiones señalaban los días felices con piedrecillas blancas, y con negras los funestos ó aciagos. IV, 172; VI, 298 (t).

Pierres (La historia de) y la linda Magalona.—Fué escrita á fines del siglo XII por Bernardo Treviez. El famoso Francisco Petrarca, según aseguran, corrigió y limó esta novela durante su residencia en Mompeller. III, 458; V, 300, 326. —Es evidente, por su mismo contexto, que la principal idea de esta aventura (la del caballo de madera Clavileño) de Don Quijote, se tomó de la *Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles, y de Pierres, hijo del conde de Provenza.* V, 307.

Pierres Papín.—«Caballero novel, y de nación francés». «*Caballero novel*» era el recién armado caballero, que no se había ilustrado aún por sus hechos, y no podía traer insignia en el escudo hasta que por su esfuerzo la ganase, como se dijo en el cap. 1.° (I, 24). II, 74.—Véase *Armas blancas.*

Pies (Echarse á los) para besarlos.—«*Besar las manos*» era antiguamente (como ahora) menor reverencia que *besar los pies.* Y así, cuando se presentó el Cid al rey D. Alonso, después de la toma de Valencia, habiéndose echado á sus pies, llegando con el rostro al suelo, le dijo el rey:

«*Levantad os en pie ya, Cid Campeador.*
Besad las manos, ca los pies no».

Sobre esto se pusieron dos ejemplos en la Nota al cap. 29 (II, 431). En tiempo de Carlomagno y de su hijo Luis el Benigno, los señores, al presentarse al monarca, le besaron los pies. Algunos más distinguidos le besaban las rodillas, como hoy hacen los cardenales con el papa. Las reinas besaban también las rodillas de sus maridos. V, 271.—Hoy, aunque no se profesa tanto respeto y deferencia á las damas como en los tiempos de la caballería, decimos que les *besamos los pies,* y se miraría como llaneza grosera decir que les *besamos las manos,* dejando esta expresión para los hombres. V, 119.—Véase *Besar la mano ó el pie.*

Pies (Á) juntillas.—«Pero él lo niega *á pies juntillas*».—Modo adverbial. Con los pies juntos, firmemente, con gran porfía y terquedad. (Academia.) VI, 80 (t).

Pies y no manos.—«Don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen *pies y no manos*». Chiste de Cervantes. En el cap. 12 de esta segunda parte (IV, 212) se dice también que «Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina». V, 92.

Pieza.—«Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena *pieza* por el campo». «*Pieza*» viene de «*spatium*», como su correspondiente castellano «*espacio*», y se dice tanto del lugar como del tiempo. Aquí es de lugar; de tiempo, en el cap. 7.º de esta primera parte (I, 160), donde se dice del mago que se suponía haberse llevado los libros de Don Quijote: «á cabo de poca *pieza* salió volando por el tejado». En la misma significación lo usó el antiguo romance del marqués de Mantua:

«*Al cabo de una gran* pieza,
en pie se fué á levantar».

I, 84.

Pignata (pignatta).—Palabra italiana, que significa «olla,

cántaro».—«¿Ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata?*» Lenguaje obscuro. Quiso preguntar Don Quijote al traductor con quien hablaba, si había encontrado, al escribir su traducción, que se nombrase alguna vez «*pignata*», como se ve por el progreso del diálogo. «*En su escritura*»: más bien debió decir «en su lectura». VI, 287.

Pinciano (El).—«Los refranes de Sancho Panza (dijo la Duquesa), puesto que son más que los del Comendador Griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias». Fernán Núñez de Guzmán fué llamado *el Pinciano,* por Valladolid su patria; *el Comendador,* porque lo era de la orden de Santiago, y *Griego,* por su doctrina en la lengua griega, que enseñó, primero en Alcalá y después en Salamanca. Juntó una numerosa colección de refranes que se imprimió después de su muerte, acaecida en el año de 1553. De otras colecciones de refranes se dió noticia en las Notas al cap. 21 de la primera parte (II, 146).—El P. Sarmiento, en sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles,* dice que los refranes del Comendador Griego pasan de seis mil: podrá verificarlo el curioso que tenga la paciencia que yo no tengo. V, 204.—Véanse *Comendador (El) Griego* y *Guzmán (Fernán Núñez de).*

Pinganitos.—Nombre plural que sólo se usa en la frase «estar ó hallarse en *pinganitos*», que equivale á «estar en elevación ó en alta fortuna», sin que se pueda señalar el origen de la expresión ni de la voz.—Alguna otra palabra hay en castellano, que, á la manera de «*pinganitos*», nunca se emplea sola ni fuera de una cierta y determinada combinación. Así sucede con la voz «*ampo*», que nunca se usa sino para decir el «*ampo* de la nieve». Tales son las irregularidades y los caprichos del lenguaje. III, 369.—Véase *Ampo de la nieve.*

Pino (Como un) de oro.—*Pino de oro:* especie de adorno que llevaban antiguamente las mujeres en el tocado, y luego se

trasladó á significar una «persona de disposición gentil y gallarda», como la del paje de quien se trata. VI, 36.

Pintiquinestra (Á la reina), de quien se hace mención en *Amadís de Grecia*.—Fué reina de Sobradisa, mujer de Perión, hijo de D. Galaor y sobrino de Amadís de Gaula. I, 112.

Pique (No hay cosa donde no) y deje de meter su cucharada.—Esto es, de que no hable, de que no se meta á hablar. (Arrieta.) IV, 404 (t).

Píramo y Tisbe.—Sabida es la historia de estos dos desgraciados amantes, que con tanta ternura describió Ovidio en sus *Metamorfosis*. Esta fábula dió argumento á varias composiciones de poetas españoles. II, 257; IV, 343, 355.—[III, 22, 23.]

Pisa (El Dr. Francisco).—Sobre la mayor pureza del castellano que hablaban los toledanos: y cita la ordenanza del rey D. Alonso el Sabio. IV, 361.—Véase *Villalobos (Francisco López de)*.—[II, 24.]

Pistos (Dando) á su honra.—Esto es, alimentándose escasamente, ó como se alimenta al enfermo, á quien se da caldo ú otra sustancia líquida con un pistero y en muy cortas porciones. (Arrieta.)—«Miserable del bien nacido que va *dando pistos á su honra*, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos». V, 383 (t).

Pítima.—El emplasto que se pone al corazón para desahogarlo y alegrarlo, según Covarrubias, citado por Bowle, quien pone de ello un ejemplo tomado de la novela de Cervantes *El amante liberal*. VI, 158.

Pizarro (Francisco).—«No saber un hombre leer». Sabido es el pasaje del famoso Francisco Pizarro, conquistador del Perú, con su prisionero el inca Atabalipa, quien admirando justamente el arte de escribir, y habiéndose hecho estampar en la uña del dedo pulgar, por uno de los soldados

que le guardaban, el nombre de Dios, lo hizo leer á los que iban entrando sucesivamente; y no habiendo acertado á hacerlo Pizarro, infirió de aquí que el conocimiento de las letras no era, como lo había sospechado, una cualidad natural de los españoles, sino adquirida por el estudio, lo que le hizo desde entonces despreciar abiertamente á Pizarro, en cuyo ánimo no influyó poco esta conducta para acelerar la muerte de su prisionero. V, 362.

Pizmiento.—«Su negra y *pizmienta* caballería». «*Negra*» equivale á «malhadada, desventurada, funesta». «*Pizmienta*» significa también «negra», como si se dijera «del color de la pez», según observó Pellicer, citando un pasaje de nuestro antiguo poeta Gonzalo de Berceo, que á un día aciago le llamó *pecemento*, que viene á ser lo mismo que *pizmiento*. No me acuerdo de haber visto esta voz en ningún otro libro castellano. III, 142.—«*Pizmiento* amantado..... entreparecía»: palabras hermosas y significativas, que no me acuerdo de haber visto en ningún escrito anterior á Cervantes, y que probablemente son de invención suya. V, 251. —Véase *Negro*.

Placerdemivida.—Doncella de mucho ingenio y agudos dichos, confidenta de Carmesina en sus amores con Tirante. I, 135, 167; V, 426.

Plano (De).—«Confesó *de plano*».—Modo adverbial. Enteramente, clara y manifiestamente. (Academia.) V, 285 (t).

Plañideras.—También se llamaban «lloraderas ó *plañideras*» las mujeres que se alquilaban para acompañar á los entierros llorando, mesándose los cabellos y arañándose el rostro, cuando no había personas allegadas al difunto que lo hiciesen. IV, 130.—Véanse *Endechas, endechaderas* y *Lloraderas*.

Platero.—«Argentería de oro». Anomalía de la lengua castellana, en que también se dice *platero de oro*. Ya Covarrubias dice que *platero* es el oficial que labra la plata y el oro.

Esta «*argentería*» será lo que ahora se llama «bricho ó lantejuelas». Al platero se llamó antiguamente *orífice*, que corresponde al *orfèvre* francés. V, 218, 219.

Platicar.—«Lo que comunmente se *platica*»: quiere decir, «se *practica*, se hace». Nuestros antiguos escritores emplearon el verbo «*platicar*» en las dos acepciones de «hablar» y de «obrar», y aun el nombre «*plático*» le aplicaron exclusivamente á la significación de «experimentado»: ahora se llama «*práctico*». En este mismo capítulo (III, 28) dice después Anselmo que estaba determinado «de poner en *plática*», esto es, «de poner por obra», la prueba de que se trataba: ahora se diría «poner en *práctica*». Nosotros distinguimos constantemente entre «*platicar*», «hablar», y «*practicar*», «hacer, ejecutar». III, 24.—Más adelante, en el cap. 34 (III, 51), se dice que Camila tuvo á Leonela «por más *plática* en las cosas de amor, que ella decía»; y pocos renglones después, «apuróla si pasaban sus *pláticas* á más que serlo»: esto es, á mi parecer, «si pasaban sus *pláticas* (obras) á más que ser *pláticas* (palabras)». III, 51 (t).

Platir (El caballero).—Crónica del muy valiente y esforzado caballero Platir, hijo del emperador Primaleón. I, 115, 194. —Llevó también el nombre de caballero del Espejo. IV, 210.—[I, 212.]

Platón (Como aconsejaba).—He aquí el pasaje de su *República*, á que se refiere Cervantes: «Si se introdujese en nuestra ciudad uno de estos poetas expertos en el arte de variar las formas del lenguaje y de representar sin elección toda clase de papeles, perfumaríamos su cabeza y le despediríamos». V, 278.

Platonazo.—«Y Sancho dijo: aquel *platonazo* que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida». *Platonazo:* dos veces aumentativo: de *plato, platón*, y de *platón, platonazo*. V, 435.

Pleonasmos y repeticiones que abundan en el Quijote.—De to-

ellas las de muchos afamados capitanes de la antigüedad, que es lo que aquí se indica. I, LIII (Prólogo).

¡Pobreza (Oh), pobreza!—Exclamación de Benengeli, que copia Capmany en su *Teatro de la elocuencia española,* hasta «la hambre de su estómago» (V, 379-383), como ejemplo de oración y razonamiento. V, 379.

Pobreza (Segunda).—La de bolsillo, por oposición á la de espíritu, de la que se ha hablado anteriormente. Cervantes, en esta exclamación, tampoco se olvidó de sí al ponderar lo mucho que la pobreza mortifica á los que tienen humos de hidalgos y nacieron más aventajados de linaje que de bienes de fortuna. Sus expresiones, aunque mezcladas con rasgos de humor festivo, pintan los apuros de un honrado hidalgo, benemérito tanto de la patria como de las letras, que yacía en la escasez y la miseria. El estropeado de Lepanto, el autor del *Quijote,* estaba reducido á vivir de la liberalidad del conde de Lemos y de la caridad del arzobispo de Toledo. V, 381.

Poesía (La).—Cervantes sobre ella. La profanación de la poesía excitaba la bilis de nuestro autor, su amartelado aunque no muy feliz amante; ésta le movió á explicarse como se ve aquí en el coloquio de Don Quijote con el caballero del Verde Gabán, y ésta le inspiró la graciosa ficción que incluyó en su *Viaje al Parnaso* (cap. 2.º). IV, 283, 284.

Poetas (Los).—«Y, lo que sería peor, hacerse *poeta*». Cervantes había precedido á Quevedo en la idea de ridiculizar los vicios de los poetas en tono y forma de pragmática, como puede verse en las *Ordenanzas de Apolo,* insertas al fin del *Viaje al Parnaso.* I, 139, 140.—Los poetastros que abundaban en tiempo de Cervantes. IV, 283.—El poeta debe escribir en su idioma nativo. IV, 285, 286.—«Los tres *poetas* divinos» (Francisco de Figueroa, Francisco de Aldama y Hernando de Herrera). IV, 83.—Poetas laureados. IV, 339.—Intonsos poetas. IV, 403.—Poetas que celebra-

Pon lo tuyo en concejo. (Sancho á su mujer.)—«*Concejo*» es la reunión de los vecinos de un pueblo. El marqués de Santillana, en su colección de refranes, puso el presente con alguna variación: «Pon tu hacienda en concejo; uno face blanco; otro, bermejo». También suele decirse: «otros, que es prieto». V, 245.—Véase *Concejo.*

Ponce (D. Pedro) de León, D. Diego Ramírez y otros.—Famosos caballeros en las fiestas de toros. IV, 309-313.—Véase *Toros (Las fiestas de).*

Ponedla tacha.—Sancho dice, elogiando á Quiteria: «No sino *ponedla tacha* en el brío y en el talle», etc.—*Miren qué tacha*: expresión familiar con que se pondera la especial bondad ó calidad de alguna cosa, que con singularidad conduce para su estimación ó aprecio. (Academia.)—Otras veces «*tacha*» significa «falta, nota, defecto». IV, 389 (t).

Poner, por «apostar».—«Yo *pondré* que se vienen á resumir todas esas faltas», etc.: voz tomada del estilo de los jugadores. (Arrieta.) VI, 198 (t).

Poner como nuevo á alguno.—Frase metafórica. Maltratarle castigándolo ó reprendiéndolo; zaherirle con dicterios, denostarle con palabras afrentosas. (Academia.)—«Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase *la pusiese como nueva*». IV, 89 (t).—«No sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo *la pondré como nueva*». VI, 35 (t).—Ambos dichos, de Teresa Panza: el primero, á su marido, y el segundo, encontrándose con el cura y Sansón Carrasco.

Poner dolo en alguna cosa.—Frase. Interpretar maliciosamente alguna acción. (Academia.) IV, 12, 69 (textos).

Poner en aventura.—«No quise *poner* el negocio *en aventura*».—Frase anticuada que significa «aventurar, exponer á la suerte, poner en contingencia». III, 207.

Poner en cuentos.—Frase. Exponer á algún riesgo ó peligro.

Ponerse en cuentos: mezclarse en quimeras ó buscar desazones. (Academia.) IV, 97 (†).

Poner en olvido los Platires, los Tablantes, etc.—«*Poner en olvido*» no es aquí «olvidar», según lo que ordinariamente significa, sino «hacer olvidar». II, 114.

Poner en pico.—«Al momento lo fué á *poner en pico* á su señora la Duquesa»: á contárselo, á decírselo. (Arrieta.)—Frase metafórica y familiar. Parlar ó dar noticia de lo que sería mejor se callase. (Academia.) VI, 25.

Poner en pretina.—«Que yo *ponga en pretina* á más de un negociante».—«*Poner* ó *meter en pretina*» es obligar ó estrechar á alguno al cumplimiento de alguna cosa; á la manera que la *pretina*, tomada esta voz en sentido natural, ajusta la cintura. V, 445.

Poner en toldo y peana.—Es poner en paraje de elevación y autoridad, como si dijera «sobre tarima y bajo dosel». IV, 95.

Poner pies en polvorosa.—«*Puso los pies en polvorosa* y cogió las de Villadiego». Ya se ha dicho en otra parte (I, LXVI (Prólogo)), que «*polvorosa*» en germanía es la «calle», y «*poner pies en polvorosa*» «huir ó escaparse». Lo mismo significa «coger las de Villadiego ó las calzas de Villadiego»; expresión proverbial de origen desconocido, como lo son las más de su clase. I, LXVI (Prólogo); II, 158.—Véase *Villadiego (Coger las calzas de).*

Poner puertas al campo.—Ejemplo de cosa imposible, que ha pasado en proverbio. Con él indica Sancho que no puede precaverse la maledicencia, añadiendo que el mismo Dios no estuvo libre de ella. II, 279.

Poner sal en la mollera.—Expresión proverbial: infundir discreción, juicio, cordura. La sal indica la discreción, porque así como la sal sazona los manjares, la discreción sazona también las acciones y las palabras. «*Mollera*» es la parte superior de la cabeza humana, donde se supone que reside

el alma y, por consiguiente, el entendimiento. Habíase ya usado de esta expresión (hablando de Sancho) en el capítulo 7.º, primera parte (I, 162). III, 119.

Poner sobre la cabeza.—Es ceremonia y señal de respeto, que se observa con las cédulas ó diplomas de los reyes ó de los papas en ciertas ocasiones solemnes. II, 483; I, 119; V, 439 (textos.)

Ponerse al bordo, ponerse á bordo.—No son lo mismo: lo segundo es «embarcarse», y lo primero, «arrimarse al costado del bajel»: el artículo es quien produce la diferencia. III, 242.

Ponerse el sombrero delante de los reyes.—Es cubrirse de grande y tomar posesión de la grandeza. IV, 164.—Véanse *Almohadas* y *Tomar la almohada.*

Ponerse en caza.—Maniobrar un bajel para huir. Con la palabra «*caza*», que sólo significa ahora, en la frase náutica «*dar caza*», perseguir una embarcación á otra, haciendo fuerza de vela, ó á vela y remo, con toda diligencia para alcanzarla, en cuyo sentido la trae Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana,* parece, por este pasaje y por la frase «*ponerse en caza*», que se halla más abajo (VI, 304), que quiso significar Cervantes también la diligencia que hace para huir la embarcación perseguida, en cuya acepción es hoy desconocida y desusada; pero es probable fuese de uso común en la marina de tiempo de Cervantes, quien fué siempre oportuno y exacto en la aplicación de las voces náuticas, como se ha notado ya (VI, 301); y acaso esta autoridad bastó á la Academia Española para poner en su *Diccionario* la frase «*ponerse en caza*» en esta acepción, pues no recuerdo haberla oído ni visto en escritores antiguos. VI, 302, 303.

Ponto (Á las islas del).—Desde luego ocurre que es alusión al destierro de Ovidio; pero si lo fué, como parece, se hizo con la negligencia é inexactitud ordinaria de Cervantes.

Ovidio no fué desterrado á las islas, sino á las costas, del Ponto ó Mar Negro. IV, 289.

Popen (No sino) y calóñenme.—Palabras anticuadas. «*Popar*», que ahora significa «halagar» ó «acariciar», en lo antiguo significaba «manotear á otro ó darle palmadas con aire y señal de desprecio». «*Caloñar*» era «injuriar, ultrajar»; y es palabra muy usada en nuestros antiguos códigos legales. V, 364.

Por, para.—Véase *Para, por.*

Por el consiguiente.—La Duquesa (en su carta á Teresa) remeda el lenguaje de la gente rústica en este modismo aldeano, que equivale á «también» y cuyo uso se conserva entre los labradores. VI, 32.

Por la posta.—Sancho dijo á su mujer que, en siendo gobernador, enviaría á buscar á su hijo *por la posta;* expresión familiar, lo mismo que «al instante». IV, 98.

Por la virtud que Dios le dió.—Véase *Varilla de virtudes.*

Por sí ó por no.—Locución sumamente expresiva del estilo familiar: contiene una elipsis y equivale á «por si fuese, ó no, menester». IV, 229; VI, 447 (t).

Por su mal le nacieron alas á la hormiga.—Porque volando se las comen los pájaros. Refrán que contiene una bella imagen de los que, elevándose por la casualidad y ciega fortuna á una suerte superior á su mérito, hallan en ella la ruina que evitarían en la obscuridad. Este refrán, como otros, se funda en un error de historia natural. V, 181.

Por sus pasos contados y por contar.—*Por sus pasos contados:* modo adverbial. Por su orden ó curso regular. (Academia.) V, 93 (t).

Porcia.—Hija de Catón el de Útica y mujer de Marco Bruto: queriendo que su marido le descubriese el secreto de su conspiración contra César, para mostrarle que era superior al dolor y digna de su confianza, se hirió gravemente á su presencia. Después, cuando supo la muerte de su marido

en Filipos, quiso matarse, y, quitándole los medios sus amigos, se tragó unas ascuas, con lo cual murió. Epigrama por el poeta Marcial. III, 68, 69.

Porque, para que.—Véase *Para que, porque.*

Porquerizos.—El emperador Justino, el gran Taborlán y otros, fueron pastores de puercos. V, 349.—Véase *Personas de nota, que tuvieron principios humildes.*

Portante. — «El tal caballo..... lleva un *portante* por los aires sin tener alas». Es paso menudo y apresurado. V, 301.

Portazgo.—Un derecho ó impuesto. III, 332.—Véase *Alcabala*, etc.

Portugal.—Todas las probabilidades concurren á señalar en Portugal la cuna de los libros caballerescos españoles. I, 125, 126, 141.

Posaderas, *posas.*—«Señor, respondió Sancho (á su amo); yo no me puedo persuadir que los azotes de mis *posaderas* tengan que ver con los desencantos de los encantados». Sancho vuelve al tema de su respuesta á Merlín, á quien decía en el cap. 35 (V, 226): «yo no sé qué tienen que ver mis *posas* con los encantos». VI, 354.

Posaderas de fieltro se llaman las del mono, por lo duras y callosas que son. V, 28.

Posesión.—«Á tí te conozco y tengo en la misma *posesión* que él te tiene». «*Posesión*» es «concepto, reputación, predicamento»: acepción poco usada. III, 64.

Poso.—«Buen siglo hayan y buen *poso*». «*Siglo*», según se dijo en alguna Nota de la primera parte (III, 80), significa la «vida eterna», y «*poso*» es el descanso ó reposo de los difuntos, conforme á lo cual se cuenta después, que el cura del lugar del rico Camacho y de la hermosa Quiteria, al echar la bendición á Basilio, que al parecer iba á exhalar el último suspiro, pidió al cielo diese «buen *poso*» á su alma. (IV, 395.) La expresión incluye una especie de *ré-*

quiem aetérnam; pero es irónica y equivalente á una maldición. IV, 356.—Véase *Siglo.*

Post ténebras spero lúcem.—Este emblema se ha tomado del libro de Job (Cap. 17, v. 12), y lo usó en las portadas de sus obras el impresor Juan de la Cuesta, que es quien publicó las primeras ediciones del *Quijote,* de las *Novelas,* del *Persiles* y tal vez de otras obras de Cervantes, poniéndola al rededor de un escudo dentro del cual se ve, puesto sobre una mano, un halcón que tiene la cabeza cubierta con el capirote, según se llevaba á esta especie de aves para la caza de cetrería, y debajo, un león durmiendo. VI, 367.

Postura.—«Y la *postura* de Don Quijote». «*Postura*» no significa en este lugar la actitud del cuerpo, sino la traza y arreos de nuestro hidalgo, y pudiera sospecharse que es error de imprenta, por «*apostura*», palabra que ya en nuestros primitivos escritores significaba el conjunto de la persona, su traje y adornos, y lo mismo en varios lugares del *Quijote,* donde se encuentra. Tómase en buena parte, y así, de Cardenio se dijo en el cap. 23 (II, 246) que era un «mancebo de gentil talle y *apostura*», y en el 37 (III, 121) se dijo del cautivo, que daba muestras «en su *apostura*» de ser persona de calidad.—Del mismo modo en el cap. 17 (II, 44) se figuraba Don Quijote que la hija del ventero era «la más *apuesta* y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se podía hallar». III, 259.—Véase *Apostura.*

Potencia (En) propincua.—«Está *en potencia propincua* de ser, los caballeros andantes, reyes y emperadores», *(está,* por *están?)* II, 12.—«..... de ser el mayor señor del mundo». V, 287.—Véase *Propincuo.*

Potro (El) de Córdoba.—Véase *Córdoba (El Potro de).*

Pozo Airón.—Este nombre se da á un pozo que hay en Granada y que se ha creído fué abierto por los moros con el objeto de dar salida y respiración á los gases subterráneos y precaver la violencia de los terremotos. Hay otro pozo

Airón, un lago que así se llama, en la provincia de Cuenca. IV, 238.

Pozos de nieve, para refrescar el agua.—Sobre la antigüedad del uso de enfriar el agua con nieve. Plinio cuenta positivamente que Nerón inventó resfriar el agua con nieve en garrafas de vidrio. IV, 413, 414; V, 403.

Predicar en desierto.—Expresión proverbial que alude á lo de «*vox clamantis in deserto*» del Evangelio, de donde hubo de tomarse. Es el «*surdis canere*» de los latinos. IV, 100.

Preguntanta.—Nótese la terminación en *a* de este verbal, que pertenece á la clase de las voces fácilmente formables de que se habló en otra Nota (IV, 243). Más abajo (VI, 280), hablándose de Sancho, se dice «*el preguntante*»: de suerte que en este capítulo se usan las dos terminaciones, masculina y femenina. Mas esta última era entonces nueva en castellano, porque antiguamente se decía «*la infante*», á diferencia del uso actual que admite las voces *infanta, comedianta* y otras, aunque no la que motiva la presente Nota. VI, 278.

Preguntar, pedir.—Abuso del verbo «*preguntar*». «*Preguntó* luego á Dorotea, le dijese», etc. No está bien «preguntar que se diga», sino «pedir que se diga». Quedando «*preguntó*», sería menester suprimir «le dijese». Igual observación se ha hecho ya en otra parte, donde se usó de la misma frase. III, 107, 124 (t); VI, 19.—«Á quien *preguntó* si le sabrían decir si en aquel lugar vivía», etc. Estaría mejor: «á quien *preguntó* si en aquel lugar vivía una mujer», etc. VI, 28.

Preste (El) Juan de las Indias.—El preste Juan de las Indias es un personaje proverbial, que anda en boca de todos, y nadie sabe á punto fijo quién fué, ni dónde fué, ni cuándo fué. En la Edad Media se creía que era un príncipe cristiano que reinaba en la parte oriental de Tartaria, en los confines del Catay. Después se creyó generalmente por algún tiempo, en Europa, que se había dado con él en Abi-

sinia.—Véanse las Notas: II, 14; III, 383; V, 389.—[I, 183.]

Prez.—«Habiendo..... ganado el *prez*».—Palabra derivada de la latina *pretium,* y se encuentra usada en nuestros poetas primitivos. I, 157.—Alguna vez se usó «*prez*» como femenino, aunque ordinariamente se usa como masculino. Significa «el honor, el lauro, el premio de alguna calidad ó acción loable, adquirido en competencia con otros». II, 432.

Primaleón.—El invencible caballero, hijo de Palmerín de Oliva. I, 124; II, 58.

Primo, por *primero.*—«Y al canto del gallo *primo*». Esto es, al primer canto del gallo, que es pasada la media noche. «*Primo*», que ahora decimos «*primero*», es adjetivo anticuado. Ahora no se usa sino pocas veces, y sólo en la terminación femenina. I, 240.—Alguna otra vez (V, 165) se llamó también, en el *Quijote,* «*prístino*» al estado de Dulcinea anterior á su encantamento. Una y otra son palabras latinas que se usan para ridiculizar por medio de la afectación el asunto. Es común decir «á *prima* noche».—Véase la Nota al cap. 29 (V, 99) sobre latinismos usados en el *Quijote.* V, 225-226.

Principalidad.—Palabra de la clase de las fácilmente formables, pero que no han obtenido la aceptación suficiente, en el tribunal del uso, para pasar al lenguaje común. Significa la calidad de la persona que es de linaje principal; como si dijéramos «nobleza, ilustre prosapia». II, 318.—«Entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su *principalidad.* IV, 137.

Prioste.—Lo mismo que *prior,* cabeza ó hermano mayor de cofradía. Sancho había sido también prioste en su lugar, como lo cuenta en el cap. 43 de la segunda parte (V, 363), y en el presente pasaje debiera recordarlo; pero se le olvidó á Sancho, ó por mejor decir se le olvidó á Cervantes se-

gún su costumbre. II, 187; IV, 245.—Véase *Muñidor de cofradía*.

Pro.—«En mucha *pro* de su fama».—Voz antigua que significa «utilidad ó provecho», de que se formó «*proeza*», hazaña, y que entra en la composición de «*prohombre*», persona principal ó de importancia. *Prohombre* llamó á Adán nuesto poeta Gonzalo de Berceo en el siglo XIII, y antes el autor del *Poema del Cid* había usado de la palabra «*pro*», unas veces como sustantivo, en significación de «provecho», y otras como adjetivo, en la de «honrado». Cervantes, en el texto presente, usó del nombre «*pro*» como masculino; el citado *Poema del Cid* le usó unas veces como masculino y otras como femenino. Continuó por largo tiempo la variedad; pero al fin prevaleció el género femenino. Conforme con esto, el uso actual ha dado la preferencia al género femenino en la expresión de «*buena pro le haga*», fórmula del remate en las subastas judiciales, y única ocasión en que se conserva la palabra «*pro*». II, 174, 175.—Véase *Prohombre*.

Proceder en infinito.—Frase. Seguir una serie de cosas que no tiene fin. (Academia.) VI, 381 (t).

Profecía (La) del Tajo.—La violencia atribuída á Rodrigo prestó asunto á la *Profecía del Tajo*, oda que compuso Fray Luis de León á imitación de la de Nereo en Horacio, y que es una de las composiciones que más honran nuestro Parnaso y que más se acercan á la sencillez y sublimidad de la lírica antigua. II, 367; III, 510.

Profecías que se hallan frecuentemente en los libros de caballerías.—La semejanza que se halla entre la del barbero en el enjaulamiento de Don Quijote, y la que encontró Amadís de Gaula al subir en compañía de Grasandor á la peña de la Doncella Encantadora. III, 348-351.—«No cobrarán su primera forma». Profecía del mismo jaez que otras muchas que se leen en los libros caballerescos. V, 290.

Profesión.—«Mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su *profesión*», etc. Expresión decente para significar lo que no lo es, como sucede aquí y en otros diferentes pasajes del *Quijote*. Antiguamente la palabra «*profesión*» significaba sólo la religiosa, según el autor del *Diálogo de las lenguas*, quien decía con gracia que «se habían alzado con ella los frailes», y deseaba se admitiese también en la acepción general de «oficio ú ejercicio, como lo usa (dice) el latín y el toscano». Los deseos del autor del *Diálogo* se cumplieron en el tiempo que medió hasta Cervantes, según se ve por el *Tesoro de la lengua castellana*, de D. Sebastián de Covarrubias, extendiéndose el sentido de la voz «*profesión*» desde la de las monjas hasta la de las rameras. I, 33.

Prohombre.—El que goza de especial consideración entre los de su clase. (Academia.) Persona principal ó de importancia. II, 174.—El doctor Zarco de Morales (véase la Nota) «debió de ser el *prohombre* del Toboso en su tiempo». V, 166.—Véase *Pro*.

Prólogos laudatorios.—La vanidad de los escritores del tiempo de Cervantes hacía preceder de ordinario en las impresiones de sus libros los elogios que mendigaban de sus aficionados. Cervantes, que moteja y ridiculiza este abuso, había incurrido en él en su *Galatea*, y contribuyó también muchas veces con sus composiciones á elogiar varios libros impresos de sus conocidos y amigos. I, XLVI, XLVIII (Prólogo).

Prometer, en el sentido de «protestar, asegurar».—«Yo te *prometo* y juro..... que no faltaron». VI, 78.

Prometer de, exceder de.—«*Prometió de* darle de cenar..... aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates». «*Prometer de*», régimen frecuente en Cervantes y antiguos escritores nuestros, de que todavía se conservan vestigios en el uso actual. Mas no es conforme á éste el régimen que se

da aquí al verbo «*exceder*». Se dice «*excederlos*», ó «*exceder-se de*». VI, 3.

Pronombres personales.—Sobre «*me, se*». «Adonde yo *me* sé». Es propiedad de nuestro idioma, especialmente en el estilo familiar (en que es rico sobre toda ponderación), reforzar el significado de los verbos con los pronombres personales, según sucede en el presente caso. Esta adición como que reconcentra la acción de los verbos y la ciñe con más fuerza al que habla ó al de quien se habla. Pudiera haberse contentado el barbero con decir «adonde yo sé», y nada se hubiera echado menos. La añadidura del pronombre indica que la acción del verbo es íntima y exclusiva, como si dijera «adonde yo sé y no sabe otro». Con igual verbo y modismo decía Ginés de Pasamonte en el cap. 22 (II, 210), que no era menester mucho para escribir lo que faltaba de su historia, «porque (decía) *me* lo sé de coro». Véase la Nota: III, 352, 353.—Varios ejemplos dados: «asno *se* es de la cuna á la mortaja», I, LXXI (Prólogo); «yo de mío *me* soy pacífico», I, 179 (t); «estába*selo* mirando con mucho sosiego Don Quijote», I, 208 (t), y «estába*se* todo este tiempo Sancho..... mirando», etc., II, 85 (t); «ya *se* es ido el caballero», II, 180 (t); «la misma que ayer fuí, *me* soy hoy», III, 117 (t); «de que la señora reina *se* esté como *se* estaba», etc., III, 119 (t); «como quiera que yo *me* sea (dijo Don Quijote á maese Pedro), doy gracias al cielo», etc., V, 32 (t); y «¿Graciosico *me* sois?» decía Sancho á un mozo, rondando su ínsula, VI, 13 (t).—«Aunque yo no *me* lo veo». V, 236.—Sobre el «*la*» y «*le*»: «de dar*la* facultad..... para entrar á decir*le* su cuita». Véase un ejemplo de la ventaja que puede traer para la claridad el uso de «*la*» en el dativo del pronombre «*él*». El «dar*la*» es á la condesa; «decir*le*» es al duque. Alguna otra ventaja puede sacarse en la composición, cuando, juntándose dos verbos de distinto régimen, el uno de dativo y el otro de acusativo, pue-

den regir ambos el «*la*», no pudiendo de otra suerte reunirse. V, 254.—Sobre «*les*» y «*las*»: «Y así *les* dieron cuarto aparte, y *las* sirvieron como á forasteras». Uso promiscuo de «*les*» y «*las*» en dativo, autorizado por Cervantes. VI, 74.—«¿Qué gala, qué brío..... *le* enamoraron (á Altisidora)?» Ejemplo del pronombre «*le*» usado en acusativo femenino.—El uso no ha fijado enteramente los casos del pronombre «*él*», cual fuere de desear. Véase la larga Nota sobre éstos y otros, *ello, ella, ellas,* etc. VI, 169-172.

Propincuo.—Allegado, cercano, próximo. (Academia.) Palabra latina. Cervantes la usó dentro y fuera del *Quijote*. Lope de Vega quiso ridiculizarla como propia de la culta latiniparla, citando á un poeta manchego que dijo en su *Tarambaina* (todo es burlesco):

«*En viendo que el estío está* propincuo,
Por mi salud las damas derrelincuo».

II, 12; V, 98, 99, 287; VI, 367.—Véase *Potencia (En) propincua.*

Propósitos, propuestas.—«Á las desvergüenzas de sus *propósitos*». «*Propósito*» es disposición interior del ánimo, y por esto no le conviene la «desvergüenza», que no cabe sino en lo que se manifiesta exteriormente por palabras ó por acciones. Pudiera decirse «desvergüenza de sus *propuestas*», pero no «de sus *propósitos*»: éstos, para ser «*propuestas*», necesitan manifestarse con las palabras. II, 417.

Prosa (En) como en verso.—«Que la épica también puede escribirse *en prosa como en verso*».—Cervantes resolvió aquí la cuestión que se agitó un siglo después con ocasión del *Telémaco*, escrito en prosa por el arzobispo de Cambray; pero no fué opinión peculiar suya, sino de muchos literatos de su siglo.—Francisco de Cascales, en sus *Tablas poéticas*, dice: «no piense nadie que el verso hace á la poesía, ni la prosa á la historia; porque la historia de Tito Livio ó de Salustio, aunque se escribiese en verso, ni más ni

menos sería historia; y si la *Iliada* de Homero se tradujese en prosa, ni más ni menos sería poesía». III, 392, 393.

Prosopopeya.—Palabra que en el estilo grave y sublime tiene muy distinta significación que en el familiar y burlesco. Allí significa una figura retórica; aquí, afectación de gravedad ceremoniosa y pausada. V, 252; V, 422 (t); VI, 68 (t).

Prueba (Á) y estése.—«Porque entre moros no hay traslado á la parte, ni *á prueba y estése,* como entre nosotros».—Expresión que, además del sentido recto jurídico, se dice metafóricamente por el que se tiene detenido sin despacharle en algún asunto. (Academia.) V, 52.—Véase *Traslado.*

Prueba (La) del vaso.—Véase *Vaso (La prueba del).*

Prueba del vino (El cuento de la).—«Una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán».—Pellicer observó ya que Cervantes había insertado este cuento en uno de sus entremeses intitulado *Elección de los alcaldes de Daganzo.* IV, 231, 232.—Véanse *Berrocal (Juan)* y *Mojón.*

Pucheritos.—«Y Sancho las recibió con *pucheritos*».—La expresión de tristeza en los niños cuando fruncen los labios y sollozan para romper á llorar. (Academia.)—Porque hinchan los carrillejos á modo del puchero, que es ventricoso. (Arrieta.)—V, 373; VI, 454 (textos).

Puente (La ley de la).—«Una pregunta que un forastero le hizo (á Sancho el gobernador)». Casos semejantes á éste en la *Silva de varia lección,* de Pedro Mejía, y en la *Angélica,* de Luis Barahona de Soto. Tal vez los de Barahona excitarían la idea del de Cervantes. VI, 47, 48.

Puercos.—«Una manada de *puercos* (que sin perdón así se llaman)». La gente de poca cultura suele pedir perdón cuando tiene que nombrar esta clase de animales, que, con una expresión judáica ó mahomética, llamamos inmundos. Cervantes mofa aquí de semejante costumbre, así como la remeda en la segunda parte, cap. 45 (V, 417), donde dice

el ganadero: «esta mañana salía de este lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro *puercos*». I, 31.

Puerta (Á) cerrada.—«Mando toda mi herencia *á puerta cerrada* á Antonia Quijana, mi sobrina». Esto de «*á puerta cerrada*» quiere decir «á la sobrina sola», sin dar participación en la herencia á otra persona alguna, pues el dueño único de una casa puede cerrar su puerta á todos los demás. VI, 456.

Puertocarrero (D. Pedro).—Nombrado gobernador de la Goleta por D. Juan de Austria, la defendió con mucho valor hasta que los turcos la tomaron por asalto, quedando cautivo con los pocos soldados que sobrevivieron á la defensa. Tacháronle algunos de poca práctica é inteligencia en las reglas del arte militar; pero cumplió con las del honor, y, conducido á Constantinopla en la armada otomana, falleció durante la navegación, cerca del cabo de Maina en Morea. III, 167.

Puerto Lápice.—Las dos aventuras que aquí se mencionan como pertenecientes á la primera salida de Don Quijote, á saber: la de los molinos de viento y la del vizcaino, que es la de Puerto Lápice, se refieren después en el cap. 8.° (I, 174), y pertenecen, sin duda, á la segunda salida. Es inexcusable la distracción con que Cervantes confunde los sucesos de ambas. I, 29.—En lo antiguo, según la relación que de orden del rey D. Felipe II dieron el año de 1576, aquellas comarcas estuvieron pobladas de bosques, y, por consiguiente, hubo suficiente motivo para que Don Quijote las calificase de país propio para teatro de caballerías, en que se podían «meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras». I, 174.

Pulcela tierna.—«*Pulcela*» puede ser italianismo ó galicismo. Covarrubias trae «*Poncella*» como nombre de la de Orleans, diciendo que en francés significa «doncella». V, 399.

Pulci (Luis, Ludovico ó Luigi).—Su poema *Il Morgante Mag-*

giore, traducido del italiano por Jerónimo Auner, valenciano. I, 12, 117; II, 53; IV, 25.—Véase *Morgante (Il) Maggiore.*

Pulgar (Fernando de).—Sus *Claros varones de Castilla.* III, 465-467.—[I, 380-382.]

Pulgar (Hernán Pérez de).—Apellidado «el de las Hazañas», por las que ejecutó en la guerra y conquista de Granada. —Su *Vida de Gonzalo de Córdoba.* II, 511.—[I, 181-182.]

Pullas (Echar).—En el día se entiende comunmente por «*pulla*» un dicho agudo y picante de los que se usan entre gente ordinaria. En lo antiguo tuvo significación menos favorable. IV, 177.

Puñales.—Los de Sevilla y los de Génova. IV, 427.

Punta (Armado de) en blanco.—Quiere decir «con todas las piezas de una armadura completa, que le cubrían de los pies á la cabeza». En la aventura de la carreta de las Cortes de la Muerte se dice, en el cap. 11 (IV, 189), que entre los farsantes había «un caballero *armado de punta en blanco*», sólo que traía sombrero en lugar de morrión y celada. VI, 320.

Puntada (No dar).—«Lotario respondió que no pensaba más *darle puntada* en aquel negocio».—*No dar puntada:* no hacer ni decir cosa alguna: metáfora tomada de los sastres y costureras. III, 34.

Puntas y collar de hechicero.—«*Puntas*» eran guarniciones de randa ó encaje, que solían ponerse, unas veces en los pañuelos, como el que sirvió á Montesinos para limpiar el corazón de Durandarte, según se refiere en la parte segunda, cap. 23 (IV, 433), y otras, en las valonas, como en las de los diablos que Altisidora dijo haber visto jugando á la pelota á la puerta del infierno. (Cap. 70, segunda parte. VI, 398.) En la misma segunda parte, cap. 52 (VI, 81), cuenta Teresa Panza que su hija Sanchica «ganaba cada día ocho maravedís horros» haciendo *puntas* de randas: y del

cura Pero Pérez se dice también que tenía «sus *puntas y collares* de poeta». (Segunda parte, cap. 67. VI, 362.)—Por consiguiente, las «*puntas y collar*», que eran adornos de la persona, se toman irónicamente en el texto por «añadiduras y desperdicios» de hechicero. II, 200.—*Tener sus puntas y collar* ó *collares de alguna facultad ó ciencia:* frase. Saber algo de ellas. (Salvá.)

Punto (Subir de).—«Y aun las *subía de punto*».—Frase. Crecer ó aumentarse alguna cosa. (Academia.) VI, 19 (t).

Puntos de la herida.—«Acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban». Son los *puntos de la herida*: expresión metafórica tomada de la costumbre de coser materialmente los cirujanos los labios de las heridas cuando eran largas, para conservarlos unidos y facilitar la cicatrización; y aun solía denotarse el tamaño de las heridas por el número de puntos que se necesitaban para cerrarse. Conforme á esto, en la novela de *Rinconete y Cortadillo* se cuenta aquel gracioso caso de la cuchillada de *catorce puntos* que, por precio de cincuenta ducados, había de darse á un mercader, y el ejecutor, calculando que cuchillada de aquel tamaño no cabía en la cara del amo, se la dió á un lacayo suyo que la tenía suficiente. IV, 3.

Quando cáput dólet, cætera membra dólent.—«Del dolor de la cabeza han de participar los miembros». Así lo dice Sancho, citando para ello á Don Quijote, y éste, con efecto, lo había dicho en el cap. 2.° anterior (IV, 35); pero lo había dicho en latín, *quando cáput dólet*, etc.; pero entonces dijo Sancho que no lo entendía, porque no entendía otra lengua que la suya. IV, 55.—Clemencín olvida que Don Quijote se lo explicó á Sancho, diciéndole: «quiero decir que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen» (IV,

35), y la feliz memoria de Sancho retuvo esto, como retenía cuando oía á su amo, quien al fin le dice: «Socarrón sois, Sancho: á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla». (IV, 55, 56.)

Que, como un expletivo.—Uso excesivo de ello en el *Quijote*. «Y le preguntó *que* quién era», I, 90 (t); «le volvió á preguntar *que* cómo estaba», I, 92 (t); «y preguntáronle *que* por qué le desnudaba», I, 184 (t), y numerosos ejemplos semejantes: I, 199, 259; II, 47, 244; III, 222 (textos).—«Á fe *que*..... *que* quizá..... *que* vuestra merced..... *que* se engañaba en lo que dice». Hubiera convenido que Cervantes suprimiese alguno de los muchos «*ques*» que afean por su repetición el presente período. II, 149. (Es de observarse que esto fué dicho por Sancho, quien hablaría en modo rústico.)—Ejemplo del «*que*» repetido diez veces en cuatro ó cinco renglones. Verdad es que algunos de ellos son enteramente inútiles, porque no tienen oficio en la oración, y debieran haberse suprimido. V, 468.—«*Que* qué tenía». Repetición y cacofonía de mal sonido (¿puede haber cacofonía de *buen* sonido?), en que incurrió Cervantes en el discurso de esta obra, como se ha observado ya en Nota al cap. 4.° de la primera parte (I, 75). VI, 196.—*Que, de*. Hay en castellano, y lo mismo en los demás dialectos de la lengua latina, dos monosílabos que ocurren á cada paso: *que* y *de*. Véase la larga Nota sobre su uso frecuente y su importancia: I, 75, 76.—«¿*Qué* es la causa?» «*Qué*», por «*cuál*», es como se dice ordinariamente. VI, 166.—«*Que* con un par de pollos..... tendremos lo suficiente». «*Que*» está aquí en vez de «*porque*». El uso del «*que*» como conjunción, es notable en la lengua castellana. Me parece que se asemeja al *car* francés, ó al *nam* latino. Se usa mucho en el *Quijote* y en todos nuestros antiguos escritores. En el día se usa también, aunque poco. Este «*que*», usado así, tiene menos fuerza que el «*porque*». VI, 197.

Que á sus aventuras van.—«Destos que dicen las gentes, *que á sus aventuras van*».—Dos versos que deben pertenecer á algún romance antiguo. III, 459; IV, 275.

Que nunca sane Don Quijote.—He aquí bien retratada la insensatez con que se celebra y aun fomenta muchas veces por diversión el desvarío de los locos y de los borrachos; crueldad refinada en la cual no se fija bastantemente la atención, y que la razón y mucho más los principios religiosos exigen se cambie en respeto hacia los infelices que se hallan en tan miserable estado, y en caritativa solicitud para sacarlos de él, si nos fuese posible. Es preciso confesar que eclesiástico de casa de los Duques, á pesar de su inoportunidad, obraba y hablaba más conforme á razón y justicia. (V, 145.) VI, 331.

¿Qué peje pillamo (pigliamo, italiano)?—Dice Don Quijote, dirigiéndose al mozo, y queriendo decir, según Hinard: «*quel poisson prenons-nous et que doit-il nous avenir?*» V. 28.

Que parece que ahora la veo. (Sancho hablando de la pastora Torralva).—Con la misma expresión habló el pastor Pedro de la madre de Marcela en el cap. 12 de esta primera parte (I, 250). III, 126.

Que se sienta y no se diga.—D. Luis de Góngora jugó con este pensamiento en una de sus letrillas, en que dijo:

Manda amor, en su fatiga,
Que se sienta y no se diga;
Pero á mí más me contenta
Que se diga y no se sienta.

En los villancicos del *Cancionero* de Fernando de Castillo, impresos en Sevilla en 1540, hay una (letrilla) de Juan de Estúñiga, que dice así:

Mi peligrosa pasión
Me castiga..... (esto es, *amonesta)*
Que se sienta y no se diga.

Según Pellicer, la redondilla «*De la dulce mi enemiga*» se tradujo del original de Serafín Aquilano, que dice:

Dalla dolce mia nemica
Nasce un duol ch'esser non suole;
E per più tormento vuole
Che si senta è non si dica.

Mas Luis Gálvez de Montalvo cita estos mismos versos de Aquilano como una de las imitaciones hechas por los poetas italianos de las redondillas castellanas. V, 277, 278.

Que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio. (Don Quijote á Sancho.)—*Que yo no estoy*, etc.: expresión proverbial que no recuerdo haber leído en otro autor anterior á Cervantes, y que es de particular gracia y oportunidad para el intento. Es cierto que el incidente de la apuesta de los labradores está sumamente bien razonado y hablado. VI, 346.

Quebrar los ojos.—«Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced..... yéndome á la corte..... para *quebrar los ojos* á mil envidiosos que ya tengo». (Carta de Teresa Panza á la Duquesa.) VI, 76 (t).—*Quebrar los ojos*: lo mismo que «*dar en ojos*», mortificar, causar envidia, dar un mal rato á otro con la propia prosperidad. (Arrieta.)—Frase familiar. Desplacer ó desagradar á alguno en lo que se conoce ser de su gusto. (Academia.)

Quebrarse la cabeza.—«¿Digo algo, ó quiébrome la cabeza?» Esto es, «¿ó me propongo imposibilidades?»—Frase. Hacer ó solicitar alguna cosa con gran cuidado, diligencia ó empeño, ó buscarla con mucha solicitud, especialmente cuando es difícil ó imposible su logro. (Academia.) VI, 7 (t).

Quedar en pelota.—«Quedaron *en pelota*» es aquí quedar sólo con la ropa interior, pero no en cueros, significación que ordinariamente se da á «*quedar en pelota*». En el mismo sentido que en este pasaje, se dice en adelante (VI, 416), «*quedándose en pelota*». VI, 99.—«*Dejándole en pelota*», úni-

camente con la ropa interior y no en carnes. II, 222.—Véase *Pelota (En)*.

Quedar (No) á deber nada.—«Yo sé bien que *no* nos *quedamos á deber nada*». Frase metafórica. Corresponder alguno con el dicho ó las acciones á las que otro ha ejecutado con él. (Academia.) IV, 441 (t).

Quedó el visorrey de hacerlo así.—«*Quedó en hacerlo*» es como ahora diríamos. VI, 319.

Quemarse las cejas.—Frase metafórica y familiar con que se denota que alguno estudia mucho. (Academia.) III, 396 (t).

Querer, amar.—«Y los *amo* y los *quiero* mucho». Está mal guardada la gradación, porque es menos *querer* que *amar;* y así, debió decir: «y los *quiero* y los *amo* mucho». VI, 43.—Con la misma mala gradación se dijo en el capítulo 24, primera parte (II, 257): «Á esta Luscinda *amé, quise* y *adoré* desde mis tiernos y primeros años». — «Hasta que yo viese lo que Ricardo me *quería*»: en esta ocasión «*querer*» no es «*amar*», como en otras; «*quererme*» significa «desear de mí», ó «desear que yo hiciese». El relativo «*lo que*», y no el pronombre «*me*», es el objeto en que termina la acción del verbo. Lo contrario sucedería en la acepción de «*amar*»: el pronombre personal sería el objeto, y el relativo equivaldría al adverbio «*cuanto*». II, 259.

Quevedo y Villegas (Don Francisco de).—Secretario del duque de Osuna, virrey, primero, de Sicilia, y después, de Nápoles. II, 189.—Cervantes hizo de él especial y honorífica mención en su *Viaje al Parnaso*. IV (Dedicatoria), IV, 83; VI, 292.—Gran voto en materia de proverbios, expresiones proverbiales y cuentos viejos. III, 396.—Entre los españoles modernos ha sido usanza común atribuir los dichos ingeniosos á D. Francisco de Quevedo. II, 513.—Su pragmática contra los poetas en el *Gran Tacaño*. I, 139.—Ridiculizó en el mismo, con su acostumbrada dicacidad, á los escritores de comedias de Santos. III, 407.—Su

Epístola satírica, contra las costumbres de su tiempo, al conde-duque de Olivares. IV, 324.—Profesó á las dueñas igual afición que Cervantes. IV, 140; V, 192.—Usa de la expresión «*per sígnum crucis*» en su *Vida del Gran Tacaño.* V, 84.—En *El entremetido, la dueña y el soplón,* uno de los opúsculos festivos de D. Francisco de Quevedo, se da á Plutón el tratamiento de «vuestra diabledad» y «vuestra diablería». V, 181.—En el *Libro de todas las cosas* dijo que para hablar la lengua arábiga «no es menester más que ladrar, que es lengua de perros». VI, 307.—[II, 275, etc.]

Quien, como pronombre relativo.—«Un bálsamo de *quien* tengo la receta en la memoria». Mejor dicho estaría: «es un bálsamo *cuya* receta tengo en la memoria», porque el relativo «*quien*» se dice más comunmente de las personas que de las cosas. I, 215.—Cervantes solía no tener cuenta con esto, como sucede aquí: «Una alcuza..... de *quien* el ventero le hizo grata donación», y poco después (II, 50), donde dice: «la estera de enea sobre *quien* se había vuelto á echar». II, 49.—«Un aposento, de *quien* el huésped le dió la llave»: según el uso actual, se diría: «*cuya* llave le dió el huésped». VI, 196.—«En una parte de *quien* yo sola tengo noticia». He aquí otro de los casos en que usa Cervantes del pronombre relativo «*quien*» aplicado á cosas, que no suena bien, según el uso actual. VI, 310.—«Una sala baja, á *quien*», etc. Otro ejemplo de «*quien*», aplicado á cosas. VI, 417.—Sin embargo, el mismo Clemencín, en una de sus Notas (I, 258), dice: «porque se hablaba de la «*ocasión*», con *quien* debió necesariamente concertar el pronombre».

Quien.—Ejemplos bien marcados del uso del relativo «*quien*» en plural: «Donde se declara *quién* fueron los encantadores», etc. VI, 24.—«Las pastoras de *quien* hemos de ser amantes». VI, 358.

Quien, aplicado á Rocinante.—«Á *quien* Don Quijote enco-

mendó mucho». Falta el pronombre «*le*»: «á *quien* Don Quijote *le* encomendó mucho»; de otra suerte, parece que Rocinante era á quien se hacía el encargo.—Nótese al propio tiempo en este pasaje el uso del relativo «*quien*», que es propio de personas, y aquí se aplica á un animal. II, 327. Y nótese también que en esta misma Nota dice Clemencín: «de otra suerte, parece que Rocinante era á *quien* se hacía el encargo».

Quien (Á) Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.—Refrán que enseña la resignación y conformidad que se debe tener con la voluntad de Dios en el repartimiento que su providencia hace de los bienes entre los demás. Lat. *Quod cuique obtigit, id quisque teneat. (Diccionario* grande de la Academia.) VI, 322.—Este refrán es citado otras dos veces por Don Quijote. III, 319; VI, 144 (textos).

Quien destaja no baraja.—Refrán que advierte que, para evitar quimeras y pleitos, conviene prevenir todos los lances al principio de algún negocio. (Academia.) IV, 120 (t).

Quien en l'arenal siembra, non trilla pegujares.—Antiguo refrán citado por el arcipreste de Hita. II, 146.—Véase *Pegujares.*—[III, 201, n.]

Quien (Que) llevaba tan atadas las manos, tuviese algún tanto suelta la lengua.—Así dijo Don Quijote al comisario, hablando de Ginés de Pasamonte, el galeote. Bella expresión, no menos por lo contorneado del período y lo perfecto del lenguaje, que por la benignidad y noble indulgencia del pensamiento. II, 211.

Quienquiera que seáis, rústicos dioses.—Invocación de Don Quijote, durante su penitencia en Sierramorena. II, 298.

Quiero el envite.—Metáfora tomada del juego del envite, y se dice así cuando se acepta éste. Aquí significa aceptar el convite. (Arrieta.)—*Envite:* apuesta que se hace en varios juegos de naipes y otros, parando, además de los tantos ordinarios, tanta cantidad á algún lance ó suerte.—Metafó

rico. Ofrecimiento de alguna cosa. (Academia.) VI, 350 (t).—Véanse *Envite* y *Tener el envite.*

Quijada (Gutierre), de cuya alcurnia yo deciendo.—Ocurrencia casual, de que se aprovechó ingeniosa y oportunamente Cervantes al hacerse mención de Gutierre Quijada, cuyo apellido, según se dijo en el primer capítulo de la fábula (I, 4 y 18), atribuyeron algunos autores á Don Quijote.—Caballero castellano que vivió en el siglo xv.—Véanse las Notas: III, 461-464.

Quijana (Antonia).—Sobrina de Don Quijote y heredera de toda su hacienda. VI, 456.

Quijano (Alonso) el Bueno.—El verdadero nombre de Don Quijote. Si Cervantes quiso designar en su héroe algún original verdadero, lo que no es inverosímil, pudo tener éste el apellido de *Quijano*, y Cervantes se contentaría con indicarlo del modo que lo hizo. Si después lo expresó sin disimulo al fin de su obra, acaso sería por haber muerto en el intervalo de los diez años que mediaron entre la publicación de la primera y de la segunda parte. Esta sutil é ingeniosa conjetura es del erudito D. Ramón Cabrera. VI, 436, 451.—«Y como Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya (vida)», etc. ¿Qué lector, al llegar á este pasaje, no siente una cierta melancolía viendo acercarse el fin de su héroe? ¡Con qué tierna sensibilidad trazó Cervantes en este capítulo (74) los rasgos característicos de Alonso Quijano el Bueno! De aquí el interés que inspira al lector. Este efecto de la fábula es una prueba triunfante de su mérito y de la habilidad del fabulista, que, al través de los rasgos de locura de Don Quijote, ha sabido pintar diestramente y hacer amar á los lectores el carácter dulce, franco y sensato del honrado hidalgo de Argamasilla de Alba. VI, 445.

Quijote.—«Don *Quijote* de la Mancha». «*Quijote*» es la parte de la armadura que cubría el muslo, y pudo venir del fran-

veces», II, 309; «no había visto en su vida á Dulcinea», IV, 156; V, 159.—«Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo». IV, 403.—Cervantes hizo á Don Quijote humano, afectuoso, sensible; y véase el origen del interés que la persona del hidalgo manchego inspira á los lectores de esta fábula. V, 374; VI, 445, 454.—Sobre su locura. VI, 448, 449.—Su traje. I, 3; IV, 325; V, 136.—Sabía «nadar como un ganso». V, 107.—Su desnudez en la descomunal batalla que tuvo con los cueros de vino. III, 75.—Sus varias hazañas; satisfaciendo agravios, etc. V, 148.—Su alocución á Rocinante, al darle libertad, quitándole el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas. II, 299.—«Propuso en su corazón de armarle (á Sancho) caballero». III, 308.—Descripción que hace Don Quijote del carácter de su escudero. IV, 386 (t); V, 168, 368.—Consejos que dió Don Quijote á Sancho antes que fuese á gobernar la ínsula. V, 343, 347-360; VI, 51.—«Véngote á azotar», dijo Don Quijote á Sancho á quien despertaba de un sueño profundo y grato. VI, 223. —Le suplicó encarecidamente, á bordo de la galera, que se diese azotes para acabar con el desencanto de Dulcinea: una de las salidas más graciosas que hay en el *Quijote*. VI, 301. —El discurso que dirigía á Sancho, alegando á Homero y Virgilio. Esta disertación académica de Don Quijote, pronunciada gravemente ante un pobre aldeano en las quebradas y derrumbaderos de Sierramorena, tiene mucho de cómico. II, 282.—Quiere que Sancho ponga mano á su espada para castigar á la canalla. II, 7.—Dos veces Don Quijote apalea á Sancho. II, 138, 467.—Elige el nombre de *Quijotiz* para sí, y el de *Pancino* para Sancho, para sus pastorales ejercicios. VI, 356, 438.—La edad de Don Quijote y de Sancho. I, 4 (t); IV, 385; V, 91, 172.—Don Quijote era hombre de poco sueño. II, 229; I, 4, 255; VI, 365 (textos). —«El rey mi suegro»: en este pasaje se olvida enteramente

guiente): Cervantes subdividió la primera parte de su *Quijote* en otras cuatro. La primera comprende hasta el capítulo 9.º (I, 192); la segunda, hasta el 15 (II, 1); la tercera, hasta el 28 (II, 387), y la cuarta, hasta la conclusión en el cap. 52 (III, 539). En la segunda parte del *Quijote* abandonó esta división, y no guardó otra que la de los capítulos desde el 1.º hasta el 74, que es el último (IV, 1, hasta VI, 468). II, 387.—Véase también la Nota de I, 309.—«La segunda parte de *Don Quijote*». Aquí «*parte*» se dijo por las «*partes*» ó papeles de la comedia. II, 520.—Véase *Segunda (La) parte de Don Quijote*.

Quimeristas.—«Y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y *quimeristas*».—En el día entendemos por «*quimerista*» lo mismo que «pendenciero». IV, 47.—La Academia da como uno de los sentidos de esta palabra: «sustantivo masculino. El amigo de ficciones y cosas quiméricas.»

Quínola (La) de sus años.—Sancho dice á la dueña Rodríguez: «pues no perderá vuesa merced *la quínola de sus años* por punto menos».—Metáfora tomada de cierto juego de naipes, en el que se dice «*hacer quínola*» cuando se tiene cierto número de cartas, cada una de su palo; y con la que Sancho da á entender á la dueña Rodríguez que, para hacer quínola en cuanto á vejez, ó llegar á los años de ésta, no le faltaría ninguno. (Arrieta.)—Juega aquí y travesea Sancho con las palabras *higa*, *madura* y *quínola*. V, 131, 191, 457.—Véase *Higa*.

Quintanar (Un ganadero del).—Por esta circunstancia bien pudiera ser Juan Haldudo, vecino del Quintanar, de quien se hizo mención en el cap. 4.º, primera parte (I, 72), pues, aunque allí se le llama labrador, se dice también que tenía ganado lanar. No ha faltado quien mire esta mención de los *perros del Quintanar* como un rasgo satírico contra los vecinos de aquel pueblo, donde, según tradición, estuvo

también Cervantes durante las odiosas comisiones que como ejecutor desempeñó en la Mancha y le produjeron los disgustos de que quiso desquitarse en el *Quijote*, como ya se indicó desde el mismo principio de la fábula. I, 72; VI, 447.—Véase *Haldudo (Juan), el Rico.*

Quintañona (La dueña).—Fué la medianera en los amores de Lanzarote y Ginebra. Lo común que era en España la lectura del libro de *Lanzarote* (que ahora no se encuentra), ocasionó el darse generalmente á todas las dueñas el nombre de *Quintañona.* I, 263 (t); II, 32; III, 457.

Quiñones (Suero de).—Éste fué un caballero leonés, que el año de 1434 celebró junto á la puente del río Orbigo unas solemnísimas justas que duraron treinta días.—El objeto de las justas fué pagar el rescate de la prisión en que estaba de su señora, y en cuya señal llevaba todos los jueves una argolla de hierro al cuello. El rescate concertado fueron trescientas lanzas rompidas por el asta, que habían de pagar él y otros nueve compañeros suyos justando con los aventureros que concurriesen. Concurrieron, con efecto, sesenta y ocho aventureros. Véanse las Notas: I, 157; II, 482; III, 149, 461-464.—Véase *Paso honroso de Suero de Quiñones.*—[I, 175.]

Quirieleisón de Montalbán, y su hermano Tomás.—Este nombre de Quirieleisón, dado á un caballero en la primera parte de *Tirante*, es tan ridículo como el de Melquisedec, que se da en la cuarta á un rey de Tremecén.—Ambos hermanos desafiaron á Tirante el Blanco. I, 134; IV, 101; V, 309.

Quiroga (D. Gaspar de), cardenal de Toledo.—Empezó por ser monaguillo de la capilla real, de donde, teniendo quince ó diez y seis años de edad, la reina Doña Juana le envió el de 1513 á estudiar á Salamanca, señalándole un real diario de asistencia. Así lo refiere D. Luis Zapata en su *Miscelánea manuscrita*, observando que el año de 1593 tenía «más de ducientos mill ducados de renta»: y añade que to-

davía cobraba el real, porque lo estimaba en más que todo cuanto tenía. III, 131.

¿Quis, talia fando,... temperet à lacrymis?—Virgilio, *Eneida*, libro 2.º, v. 6. V, 288.

Quitación.—El salario en dinero que se daba al criado, amén de la comida, para vestirse. También puede significar el «acto de quitar». Guzmán de Alfarache hablaba de la «moza ó ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona..... amiga de servir á hombre solo, de traer la mantilla en el hombro, y que le den ración, y ella se tiene cuidado de la *quitación,* cuando halla la ocasión». V, 13.—Véase *Guzmán de Alfarache.*

Quitar.—Sus varias acepciones. «Y le pienso *quitar*»; aquí «*quitar*» es «desempeñar». II, 208.—«El ventero les *quitó* de aquella admiración»; aquí quiere decir «dar por quito, eximir, libertar». En la misma acepción se usó este verbo en el cap. 19 (II, 102), donde, informado Don Quijote de que el difunto que llevaban de Baeza á Segovia, había fallecido de enfermedad, decía: *quitado me ha* Nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte». III, 296.—Fuera de estas dos acepciones y la primitiva de «*quitar*», que es «arrebatar ó tomar por fuerza», todavía tiene la de «dejar ó abandonar», que alguno quizá tomaría á galicismo. II, 208.

Quitar mil canas.—«Con tanto gusto, que nos *quita mil canas*». *Quitar mil canas:* espresión metafórica. Quitar los síntomas de la vejez, restituir la robustez y alegría de la juventud á quien las ha perdido por la edad, lo que se suele conseguir muchas veces hasta cierto punto con las satisfacciones y placeres del ánimo. II, 508.

Quiteria, la hermosa novia, y el desposado que se llama Camacho el rico. IV, 352 (t).—Véanse *Bodas (Las) de Camacho* y *Pastor enamorado (La aventura del).*

Quizá otro cantará con mejor pletro.—Las aventuras de Angé-

lica, que había empezado á contar Boyardo en el *Orlando enamorado*, las continuó Ariosto en el *Orlando furioso*, hasta el canto 30, en que, después de referir el encuentro de Angélica y Medoro con el paladín cuando éste en su estado de locura atravesaba á España, dice así:

Cuanto, Signore, ad Angelica accada
Dapoi ch'uscì di man del pazzo à tempo,
E come à ritornare in sua contrada
Trovasse e buon naviglio e miglior tempo,
E dell' India à Medor desse lo scettro,
Forse altri canterà con miglior plettro.

(*Orlando Furioso*, c. 30, est. 16.)

Aquí levanta Ariosto la mano de las cosas de Angélica, de las que no vuelve á hablar en lo restante de su poema, encomendándolas á quien las quisiere proseguir, como dice modestamente, *con mejor plectro*. Y Cervantes, sobradamente lisonjero con Luis Barahona y Lope de Vega, que continuaron la historia y aventuras de Angélica, añade que profetizó el Ariosto; pero los plectros de uno y otro, lejos de ser mejores, se quedaron muy atrás del que había pulsado la cítara del poeta de Ferrara. IV, 29, 30.—Cervantes cita este verso de Ariosto al fin de la primera parte. III, 539.—Véase *Forse altri canterà con miglior plettro*.

Rabel.—Instrumento músico que usaban los pastores en tiempo de Cervantes, y, según Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana*, constaba de tres cuerdas y se tañía con arquillo. I, 237.—Es un instrumento pastoril, pequeño y de hechura como la del laúd; da un sonido muy agudo. VI, 359.

Radamanto.—Rey de Licia, hijo de Júpiter y de Europa. Administró la justicia tan severa é imparcialmente, que después de su muerte se le creyó nombrado por la suerte juez de los infiernos con Eaco y Minos. VI, 382.

Ralea.—«Que la *ralea* de los buenos médicos, palmas y lauros merecen». «*Merecen*», por «*merece*». «*Ralea*» se toma en mal sentido, y no conviene á los buenos médicos; por lo que hubiera estado mejor este pasaje omitiendo las palabras «*la*» y «*de*», en cuyo caso se hallaba en su lugar el verbo «*merecen*». VI, 2.

Ramiro I (El rey Don).—Su privilegio. Observaciones en las *Memorias de la Real Academia de la Historia.* VI, 167.—Véase *¡Santiago y cierra España!*—[II, 498.]

Rapador (Señor).—Don Quijote, picado de la calificación de «impertinente» que maese Nicolás parecía dar á su arbitrio, le zahiere ridiculizando su oficio y profesión de barbero. Y después, con el mismo intento, en el progreso de la conversación le llama *rapista,* por su oficio de rapar barbas (IV, 15).—Y luego, en este mismo capítulo, le llama «señor *bacía*» (IV, 20). IV, 7.

Rapaz, rapacería.—«Ésta ha sido una gran *rapacería*». «*Rapacería*», por «niñería»; de «*rapaz*», palabra de desprecio con que se suele designar á los niños. No veo el motivo de designar á los niños como «ladroncillos» ó rateros. Cómo de esas cosas hace sin razón el uso. VI, 22.—«Un *rapaz* ceguezuelo». *Rapaz*: el muchacho pequeño de edad. VI, 168.

Rastro.—Es el lugar público donde se matan las reses para el abasto del pueblo, así como «*carnicería*» es donde se vende la carne. IV, 374.—Véase *Carnicería.*

Rata por cantidad.—Es modo adverbial: significa lo mismo que «á prorrata, á proporción». II, 135; V, 88 (t).—Sancho dice á su amo: «y se descuente de mi salario *gata por cantidad*». Don Quijote respondió: «Sancho amigo, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata». Sancho dice «*gata*», por «*rata*», y Don Quijote juega con las dos palabras. «*Rata*» tiene dos acepciones: «prorrata» y «la hembra del ratón». (Academia.) IV, 122 (t).

Ratos (Los) que no rezan (que son muchos).—Expresión seme-

jante á la del cap. 1.° de la primera parte (I, 4), donde se lee: «Los *ratos* que estaba ocioso (que eran los más del año)». V, 263.

Raudal de las ruedas.—«*Raudal*» era la corriente rápida y acelerada del agua, que, recogida en un canal estrecho, caminaba con más prisa y fuerza para mover las ruedas del molino. «*Raudo*», viene de «*rápido*», y «*raudal*», de «*raudo*». V, 105.

Raya (Á).—«Y hícela (la Giralda) estar queda y *á raya*».—Lo que la hizo «estar queda y *á raya*» fué la circunstancia de no haber cambiado el viento «en más de una semana». IV, 236.—*Á raya:* modo adverbial. Dentro de los justos límites. (Academia.)

Razón.—Usada en dos diferentes acepciones: «Harto reposo será para mí, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera *razón*. Pues desa manera, dijo el cura, quiero leerla (la novela), por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna de gusto». «*Alguna*» concierta con «*razón*», que es la última palabra del precedente período. Allí significa lo mismo que «justo ó razonable»; aquí equivale á «frase ó discurso hablado», que es una de las acepciones de la palabra «*razón*»; de donde se dijo «*razonar*», que también significa «hablar». II, 524.

Razón, razones.—«Después de haber abominado, con muchas y eficaces *razones*, de los libros de caballerías». No está dicho con exactitud. «*Abominar*» pertenece á la voluntad; las «*razones*», al entendimiento. Se demuestra con las «*razones*»; se «*abomina*» con los afectos. Puede haber «*razones*» para «*abominar*»; pero no se «*abomina*» con ellas. Puede decirse «*abominar con razón*»; pero no «*con razones*»; la acepción de «*razón*» y «*razones*» es diversa en este caso: «*razón*» en singular significa el resultado de un acto del entendimiento; «*razones*» son los argumentos ó dis-

cursos con que se trata de demostrar alguna cosa. VI, 461.

Razón (La) de la sinrazón.—«*La razón de la sinrazón* que á mi razón se hace». Censura severa del estilo de Feliciano de Silva y otros autores de su tiempo, especialmente los poetas: varios ejemplos citados. El célebre D. Diego Hurtado de Mendoza había precedido á Cervantes en la censura de este estilo.—Es circunstancia reparable que Feliciano de Silva dedicó su *Crónica de D. Florisel* al duque de Béjar, bisabuelo del otro duque de Béjar á quien Cervantes dedicó su *Quijote.* I, 5-7.—«Tú, que con tantas sinrazones muestras la razón», etc. Olvidósele á Cervantes la burla que él mismo había hecho en el principio de su *Quijote* (I, 5, 6) de semejantes expresiones de Feliciano de Silva. Las presentes son del mismo gusto. I, 297.—«Y sin disculpa de la culpa». Viene á ser lo mismo que la «*razón de la sinrazón*» que ridiculiza el mismo Cervantes en Feliciano de Silva. Repítese más adelante la misma expresión en el cap. 51 (III, 503), donde se lee: «los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa». II, 407.—«No se venga tan mal». Remédase en este período el estilo de Feliciano de Silva, criticado en el primer capítulo del *Quijote.* III, 286.—Véase *Silva (Feliciano de).*

Razón (Hacer la).—Frase. Corresponder á un brindis con otro brindis. (Academia.) «¿Qué corazón ha de haber tan de mármol, que no *haga la razón?*» V, 191 (t).

Re.—Una de las partículas en la lengua castellana, que sólo se usan en composición en otras palabras, como en «*repetir*», y en el «*remiente*» del texto, sólo que en esta ocasión se emplea en una voz de las que llamamos «fácilmente formables», propiedad de nuestro idioma que produce una singular riqueza, señaladamente en el estilo familiar. Por una de aquellas inconsecuencias que en esta materia suele admitir el uso, la partícula *re,* que comunmente aumenta y

duplica, disminuye y atenúa otras veces, como sucede en *redolor, resentirse,* y otros. III, 312.—Véanse *Partículas* y *Redolor.*

Real.—«Almorzaron de las sobras del *real* del acémila que despojaron». *Real:* es campamento ó campo militar *(castra,* lat.); y se da este nombre á la acémila en que llevaban el repuesto de sus provisiones los clérigos que acompañaban al cuerpo muerto del cap. 19 (II, 105, 111), y que, según allí se dijo, estaba «bien bastecida de cosas de comer». II, 161, 231.

Real de á ocho.—Moneda de plata, llamada así porque valía ocho reales de plata. El valor del real de plata fué vario antes de los Reyes Católicos, que lo fijaron en 34 maravedís, equivalentes á 89 maravedís de los actuales, y venía á ser como el real de plata columnario. Por esta regla, el real de á ocho era igual en valor á nuestro peso duro. Todavía suele darse en algunas partes el nombre de *real de á ocho* al peso sencillo, moneda imaginaria que vale 15 reales de vellón. II, 152.—*Real de á cuatro*: mitad del real de á ocho, que fué el precio que Sancho asignó en el cap. 21 (II, 152) á la bacía condecorada con el título de yelmo de Mambrino. II, 204.

Rebellín (En algún) ó caballero.—*Rebellín* y *caballero* son términos de fortificación: *rebellín* es obra exterior que cubre la cortina y la defiende; *caballero,* obra interior que se eleva más que el terraplén de la plaza y le domina. III, 187.—Véase *Caballero.*

Rebuzno (La aventura del). V, 20.—Sancho da una muestra graciosa de su suma habilidad en la ciencia de rebuznar. V, 80, 81 (textos).

Recado.—Prevención ó provisión de todo lo necesario para algún fin. (Academia.)—«Y verá el buen *recado* que ha hecho». III, 113 (t).—«Y con este buen *recado* volvió á ver lo que le quería». IV, 292 (t).

Redolor.—Un principio de dolor ó un dolor sordo. (Salvá.) III, 312.—Véase *Re.*

Redondillas.—Estancia de cuatro versos de á ocho sílabas, en que conciertan los consonantes primero y cuarto, tercero y segundo, y á veces alternados. (Academia.)—En las composiciones teatrales más antiguas, solían preferirse las *redondillas,* ó coplas de consonantes, al verso *octosílabo asonantado,* harto más propio para el diálogo cómico, que con el tiempo fué prevaleciendo en el drama. III, 23; V, 279, 280.—Véase *Es de vidrio la mujer.*—[I, 99 y n.]

Redropelo (Al).—Es lo mismo que «*retropelo*», pelo hacia atrás, por la transmutación, usual en castellano, de *t* en *d.* Equivale á «*contrapelo*»; quiere decir «violentamente», contra el orden regular de las cosas, como cuando en una piel se pasa la mano contra la dirección natural del pelo. IV, 205.

Reducille al gremio de su gracia.—«*Reducir al gremio de la Iglesia*» se dice de los descomulgados á quienes se levantan las censuras, y de los herejes y renegados que abjuran sus errores, y vuelven á ser admitidos á la comunión y sociedad de los fieles. III, 344.

Redundancias, pleonasmos y *repeticiones*, de que hay muchos ejemplos en el *Quijote.* III, 6, 30; V, 296; VI, 438.

Redúzgase al gremio de la discreción.—«*Redúzgase*» debe ser lo mismo que «*redúzcase*». III, 442 (t).

Reencuentros, encuentro.—«Del *reencuentro* de la muerte». «*Reencuentro*» no es lo mismo que «*encuentro*». El primero es el choque de dos cuerpos de tropas enemigas una con otra: sin este choque doble ó mutuo, indicado por la partícula *re,* no habría *reencuentro,* porque la persecución y rota de la tropa que huye, no puede llamarse «*reencuentro*». «*Encuentro*» es el choque no mutuo de una persona con otra, ó el acto de encontrar, que es lo que convenía en el pasaje del texto: lo que hay, acaso fué error de la imprenta. IV, 203. —«*Reencuentros* y batallas». III, 390 (t).

Refigurarle.—«Sancho le miró (á Ricote) con más atención y comenzó á *refigurarle*». Esto es, á reconocer, recordar, repasar la figura. VI, 98.

Refranes.—«*Refrán*» es lo mismo que «adagio». Los refranes castellanos son tan antiguos como la lengua. No hay lengua, viva ni muerta, que iguale á la nuestra en la copia de refranes. «Lo más puro castellano que tenemos son los refranes», decía el juicioso autor del *Diálogo de las lenguas*. II, 146, 147.—«Son sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia». III, 145 (t).—La colección del Comendador Griego, y las otras de que se dió noticia en las Notas al cap. 21, primera parte (II, 146, 147). V, 204.—Don Quijote dijo á Sancho, hablando de los refranes: «muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias». «*Disparates*». Pudo aludir aquí Cervantes á los de Juan del Encina. Otros poetas han hecho después composiciones de esta clase. V, 359.

Regatones.—Son los revendedores. Nuestras antiguas leyes los prohibían con mucho rigor, como si fuese posible ó útil que no los hubiese. «Ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república». Sancho, ó por mejor decir, Cervantes, cayó aquí en el error común de su siglo. VI, 62.

Regazo.—«En el *regazo* puesta la bolsa».—En latín, *gremium*. Es el espacio comprendido entre las rodillas y el vientre.

Conjugis infusus gremio per membra soporem.

(Virgil., *Eneida*, lib. 8.)

Pasaje no muy limpio, con perdón sea del señor Marón. V, 419.

Regímenes.—Observaciones importantes sobre éstos. «De la imitación que hizo á la penitencia». No es éste el régimen usual y corriente, porque decimos «imitación *de*» y no «imitación *á*». Así sucede por lo común en los nombres verbales en *on*, derivados de verbos activos; como *lección*, *educación*. Otros del mismo final y clase admiten el régimen

de los verbos á que pertenecen. Decimos «la preparación *para* la muerte», «la atención *á* los negocios». En los nombres de afectos, que no son verbales, se observan las variedades, ó, por mejor decir, los caprichos, del uso: porque se dice promiscuamente «el amor *de* la vida» ó «el amor *á* la vida», «el temor *de* la muerte» ó «el temor *á* la muerte»; pero sólo se dice «el cariño *á* la vida», el deseo *de* la muerte». II, 273.—«Dió del azote á su palafrán». El autor de las *Observaciones sobre el Quijote* tachó la presente expresión de poco castellana; pero en ésta, como en otras ocasiones, procedió con poco fundamento. «*Dar del azote*» se dice, como se dice también «*dar de las espuelas*», expresión usada ahora y siempre, desde los principios de nuestra lengua, según varios ejemplos citados. Paréceme que no puede quedar duda de que la frase «*dar del azote*» es natural y vecina de Castilla. II, 430, 431.—«*Se den de las astas*». Otra expresión proverbial que alude, según parece, á los retozos de los novillos ó de las cabras, y cuyo régimen es el mismo que el de las frases «*dar del azote*», «*dar de las espuelas*», de que hablamos en las Notas al cap. 29, primera parte (II, 430, 431). El régimen conforme al común y ordinario, sería «*darse con las astas*», pero en éste, como en otros casos, se ostenta la fuerza, ó, por mejor decir, la tiranía, del uso,

«*Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi*».

IV, 218.

Regimiento.—«Salió el *regimiento* del pueblo á recibirle». Esto es, el ayuntamiento, el cuerpo municipal, compuesto de regidores y encargado de regir las cosas de gobierno. V, 406.

Región (Alguna) de diablos.—«*Región*» parece error de imprenta, por «*legión*», voz de que se usa al mismo propósito que aquí, en otros pasajes del *Quijote*. V, 327.—«Una *legión* de demonios». II, 492 (t); III, 323.—«Una *legión* de diablos». V, 427 (t).

Regoldar, regüeldos.—«Y al *regoldar* dice erutar, y á los *regüeldos*, erutaciones. Usaron el verbo «*regoldar*» Gabriel de Herrera y Fray Luis de Granada. «*Regüeldos*» viene, al parecer, de «*regüelgos*» ó «*rehuelgos*». «*Regüelgo*» se deriva de «*huelgo*», aliento, respiración. V, 358.—Véase *Erutar.*

Regostóse la vieja á los bledos.—Sancho, irritado y temeroso, hablaba de prisa y no dijo más que la mitad del refrán, que entero es así: *Regostóse la vieja á los bledos, ni dejó verdes ni secos.* Quería decir Sancho, como á continuación lo explica, que los encantadores se habían aficionado y arregostado á mortificarle para remediar sus maleficios; que así lo habían hecho para el desencanto de Dulcinea, y lo hacían entonces con motivo de la fingida muerte de Altisidora.—*Regostarse:* palabra grandemente significativa, del estilo familiar, en el cual es mucho más rica la lengua castellana que en el sublime: es repetir la ejecución de alguna cosa, por el gusto ó provecho que de ello resulta; y la palabra, formada, según el *Diccionario* grande de la Academia, de la partícula *re* y del verbo *gustar*, con la corta inflexión de mudar la *u* en *o*. *Bledos* son una especie de berros. VI, 283.

Reinado (El), los cientos y la primera.—Son tres juegos de naipes, que se usaban en el tiempo de Cervantes. (Arrieta.) VI, 153.—Véase la Nota.

Reinaldos de Montalbán.—Uno de los doce Pares de Francia; rival de D. Roldán, que hace uno de los principales papeles en Ariosto, en los romances y en otros libros de entretenimiento, y que, sin embargo de esto, ni siquiera se nombra en la historia vulgar de Carlomagno, publicada por Nicolás de Piamonte, que todos hemos leído en nuestra niñez. I, 13, 117; IV, 25-28.—Véase *Espejo de Caballerías.*

Rejo.—Es vigor, fuerza, pujanza. IV, 223, 224.

Relente.—«¿Qué *relente* es ése?» «*Relente*» corresponde aquí á «lentitud, cachaza, pachorra, remanso». Esta última palabra ya usó Cervantes en el cap. 17 (IV, 304), y sobre la

que hay Nota. En el sentido recto y natural significa la humedad que se experimenta por la noche, y más aún por la madrugada, estando el tiempo sereno. Úsase esta misma palabra más adelante en el cap. 59 (VI, 198) en boca del ventero, á quien Sancho pedía huevos para cenar: «Por Dios que es gentil *relente* el que mi huésped tiene». VI, 85.—Véase *Remanso*.

Relinchos.—«Los cuales *relinchos* tomó..... por felicísimo agüero». Desde los relinchos del caballo de Darío, que le valieron la corona de Persia, y los del de Dionisio el Tirano, que le anunciaron la de Siracusa, los agoreros y supersticiosos tuvieron pretextos de considerar como importante y profético el lenguaje de los caballos; y no fué extraño que, á ejemplo suyo, nuestro Don Quijote interpretase favorablemente las sonoras y ruidosas interjecciones de Rocinante, que probablemente sólo indicarían la vaciedad del pesebre, y su deseo de que se repusiese el fenecido pienso. IV, 76.—«Comenzó á relinchar Rocinante y á suspirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los suspiros y rebuznos del rucio que los *relinchos* del rocín». Del agüero tomado de los relinchos de Rocinante se habló ya en el cap. 4.° (IV, 76); en éste se añade el que se tomó de los rebuznos del rucio, y se concluye con la graciosa burla que de todo ello hace Cervantes. IV, 134, y 133 (t).—«Como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas de tan poco momento». Habla aquí Don Quijote con mucho juicio en desprecio de estas preocupaciones vulgares; pero en el cap. 4.° (IV, 76) había tenido á felicísimo agüero los relinchos de su caballo. Volvió á hacer lo mismo en el cap. 8.° (IV, 133, 134), y en el 73 (VI, 434, 435) todavía juzga mal signo el encuentro de la liebre que vió al entrar en su aldea, seguida de perros y cazado-

res. No es de admirar que Don Quijote, como loco, se contradijese alguna vez en sus opiniones. Tan inclinado es el hombre á lo maravilloso, que estas y otras muchas preocupaciones de la misma especie, comunes en lo antiguo, no han desaparecido del todo aun entre las naciones más cultas, á pesar de la civilización y espíritu de incredulidad de nuestros días. VI, 166.—Véase *Agüeros*.

Reloja.—«Los del pueblo de la *Reloja*». No sé á qué pueblo pudo darse este mote de la Reloja en tiempo de Cervantes. Habiendo hecho algunas diligencias para saberlo, sólo resultaron algunas sospechas de que podía ser alguno de los de tierra de León; pero en ella no queda memoria de tal nombre. Acaso sería la misma ciudad de León, pues se habla de «pueblos insignes», como poco después se expresa. V, 76.

Remanso.—«Y con gran flema y *remanso*».—Esta descripción y pintura de lo que hizo el león es admirable: no parece sino que se le está viendo. La palabra «*remanso*» es una metáfora feliz tomada del que forman las aguas corrientes detenidas por algún obstáculo, y grandemente significativa de lo que se intenta. Cervantes la usó otra vez en su comedia del *Rufián dichoso*, cuando, dando prisa Lagartija á Lugo porque le aguardaban, le dice: «¡Qué gentil *remanso* tienes!» (al fin del acto I). IV, 304.—Nuestro autor hizo aplicaciones originales de vocablos ya conocidos, enriqueciendo con nuevas acepciones el caudal del idioma castellano. Así sucede en el pasaje del texto («la *anchísima* presencia»), y así sucedió en el «*fementido* lecho» del camaranchón de la venta (II, 27). Lo mismo puede decirse del «*espumar* las gallinas» en las bodas de Camacho (IV, 376), del «*remanso*» con que el león volvió á echarse en la jaula después de haber enseñado sus traseras partes á Don Quijote (IV, 304), y del «*relente*» ó cachaza de que reconvenían á Sancho los burladores de la ínsula (VI, 85): pa-

labras todas nuevas en el sentido en que se las usa, pero hermosas y grandemente significativas de lo que se intenta. IV, 425.—«Estirarse todo el cuerpo». Lo mismo que hizo aquí Don Quijote, vino á hacer el león cuando le abrieron la jaula. III, 428.—Véase *Relente.*

Renca.—«No soy *renca* ni soy coja». (El canto de Altisidora.) —«*Renca*», de donde viene «*renquear*», es lo mismo que «descaderada, ó estropeada de las caderas». V, 400.

Renegadas (Cristianas).—«Suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos». De la costumbre de tomar los mahometanos por mujeres á cristianas renegadas, ofrecen repetidos ejemplos las memorias de Haedo, de Mármol y otras de aquel tiempo. El famoso Barbarroja estaba casado con una hija de Diego Gaitán, castellano de Gaeta, donde la cautivó el año de 1539.—Otros casos mencionados. III, 189.

Renegados.—Raza compuesta de la hez de todas las naciones, cuya ignorancia brutal y cuyas costumbres tan crueles como soeces, junto con el horrible tráfico de cautivos y los repetidos saqueos de los pueblos de nuestras costas del Mediterráneo, habían excitado en los españoles el odio mezclado de desprecio, que se deja ver en los escritos de Cervantes y de sus contemporáneos. Véanse las Notas largas: I, 204; III, 156, 192, 196.

Renglones (Entre).—Quiere decir «olvidadas». Alúdese á la costumbre de ponerse entre los renglones escritos lo que se olvidó al escribirlos. II, 164.—Véase *Entre renglones.*

Renta rentada.—Como si dijéramos «renta fija, conocida», amén de lo eventual ó derechos del oficio de sacristán, que son proporcionados al trabajo y á las circunstancias, como sucede en las campanas de los entierros, que, según dijo un discreto, *tántum válent, quántum sónant.* II, 348.

Reposo.—«Movía el paso al son de los tambores con mucha gravedad y *reposo*». Bella y armoniosa expresión que corres-

ponde grandemente á la idea que representa. «*Mover con reposo*»: véase cómo con palabras usuales se pueden formar frases originales y nuevas, que engalanan admirablemente el lenguaje. «*Reposo*» no es aquí quietud, sino movimiento despacioso y sosegado. V, 252.

Representaban una mala vista.—Parece más natural que el original de Cervantes dijese «*presentaban*». De lo que está delante se dice que se «*presenta*»; lo que se «*representa*» es lo ausente, y lo que aquí se veía, no lo estaba. V, 106.

Reprochador de voquibles.—«*Voquibles*», por «*vocablos*». (Arrieta.) «¿Otro *reprochador de voquibles* tenemos?», dijo Sancho á Sansón Carrasco. IV, 56.—«*Resuelto*» has de decir, mujer, dijo Sancho» (en vez de «*revuelto*»). Hace aquí nuestro escudero el papel de censor culto y *reprochador de voquibles*, que antes había tildado en el bachiller Sansón (IV, 56).—El lector, si lo recuerda, no podrá menos de reirse; y se reirá más, si lo tiene presente, después, cuando en el capítulo 7.° (IV, 119) oiga á Sancho decir «*relucida*», por «*reducida*», y «*fócil*», por «*dócil*». IV, 97.

Reproche, reprochar.—En otra ocasión (I, 238) se trató de estas palabras y sus derivados, y se insinuó la frecuencia, y aun la causa de ella, con que se hallan en nuestros libros antiguos palabras comunes entonces á los dos idiomas francés y castellano, y ahora propias exclusivamente del primero. Las lenguas castellana y francesa, como nacidas de la latina, debieron tener más puntos de contacto y semejanza entre sí en los principios. I, 238; IV, 56.—Véase *Galicismos*.

República (La) literaria, de D. Diego de Saavedra.—Una de las producciones que por su lenguaje, erudición y crítica honran más nuestra literatura. IV, 451.—Véase *Saavedra (D. Diego de)*.—[III, 217 y n.]

Requerir la espada.—Es ver si está pronta para servir, empuñándola y sacándola un tanto hacia fuera de la vaina: es

acción de quien se previene ó de quien amenaza. En otra ocasión, dijo nuestro autor de un valentón sevillano:

Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

IV, 294.

Requesones (La lluvia de los).—Expresión feliz, como otras del *Quijote*. IV, 305.—«Negros *requesones*, que tan blanco pusieron á su amo» (IV, 292): se llama, y no sin gracia, *negros* á los requesones (cosa tan opuesta á su color natural). IV, 326.

Resende (García de).—Su *Cancionero general* portugués. II, 415.—[I, 59, n.]

Resentirse.—«El primero que *se resintió* fué Sancho Panza». Nótese la significación del verbo *resentirse*, que aquí es lo mismo que «empezar á dar muestras materiales de dolor». En el día, también decimos «*resentirse* una pared, un edificio», cuando da señales de ruina, aunque no inmediata; pero generalmente «*resentirse*» pertenece en el uso común al afecto interior del ánimo. II, 5.—«Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que *se resintió*». «*Resentirse*» se toma aquí en buena parte, aunque de ordinario se toma en mala.—Lo mismo sucedió en el cap. 15 (II, 5), donde se refiere que, derribados amo y mozo en el suelo á manos de los yangüeses, «el primero que (después de idos éstos) *se resintió*, fué Sancho». II, 133. —«Y como en fin era de carne (Rocinante), aunque parecía de leño, no pudo dejar de *resentirse* y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias». III, 292 (t).

Residencia.—«Pídanmelo en *residencia*».—La cuenta que, según nuestras antiguas leyes, solía tomarse á los que salían de cargos graves é importantes. V, 440: V, 352; VI, 92 (textos).

Resolverse en.—«*Se resolvió en* lo que le estuvo peor». Este régimen de «*resolverse en*» estaba admitido en la era de Cer-

vantes. Ahora decimos «*resolverse á*», cuando «*resolverse*» tiene una acepción moral que se refiere á la determinación de la voluntad; y «*resolverse en*» sólo se aplica á los objetos materiales que por causas físicas pasan á otro estado distinto del que tenían anteriormente. Más adelante, en este mismo capítulo (III, 60), se dice de Camila, que, según pensaba Anselmo, «*estaba resuelta en* matar á Lotario». III, 40.—«Y *en* esto *se resuelven* todos cuantos de su desgracia han sido los autores». ¿Qué es «*resolverse en* esto» los autores de la desgracia de Dulcinea? Comprendo que es lo mismo que «resumirse, convenir, venir á decir», ó cosa semejante: pero la expresión es obscura y poco feliz. V, 226; VI, 94.

Retablos.—«Un *retablo* de Melisendra». Entiéndese ordinariamente por «*retablo*» el conjunto de adornos que forman un altar, y suelen ser de madera. Antiguamente los retablos tenían frecuentemente varias divisiones ó compartimentos, en que había diversas pinturas, estatuas ó relieves. Dióse también el nombre de *retablos* á las colecciones de figurillas que llevaban en otro tiempo los titiriteros, y con que representaban algunas historias más ó menos conocidas del vulgo. De esta clase era el retablo de maese Pedro. Ya no se usan los retablos: sólo queda un remedo de ellos en los monos de los ciegos y en D. Cristóbal Polichinela, fingiendo y variando la voz el ciego ó su lazarillo. V, 27, 55, 56.

Reto.—Es acusación pública y solemne de alevosía, que el retador se ofrece á mantener por su persona en el campo: era acción propia de hidalgos y distinta del *desafío,* como llamamos ahora la provocación al duelo, que es acción privada y no es esencialmente injuriosa. «*Desafío*» ó «*desafiamiento*» significaba en lo antiguo otra cosa. V, 75, 151; VI, 70.—Véase *Desafío.*—[II, 308, n.]

Retretes.—«En los últimos *retretes* del secreto». En tiempo de Cervantes, «*retrete*» significaba el aposento pequeño y re-

cogido en la parte más secreta de la casa, á que ahora suele darse el nombre francés de *boudoir*, habiendo quedado el de «*retrete*» para las piezas destinadas á la clase más necesaria de limpieza. De este modo se ha envilecido la palabra «*retrete*» con perjuicio de la lengua, que no tiene otra que sustituirle; y lo mismo ha sucedido con «*bacín*» y otras. VI, 266.

Rétulos.—Véase *Rótulos.*

Rey (El) es mi gallo.—Este refrán que emplea aquí Sancho, y que se encuentra en la colección de los del Comendador, significa lo mismo que «al rey me atengo», aténgome al poder y á la riqueza, que es la intención de Sancho.—En el dialecto de la germanía, «*rey*» significa «gallo». IV, 383.—Véase *Gallo (El rey, fulano, es mi).*

Rey (Ni) ni roque.—Expresión proverbial, que probablemente tuvo su origen en el juego del ajedrez, donde el *rey* es la pieza principal, y el *roque*, ó la roca ó torre, una de las principales. Úsase dicha expresión para excluir todo género de personas, aun las de mayor consideración, como son las piezas del rey y del roque en el ajedrez. IV, 7; V, 25.

Rezar.—«El que el mandamiento *rezaba*». «*Rezaba*», lo mismo que «expresaba» en el lenguaje familiar, en el que el verbo «*rezar*» tiene otras significaciones diferentes de la de «recitar preces ú oraciones». III, 328.

Riarán (Islas de).—Uno de los principales parajes en Málaga, á que solía concurrir la gente perdida y vagabunda. Tomó su nombre de Garci López de Arriarán. I, 47.

Ricos-hombres.—Entre los propietarios ó hijodalgos, los más ricos se llamaron *caballeros;* y entre éstos, los más ricos y valientes, los que con estas dos circunstancias merecieron ó atrajeron de cualquier modo la atención ó favor del príncipe, se llamaron *ricos-hombres*. IV, 39.—Véase *Nobleza.*—[I, 28.]

Ricota.—Véase *Ana Félix.*

Ricote.—Padre de ella, tendero morisco y uno de los expulsados de España. VI, 98, 310, 314.

Rijoso.—Como derivado del latín *rixa,* debe significar «pendenciero».—Resta explicar esta voz de otra clase de inquietud, de que se habló en el cap. 15, primera parte (II, 2, 11) donde se dijo que Rocinante era «persona casta y poco *rijosa*». IV, 42.—«Tan manso y tan poco *rijoso,* que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro». II, 2 (t).—«Jamás tal creí de Rocinante, que le tenía por persona casta y tan pacífica como yo». II, 11 (t).

Rimero.—Es la reunión ó conjunto de cosas colocadas ordenadamente unas sobre otras.—*Rimeros* de pan puede haberlos, pero no de montones de trigo, porque éstos, reunidos, nunca formarían más que un montón más ó menos grande.—Véase la Nota: IV, 374.

Rinconete y Cortadillo.—Novela de Cervantes, sobre toda ponderación, graciosa, y la mejor, sin duda, de él. I, 73; II, 523 (t); III, 362.—[II, 119, 121, 122, n.]

Ríos (D. Vicente de los).—Escritor cultísimo, se mostró jefe y cabeza de la escuela de adoradores del *Quijote,* en el *Análisis* que dispuso para que se publicase al frente de la edición hecha por la Academia Española el año 1780. I, XXII (Prólogo). Véanse las varias Notas: I, 23; II, 151, 242, 339, 480; III, 90, 152; V, 30, 88, 89, 117, 138, 176, 210, 249, 288, 314, 437, 442; VI, 74, 105, 129, 295, 327, 345, 410, 444, y muchas otras.—[II, 90, 148 (notas); III, 437.]

Ristre.—«Con la lanza en el *ristre*».—Pieza de hierro, á la derecha del peto, que se ve en las armaduras antiguas, y donde se fijaba el cabo de la manija de la lanza, para asegurarla. I, 173.

Rocinante.—«*Antes* y primero de todos los *rocines* del mundo». Quiere decir, que el nombre de «*Rocinante*», puesto por

Don Quijote á su caballo, indicaba que había sido *rocín antes*, y que continuaba siendo el *ante-rocín* ó primero y mayor rocín de todos los rocines del mundo. Ya se sabe que la palabra «*rocín*» significa comunmente un «caballo flaco, de mala figura y poco valor». I, 18.—«Que no te olvides de mi buen *Rocinante*». Caída inesperada, y tanto más graciosa, cuanto mayor ha sido el aparato y grandilocuencia de las expresiones que preceden. I, 28.—«Con tanta paciencia como su amo». Personaliza aquí burlescamente nuestro autor al caballo de su héroe, como lo hizo con el rucio en el cap. 30 de esta primera parte (II, 478) y lo hará en el cap. 55 de la segunda (VI, 121). III, 525.—«Cuya amistad dél (el rucio) y de *Rocinante* fué tan única», etc. IV, 209, 210; VI, 120, 195 (t).—Véase *Amistades ilustres*. —Sobre el galope ó trote de Rocinante. I, 173, 211 (textos); III, 517; IV, 254; V, 82.—Epigrama de Boileau sobre Rocinante:

> «*Tel fut ce roi des bons chevaux,*
> Rocinante, *la fleur des coursiers d'Ibérie,*
> *Qui trottant jour et nuit, et par monts et par vaux,*
> *Galoppa, dit l'Histoire, une fois en sa vie*».

IV, 255.

Rodaja de la Fortuna.—Conocido comunmente es el emblema de la rueda, aplicado á representar lo inconstante y voltario de la fortuna, la cual, á manera de rueda que da vueltas, tiene ensalzados y encima á los que poco después abate y coloca debajo. Por eso la frase de «*echar un clavo á la rueda de la Fortuna*» significa metafóricamente hacer durable ó perpetuo el estado de prosperidad, como lo sería el de aquellos que, estando en lo alto de la rueda de la Fortuna, clavasen ésta, y le quitasen así el movimiento. Sancho usó, en la primera parte, de la metáfora de la rueda de la Fortuna. «Bien veo, decía en el cap. 47 (III, 369), que es verdad lo que se dice por ahí, que la *rueda de la Fortuna*

anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo». IV, 359.

Rodela.—Don Quijote en su primera salida llevaba adarga; para la segunda se acomodó de una rodela. No se dice el motivo de la mudanza, que debió ser el mal estado de la adarga, de cuya antigüedad se hizo ya mención en el principio de la fábula (I, 2).—Se diferenciaban la adarga y la rodela en que la primera era de cuero; la segunda, de hierro; la primera tenía por dentro dos asas; la segunda, una; la primera era arma propia de jinete; la segunda, de infante. Esta última circunstancia contribuía á hacer más ridícula la armadura de Don Quijote, que ya sin esto lo era bastante. I, 163; II, 108.—«Embrazó su *adarga*». Cuando Don Quijote hizo su segunda salida, «se acomodó de una *rodela* que pidió prestada á un su amigo» (I, 163). Cubierto de la rodela peleó con los molinos de viento y con el vizcaíno; rodela llevaba en la aventura de los batanes y en la de los galeotes, y rodela tenía en la venta. Olvidósele todo esto á Cervantes; y aquí, al hacer Don Quijote la centinela de lo que juzgaba castillo, llevaba adarga, y con ella continúa el resto de la primera parte, como se ve en los capítulos 47 y 52, donde vuelve á hacerse mención de la misma. III, 295, 296.—Véase *Adarga*.

Rodrigo (El rey Don).—La violencia que hizo á la mujer ó hija del conde D. Julián, fué la causa de la pérdida de España. II, 367; III, 237.—Murió en la batalla de Guadalete, perdiendo en ella la vida y el reino. V, 183, 306.—Véanse *Profecía (La) del Tajo* y *Caba (La)*, etc.—[I, 6, 191, 193 y n., etc.]

Rodríguez (Doña) de Grijalba.—Es para mí caso nuevo el nombre de «*Rodríguez*» aplicado á la dueña de la Duquesa. ¿Lo haría Cervantes para más y más ridiculizarla? Donosísimo coloquio entre Sancho y la dueña. V, 127, 128.—La visita nocturna que hizo ésta á Don Quijote. V, 453-471

(textos).—La aventura de la segunda Dueña Dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodríguez. VI, 65.

Rodríguez (Juan) del Padrón.—Poeta que, de resultas de desengaños de amor, acabó por ser fraile dominico. I, 242.—[I, 167, 355, 396, 397.]

Roer los zancajos.—«Mujer de un gobernador eres: mira si te roerá nadie los zancajos». (Carta de Sancho, gobernador, á su mujer.)—Frase metafórica y familiar. Murmurar ó decir mal de alguno, censurando sus más leves y pequeñas faltas en ausencia suya. (Academia.) V, 243 (t).

Rogaciones.—Don Quijote imita á Amadís de Gaula en las «plegarias y *rogaciones*» que dirigió á Dulcinea al descender á la temerosa cueva de Montesinos. La palabra *rogaciones* es latina, y en castellano no tiene otro uso que denotar las preces eclesiásticas que se hacen con solemnidad en cierta estación del año por la conservación de los frutos de la tierra. IV, 416.

Rojas (Agustín de).—Su *Viaje entretenido*, libro magistral en la materia. III, 395.—[II, 440; III, 212.]

Rojas (D. Bernardo de Sandoval y).—Tío del famoso duque de Lerma, cardenal arzobispo de Toledo é inquisidor general. Uno de los eclesiásticos más doctos que ha tenido España. Favoreció y amparó en su vejez á nuestro Miguel de Cervantes, y murió muy anciano en Madrid el año de 1618. IV, XII (Prólogo).—Véase *Sandoval y Rojas (D. Bernardo de).*

Roldán ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenía).—Uno de los doce Pares, que dió con sus proezas, verdaderas ó supuestas, tanta materia á los poetas y fabulistas. Murió, según se refiere, á manos de Bernardo del Carpio en Roncesvalles.—Véanse las Notas: I, 11, 158; II, 292, 329, 331; IV, 27; V, 163.

Roldán y Reinaldos.—La competencia de los amores de Angélica hizo enconados enemigos á los dos paladines Roldán

y Reinaldos de Montalbán, que antes eran amigos, y sobre ello se combatieron crudamente á vista y presencia de la misma Angélica, como se refiere en el libro primero del *Orlando*, de Boyardo. I, 158.

Romadizado.—Es el que tiene obstruído el conducto nasal y, por consiguiente, torpe el olfato. «*Romadizado*» se dijo de «*romadizo*», y éste, de «*reuma*» (que es «fluxión»), palabra que pasó del griego al latín, y de aquí al castellano, como ha sucedido á otras varias de nuestro uso. «Tú debías de estar *romadizado*» (dijo Don Quijote á Sancho). II, 486.

Romance.—La lengua castellana. (Academia.) Hasta nuestros días guarda el idioma patrio el nombre de «*romance*», como derivado del romano, esto es, latino. V, 386.—«Hasta seis docenas de libros, cuáles de *romance* y cuáles de latín». IV, 279 (t).—[III, 400.]

Romances.—El origen del romance debe, sin duda alguna, acercarse mucho al de la misma lengua castellana: su nombre indica su edad. Véanse las largas Notas: V, 386-395. —Los caballeros andantes eran grandes trovadores y grandes músicos. II, 235-238; V, 422.—Romances de Cervantes. III, 157.

Romances ó libros de caballerías.—Petición de las Cortes contra ellos. I, XII, XIII y Nota (Prólogo).—Después de la publicación del *Quijote* no se imprimió de nuevo libro alguno de caballerías. I, XXI (Prólogo); VI, 467.—Lo general que era la afición á su lectura. Gustaban de ella no sólo los grandes señores, como los Duques; no sólo los hidalgos, como Don Quijote y Cardenio; no sólo las doncellas criadas con recogimiento, como Luscinda y Dorotea, sino también los venteros y los segadores. II, 508, 519.—La misma afición se notó en el emperador Carlos V. V, 120.—Sus desaforados disparates. III, 374, 383, 386-389, 430-441. —Sus autores disfrutaron de la mitología é historia primitiva griega. III, 449.

Romano.—Que el nombre de «*rumia*» ó «*romana*» equivalía desde tiempos muy antiguos entre los pueblos remotos de Oriente al de «cristiana», lo prueban los monumentos de la historia del siglo XII, en el cual los armenios daban el nombre de «*romanos*» á los griegos, y de aquí el nombre de «*Romania*» ó «*Romelia*» aplicado á los dominios europeos de los emperadores de Constantinopla—. Véase *Rumia (La Caba)*. III, 236.

Romero y *palmero*, son correlativos.—«*Romero*» es el que va á Tierra Santa; «*palmero*», el que viene de ella. Si el *palmero* es mahometano, será el que ha hecho el viaje á la Meca.—Véase la Nota al cap. 40, primera parte (III, 191), sobre la palabra *agi*, «romero ó peregrino». Este nombre quizá tenga alguna conexión con «*Tadmir*» ó «*Palmira*». Las palabras «*romero*» y «*romería*» se aplicaron en su origen á los que iban á visitar los santuarios de Roma; y de aquí hubieron de extenderse también á significar los que iban á visitar los Santos Lugares ú otros templos y ermitas fuera de su domicilio ordinario, que es lo que se llama «*ir en romería*». Llamarse *romeros*, no sólo á los que iban á Roma, sino á la Tierra Santa, es muy antiguo. V, 320.—El traje particular que llevaban. V, 320; VI, 110.

Romper lanzas.—«Como ya la buena suerte y mejor fortuna había comenzado á *romper lanzas*». Quiere decir que, mejorada la suerte, había comenzado á vencer obstáculos y dificultades. La expresión de «*romper lanzas*» tiene otras veces significación muy diversa, y se aplica á los que disputan y riñen entre sí. Ambas acepciones son metafóricas; pero la segunda es más conforme al sentido recto de la frase, que explica la acción de «justar», ó romperse las lanzas en los encuentros de los concurrentes á una justa. III, 336.

Roncesvalles (La caza ó rota de).—La derrota del ejército de Carlomagno en aquella memorable jornada, era uno de los

sucesos gloriosos que oían comunmente desde su infancia los españoles. IV, 158.—«*Roncesvalles*». Título diminuto, que pudo indicar el poema intitulado *El verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles,* compuesto por Francisco Garrido de Villena. También pudo aludir á la continuación de Ludovico Ariosto, por Nicolás de Espinosa. I, 124.—[I, 120, 219 y notas, etc.]

Rondilla de Granada.—No ha quedado vestigio en esta ciudad del sitio designado en el presente pasaje. I, 48.

Ropilla.—«Tu vestido será calza entera, *ropilla*», etc.—*Ropilla*: vestidura corta, con mangas y brahones, de quienes penden regularmente otras mangas sueltas ó perdidas, y se viste ajustadamente al medio cuerpo sobre el jubón. *(Diccionario de Autoridades.)* V, 361.

Ropón ducal.—Manto forrado de armiños, propio de la dignidad y jerarquía de duque. II, 188.

Roque Guinart.—Interesantes noticias sobre este bandolero célebre. Su verdadero nombre fué el de Pedro Rochaquinarda. «¡Oh valeroso *Roque!* cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren». VI, 229-233, 237, 239, 245-250, 428.—«¡Vive *Roque!*» Esta expresión se halla dos veces en la obra, y quizá se refiere á este bandido notorio. I, 75; IV, 179 (textos).—[II, 145].

Rosa (D. Francisco Martínez de la).—Su *Apéndice sobre la poesía épica española.*—Allí pueden ver los curiosos la crítica más racional y juiciosa que hasta ahora se ha escrito sobre la *Araucana.* I, 150.—Sobre el *Quijote.* IV, 400.

Rosario (El).—Créese comunmente que Pedro el Ermitaño, promotor de la primera cruzada á Tierra Santa, fué el que introdujo el uso de rezar por cuentas, lo que al principio se llamó *Salterio de la Virgen,* y después, *rosario.* II, 335. —Véase *Diez.*—[II, 366, n.]

Rótulos.—Solíase decir «*rétulo*» por «*rótulo*», como sucede en varios pasajes del *Quijote* y aún lo dice la gente rústica, na-

turalmente tenaz y apegada á los usos y vocablos antiguos. VI, 449.—«*Rótulos* de cátedras». No cupo bien en Sancho tener la noticia de los «*rétulos* ó *rótulos* de almagre», costumbre propia de las universidades, donde también se inscribían con grandes letras de almagra los *vítores* á los nuevos doctores, como generalmente en las ciudades populosas á los predicadores y demás personas á quienes se tributaban aplausos públicos. IV, 172.

Rotunda (La).—Templo circular que Marco Agripa, yerno del emperador Augusto, erigió y consagró en su tercer consulado á Júpiter Vengador y á todos los dioses, por lo que se le dió el nombre de *Panteón;* y es el monumento más hermoso que se conserva de la antigua grandeza romana. IV, 141.—Véase *Panteón.*

Rozagantes (Ropas).—«Ropa de las que llaman *rozagantes*». —En el *Diccionario de Autoridades* se dice que es «vestido largo, anchuroso, espléndido». Debe ser el que arrastra, ó talar; mas no encuentro su origen. V, 219.

Roznar.—«El oir *roznar* al rucio».—Es abreviatura de «*rebuznar*», y una y otra son palabras formadas por onomatopeya, esto es, por la semejanza ó analogía con el sonido que representan. V, 100.

Rubicón.—«¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el *Rubicón* á César?»—Dícelo al revés Don Quijote. Suetonio cuenta (acorde en esto con Plutarco) que se paró pensativo al llegar al puente del Rubicón, considerando el tamaño de la empresa que acometía, y que, en esta perplejidad, tuvo un agüero que lo decidió á pasar el río. «Vamos (dijo César) adonde nos llaman las señales de los dioses y la iniquidad de nuestros enemigos. Está echada la suerte.» IV. 144.

Rubión (Trigo).—Por el color encendido de sus granos. II, 483.—Véase *Trigos.*

Rúbrica.—«Mi *rúbrica*, que es lo mismo que firma».—La fir-

ma es el nombre escrito de mano propia: la rúbrica es el signo ó figura caprichosa que se añade al nombre, y es una especie de marca, como lo era el sello del anillo entre los antiguos, ó más bien un jeroglífico que indica, no el nombre de la persona, como la firma, sino la persona misma. Díjose «*firma*», del latino *firmare*, y «*rúbrica*», de *roborare:* uno y otro vienen á significar lo mismo. Como la rúbrica parece más difícil de contrahacer que las letras, se creyó que añadía mayor fuerza á la firma; y como la de los grandes señores debe ser más conocida, por esto, ó por no saber firmar de otro modo, ó por evitar la molestia cuando la multitud de los negocios y despachos daba ocasión á multiplicar las firmas, solía ponerse sólo la rúbrica. Don Quijote daba aquí importancia y autoridad á la suya, diciendo que equivalía á la firma, y que la excusaba. II, 323.—Sobre la rudeza general de los siglos en que se supone haber nacido y florecido la caballería: y de esta ignorancia hubo de nacer en las firmas ó suscripciones de los documentos el uso de las rúbricas.—Véase la Nota: II, 237.

Rucio (Caballo) rodado.—«*Rucio*» es mezclado de blanco con rojo ó negro; «*rodado*» se llama el caballo que tiene ciertas como manchas ó visos circulares, á manera de ruedas, en la piel. II, 149.

Rueda (Lope de).—Famoso representante que floreció por los años de 1560. IV, XII (Prólogo). De Lope de Rueda dice Cervantes en el prólogo de sus comedias, que éste (el del *bobo)* era uno de los papeles que hacía «con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse». IV, 65.—Artesano de Sevilla, y de oficio batihoja, se hizo actor y escritor dramático. Su reputación durante su vida fué muy grande, como lo prueba la circunstancia de que cuando murió, no obstante el haber ejercido una profesión tan desacreditada y poco honrosa como la de cómico, fué enterrado como hombre insigne entre los dos coros de la igle-

sia catedral de Córdoba. Cervantes y Lope de Vega le dieron el nombre de «padre del teatro español». (Ticknor.)—[II, 47-56.]

Ruedas (Que las) del carro de Apolo se habían quebrado.—Graciosa alusión á las ideas mitológicas sobre la generación del día y el carro del Sol, Febo ó Apolo, de donde cayó precipitado Faetonte. VI, 413.

Rufián desesperado.—El que quiera saber lo que es «*rufián*», puede consultar la novela de *Rinconete y Cortadillo,* ó la comedia del *Rufián dichoso.* Ambas son obras de Cervantes, y en ellas verá que «*rufián*» es no sólo alcahuete, no sólo ladrón, y encubridor de ladrones, sino también espadachín de oficio y asesino de alquiler, para servir á los que quieran emplearle. III, 63.—«Uno hace el *rufián*». Esto es, el papel de rufián: elipsis imitada del latín, donde se dice: *amicum agere,* hacer el papel de amigo. IV, 205.—[II, 49, n.]

Rufián (El) dichoso.—Una de las ocho comedias de Cervantes.—Analizar esta comedia sería escribir una sátira amarga contra Cervantes; y no hay que atribuirlo á la irreflexión ó impericia de su juventud, porque publicó las comedias al fin de su vida, diez años después de impreso el diálogo del canónigo y el cura. III, 413.—*El rufián dichoso* es un Don Juan Tenorio en crímenes y horrores; pero después se convierte y llega á ser un santo. Las oraciones devotas, que abundan en esta comedia, y sobre todo en la segunda jornada, y la especie de contrato legal para que el santo en sana salud transmita sus méritos á un pecador enfermo, son de esas cosas repugnantes en el teatro español, pero con las que se familiariza muy pronto todo aquel que le estudia con atención. Cervantes, en esta singularísima comedia, tiene cuidado de afirmar que lo que se va representando sucedió así realmente, y dice: «Todo esto fué verdad», «todo esto fué así», «así se cuenta en las histo

rias», etc. (Ticknor, traducción de Gayangos).—[II, 126, 127 y nota.]

Rufo (Juan Gutiérrez).—Su *Austriada.* Es una crónica, en verso, de D. Juan de Austria. Dijo el autor, al solicitar la licencia para la impresión, que había compuesto este poema por orden de D. Juan de Austria y por relaciones verdaderas que este príncipe le había proporcionado. I, 151; III, 155.—Véase *Tres y medio.*—[II, 496, 497 y nota.]

Rugel (Don) de Grecia, Daraida y Garaya.—Personajes de la crónica de D. Florisel de Niquea, escrita por Feliciano de Silva. II, 266.—Véase *Silva (Feliciano de).*

Rugero.—«¿Quién más gallardo y más cortés que *Rugero?*» Se viene á los ojos la parte que tenía el *Orlando* de Ariosto en este discurso de Don Quijote. Verdaderamente, aunque Ariosto puso á su poema el nombre de *Orlando,* el héroe, ó persona principal, si bien se examina, es Rugero, especialmente en la parte posterior del poema. IV, 19.—Véase *Orlando furioso.*

Ruidera (Las lagunas de).—Véase *Lagunas (Las) de Ruidera.*

Rumia (La Caba).—Quiere decir «la mala mujer cristiana». El cabo que indica el texto será el Albatel ó el Caxines, los cuales forman en su intermedio un golfo que todavía se llama «de la Mala Mujer». Que el nombre de «*rumia*» ó «*romana*» equivalía desde tiempos muy antiguos entre los pueblos remotos del Oriente al de «cristiana», lo prueban los monumentos de la historia del siglo XII, en el cual los armenios daban el nombre de «*romanos*» á los griegos, y de aquí el nombre de «*Romania*» ó «*Romelia*», aplicado á los dominios europeos de los emperadores de Constantinopla. Mas por lo que toca al cabo de la *Caba rumia*, dice Luis del Mármol, en su *Descripción del África,* que llamarle así es vulgaridad de los cristianos, que, poco instruídos de las cosas de los moros, dan este nombre á lo que ellos llaman *Cabor rumia* ó sepulcro romano, y se reduce á unas ruinas

antiquísimas, á levante de Sargel, junto á la punta de una sierra que entra en la mar, y los marineros llaman Campana de Tenez.—La Caba, por quien se dice que se perdió España y á quien también suele darse el nombre de Florinda (equivalente al de Zoraida), fué hija ó mujer del conde Don Julián, aquel que, según se cree vulgarmente, trajo á España los moros, que la conquistaron, capitaneados por Tarec y Muza, á principios del siglo VIII. Se cuenta que el conde lo hizo por vengar la fuerza que el rey D. Rodrigo hizo á aquella señora; la cual, si el caso fué cierto, más bien mereció el nombre de «desgraciada» que el de «mala», que le dió injustamente la posteridad. Un romance viejo, donde se dice que de la pérdida de España fueron causa dos personas, á saber, D. Rodrigo y Florinda, concluye así:

Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,
digan los hombres «la Caba»,
y las mujeres, «Rodrigo».

III, 236.—Véanse *Caba (La) Rumia, Romano* y *Profecía (La) del Tajo.*

Ruy Díaz de Vivar, el Campeador.—Véase *Cid (El) Ruy Díaz.*

S.—«Llevámoslas cubiertas porque no se desfloren». Aquí no se suprime la *s* del «*llevamos*» según el uso más corriente, aunque no exclusivo en esta parte. Pero siempre es preferible la supresión de la *s* en la segunda persona de plural, pues con ella se evita la dureza que resulta en la pronunciación de dos consonantes reunidas. VI, 159.

Saavedra Fajardo (D. Diego de).—Su *República literaria.* I, 119; II, 280; IV, 111, 286, 451; V, 157.—Sobre Ariosto. I, 119.—El *Quijote*, según la expresión de D. Diego de Saavedra hablando en su *República literaria* de la *Jerusalén* del Tasso, es una ara á que no se puede llegar sin mucho res-

peto y reverencia; pero éste tiene su término, y no es justo convertir las incorrecciones en reglas. II, 280.—La *República literaria*, una de las producciones que por su lenguaje, erudición y crítica honran más nuestra literatura. IV, 451. —Véase *República (La) literaria.*—[III, 217 y nota.]

Sabeo (Un olor).—«*Sabeo*», esto es, de Sabá, región de la Arabia Feliz, celebrada entre los poetas por el incienso y sustancias odoríferas que produce, y se quemaban en las solemnidades de los dioses. II, 485.—Véase *Olor (Un) sabeo.*

Sabidor (Tinacrio el).—«*Sabidor*» quiere decir encantador y mágico, como se ve frecuentemente en los libros caballerescos, y en este sentido el arcipreste de Hita llama *sabidor* á Virgilio, el cual tuvo reputación de nigromante entre los escritores de la Edad Media, por la descripción que hizo de los hechizos de Alfesibeo en la octava de sus églogas, atribuyéndose al poeta las ideas que éste había puesto en boca de sus pastores. II, 454.—Véase *Tinacrio el Sabidor.*

Saboyanas.—Traje señoril, de cuyo nombre puede deducirse que vino de Saboya á España. IV, 89.

Sacabuches (Espadas hechas).—Véase *Espadas (Hechas las) sacabuches.*

Sacado de gobernar un hato de cabras.—«*Sacado*» no es aquí lo que anuncia su formación, según la cual es supino del verbo «*sacar*», sino una especie de preposición que significa «fuera de», *praeter.* VI, 76.

Sacapotras (Un).—«Y no se ha de presumir que tan alta princesa (como la reina Madásima), se había de amancebar con un *sacapotras*». Véase la Nota: II, 269.—Véanse *Madásimas (Las)* y *Elisabad (El maestro).*

Sacar á la plaza, ó á plaza, alguna cosa.—Frase. Publicarla. (Academia.) IV, 280; VI, 218 (textos).

Sacar de borrador.—Frase metafórica. Vestir limpia y decentemente á alguna persona. (Academia.)—«Y si éste á quien la fortuna *sacó del borrador* de su bajeza». IV, 97 (t).

Sacar de harón ó de harona.—Es sacar del estado de pereza, avisar, dar prisa.—«*Harón*» significa «lerdo, perezoso, flojo»: parece derivado de «*haragán*». V, 230.

Sacar de los rastrojos.—«Y te la *saco de los rastrojos*»: alude Sancho á la costumbre de ir las muchachas pobres á espigar en los rastrojos por la siega. IV, 95.

Sacar de sus casillas á alguno.—Frase. Inquietarle, hacerle perder la paz, turbar su método de vida. (Academia.)—«Mucho me pesa, Sancho (dijo Don Quijote), que hayas dicho y digas que yo fuí el que *te saqué de tus casillas*, sabiendo que yo no me quedé en mis casas». Parece que Don Quijote juega con las dos palabras «*casillas*» y «*casas*». IV, 35 (t).

Sacar el pie del lodo.—Es sacar de apuros, sacar del estado de obscuridad y estrechez al de prosperidad y fortuna.—En el cap. 25 de la primera parte (II, 311) se emplea en el mismo sentido la expresión «*sacar la barba del lodo*». IV, 91.—Cervantes, en el *Viaje al Parnaso*, hablando con Mercurio, dice:

> «*Muchos, señor, en la galera llevas,*
> *Que te podrán* sacar el pie del lodo».

II, 311.

Sacar la barba del lodo.—Frase proverbial tomada de los que sacan á otro del atolladero en que se halla, y significa «sacar de apuros» á otra persona. II, 311; IV, 91.

Saco.—Es una vestidura vil de que usan los serranos y gente muy bárbara. (Covarrubias.) V, 158.

Saco la mía.—Según la traza de esta expresión, parece fórmula tomada de algún juego. ¿Podría ser del de calientamanos, al sacar la suya el que la tiene debajo? Sancho no tenía gana de oir cuentos, y prefería irse al arroyo á cebarse con libertad en la empanada y «hartarse por tres días». III, 493.—No entro yo en ese número, no se cuente conmigo, que yo á aquel arroyo me voy, etc. Metáfora toma-

da del juego, cuando el que se retira de él, saca su puesta, diciendo: *saco la mía.* (Arrieta.)

Sacre ó neblí.—Nombres de aves de rapiña que se adestraban para el ejercicio de la cetrería. V, 333.

Sacripante (Que tan caro le costó á).—Empieza aquí á prepararse la aventura de la bacía del barbero, que se referirá al cap. 21 (II, 147), y nos ha de proporcionar entonces y después muchos ratos de gusto y de risa. Allí se dará noticia circunstanciada del yelmo de Mambrino, que hace un papel importante en el *Orlando:* pero entretanto, es menester advertir que, ó Don Quijote por loco, ó Cervantes por distraído, atribuyeron malamente á este yelmo la desgracia de Sacripante. El desgraciado, según cuenta Ariosto (canto 18, est. 151 y sig.), fué Dardinel de Almonte, que murió peleando con Reinaldos de Montalbán, á quien había dado inútilmente en el yelmo que llevaba, y había ganado al rey Mambrino. I, 221; II, 147, 228, 300; IV, 71.—Véase *Mambrino (El yelmo de).*

Sacripante ó Roldán.—Amantes desdeñados de Angélica, de quienes se dice que si fueran poetas hubieran jabonado, esto es, hablando familiar é irónicamente, satirizado y sacado á relucir sus manchas á la hija de Galafrón. IV, 31.—Véase *Angélica la Bella.*

Saetas (Sus) me zumban por los oídos.—La muerte que las leyes de la Santa Hermandad imponían á los malhechores, era de saeta, y la pena se ejecutaba en el campo, dejando allí los cadáveres atados al palo, para escarmiento de los que quisiesen imitarlos. El sonido de las saetas disparadas era el zumbido que á Sancho le parecía oir. La Reina Católica Doña Isabel dispuso que antes de asaetear á los reos, se les diese garrote, para excusarles la prolongación del tormento. Covarrubias, en su *Tesoro,* atribuyó esta benigna disposición al emperador Carlos V: la confirmaría. II, 224; III, 316.

Sagitario.—«Ayer estuve en ella (la ínsula) gobernando á mi placer como un *sagitario*». ¡Rara comparación! Poco más ó menos como la del *girifalte*, en la carta de la Duquesa y en otros pasajes (VI, 32, 275).—«*Sagitario*» en germanía significa, según Juan Hidalgo en su *Diccionario*, «el que llevan azotando por las calles». Atendiendo al genio festivo de Cervantes, no sería de extrañar que, en ambas comparaciones de *girifalte* y *sagitario*, hubiese tenido presentes las significaciones que tienen estas dos palabras en la jerigonza germanesca. VI, 113.—«*Z*apateo como un *girifalte*». IV, 354; VI, 275 (t).—Véase *Girifalte.*

Sahumada, sahumerio.—«Del *sahumerio* os hago gracia», dijo Don Quijote al amo del muchacho Andrés; «dádselos en reales, que con eso me contento». «*Sahumada*» quiere decir «perfumada», en demostración de que se daba con alegría y buena voluntad. En la novela de *Rinconete y Cortadillo*, habiendo éste salteado la bolsa á un sacristán, le consolaba diciendo que con el tiempo podría ser que el ladrón se arrepintiese y «se la volviese sahumada». «El sahumerio le perdonaríamos, respondió el estudiante». I, 73.

Salamanca (La universidad de).—«Que soy bachiller por *Salamanca*, que no hay más que bachillear». Como quien dice: soy bachiller por Salamanca, que es el *non plus ultra* de los bachilleres. Así convenía que hablase Carrasco, como interesado personalmente en la gloria de la universidad. También fué su alumno Cervantes, quien, según se cree, estudió dos años en Salamanca, y habló de aquella universidad en el *Quijote* con mucho aprecio, contándola con las de París y Bolonia. IV, 118.—Bolonia, París y Salamanca fueron, desde el primer restablecimiento de las letras en los siglos XII y XIII, las tres universidades más célebres de la cristiandad. IV, 340.—Véase *Bolonia, París (Universidades de).*—[I, 49, n., 315 y nota, 434.]

Salamanquesa.—«Como la *salamanquesa* en el fuego».—Alu-

de á la preocupación vulgar de que la salamanquesa ó salamandra resiste, sin quemarse, el fuego; preocupación nacida, sin duda, de que cuando se encuentra en él este reptil despide un humor lácteo bastante abundante. V, 416.

Salidas (Las tres).—De tres sucesos consta la primera salida de Don Quijote: la llegada á la venta, donde se arma de caballero; el hallazgo de Juan Haldudo y su mozo, y el encuentro con los mercaderes toledanos. En los tres domina lo burlesco, según pide la naturaleza de la fábula, cuyo objeto es ridiculizar la profesión del héroe. En los dos primeros, Don Quijote, entonado y hueco con el buen suceso, se confirma más y más en su locura y propósito; en el último, no pudiendo dejar de confesar su desgracia, se consolaba, á estilo andantesco, con que la culpa había sido de su caballo. Esto en cuanto á Don Quijote: el lector se halla en una posición del todo distinta, y para él es materia de risa todo cuanto sucede al pobre caballero, tanto lo próspero como lo adverso. El *Ingenioso Hidalgo*, según la observación de D. Vicente de los Ríos, ofrece siempre dos aspectos en lo que refiere, uno para Don Quijote y otro para los lectores, á la manera de ciertos cuadros dispuestos de tal suerte, que, mirados de un lado, presentan distintas figuras que por el otro. Y este contraste, que es perpetuo en la fábula, debe mirarse como una de las principales fuentes del placer que causa su lectura. I, 102.—«La segunda salida de nuestro buen caballero». I, 154 (t).—«Tercera salida de Don Quijote».—Aunque pudiera parecer al pronto que las tres salidas de Don Quijote son tres acciones distintas, y que, por lo menos, interrumpen la unidad de la acción de la fábula, sin embargo, considerándolo bien, deben mirarse como meros incidentes del asunto principal. Todas ellas llevan consigo las apariencias y anuncios de que la acción continúa. La primera vuelta de Don Quijote á su aldea convertido en Baldovinos (I, 87) y Abindarráez (I, 92),

proporciona el saladísimo escrutinio de su librería, cuya influencia en el objeto de la fábula se viene á los ojos. Esta primera vuelta además era para proveerse de camisas, dinero y escudero, para continuar, es claro, la gloriosa profesión de la caballería. En la relación de la segunda vuelta, que no fué voluntaria, sino forzada, se encuentran ya anuncios de la tercera salida, y estos anuncios se confirman y agravan en la historia del descanso de Don Quijote en su casa: este descanso proporciona los coloquios entre el hidalgo, el cura, el barbero y el bachiller; el de Sancho y Teresa, que es de lo mejor de la fábula, y los principios y semillas del desenlace. ¿Cómo pudiera darse la acción por concluída? IV, 1, 2.—La fábula del *Quijote*, compuesta de sus tres salidas, viene á ser como una comedia con tres jornadas. Verdad es que no guardan mucha proporción entre sí las tres salidas, constando la primera de solos siete capítulos; que si los intermedios y descansos son necesarios en las representaciones dramáticas, no lo son en otros géneros de composición, porque el lector no los necesita como los representantes; y que acaso hubiera sido preferible que no hubiera sino una salida. Pero la triplicidad de las salidas no rompe la unidad de la acción: todas ellas contienen los sucesos y dificultades que forman, confirman y aumentan el enredo; y los dos descansos que median entre las tres salidas, proporcionan incidentes domésticos que, alternando con otros de diferente calidad, propios de los campos, soledades y despoblados, varían agradablemente la contextura de la fábula y contribuyen á hacer más natural y verosímil su desenlace. IV, 132.

Salir á los hocicos.—Véase *Hocico.*

Salir á plaza.—*Se divulguer, devenir public.* (Taboada.)—«Y pues que, en efecto, él *ha de salir á plaza*». III, 7 (t).—«Pero antes que *salga á la plaza* de vuestros oídos». V, 269 (t).—Véase *Sacar á la plaza.*

Salir al gallarín.—Véase *Gallarín.*

Salir con este secreto.—«Y así me ha sido posible *salir con este secreto,* como si de industria procurara decillo á todo el mundo». III, 7 (t).—Aquí, «*salir con*» es lo mismo que «guardar».—*Salir*: con la preposición *con* y algunos nombres, es lograr ó conseguir lo que los nombres significan. (Academia.)

Salir de madre.—Véase *Madre (Salir de).*

Salirse allá una cosa.—Frase metafórica y familiar. Venir á ser una cosa casi lo mismo que otra. (Academia.)—«Estéril ó estil, respondió Pedro, todo *se sale allá*». I, 246 (t).—«Y si Lucía, Lucinda; que *todo se sale allá*». VI, 442 (t).

Salpicón.—«*Salpicón* las más noches».—Nota Cervantes la mezquindad con que los hidalgos manchegos, aprovechando los restos de la carne de la comida, los convertían en salpicón para la cena.—«*Salpicón*» se dijo, como «carne *picada con sal*». I, 2.—Véase *Duelos y quebrantos.*

Salta tú, y dámela tú.—*Salta tú:* cierto juego de muchachos. (Salvá.) VI, 133 (t).

Saltaembarca.—«Una *saltaembarca* ó ropilla de lo mismo suelta». VI, 15.—«Con pasamanos, gregüescos y *saltaembarca*». VI, 234 (t).—La saltaembarca ó ropilla era una especie de chaqueta, ó chupa corta, como la que usan los marineros, y que por lo común se lleva suelta ó sin abotonar. (Arrieta.)

Saltear.—«Y *salteándosele* al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real». I, 201 (t).—Anticiparse sagazmente á otro en la compra de alguna cosa. (Academia.)—«¿*Saltear* de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados?»—*Saltear:* salir á los caminos y robar á los pasajeros. (Academia.) III, 330 (t).—Véase *Sendas (Salteador de),* etc.

Salvajes.—«Cuatro *salvajes,* todos vestidos de hiedra», que tiraban de un castillo en las bodas de Basilio.—«Cuatro

salvajes, vestidos todos de verde hiedra» fueron también los que traían el caballo Clavileño en la aventura de la condesa Trifaldi (V, 316). En los libros caballerescos es frecuente la mención de salvajes. IV, 379; V, 316.

Samaniego (D. Félix).—Desde el obispo de Mondoñedo, Don Antonio de Guevara, hasta D. Félix Samaniego, las provincias que se conocen con el nombre de Vizcaya, han producido escritores que se encuentran con razón entre los maestros del idioma castellano. I, 187.—[III, 307, 308 y nota.]

Sambenito.—Traje que se ponía á los penitenciados por el tribunal del Santo Oficio. Era una especie de capotillo ó escapulario amarillo con una cruz encarnada en forma de aspa. Según Covarrubias, en el *Tesoro de la lengua castellana,* es abreviatura de «*saco bendito*», y se llamó así por el saco ó cilicio bendito que en la antigua Iglesia solían dar los obispos á los penitentes. IV, 107.

Sanázaro (Jacobo).—Célebre poeta napolitano. Su *Arcadia,* primera novela pastoral de esta clase. I, 141, 146; II, 388; III, 504; VI, 355, 356, 446, 463.—Jacobo Sanázaro, poeta napolitano, imitador apasionado de Virgilio, uno de los que contribuyeron á ilustrar el renacimiento de las letras humanas en Italia, y de quien se ha hecho anteriormente mención en este COMENTARIO, á propósito de su *pastoral Arcadia.* Escribió en latín y en lengua vulgar, y fué el primero que introdujo asuntos piscatorios en las églogas, donde hasta entonces se habían usado exclusivamente los bucólicos. Su obra principal fué el poema latino *De partu Virginis,* fruto de su especial devoción á la madre de Dios. VI, 446.—[III, 5, n., 81.]

Sánchez (Miguel).—Á quien llamaron *el Divino,* autor dramático contemporáneo de Cervantes, muy celebrado por sus comedias, que se han perdido casi del todo. Su romance de *Gaiferos y Melisendra.* V, 47.—[II, 337 y n.]

Sanchico, Sanchica.—Habla aquí Teresa de sus dos hijos; el

varón, del mismo nombre que su padre, y la hembra, llamada aquí *Marisancha*, y en otras partes *Sanchica*, como suele suceder entre nosotros, donde es común suponerse y omitirse el nombre de María cuando es el primero, y expresarse sólo el segundo. IV, 88.

Sancho Bienaya (Las tendillas de).—Plaza muy antigua de tiendas en Toledo, que se nombraba de Sancho Minaya ó Bienaya. I, 63.—Véase *Tendillas (Las) de Sancho Bienaya*.

Sancho (Don) de Azpeitia.—El vizcaíno con quien Don Quijote tuvo la estupenda batalla. I, 203 (t), 211.—«Y como buen vizcaíno». Nunca se ha dicho que los vizcaínos tengan por lo ordinario grande habilidad y expedición para escribir el castellano. Pudiera sospecharse que la expresión es irónica, y que Cervantes se propuso continuar la burla que en el cap. 8.º de la primera parte (I, 186), había hecho de los vizcaínos en la persona de Don Sancho de Azpeitia. V, 444.—Véase *Vizcaínos*.

Sancho Panza.—«Un labrador de mediana edad, ignorante y crédulo en sumo grado, si bien de dulce y honrado carácter, glotón y embustero, egoísta é interesado, pero fiel á su señor; con bastante malicia para conocer de vez en cuando la extravagancia y locura de su amo, y unas veces festivo, otras malicioso en el modo de interpretarlas»... «En un principio le presenta como opuesto á Don Quijote, y es de creer que sólo aparece en la escena para hacer resaltar aún más las extravagancias y rarezas de su amo; hasta que, al llegar á la mitad de la primera parte (II, 110), comienza ya á decir uno de aquellos refranes que después forman el fondo de su conversación y carácter; y sólo al empezar la segunda ostenta aquella mezcla particular de agudeza y credulidad, de que da muestras en el gobierno de la ínsula Barataria; pintura magistral que completa aquella figura con todas sus proporciones grotescas, á la par que propias y convenientes». (Ticknor, traducción de Gayangos.)—Su

cho al rucio en su gran pesadumbre, haciéndole un discurso doliente. VI, 89.—La inseparabilidad de ellos. II, 136 (t); V, 198; VI, 120.—Lamentaciones de Sancho, caído con el rucio en una honda y escurísima sima. VI, 21.—Al ir á azotarle Don Quijote, Sancho arremetió contra su amo, y dió con él en el suelo. VI, 223, 366.—De lo mal que le avino á Sancho la visita de las galeras. VI, 297.—Su «vuelo sin alas». VI, 300.—Endecha y lamentación de Sancho sobre su amo mal parado en la aventura de los disciplinantes. III, 519-523.—Discurso que Don Quijote dirigía á Sancho, alegando á Homero y Virgilio, con otros ejemplos semejantes. II, 108, 282; IV, 35, 123; V, 90; VI, 56.—Cervantes algunas veces hace hablar á Sancho con más pulidez de la que corresponde á su carácter: así como también en alguna ocasión le hizo más zafio y tosco de lo que correspondía á la idea que de él hizo formar su historiador. IV, 96, 97, 386; VI, 2, 168, 368, 456.—En dos distintas ocasiones dijo Sancho que sabía firmar: «Yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar», V, 241 (t), y «Bien sé firmar mi nombre», V, 363. Sin embargo, dice después: «Y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar». VI, 50.—Cuando muchacho, pastor de puercos, y después, algo hombrecillo, de gansos. II, 119; V, 90, 339, 349 (t).—Sancho, que acostumbra á hacer, siempre que se ofrece, profesión de su cobardía, se da aquí por medio hombre y no más. II, 4.—Dice á su amo, quien en su cólera le llamaba asno y bestia: «señor mío, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida». V, 91 (t).—Habla «de sus muchos y buenos servicios», habiendo servido á su amo dos días, no cabales. I, 217.—Piensa que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no

se han de quedar las suyas entre renglones. II, 164.—Sobre su espada, que unas veces se dice que la llevaba y otras que no. II, 8, 16; III, 517; IV, 246; VI, 163, 370.—En varias ocasiones hace alarde de ser «cristiano viejo». II, 135, 187 (t); III, 371 (t); IV, 80.—Una vez «mozo de labor» de Tomé (ó Bartolomé, IV, 42) Carrasco, padre del bachiller. V, 87, 90.—Su «cuento de la pastora Torralva». II, 124-131.—La situación embarazosa en que se hallaba Sancho de resultas de sus mentiras. IV, 153-157.—La pintura bellísima de Sancho, no pudiendo hallar la carta de Don Quijote á Dulcinea, ni la libranza pollinesca. II, 344.—Admirable descripción de su contento cuando Don Quijote le habló de su posible casamiento con la princesa Micomicona. II, 463.—Su risa irresistible al descubrir la causa del ruido horrísono y espantable de los batanes, con lo que le costó á Sancho. II, 138.—«Á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él». II, 131.—La única vez en que se le da el sobrenombre de *Zancas*. I, 203.—Sus barbas. I, 184; II, 85.—Su salario. II, 135, 144; III, 354 (t); IV, 121, 127; V, 88, 89.—Las edades de Don Quijote y Sancho. I, 4, 284 (textos); IV, 385; V, 91, 172.—Sancho en Avellaneda es un bufón truhán, ó juglar, conforme á las costumbres de aquel tiempo. El Sancho de Cervantes pertenece á otra cuerda de ridículo más culto y delicado. VI, 205.—Sus meditaciones sobre la muerte: «Tan presto se va el cordero como el carnero», IV, 121; «Debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos», IV, 170; «Con igual pie pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los pobres», IV, 386.—Su comparación de la vida humana con el juego de ajedrez. IV, 206 (t).—«¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced»: último razonamiento de Sancho en el *Quijote*, y tan gracioso como el que más. VI, 455.—Tenía razón el bachiller Sansón Carrasco en seña-

lar á Sancho el segundo lugar en la fábula del *Quijote*, y en ponderar sus donaires y gracias, que efectivamente son inimitables, y á las veces causan un placer que compite con el que producen las cosas de su amo. Pero cuando representan solos los dos en la escena, y señaladamente sus diálogos, excitan y levantan hasta el más alto punto el interés y placer de los lectores. Don Quijote decía (V, 167) que Sancho Panza era «uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante». IV, 58; III, 110. —En una Nota al cap. 23 de la primera parte (II, 245) se dijo que el carácter de Sancho constaba de codicia, miedo, bellaquería (pudiera añadirse: malicia, y al mismo tiempo sandez). En la segunda parte parece que varía algo, especialmente en el período de su gobierno; mas pudiera decirse que *honores mutant mores*. VI, 65.—[II, 140, 146.]

Sancho (El gobierno de).—Está sumamente embrollado todo lo que tiene relación con el tiempo que duró el gobierno de Sancho. Véase la Nota: VI, 92.

Sancho (La mujer de).—Véanse *Teresa Panza* y *Gutiérrez (Mari).*

Sandoval y Rojas (D. Bernardo de).—Véase *Rojas (D. Bernardo de Sandoval y).*

Sandoval y Rojas (D. Francisco de).—Valido de Felipe III.—Véase *Lerma (Duque de).*

San Ildefonso.—Colegio de niños en Madrid. V, 229.—Véase *Niños de la doctrina.*

Sanlúcar (Playa de).—Uno de los parajes de España que en tiempo de Cervantes eran más concurridos de vagabundos y gente perdida. I, 35, 48.

San Martín.—«Su *San Martín* se le llegará (al libro de Avellaneda) como á cada puerco». Con efecto, le llegó y pronto, quedando sepultado en el desprecio y el olvido, mientras el *Quijote* de Cervantes continúa siendo el embeleso y

las delicias de sus lectores. Es bien conocido el origen de esta expresión proverbial, debida á la época del año en que empieza la matanza, tan común entre los españoles, del animal doméstico cuya cecina es el ingrediente más esencial de nuestra olla ordinaria. VI, 295.

Sano de Castilla.—En el idioma de la germanía, según el *Vocabulario* de Juan Hidalgo, «*sano de Castilla*» significa «ladrón disimulado». I, 35.

Sansón Carrasco.—Véase *Carrasco (El bachiller Sansón).*

Sansueña.—«La ciudad de *Sansueña*, que así se llamaba entonces la que hoy se llama *Zaragoza*». No he podido averiguar el origen que tiene el darse este nombre á la ciudad de Zaragoza, como se hace en el presente capítulo. Todos los romances convienen en que Sansueña estaba en tierra de moros, mas ninguno dice que fuese Zaragoza. V, 44.—Quizá sería Toledo. Véase la Nota: VI, 124.

Santa (La) Hermandad.—Tribunal severísimo, establecido por los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel el año de 1476 para perseguir, juzgar y castigar los delitos cometidos fuera de poblado, y que subsistía, aunque con notables variaciones, en tiempo de Cervantes. I, 212.—Véanse otras Notas: II, 215, 224; III, 316, 321, 331, 364; VI, 377.—Véase el *Índice* de Ticknor.

Santa (La) Hermandad vieja de Toledo.—Así se llamaba para distinguirse de la nueva, que fué la que fundaron los Reyes Católicos á fines del siglo XV: la otra existía ya en el XIII con muchas facultades y privilegios. II, 40.

Santiago.—Véase *Diego (San) Matamoros.*

¡Santiago y cierra España!—Invocación cuyo uso es antiquísimo entre los españoles, especialmente en sus combates con los moros. En la batalla de Alcocer, según refiere el *Poema del Cid*, «Los moros laman Mafomat; los cristianos, Sanctiague».—«Desde la batalla de Clavijo, ganada por D. Ramiro I (dice Rodrigo Méndez de Silva), en que se vió

pelear á Santiago en un caballo blanco, quedó la devota costumbre de apellidarle en los acometimientos». Véase la Nota: VI, 167. IV, 78 (t).—*Santiago, y cierra, España:* proverbio militar de que usaban los españoles al entrar en las batallas. *Cerrar:* embestir, acometer: quiere, pues, decir: «Acomete, ¡oh España!, en nombre de tu patrón Santiago». (Pellicer.)

Santiguada (Para mi).—Expresión familiar anticuada, fórmula de juramento que se repite en otros pasajes del *Quijote*, y que se halla ya usada en el acto 1.º de la tragicomedia de *Celestina*. «*Santiguada*» es el acto de santiguarse, y «*para*» equivale á «*por*»; de suerte que «*para mi santiguada*» es lo mismo que «por la cruz con que me santiguo». I, 101.

Santiguar.—Hacer la señal de la cruz sobre alguno.—«Las bendiciones de las estacas». «*Bendecir* con ellas» es expresión semejante á la de «*santiguar* con un palo», ó «*persignar* con un alfanje», que se dice en el cap. 28 de la segunda parte (V, 84). II, 240.—«*Santiguarnos*», como era propio al acometer una empresa y en cualquier ocasión de peligro. V, 99.—Véase *Cruz (Hacerse la).*

Santillana (Marqués de).—Su *Colección de refranes.* V, 97, 115, 245, 247; VI, 122, 364.—«En el reinado de Don Juan II, el marqués de Santillana recogió, á petición del monarca, hasta cien refranes métricos, y unos seiscientos más de aquellos que, según él, «se decían por las viejas tras el huego». (Ticknor.)—[III, 201.]

Santo Grial.—Dábase este nombre á un plato que se suponía haber servido á Josef de Arimatea para recoger la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo cuando le bajó de la cruz y le dió sepultura. Su historia.—Véase la larga Nota: III, 453-455.—[I, 199, n., 218.]

Sarao, se llamaba el baile de aparato entre gente rica y autorizada. V, 467; VI, 272.

Sardesco.—Asno pequeño, quizá porque lo son en Cerdeña. V, 72.

Sardinas arenques.—Comida propia de las costas de mar, donde la usa la gente pobre, y aun ésta suele arrojar las «cabezas», que ahora apetecía Don Quijote. II, 89.

Sargel.—Población situada sobre las ruinas de otra antigua romana en la costa de Berbería, veinte leguas á poniente de Argel. III, 208.

Sarmiento (El Padre).—Sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles.* V, 204.—Véanse *Pinciano (El)* y *Comendador (El) Griego*, etc.—[III, 299 y n.]

Sarna, Sarra.—«Decid *Sarra*».—El pastor llamaba *Sarna* á la mujer de Abrahán, y Don Quijote le corregía este vocablo como ya le había corregido otros. Nosotros decimos *Sara*, pero en lo antiguo decían *Sarra.*—Sara vivió ciento diez años, y fué madre siendo ya muy vieja: de aquí vino la frase proverbial para ponderar la vejez de una mujer, diciéndose «*ser más vieja que Sarra*». La gente rústica, así como decía «*cris*» y «*estil*», por «*eclipse*» y «*estéril*», decía también «*Sarna*», por «*Sarra*». I, 249.—«Pero vos respondistes muy bien, porque vive más *sarna* que *Sarra*». Así es la verdad, porque Sara sólo vivió algo más de un siglo, pero la sarna ha vivido, vive y vivirá mientras haya sarnosos. I, 250.

Sastre (El) del Cantillo.—Refrán muy antiguo, que se encuentra entre los del marqués de Santillana, así: «*el alfayate del Cantillo, facía la costura y ponía el hilo*». Se usa para denotar á los que, además de hacer favor, ponen, para hacerlo, su trabajo ó dinero. Otros dicen «*el sastre del Campillo*». D. Francisco de Quevedo, gran voto en materia de proverbios, expresiones proverbiales y cuentos viejos, introdujo en su *Visita de los chistes* al *sastre del Campillo* altercando con Juan Ramos, otro personaje proverbial; pero nada dice que indique el origen de uno ni otro, el cual

es desconocido, como sucede casi siempre en todo lo que huele á proverbios ó refranes; y así, no hay por donde pueda juzgarse si es «*Campillo*» ó «*Cantillo*». III, 396.—Véase *Refranes*.

Sátiros, en los libros caballerescos. V, 316.

Sayago.—Es un territorio entre Zamora y Ciudad-Rodrigo. Sus habitantes son tan toscos en el vestir como en el hablar: su lenguaje es una especie de dialecto corrompido, y además desfigurado por la rústica pronunciación de los naturales. IV, 361; V, 158.

Sayagués.—El natural de Sayago y lo perteneciente á él.—Sancho opone el lenguaje sayagués al toledano, dando al uno por extremo de la rusticidad, y al otro por extremo de la cultura, aunque manifestando al mismo tiempo que en Toledo habría quien hablase mal. IV, 361; V, 158.

Sayo, *saya*.—Vestidos exteriores, aquél de hombres y éste de mujeres: vinieron del *sagum* latino, vestido militar exterior y ancho. II, 351; V, 158.

Scipio.—Véanse *Escipión* y *Cipión*.

Scoto, Scot, Escoto, Escotillo ó *Escotino (Miguel)*.—Matemático, astrólogo ó nigromántico, mencionado, bajo estos varios nombres, por Dante, Bocacio y otros. Véase la Nota: VI, 267, 268.—Véase *Escotillo (Del famoso)*.

Se.—Pronombre, ó más bien partícula indeterminada, que hace el mismo oficio que el *on* francés: «*on dit*, se dice». —Entre las palabras que antiguamente fueron comunes al francés y al castellano, una fué la de «*home*» ú «*hombre*» sin artículo, que se usaba en ciertos casos para denotar una persona indeterminada. También se dijo «*ome*». Por ejemplo: «una piedra que relumbraba tanto que podría *hombre* ver de noche la su claridad á dos leguas y media»: y otros: «*ome* non vió tal», «como *ome* entra en el puerto». —Lo mismo hacían los franceses con la voz *hom* ú *homme*, uniéndola sin artículo á los verbos. De aquí vino el *on*

francés, que, desnudo ya de la cualidad de nombre y reducido á partícula, pero conservando el énfasis de su significación primitiva, se une al presente del verbo impersonal y forma una especie de pasiva ficticia ó contrahecha: *on dit, dicitur*. IV, 57, 58.—Véase *On*.

Se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento.—Bella, aunque algo grosera, descripción, en la carta de Teresa á su marido, de la alegría de Sanchica al oir hablar de la elevación de su padre. VI, 79 (t).

Se me fueron á mí por alto.—Metáfora tomada del juego de la pelota, cuando por ir muy alta no la puede volver el que la espera. Se aplica al que no comprende ó no alcanza alguna cosa que le importa, por ser superior á su inteligencia. IV, 231.

Secretarios (Reales).—«Soy vizcaíno. Con esta añadidura dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador». Rasgo, al parecer, satírico, como indicó también Pellicer refiriendo los muchos secretarios, tanto del rey como de consejos y corporaciones superiores, vizcaínos de nacimiento ú origen, que hubo en tiempo de Carlos I y su hijo Felipe II. V, 440, 441.—[III, 173, n.]

Sedales.—Las fuentes y los *sedales* en brazos, muslos, piernas y hasta en el colodrillo, eran muy usados en tiempo de Cervantes, y lo fueron aun más en los años siguientes. Empleábanse unas veces para curar las enfermedades; otras, para precaverlas, y otras, «viciosamente, sólo por entrar en el uso» ó moda. Á D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, le quitó el verdugo, al ejecutarle, una chapa de plata que le cubría una fuente. V, 469.—Véase *Fuentes*.

Segarme la gola.—«*Segar*», del latín *secare*.—Metafórico. Cortar de cualquier manera, y especialmente lo que sobresale ó está más alto; como «*segar* la cabeza, el cuello», etc.—Cortar con la hoz las mieses ó yerba. (Academia.) V, 291.

Segovia (Azoguejo de).—Plazuela del arrabal de Segovia, por donde pasa el famoso acueducto romano de aquella ciudad, que en ella es donde tiene su mayor elevación. «*Azoguejo*» es diminutivo de «*azogue*», palabra anticuada de origen árabe, que significa «plaza». Paréceme que «*azogue*» era equivalente de «*zoco*», que significa lo mismo: «*Zocodover*» es diminutivo de «*zoco*», y, según esto, son sinónimos «*Azoguejo*» y «*Zocodover*», plazuelas, aquélla, de Segovia, y ésta, de Toledo. Cuando Segovia era Segovia, y sus fábricas y riqueza atraían y alimentaban una población numerosa, el Azoguejo era el sitio donde solía concurrir la gente apicarada que aquí se indica, y que frecuentarían los pelaires de aquella ciudad, de quienes se habla después, en el cap. 17 (II, 56), como de «gente alegre, maleante y juguetona». I, 48.—Véase *Zocodover (La plaza de).*

Seguidillas.—«Á quien ellos llamaban *seguidillas*». V, 280 (t).—Las *seguidillas,* ó, como en otra parte las nombra Cervantes (novela del *Celoso extremeño*), las «coplas de la *seguida*», que eran de moda en tiempo de nuestro autor y á las cuales elogia tanto, son una especie de poesía ó copla compuesta de cuatro versos asonantados, como la que se refiere en el cap. 24 de esta segunda parte (V, 11), que cantaba el paje que encontró Don Quijote en el camino, cuando iba á ver la cueva de Montesinos:

Á la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

(Arrieta.)

Segunda (La) parte de Don Quijote.—«Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huesped para hacer *la segunda parte de Don Quijote*». Esta «segunda parte» no es la de la fábula. Pellicer observó aquí opor-

tunamente que «*parte*» se dijo por las «*partes*» ó papeles de la comedia, y que Dorotea, viendo la intensa afición del ventero á las cosas caballerescas, quiso significar que donde hace Don Quijote la *primera parte*, ó papel de primer galán, merecía el ventero hacer la *segunda parte*, ó papel de galán segundo. II, 520.

Segundar sus primeros devaneos.—«*Segundar*», por «repetir», es verbo poco usado: ordinariamente se dice «*asegundar*»; pero sólo de los golpes. De ambos modos se encuentra en la historia de Don Belianís. En los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* empleó Cervantes el verbo «*segundar*» como verbo de estado en la acepción de «seguir». I, 162.

Segundo (El) autor desta obra.—Estas palabras y las anteriores indican que eran dos los autores de la historia primitiva de Don Quijote: uno, que, al llegar á la aventura del vizcaíno, la dejó á medio contar por falta de materiales, y otro, que no quiso creer que no los hubiese, y al cabo los encontró en la forma que se cuenta en el capítulo siguiente. Pero Cervantes escribía tan sin plan ni preparación, que en el capítulo inmediato dió por supuesto que el único autor había sido Cide Hamete Benengeli, á quien sigue traduciendo desde el principio de su segunda parte, que contiene la conclusión del suceso del vizcaíno, sin explicar por dónde había tenido y vuelto al castellano lo precedente. I, 191.—«Su primer autor Cide Hamete». Por estas palabras parecería que hubo dos autores de la historia original de Don Quijote, como lo parece también por otras que se notaron en el cap. 8.º de la primera parte (I, 191). V, 1.

Segura (Juan Lorenzo).—Autor del *Poema de Alejandro Magno:* puso «*motón*», por «*carnero*»; «*orage*», por «*temporal*»; «*pozón*», por «*ponzoña*»; «*afer*», por «*negocio*»; «*aprés*», por «*después*»; «*bastir*», por «*edificar*»; «*ren*», por «*nada*»; «*volunter*», por «*de buena gana*»; «*fol*», por «*loco*»; «*tost*», por «*presto*»; «*sages*», por «*sabios*»; «*tirar*», por «*sacar*». IV, 57.

Segura (Tan) como yo de la traición.—«*Tan segura*» quiere decir «tan ajena».—«*Segura*» tiene dos acepciones opuestas entre sí: en el lugar presente es «ajena ó ignorante»; en otras ocasiones, que son las más, significa «cierta y asegurada». Las circunstancias y la intención general del discurso determinan cuál es la acepción que le conviene á esta voz en cada caso. II, 369.—«Que, libre y *seguro* de tal acontecimiento, dormía». El suceso mostró que no estaba muy *libre* ni *seguro*: «ajeno» quiso decirse. III, 347.—«Yo *seguro*, respondió el cura, que la sobrina», etc. «*Seguro*», por «*aseguro*», y viene á ser lo mismo que «yo respondo de que el ama ó la sobrina nos lo cuenta después». Así se decía en tiempo de nuestro autor y aun mucho antes; pero otras veces se usaba este verbo como hoy lo usamos: «Yo te *aseguro*, dice después en este mismo capítulo Don Quijote, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia». (IV, 43.) IV, 35.

Semidoncellas.—«Á este agujero se pusieron las dos *semidoncellas*»: ó doncellas por mitad; porque, en efecto, la una lo era y la otra no. (Arrieta.) III, 280 (t).

Semínimas.—«En contarnos las *semínimas* della». «*Semínimas*», voz tomada de la música. Notas que ocupan en el compás unos espacios muy pequeños, como lo indica la palabra. Quiere decir aquí: «las particularidades más menudas». V, 296.

Sempre (Jerónimo).—Su *Carolea*, libro de corto mérito. I, 154.—Véase *Carolea (La).*—[II, 460, 461 y n.]

Senado.—«El *senado* de los oyentes». Se dice por burla, aplicando el nombre de «*senado*», que lleva consigo la idea de un consistorio autorizado y respetable de ancianos, á la reunión de Sancho, el primo, el paje y el arriero. La ocurrencia que sigue de Don Quijote es sumamente graciosa y verisímil. V, 60.

Sendas (Salteador de) y de carreras.—Es «*salteador de cami-*

nos», y así lo explica el mismo Don Quijote, contestando á los cuadrilleros: «¿Saltear caminos llamáis al dar libertad á los encadenados?»—Entre las varias acepciones que tiene la palabra «*carrera*», una es la de «camino público», é indica que es de ruedas, como si se dijera: «camino de *carros* ó *carretero*». Úsanla muchas veces en esta acepción nuestros libros anteriores al siglo XVI. Por contraposición á «*carrera*», «*senda*» significa un camino estrecho, por donde los caminantes van uno á uno, *singuli:* también suele llamarse «camino de herradura» porque se anda en caballerías; y así, en «*sendas*» y «*carreras*» está comprendida toda suerte de caminos. «*Saltear*» viene probablemente de *saltus*, bosque, porque en ellos son más fáciles y más frecuentes los robos. III, 330.—«Al cabo de haber andado caminos y carreras». III, 342 (t).—Véanse *Carrera* y *Saltear*.

Sendos, sendas.—«Y encajaron *sendos* manojos de aliagas».—Es como si se hubiera dicho que uno de los muchachos alzó la cola del rucio y le puso un manojo de aliagas, y que el otro alzó la cola de Rocinante y le puso otro manojo de aliagas.—El adjetivo plural castellano «*sendos, das*», trae su origen de *singulos, las*, terminaciones masculina y femenina de acusativo del adjetivo plural latino *singuli, lae, la*, que tiene la misma significación que tuvo en sus días nuestro «*sendos*».—En un artículo publicado por el literato Don Ramón Cabrera en el *Diario Mercantil* de Cádiz, de 15 de febrero de 1829, sobre la significación y origen del adjetivo plural castellano «*sendos, das*», censura el abuso que por algunos literatos de nuestros días se ha hecho de este adjetivo, el cual, según su etimología y el uso de varios de nuestros escritores de nota, no tiene otro significado que el de «tantos por tantos, uno por cada uno, el suyo ó con el suyo, á cada uno ó en cada uno el suyo». VI, 257.—«*Sendos* paternostres y *sendas* avemarías». V, 326 (t).

Señero.—Véase *Solo y señero.*

Señor bueno.—Modo común de hablar á una persona desconocida, que todavía se usa en España, especialmente en los caminos, como es el caso del texto. «*Tío bueno*», «*tía buena*» se dice ordinariamente á las personas cuyo nombre se ignora, y que por su traza se conoce pertenecen á la clase común ó pobre. Á éstos se llaman «*tíos*», como á los mendigos «*hermanos*». VI, 346.—«Calle, *señor bueno*, replicó el cartero», etc. VI, 349 (t).

Señora (Oh) de mis acciones.—Ya se sabe que la invocación, primero de Dios y después de su señora, era el formulario propio de los caballeros andantes, que en ocasiones de peligro observaba religiosamente Don Quijote, conforme á la doctrina que sobre esta materia estableció en su conversación con Vivaldo (I, 273); bien que alguna vez se olvidaba de Dios y sólo se acordaba de Dulcinea, incurriendo en la misma distracción que incurrió Amadís de Gaula, cuando, al acometer la aventura de la Cámara defendida, invocó, sin acordarse de otra cosa, el favor y protección de su señora Oriana. Don Quijote imitó este descuido en la primera batalla con el arriero de la venta donde se armó caballero (I, 57): vuelve á imitarle en las «plegarias y rogaciones» que dirigió á Dulcinea al descender á la temerosa cueva de Montesinos. IV, 415, 416.

Señores de título.—«Hacer de *título* á su hijo».—Esto es, hacer *señor de título* á su hijo.—«*Señores de título*» son los que lo tienen de marqués ó conde, á cuya dignidad han acompañado diversas prerrogativas, según los tiempos. En el de Cervantes llevaba consigo la de tener jurisdicción y vasallos. III, 307.

Señorío, señoría.—«Que es el tercero cargo que hay en aquel *señorío*». Los tres cargos son gran visir, mufti y capitán bajá. «*Señorío*» es aquí lo mismo que «imperio».—Entre nuestros antiguos escritores se da el nombre de «*señoría*» á

los estados que no se gobiernan por reyes, sino por formas republicanas. Así decían «la *señoría* de Venecia, de Génova», etc. En este sentido, «*señoría*» decía oposición á «*señorío*». III, 177.

Señuelo (Como á) gustoso, etc.—«*Señuelo*» era una almohadilla con alas contrahechas, entre las cuales se ponía atada carne ó algún pájaro vivo para que se abatiese á comerlo el halcón que iba remontado: era voz propia de la cetrería. Por extensión, se dice, como aquí, de cualquier cosa que sirve de cebo y atractivo. Es uno de los motes, apodos ó nombres burlescos que solían darse á las alcahuetas, de que formó un largo catálogo el arcipreste de Hita en el *Castigo de las dueñas*. IV, 402.

Sepulcros (Los) de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos.—Véase la Nota: IV, 147.—Véanse *Mausoleo* y *Castillo de Santángel*.

Sepúlveda (El Padre).—Monje del Escorial.—Véase *Apuntamientos manuscritos*. I, 138.

Ser, estar.—«Según *soy* de dolorido», por «según *estoy*». En efecto, el verbo «*ser*» atribuye una cualidad á la persona; mas el verbo «*estar*» indica la situación actual de la misma, y esto es lo que más bien hubo de querer expresar Cervantes. V, 268.

Ser para en uno.—Véase *Para en uno*.

Ser parte.—«Y sin *ser parte* su tío..... dió en irse al campo». Cuando se dice «*ser parte*», es menester expresar para qué. Aquí hubo de decirse: «y sin *ser parte* para estorbarlo su tío.... dió en irse al campo». I, 252.—*No ser parte en alguna cosa*: frase. No tener influjo en ella. (Academia.)

Serafín Aquilano.—«De la dulce mi enemiga».—Según Pellicer, esta redondilla se tradujo del original de Serafín Aquilano. Serafín Aquilano, llamado así porque era de Áquila, en el Abruzo, fué en su tiempo proclamado rival y vencedor del Petrarca. Los príncipes se lo disputaban. Fué lla-

mado sucesivamente á la corte de Nápoles, á las de Milán, Urbino y Mantua. Murió en 1500, de edad de treinta y cuatro años. Sus poesías se imprimieron infinitas veces hasta mitad del siglo XVI, y desde entonces se olvidaron. Cantaba con muy agradable voz sus versos, acompañándose con el laúd é improvisando al mismo tiempo. (Guinguené, *Hist. Lit. de Italia.*) V, 277.—*Séraphin Aquilano, mort à l'âge de trente-cinq ans, fut enterré à Sainte-Marie du Peuple, à Rome. On grava sur son tombeau ces trois vers, faits par Bernard Accolti d'Arezzo, surnommé l'«Unico Aretino»:*

«Qui giace Serafin: partirti hor puoi:
Sol d'haver visto il sasso che lo serra
Assai sei debitor alli occhi tuoi».

(*Nouvelle Biographie Générale:* V. AQUILANO [SÉRAPHIN].)

Sergas (Las) de Esplandián.—Véase *Esplandián (Las Sergas de).*

Sería descuido del impresor.—Excusa graciosísima de un error manifiesto. «Á eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya *sería descuido del impresor.* Así es, sin duda, dijo Sansón.» IV, 73.

Sermones.—«Al modo de Horacio».—Los de Horacio se llamaron *sermones,* porque se acercan al estilo y conversación familiar, que por lo común significa *sermo;* pero en castellano «*sermones*» es palabra consagrada exclusivamente á significar las composiciones de elocuencia sagrada destinadas á pronunciarse en el púlpito; y dudo mucho que se use en otra acepción, no siendo metafórica. IV, 289.—En el *Poema de Alejandro,* hablándose de la confusión de las 72 lenguas en la Torre de Babel, se dice:

«Metió Dios entrellos tan manna confusión,
Que olvidaron todos el natural sermón».

IV, 351.

Servir.—«Con más que la voluntad pudiera *servir* la que habéis mostrado tenerme», etc. «*Servir*», en esta acepción activa, es lo mismo que «pagar».—«No sé cómo *sirvamos* á Dios esta tan gran merced», escribía la Reina Católica Doña Isabel á su confesor D. Fray Hernando de Talavera, hablándole de la curación del rey su marido, que había sido herido á traición en Barcelona. II, 252.—«No se me caerán de la memoria las mercedes..... para gratificarlas, *servillas* y recompensallas como ellas merecen». III, 361 (t).

Setenas (Pagar con las).—«Con las *setenas*».—La voz «*setena*» no significa «*séptima* parte», sino, al revés, el «*siete* tantos». Es voz propia de nuestra Jurisprudencia, donde á veces se condena al que hizo el daño á la restitución del valor del daño, multiplicado por siete. Esta pena se encuentra ya aplicada en las leyes del Fuero Juzgo, donde suele dársele el nombre de «*siete* duplo», que equivale á «*séptuplo*». «*Pagar con las setenas*», aquí y en el uso común, es expresión metafórica tomada de lo judicial, y significa «pagar superabundantemente el perjuicio ú agravio que se hizo». I, 77.—«La lastamos mi señor y yo con las *setenas*». «*Lastar*» es «pagar»; derivado, según indica Covarrubias, del latino *luere*. IV, 274.—Véanse *Pagar*, y *Lastar, con las setenas.*

Sevilla (Compás de).—Dióse el nombre de «*Compás*» á un barrio de aquella ciudad donde estuvo antiguamente la mancebía, con otras casas de vecindad, habitadas de gentes de mal vivir. Á este barrio hubo de pertenecer la casa de Monipodio, que tan saladamente describió Cervantes.—Véase la Nota, y unos versos de Cervantes de su *Viaje al Parnaso*. I, 47, 48.

Sevilla (Iba á), donde estaba su marido, que pasaba á las Indias.—En los tiempos que siguieron al descubrimiento de América, Sevilla era el emporio del comercio de Ultramar, don-

de se hacían los acopios y cargamentos, y se disponían los viajes para aquellas regiones. Bien informado estaba de ello Cervantes, que residió en Sevilla algunos años y estuvo empleado en el ramo de provisiones para las armadas y flotas de Indias. Tuvo también el proyecto de pasar á ellas, y solicitó, aunque sin fruto, que se le confiriese uno de los cargos que había vacantes en las provincias de Costafirme y de Goatemala. ¿Quién sabe si Cervantes, que apuntó en el *Quijote* tantos sucesos suyos efectivos, al hablar aquí de una «señora vizcaína», cuyo marido «pasaba á las Indias con un muy honroso cargo», quiso aludir á algún rival dichoso en que concurriese esta circunstancia? I, 181.—«Lugar tan acomodado á hallar aventuras». Hubo de decirse irónicamente y por burlarse de Don Quijote, porque no había lugar menos acomodado que Sevilla para hallar las aventuras caballerescas que buscaba el paladín manchego. I, 308.—[II, 112-114, n., etc.]

Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.—Parece expresión de algún azotado, que después refería con desvergüenza lo sucedido. Como cosa de los romances germanescos de Quevedo ó Góngora.—«*Caballero*» se entiende en el borrico que se acostumbra en semejantes casos. V, 241. —«Dineros llevo, porque *si buenos azotes me daban, bien caballero me iba*».) (Sancho á Don Quijote.) Con estas mismas palabras empieza la carta de Sancho á su mujer en el cap. 36, segunda parte (V, 241). VI, 433.

Si ella resiste á esta tentación, yo quedaré satisfecho y no os daré más pesadumbre. (Anselmo á Lotario.)—La mayor que, según Ariosto, puede experimentar una mujer:

«*Che quella che dall' oro e dall' argento*
Difende il cor, di pudicizia armato,
Tra mille spade via più facilmente
Difenderallo, e in mezzo al fuoco ardente».

(*Orlando Furioso*, Canto 43, est. 68.)

III, 33.—Sancho (el gobernador) dijo á la esforzada y no forzada: «hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza». V, 419, 420 (texto).

¿Si en seco hago esto, qué hiciera en mojado?—Expresión que recuerda otra muy parecida del Evangelio. *(¿Quia si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet?* Lucam, c. 23, v. 31.) II, 294 (t. y Nota).

Si eres alma en pena.—«Que pues es mi profesión favorecer..... á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer..... á los menesterosos del otro mundo». Esta ocurrencia y extensión de los oficios de la caballería andante á favor de las ánimas del Purgatorio, tan propias de la ocasión y de la locura de Don Quijote, manifiestan la feliz y oportuna inventiva del fabulista, como se observó ya en la aventura de Doña Rodríguez (V, 456); VI, 127.—«Poco hará al caso que él esté en el otro mundo; que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga». III, 304 (t).

Si mi «fué» tornase á «es».—«Está tan recibido, decía Lope de Vega en la justa poética de San Isidro, que las glosas de las justas tengan uno ó dos versos dificultosos, que no parece que lo son, si no los tienen». Si ésta es ley de las glosas, es menester reconocer que está bien observada en la redondilla que sirve de tema á la presente; pero se quebranta otra que debiera ser la primera de todas, á saber: que la redondilla dijese algo, y nada dice; que contuviese algún concepto, y no le contiene. El sentido queda pendiente, ó, por mejor decir, no hay ninguno, y la copla es *inanis sine mente sonus.* Los clásicos antiguos despreciaron, ó, por mejor decir, no conocieron las glosas, los ecos, los acrósticos, que no tienen otro mérito que la dificultad vencida, y que prueban más bien paciencia que ingenio.

IV, 336.—Á mí me ha parecido que «*Si mi «fué» tornase á «es»* venía á ser lo mismo que «si lo que fué, tornase á ser ó estar».

Si no, conmigo sois en la batalla.—Fórmula con que suelen concluir las amenazas de los caballeros andantes, y expresión de desafío, muy frecuente en sus historias. Usóla ya Don Quijote, en el cap. 19 de la primera parte (II, 98), con los que conducían el cuerpo muerto de Baeza á Segovia. V, 59.

Sícut érat in principio.—«Así es y así será, dijo D. Fernando; por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, *sícut érat in principio*», etc.—Véase *Reducille al gremio de su gracia.*—El «*sícut érat in principio*» es tomado del *Gloria Patri.* Todo huele á eclesiástico en estas expresiones. III, 344.—«No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo Don Quijote; que parece que te vuelves al «*sícut érat*». Con estas palabras se indica que Sancho volvía á la maña de ensartar refranes, que tuvo desde el principio. La verdad es que, á pesar de las reprensiones de su amo, y de los consejos que éste le había dado antes que fuese al gobierno, no se había corregido del vicio de amontonar refranes á troche-moche, como se ve en todas las ocasiones posteriores en que habla. VI, 422.

Siempre.—Véase *Jamás.*

Sierpes (Las), dragones y culebras hacen mucho papel en las historias de los andantes. III, 430-441.—Véase *Romances ó libros de caballerías.*

Sierramorena.—Cordillera bien conocida, que separa la Mancha de las provincias de Andalucía. Los romanos la llamaron *Mons Marianus,* de donde acaso vino el nombre de «*morena*», si ya no se lo dieron los castellanos de la Edad Media cuando dividía la España árabe de la cristiana, así como llamaron «*moreno*» al color ordinario de la tez de los

moros. Y acaso también se llamó «*Sierramorena*» por el color obscuro que presentaba á los manchegos en el horizonte, por una razón semejante á la que hubo para los nombres de «*Selva Negra*» y de «*Montes Claros*». II, 223.—La parte de Sierramorena en que se hallaba Don Quijote, es conocida en la historia por haber sido el teatro de dos memorables batallas: la de las Navas, en el año de 1212, y la de Bailén, en el de 1808. El retiro y penitencia de nuestro hidalgo le ha dado otro género de celebridad. Ambas batallas se dieron no lejos del sitio que aquí se señala como diputado y escogido por Don Quijote para imitar á Amadís, y por Cervantes para ridiculizar la afición á los libros de este aventurero y demás andantes; y allí fueron vencidas tres grandes potencias que en distintas épocas tuvieron tiranizada á España: los moros, los franceses y la afición á las lecturas caballerescas. II, 297.—La Sierramorena, por sus breñas, por su despoblación, por sus latrocinios, por haber sido por mucho tiempo la línea de división de las Españas cristiana y árabe, pudo prestar motivos de ficciones agradables á la imaginación é inventiva de los escritores. IV, 409.—«Dijo (Don Quijote) que no debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama», etc. Esta mala fama de Sierramorena, que, según aquí se indica, era ya antigua, se ha perpetuado hasta nuestros días, y aun se ha hecho proverbial. Las nuevas poblaciones construídas en el reinado y de orden de Carlos III, han disminuído la soledad, y con ella la frecuencia é impunidad de los latrocinios. I, 309.

Siete (Las) Cabrillas.—«Y sucedió que íbamos por parte donde estaban *las Siete Cabrillas*». (Sancho á la Duquesa.)—Constelación formada de siete estrellas que se hallan juntas en el signo de Tauro, y en que, según la fábula, fueron transformadas las siete hijas de Atlante y de la ninfa

Pleyone por haber querido su padre descubrir los secretos de los dioses.—En la descripción de las Siete Cabrillas por Sancho, zahiere Cervantes, según Ríos, la aventura que cuenta Ariosto de Astolfo, cuando fué éste á la Luna sobre su Hipógrifo. V, 339.

Siglo.—La vida eterna de los difuntos.—«Por el *siglo* de mi madre», III, 80; «de lo que más quiere», IV, 229 (t); «de todos mis pasados», V, 297; «de tus pasados», VI, 154 (t).—«Buen *siglo* hayan y buen *poso*». IV, 356.—Véase *Poso.*

Signo ó *sino (El) de la cruz.*—Peleaba el duque Floriseo con el gigante Goliano, que guardaba la Rica Selva encantada; y viéndose en gran aprieto, «hizo de presto con el estoque y con su brazo una ✠; la cual, en siendo vista por el gigante, se le cayó la porra de las manos, y las armas de su persona, y dando crueles gritos se fué huyendo por la selva».—El mismo Floriseo entró en «el castillo de las Siete Venturas, haciendo *el sino de la* ✠ y encomendándose á su santo devoto» (San Bernardo). Esto no estorbó que quedase encantado. V, 455.

Sígnum crucis (Per).—Véase *Per sígnum crucis.*

Sigüenza (Graduado en).—Cervantes tuvo aquí, al parecer, intención de ridiculizar al cura de la Argamasilla, como alumno de una de las universidades que llamaban menores, y solían ser el objeto del humor chistoso y picante de nuestros escritores. Cervantes lo hizo aquí con la de Sigüenza, y en la segunda parte (V, 438) lo repitió con la de Osuna, donde se graduó el Dr. Pedro Recio de Tirteafuera, «médico insulano y gobernadoresco». I, 8.—«Y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna». Échase de ver en el *Quijote* una cierta tendencia á ridiculizar los grados de las universidades literarias, especialmente las menores; como sucede aquí, en el pasaje en que supuso graduado en Sigüenza al cura del lugar de Don Quijote (I, 8), y en el del loco de Sevilla, en que contrapuso Osuna á Salaman-

ca (IV, 10). En el día hay muchos que acompañan á Cervantes en este juicio. En cambio, Tamayo de Vargas llamó á Cervantes «ingenio lego», y Avellaneda mostró despreciarle por indocto y falto de estudios académicos. La posteridad ha fallado este pleito, y sin apelación. V, 438.

Silencio (El mismo) guardaba silencio.—Expresión que alaba Ríos, pero que yo (observa Clemencín), por mi parte, hallo exagerada y conceptuosa. VI, 378.

Sileno (Aquel buen viejo).—Sileno, según la fábula, fué ayo ó pedagogo de Baco, á quien se llama con propiedad dios de la risa. I, 19.—Á quien, sepultado en vino y en sueño, según pinta Virgilio, ataron Cromis y Nasilo en una gruta: caso que se cita como parecido al de Don Quijote, enjaulado estando dormido. III, 347.

Silepsis.—«Infinita gente deseosos».—Ejemplo notable de la figura silepsis, que frecuentemente se comete con los nombres colectivos. VI, 305.—*Silepsis.* Gramática. Figura de la oración, que se comete cuando se suple lo que falta en ella de la parte más cercana, mudando el género, número, caso ó algún otro accidente, ó cuando se atiende más al sentido que á las palabras. (Academia.)

Silíceo (D. Juan Martínez).—«Premio justamente merecido». —Ejemplo fué de ello D. Juan Martínez Silíceo, quien, desde los principios más humildes y la más extremada pobreza, llegó por su piedad y sabiduría á ser colegial del Mayor de San Bartolomé de Salamanca, preceptor de Felipe II, obispo de Cartagena, arzobispo de Toledo y cardenal de la Iglesia romana. Murió en Valladolid el año de 1557. III, 131.—«Estando en Italia, escribió una breve disertación en prosa para leerse en ambas lenguas (la castellana y la latina), dirigida á probar á varios eruditos, amigos suyos en aquel país, que el castellano tenía más semejanza con el latín que el italiano». (Ticknor.)—[III, 401, n.]

Silo de bellaquerías.—«*Silo*», cueva subterránea y enjuta, pa-

ra guardar trigo. Los latinos dijeron *sirus*, tomándolo del griego, según se ve por los antiguos geopónicos (escritores de agricultura: Salvá). De aquí recibieron los castellanos primitivos este modo de conservar los granos, y la palabra «*silo*», que se halla ya en el Fuero Juzgo, traducido de orden del rey San Fernando. III, 343.

Silva (Feliciano de).—Su *Florisel de Niquea*. Censura de su estilo y de sus disparates. Véanse las Notas: I, 5-7; II, 266, 267; V, 399.—Véase *Razón (La) de la sinrazón.*—[I, 241.]

Silvestre (Gregorio).—Campeón, con Cristóbal de Castillejo, de las redondillas y arte que entonces llamaron «castellana», se llamó á sí mismo *Silvano*, nombre que también le dieron sus amigos y contemporáneos. VI, 356.—«Gregorio Silvestre, portugués de nacimiento, pero que fué aún niño á España, donde residió y murió en 1570, es otro de los poetas que escribieron en el antiguo estilo y metro español. Á pesar de haber nacido en Portugal, Silvestre empleó en sus poesías una dicción pura y castiza; sus mejores composiciones son sin disputa las de la antigua escuela. Sus canciones deben ser colocadas entre las mejores que se han escrito en castellano». (Ticknor.)—[I, 465-67 y notas, etc.]

Silvoso Pirineo.—«*Silvoso*» se dijo, no por el silbo y ruído de los árboles movidos en las grandes alturas por el viento, que en todos los montes es lo mismo, sino por la espesura y abundancia de las selvas que visten el Pirineo. Aplicó la misma calidad al Apenino Ariosto, hablando del ejército del rey Agramante contra el emperador Carlos: «*Del* silvoso *Appenin tutte le piante*»; y Lope de Vega, en la comedia del *Bastardo Mudarra*, á un valle poblado de hayas:

> «*Yace en la falda deste monte un valle*
> Selvoso *de hayas, que á un solar dan nombre*».

II, 79, 80.

Silla á la jineta.—Dábase este nombre á la silla de montar con los arzones más altos; y lo decía Sancho para ponderar la ligereza con que la aldeana había pasado de un salto el arzón trasero, pudiendo, según su expresión, «enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano». (IV, 179.) IV, 183.

Silla de Babieca. III, 470.—Véase *Babieca.*

Silla (Una) de marfil.—«¿Qué el hacerle sentar sobre *una silla de marfil?*» No le ocurrió á Don Quijote materia más preciosa de que pudiese hacerse una silla, ó se acordó de las sillas curules de los magistrados romanos, que eran de marfil, ó del escaño del Cid, que, según dicen, era de la misma materia, ó de la silla, también de marfil, en que estaba sentada la infanta Floripes cenando con los caballeros de Carlomagno á quienes había sacado de la prisión en que los tenía su padre el almirante Balán. III, 480.—Véase *Escaño del Cid.*

Sillas. III, 32; IV, 164.—Véase *Estrado.*

Sillas de manos.—Las que en tiempo de Covarrubias, citado por Bowle, se llamaban «toldillos». V, 464.—«Con una *silla de manos*..... le llevaron (á Don Quijote) á la ciudad». VI, 329 (t).

Sima (La) de Cabra.—En la sierra de Cabra, villa de la provincia de Córdoba, como á media legua de la población, se encuentra una boca de tres á cuatro varas de ancha y cinco á seis de larga, en que empieza la sima de Cabra, y sigue perpendicularmente con varias concavidades hondas á los lados. Dió estas noticias un hombre que el año de 1683, por disposición judicial, bajó pendiente de una cuerda á extraer un cadáver que habían arrojado á la sima los asesinos. D. Bartolomé Sánchez Feria, refiriéndose á las noticias del proceso, dijo que la sima tiene 143 varas de profundidad y que acaba en una especie de salón, en cuyo medio, debajo de la boca de la sima, hay un gran montón de tie-

rra y piedras que han ido arrojando los pasajeros. No hay noticia de que los naturales hayan visto salir fuego ni humo por la boca de la sima de Cabra, aunque suelen decir que es una boca del infierno. Hicieron mención de la sima de Cabra, Vicente Espinel en las *Relaciones del escudero*, y Luis Vélez de Guevara en el *Diablo Cojuelo*. Cervantes la hizo también en las *Ordenanzas de los poetas* que añadió al *Viaje al Parnaso;* y en ellas se prescribe que á «los niños llorones ó traviesos se les amenace con que viene un mal poeta, que los echará en la *sima de Cabra* ó en el *pozo Airón*». (Véase *Pozo Airón.)* IV, 237, 238.

Simas.—«Cayeron él (Sancho) y el rucio en una honda y éscurísima *sima*».—Á propósito de *simas*, dice Lope de Vega en el canto 2.° de *Angélica:*

«*Bien puede ser que tradiciones mientan;*
Pero de antiguas cuevas en España
Cosas notables y inauditas cuentan
Que la opinión vulgar siempre acompaña.
Toledo y Salamanca la acrecientan;
Pero si la primera historia engaña,
La cueva de Toledo en sus rüinas
Señales muestra de memoria dinas».

Lo de Salamanca debe referirse á la cueva de San Patricio. VI, 118.

Simón Forte, Clauquel Torrellas.—«Yo soy Claudia Jerónima, hija de *Simón Forte*, tu singular amigo, y enemigo particular de *Clauquel Torrellas*».—Hay en Cataluña dos familias ilustres que llevan una el apellido *Simó* y otra el de *Forte*, de las cuales pudo formar aquí Cervantes el nombre de «*Simón Forte*». La casa de Torrellas es una de las distinguidas en la misma provincia, y consta la existencia de un Ramón Torrellas á fines del siglo XVI ó principios del XVII. No sucede así respecto á la de Clauquel. VI, 235.

Simple discreto.—Háblase del papel del *simple discreto,* en lo que al pronto parece que hay contradicción, porque la simpleza lleva consigo la necedad y la bobería; pero el que en tiempo de Cervantes hacía en las tablas el papel del *bobo* ó *simple* (que de ambos modos se le llamaba), necesitaba de mucho talento para desempeñarle, porque, como dijo en otro lugar Don Quijote (IV, 64), «la más discreta figura de la comedia es el bobo». Aquella expresión explica la presente. IV, 206.—Véanse *Bobo (El)* y *Rueda (Lope de).*

Simples (Más) que curiosos.—Pudiera parecer al pronto que entre «*simples*» y «*curiosos*» no hay la contradicción que este modo de hablar supone; pero la hay realmente. Los *simples* y crédulos tuvieron por milagro lo que veían: si fueran *curiosos,* hubieran investigado antes la verdad, y encontrado que no era milagro, sino industria y maña. IV, 395.

Simulacro de la honestidad.—«Bastaron á hacer creer á Anselmo que tenía en Camila un *simulacro de la honestidad*».—Y ciertamente era *simulacro.* Pero no se puso aquí esta voz en la significación, que le es más propia, de «imagen» ó «apariencia» fingida, sino en la de «modelo y dechado» verdadero y digno de imitarse. III, 69.

Sin daño de Barras.—Sin perjuicio de tercero. V, 336.—Véase *Barras (Sin daño de).*

Sin par.—«La *sin par* Dulcinea». «*Sin par*» es dictado que daban frecuentemente á sus damas los caballeros andantes en sus historias. Hízose con particularidad en la de Amadís de Gaula, donde se dice que el rey «Lisuarte traía consigo á Brisena, su mujer, y una hija que en ella ovo cuando en Denamarca moraba, que Oriana avía nombre, la más fermosa criatura que nunca se vió: tanto, que ésta fué la que «*sin par*» se llamó, porque en su tiempo ninguna ovo que igual le fuese». Los demás autores caballerescos imitaron al del libro de *Amadís,* y Cervantes remedó á todos. I, 81.—«Envíanos al *sin par* Clavileño». Como si

dijéramos: «la *sin par* Oriana», «la *sin par* Dulcinea». El mayordomo siempre es el mismo. V, 314.

Sin que me le apalee.—Véase *Apalee (Sin que me le).*

Sin responderle palabra alguna.—«Y se dejaba besar (el rucio) y acariciar de Sancho *sin responderle palabra alguna*». Frialdad que no se espera, y hace reir. II, 479.—La misma expresión del texto se repite en la aventura de la sima donde cayó Sancho al volver de su gobierno de la Ínsula Barataria al palacio de los Duques. «Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba *sin responderle palabra alguna*». (IV, 121.)—Bowle copia el pasaje de *Orlando innamorato*, de Mateo Boyardo, que pudo servir en esto de original á Cervantes, y Pellicer, el mismo pasaje en la traducción de Francisco Garrido de Villena. El conde Orlando había encontrado sin jinete al caballo Bayardo, y, hablándole como si fuese persona racional, le preguntaba con instancia por su amo:

«Así el conde al caballo preguntaba,
Y no le respondió porque no hablaba».

VI, 121.—«Y la cabeza (encantada) le respondió sin mover los labios». Frialdad como otras que se han notado en sus lugares respectivos. VI, 278.

Sin ser oído ni visto.—«Y, cogiendo á Don Quijote en brazos *sin ser oído ni visto*».—Quiere decir, «con mucha presteza», con tal velocidad, que no hay lugar para verlo ni oirlo. V, 125.

Sinabafas (Criadas entre) y holandas.—«*Sinabafa*» era una tela muy delgada, según D. Sebastián de Covarrubias. «*Holanda*» es todavía en el uso actual nombre de un lienzo muy fino, usado para ropa blanca de gentes ricas y acomodadas. Y así lo era también en el siglo XV, en que Fr. Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, confesor de la reina Doña Isabel, en un opúsculo «contra la dema-

sía de vestir y calzar», hablaba de los excesos «en las *holandas* é finas bretañas é otros lienzos costosos». II, 11, 12.

Siniestro.—Suele significar «desgraciado, infausto». VI, 411. —Véase *Buena manderecha.*

Sino.—«El cual respondió con no menos, *sino* con mucha más gallardía».—El orden no está bien. Debiera decir: «no con menos, sino con mucha más gallardía». La partícula «*sino*» exige que la preceda en su debido lugar otra á quien se refiera; y tiene tal fuerza esta colocación, que, si se altera, cambia y destruye el sentido, como sucede en la expresión presente, la cual equivale á esta otra: «respondió con igual, *si no* con mucha más gallardía», donde desaparece la contrariedad que debe haber entre «*menos*» y «*mucha más*». La negación debe recaer, no sobre el «*menos*», sino sobre el «*con menos*». II, 204.

Sinónimos.—D. Miguel Casiri, en su *Biblioteca escurialense*, ponderando la abundancia de la lengua arábiga, dice que tiene cincuenta voces para significar los *ojos*, ochenta para la *miel*, doscientas para la *serpiente*, quinientas para el *león*, y más de mil para la *espada*. La latina no es tan abundante. En castellano tenemos diez y siete (mencionados) y acaso otros que no me ocurren. Pero todas estas palabras en rigor no significan una misma cosa, porque los sinónimos son raros en todos los idiomas, y las palabras á que vulgarmente se suele dar este nombre, tienen por lo común diferencias y acepciones que las distinguen entre sí. Véase la Nota para las varias acepciones de las voces que significan *espada*. III, 73, 74.

Sinrazón.—Véase *Razón (La) de la sinrazón.*

Sirgo.—«De oro, *sirgo* y perlas contextas y tejidas». «*Sirgo*», palabra derivada del latino *sericum*, que muchos creen que era el nombre de nuestra seda entre los antiguos. IV, 138.—*Sirgo:* la seda torcida, tela hecha ó labrada de seda. (Academia.)

Sirtes, Escilas, Caribdis.—Bancos y escollos de las costas de África é Italia, que los poetas pintaron como muy temibles á los navegantes: significan aquí generalmente cualesquier peligros. III, 130.

Sis.—Sobre el género de nombres terminando en *sis*, como *frasis, basis, antífrasis*, etc. III, 325.—Véase *Frasis.*

Sobradisa.—«El reino de Dinamarca ó el de *Sobradisa*».—Reinos de que se hace mención varias veces en la historia de Amadís de Gaula. Su hermano D. Galaor llegó á ser rey de Sobradisa por su casamiento con la hermosa Briolanja. El nombre de Sobradisa tiene un aspecto de burlesco, y viene tan al propósito de lo que intenta persuadir Don Quijote, que á algunos lectores que no tenían noticia anterior de él por la lectura del *Amadís*, les ha ocurrido que era de la invención de Cervantes. Pero si no tuvo el mérito de la invención, no puede negársele el de la oportunidad. I, 223.—Véase *Galaor.*—Abiseos, usurpador del reino de Sobradisa: tenía su capital del mismo nombre. II, 273, 431.

Sobre mí la capa cuando llueva.—Chiste del labrador que, como si se tratase de asunto grave, iba, según parece, á decir que corrían de su cuenta ó que tomaba sobre sí las resultas de su consejo, ó la responsabilidad, como ahora se diría. VI, 348.

Sobre mí si lo erraren.—Aconsejaba Sancho á sus oyentes que se conformasen con lo que dijese Don Quijote como inteligente y práctico en la materia, añadiendo: «y *sobre mí si lo erraren*»; quiere decir: «yo salgo fiador ó responsable de que no lo yerran». V, 80.

Sobre modo.—«Contestó *sobre modo*».—Modo adverbial tomado del latín, que no es de uso común, pero muy significativo, y del que se valió Cervantes otras dos veces en esta segunda parte. También se halla en sus *Novelas*. VI, 432. —«En una sala baja, fresquísima *sobre modo*». IV, 428 (t).

—«Y ella (la Duquesa), alegre *sobre modo*». V, 423 (t).

Sobresaltos (Los) que me dió el corazón.—«*Sobresaltos*» es impropio. Del corazón no se dice que da *sobresaltos*, sino *saltos*; y así se lee más adelante en el cap. 42 de esta primera parte (III, 260): «El cautivo, que desde el punto que vió al oidor, le *dió saltos* el corazón y barruntos de que aquél era su hermano», etc. II, 377.

Socaliñado de pajes (El vituperoso y abatido género dueñesco,). —*Socaliñar:* sacar á uno con artificio y maña alguna cosa que no está obligado á dar. (Academia.) V, 312.

Socapa (Á).—«Elena no iba de muy mala gana, porque se reía *á socapa* y á lo socarrón». Esto es, á hurtadillas, encubiertamente. (Arrieta.) VI, 418 (t).

Soga de Teseo.—Es lo que se llama comunmente el «hilo de Ariadna», que ésta dió, según refiere la fábula, á su amante Teseo, para que, atándolo á la entrada del laberinto de Creta, pudiese volver á salir,

Coeca regens filo vestigia,

que dijo Virgilio.—Á fines del cap. 25 (II, 326) hablándose de este mismo hilo, equivocó Cervantes á Perseo con Teseo. Aquí está bien. III, 422.—«Á imitación del hilo del laberinto de Perseo». La semejanza de los dos nombres de «Perseo» y «Teseo» ocasionó el error con que Cervantes puso uno por otro. El Dr. Bowle, que no pudo menos de advertir el error, quiso, al parecer, paliarlo, diciendo que Cervantes aludió á cierto pasaje de las *Metamorfosis*, de Ovidio (lib. IV, al fin), en que Perseo cuenta que penetró por lugares extraviados y horrorosos hasta la morada de las Gorgónidas, donde cortó la cabeza á Medusa, que estaba dormida; pero en lo de Perseo no hubo *hilo* ni *laberinto*, cuya mención no puede dejar duda de que se habla aquí del suceso de Teseo. Y que fué, no ignorancia, sino descuido de Cervantes, se ve por la expresión del ca-

pítulo 48 de esta primera parte (III, 422), en que el mismo Don Quijote, que aquí habla del *laberinto de Perseo*, le dice á Sancho que los encantadores habrían tomado ciertas formas «para ponerte (le dice) en un laberinto de imaginaciones que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la *soga de Teseo*». Véase el resto de la Nota: II, 326.

Sol (Aun hay) en las bardas.—Expresión metafórica tomada de cuando, al ponerse el sol por las tardes, sus rayos, levantándose progresivamente, van dando sólo en los puntos elevados del suelo. Se indica que, aunque hay ya menos tiempo, todavía queda el suficiente para hacer alguna cosa. IV, 59.

Solapa (De).—«He visto que no nos escucha nadie *de solapa*». Esto es, encubierto ó escondido de propósito, para escuchar. (Arrieta.) V, 178 (t).

Solazarse.—«Dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo *se estaban solazando*».—Palabra noble y hermosa, hija del latino *solatium*, de que un uso injusto ha privado á nuestro idioma, ó desterrándola entre las anticuadas, ó envileciéndola (lo que es aún peor) con una significación baja y picaresca. I, 31.

Solisdán.—Su soneto á Don Quijote de la Mancha. No encuentro semejante nombre en los libros caballerescos, y así, lo considero invención de Cervantes, que quiso poner en su boca este soneto de lenguaje viejo y anticuado. I, LXX (Prólogo).

Sólito.—«Recibid, señora, con vuestro *sólito* agrado al señor Don Quijote de la Mancha».—Pudiera ocurrir que «*sólito*» era arcaísmo, y que Cervantes lo ponía en boca de Don Diego de Miranda como propio del estilo caballeresco, donde es frecuente el uso de los arcaísmos, y usándolo D. Diego por la noticia que ya tenía del pie de que cojeaba su huésped. Pero antes había contado D. Diego (IV, 279) que «los libros de caballerías aun no habían entrado por los umbrales de sus puertas».—«*Sólito*» no debe calificarse de

arcaísmo, sino de italianismo, como otros del *Quijote* (Véase la Nota: V, 292), tanto más que la misma palabra se halla usada una y otra vez en la novela de *Rinconete y Cortadillo*, donde no tiene lugar la conjetura. En castellano decimos «*insólito*», y es uno de los vocablos negativos cuyos primitivos no son de nuestro idioma, como sucede en «*invicto*» y otros muchos. IV, 321.

Solo y señero.—«Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, *solas y señeras*».—En las ediciones tanto antiguas como modernas del *Quijote*, se había leído siempre «*solas y señoras*» hasta que lo corrigió con mucho acierto D. Juan Antonio Pellicer, poniendo en la suya «*solas y señeras*». Con efecto, nada significaba aquí «*señoras*»; y «*señeras*», que equivale á «*singulares*», de cuya palabra pudo derivarse, se encuentra en otras obras de Cervantes, en el *Persiles*, y en la novela de la *Gitanilla*, donde se refiere que el gitano fingido Andrés, «por más que le dijeron, quiso ser ladrón *solo y señero*», esto es, «solo y sin compañía». En la misma significación se halla «*señero*» en los documentos más antiguos de nuestra lengua. La Academia Española adoptó esta enmienda en su edición de 1819. I, 233.

Solón y Licurgo.—Véase *Licurgo y Solón.*

Son (Sin esperar) de trompeta ni otra señal que los avisase:

«*Senza che tromba ò segno altro accenasse*»
(*Orlando Furioso*, c. 33, est. 79.)

como dijo Ariosto al describir el combate que tuvieron Gradaso y Reinaldos junto á la fuente, sobre cuál de los dos había de quedar por dueño de la espada Durindana y del caballo Bayarte. La misma expresión se repite en el cap. 64 de esta segunda parte (VI, 325), al contarse la segunda batalla de Don Quijote con el bachiller, convertido ya en el caballero de la Blanca Luna. IV, 253, 254.

Sonetos.—El soneto es, entre las composiciones métricas breves, la más difícil. Boileau dijo en su *Arte poética:*

Un sonnet sans défauts vaut seul un long poëme;
Mais en vain mille auteurs y pensent arriver,
Et cet heureux Phénix est encore à trouver.

Góngora, aunque no tan severo como Boileau, creyó que un poeta no puede pasar de hacer uno bueno, y dijo en una letrilla:

Que se emplee, el que es discreto,
En hacer un buen soneto,
Bien puede ser.
Mas que un menguado no sea
El que en hacer dos se emplea,
No puede ser.

Sin embargo, el mismo Góngora hizo muchos, Lope de Vega publicó muchísimos; pero entre todos hay muy pocos buenos. Cervantes verificó la regla que dió Góngora en su letrilla: hizo un soneto bueno, que fué el del túmulo de Felipe II, y que con razón llamó «honra principal de sus escritos» en el *Viaje al Parnaso*; mas de allí no pasó. —Según la opinión más acreditada entre los literatos, el soneto se inventó en Sicilia corriendo el siglo XII. En el XIII recibió forma más fija y leyes más severas en el continente de Italia; y Petrarca compuso más de trescientos en el XIV. Finalmente, se encuentran ya sonetos castellanos desde el marqués de Santillana D. Íñigo López de Mendoza, que murió el año de 1458, á principios del reinado de D. Enrique IV. IV, 345.—Sonetos dirigidos á Don Quijote, Dulcinea, Sancho, Rocinante, etc. I, LXII-LXX (Prólogo).—Varios sonetos en el *Quijote*. II, 359; III, 46, 47, 172, 173.—Véase *Centones*.—[I, 337 y n., etc.]

Sopa (Para) de arroyo y tente bonete, no hay arma defensiva en el mundo.—«*Sopa de arroyo*», significa «guijarro», por los que hay ordinariamente en los arroyos, donde, revueltos con el agua turbia en ocasión de avenidas, parecen *sopas*. «*Tente bonete*», expresión citada por Quevedo en el *Cuento de cuentos,* es «con empeño, tesón, porfía». Uno y otro pertenecen al estilo familiar. IV, 201.—«*Sopa de arroyo*». Metafórica y vulgarmente se llamaban así las piedras ó cantos, como asimismo «*tente bonete*», y «*lágrimas de Moisén*». En la comedia *Selvagia* dice el criado Carduel: «¡Ay! no nos envíen por colación algunas *lágrimas de Moisén* ú *sopas de arroyo*». (Pellicer.)—*Sopa de arroyo*: familiar. La piedra suelta ó guijarro. (Academia.)

Sopistas.—«Que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman «*andar á la sopa*». Como aquel hidalgo pobretón de quien cuenta Quevedo en el *Gran Tacaño,* que pedía ración doble en la portería de San Jerónimo para una familia necesitada, y luego sorbía con gran valor detrás de la puerta. Esta manera sórdida de seguir la carrera de las letras, que era tan común en tiempo de Cervantes, apenas es ya conocida en el nuestro. Llamábanse estos estudiantes «*sopistas*», por la sopa que les daban á la puerta de los conventos, y también «*brodistas*», por el brodio ó bodrio de que se alimentaban. Posible es que este mísero recurso haya servido una ú otra vez para fomentar el ingenio y los talentos; pero es sin duda, que ha producido innumerables sujetos ineptos, y que ha privado de infinitos brazos á la agricultura y á las artes, donde tampoco son inútiles ni el ingenio ni los talentos. III, 129.—Véanse *Andar á la sopa* y *Brodistas.*

Sortija (Correr).—«*Sortija*», juego ecuestre en el cual el jinete intenta, durante la carrera, enfilar con su vara una sortija pendiente en una cinta. VI, 285.

Sotaermitaño.—«Una *sotaermitaño* que en la ermita hallaron».

—La tenienta de ermitaño. (Arrieta.) V, 8, 10 (t).—Véase *Menos mal hace el hipócrita que se finge bueno*, etc.

SS (Las cuatro) que dicen que han de tener los buenos enamorados: sabio, solo, solícito y secreto. III, 50.—Véase *Lágrimas (Las) de Angélica*.

Stultórum infinitus est númerus.—El texto latino que se cita y dice que «es infinito el número de los tontos», es del libro del Eclesiastés, cap. 1.°, v. 15. Con él trata el bachiller de tontos á los que gustan del *Quijote*; y esto es, ó bufonada de Carrasco, ó modestia, no muy oportuna, á la verdad, ni sincera, de Cervantes. IV, 69.

Subir de punto.—Frase. Crecer ó aumentarse alguna cosa. (Academia.)—«Tan gran perfección de hermosura, que no la pudo *subir* más *de punto* la naturaleza. V, 274 (t).—«Y aun las *subía de punto*». VI, 19 (t).

Sudar el hopo.—«Y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos *ha de sudar el hopo*». «*Hopo*» es nombre que se da en especial á la peluda y larga cola de la zorra; y se dice que le «*suda el hopo*» al que trabaja con afán y fatiga, como le sucede á este animal cuando huye con todo su esfuerzo, para evitar que le alcancen los perros. I, 212.—«*Sudar el hopo*» es frase familiar, que se usa para dar á entender que cuesta mucho afán y trabajo el conseguir ó ejecutar alguna cosa. (Arrieta.)

Sudar los dientes.—«Que á fe que primero que le vuelva á mi poder, me *han de sudar los dientes*». La acción de sudar no conviene á los dientes, y pudiera sospecharse que hay vicio en el texto: á no ser que con la dificultad de «*sudar los dientes*» se quisiese ponderar la de recobrar el mono. V, 61.

Suelos (Por esos).—«Que anda lo de mi marido *por esos suelos*, (dijo la huéspeda cuando arremetió al barbero), que es vergüenza; digo el peine que solía yo colgar de mi buena cola». II, 507 (t).—*Por el suelo* ó *por los suelos:* modo adverbial con que se explica el desprecio con que se trata

alguna cosa, ó el estado abatido en que se halla. (Academia.)

Sueño (Bien haya el que inventó el).—«No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y *bien haya el que inventó el sueño;* capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sólo una cosa mala tiene el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces.» Con efecto, es demasiado ingenioso y culto el lenguaje de Sancho en esta ocasión, como en algunas otras de la fábula (véanse las Notas: IV, 96, 97; VI, 2, 168); y tanto, que desdice notablemente del carácter señalado á nuestro escudero. Cotéjese este lugar con los otros de «*voquibles*» y «*fócil*», (IV, 56, 119), y se verá que no pueden atribuirse á una misma persona. Verdad es que en el segundo de los dos pasajes hubo exageración, atribuyéndose á Sancho una rusticidad que no le era propia. Cervantes, sin duda, echó de ver esta desigualdad de lenguaje, y quiso prevenir y anticiparse al lector para desarmarle y disminuir el cargo poniéndolo en boca de Don Quijote. («No te entiendo, Sancho, dijo luego Don Quijote», etc. IV, 119). VI, 367, 8 (t), 368.

Sueño (Segundo).—«Don Quijote despertó á las voces». Es la única vez, en todo el discurso de la fábula, que Don Quijote despierta después que Sancho. Éste era dormilón: «nunca conoció *segundo sueño*», porque el primero le duraba toda la noche (VI, 365), y «tenía por costumbre dor-

mir cuatro ó cinco horas las siestas del verano» (V, 176). «Duerme tú», le decía su amo en la aventura de los batanes, «duerme tú, que naciste para dormir». (II, 122.)—Don Quijote era de poco sueño; y así debía suceder siendo loco. Antes de emprender el ejercicio de la vida caballeresca, se le pasaban de claro en claro las noches leyendo (I, 10); después solía emplearlas entreteniéndose en sabrosas memorias de su señora (I, 255); y cuando dormía, satisfacía á la naturaleza con el primer sueño, sin dar lugar al segundo. (VI, 365.) II, 229.

Sueños (Relaciones de).—La aventura de la cueva de Montesinos es, entre todas las del *Quijote*, donde más lució la inventiva de Cervantes. El encuentro de Dulcinea encantada en la cueva de Montesinos, estaba enlazado con los sucesos anteriores de la visita del Toboso y la maliciosa ficción de Sancho, y es el fundamento y la clave, digámoslo así, de los restantes trámites de la fábula. Es un incidente fecundo en consecuencias y aplicaciones, que viene á ser el núcleo principal de lo que forma el enredo y el desenlace de la acción hasta el fin de la segunda parte. La felicísima ocurrencia de haber colocado la relación de la aventura en un sueño de Don Quijote, quita toda clase de inverosimilitud á las particularidades. Los épicos antiguos hicieron intervenir á los dioses en los casos á que no alcanzaba lo humano; en los libros caballerescos se asignaron estas funciones á los encantadores y nigromantes; Cervantes suplió estos medios por el del sueño, que salva absolutamente lo inverosímil, porque nada lo es pasando entre sueños. Es verdad que Don Quijote refiere que, después de dormirse en la cueva, despertó, y que, despierto ya, vió á Dulcinea y cuanto refiere de la cueva; pero el lector ve claramente que el despertar fué soñado, y así también lo demuestra el estado en que sacaron á Don Quijote de la sima, y el trabajo que después de sacarle costó el

despertarlo. Don Quijote lo creyó de buena fe, como loco, y en adelante hizo del desencanto de su señora el objeto de sus deseos y esperanzas.—Muchos escritores antiguos y modernos tuvieron el pensamiento de reducir sus producciones á la relación de un sueño. Así lo hizo Tulio en el de Escipión, donde, bajo la forma fugaz de un diálogo soñado, agitó las cuestiones más importantes de la filosofía. La *Divina Comedia* del Dante, los *Triunfos* del Petrarca, el *Corbacho* de Bocacio, son también relaciones de sueños. Entre nosotros, D. Francisco de Quevedo usó de este mismo artificio en sus opúsculos intitulados *La visita de los chistes*, *La casa de los locos de amor* y *El sueño de las calaveras*, y lo mismo D. Diego de Saavedra en su *República literaria*, una de las producciones que por su lenguaje, erudición y crítica honran más nuestra literatura: pero ninguno aventajó á Cervantes en la oportunidad de emplear este medio para conciliar lo falso con lo verosímil en el progreso de su fábula. En toda ella no hay aventura mejor imaginada, ni que más claramente manifieste los quilates del ingenio de su inmortal autor. Se aprovechó Cervantes de las antiguas hablillas creídas vulgarmente en el país de su héroe; las amalgamó con las noticias de los romances, también antiguos, que andaban en boca de todos sobre Montesinos, sobre Durandarte y los amores de éste con Belerma; combinó estas circunstancias del error y del capricho con las reales y físicas del nacimiento del Guadiana, de las lagunas de donde nace, de su desaparición y segundo nacimiento, de la calidad de sus aguas y pesca; añadió, de la fértil y florida vena de su ingenio, la existencia, no mencionada en los romances y consejas populares, del escudero Guadiana, de la dueña Ruidera, sus sobrinas é hijas; la transformación de aquél en río y de éstas en lagunas; hizo intervenir en estos sucesos á Merlín, reputado padre de la magia en la opinión del vulgo europeo; acumuló con suma

gracia y oportunidad á estas transmutaciones la de Dulcinea; y de todos estos elementos, aglomerando lo natural, lo histórico, lo ridículo y lo caballeresco, formó la aventura más feliz y más poética del *Quijote*. IV, 451, 452.

Suizo y *esguízaro*.—«En alemán ó en tudesco».—Debió ser «en alemán ó tudesco». Como el texto lo dice, indica cosas distintas; mas no lo son en castellano «alemán» y «tudesco»; como tampoco «*suizo*» y «*esguízaro*». VI, 100.—Véase *Alemán, tudesco*.

Sujeto, por «asunto».—«El *sujeto* que ofrecían».—Así se dijo también en el cap. 25, donde, hablando de los poetas que celebran bajo nombres supuestos á sus damas, dice Don Quijote: «las más se las fingen por *sujeto* á sus versos». (II, 317.) Y el mismo canónigo, en el cap. 48 siguiente, «¿Qué mayor disparate, dice, puede ser, en el *sujeto* que tratamos, que salir un niño», etc. (III, 402.) Y no fué solo Cervantes el escritor de nota que usó de la palabra «*sujeto*» en esta acepción; bien que no es la más común que tiene en castellano, donde más frecuentemente significa la «persona». Sirva esto de prevención para el caso que á algún lector le ocurra la duda de si el «*sujeto*» del texto es galicismo ó italianismo. III, 390.

Súmulas de Villalpando.—Gaspar Cardillo de Villalpando, teólogo que se distinguió en el concilio de Trento por su saber y elocuencia, fué natural de Segovia, colegial de San Ildefonso, beneficiado de Fuentelsaz y canónigo de Alcalá. Compuso con arreglo á las ideas recibidas comunmente en su tiempo, y publicó en Alcalá el año de 1557, la *Suma de las súmulas*, dedicada á la universidad, la cual dispuso que éste fuese el libro por donde se estudiase la dialéctica en sus escuelas. Cervantes, como natural de Alcalá, donde vino al mundo el año de 1547, diez antes de la publicación de las *Súmulas*, debía estar bien informado de estas particularidades. III, 365.

Supercheria.—«La *supercheria* está descubierta». «*Superchería*» es el artificio y dolo que da ventaja indebida á alguno de los combatientes. La ventaja en la presente ocasión era la desproporción del número. V, 83.

Superlativarse.—«Á pesar de que ésta y otras no pueden *superlativarse*»: permítaseme el uso de esta voz en obsequio de la claridad. (Clemencín.) V, 3.

Supersticiones.—Véase *Agüeros.*

Supersuperlativos.—«*Muy sabrosísimo* queso». La reunión de la partícula «*muy*» con el superlativo, que se advierte aquí, está desterrada de nuestro uso actual, pero estuvo admitida en el antiguo. Muchos ejemplos citados. Obsérvese que la lengua castellana en su primera edad no tuvo superlativos. En nuestros libros y romances viejos la partícula «*muy*», añadida al positivo, esforzaba entonces su significación todo lo posible. Después vinieron los superlativos castellanos propiamente dichos, que nuestro idioma heredó de su madre la lengua latina. III, 507, 508.—«Doy por *bien empleadísima*». Cuando se quiere esforzar la significación de algún adjetivo y elevarle á superlativo por medio de alguna partícula, se hace superlativa á ésta, y no se toca al adjetivo. Así, se dice «tiempo *malísimamente empleado*», y no «*mal empleadísimo*»; «plaza *valentísimamente defendida*», y no «*valientemente defendidísima*». Conforme á esta analogía, las personas cultas nunca juntan el superlativo con la partícula «*muy*», á pesar de que ésta y otras no pueden superlativarse. V, 3.—«Decid lo que *quisieredísimis*». Era propio de la feliz inventiva de Cervantes exagerar á lo sumo el ridículo con esta aplicación de la forma superlativa, no sólo á los nombres, como «*cuita*», «*mancha*», «*escudero*», «*Quijote*» y «*dueña*», sino también á un verbo, como «*quisiéredes*». V, 270.

Sus.—«Ea, *sus,* salgan mis caballeros». «*Sus*», interjección nacida del latino *sursum*, «arriba», que igualmente se usó

en el francés antiguo, de lo que hay ejemplos en la historia de Tristán. Del mismo origen vino el adverbio castellano «*suso*», que también significa «arriba», y es correlativo de «*ayuso*», «abajo». Gonzalo de Berceo, en los *Signos del juicio*, hablando de los cuerpos de los bienaventurados, dice:

«*Volarán suso et yuso á todo su taliento*».

Estas dos voces se hallan ya hace tiempo anticuadas; pero se conservaron alguna vez, cuando dos sitios de igual nombre, estando inmediatos, necesitaban distinguirse por su situación, como sucedió con el monasterio de San Millán de *Suso*, donde se crió el mencionado Gonzalo de Berceo, y se llamó así para distinguirse del monasterio de San Millán de *Ayuso*. II, 167, 168.

Sustantivos.—«Un pastor *cabrerizo*..... el cual pastor ó *cabrerizo*». Aquí se ve usada la palabra «*cabrerizo*» en dos acepciones diferentes; la primera vez, como adjetivo, y la segunda, como sustantivo. Hay varios ejemplos de sustantivos que empezaron por ser adjetivos, y que el uso trasladó después á aquella clase; como «*medias*» (calzado de las piernas), que al principio fueron «*medias calzas*». Lo mismo sucedió en «*soldado*», «*comida*», y otros nombres semejantes. II, 124.—«Una de las *guardas*». «*Guarda*» es nombre femenino cuando significa «observancia»; como cuando decimos «la *guarda* de los mandamientos»; pero cuando significa «el guardador» ó «el que guarda», el uso actual le ha señalado el género masculino, lo mismo que á otros que con la terminación en *a* reunen la circunstancia de pertenecer al sexo viril. Véanse las Notas: II, 192; I, 232; III, 138, 262; IV, 405; V, 442.—El sexo de lo significado ha dado ocasión y margen para la novedad; pero cuando no hay este motivo, el uso es absolutamente caprichoso en la asignación de los géneros de los nombres acabados

en *a:* también los hay femeninos acabados en *o*, como «*mano*». II, 193.

Ta, ta, dijo Sancho.—Parece la misma interjección, y por de contado tiene las mismas letras, que la latina *atat*, usada varias veces por Plauto y Terencio. Indica la sorpresa del que viene á caer en alguna cosa, comprendiendo lo que no entendía antes. II, 309.—«*Ta, ta*, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo». IV, 295 (t).

Tabarca.—Pueblo marítimo de Berbería, veinte leguas á levante de Bona. III, 168.

Tabla Redonda (Caballeros de la).—«Como el rey Artús era valentísimo, así deseaba que los suyos lo fuesen; y cuando podía haber alguno que fuese tal, teníale consigo en la corte, y á él y á los otros de su manera asentábalos á comer en una *tabla y mesa redonda*, porque cada uno fuese primero y postrero, no habiendo en la mesa principio ni fin. Cuando el rey andaba en las guerras, con él se ejercitaban sus caballeros; y cuando guerras no había (por hacelles excusar toda ociosidad), hacíales experimentar en diversos ejercicios, por donde les dieron el nombre de caballeros errantes. Fueron principales entre éstos Tristán de Leonís, Lanzarote, Galbán, Troyano y Galerzo». (Antonio de Obregón.) El constructor de la tabla ó mesa redonda, según se cuenta en la historia de Tristán, fué el sabio Merlín. En cada asiento aparecía escrito el nombre del caballero para quien era, sin cuya circunstancia nadie podía sentarse: el sucesor debía aventajarse en valentía al que le había precedido. Ya vimos en otra Nota (I, 94) que los romances antiguos castellanos hicieron mención de la *Tabla Redonda*, aplicándola á los doce Pares de Francia. Véase la Nota: I, 261, 262.—Véase *Doce (Los) Pares de Francia.*

Tablados (Quebrantar), ó bofordar.—Véase *Bofordar, ó quebrantar tablados.*

Tablante de Ricamonte (La historia de).—II, 30.

Tablas.—El juego de las tablas, á que estaba jugando Don Gaiferos, era, según todas las señas, lo que ahora llamamos «chaquete». V, 46.—Véase *Chaquete.*

Tagarinos.—Las noticias de Luis del Mármol y del P. Haedo están conformes con las de Cervantes en llamar *tagarinos* á los moros procedentes de las provincias de la corona de Aragón, y *mudéjares* á los de la provincia de Castilla. III, 209.—Véanse *Mudéjares* y *Elches.*

Tagarninas y piruétanos.—«Escudero *de agua y lana*». «*De agua y lana*», expresión familiar, que equivale á «de poco valor é importancia», cual se supondría que lo era la persona que no bebiese más que agua y no vistiese sino lana; ó que, como se dice más abajo (IV, 229), tuviese «hecho el estómago á *tagarninas y piruétanos*», esto es, acostumbrado á mantenerse de yerbas y frutas del campo. «*Tagarnina*» es lo mismo que «cardillo», y «*piruétano*», «pera silvestre». IV, 228.—Véase *Agua (De) y lana.*

Tahalí.—«Ciñóse su buena espada, que pendía de un *tahalí* de lobos marinos. El nombre de «*tahalí*» es de construcción arábiga, é indica el origen morisco de lo que significa. De las pieles de lobos marinos solían hacerse cintos. IV, 325.

Tajo (El) dorado.—Epíteto que los poetas, tanto antiguos como modernos, dieron á este río. Cervantes fué también de los apasionados del Tajo, como lo mostró aquí y en otros pasajes de sus obras; pero no todos los poetas lo fueron. IV, 436.—«Ninfa del *dorado Tajo,* tejiendo telas de oro y sirgo compuestas». Alusión al pasaje de Garcilaso, que ya se hizo otra vez en el cap. 8.° de esta segunda parte (IV, 137), donde hay Nota sobre ello. Por lo demás, Garcilaso no usó la palabra «*sirgo*». V, 453.

Tal.—Usado como un verdadero sustantivo neutro, como en el pasaje (VI, 163) «bendito sea Dios, que *tal* me ha deja-

do ver con mis propios ojos». III, 16.—Otro ejemplo: «¿Es posible que *tal* hay en el mundo.....» IV, 450.—«*Nora en tal*». Dícese así por no decir «*enhoramala*», lo que hubiera sido una falta de respeto en Sancho, hablando con su amo. Pero me parece que debiera decirse: «en hora *tal*», ó «nora *tal*», porque el toque está en substituir «*tal*» á «*mala*», y nunca se dice ni puede decirse «nora en *mala*». En el uso común se dice «voto á *tal*», por no decir «voto á Dios», y de ello hay ejemplos en la presente fábula. «Eso no, voto á *tal*, respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle como tenía de costumbre)» (II, 269); «Voto á *tal* (y arrojóle redondo), que no me den á entender», etc., decía uno de los criados de D. Luis (III, 320). «*Tal*» es un comodín para esta y otras semejantes ocasiones en que se quiere evitar una palabra chocante, ofensiva ó puerca. «Lo envió á la *tal*» se suele decir, por «lo envió al cuerno», ó cosa peor. VI, 274, 275.

Tal como buena.—«Ya te la hubiera dado *tal como buena*»: esto es, «*tal como buena* paga». *Buena paga:* la persona que prontamente y sin dificultad paga lo que debe ó lo que se libra contra él. (Academia.) VI, 409 (t).—Véase *Buena paga.*

Tal por cual.—«Y aunque dijesen, dijo Sanchica, los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: «mirad la *tal por cual*». Expresión de desprecio, que equivale á ser una cosa «de poco más ó menos», ó «indigna». (Academia.) VI, 41 (t).

Talante.—Voz anticuada, que se halla con mucha frecuencia en los libros de caballería. Quiere decir «modo ó manera de ejecutar alguna cosa; semblante, disposición personal, estado ó calidad de las cosas, voluntad y gusto». Se deriva de *talentum*, que, según Ducange en su *Glosario*, es: *animi decretum, voluntas, cupiditas, florentinis et hispanis «talento»*, etc. Á mediados del siglo XIV, no estaba aún fijada la significación de esta voz, y se decía «*talento*» ó «*taliento*»,

como se ve en el *Poema de Alejandro* y en los de Berceo (véase la Nota *Sus*), ó «*talant*», «*talente*» y «*talento*», cuyas tres palabras se encuentran en las poesías del arcipreste de Hita. «*Talent*», en el antiguo francés, se usó, lo mismo que en castellano, por «voluntad»; y en el *Tristán* francés se halla «*mal talent*», por «mala voluntad». Prueba de la comunicación de ambas lenguas, mayor cuanto más cerca de su origen, como sucede á las líneas convergentes, en los ángulos. En el cap. 2.°, parte primera de esta obra (I, 32), se dice «con gentil *talante*». Y en la página 33 (I, 33): «Ni mostredes mal *talante*»: donde equivale esta palabra á «semblante ó disposición personal». «Buen *talante*» se halla en el cap. 44 (III, 304). V, 257.—«Disponga de mí á su *talante*», esto es, á su voluntad. I, 20.—«De muy buen grado y de mejor *talante*». Viniendo á significar lo mismo «*grado*» y «*talante*», no se ve cómo lo uno puede ser mejor que lo otro. V, 318.—«El caballero de la Blanca Luna, que de tan mal *talante* había dejado á Don Quijote». Aquí, «*talante*» equivale á «estado ó condición». VI, 329 (t).—«De mala voluntad». Decimos comunmente de los que manifiestan disgusto y desabrimiento, que están «de mal *talante*»; y ya se sabe que «*talante*» en el primitivo castellano era lo mismo que «voluntad». III, 424.

Talavera (Arcipreste de).—Véase *Corbacho (El)*.

Talnica.—El nombre de «*Talnica*» que el esclavo de Uchalí dá á su querida, es casi anagrama del de la mujer de Cervantes (Doña *Catalina* Palacios, I, 149). III, 157.

Talle.—«Que yo veo esta tierra de *talle* que no han de faltar en ellas muchas y muy milagrosas aventuras». *Talle*: metafórico. Forma, figura, hechura, disposición física ó moral. (Academia.) IV, 203 (t).

Tamejí, amejí.—«*¿Tamejí*, cristiano, *tamejí?*» Que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? III, 220.—«*Amejí*, cristiano, *amejí*»: vete, cristiano, vete. III, 222.

Tamerlán.—Iguales principios (por ser pastor y bandolero), poco más ó menos, se atribuyen al famoso Tamerlán. IV, 111.—La embajada que le envió á él el rey D. Enrique el Enfermo, á principios del siglo xv. I, 47.—Los embajadores lo vieron jugar al ajedrez. V, 45.

Tan agudo ingenio.—Hizo aquí Cervantes, por boca de Cardenio, el elogio de la invención de su *Quijote:* elogio merecido, sin duda; pero siempre algo disonante en la pluma del inventor. II, 479.—Sin embargo, ejemplos hay de lo mismo entre otros autores célebres. Á la conclusión del famoso discurso de *Jeanie Deans* á la reina Carolina, en la *Heart of Mid-Lothian,* dijo Su Majestad al duque de Argyle: «Esto es elocuencia». Y nunca se tachó á Walter Scott de egoísta.

¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? Pues sabed, etc.—Dijo Sancho á Maritornes, hablando del caballero aventurero. Es para reir, el modo de que habla ya Sancho y el trastorno que en su caletre había producido el contagio de la manía caballeresca. Así lo echaron de ver también el cura y el barbero, como se contará en el cap. 26 (II, 347), cuando encontraron á Sancho, que iba desde Sierramorena á llevar la embajada de Don Quijote para Dulcinea, y, al oir sus sandeces y desvaríos, «se admiraron, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras él el juicio de aquel pobre hombre». II, 24.

Tanda y tunda azotesca.—Juega aquí Cervantes con palabras de diversa significación, que sólo se distinguen en una letra. Especie de travesura, que, usada con sobriedad, engalana el lenguaje familiar. V, 470.—Véase *Azotesca.*—*Tanda:* cantidad, especialmente de azotes ó golpes. *Tunda:* metafórico. Castigo riguroso que se da á alguno, de palos, azotes, etc. (Academia.)

Tansilo (Luis).—Poeta napolitano, que escribió el poema de

las *Lágrimas de San Pedro,* en reparación de otro muy libre que escribió cuando joven con el título de *Vendimiador.* Véase la Nota sobre su vida. Murió por los años de 1570. Dicen que gastó Tansilo más de veinticuatro años en la composición de su poema, el cual no se publicó hasta después de su muerte. La versión de la estancia que se pone á continuación, será traducción del mismo Cervantes. III, 14, 15.—«Las *Lágrimas* de Tansilo gozaron el honor de ser traducidas al castellano seis veces por diferentes ingenios». (Ticknor.)—[III, 87 y n.]

Tántalo, Sísifo, Ticio, etc.—Mencionados en la canción de Grisóstomo.—Reúnense aquí los malvados más famosos que, según los poetas, eran atormentados en los infiernos. Grisóstomo hace aquí uso de la mitología pagana, como si la creyese; y en verdad que la situación en que se le supone, no era para creer ni para fingir que se creen cuentos ni patrañas. Si su canción fuese toda de fuego, esta fría é inoportuna erudición bastara para apagarlo. I, 298.

Tantas largas.—Véase *Largas (Tantas).*

Tantica.—«Si vuestra señoría (el Duque) fuese servido de darme una *tantica* parte del cielo, aunque no fuese más de media legua», etc. Esta palabra «*tantica*» lleva consigo la idea de que el que habla señala con su mano alguna cosa, ó parte muy pequeña de ésta: idea cuyo contraste con la de que esta parte del cielo tuviese la extensión de *media legua,* es uno de los rasgos característicos de la socarronería de Sancho mezclada con su simplicidad. V, 344.

Tanto.—El adverbio «*tanto*», cuando precede al adjetivo á quien modifica, se sincopa, y sólo se dice «*tan*», á semejanza de lo que sucede con el adjetivo «*grande*» cuando precede al nombre con quien concierta. VI, 3.

Tanto más cuanto.—«¿Dónde has visto tú ó leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en *tanto más cuanto* me habéis de dar cada mes porque

os sirva?»—*Tanto más cuanto:* modo adverbial que se usa en las compras y ventas, para ajustar ó convenir en el precio ó estimación de alguna cosa. (Academia.)—Tiene mucha gracia esta reconvención hecha á Sancho, que ni sabía leer, ni había visto en su vida más que lo que permitía ver el oficio de pastor de cerdos y gansos (II, 119; V, 349), y después, de mozo de labor de Tomé Carrasco (V, 87). Y no tiene menos gracia el desafío hecho poco después á Sancho á que halle en el *mare mágnum* de las historias caballerescas, escudero que hubiere «dicho ni pensado» lo que él había dicho. Tan difícil era que Sancho hallase lo «dicho», como lo «pensado». V, 90.

Tanto que mejor.—Tanto mejor. V, 123 (t).

Tantum pellis et ossa fuit.—D. Juan Bowle observó ya que el «*pellis et ossa*», que se aplicó al caballo de Gonela, viene de Plauto, que en su comedia *Aulularia* usó de esta expresión para ponderar lo flaco que estaba el cordero, y aun añadió que se le clareaba la piel y se le veían las tripas. I, 16.

Tañer.—«En manos está el pandero, que le sabrán bien *tañer*».—Este refrán está ya en la colección del marqués de Santillana, así: «en manos está el pandero, de quien lo sabrá *tañer*».—«*Tañer*» es verbo irregular que carece de la primera persona del presente de indicativo, que en otro tiempo tuvo, según se ve por el *Cancionero general* de Lisboa del año de 1517, donde dice una letrilla de Alonso Fernández de Almeida:

> «*Tango vos, el mi pandero,*
> *Tango vos, y pienso en al*».

IV, 415.

Tapia (Andrés de).—Fué uno de los capitanes de Cortés elogiado por los escritores primitivos de Indias, de que se hace mención especial en la *Historia de la conquista de Nueva España*, escrita por D. Antonio de Solís. IV, 278.

Taprobana.—La isla de Ceilán.—Véase *Trapobana.*

Tarasca.—Armazón de serpiente monstruosa, que en tiempos pasados precedía con otras figuras alegóricas á la procesión del Corpus, y llevaba la boca abierta, por donde sus portadores recibían la luz, y las cosas de comer que solían arrojarles los concurrentes, y eran frecuentemente guindas, como fruta propia de la estación. De la holgura con que entraban por la enorme boca, y de la presteza con que las arrebataban los de adentro, nació la locución de «*echar guindas á la tarasca*», para denotar la facilidad y prontitud con que se hacen las cosas cuando sobran medios para ejecutarla. De la ciudad de Argel se dijo en la novela de *Persiles y Sigismunda*, que era «gomia y *tarasca* de todas las riberas del mar Mediterráneo», porque era donde iban á parar las presas de hombres y riquezas que sus piratas continuamente hacían en las aguas y costas del Mediterráneo. III, 166.—Véase *Gomia.*—[II, 250 y n., 359.]

Tarde piache.—Respondió Sancho Panza al doctor Recio, «quien le había prometido de enmendarse, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere».—Proverbio que significa «el que no habló con tiempo». (Covarrubias, voz *Piar.*) VI, 91.—Alude al cuento tan sabido de aquel que, tomando unos huevos pasados por agua, se sorbió uno huero y ya con pollo, al cual oyó piar cuando ya iba pasando por el tragadero abajo, y entonces, no queriendo ó no pudiendo volverle, dijo con mucha calma: *tarde piache;* esto es, *tarde piaste.*—Aquí quiere decir: «hablaste tarde». (Arrieta.)

Tarfe (D. Álvaro).—Caballero granadino, mencionado también en el *Quijote* de Avellaneda, y que, según éste, iba á las justas de Zaragoza en obsequio y por mandado de una dama á quien galanteaba. V, 211; VI, 107, 400, 423, 424, 425, 430.

Tarpeya.—«Como otro desapiadado Nero», etc.—Bien sabi-

do es que Nerón hizo poner fuego á Roma, y que mientras miraba las llamas desde la torre llamada de Mecenas, se entretenía en cantar, á la manera de los histriones, el incendio de Troya; tomándose de esta ruina pretexto para perseguir cruelmente á los cristianos, á quienes se dió por autores del daño. Á este asunto se hizo el romance que empieza:

«Mira Nero, de Tarpeya,
Á Roma cómo se ardía;
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía».

(Cita de Pellicer.)

Citóse este romance á otro propósito en el de Altisidora (V, 399), y se encuentra en nuestras antiguas colecciones de romances. I, 101, 102.—«No mires, de tu *Tarpeya,* este incendio que me abrasa, Nerón manchego del mundo», etc. (Romance de Altisidora.) Suetonio, refiriendo el incendio de Roma por Nerón (suceso á que aluden estos versos), dice que aquel príncipe lo estuvo mirando desde la torre llamada de Mecenas, la cual, según la relación que hizo Tácito de este suceso, debió estar en el palacio del mismo Nerón. El nombre de «*Tarpeya*» se daba á la roca ó risco de que eran arrojados los traidores, desde los tiempos antiguos de Roma. La ocasión de haber dado aquí Altisidora el nombre de «*Tarpeya*» á la torre de donde miró Nerón el incendio, pudo ser aquel pasaje de la historia de Don Belianís, que cita Bowle en sus anotaciones: «¡oh cruel espectáculo! no fué tan malo el que miraba Nero de la Torre *Tarpeya*», etc.; ó bien alude al romance cuyos versos siguientes canta Sempronio en la primera escena del acto primero de la *Celestina: Mira Nero, de Tarpeya,* etc.—Estos cuatro versos se repiten en el cap. 8.º de la tercera parte de *Don Florisel de Niquea,* por Feliciano de Silva, en boca de una doncella que los cantaba al son de un harpa. En la

comedia *Roma abrasada*, de Lope de Vega, está, al parecer, entero el mismo romance, que acaba por estos versos:

> «*Siete días con sus noches*
> *arde la ciudad divina,*
> *consumiendo las riquezas*
> *que costaron tantas vidas*».

V, 399.—«Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía». Alusión al romance antiguo: «*Mira Nero, de Tarpeya*» etc. Esto se dijo de Sancho, que miraba á Ricote y sus compañeros, bebiendo. VI, 101.—Véase *Nerón.*

Tárraga (Francisco de).—Su *Enemiga favorable.* III, 400.—Véase *Enemiga (La) favorable.*—[II, 296, 301 y notas.]

Tártagos.—Yerba que purga violentamente, causando ansias y congojas á quien la toma. De aquí viene darse el nombre de «*tártagos*» á las angustias y sustos, que, siendo muy grandes, como en esta ocasión los de Sancho, pudieron llamarse mortales. IV, 198.

Tartesios (Los) campos.—Tarteso fué ciudad antigua de la Bética, que, según unos, estuvo en la ensenada de Gibraltar; según otros, en Tarifa; según otros, en Cádiz. Los autores latinos llamaron *Tartesia* á la región occidental de la Bética, y en el mismo sentido usa Cervantes de esta voz. II, 78.—*Bética*: hoy Andalucía. (Academia.)—[III, 378, n.]

Tasso (Torcuato).—Cervantes elogió á Torcuato Tasso, así en su *Viaje al Parnaso* como en el *Persiles.* VI, 290.

Tate, tate, folloncicos, etc.—Versos tomados de un romance antiguo, que se han citado ya en una Nota al cap. 49, primera parte (III, 466). VI; 464.

T. E.—D. Valentín Foronda, autor de notas muy embozadas y capciosas al *Quijote,* escritas en forma de cartas, entre los años de 1793 y 1799, las publicó en Londres el año de 1807 con título de *Observaciones sobre algunos puntos del Quijote,* ocultándose bajo las iniciales *T. E.* I, 232,

tela de cedazo!»—Ciegos son, con efecto, ó muy cortos de vista, los que no ven, cuando los obstáculos para ver son tan pequeños como los que ofrece la interposición de una tela de cedazo. Don Quijote daba á entender al barbero, que le entendía. IV, 15.

Tembleque.—«Que volváis presto de *Tembleque*». Tuvo particular gracia este dicho del eclesiástico, á quien lo prohija Cervantes á pesar de la ojeriza que le profesaba; y con razón lo recomienda D. Vicente de los Ríos como una expresión proverbial que se usaría discreta y oportunamente con los de conversación pesada y enojosa. V, 143.—«Que había ido por aquel tiempo á segar á *Tembleque*». V, 142 (t).—Es, con efecto, *Tembleque* tierra de tanta mies y de tanto pan, que necesitaba de segadores forasteros. (Pellicer.)

Temeroso.—«La voz *temerosa*».—«*Temerosa*» no está en la acepción, que otras veces tiene, de «tímida ó atemorizada», sino de «temible ó atemorizadora». Poco antes se dijo en el mismo sentido «el *temeroso* lago» (III, 472).—El adjetivo «*temeroso*», aplicado á personas, significa el temor que padecen, y aplicado á cosas, el temor que infunden. III, 474.

Tendillas (Las) de Sancho Bienaya.—Según el doctor Pisa en su *Historia de Toledo,* hubo en aquella ciudad una plaza muy antigua de tiendas, que se nombraba de Sancho Minaya ó Bienaya. Es sumamente verosímil que este apellido es el patronímico árabe «*Benhaya*» ó «*Ben Yahía*», «hijo de Yahía», que pudo conservarse entre los muzárabes; y con efecto, el doctor Salazar de Mendoza, en su libro del *Origen de las dignidades de Castilla,* hace mención de la familia de los Benhayas de Toledo. Pellicer discurre que acaso dió nombre á aquella plazuela Sancho Benhaya, que con otros toledanos sirvió de testigo en un privilegio despachado en Madrid por el rey D. Alonso VIII el año

de 1193 á favor de diferentes vecinos de Jumella. I, 63, 64.—Véase *Sancho Bienaya.*

Tener ánimo de, y para.—«Y no *tuvo ánimo de* decir nones».—«*Tener ánimo de*» es tener intención ó propósito de hacer alguna cosa: «*tener ánimo para*» es tener valor y resolución para ejecutarla. Esto último es lo que quiso decir el guarda. El uso actual favorece más á la claridad y exactitud del discurso: materia que, sin perjuicio de lo mucho que floreció el habla castellana en tiempo de Cervantes, está más afinada en el día, que lo estuvo entonces. II, 196.—«No *tuve ánimo*, ó no se me acordó, *de* reñir á mi doncella». «No *tuve ánimo para*» es lo que quiso decir Dorotea, y lo que significa el pasaje. II, 409.

Tener compañía, por «*acompañar*».—«Que le habéis de *tener compañía* en la jaula».—El que no conociese bien nuestra lengua, tal vez acusaría esta frase de galicismo, como también la de «*meter á la espada*», «*meter á fuego y sangre*», y otras de este género, que suelen hallarse en nuestros buenos libros, y de que hemos hablado en algunas ocasiones anteriormente. III, 371.

Tener el envite.—«*Tuvo* el bachiller *el envite*».—Metáfora tomada del juego. Lo que sigue es un hermoso ejemplo de narración rápida, y no es el único que ofrece el *Quijote.* IV, 70.—*Envite:* metafórico. Ofrecimiento de alguna cosa. (Academia.)—«*Tuvo el envite*», esto es, lo aceptó. Metáfora tomada del juego del embite (envite), en el cual se dice «*tener el embite*» cuando se admite el que hace en contrario. (Arrieta.)—«*Quiero el envite;* dijo Sancho á Tosilos, quien desenvainó su calabaza *de lo caro*». VI, 350 (t).—Véanse *Envite* y *Quiero el envite.*

Tener (El) y el no tener.—«Dos linajes solos hay en el mundo (dijo Sancho), como decía una agüela mía; que son *el tener y el no tener*, aunque ella al del *tener* se atenía; y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso

al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado».

«Et genus et virtus, nisi cum re, vilior algâ est»,

dijo Horacio en sus *Sátiras* (lib. II, sat. 5.[a]); y en el libro de la *Pícara Justina* se lee: «algún buen voto ha habido de que en España y aun en todo el mundo no hay sino solos dos linajes; el uno se llama *tener*, y el otro, *no tener*». Esto es lo que repetía la abuela de Sancho, según contaba su nieto: y debió haber desde antiguo muchas viejas de su opinión, porque en la *Colección de los refranes que dicen las viejas tras el huego,* y recogió en el siglo XV el marqués de Santillana, se encuentra el de «*tanto vales cuanto has*», que envuelve la misma sentencia de Sancho en el período precedente. Fernán Pérez de Guzmán escribía también por entonces en las *Generaciones y semblanzas:* «en este tiempo aquel es más noble que es más rico». Es visto que la opinión de Sancho era más antigua que su abuela: digámoslo mejor; es tan antigua en el mundo como la división de lo «tuyo» y «mío». IV, 384.—Véase *Linajes (Dos) en el mundo.*

Tener mano y cabida con alguno.—Frase metafórica. Tener influjo, poder y valimiento con él. (Academia.)—Sancho dice que los buenos tendrán con él *mano y concavidad:* querría decir «*mano y cabida*». V, 186.

Tener puesto ya en sal al gigante.—Es haberle ya vencido y muerto, tomando la semejanza de los cerdos domésticos, á los que se pone en sal después de la matanza. Sancho, todo lleno de gozo, amontona fórmulas y expresiones proverbiales para expresarlo. III, 78.

Tener que ver una persona ó cosa con otra.—Frase. Haber entre ellas alguna relación ó conexión. (Academia.)—«Avísame si el mayordomo que está contigo, tuvo que ver en las ac-

ciones de la Trifaldi, como tú sospechaste». No es verosímil que, constándole á Don Quijote que Sancho no sabía leer y que se había de valer de ministerio ajeno para enterarse de su carta, le escribiese sobre este punto; mucho más, estando con Sancho el mayodormo de la sospecha. VI, 55, 56.—Á Clemencín se le olvida, en esta, como en muchas otras ocasiones, que Don Quijote fué loco.

Tener una cosa en la uña.—Frase metafórica. Saber alguna cosa muy bien, y tener muy pronta su especie. (Academia.) —«Y *tiene* (Don Quijote) todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo, *en la uña*». Así dijo Sancho, hablando de su amo. V, 80 (t).

Tenerlas (No) todas consigo.—Frase. *No llevarlas todas consigo;* frase familiar con que se denota el recelo ó temor que alguno tiene ó con que va á ejecutar alguna cosa. (Academia.)—«Pasmóse Sancho en viéndolas (la gran multitud de lumbres), y Don Quijote *no las tuvo todas consigo*». II, 95 (t).—«*No las tuvo todas consigo* Don Quijote, que también se estremeció», etc. VI, 301 (t).

Tenérselas tiesas.—«Pero él (Sancho) *se las tenía tiesas* á todos». —*Tenerlas tiesas:* frase familiar. Mantenerse firme contra alguno en contienda, disputa ó instancia. (Academia.)—Se mantenía firme, hacía frente á todos, aunque tonto y tosco. (Arrieta.)

Tenía una cara como una bendición.—Véanse *Bendición* y *Grisóstomo.*

Tenorio (Jofre).—«*El diablo está en Cantillana*». Expresión proverbial nacida de la calificación de «*diablo*» que se hubo de dar á alguna persona que residió ó estuvo en Cantillana, y se dice de los pueblos donde hay disturbios y enredos.—Gonzalo de Oviedo, en sus *Quincenas,* cree que esta expresión se dijo por un capitán de la parcialidad del almirante de Castilla Jofre Tenorio, que durante las turbulencias de la minoría de Alonso XI recorría las cercanías de

Sevilla «haciendo muchos males y desafueros», y porque ejercía especialmente sus depredaciones en Cantillana, los arrieros y caminantes se alejaban de aquel camino, y acostumbraban á decir: «Vámonos por otra parte, que *está el diablo en Cantillana*».—Véase la Nota para otras citaciones, referentes al maestre D. Juan Pacheco, y á Hernando de Cantillana, por quien se dijo el refrán de «*el diablo está en Cantillana*». Una comedia de Luis Vélez de Guevara tiene este refrán por título. VI, 5, 6.—Véase *Cantillana (El diablo está en)*.—[II, 324, 325 y n.]

Tente en buenas.—Esto es, «mantente en las buenas palabras ó expresiones que acabas de decir»: elipsis como otras que autoriza el uso. IV, 386.

Terceras (Oliscan á).—«*Tercera*» es «alcahueta». V, 299.—Véase *Oliscan á terceras.*

Tercería (Á hacer alguna).—Las dueñas tenían fama de que solían ejercitar este oficio, como aquellas de quien habla *Guzmán de Alfarache*, el que, refiriendo la solicitud de un galán para tratar con una mujer hermosa, dice «que halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas; que suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las más castas mujeres; que por mejorarse de monjiles y mantos, y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten..... castidad que no manchen..... maldad con que no salgan». V, 456.

Tercio.—El maese de campo mandaba un tercio, que entre nosotros era un cuerpo de infantería, parecido á la legión romana. III, 263.

Tercio (Mejorado en) y quinto.—Palabras forenses usadas en los testamentos. Expresan lo más que puede dejar el testador á su heredero de sus bienes, de cuyo *quinto* ó quinta parte puede disponer á su arbitrio si tuviese hijos ú otros descendientes legítimos. En cuanto al *tercio* ó tercera

parte, puede adjudicarla á quien prefiera de ellos; y finalmente, puede disponer de éste á su voluntad si le heredasen sus padres ó cualquiera de sus ascendientes legítimos, llamados por la ley á falta de descendientes. De aquí ha nacido esta locución metafórica, con que se expresa la mayor ventaja posible en cualquiera cosa. V, 309.—«Y puso su jumento á las mil lindezas, dejándolo *mejorado en tercio y quinto*». II, 161 (t).—«Hemos de salir *mejorados en tercio y quinto* en fama y en hacienda». V, 136 (t).

Terciopelo de treinta pelos.—*Terciopelo*: tela de seda, velluda, que regularmente se hace de tres pelos. (Academia.)—Sancho, describiendo el vestido de boda de la novia Quiteria, dice: «y la palmilla verde de Cuenca es *terciopelo de treinta pelos*». IV, 389 (t).

Teresa Panza.—Mujer de Sancho. Las primeras ediciones, inclusa la primitiva de 1615, hecha á la vista del mismo Cervantes, y todas las siguientes, pusieron «*Teresa Sancha*». Y no fué este error, como otros, efecto de una distracción pasajera del autor, porque la misma Teresa se da el apellido de «*Sancha*» al fin del capítulo (VI, 45), indicando que lo toma del nombre de su marido. Por manera que no sé si hizo bien en corregirlo Pellicer, y después, á ejemplo suyo, la Academia en su edición de 1819. VI, 24. —Su carta á la Duquesa, á quien da Teresa en ésta el tratamiento de «á vuestra pomposidad». VI, 75, 78.—Su carta á Sancho, su marido. VI, 78.—Dijo éste que el nombre pastoral de «*Teresona*» «le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene». VI, 358, 442.—«Y Sancho Panza (dijo Sansón Carrasco), si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de «*Teresaina*». VI, 442.—Véase *Gutiérrez* (*Mari*).

Terliz.—De «*lizos*», se dijo «*terliz*», como «hecho con *tres lizos*». III, 392.—Véase *Lizos*.

Terminaciones de voces.—Notas importantes. La terminación

en *ote*, que en castellano se aplica ordinariamente á cosas ridículas y despreciables, como *librote*, *monigote*, *mazacote* y *Quijote*. I, 19.—Las voces terminando en *or*, como *vencedor*, el que vence; *continuador*, el que continúa: otras en *able* y en *ible*, que denotan derecho á la acción del verbo, ó posibilidad de ella, como *admirable*, digno de admiración; *factible*, posible de hacer: otras hay que acaban en *ero*, é indican facilidad, como *llevadero*, fácil de llevar; *hacedero*, fácil de hacer. Otras observaciones sobre los verbales que acaban en *ante*, *ente*, *ado*, *ido*, como *participante*, *naciente*, *amado*, *oído*. I, 246.—Sobre la terminación en *illo*. II, 4.—Sobre las palabras que acaban en *ón*. «*Lanzón*», á pesar de su terminación aumentativa, significa una cosa menor que *lanza*, á la manera que «*ratón*» significa también una cosa menor que *rata*, y que «*rabón*» indica un animal de *poco rabo* ó *sin rabo*. «*Pelón*» se llama al «que no tiene *pelo*». Son vocablos con terminación y forma de aumentativos, y significado y fuerza de diminutivos. II, 51; III, 280; V, 12.—La terminación en *ez* indica «hijo», como *Fernández*, *Fernandi filius; Sánchez*, *Sanctii filius; Yáñez*, *Joannis filius; Martínez*, *Martini filius; Márquez*, *Marci filius; Ximénez*, *Simonis filius:* este último era el apellido de Judas, de lo que no puede dudarse, según el Evangelio; y *Pérez*, hijo de Pedro. II, 429; VI, 17.—La terminación en *uno*, que indica vileza y desprecio, como *hombruno*, *cabruno*, *chotuno*, *perruno*, de donde «*perruna*», el pan de ínfima calidad que se destina para los perros. II, 489.—Los diminutivos que acaban en *ezno* denotan ordinariamente animales, como *lobezno*, cachorro de lobo, etc. III, 118; V, 59.—Sobre las terminaciones en *ismo*, *uelo*, *uela*. III, 341; V, 18.—La terminación en *ero* también denota lugar, como en *desembarcadero*, *granero*, etc. III, 165.—«*Platonazo*», dos veces aumentativo; de «*plato*», «*platón*», y de «*platón*», «*platonazo*». V, 435.—*Tordesillesco*: de Tordesillas, de donde se decía

natural Avellaneda. Es adjetivo de desprecio, como *caballeresco, grotesco*, etc. VI, 465, 466.—La lengua castellana es rica en esta parte más que ninguna de las conocidas: forma diminutivos de todos los nombres y con diferentes terminaciones. Según éstas, unos pertenecen al estilo familiar, otros tienen entrada en el sublime; unos ultrajan, y otros acarician. Lo propio viene á suceder con los aumentativos, los cuales, según su terminación, suelen envolver la expresión de aprecio ó desprecio, y á veces también de ironía. III, 118.—En el idioma castellano las terminaciones suelen tener relación con las ideas que las palabras representan, y aun con los afectos de los que las usan. V, 58.

Término ultramarino.—«Para lo cual se les da *término ultramarino*».—Forense. El que se concede para la prueba que debe hacerse en Ultramar. (Academia.) I, 130 (t).

Termodonte.—«Las famosas y frescas riberas del claro *Termodonte*».—Río de Capadocia, que desemboca en el Ponto Euxino y riega la región que se suponía habitada por las amazonas. Tanto por esta circunstancia como por la mención que suele hacerse de aquellas guerreras en los libros caballerescos, fué mucho que no se le ocurrió á Don Quijote contarlas entre las tropas que seguían al furibundo Alifanfarón. II, 76.

Terrado (Un) de nuestra prisión.—En los países meridionales, donde no nieva ó nieva muy rara vez, y donde la suavidad del clima y la escasez de lluvias excusan la necesidad de tejado, suelen cubrirse las casas con una capa de tierra, por lo común pizarrosa, á que se da un ligero declivio, de modo que pueda andarse cómodamente por encima: á esto llaman «*terrado*». Á veces se embaldosa el piso, y se llama «*azotea*». III, 187.

Tesoro de duende.—«Los *tesoros* de los caballeros andantes son como los de los *duendes*.—«*Tesoro de duende*» es «la ha-

cienda que toda se consume y se deshace sin saber en qué se ha gastado», según Covarrubias, copiado por Bowle, quien cita igualmente el pasaje de Fedro:

«Carbones ut ajunt pro thesauro invenimus».

(Libro V, fáb. 6.ª)

VI, 353.

Tesoro de varias poesías.—Por Pedro de Padilla. I, 147; V, 54.—Véase *Padilla (Pedro de).*—[III, 6, n.]

Tesoro (El) de Venecia.—«Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio (de los azotes), *el tesoro de Venecia,* las minas del Potosí, fueran poco para pagarte».—*El tesoro de Venecia* era el verbigracia de la riqueza. Y con efecto, Venecia era tan rica que mantenía escuadras y se las tenía tiesas al Gran Turco. Véase la Nota: VI, 410, 411.

Testa.—«Nos hubiera derribado las *testas*».—Palabra italiana en esta acepción de «cabeza». En castellano se dice «*testa* de ferro», «*testa* coronada», «*testarudo*», «*testera* del coche». V, 294.

Testamento de Amor.—Antonio de Lofraso concluye su obra *Los diez libros de Fortuna de Amor,* que publicó en Barcelona el año de 1573, con una composición intitulada *Testamento de Amor,* que consta de 168 versos en 56 tercetos: todos versos acrósticos. I, 143; IV, 82.—M. Ticknor dice: «No recordamos que Cervantes tratase tan duramente á ningún poeta, como á Lofrasso, en su *Viaje al Parnaso*».—Véanse *Fortuna de Amor* y *Lofraso (Antonio de).*—[III, 86 y n.]

Tíbar (El oro de).—«Los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia».—Por esta indicación parece que se habla del oro en polvo del río Tíbar, que Cervantes hubo

de suponer equivocadamente que corre por la Arabia Feliz. Y á lo mismo aludiría lo que dijo en el cap. 16 (II, 34), del «lucidísimo oro de Arabia», hablando de los cabellos de Maritornes; pero Tíbar es río de África, que va á parar en su costa occidental al Oceano Atlántico. II, 76.—Véase otra Nota sobre el río Tíbar y su oro: V, 282.

Tiempo (Á) cuando Don Quijote volvía las riendas, etc.—No decimos ahora «*á tiempo cuando*», sino «*á tiempo que*».—Garcés, en su *Fundamento del vigor de la lengua castellana,* pone este ejemplo para mostrar el uso que puede hacerse de la partícula «*cuando*»; pero en esta ocasión, como en otras, quiso convertir los defectos en reglas. VI, 323.

Tiempo (Sin dar) al tiempo de sus muertes.—Dar tiempo al tiempo: frase. Esperar la oportunidad ó coyuntura para hacer alguna cosa. (Academia.) III, 139 (t).

Tienda.—«Las cuales (las galeras), abatiendo las tiendas», etc.—La palabra «*tienda*» significa en este pasaje «el toldo ó la cubierta de lona que, en forma de barraca, se ponía en las galeras para resguardarse su tripulación del sol ó de la lluvia». Á la maniobra ó acción de formar la tienda se llama «*hacer tienda*», y á la de quitarla, «*abatir tienda*». En el capítulo 63 se usa la frase «*abatieron tienda*» (VI, 297), y luego esta otra: «*hacer tienda*» (VI, 299). En forma semejante se hacen las «*tiendas* de campaña» para servir de alojamiento á los soldados en el campo, especialmente en tiempo de guerra, y entonces la frase «*abatir tienda*» significa «levantar el campo». Covarrubias dice que por ser forasteros los que traen vituallas y mercancías á las ferias y á los mercados, suelen usar de estas tiendas ó enramadas, y de ahí se llamaron «*tiendas*» las casas de mercería ó tabernas, habiéndose extendido ya este nombre á todas las oficinas donde se vende alguna cosa. VI, 253, 254.

Timbrio, Febo, etc.—«*Timbrio* aquí, *Febo* allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música,

tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones», etc.

«*Pater est Tymbraeus Apollo*».
(Virgil., *Geórg.*, lib. 4.º)

Timbrio ó *Timbreo*: todos son dictados de Apolo. *Tirador,* por las flechas con que mató á los hijos de Niobe, y á Anfión, que quería expugnar su templo; *médico,* por inventor de la medicina y padre de Esculapio; *inventor de la música,* por la cítara, etc. V, 403.—«Siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones». El Sol, hablando vulgarmente, siempre está saliendo y poniéndose; saliendo para unos y poniéndose para otros. Por consiguiente, puede decirse que nunca se pone, porque siempre luce para unos ó para otros. V, 404.—«Con cuya ayuda el hombre engendra al hombre». Porque sin el Sol no habría producción periódica ni, por consiguiente, hombres. V, 404.

Timoneda (Juan de).—Su libro de cuentos ó novelas, intitulado el *Patrañuelo*. II, 296.—[III, 132, 133 y notas.]

Tinacrio el Sabidor.—Véase *Sabidor (Tinacrio el).*

Tinelo.—Comedor de familia en las casas grandes y opulentas, donde la abundancia de criados y dependientes obliga á que coman y cenen en comunidad. III, 125; V, 12.

Tío bueno, tía buena.—Se dice ordinariamente á las personas cuyo nombre se ignora y que por su traza se conoce pertenecen á la clase común ó pobre. VI, 346.—Véase *Señor bueno.*

Tiopeyo (Juan).—Tío de Ana Félix, hija de Ricote. VI, 112 (t), 309.

Tiraboschi.—Censura lo demasiado ingenioso del *Pastor Fido,* y concluye observando que el poema del *Aminta* es más sobrio de adornos, más natural y más pastoril. VI, 291.

Tiramira (Con una) de malos nombres.—*Tiramira:* la lista, cáfila ó retahila de malos nombres ó apodos. (Arrieta.)—Se

usa frecuentemente por «serie continuada de muchas cosas seguidas ó añadidas unas á otras». (Academia.) V, 231 (t).

Tirándoles (Y) á caballero.—Esto es, tirando de paraje más alto. «*Caballero*» es voz de fortificación, que lleva consigo la idea de superioridad ó altura mayor, como es la del jinete, que va á caballo, sobre los peones que lo rodean. III, 165.—Véase *Caballero.*

Tirante el Blanco.—«*Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*». «Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos». Tirante el Blanco se llamó así por su padre, que era señor de la Marca de Tirania, y por su madre Blanca, hija del duque de Bretaña. En el título de su historia castellana, impresa en Valladolid el año de 1511 por Diego de Gudiel, se le llama «el esforzado é invencible caballero Tirante el Blanco de Roca Salada, caballero de la Garrotera, el cual por su alta caballería alcanzó á ser príncipe y César del imperio de Grecia».—Anteriormente se había impreso la misma historia en lengua lemosina en Valencia el año de 1490, y de ella hay un ejemplar, único que se conoce, en la biblioteca de la Sapiencia de Roma.—Juan Martorell, caballero valenciano, fué el autor del *Tirante* lemosín, y lo dedicó á Don Fernando de Portugal. La obra se empezó en 1460, según se expresa en la dedicatoria. En ésta dice Martorell que el original de *Tirante* estaba en inglés, y que él lo tradujo, á ruego de aquel príncipe, al portugués, y luego al valenciano, para que sus paisanos pudiesen disfrutarlo. Véase la larga Nota sobre las muchas traducciones, en varias lenguas, de la obra, y sobre su raridad: I, 132-134.—Otras notas: I, 134-137, 222; IV, 101; V, 426.—Véanse *Cailús (El conde), Gudiel (Diego de)* y *Martorell (Juan).*—[I, 207, n., 297, 298 y nota.]

Tirar.—«Y vió *tirar* en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla», etc. (Don Quijote, en la imprenta de Barcelona.)—«*Tirar*», entre impresores, es sacar la hoja ó pliego de la prensa después de impresa en el molde; y «*componer*» es juntar las letras ó caracteres que se van sacando de los respectivos nichos de la caja, donde están por separado todas y cada una de ellas, y con que se forma el texto que se ha de imprimir. (Arrieta.) VI, 286 (t).

Tirar la barra.—«Y cuando el amigo *tirase* tanto *la barra*», etc.—Frase metafórica. Poner el esfuerzo posible, ó insistir con tesón en hacer ó conseguir alguna cosa. (Academia.) III, 11 (t).

Tirarse.—No es siempre «arrojarse»: muchas veces es solamente «quitarse ó apartarse de un sitio», como sucede aquí (en el romance de Melisendra): «*tiróse* de la ventana». V, 55.

Tiro (Á) de ballesta.—«Y la mula del vizcaíno tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler *á tiro de ballesta*». Esto es, «á larga distancia».—Otras veces se dice «*á tiro de escopeta*».—En la parte segunda del *Quijote*, cap. 5.º (IV, 85): «llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría *á tiro de ballesta*».—En esta primera parte, cap. 21 (II, 188): «Si no te las rapas (las barbas) á navaja cada dos días por lo menos, *á tiro de escopeta* se echará de ver lo que eres». I, 202.

Tirón (De un).—«Y durmió *de un tirón*, como dicen, más de seis horas».—Modo adverbial. De una vez, de un golpe. (Academia.) VI, 448 (t).

Tirteafuera.—«*Tiratafuera*», aldea de Almodóvar del Campo, orden y campo de Calatrava en el reino de Toledo. Tiene ciento y setenta vecinos, y minas de plata y plomo. «*Tirte*» es síncope de «*tírate*»; como «*guarte*», de «*guárdate*». «*Tirarse á fuera*» es «retirarse, apartarse, huir», cuya significación nada indica favorable al pueblo, sea por la calidad de su

terreno, ó por la índole de sus habitantes. Más adelante se dice: «Alborotóse el doctor (Pedro Recio) viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer *tirteafuera* de la sala». (V, 440.) Véase esta Nota por otras citaciones y observaciones. V, 437.—«Con la de Osuna, donde se graduó el Dr. Pedro Recio de *Tirteafuera*, médico insulano y gobernadoresco». I, 8.—Una de sus aldeas (de la villa de Almodóvar) era *Tirteafuera*. II, 250.—«¿Otro *Tirteafuera* tenemos? dijo Sancho..... que sé muy bien á Miguel Turra». V, 446 (t).—Véanse *Almodóvar (Villa de)* y *Miguel Turra*.

Títeres.—Véase *Retablo*.

Titón ó *Titono*.—«Del celoso marido». Titón ó Titono, marido de la Aurora, obtuvo por mediación de su mujer el don de la «inmortalidad», según refiere la fábula; pero no habiendo recibido el de la «juventud», llegó á tan extrema y molesta vejez, que recibió como un favor del cielo el ser convertido en cigarra. Desde entonces hubieron de ser los viejos, habladores perpetuos y gárrulos. No encuentro en los poetas, que llamasen «*celoso*» á Titón, á pesar de que los descuidos de la Aurora con Céfalo y el gigante Astreo le dieron sobrado motivo para serlo. Pero así lo llamó aquí Cervantes, y también su contemporáneo y amigo López Maldonado en la égloga 2.ª de su *Cancionero*. I, 26, 27.

Título (Hacer de) á su hijo. III, 307.—Véase *Señores de título*.

Títulos.—«Vuestra altivez y grandeza». (Sancho á una de las tres labradoras.) Tratamientos ridículos de invención de Sancho, como otros que se verán después en la relación de las aventuras de casa de los Duques. IV, 176.—«Vuestra gran celsitud». En este primer encuentro del caballero de los Leones con la Duquesa, multiplicó y varió Cervantes los tratamientos que le prodigaba la oficiosa cortesía de amo y escudero. Su «hermosura, grandeza, alteza, celsitud», Don Quijote; su «grandeza, altanería, fermosura y

señoría», Sancho. Los de Don Quijote son más entonados y caballerescos; los de Sancho, más desiguales, escuderiles y ridículos. En adelante veremos otros de no menos novedad y chiste. V, 123.—Acababa de decir la Duquesa que Sancho era «muy discreto», y sigue Sancho: «discretos días viva vuestra santidad». Es evidente que Cervantes quiso poner en boca de sus personajes tratamientos extravagantes que hicieran reir, como los que notamos en el capítulo anterior (V, 123).—En el cap. 32 (V, 164), trata Don Quijote á los Duques de «magnitudes»; en el 44 (V, 376), usa de los títulos de «altitud, excelencia y grandeza»; y en el 52 se dan á la Duquesa los de «grandeza, señoría, merced, excelencia, alteza y pomposidad», todo sin salir de una carta (la de Teresa Panza á la Duquesa, VI, 75-78). V, 140, 141.—«Vuestra altanería». Uno de los tratamientos ridículos que daba Sancho á la Duquesa, según se observó anteriormente (IV, 176), y tanto más ridículo, cuanto «altanería» es también nombre que unas veces significa «caza de cetrería», y otras «altivez y soberbia». V, 181.—«Señor indomable». Epíteto y título ridículos, propios del carácter bufonesco y socarrón del mayordomo convertido en condesa: lo mismo que lo de «cinco mil leguas, dos más ó menos», que dice poco más abajo. La Trifaldi vuelve siempre al tema del estilo burlesco propio de su carácter, como el autor lo notará fácilmente. V, 300.—En *El entremetido, la dueña y el soplón*, uno de los opúsculos festivos de D. Francisco de Quevedo, se da á Plutón el tratamiento de «vuestra diabledad» y «vuestra diablería». V, 181.—Véase *Don*.

Tizona.—«Apenas puse mano á mi *tizona*». Habla aquí Sancho de su espada, á la que llama *tizona*, por alusión á una de las del Cid Campeador Ruy Díaz de Vivar. II, 16.—La «Ardiente Espada» tomó el nombre de su color, que era bermejo como una brasa. Este nombre realmente es el

mismo que el de la espada *Tizón* del Cid: *tizón* y *brasa* todo viene á ser uno. II, 63.—Véanse *Colada (La)* y *Ardiente Espada*, etc.

Toboso (El).—Villa antigua de la Mancha, de la orden de Santiago, situada entre las de Miguel Esteban y Mota del Cuervo. En una relación que sus vecinos dieron el año de 1576 de orden del rey D. Felipe II, dijeron que el nombre le venía de las muchas *tobas* ó piedras ligeras y como esponjosas que se encuentran en su territorio. Su principal industria era entonces, y aun continúa siéndolo, la de hacer tinajas, y de esto se hará mérito oportunamente en el *Quijote*. No ha faltado quien diga que la prisión donde nuestro autor concibió el plan de su obra, fué en el Toboso. Pero este nombre suena infinitas veces en el *Quijote*, y de consiguiente no fué el pueblo «de cuyo nombre no quiso acordarse» Cervantes, como se dijo expresamente al principio (I, 1). I, 21.—Nota semejante: IV, 153.—Según la tradición referida por Navarrete, experimentó Cervantes mal trato en el Toboso por un chiste picante dirigido á una mujer, cuyos parientes é interesados se ofendieron. IV, 168.—Véanse también las Notas: III, 521; V, 165.—«En su mismo traje». No puede dudarse que éste es rasgo mordaz y satírico contra los vecinos del Toboso. Su población contaba un gran número de moriscos, los cuales generalmente eran moros de corazón, aunque no lo eran en el traje: por esto se dice que Dulcinea «no había visto moro alguno, así como él es, en su mismo traje», indicando que los había visto en traje diverso. Conforme á las respuestas que los peritos nombrados por el pueblo dieron á las preguntas que se les hicieron de orden del rey D. Felipe II el año de 1575, y á otras noticias recogidas por Pellicer, el lugar del Toboso, que en el año de 1468 tenía solos 140 vecinos, contaba ya 900 en el año de 1575, y á fines del siglo subían á 1.200. La causa principal del aumento fué la

afluencia de los moriscos, que, obligados á salir del reino de Granada de resultas de su levantamiento en el año de 1569, y á internarse en Castilla, se habían avecindado en el Toboso, cuya población, según el testimonio de los mencionados peritos, antes se componía sólo de cristianos viejos. II, 332.—Es claro que cuando en el texto se dice que «Dulcinea es principal, bien nacida y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos», se habla irónica y malignamente; mucho más si se atiende á lo que contestaron los vecinos del Toboso á las preguntas hechas de orden del rey, diciendo que la mayor parte de la población era de moriscos, y que no había nobles, caballeros ni hidalgos. V, 165, 198.—«Vais á la ciudad del *Toboso*». He aquí al Toboso convertido en *ciudad* por Don Quijote, como si se tratase de Londres, de París, de Constantinopla, de Trapisonda ó de alguna corte de las princesas que había leído en sus desalmados libros. II, 216.—«La gran ciudad del *Toboso*». IV, 132 (t).—«¡Oh *tobosescas* tinajas, que me habéis traído á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura!» «¡Oh dulces prendas!»: versos de Garcilaso en el décimo de sus sonetos, que empieza así:

«¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!»

Garcilaso los tomó de Virgilio, cuando Dido, á vista de las armas y prendas de Eneas, su fugitivo amante, y próxima ya á la muerte, exclamaba:

«Dulces exuviae dum fata Deusque sinebant».

Las «dulces prendas» eran las tinajas del Toboso que tenía á la vista Don Quijote, y cuya fábrica era en tiempo de Cervantes, y continúa siendo en el nuestro, la principal industria de los habitantes de dicho pueblo. Las tina-

jas le renovaron las memorias de la princesa tobosesca «Dulcinea, dulce prenda», añade Don Quijote, «de mi mayor amargura», jugando con la contraposición de «*Dulcinea*», «*dulce*» y «*amargura*». IV, 320, 321.—Los vecinos del Toboso suelen tener la debilidad de ofenderse por la mención de Dulcinea. Si Cervantes fuera profeta hubiera podido agregar el Toboso al pueblo del rebuzno. V, 77. —Argamasilla de Alba y el Toboso fueron las patrias de los principales personajes de la fábula, y los objetos del festivo humor de Cervantes. Á su tiempo diremos los motivos que pudieron influir en la elección del Toboso, así como aquí se han indicado los relativos á la Argamasilla. I, 2.

Tocadores (Los tres).—«Llévaste *tres tocadores*» (dijo Altisidora de Don Quijote). VI, 152 (t).—«*Los tres tocadores* sí llevo» (dijo Sancho). VI, 154.—«*Los tocadores* volveré». Parece por esto que hubieron de restituirse los *tocadores*; mas no fué así, puesto que luego se los quitaron á Sancho los bandoleros de Roque Guinart (VI, 240). VI, 155.— «Dióme (Altisidora) *los tres tocadores* que sabes» (dijo Don Quijote á Sancho). Esto no es así. Cuando Altisidora echó en cara á Don Quijote que se llevaba los tres tocadores (VI, 152), no tenía éste noticia de tales *tocadores*, ni de que se hallasen en poder de Sancho, á quien mandó, luego que lo supo, que los devolviese, sin que se hable más de ellos hasta que los bandoleros de Roque Guinart se los quitaron á Sancho (VI, 240), restituyéndoselos luego de orden de su capitán. VI, 353.—«*Tocadores*», que aquí se llaman «paños de tocar», y serían al modo de los pañuelos que ahora suele llevar en la cabeza la gente del campo. IV, 377.—Véase *Paños de tocar*.

Tocar.—«Con sus paños de *tocar* labrados de varios colores de fina seda».—«*Tocar*» es adornar la cabeza, como «*tocado*» el adorno de la cabeza; uno y otro vocablo derivado

de «*toca*». IV, 377.—«Sin *tocarse* ni calzarse». «*Tocarse*» es componerse ó adornarse la cabeza. Viene de «*toca*». VI, 28.

Tocar con la mano.—«*Tocara* por lo menos *con la mano* que», etc.—Frase metafórica. Examinar ó experimentar. (Salvá.)—Figurado: *S'assurer par soi-même.* (Taboada.) V, 258 (t).—Véase *Mano.*

Tocar una tecla.—«Pero el lector está advertido, y no una vez sola, de que Don Quijote, no *tocándole la tecla* de la caballería, discurría en todo con bonísimo entendimiento». (Nota de Clemencín.)—*Tocar una tecla*: frase familiar. Mover de intento y cuidadosamente algún asunto ó especie. (Academia.) IV, 288.

Tocar (No) al pelo, ó al pelo de la ropa.—Frase. No hacer á uno el más leve daño ú ofensa ni de hecho ni de palabra. (Academia.)—«Prometióselo Don Quijote (á Sancho), y juró por vida de sus pensamientos *no tocarle en el pelo de la ropa*, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese». VI, 226 (t).—«Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de *no tocarme* jamás *al pelo del sayo*, no que al de mis carnes». VI, 367 (t).

Tocas.—«Una saya y unas *tocas*». «*Toca*» ó «*tocas*» es traje ó adorno de cabeza que usan las monjas y que antiguamente solían traer las mujeres españolas, especialmente las casadas y viudas. II, 351.

Tocinos.—«Donde no hay *tocinos* no hay estacas». Ó Sancho, ó Cervantes, ó el impresor, estropearon este refrán. Ordinariamente se dice «adonde se piensa que hay *tocinos*, no hay estacas», como lo dice Sancho en el cap. 55 de esta segunda parte (VI, 130), y se aplica á las personas que tienen crédito de ricas, y carecen aun de lo necesario: con la misma sentencia había dicho Sancho en el cap. 25 de la primera parte (II, 279): «muchos piensan que hay *tocinos*,

y no hay estacas». Otras veces se dice: «no siempre hay *tocinos* donde hay estacas»: se aplica á las esperanzas infundadas ó fallidas, y lo alegó Sancho hablando con su amo, en el cap. 65 (VI, 333), después de su vencimiento en Barcelona. Otra vez dice Sancho á su mujer en el cap. 73 (VI, 437): «muchas veces donde hay estacas no hay *tocinos*». Todos son guisados que hizo Sancho del verdadero refrán, que dice: «Do pensáis que hay *tocinos*, no hay estacas». «*Tocino*» es el lardo ó carne gorda del cerdo; también se llaman «*tocino*» los témpanos ó medias canales del cerdo, que se salan y guardan para el consumo doméstico. En lo antiguo se dió también el nombre de «*tocinos*» á los cerdos vivos, como lo indica el refrán, y aquel pasaje de la *Gran conquista de Ultramar*, en que se cuenta que Ancelino ofreció al caballero del Cisne que le enviaría «quinientas vacas é mil carneros é *tocinos*». IV, 165, 166.

Toldillos.—Véase *Sillas de manos.*

Toledo.—«Ventillas de *Toledo*». Debieron ser las que había fuera de la población, en sus inmediaciones. I, 49.—«Alcaná de *Toledo*». En la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache* se hace mención del Alcaná de Toledo, como de lugar de tiendas, y, con efecto, parece, según los que lo entienden, que «*alcaná*» es voz derivada del hebreo, y que significa «feria ó mercado». I, 197.—«Á un sedero». Nadie ignora lo floreciente que en tiempos antiguos estuvo en Toledo el ramo de sederías, conforme á lo cual, en el cap. 4.° (I, 79), se hizo mención de unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. I, 198.—«Pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara». Indica Cervantes la multitud que había en Toledo de familias originarias de judíos. La aljama hebrea de Toledo había sido famosa: de ella salió el célebre Abén Ezra, que, según las noticias de D. José Rodríguez en su *Biblioteca rabínica española*, hubo de ser el primero ó uno de los primeros tra-

ductores castellanos de los libros sagrados. De las cosas de los conversos de Toledo y de las persecuciones que padecieron en diferentes épocas, pudiera hacerse una larga historia. Los apasionados á aquella ciudad quieren decir que los judíos que la habitaban en tiempo de Tiberio, desaprobaron la muerte que sus hermanos en Jerusalén procuraron á Nuestro Señor Jesucristo. I, 199.—«Bonete colorado toledano». Covarrubias hace mención de los bonetes de lana y aguja que se fabricaban en Toledo y se extraían en gran cantidad para fuera de España. De Toledo sería el «bonetillo colorado y grasiento» del ventero, que se menciona en el cap. 35 de la primera parte (III, 75) en la batalla de Don Quijote con los cueros de vino tinto. IV, 3. —«Las espadas del perrillo». Las más famosas eran las de Toledo, donde hubo muchos fabricantes de gran crédito. IV, 301, 302.—En tiempo de Cervantes se celebraban los membrillos de Toledo; y así se dice en su comedia la *Entretenida* (jornada 1.ª):

> «*Sé cierto que decir puedo,*
> *Y mil veces referillo,*
> *Espada, mujer, membrillo*
> *Á toda ley, de* Toledo».

V, 437.—«La cueva encantada de *Toledo*», de que se habla en el poema de *Celidón de Iberia* (cantos 20 y 38). V, 110.—«No hay para qué obligar al sayagués á que hable como un toledano». Sancho opone el lenguaje sayagués al toledano, dando al uno por extremo de la rusticidad y al otro por extremo de la cultura, aunque manifestando al mismo tiempo que en Toledo habría quien hablase mal. El licenciado lo confirma, observando que las verduleras y los menestrales no podían hablar tan bien como la gente que pasaba el tiempo paseando en el claustro de la catedral, siendo todos toledanos. Toledo ha conservado, y con

razón, hasta nuestros días el crédito de su buen lenguaje, y yo en mi niñez he oído hablar de extranjeros que habían preferido venir á Toledo á aprender el castellano. El claustro de la escuela mayor, punto de concurrencia para la clase de personas acomodadas é instruídas de la ciudad, debió ser la mejor escuela; y con efecto, el habla del canónigo de Toledo que interviene en los últimos incidentes de la primera parte del *Quijote* (III, 364-525), es un modelo de pureza, urbanidad y cultura. IV, 361, 362.—M. Ticknor cita de la *Historia de Tobías*, poema por Caudivilla Santarén, 1615, el canto XI, donde, hablando de Toledo, dice:

«*Entre otros muchos bienes y favores*
Quel soberano Dios hizo á esta gente,
Fué darle la facundia y los primores
De hablar su castellano castamente.
Y assí por justa ley de emperadores,
Se ordenó que, si alguno, estando ausente,
Sobre qualquier vocablo porfiasse,
Quel que se usa en Toledo *guardasse*».

(Vol. II, 24, n.)

[II, 24 y notas.]

Tólogo.—Sancho estropeaba la palabra «*teólogo*». «El diablo me lleve, dijo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es *tólogo*» (V, 80), al modo que en una ocasión anterior estropeó «*teología*», diciendo «*tología*»: «Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras *tologías*». IV, 387 (t).

Tolomeo.—«El cómputo de *Ptolomeo*, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe». Sus tablas se escribieron entre los años 100 y 200 de la era cristiana: en ellas se fijaron ya las situaciones, combinando las longitudes y latitudes, y su autor fué justamente mirado como el príncipe de los geógrafos durante muchos siglos. III, 384; V, 102, 329.

Tolomeos (Los).—Se apoderaron de Egipto, después de la muerte de Alejandro Magno, donde reinaron hasta Cleopatra. IV, 111.—Véase *Faraones (Los) y Tolomeos.*

Tomar el camino en las manos.—«Y *tomó el camino en las manos*, como suele decirse».—Esto es, echó á andar. (Arrieta.) II, 503 (t).

Tomar el pulso.—«Habían *tomado el pulso* á la tal aventura». Metáfora tomada de la medicina y aplicada con mucha oportunidad á este pasaje, en que se pinta con viveza el estudio que habían hecho los Duques de todos los pormenores de esta fingida aventura para dirigirla con acierto. V, 273.—«*Toma* con discreción *el pulso* á lo que pudiere valer tu oficio». (De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza.) V, 356 (t).—*Tomar el pulso*: frase metafórica. Tantear y examinar el estado ó disposición de alguna cosa para poder gobernarse en ella. (Academia.)

Tomar la almohada.—En la relación de la fiesta que el conde-duque de Olivares dió en la noche de San Juan del año 1631 al rey Felipe IV y su corte, se ve que la reina, las infantas y sus damas estaban sentadas en cojines. Y de esto quedan aún vestigios en el primer recibo que las reinas hacen á las mujeres de los grandes de España, sentándose éstas en un cojín: de donde se llama á esta ceremonia «*tomar la almohada*», y equivale á ponerse sus maridos el sombrero delante de los reyes, que es cubrirse de grandes y tomar posesión de la grandeza. IV, 164.—Véase *Ponerse el sombrero delante de los reyes.*

Tomar la mano.—«*Tomó* el cura *la mano*».—Expresión figurada, que significa anticiparse á otro en la conversación, como aquí lo hizo el cura, anticipándose á Dororea antes de que confirmase nuevamente el desacierto de suponer puerto de mar á Osuna. Se dice también que «*toma la mano*» el que empieza á hablar, porque se anticipa á los demás.—Asimismo, en el juego, «*ser mano*» es ser el primero

á quien toca jugar. II, 459.—«*Tomó* primero *la mano* Cardenio, diciendo», etc. II, 421 (t).—«Ella *tomó la mano*». Entre las muchas significaciones que en nuestro idioma tiene la palabra «*mano*», y las frases figuradas en cuya composición entra, «*tomar la mano*» es «empezar», como «*dar de mano*» es «concluir». III, 217.—Véase *Mano.*

Tomar la ocasión por la melena.—Véase *Ocasión (Tomar la) por la melena.*

Tomar las riendas de los palafrenes de las damas.—Obsequio que se hacía ordinariamente á las damas que iban á caballo.—Véase la Nota: V, 195.

Tomar un púlpito en las manos.—«Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podría yo *tomar un púlpito en las manos*, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas».—Alude á lo que se refirió dos capítulos antes: «Dígote, Sancho (son palabras de Don Quijote), que si, como tienes buen natural, tuvieras discreción, pudieras *tomar un púlpito en la mano*, y irte por ese mundo predicando lindezas». (IV, 386.)—Del mismo Don Quijote había dicho su sobrina en los primeros capítulos de esta segunda parte (IV, 109), «que si fuese menester, en una necesidad *podría subir en un púlpito*, ó irse á predicar por esas calles».—Sancho ya le había dicho en la primera parte que «más bueno era para *predicador* que para caballero andante». (II, 90, 349.) IV, 404.

Tomarse con alguno.—«No sino *tómese conmigo* la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva» (dijo Teresa).—*Tomarse con alguno:* frase. Reñir ó tener contienda ó cuestión con él. (Academia.) VI, 35 (t).

Tomillas (Los hechos del conde).—Tampoco he visto este libro.—En el romance antiguo del conde Grimaltos y su hijo Montesinos, que empieza: «Cata Francia, Montesinos», cuenta Grimaltos que el rey le mandó desterrar, por la lengua maldiciente de Tomillas; y á consecuencia el hijo

pide permiso al padre para pasar á París á ganar sueldo del rey, si quiere dárselo,

Por vengarse de Tomillas,
Su enemigo mortal.

En otros pasajes de los romances de Montesinos, se habla de D. Tomillas, y siempre como de un malvado. II, 30. —[I, 218, n.]

Tomo (Y menos).—Como si dijera «y menos importancia». En el cap. 46 anterior (III, 336), hablándose de los disturbios y confusión de la venta, se dijo: «sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las más principales y *de más tomo,* restaba que los criados de D. Luis se contentasen», etc. III, 498.

Topografía (La) de Argel, por D. Diego de Haedo, arzobispo de Palermo en Sicilia.—Esta obra, como de autor coetáneo y respetable, contiene relaciones importantes y noticias curiosas, de que frecuentemente ocurrirá hacer uso para ilustrar la historia que sigue del capitán cautivo. III, 120, 121.—Véase *Haedo (D. Diego de).*—«*La historia y topographia de Argel,* por Diego de Haedo (Valladolid, 1612, fol.), obra en que se hace larga mención de Cervantes, y que, sin embargo, ha sido poco consultada para escribir de él, hasta que Sarmiento la usó en 1752». (Ticknor.)—[II, 96, 238, notas.]

Toquiblanca y antojuna.—«Una dueña *toquiblanca,* larga *y antojuna*».—Voces formadas festiva y oportunamente por Cervantes, siguiendo en esto la índole de nuestra lengua, que permite estos ensanches con tanto aumento de su riqueza. Esto de «*dueña larga*», será «larga de ropa»: «Una reverendísima dueña con unas tocas blancas, repulgadas y luengas que la cubrían y enmantaban desde los pies á la cabeza», como poco más arriba se dijo (V, 454). V, 459.— *Toquiblanca*: adjetivo femenino caprichoso. La que lleva to-

cas blancas. *Antojuna:* adjetivo caprichoso. La que lleva anteojos. (Salvá.)

Toraquís (Dos).—«*Toraquí*» parece lo mismo que «*torquí*» ó «*turquí*». Según la analogía con otras voces castellanas tomadas del arábigo y acabadas en *í*, debió decirse «*toraquíes*»; como «*alhelíes, jabalíes, granadíes, zaquizamíes*». (Véase la Nota: III, 188.) VI, 303.

Tordesillas (Vecino de).—El autor del supuesto *Quijote* se calificó á sí mismo, no de vecino, sino sólo de «natural de Tordesillas». Cervantes lo equivocó con su distracción ordinaria, sustituyendo á «*natural*», «*vecino*»; pero corrigió su equivocación en los capítulos 70 y 72 (VI, 400, 430), donde llamó «*natural de Tordesillas*» al fingido Avellaneda. VI, 294, 466.

Tordesillesco.—De Tordesillas, de donde se decía natural Avellaneda. Es adjetivo de desprecio; como *caballeresco*, *grotesco*, etc. VI, 465, 466.

Tormento de la garrucha.—Uno de los modos que inventó el ingenio de los hombres para atormentarse unos á otros. En él, aprisionado con grillos el reo, y con una ó más pesas, era y se mantenía colgado, durante más ó menos tiempo á arbitrio del juez, por medio de una garrucha, de donde esta clase de tortura hubo de tomar nombre. III, 292. —Véase *Torturas*.

Tormento de toca.—En el cual, atado el reo al potro, se le introducía en la boca una tira de tocas ó gasa, y, por medio de esta tan ingeniosa como cruel invención, se le forzaba á tragar cierta cantidad de jarros de agua, cuyo número y cabida se ponía por diligencia en los autos. II, 195, 196.—Véanse *Canario (Por)*, *Cantar en el ansia* y *Torturas*.—«Tragos de tormento». Con relación al *tormento de toca* decía Don Quijote á Sancho que con sus refranes le daba «tragos de tormento.» V, 364.

Torneos y justas.—Tres son los ejercicios que Don Quijote

menciona en su discurso como propios de caballeros cortesanos, y que compara y pospone á los oficios y trabajos de los andantes: «alancear toros, concertar justas y mantener torneos». (IV, 314.)—Véanse las varias Notas: I, 156, 157; IV, 314-316, 406; VI, 135-138.—Véase *Justas y torneos.*

Toros (Las fiestas de).—Véanse las largas Notas sobre éstas: IV, 309-313.—«Que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes».—Cervantes «en esto censura justísimamente la barbaridad de las gentes, que aun en nuestros días no se divierten en las fiestas de toros si no hay muchos porrazos y caballos muertos, y tienen por una gran fiesta aquella en que suceden muchas desgracias». (Ríos, *Análisis*, párr. 254.) VI, 147.

Toros (Los) de Guisando.—Se llamaron «valientes» por lo «grandes», según una expresión familiar.—Son cuatro bultos de piedra berroqueña, que hay en una viña del monasterio de jerónimos de Guisando, en el obispado de Ávila, entre Cadalso y Cebreros. Están en fila mirando á poniente, y tan desfigurados que apenas se puede conocer si fueron toros ú otra clase de animales: el uno está caído. Cuentan que en los plintos tuvieron inscripciones, de las cuales queda una, y ésa ilegible. El sitio de los toros de Guisando es célebre en nuestra historia por haberse hecho en él el ajuste en que el rey D. Enrique IV de Castilla reconoció por heredera á su hermana la princesa Doña Isabel, con exclusión de su hija Doña Juana, apellidada la Beltraneja. En otros varios lugares de aquella parte interior de España se encuentran bultos grandes antiguos de toros, terneros y jabalíes.—Otros monumentos semejantes mencionados.—Nuestros literatos se han fatigado vanamente hasta ahora por averiguar la ocasión y objeto de estas antiguallas, asunto oportuno de hablillas y rumores populares, que el ingenioso Cervantes aprovechó, igualmente que otros se-

mejantes, como elementos adecuados para sus ficciones. IV, 236, 237, 409.

Torquemada (Antonio de).—Historia del invencible caballero D. Olivante de Laura, príncipe de Macedonia, que vino á ser emperador de Constantinopla. Barcelona, en casa de Claudio Bornat, impresor y librero, año de 1564.—Consta de tres libros, y al fin del tercero se ofrece el cuarto. El impresor dedicó la obra al rey D. Felipe II; pero el autor fué Antonio de Torquemada, secretario del conde de Benavente, que escribió también el *Jardín de flores*, de que hace aquí memoria Cervantes, y los *Coloquios satíricos*, que se imprimieron en Mondoñedo el año de 1553.—Véase la Nota larga (I, 113). I, 113; IV, 25, 89; V, 135, 281, 331; VI, 15, 16.—Véase *Olivante (Don) de Laura.*—[II, 205, 206 y nota.]

Torralva (La historia del licenciado).—El famoso mágico del tiempo de los Reyes Católicos, á quien alude Don Quijote cuando, montado en Clavileño, recorre las regiones del aire.—Véase la Nota: V, 329-332.—[II, 461, 462, n.]

Torralva (El cuento de la pastora).—«Este pastor andaba enamorado de *Torralva*». Aquí deja ya Sancho el método reduplicativo de contar su conseja, sin embargo de que acaba de decir que no sabe otro, y la cuenta como quería su amo. El lector pudiera con fundamento reconvenir á Sancho de su inconsecuencia, y la respuesta tocaba á Cervantes. II, 125.—«Una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo». En verdad que no era nueva, sino muy vieja en el mundo. D. Juan Bowle, en sus anotaciones, observó que este cuento se leía en el número 30 del libro intitulado *Cento novelle antiche*, y copió parte de él en demostración de que había servido de original á Cervantes. Con efecto, Francisco Sansovino, queriendo, al parecer, imitar el *Decamerón* de Bocacio, publicó *Cento novelle scelte*, que se imprimieron en Venecia el año de 1575.

Al fin se añadieron las *Cento novelle antiche*, y en la XXXI se lee el caso que cita Bowle, y que en el fondo y sustancia es muy semejante al de la pastora Torralva. D. Juan Antonio Pellicer extendió las noticias de Bowle, traduciendo el cuento italiano, y afirmando que Cervantes «lo varió y mejoró tanto, que lo hizo suyo». En esta parte no estoy de acuerdo con Pellicer. Cervantes varió el cuento, mudó los nombres y escena de los actores, pero le quitó lo principal, que es la oportunidad y el chiste, que los lectores del *Quijote* buscan en él y no encuentran.—Otras observaciones sobre la mayor antigüedad todavía del cuento de la pastora Torralva, cuyo original primitivo y verdadero está en el océano, para nosotros desconocido, de la literatura oriental. II, 129-131.—Otras Notas: II, 454; VI, 349.

Torre de Nona.—Nombre de una cárcel de Roma. V, 330, 332.

Torres encantadas, de los libros caballerescos. III, 381-383.

Torreznos con huevos.—En la Mancha se llamaba «*merced de Dios*» á los huevos y torreznos fritos con miel, por ser un recurso barato y fácil, propio para obsequiar á los huéspedes que vienen inesperadamente, como sucedió á Teresa Panza con el paje. VI, 37.—Véase *Merced de Dios.*

Tortas y pan pintado.—«De manera que el molimiento de las estacas fué *tortas y pan pintado*». Expresión proverbial, que se aplica á los casos en que los males, comparados con otros mayores, pueden considerarse como bienes, así como las tortas y pan hecho con adornos y esmero pueden mirarse como regalos respecto del pan común y ordinario. Llámase «*pintar el pan*» imprimir en él, antes de cocerse, ciertas figurillas y labores con molde. Usóse ya desde antiguo en castellano la metáfora del texto. II, 46.—La expresión se hallará repetida en otros pasajes del *Quijote*. IV, 42 (t), 87, 298 (t); VI, 88, 299, 373 (t).

Torturas.—Véase *Tormento de la garrucha,* uno de los modos

que inventó el ingenio de los hombres para atormentarse unos á otros. Otra tortura se llamaba «*del potro*», que era un caballete, en latín *equuleo* («*potro*», «*caballete*» y «*ecúleo*», todo significa lo mismo). Allí se daba el tormento de *toca* ó el de *mancuerda*, que era el más común en los últimos tiempos hasta el nuestro.—Véase *Tormento de toca*.—Del de *toca* ó *agua* hemos hablado en otro lugar (II, 195).—Véanse *Canario (Por)* y *Cantar en el ansia*.—En el de *mancuerda*, se desnudaba al reo, se le ataba al potro, y se le daban más ó menos garrotes ó vueltas de cordel en piernas, muslos, espinillas ó brazos. «*Estrapada*» se llamaba cada vuelta de cuerda, y «*trampazo*» la última y más aflictiva. Esta operación, cuando no confesaba el reo, duraba regularmente hora y cuarto, como se verificó en el tormento dado á D. Rodrigo Sarmiento de Villandrando, duque de Híjar, en el año de 1648, uno de los casos y capítulos más notables de esta triste historia. El motivo fueron las sospechas de que intentaba proclamarse rey de Aragón; y el ejemplo reciente del duque de Braganza, que se había alzado con Portugal, no dejaría de contribuir á la severidad y dureza con que fué tratado el de Híjar. Una de las ligaduras se rompió, porque el juez mandó apretarla más, creyendo que no lo hacía bastante el verdugo. Concluído el tormento sin confesión, hubo que llevar al duque en unas angarillas á su cama, y se desmayó al curarlo. Finalmente, fué condenado á cárcel perpetua en León, donde murió el año de 1664, y á la hora de su fallecimiento escribió al rey, protestando su inocencia y citándole para el tribunal divino. El rey murió el año siguiente, y en otros tiempos se le hubiera apellidado quizá «*el Emplazado*». Y volviendo á las noticias sobre la tortura, todavía se ha visto en nuestros tiempos atormentar á los reos cruzando con ingeniosa crueldad los grillos, á lo que llamaban «*salto de trucha*». Á otros se aplicaban los *perrillos*, invención moderna, que

eran unas barretas de hierro que cogían y apretaban á una los pulgares de las dos manos. Declinando ya el siglo último, D. Alonso de Acebedo escribió una memoria declamando vehementemente contra el uso de la tortura y proponiendo su abolición. Publicóse esta memoria el año de 1770, y luego la refutó con mucho calor D. Pedro de Castro, imprimiendo en el año de 1778 su *Defensa de la tortura;* contienda que ofrece la anomalía de estar la causa de la lenidad defendida por un seglar é impugnada por un sacerdote. Á todo ha puesto fin la prohibición absoluta de apremios y cuestión de tormento establecida por la real cédula de 25 de julio de 1814, y por la noble expresión del rey, que en una visita de la cárcel de Villa, hecha el año de 1817, viendo casualmente el potro, mandó quemarlo, «para que no quede, dijo, en lo sucesivo, ni aun idea de semejante infernal máquina». III, 292, 293.

Tosilos.—El lacayo gascón, á quien pusieron el Duque y la Duquesa en lugar del mozo que no quiso tener por suegra á Doña Rodríguez. VI, 94.—«De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote y el lacayo *Tosilos*». Como la batalla no se verificó, está dicho con verdad y con gracia lo de «*nunca vista*», que ordinariamente significa otra cosa. VI, 134.—Lleva un pliego de cartas del Duque al virrey, y su encuentro con Don Quijote y Sancho. VI, 349, 350 (textos).

Tostado (El).—Es el nombre que se da comunmente á Don Alonso de Madrigal, obispo de Ávila, que floreció en el reinado de D. Juan el II de Castilla con fama del hombre más docto y el escritor más laborioso entre los españoles de su siglo. Murió de poca edad el año de 1450. La comparación con las obras del Tostado (que se hace en el texto) es de uso general en España para denotar los libros abultados y voluminosos. IV, 64.—El año de 1601 visitó el rey (Felipe III) los colegios mayores (de Salamanca), y en el de

San Bartolomé se quitó la gorra para ver las obras originales del Tostado, se mantuvo sin ella mientras las estuvo mirando, y la misma demostración hizo con su retrato. IV, 281.—Véase *Madrigal (D. Alonso de).*

Trabacuentas.—Metafórico. Disensiones, controversias ó disputas. (Academia.) Diciendo «*trabacuentas*», excusado es añadir «*de disgusto*», porque «*trabacuenta*» se toma siempre en mala parte. Expresión de Sancho en su carta á su amo. VI, 60.

Trabajos (Los) de Persiles y Sigismunda.—Su dedicatoria, que Cervantes, estando para morir, después ya de recibida la Extremaunción, dirigió al conde de Lemos. I, 150; IV (Dedicatoria).

Trabajos (Los) de Hércules.—Por D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, «nigromante», según el vulgo, y según Juan de Mena,

«*Honra de España y del siglo presente*».

IV, 41, 234.—Véase *Villena (Marqués de).*—[I, 327-328 y nota.]

Trabuco.—«Como con un *trabuco*». «*Trabuco*» no significa aquí lo que ahora entendemos por esta voz, que es una escopeta corta de mucho calibre, sino una máquina militar de la Edad Media, con que se lanzaban piedras en defensa y ofensa de las fortalezas. I, 253.

Tracia (D. Cirongilio de).—*Historia de D. Cirongilio de Tracia,* por Bernardo de Vargas, Sevilla, 1545.—Yo no he logrado ver esta historia á pesar de las diligencias que he practicado para conseguirlo. II, 510, 518.

Tracista.—«El cura, que era gran *tracista*».—Quiere decir, inventor ingenioso de arbitrios. «Todos me tenían por travieso y *tracista*», se lee en la parte primera de *Guzmán de Alfarache.* II, 442.

Traducciones y traductores.—Sobre la traducción del *Orlando*

de Ariosto por el capitán D. Jerónimo Jiménez de Urrea. I, 120-122.—Observaciones generales sobre traducciones y traductores. VI, 286-291.—[II, 479-480 n.]

Traerme la mano por el cerro.—Como á las caballerías, para halagarlas y amansarlas, de donde se tomó la metáfora. V, 232.—*Cerro:* el cuello ó pescuezo del animal. (Academia.)

Tragos de tormento.—Con relación al tormento de toca, decía Don Quijote á Sancho que con sus refranes le daba *tragos de tormento.* V, 364.—Véanse *Tormento de toca* y *Torturas.*

Traídas (Aquellas) y llevadas.—Las dos mozas «del partido» de la venta. En la novela de *Rinconete y Cortadillo,* dijo Cervantes de unos alpargates viejos, que estaban *tan traídos como llevados*»; y lo mismo suele decirse en general de las ropas que están deslucidas ó deterioradas por el uso. Cervantes lo aplicó con propiedad á objetos manoseados y puercos en quienes concurría además la circunstancia de *traídos y llevados* por los arrieros á Sevilla, como antes se dijo. La riqueza y opulencia de aquella ciudad, mayor en aquella época que en otra alguna, ocasionaba la afluencia de este género de podridas y pestíferas mercancías. I, 37.

Traje de Don Quijote.—«Vistióse Don Quijote». Por diferentes pasajes de la fábula, se ven las piezas de que se componía el vestido de Don Quijote, pero especialmente por la relación de su estancia en casa de D. Diego de Miranda. (IV, 322). Allí se quedó nuestro hidalgo en *valones,* que ahora llamamos «pantalones», jubón de camuza todo bisunto con la mugre de las armas, cuello sencillo ó valona sin almidón y sin randas, borceguíes datilados, zapatos encerados y un herreruelo de paño pardo que vuelve á salir en el cap. 71 (VI, 416) para abrigar á Sancho, sudoriento, según él decía, de resultas de los azotes. Al fin del capítulo 45 de la primera parte (III, 330), se dice que traía sayo con collar, que sería el jubón mencionado arriba; y

antes, en el cap. 22 (II, 221), se había hablado de una ropilla que llevaba sobre las armas y le quitaron los galeotes. En el presente capítulo se le presenta con gregüescos ó calzones estrechos, el jubón de camuza y la montera de raso verde que le dieron las doncellas de la Duquesa: esta montera será la que se nombra después en el capítulo 46 (V, 421); sólo que ésta era de terciopelo guarnecida de pasamanos de plata; pero Cervantes no se acordó que antes había dicho que era de raso. Finalmente, en el capítulo 44 (V, 379) veremos que traía medias verdes y que tenía de repuesto unas botas de camino. No hablemos de la camisa, de la cual se hizo mención en la batalla de los cueros, y que no era muy cumplida, según allí se dice: y no sería sola, puesto que, conforme á los consejos del ventero su padrino, se proveyó de ellas ya para su segunda salida, y no las olvidaría para la tercera. Vestido ya Don Quijote, se echó á cuestas el mantón de escarlata para pasar á la sala en que lo aguardaban los Duques, como lo hizo Amadís de Gaula en el castillo ó palacio de Grovenesa, donde, dejando las armas en una cámara á que lo llevaron, tornó cubierto con su manto á la sala en que lo atendían. Ridícula figura sería la de Don Quijote, seco, alto, tendido, con sus quijadas hundidas, su jubón mugriento, mantón de escarlata y montera verde. V, 136, 137.—Otras Notas: I, 3; IV, 325.

Trajes en tiempos antiguos.—Los de los caballeros. IV, 39.—Los cuellos, golillas, lechuguillas, etc. IV, 323.—Los vestidos de boda. IV, 389.—Los trajes escénicos ó del teatro. IV, 194.—Véanse las otras Notas: I, 3; V, 219, 351; VI, 15.

Trama.—«Si tejieron la *trama* de su lamentable historia», etc. La *trama* no se teje, como ni tampoco la *urdimbre*. Esto sólo se dice de la *tela*. VI, 240.

Trapa, trapa, aparta, aparta.—De «*trapa, trapa*», que signi-

fica el ruido confuso de voces y pisadas de mucha gente, pudo venir «*trápala*». Covarrubias trae este cantarcico sayagués:

«*Asomaos á ese buraco,*
Cara de prata;
Correré yo el mi caballo
La trápala, trápala».

De este cantar se hizo ya mención en Nota al capítulo 19 (IV, 361); VI, 252.—Grupo y repetición de palabras, para despejar el lugar y llamar la atención del concurso. (Pellicer.)

Trapisonda.—«Imaginábase el pobre (Don Quijote) ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de *Trapisonda*».—Ciudad situada en la costa meridional del Mar Negro y capital del imperio de este nombre, que fué una de las cuatro partes en que se dividió el Imperio Griego por los años de 1220, á saber: Constantinopla, Tesalónica, Trapisonda y Nicea. Véase la Nota: I, 14.—También se habla de esto en las Notas á los capítulos 13 y 49 (I, 269; III, 429).

Trapobana.—Los antiguos llamaron «*Taprobana*», no «*Trapobana*», á la isla de Ceilán. Apenas fué conocida hasta los tiempos de Alejandro Magno, en que se supo con certeza que era isla. En el imperio de Claudio, vinieron de ella embajadores á Roma, y se aumentaron las noticias sobre aquella región, como refiere Plinio. II, 66.—Otras Notas: I, 166; V, 273.—«Taprobana, *que ora he Ceilão*». *(Os Lusiadas*, canto X, est. 107.)—«*And utmost Indian isle* Taprobane». (Milton, *Paradise Regained*, Book IV, line 75.)

Trasegar.—«*Trasegando* en sus estómagos las entrañas de las vasijas». Se dice «*trasegar á*», y no «*trasegar en*», y así lo indica la naturaleza y oficio de las dos partículas. VI, 101. —*Trasegar:* mudar el licor de una vasija en otra; como se

hace con la cosecha del vino, que se muda de las cubas á las tinajas. (Academia.)

Trasformaciones mágicas.—«La sierpe se volvió en un viejo anciano». Varios ejemplos citados de semejantes trasformaciones por medio de magia. II, 518.

Traslado.—«Porque entre moros no hay *traslado* á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros».—*Traslado.* Forense. La comunicación que se da á una de las partes que litigan, de las pretensiones ó alegatos de la otra. *Á prueba y estése*: expresión que, además del sentido recto jurídico, se dice metafóricamente por el que se tiene detenido sin despacharle en algún asunto. (Academia.)—Causas despachadas por el cadí «sin autos, demandas ni respuestas». V, 52.—Véase *Prueba (Á) y estése.*

Traspiés (Echar ó *dar).*—Frase metafórica. Vivir con poco recato, ó descuidarse en materia de honestidad ú otra semejante. (Academia.)—«Las cuales (las criadas) cuando ven á las amas *echar traspiés,* no se les da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan». Esto se dijo de Leonela, la doncella de Camila. III, 51 (t).

Trasposiciones de voces.—Por ejemplo: «Esta del corazón profunda llaga».—Trasposición muy parecida á la que ridiculiza Lope en la *Gatomaquia:*

> «*En una de fregar cayó caldera:*
> (Trasposición *se llama esta figura*)».

I, 297.—Otros ejemplos se hallarán en las siguientes Notas: I, 251; II, 99, 230; III, 212; IV, 356, 393; V, 319, 377, 448, 462; VI, 132, 384-386, y quizá en otros muchos lugares. Verdad es que el idioma nada pierde en esta clase de trasposiciones, cuando no son sobradamente duras ó no ofenden mucho al oído, al uso ó á la claridad. I, 158. —Trasposiciones de letras; como «*imaginaldo*» y «*veldo*», por «*imaginadlo*» y «*vedlo*», palabras de difícil pronuncia-

ción, que nuestros antiguos solían suavizar alterando el orden de las letras en la forma que muestra el texto. II, 373; IV, 388.—Véase *Metátesis.*

Trasquilar.—«Van por lana y vuelven *trasquilados*». Refrán antiquísimo: se aplica á los que, pensando sacar de algún negocio utilidad y provecho, en lugar de ello reciben daño y perjuicio. Véase la Nota sobre «*trasquilar*», ó cortar el cabello, como pena impuesta por afrenta á los delincuentes, ó señal de profesión monástica. I, 161.—«*Trasquilar* á cruces». Era cortar el pelo sin orden, cruzándose las tijeras, como antiguamente se hacía con los reos. V, 173.

Traste.—Véase *Dar al traste.*

Trastrigo (Pan de).—Debe ser cosa fuera de sazón, inoportuna, irregular. VI, 358.—Véase *Buscar pan de trastrigo.*

Trastulo.—«El inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo *trastulo*». *Trastullo* es voz italiana que significa «entretenimiento ó recreo»; y así, en el *Orlando* de Ariosto, profetizando la sabia Melisa á la doncella Bradamante los claros hechos de sus descendientes, al describir las inclinaciones marciales de uno de ellos, le decía:

«*Sarà di questo il pueril trastullo*
Sudar nel ferro è travagliarsi in guerra»;
(*Orlando Furioso*, c. III, est. 42.)

pero aquí significa «bufón ó regocijador».—Véase la Nota: IV, 125.

Trece (En sus), en sus catorce.—Véase *Estarse en sus trece, en sus catorce.*

Trechel.—Véase *Trigos.*

Treinta.—«*Treinta* mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse *treinta* mil veces de millares, si el cielo no lo remedia». Pase la expresión del texto por ponderación del pobre caballero de la Triste Figura. IV, 276.—Véase *Ediciones del «Quijote».*

Trenza (En) y en cabello.—«Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, *en trenza y en cabello*»; esto es, sin más adornos en la cabeza que las trenzas de sus mismos cabellos. (Discurso de Don Quijote sobre la Edad dorada.)

Tres y medio.—«Los famosos poetas que había en España, que decían que no eran sino *tres y medio*». Ardua empresa sería designar ahora, ya después de más de dos siglos, quiénes eran estos autores privilegiados que el nuestro quiso indicar como Príncipes de la poesía española. El erudito D. Gregorio Mayáns, en la *Vida* que escribió *de Cervantes*, pensó que los tres eran D. Alonso de Ercilla, autor de la *Araucana*, Juan Rufo, jurado de Córdoba, autor de la *Austriada*, y el capitán Cristóbal de Virués, del *Monserrate*. Fúndase en que, en el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote, dijo el cura de estos tres libros, que eran «los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia. Guárdense, añadió, como las más ricas prendas de poesía que tiene España» (I, 152). En el «*medio*», añadido á los tres, conjetura Mayáns que pudo Cervantes designarse á sí mismo modestamente por «*medio* poeta», puesto que en el cap. 23 de la primera parte (II, 235), hablándose de un soneto suyo, le había calificado de razonable poeta Don Quijote.—Véase el resto de la Nota por algunos reparos de Clemencín. IV, 82.—Véanse *Ercilla (D. Alonso de)*, *Rufo (Juan)* y *Virués (Cristóbal de)*.

Trifaldi (La aventura de la condesa).—V, 239, 253, 335. Un mayordomo del Duque había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido. V, 371. —Este episodio es sumamente caballeresco, y tomado de las entrañas mismas de una profesión destinada principalísimamente á la defensa de viudas y doncellas. Son innumerables en los libros de caballerías los casos semejantes á

éste. Fuera de alguna que otra pequeña inverosimilitud, el suceso es de los más agradables y apropiados al objeto de la fábula del *Quijote*. V, 342.—Véase *Dueña (La) Dolorida,* alias *la condesa Trifaldi.*

Trifaldín.—Escudero de la condesa Trifaldi. Es muy común en los libros de caballerías caminar las dueñas con escuderos. El examen é investigación sobre la etimología de este nombre, hará ver la feliz elección que de él hizo Cervantes para el contrahecho escudero de la condesa Trifaldi. Esta palabra se deriva de *trufa* y *trufari,* voces de la baja latinidad. «*Trufa, trupha, truffa, fraus, nequitia, jocus*», de que tomaron origen las palabras «*trufador, trufán*», traidor, falso, truhán, burlador; «*trufería*», burla, de que usó Gonzalo de Berceo en su poema de los milagros de nuestra Señora, y en cuyas palabras se encuentra el origen y raíz del verbo «*truhar*». «*Trufa, truffería*» son palabras italianas que corresponden á «*inganno, furberia*». «*Truffer*», palabra francesa, usada en los avisos que dió San Luis á su hijo al morir, que refiere Joinville, significa «*tromper en jouant, railler*».

> «*S' ebbero un tempo in urta è in gran dispetto*
> *Per* Truffaldin; *che fora lungo à dire*».
>
> (*Orlando Furioso*, cant. 31, oct. 41.)

De aquí pudo tomar Cervantes el nombre de «*Trifaldín*». El «*trufaldino*» italiano parece diminutivo. V, 252, 253.

Trigos.—«*Candeal..... trechel..... rubión*». «*Trigo candeal*» se llama por la candidez ó blancura de su harina; «*rubión*», por el color encendido de sus granos; «*trechel*», según Covarrubias, quiere decir «*trujillano*», por sembrarse comunmente en tierra de Trujillo. Nuestro Gabriel de Herrera elogia esta clase de cereal, en el libro 1.º de su *Agricultura,* por ser de mucho peso y producto. Notorio es el gran número que hay

de variedades de trigos, y la diversidad de sus nombres según las diferentes provincias. II, 483.

Trinchante.—Véase *Maestresala.*

Trinidad de Gaeta.—«Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la *Trinidad de Gaeta*». Templo y monasterio de este título, fundado por el rey D. Fernando de Aragón en Gaeta, ciudad marítima del reino de Nápoles, que, viéndose desde alta mar, suele motivar las invocaciones de los navegantes. No estaba Sancho en el caso de tener esta noticia: pero sí lo estaba Cervantes, que había navegado por aquel mar, y no advirtió la impropiedad con que se pone la expresión en boca del labriego de la Argamasilla. IV, 417.—«Ea, pues, dijo Sancho; Dios me ayude y la santísima *Trinidad de Gaeta*». Fórmula de devoción propia de Sancho, quien ya la había usado cuando, al tiempo de bajar su amo á la cueva de Montesinos (IV, 416, 417), «echándole su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la *Trinidad de Gaeta*». Siendo Gaeta puerto de gran tráfico, no fué extraño que la devoción á este santuario se extendiese á otras naciones, y penetrase hasta la Mancha y hasta Sancho. V, 322.—Ambas notas son de Clemencín, y parece que, escribiendo la última, no se acordó de lo que había dicho respecto de Sancho en la anterior.

Tripas.—Entre los refranes citados por Sancho hay dos: «más vale al que Dios ayuda que el que mucho madruga», y «*tripas* llevan pies, que no pies *tripas*». (V, 203.) El primero indica que importan más los auxilios de Dios que las diligencias humanas; el otro significa que la fatiga, especialmente la del caminante, no se puede soportar sin el competente alimento. Don Quijote había dicho en el cap. 2.° de la primera parte (I, 38), que «el trabajo y peso de las armas no se podía llevar sin el gobierno de las *tripas*». Ambos refranes, que están estropeados en todas las ediciones,

se han restablecido en la presente. En el cap. 47 de esta segunda parte (V, 444), decía Sancho: «si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque *tripas* llevan corazón, que no corazón *tripas*». V, 204.

Triquete (Á cada), ó á cada triquitraque.—Lo mismo que «á cada paso, á cada momento». «*Triquete*» es abreviatura de «*triquitraque*». Es una de las expresiones proverbiales del estilo familiar, que incluyó en su *Cuento de cuentos* D. Francisco de Quevedo. Dícese más comunmente «*á cada triquitraque*», voz tomada, al parecer, del sonido que hacen y repiten con continuación los dados en el tablero al jugar al chaquete. De donde también llaman á este juego *trictrac* los franceses. IV, 330; V, 188.

Tristán de Leonís.—Uno de los caballeros de la Tabla Redonda. Sus amores con la reina Iseo. La aventura de la Bebida amorosa, que dió ocasión forzosa é inevitable á sus largos y desgraciados amores. Véanse las Notas: I, 115; II, 203, 235, 289, 292; III, 455; V, 429.—[I, 218.]

Triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos.—¡Con qué habilidad contrapone Cervantes lo despreciable del objeto y las fuerzas y travesuras del Amor; el rendimiento de un lacayo tosco y majadero, con el poderío de aquel dios á quien decía en la *Eneida* la madre de las gracias y de los placeres!:

«*Nate, meae vires, mea magna potentia solus;*
Nate, Patris summi qui tela typhoea temnis,
Ad te confugio, et supplex tua numina posco».

(Lib. I, v. 668 y siguientes.)

VI, 143.

Triunfo.—«Al *triunfo* envidado».—Juego de cartas conocido ya en Castilla á principios del siglo XVI: ahora le llaman «*burro*», juego insipidísimo, á que la calidad del envite

puede dar algo qué de interés. V, 203.—Un juego de naipes, llamado así porque, después de dar tres cartas á cada jugador, de las que restan se saca otra que es la del triunfo. (Arrieta.)

Trochemoche (Á).—«Y no ponga *á trochemoche* lo primero que le viene al magín».—Es lo mismo que «sin orden ni concierto». Covarrubias cree que esta locución se tomó de los que hacen leña *tronchando* y *desmochando* los árboles sin dejar guía y pendón, como previenen las leyes de la corta. IV, 60; V, 147.—«Pero cargar y ensartar refranes *á trochemoche*, hace la plática desmayada y baja». V, 359 (t); VI, 422.

Trofeo (Un).—«Y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un *trofeo*».—El trofeo solía ser un árbol al que cortaban las ramas, colgando del tronco y de sus codillos las armas y despojos del enemigo vencido y puesto en fuga en aquel paraje. Otras veces se erigían trofeos de un modo más sólido y costoso. Aquí no hubo batalla ni despojos, y por consiguiente no pudo haber trofeo, y ni hablarse de ello sino festivamente y de burlas. Díjose que era costumbre antigua de los griegos, y se dijo bien, porque fué costumbre peculiar de ellos, y hasta después de mucho tiempo no la imitaron los romanos. V, 82.—Fué costumbre muy usada, dice Covarrubias, poner el vencedor en el mismo lugar donde alcanzó victoria del enemigo alguna señal para memoria de ella, la cual los griegos llamaron «*trofeo*». (Arrieta.)

Trompójelas.—«Castígame mi madre, y yo *trompójelas*».—Don Quijote citó este refrán á Sancho, después de haberle dicho: «encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano».—«Refrán que reprende á los que, advertidos de una falta, incurren sin enmienda en ella frecuentemente, ó por descuido, ó buscando ocasiones libres de censura». *(Diccionario de Autoridades,* artículo *Trompar.)* V, 359; VI,

363 (t).—«Esto es: hago el mismo caso que del castigo y amenazas de su madre hace el muchacho del trompo, que le hace dar vueltas y no sabe dejarlo de la mano. Mallara, cap. 6.°, v. 76.» (Arrieta.)

Troncoso.—Manuel Faria dice, en la *Europa portuguesa*, que las novelas de su paisano Troncoso fueron las primeras que se escribieron en España. IV, x (Prólogo).

Tronchón (El queso de).—«Que se aventajaba á los *de Tronchón*».—Mucho tuvo que andar el queso manchego para aventajarse al de Tronchón. VI, 81, 350 (t).

Trovadores.—«Que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes *trovadores* y grandes músicos». «*Trovadores*» quiere decir «inventores», y es nombre que se dedicó y aún se aplica á los poetas provenzales, que florecieron en la Edad Media. De romances y coplas cantados por caballeros se habla largamente en esta Nota: II, 235-238; V, 422.

Troya (Aquí fué).—«Al salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo: *aquí fué Troya*», etc.

«*Litora tunc patriae lacrymans portusque relinquo,*
Et campos ubi Troia fuit».

(*Eneida*, lib. 3.°, v. 10 y 11.)

De aquí hubo de nacer la expresión del texto.—En el capítulo 29 (V, 107) se dijo: «si no fuera por los molineros que se arrojaron al agua y los sacaron en peso á entrambos (Don Quijote y Sancho), *allí había sido Troya* para los dos». El Diccionario pone artículo de *Aquí fué Troya*, y dice que es frase de la cual se usa para dar á entender que sólo han quedado las ruinas y señales de alguna gran población ó edificio, ó para indicar algún acontecimiento desgraciado ó ruidoso.—Á este modo, cuando Roldán supo de los villanos el gatuperio que le había hecho Angélica la

Bella, exclamaba en la comedia de Lope de Vega, *Angélica en el Catay:*

> «*¡Oh fieras alamedas,*
> *Oh rótulos infames y malditos,*
> *Oh fuentes á mirar sus gustos quedas,*
> *Testigos de sus besos y delitos;*
> *Oh yedra vil que este olmo verde enredas,*
> *Oh troncos de libelos míos escritos!*
> *Todos os rasgaré con estas manos;*
> Aquí fué Troya. *¿Qué miráis, villanos?*
>
> (Acto 2.º)

VI, 341.

Troyana (La Crónica).—Escrita por un siciliano en el siglo XIII. III, 451.

Trozos escogidos del «Quijote».—Copiados por D. Antonio de Capmany en su *Teatro de la elocuencia española,* como ejemplos notables de hermosura y lenguaje. III, 482, 506; IV, 16.

Trujamán, trujimán ó *truchimán.*—Palabra tomada, según parece, del árabe, que significa «intérprete». Es el mismo nombre que «*dragomán*», como ahora se llaman los intérpretes en la Puerta y corte otomana. V, 42.

Tuera.—«En su comparación son dulces las *tueras*», etc. Es el fruto de la coloquíntida, calabacilla sumamente amarga. V, 287.

Tulia.—Hija de Servio Tulio, rey de Roma, y mujer de Tarquino el Soberbio, hizo que su coche ó carrocín pasase por encima del cadáver de su padre, que á instigación suya había sido asesinado para que su marido reinase.—Cervantes la llama «hija» de Tarquino. I, 302.

Tulio.—«Según le parece á *Tulio,* espejo de la vida humana». —Cervantes cita aquí un pasaje de Cicerón, aunque con poca exactitud según su costumbre. III, 401.—Véase *Espejo de la vida humana.*

Turbio (De) en turbio.—«Se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días *de turbio en turbio*». «Pasar las noches de claro en claro», ó pasar en claro las noches, ya se entiende que es no dormir en toda ella; mas «pasar los días *de turbio en turbio*», no se entiende tan bien; á no ser que quiera decir que los pasaba durmiendo ó en la oscuridad, y de consiguiente en turbio, por estar cansado de tanto leer y velar de noche . (Arrieta.)—*De claro en claro:* modo adverbial metafórico. Sin dormir. *De turbio en turbio:* expresión festiva y contrapuesta á la de «de claro en claro». Dormitando durante el día por haber pasado la noche en vela. (Salvá.) I, 10 (t).

Turcos (La bajada de los).—«Que *el Turco bajaba* con una poderosa armada».—Por espacio de casi un siglo, desde mediados del siglo XVI, los proyectos y empresas marítimas de los turcos eran materia ordinaria de las conversaciones públicas. El estado de guerra perpetua hacía frecuentes las inquietudes que los preparativos de los infieles inspiraban en las costas de España é Italia, á que inmediatamente seguía el cuidado en proveer especialmente las de Nápoles y Sicilia, y la isla de Malta, como puntos avanzados y más próximos al peligro. Por eso Juan Cortés de Tolosa, en su *Lazarillo de Manzanares*, impreso el año de 1620, para ponderar el temor que se tenía á una suegra, la llama «mujer más temida que *la bajada del turco*».—Nuestro Cervantes, despidiéndose de las Gradas de San Felipe el Real (mentidero de Madrid en su tiempo) al emprender su viaje al Parnaso, decía:

> «*Á Dios de San Felipe el gran paseo,*
> *Donde si* baja *ó* sube el turco *galgo,*
> *Como en gaceta de Venecia leo*».

IV, 4, 5.

Turpín ó Tilpín (Juan).—«El verdadero historiador *Turpín*».

—Turpín ha llegado á ser el verbigracia de los embusteros. Fué un arzobispo de Reims que vivió en tiempo de Carlomagno; y dos siglos después, se escribió bajo su nombre una historia de los hechos de aquel príncipe en dos libros llenos de cuentos y mentiras. Por la común reputación de embustero llama irónicamente Cervantes á Turpín «*verdadero historiador*», imitando en esto á Ariosto, que con la misma ironía le llamó «*veraz*»:

«*Scrive Turpin, verace in questo loco*».
(Cant. 30, est. 49.)

Para indicar que una cosa era mentira, se decía que la afirmaba Turpín.—Véanse las siguientes Notas: I, 118; III, 433, 458, 467-469; IV, 19, 20, 221, 278; V, 44, 48. —[I, 197.]

Úbeda (Por los cerros de).—«Ir *por los cerros de Úbeda*», según Covarrubias en su *Tesoro*, se dice del que no lleva camino en lo que dice, y procede por términos remotos y desproporcionados.—El origen de esta expresión proverbial es desconocido, como lo es generalmente el de los refranes y locuciones de su clase. La presente se aplica, según dijo Covarrubias, á las cosas que van descaminadas y fuera de los términos razonables, como lo iría el que dejase el camino llano, prefiriendo el de los cerros y terrenos desiguales. La mención de los de Úbeda puede indicar que allí ó cerca de allí tuvo la expresión su nacimiento. V, 179, 359. —Se dice de cosas disparatadas que no vienen á cuento. VI, 154.—Véase *Ir por los cerros de Úbeda.*

Uchalí.—«El *Uchalí*, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario» (anticuado: corsario: Salvá).—El Uchalí, como dirá el cautivo en el capítulo siguiente, era calabrés, y, según las noticias de Haedo, nació de padres pobres en Licastelli, el año de 1508. Cautivado en su juventud, anduvo co-

mo esclavo muchos años al remo, hasta que renegó, y por esto fué conocido por el nombre de «*Aluch Alí*», «que en turquesco (dice Haedo) quiere decir «*renegado Alí*», porque lo que nosotros llamamos «*renegado*» y los moros «*elche*», llaman los turcos «*aluch*». De aquí, corrompido el nombre, le llamaron vulgarmente los cristianos «*Uchalí*» ú «*Ochalí*». Sirvió en adelante con fidelidad á los turcos. Se distinguió en varias ocasiones y después asistió en la batalla de Lepanto, donde mandó con inteligencia y valor el ala izquierda de la escuadra otomana. El año de 1568 fué promovido Uchalí al reino de Argel. Dícese que en algún tiempo el papa San Pío V hizo diligencias para reducirle al gremio de la Iglesia, y que para ello le ofrecía formarle un principado en Italia. El terror que su nombre infundía entre los cristianos, ocasionó la frecuente mención que de él se hace en los romances que el vulgo español cantaba ú oía cantar á los ciegos. Cervantes hizo justicia á la humanidad y prendas morales del Uchalí.—Véanse las Notas para otros muchos pormenores: III, 156-160, 169, 175-178, 182.

Ufanidad.—«Con la alegría, contento y *ufanidad* que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo».—«*Ufano*» equivale á «engreído»: es más que «contento» y menos que «arrogante»; pero se toma siempre en mala parte. De «*ufano*» hubieron de formarse los nombre de «*ufanía*» y «*ufanidad*». De «*ufano*» se derivó también el verbo «*ufanarse*», de que usó ya Cervantes en el cap. 14 (IV, 239) de esta segunda parte, cuando el caballero de los Espejos (ó del Bosque) decía que de lo que más se preciaba y *ufanaba* era de haber vencido á Don Quijote. En nuestro uso actual sólo ha quedado la matriz «*ufano*», y todos sus hijos han perecido. IV, 270.

Ulises, Eneas, Aquiles, Héctor, Sinón, Euríalo, Alejandro, Cé-

sar, *Trajano*, *Zópiro* y *Catón*.—«Las astucias de *Ulises*, la piedad de *Eneas*», etc.—Sus propiedades características. III, 391.

Ultimadamente.—Adverbio de poco uso, pero á quien no puede negarse carta de naturaleza en Castilla, teniéndola el adjetivo «*ultimado*» por testimonio de Ambrosio Morales, Alonso López Pinciano y otros escritores. III, 281.

Un lugar de hasta mil vecinos.—M. Sorel, citado por Pellicer, dice que no es verisímil que los vecinos de un lugar de tanta población recibiesen seriamente por su gobernador al rústico y labriego Sancho Panza. Mas añade Pellicer que los vecinos estaban advertidos de que el gobierno y el gobernador eran cosa de burla. No hay duda que el episodio de este gobierno burlesco de Sancho es sumamente inverisímil en un país civilizado; pero Cervantes supo compensar esta inverisimilitud con tantas sales y gracias, que no está en manos del lector dejar de perdonarle con gusto. V, 404.

Una por una.—«Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo (á la hermosa Ana Félix): *una por una* vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento».—Modo adverbial digno de notarse, que significa «en todo caso, ciertamente, con efecto, de hecho», en contraposición á «*uno por otro*», que envuelve la idea de falsedad; significación que cuadra perfectamente á esta expresión en todos los casos que la encuentro usada en el *Quijote*. (II, 305, 469; IV, 155; VI, 332, 339, 398.)—Véase la Nota por otros ejemplos. VI, 315.

Único.—«Famoso y *único* poeta castellano».—«*Único* poeta» no quiere decir que los demás no lo son: «*único*» equivale aquí á «singular», en cuya acepción usaron de esta voz varios buenos escritores; y aun Cervantes, en el cap. 6.º de la primera parte (I, 144), le empleó como superlativo, cuando dijo de la *Fortuna de Amor* de Lofraso que era «el mejor y

el más *único* libro»; pero cuando «*único*» significa «exclusivamente, solo», su significación es absoluta, y no admite diminución ni aumento, porque lo que es *único*, no puede ser más ni menos *único*. Lo propio sucede en «*triangular*», «*eterno*», «*primero*», «*segundo*» y otros vocablos semejantes. IV, 30.—«De los más *únicos* pintores». «*Único*» es de los adjetivos que no admiten aumento ni diminución, ni comparativo ni superlativo, porque lo que es único no puede ser más ni menos *único*, así como en «*primero*», «*segundo*», «*circular*», «*triangular*» y otros, no cabe tampoco *más* ni *menos*. El uso y la costumbre va en esta parte de acuerdo con la razón; y ni con una ni con otra se conformó Cervantes en este pasaje y en el del cap. 6.° (I, 144), donde dijo que el libro de la *Fortuna de Amor*, de Antonio de Lofraso, era el «mejor y el más *único* de los de su género». II, 282.

Unidades de tiempo y lugar y de acción (Infracciones de las).— «Errores de todo punto inexcusables».—Parecía natural que habiéndose censurado las infracciones de las unidades de tiempo y lugar, no se omitiesen las que son contra la de acción.—Véanse las Notas: III, 402, 406-410.—[II, 65, 329 y n.; III, 42, n.]

Universidades las más célebres.—Bolonia, París y Salamanca fueron desde el primer restablecimiento de las letras, en los siglos XII y XIII, las tres universidades más célebres de la cristiandad, á las que el concilio general de Viena, tenido el año de 1312, añadió la de Oxford.—Véase la Nota larga sobre universidades y academias antiguas: IV, 340-342; VI, 420.—Véanse *Atenas, Bolonia, París* y *Salamanca.*— [I, 314, 315, etc.]

Universidades literarias (Los grados de las).—«Y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna».—Échase de ver en el *Quijote* una cierta tendencia á ridiculizar los grados de las universidades literarias, especialmente las me-

nores; como sucede aquí, en el pasaje en que supuso graduado en Sigüenza al cura del lugar de Don Quijote (I, 8) y en el del loco de Sevilla, en que contrapuso Osuna á Salamanca (IV, 10). En el día hay muchos que acompañan á Cervantes en este juicio. En cambio, Tamayo de Vargas llamó á Cervantes «ingenio lego» (III, 467), y Avellaneda mostró despreciarle por indocto y falto de estudios académicos. La posteridad ha fallado este pleito, y sin apelación. V, 438, 439.

Universo (De todo el) mundo.—«*Todo*» y «*universo*» forman un pleonasmo vicioso si se conserva «*mundo*»; pero no si se suprime esta última palabra y queda solamente «*de todo el universo*».—«*Universo*» significa una cosa cuando es sustantivo y otra cuando es adjetivo. En este último caso es sinónimo de «*todo*». «Vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre *de todo el universo mundo*». III, 6.

Uno.—Como terminación de voces, indicando vileza y desprecio; como *hombruno*, etc.—«Por más señas era el queso *ovejuno*». II, 489.—Véase *Terminación de voces.*

Uno, otro.—Como nombres del género neutro. III, 15-18.—Véase *Otro.*

Uno por otro.—Envuelve la idea de falsedad. VI, 315.—Véase *Una por una.*

Untar.—«Si tuviera yo esos veinte ducados..... *hubiera untado* con ellos la péndola (pluma) del escribano». «*Untado*» es lo mismo que «comprado ó corrompido con dinero»; metáfora tomada del que *unta* con aceite ó sebo la rueda para que corra más á su gusto. Á esta semejanza, facilita el dinero las cosas, por lo cual suele dársele el nombre de «*unto de Méjico*». II, 198.—«Que si me traen á las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de *untar* las mías». VI, 408 (t).—*Untar las manos* á una persona, ó á un juez, es sobornarle, ganarle con dádivas ó dineros. (Arrieta.)

Uñas de vaca.—«Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos *uñas de vaca* que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen *uñas de vaca*».—Es el pie ó mano de vaca ó buey; si es de ternera se la llama «*mano*». El uso es quien ha establecido estas anomalías. (Arrieta.) VI, 198 (t).

Urbina (Diego de).—Natural de la ciudad de Guadalajara: se distinguió en la batalla de Lepanto, siendo capitán de la compañía en que servía nuestro autor, y pertenecía al tercio de D. Miguel de Moncada. Cervantes quiso que quedase en el *Quijote* esta honrosa memoria de su capitán, y quizá quiso también perpetuar la de su alférez en la relación del cautivo; pero el transcurso del tiempo ha hecho imposible esta averiguación, que hubiera sido fácil á sus contemporáneos. III, 151.

Urganda, la encantadora.—Fué singular amiga de Amadís de Gaula.—Véanse las Notas sobre ella: I, LVII (Prólogo), 99, 100; II, 283; III, 290.—Alquife (su marido) y Urganda. V, 211-215.

Urraca (La infanta Doña).—Su padre, Don Fernando I, rey de Castilla, repartiendo los reinos entre sus hijos, no le dejaba nada á ella. IV, 94.

Urrea (El capitán D. Jerónimo Jiménez de).—Su traducción métrica del *Orlando* de Ariosto, de los años 1556, 1558. La censura que aquí hace Cervantes de esta traducción, es sobradamente benigna. I, 120-122; VI, 289.—[II, 479-480, n.]

Usque (Amicus) ad aras.—«Que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios». —El dicho fué de Pericles á un amigo suyo, pidiéndole éste que en cierta causa judicial jurase á su favor en falso. Cuéntalo Plutarco en su opúsculo intitulado *De la mala vergüenza*. III, 10, 11.

Uva (Hecho una).—Véase *Hecho una uva*.

Vaca (La) de la boda.—Dícese de la persona que sirve de diversión á los que concurren á ella, y, por extensión, del sujeto á quien todos acuden en sus urgencias. Así el Diccionario. Y añade Arrieta: ó la persona que hace los gastos: metáfora tomada, sin duda, de la vaca que se mata para el gasto de la boda, y de la cual comen todos los convidados y asistentes á ella. VI, 389.

Val (En el) de las estacas.—Modo festivo de designar el sitio donde amo y mozo fueron derribados y molidos á palos por las estacas de los yangüeses. Alúdese en ello al romance viejo que empezaba: *Por el val de las estacas.* II, 43.

Valdés (Juan).—Autor del *Diálogo de las lenguas,* que tanto se cita en estas Notas, y cuyo voto es muy respetable en materia de lenguaje. I, 109; II, 304; IV, 285.—Sobre traducciones: gradúa de gran temeridad la empresa de traducir de una lengua á otra el que no es muy diestro en ambas. VI, 289.—M. Ticknor dice: «Pero la mejor obra en prosa didáctica del período que estamos examinando, aunque desconocida y no publicada hasta dos siglos después, es la que se anuncia con el modesto título de *Diálogo de las lenguas,* obra en cualquier tiempo muy recomendable por la natural sencillez de su estilo y pureza de dicción, pero más aún en una época de escolástica y trabajosa elocuencia. «Escribo, dice su autor, como hablo; solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir; y dígolo cuanto más llanamente me es posible; porque, á mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación».» (Traducción de Gayangos.)—[II, 19; III, 459, etc.]

Vale.—Voz latina, usada en castellano para despedirse en estilo cortesano y familiar, y significa «Dios te dé salud». (Academia.) I, LVI (Prólogo); VI, 468 (t).

Valer una ciudad.—Expresión con que se solía ponderar el valor de alguna cosa, muy usada en los romances antiguos

y libros caballerescos. Véanse los ejemplos: III, 479, 480.—«Aunque me diesen de añadidura *una ciudad*». V, 168.

Valera (Diego de).—Uno de los caballeros de que hace mención Fernando de Pulgar, fué doncel ó paje del rey Don Juan el II. III, 466.—Su *Crónica abreviada de España*, que dedicó á la Reina Católica. III, 477.—[I, 167, 322 y n.]

Valientes.—«Los *valientes* toros de Guisando» (cuatro bultos de piedra).—Se llamarían «*valientes*» por lo «grandes», según una expresión familiar. IV, 236.—Véase *Toros de Guisando.*

Valones, valonas.—«En *valones* y en jubón», esto es, con la ropa interior, ó «en farseto», según la expresión que se lee en el cap. 21 de la primera parte (II, 169). «*Valones*» eran «calzones» á la flamenca, que solían ser anchos, y se llamarían «*valones*» por haber venido la moda de los estados *valones* ó de Flandes, así como vino la de los cuellos llamados «*valonas*» y la de los sombreros terciados «*á la valona*», de que se hablará en la aventura de Claudia Jerónima: «con sombrero terciado *á la valona*» (VI, 234). Llamábanse «*valonas*» las provincias de los Países Bajos, y «*valones*» á sus habitantes. IV, 322, 323.—«El cuello era *valona* á lo estudiantil». IV, 323.—«Con *valonas* guarnecidas con puntas de randas flamencas». VI, 398 (t); V, 136.

Valor.—«Cada día descubro en vos *valores*». «*Valor*» en este lugar no es la «fortaleza que arrostra los peligros», sino «calidad ó prenda apreciable». Viene á ser como «*valía*», palabra casi anticuada, que equivale á «precio», y carece de plural, como también le sucede á «*valor*» cuando significa la «fortaleza».—*Á las valías:* modo adverbial. Al mayor precio de los frutos en todo el año. (Academia.) II, 364.—«Su bondad y *valor*». Se habla de Camila. «*Valor*» es aquí lo que una persona vale por sus prendas, y la estimación que por ellas merece: viene á ser lo que ahora llamamos

«mérito». III, 5.—«Como el *valor* de D. Luis merecía». —«*Valor*» no significa aquí la calidad de «*valiente*», sino de «apreciable», así como de una joya se dice que tiene mucho ó poco *valor*. III, 326.

Valladolid.—Felipe III trasladó la corte á Valladolid en 1601, y aquí se mantuvo hasta el año de 1606, en que se volvió á establecer de nuevo en Madrid. III, 275.—Véase *Madrid.*

Vamba ó *Wamba (El rey).*—«En tiempo del *rey Wamba*».—Rey visigodo que reinó en España desde el año 672 hasta el de 680, y se señaló por su valor y demás virtudes. Todavía se usa entre nosotros esta expresión para denotar en general una época muy antigua. II, 352.—«Sacaron al labrador *Wamba*».—Mariana cuenta, en su *Historia de España*», que, habiéndose rebelado contra el rey Wamba su general Paulo, éste le envió á desafiar, llenándole de injurias. «Destos baldones (continúa) y destas parcialidades, según yo entiendo, procedió la fama del vulgo, que hace á Wamba villano, y que subió al cetro y corona del arado y de la azada; mas sin falta es manifiesto yerro; que, á la verdad, fué y nació de la más principal nobleza de los godos, y en la corte y casa de los reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad». V, 182, 183.—También hay otra Nota: I, 161.

Vamos, vais.—«Como nos *vamos*».—«*Vamos*» es subjuntivo, abreviatura ó síncope de «*vayamos*»; y así se encuentra en nuestros antiguos escritores, á la manera que se decía también «*vais*», sincopado, por «*vayáis*», según se observó en las Notas á la novela de *El curioso impertinente* (III, 87). III, 195.

Vandalia, Andalucía.—«*Vandalia*» es Andalucía. El arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, en su *Historia de España,* dijo que se llamó «*Vandalia*», por los *vándalos,* que con otros pueblos bárbaros del Norte invadieron á España en el siglo V y se establecieron en la parte meridional de

la Península; y de «*Vandalia*» formaron los árabes el nombre de «*Andalucía*», que extendieron á toda la España que dominaban, y que después de la reconquista por los cristianos quedó reducida otra vez á la parte que cae al sur de Sierramorena. Entre los poetas modernos se ha designado muchas veces á Andalucía con el nombre de «*Vandalia*». IV, 233, 234.

Vargas (Garci Pérez de).—Véase *Garci Pérez de Vargas.*

Vargas (D. Tomás Tamayo de).—Véase *Vida de Diego García de Paredes.* II, 515.—Llamó á Cervantes «ingenio lego». III, 467; V, 439.—Véase *Universidades literarias (Los grados de las).*—[I, 455; III, 183, notas.]

Vargas (Diego Pérez de).—«*Vargas y Machuca*»: habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y *machacó* tantos moros, que le quedó por sobrenombre *Machuca*, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante *Vargas y Machuca*». Esta batalla fué la de Jerez contra los moros, reinando D. Fernando III el Santo. Diego Pérez de Vargas era toledano, como dice la *Crónica general*, y de este suceso se hizo un romance antiguo que se lee en las colecciones de esta clase de poesías. I, 175; II, 429.—[II, 229, n.]

Variado.—«Fuente de jaspe *variado*». «*Variado*», es decir, manchado de diferentes colores; adjetivo correspondiente al latino *variegatus*, ó más bien á *versicolor*, como el jaspe lo es comunmente; y aun por eso se llama «jaspeada» la superficie que está pintada con listas ó manchas irregulares de colores diversos. Es acepción menos común que las otras en que suele usarse «*variado*», y en que equivale á «diferenciado», mudado, hecho de otra manera, compuesto de partes diversas entre sí. En ésta se usa después dentro del mismo período, cuando se dice que las conchas de las almejas y caracoles con los pedazos de cristal y contra-

hechas esmeraldas «hacen una *variada* labor». III, 476.

Varilla de virtudes.—«Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre».—«*Por la virtud que Dios le dió*». La hija de la ventera, que aplicó esta expresión al propósito de la caballería andante, habría oído en su niñez, como todos hemos oído en la nuestra, los cuentos en que interviene la *varilla de virtudes*, y en que los dueños de la varilla usan de esta especie de fórmula ó conjuro para pedirle, *por la virtud que Dios le dió*, que ejecute algún prodigio. La varilla de virtudes fué conocida ya como cosa proverbial entre los romanos, que la llamaban *virgula divina* y le atribuían propiedades mágicas, como la de hacer aparecer los manjares que se quería, de lo que hace mención Cicerón en el libro 1.° de los *Oficios* (cap. 44). Por medio de su vara hizo Moisés las verdaderas maravillas que obró en Egipto; para remedarlas, los magos de Faraón usaron de varas en sus encantos: al contacto de la varilla de Circe atribuyeron Virgilio y Ovidio las transformaciones de hombres en animales (*Eneida*, libro 7.°; *Metamorfosis*, lib. 14): con la varilla de virtudes vencieron los encantos de la isla de Armida los guerreros que fueron á buscar á Reinaldos (Tasso, *Jerusal.*, c. 15, est. 49), y de aquí se derivó, sin duda, la costumbre de pintar en los libros caballerescos á los magos y encantadores con varilla, como instrumento propio de su profesión. III, 303.—«Dime, cabeza, *por la virtud que en ti se encierra*». Fórmula semejante á la otra: «varilla de virtudes, *por la virtud que Dios te dió*». VI, 276.

Varones (Claros) de Castilla.—Véase *Pulgar (Fernando de)*.

Vaso (La prueba del).—Para indicar á los maridos si sus mujeres les eran infieles. Dos son los cuentos del *Orlando furioso* á que en el presente lugar alude Cervantes. En el caso que las mujeres fueran infieles á sus maridos, al que iba á beber del vino se le derramaba por el pecho:

III, 414.—Dió insignes muestras de su fecundidad poética en uno de los doscientos sonetos, impreso en la primera parte de sus *Rimas humanas*, el cual (el 195) se halla escrito en español, latín, italiano y portugués, y no hay dos versos seguidos en una misma lengua. VI, 403.—En una Nota anterior se dice, que «Lope de Vega hizo un soneto, entre los impresos en la primera parte de sus *Rimas humanas*, compuesto de versos de siete poetas, á saber: Ariosto, Camoens, Petrarca, Tasso, Horacio, Serafín Aquilano y Boscán» (y Garcilaso?). VI, 381. (Quizá es lo mismo que el antedicho; pero el soneto poligloto de Lope de Vega que yo he visto, tiene dos versos seguidos (el 3.º y 4.º) en una misma lengua, la italiana, y un poeta más, Garcilaso [*].)—Su *Remedio de la desdicha*. I, 93.—Sus *For-*

[*] Este soneto se halla en las *Rimas humanas* de Lope de Vega (Número 112). Hay otro semejante en la misma colección, que comienza *Sit, o sancte Hymene, haec dies clara*, y á él se refieren las Notas (VI, 381, 403) arriba mencionadas.

SONETO POLIGLOTO.

(El asunto parece ser la meditación á que se entrega en su retiro un anciano guerrero y cortesano sobre las vanidades y fluctuaciones de la vida.)

Le donne, i cavalier, le arme, gli amori, AR.
En dolces jogos, en placer contino, CAM.
Fuggo, per più non esser pellegrino, PET.
Ma su nel cielo infra i beati chori. TAS.

Dulce et decorum est pro patria mori, HOR.
Sforzame amor, fortuna, il mio destino, SER.
Ni es mucho, en tanto mal, ser adivino, BOS.
Seguendo l' ire, e i giovenil furori. AR.

Satis beatus unicis Sabinis, HOR.
Parlo in rime aspre, e di dolcezza ignude, PET.
Deste passado ben, que nunca fora. CAM.

No hay bien que en mal no se convierta y mude, GAR.
Nec prata canis albicant pruinis, HOR.
La vita fugge, e non se arresta un hora. PET.

Los anteriores versos están tomados de los siguientes poetas:

ARIOSTO, canto I, estancia 1.ª
CAMOENS, canto IX, est. 87.
PETRARCA, canción XLV.

tunas de Diana. I, 108.—Su *Hermosura de Angélica.* I, 153.—Su soneto ridiculizando la culta latiniparla de su tiempo. I, 187.—El *Cardenal de Belén.* III, 408.—Su *Roma abrasada.* V, 399.—Su *Noche de San Juan.* VI, 260.—«*Belisa*», dama que Lope de Vega celebra en su *Arcadia*, es anagrama del nombre de su primera mujer Doña Isabel de Urbina. II, 316; VI, 441.—Dos veces casado. IV, XIII (Prólogo).—Sus versos justos y generosos en su *Laurel de*

TASSO, canto I, est. 2.ª
HORACIO, oda II, lib. III.
SERAFÍN, epístola III.
BOSCÁN, soneto que comienza:

«*Atento estaba el vivo pensamiento*».

ARIOSTO, 5.º verso de la 1.ª estancia.
HORACIO, oda XVIII, lib. II.
PETRARCA, canción XXVI.
CAMOENS, soneto XXII.
GARCILASO, égloga al virrey de Nápoles, canción que comienza:

«*Después que nos dejaste, nunca pace*».

HORACIO, oda IV, lib. I.
PETRARCA, soneto CCXXXI.

SONNET FROM LOPE DE VEGA.

Brave knights, fair women, war, love's wild desire,
In calm enjovments now, content and free,
I shun; no more a wanderer to be
Save there, above, amid the Heavenly choir.

Tis sweet and glorious for one's land t'expire;
Love, fate and fortune press on urgently;
Nor is it strange if, in the conflict, we
Look forth prophetic, fed by youthful fire.

Content within my quiet Sabine farm,
I sing, in rugged rhyme, both rude and bare
Of that passed good, which, would it never were!

There is no good but may be changed to harm:
(*) *Nor do hoar frosts the fields long whiten o'er;*
Life flees, and doth not stay its course one hour.

C. F. B.

(*) Este verso, tal como se halla en el soneto original, resulta obscuro. Su sentido es evidentemente:

Nor is there bad but may result in good.

Apolo, donde celebró la manquedad de Cervantes. IV, VI (Prólogo), 345.—En sus *eco-versos* fué quizá su intención hacer alguna parodia ó imitación burlesca de los de Cervantes. II, 358.—Observaciones sobre sus comedias. III, 402.—Asombra la fecundidad de la pluma de Lope. III, 416.—La reputación y aprecio general de Lope llegó á tal punto, que, para decir que una cosa era buena, se decía que era *de Lope.*—Á la vista de Lope, celebrado y rico, favorecido y aun mimado constantemente por la fortuna, no fué extraño que Cervantes, despreciado, pobre, perseguido siempre de su mala estrella, abrigase en su corazón algún movimiento de despecho. III, 414, 415; IV, VII (Prólogo).—Individuo de la *Academia Selvaje* en Madrid, llamada así porque se celebraba en casa de D. Francisco de Silva. VI, 421.—Véase *Lope de Vega.*—[Véase el *Índice* de Ticknor.]

Vega Casar (Francisco de la).—Famoso nadador. IV, 332.—Véase *Peje* ó *Pez Nicolás.*

Veinticuatro.—«Que me viva el *veinticuatro* mi señor». VI, XII (Prólogo).—«*Veinticuatro*» en Sevilla, Granada y Córdoba vale lo mismo que «regidor» en Castilla; y llamábanse así los veinticuatro regidores de número de dichas ciudades, á que quedaron reducidos los treinta y seis por el rey D. Alonso XI, de donde les quedó el nombre de «*veinticuatro*». (Arrieta.)

Velar las armas en capilla.—«*En la capilla* deste vuestro castillo *velaré las armas*». Conforme al espíritu general del tiempo y de los países en que floreció la caballería, su profesión estaba ligada íntimamente con la del cristianismo. El rey Minandro decía á la doncella que le pedía armase caballero á Policisne: «ninguno puede por ley de caballería ser armado, sin antes velar en una iglesia sus armas». Véase la larga Nota, para citaciones y pormenores.—Cervantes remedando las ceremonias de la recepción de la ca-

ballería del modo que aquí se ve en el discurso de la relación presente, haciendo del corral capilla; de la pila del pozo, altar; del libro de paja y cebada, manual; del ventero, maestre; de las rameras, caballeros asistentes, y de las bestias de los arrieros, capítulo, imprimió á todo un sello de ridiculez, que sin duda alguna estuvo muy lejos de su intención. I, 43-46.

Velasco.— «El gran D. Bernardino de *Velasco*, conde de Salazar, á quien dió Su Majestad cargo de nuestra expulsión».—El elogio que se hace aquí del conde de Salazar me parece harto impropio en boca de uno de los moriscos expulsados por su diligencia. Pellicer dice que el conde era mal agestado y más todavía su mujer: sobre lo que dijo el conde de Villamediana en un manuscrito de la Biblioteca Real, que cita:

«Al de Salazar ayer
Mirarse al espejo ví,
Perdiéndose el miedo á sí
Para ver á su mujer».

Resulta de todo lo dicho, que D. Bernardino de Velasco era el hombre de corazón más duro y de rostro más feo que en su tiempo hubo en estos reinos. Pocas y muy pocas veces habita alma hermosa en cuerpo extremadamente feo, de lo que tengo larga experiencia.—Véanse las interesantes Notas sobre la expulsión de los moriscos de España: VI, 337-340.

Velasco (Gregorio Hernández de).—Tradujo al castellano el poema latino *De partu Virginis*, de Sanázaro, y también tradujo á Virgilio.—Lo que dice de él Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. VI, 446.

Velázquez (D. Diego).—Dos cuadros de él que existen en el Real Museo de Pinturas. II, 173.

Vello.—«Hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el *vello* y á pulir las cejas». «*Vello*», el pelo del-

gado que nace al hombre por el cuerpo, distinto del cabello. (Covarrubias.) Viene de la voz latina *vellus*, «vellón». —V, 299.

Ven, muerte, tan escondida.—El autor primitivo de esta redondilla fué el comendador Escribá en el *Cancionero general* de Valencia de 1511. Tráela Böhl en el tomo I de la *Floresta de rimas antiguas* (Núm. 184). Böhl trae también una canción, tomada del *Romancero general* de 1604, que comienza con el mismo verso (Núm. 198). Lope de Vega en sus *Rimas sacras* glosó esta redondilla á lo divino. V, 278-279. —«*Amor, cuando yo pienso*». Este madrigal contiene el mismo pensamiento. VI, 372.—[I, 264, n.]

Vencida (Ir de).—Véase *Ir alguno de vencida.*

Venecia (El tesoro de).—Véase *Tesoro (El) de Venecia.*

Vengo, pues, y tomo, y qué hago (dijo Sancho á la Duquesa): «sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas», etc.—«*Vengo, pues, y tomo, y qué hago*». Expresión familiarísima del vulgo, que se encuentra, como otras muchas de su clase, en el *Cuento de cuentos*, de Quevedo. (Folio 178.) V, 340.

Véngote á azotar, Sancho.—Bello anuncio para uno á quien se le corta un sueño profundo y grato, presentándole en su lugar la imagen de la inminente azotaina. ¿Qué lector será el que no se ría? VI, 223.

Veni, vidi, vici.—Véase *Llegué, víla, y vencíla.*

Venir á mano, ó *no venir sino al pie.*—«Las (ollas) de Basilio serán, *si viene á mano*, y aunque *no venga sino al pie*, aguachirle». «*Si viene á mano*», expresión propia del estilo familiar, quiere decir «si se proporciona, ó por lo más». Lo que se añade, «*y aunque no venga sino al pie*», es chiste de Sancho, que, estando contento y regocijado con su espuma, juega con la relación de inferioridad que hay del *pie* á la *mano*, según aquel refrán, «al villano dale el pie y se toma-

rá la mano». «*Aguachirle*» es «cosa sin fundamento ni sustancia», porque «*aguachirle*» es «aguapié», licor vinoso que se hace echando agua en el orujo de la uva después de exprimida, ó el vino que se hace de uvas silvestres, cuyo zumo se llama «*chirle*». Quevedo, en la *Visita de los chistes*, llamó «caballeros *chirles*» á los caballeros sin hacienda, que, con sacar la bigotera, el molde para el cuello, la bula y su sombra, mudaban de casa. IV, 384.—*Venirle á alguno á la mano, ó á las manos alguna cosa:* frase metafórica. Lograrla sin solicitarla. *Si viene á mano:* expresión metafórica. Acaso, por ventura, tal vez. (Academia.)—Véase la Nota al texto: «Los dos regidores *á pie* y *mano á mano*». —V, 21.

Ventaja (Alguna).—«*Ventaja*» es el sobresueldo ó ayuda de costa sobre el sueldo ordinario: expresión propia de la milicia. V, 12.—Véase *Aventajados*.

Ventanas.—«Más eran agujeros que *ventanas*».—Los mahometanos no gustan de que sean muchas ni fáciles las comunicaciones desde afuera con lo interior de las casas. Algo había habido de esto en España antes, y no mucho antes, de la época de nuestro autor. Ya vivía éste cuando falleció Pedro Mejía, cronista de Carlos V, el cual en sus *Diálogos*, impresos á mediados de aquel siglo, dice que en Sevilla «todos labran ya á la calle, y de diez años á esta parte se han hecho más ventanas y rejas á ella que en los treinta de antes». III, 187, 276.

Venteril.—Lo que pertenece á la venta ó es propio de ella. (Salvá.)—«Su *venteril* y limitada cena». I, 40 (t).—«Agradeciéndole con *venteriles* razones sus ofrecimientos». II, 26 (t).

Venteros.—«Que aunque *ventero*, soy cristiano».—Mala opinión tenía de su profesión el ventero, cuando hallaba algo de incompatibilidad entre ella y la de cristiano. Cervantes se burla aguda y graciosamente de los venteros de su tiem-

po, que, se ve por las memorias coetáneas, solían ser gitanos ó moriscos. Hay quien opina que los de ahora son muy parecidos á los de entonces. II, 524.—«El *ventero*, que era de la cuadrilla». Sobre el alistamiento venteril en las cuadrillas de la Hermandad. III, 321.—«Venderme á mí el gato por liebre». Proverbio contra los que engañan desfigurando las cosas, y dando una por otra. Covarrubias atribuye á los venteros de su tiempo la maña de vender á los pasajeros *gato* por *liebre*, y *asno adobado* por *ternera*. V, 64.

Ventillas de Toledo.—Paraje á que solía concurrir la gente perdida y vagabunda. I, 49.

Ventrera.—Faja que ciñe y aprieta el vientre. VI, 228.

Venturoso.—«*Venturoso* aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo».—¡Bello concepto y bello período, y qué propio de la estrecha y desgraciada situación de Cervantes! VI, 158.

Ver (Venir á) á la mira y á la maravilla.—Teresa dijo al paje, hablando de las bellotas: «que por gordas las pueden *venir á ver á la mira y á la maravilla*». Esto es, á mirarlas y maravillarse de verlas. (Arrieta.) VI, 34 (t).

Ver la suya uno.—Frase familiar que se usa para denotar que se le ha presentado alguna ocasión ó coyuntura favorable para efectuar alguna cosa. (Academia.)—«Y cuando *ven la suya*, se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran». III, 193 (t).

Ver (No) la hora.—Frase que se usa para denotar el gran deseo que uno tiene de que llegue el momento de que se haga ó verifique alguna cosa. (Academia.) «*No vió la hora* Don Quijote de verse á caballo». I, 66 (t).—«*No vió* (Anselmo) *la hora* en que Lotario despertase». III. 32 (t).—«Y ya *no veía la hora* de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecía». III, 223 (t).

Ver (No) por tela de cedazo.—Véase *Tela (Por) de cedazo.*

Verbales (Nombres) ó participios, en castellano.—Los participios de las lenguas antiguas eran unos verbales que, reuniendo la fuerza y acción del verbo á las flexibles formas de los nombres, encerraban en una palabra una frase. Importantes observaciones. Véanse las varias Notas: I, 75, 245; II, 91; III, 301; IV, 145, 243, 304; V, 312, 417; VI, 142, 194.

Verbos (Observaciones sobre los). II, 55, 314; III, 3, 52, 352; IV, 254; VI, 407.—Es propiedad de todo verbo activo poderse usar como neutro en sentido general y abstracto. II, 55, 314; III, 359.—Los verbos derivados de nombres suelen añadir comunmente al principio la letra *a;* como *«acuchillar»*, de *«cuchilla»*, etc. II, 148, 271; VI, 37.

Verdugado.—Fray Hernando de Talavera, en su opúsculo *«contra la demasía de vestir y de calzar»*, declama contra la inmodestia de este vestido, al que llama «traje descomulgado, de caderas y verdugos». VI, 40.—Véanse *Guardainfantes* y *Enaguas (Diccionario* de la Academia).

Vericuetos.—«Sin traerme por *vericuetos* y encrucijadas». «*Vericuetos*», dice Covarrubias, es vocablo bárbaro, pero usado en el reino de Toledo: son los lugares ásperos, con altibajos y quiebras, con sendas y caminos angostos. «*Encrucijadas*» son los parajes donde se cruzan ó atraviesan varias sendas ó caminos, y es fácil perderse en ellos por no haber ninguno recto. (Arrieta.) IV, 86 (t).

Verino (Miguel).—Miguel Verini fué hijo de Ugolino Verini, grande amigo del filósofo platónico Marsilio Ficino, que floreció en la época, tan brillante para las letras, de los príncipes de la casa de Médicis. Miguel heredó de su padre la gracia de versificar en lengua latina, en que compuso una colección de dísticos que contiene máximas y reglas muy juiciosas acerca de las costumbres de los niños. Murió de edad de 17 años en el de 1483. Véase el resto de la Nota. V, 189.

Veros azules (Las armas de los).—«*Veros*», figuras de blasón, como copas ó vasos, que se expresan siempre en los escudos con azul y plata; esto es, veros azules en campos de plata, ó veros de plata en campo azul. El texto de Cervantes va conforme á esta regla. II, 75.

Versado (Más) en desdichas que en versos.—Juguete de mal gusto, fundado en la relación material de las dos palabras «*versado*» y «*versos*». El libro de que se trata es la primera parte de la *Galatea*, novela pastoril en verso y prosa, primera producción del ingenio de Cervantes, impresa en el año de 1584. La segunda parte no llegó á ver la luz pública. Su autor habla aquí de su obra por boca del cura con una modestia que templa y desarma á la crítica. I, 149.

Versos cortados ó truncados.—«*Si de llegarte á los bue-*».—Pellicer afirma que Cervantes fué el inventor de estos versos cortados en los finales, y que le imitó después el autor de la *Pícara Justina*. Lope de Vega puso en su entremés del *Poeta* un soneto en versos cortados, que empieza así: «*Hermosa cara, no os vendáis barat-*». Góngora hizo también versos de esta clase, que, sean de quien fueren, no son más que un juguete sin belleza ni mérito particular. I, LVII (Prólogo); IV, 281.

Vestido de cuerdo y desnudo de loco.—Expresión feliz, antítesis ingeniosa de Cervantes: «*desnudo de loco*», por contraposición á «*vestido de cuerdo*», quiere decir: sin aquellos harapos, ó sin aquellos trajes, que durante su curación suelen llevar los locos en los hospitales. IV, 12.

Vestidos.—Se presenta en esta Nota el cuadro comparativo del lujo en los vestidos introducido en el siglo de Cervantes, con la sencillez y austeridad anteriores en esta parte. Véase la Nota: VI, 15, 16.—Los vestidos ó trajes escénicos del teatro. IV, 194.

Vestiglos.—Véase *Endriagos*.

Viaje al Parnaso.—Poema de Cervantes, en que nuestro au-

tor, al acercarse á la costa de Grecia y divisar el golfo de Lepanto, dice:

«*Arrojóse mi vista á la campaña*
Rasa del mar, que trajo á mi memoria
Del heroico Don Juan la heroica hazaña,
Donde, con alta de soldados gloria
Y con propio valor y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria».

III, 154; IV, 83.—Véase *Tres y medio*.—[II, 123 y n.]

Viajes por encantamento, en nubes, en carros de dragones, etc.—De estos y otros modos de caminar tenía ejemplos Don Quijote en los anales de la caballería. Véanse las largas Notas: III, 356-358; V, 95-97, 329-332.

Vicente de la Roca.—Uno de los amantes de Leandra: venía de «las Italias»: modo de hablar rústico y pastoril, de que hay ejemplos en nuestros libros. III, 497.—Véase *Italias (Venir de, ó ir á, las)*.

Vicente (D.) de los Ríos.—Véase *Ríos (D. Vicente de los)*.

Vicente Gil.—Dramático portugués. Su comedia de *Amadís de Gaula*. I, 110.—[II, 42 y n.]

Vidal (Pedro) y Menécrates.—Dos locos que pertenecieron á la misma cofradía que Don Quijote. I, 15.—Véase *Menécrates y Pedro Vidal*.

Vido, por «*vió*».—Anticuado. (Salvá.)—«Cuando le *vido* tan al vivo». VI, 161 (t).

Viedma (Ruy Pérez de).—El capitán cautivo. III, 262 (t).—Su hermano Juan Pérez de Viedma, el oidor. III, 260 (t).—Doña Clara de Viedma, hija del oidor. III, 269 (t).

Viejo (De).—«Que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero *de viejo* que no presuma de alzar una figura». V, 37 (t).—*Tener alguna cosa de viejo:* frase. Tenerla por costumbre antigua, especialmente cuando es mala. (Academia.)

Viejos.—El caso de los dos viejos del báculo con los diez escudos de oro. V, 415.

Viga (La), rey de las ranas.—«Vienen á ser como la *viga, rey de las ranas,* que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella». (Carta de Don Quijote á Sancho, gobernador.) Alude á la fábula bien conocida de cuando las ranas pidieron rey á Júpiter, y éste arrojó al estanque una viga, que al pronto las espantó, y á poco, pasado su terror, les sirvió de estercolero. VI, 54.

Vihuela.—En lo antiguo era distinto de «*guitarra*», y había vihuelas de mano y de arco. Viene de «*viola*», como «*guitarra*», de «*cítara*». Ahora en el uso común significan lo mismo «*vihuela*» y «*guitarra*». V, 423.

Vilhán.—La opinión más común de España, en tiempo de Cervantes, era que el inventor de los naipes había sido un tal Vilhán, que unos hicieron español y otros extranjero. Véase la Nota para más noticias de él, y por unos versos que escribió Juan de la Cueva acerca de él en el poema que trata de *Los inventores de las cosas.* V, 4, 5.

Villadiego (Coger las calzas de).—Véase *Poner pies en polvorosa.*

Villahermosa (Los duques de).—D. Juan Antonio Pellicer, combinando con su acostumbrada erudición las circunstancias de lugar y de tiempo que se expresan en el *Quijote,* con las noticias históricas, conjetura que Cervantes designó en estos sucesos á D. Carlos de Borja y Doña María de Aragón, duques de Villahermosa, y que el castillo ó quinta, teatro de tantas aventuras como allí acaecieron, fué el palacio de Buenavía, que edificó el duque Don Juan de Aragón, primo del Rey Católico, en las inmediaciones de la villa de Pedrola, residencia ordinaria de los señores de aquel estado. Esta conjetura, si bien es plausible, no pasa de conjetura. V, 117, 405.

Villalobos (Francisco López de).—Sobre el buen lenguaje de Toledo: él prefiere el de la corte. IV, 361, 362.—Véase *Toledo.*—[II, 24.]

y era el verbigracia de los buenos vinos. Véase la Nota por varias citaciones.—Pellicer sobre el presente lugar del texto nombra otros vinos afamados de España á mediados del siglo XVI, y entre los de la Mancha cita al de Valdepeñas, que es el de mayor reputación en el día. IV, 230. —Véase *Ciudad Real*.

Vireno (Cruel).—«*Vireno*», duque de Zelandia, abandonó en una isla desierta á Olimpia, hija del conde de Holanda, su amante y su bienhechora. De esto habla largamente Ariosto en los cantos IX y X de su *Orlando*, donde se recuerda la fábula de Ariadna abandonada por Teseo. Las aventuras de Vireno y Olimpia dieron asunto á varias composiciones de nuestros *Romanceros*.—Bowle, en sus anotaciones al *Quijote*, después de citar á Ariosto, inserta íntegra la canción de Vireno y Olimpia, contenida en el *Cancionero* de Flores. Es menester confesar que esta mezcla de Vireno, Eneas y Barrabás tiene singular ridiculez. VI, 151, 152.

Virgilio.—«Y no le tuviera bueno Augusto César».—Sabido es que Virgilio al morir mandó que se quemase su *Eneida*, porque no había acabado de limarla; pero sus testamentarios y amigos Tuca y Vario no lo consintieron, apoyados en la voluntad de Augusto, que tampoco quiso que se cumpliese una disposición que tan funesta y lamentable hubiera sido para las letras. I, 288; II, 242.—Tuvo reputación de nigromante entre los escritores de la Edad Media por la descripción que hizo de los hechizos de Alfesibeo en la octava de sus églogas, atribuyéndose al poeta las ideas que éste había puesto en boca de sus pastores. II, 454; III, 294.

Virgilio (Polidoro).—Véase *Polidoro Virgilio*.

Viriato, César, Aníbal, Alejandro, Fernán González, Cid, Gonzalo Fernández, Diego García de Paredes, Garci Pérez de Vargas, Garcilaso y *Manuel de León*.—«Un *Viriato* tuvo

Lusitania, un *César* Roma», etc.—Véanse las Notas sobre éstos: III, 442-445.

Virote (Mirar por el).—Véase *Mire (Y) por el virote.*

Virués (Cristóbal de).—Su poema el *Monserrate.* I, 151.—Asistió á la batalla de Lepanto, y hablando de ella en el canto 4.° de su *Monserrate*, decía:

«¡Oh, si á mi pluma concediera el cielo
En esto lo que en vella á mi persona!
¡Oh, si así como ví la gran batalla,
Supiera describilla yo y cantalla!»

III, 155.—Mayáns, en su *Vida de Cervantes,* pensó que el capitán Cristóbal de Virués era uno de los autores privilegiados que nuestro autor quiso indicar como príncipes de la poesía española. IV, 82.—Véase *Tres y medio.*—[II, 64-66, 474, 475, n., etc.]

Vislumbres.—«Y en las *vislumbres*».—Usamos de esta palabra cuando las cosas apenas se ven, ó se ven á medias, y de aquí se deduce que en la composición de este nombre no entra el latín *bis,* como dijo D. Gregorio Garcés, sino *vix.* Al revés sucede en la palabra «*bizcocho*», hablándose del de mar, como ya se ha observado en otra ocasión (II, 209). II, 378.

Vítor.—Á los que brillaban en los ejercicios literarios, y aun muchas veces á los predicadores, solía obsequiarse escribiendo su nombre con letras abultadas en los parajes públicos, y poniendo encima «*Vítor*». Con alusión á estas costumbres, en el entremés de los *Órganos,* de Lope de Vega, habiendo ganado el sacristán Serijo á su compañero Mochales en las oposiciones, falla el cura:

«Serijo, «vítor», *y Mochales,* «*cola*».

IV, 363.—Véanse *Cola* y *Llevar el primero.*—[II, 444, 446, notas.]

Vituperoso.—«Amparo del *vituperoso* y abatido género due-

ñesco».—La formación de este adjetivo, hijo de la arbitrariedad del uso, es contraria á la analogía, según la cual los verbales en *oso* se diferencian de los verbales en *ado* é *ido;* como «*odioso*», de «*odiado*»; «*temeroso*», de «*temido*»; «*amoroso*», de «*amado*».—Los verbales en *ado* é *ido* indican que los sustantivos á quienes acompañan, sufren ó son el objeto de la acción del verbo; los en *oso,* que tienen disposición á ejercerla ó á sufrirla. V, 312.

Viuda (La) Reposada.—Nodriza que había sido de Carmesina; pero, ciegamente enamorada de Tirante, trata de indisponerlo con Carmesina y á Carmesina con él por medio de las más pérfidas y atroces calumnias; hasta que, viendo ya próxima á descubrirse su maldad, toma un veneno y muere. I, 135.

Vivaldo.—Su plática con Don Quijote acerca de la profesión de la caballería andante. I, 258-285 (textos).

Vizcaínos.—«Así te matas como estás ahí *vizcaíno*».—Los vizcaínos y su lenguaje fueron repetidas veces el objeto del festivo humor de Cervantes. Quevedo y Lope de Vega también los ridiculizaron.—Véanse dos citaciones: I, 186, 187.—«Porque sé leer y escribir y soy *vizcaíno*..... bien podéis ser secretario del mismo emperador».—Rasgo, al parecer, satírico, como indicó también Pellicer refiriendo los muchos secretarios, tanto del Rey como de Consejos y corporaciones superiores, vizcaínos de nacimiento ú origen, que hubo en tiempo de Carlos I y su hijo Felipe II. Véase la Nota: V, 440, 441.—«Y vos, como buen secretario y como buen *vizcaíno*». Nunca se ha dicho que los vizcaínos tengan por lo ordinario grande habilidad y expedición para escribir el castellano. Pudiera sospecharse que la expresión es irónica y que Cervantes se propuso continuar la burla que en el cap. 8.° de la primera parte (I, 186) había hecho de los vizcaínos en la persona de D. Sancho de Azpeitia (y I, 203). V, 444.—Todo esto es cosa de burlas.

Desde el obispo de Mondoñedo D. Antonio de Guevara hasta D. Félix Samaniego, las provincias que se conocen con el nombre común de Vizcaya, han producido escritores que se cuentan con razón entre los maestros del idioma castellano. I, 187.—Véase *Sancho (Don) de Azpeitia.*

Voces nuevas.—Cervantes enriqueció la lengua castellana con un gran número de voces nuevas ó poco comunes antes de él, la mayor parte felices, significativas y armoniosas, como se ha dicho, y que el uso ha adoptado con predilección desde entonces. V, 358.—Véanse también las Notas: IV, 424; V, 357.

Volar (Como).—«Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, *como volar*».—Expresión con que se pondera la dificultad de alguna cosa: especialmente se usa para rechazar la proposición de alguno. (Salvá.) V, 375 (t).—«Así me quede en éste, ni admita otro gobierno,..... *como volar* al cielo sin alas». VI, 91 (t).

Volar la ribera.—«Y así, dijo el cura al barbero: vos veréis, compadre, cómo cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á *volar la ribera*».—Expresión de la cetrería, que significa andar de ribera en ribera, buscando y levantando las aves. Aquí es metafórica, é indica que Don Quijote el día menos pensado volvería á sus andanzas y á la vida vagante de los aventureros. IV, 34.

Volatería (La) de Sancho Panza.—«*Volatería*» se dijo por los vuelos de Sancho en la manta, «bajando y subiendo por el aire con la gracia y presteza» que se describió en la narración del suceso (II, 57). III, 345.—Véanse *Altanería* y *Cetrería.*

Volcarse, por «*revolcarse*».—«Se comenzó á *volcar* por la tierra».—Hay gran diferencia entre ambos vocablos. «*Volcar*» se dice de las cosas inanimadas; «*revolcarse*» se puede decir de los vivientes: el primero es «caer en tierra lo que se mueve»; el segundo es «volverse repetidas veces el

caído de un lado á otro»; el primero es verbo de estado y á las veces también activo; el segundo no es uno ni otro, sino recíproco. Acaso la supresión de la partícula *re* fué error de imprenta, como en este y otros casos semejantes puede sospecharse. I, 89.

Voltaire, sobre Corneille.—Clemencín concluye sus Notas, diciendo: «Por lo demás, á los que nos tachen de nimiamente severos, diremos con Voltaire», etc. Véase la Nota: VI, 469.

Voluntad.—«La conclusión de nuestras *voluntades,* que tardase».—Faltan evidentemente para completar el sentido las palabras «*de lo*»: «No tardaría más la conclusión de nuestras *voluntades, de lo* que tardase mi padre en hablar al suyo».—«*Voluntad*» no es aquí la «facultad de querer», sino «lo mismo que se quiere»: equivale á «deseo, propósito». En este sentido, las disposiciones de un testamento se llaman «*últimas voluntades*», expresión que alguno quizá, menos instruído en nuestro idioma, calificaría de galicismo. II, 369.—«Cuando una persona está de mala *voluntad*». Decimos comunmente de los que manifiestan disgusto y desabrimiento, que están de «*mal talante*»; y ya se sabe que «*talante*» en el primitivo castellano era lo mismo que «*voluntad*». III, 424.—Véase *Talante.*

Volver á acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía.—«Dando señal de *volver á acompañarle*».—Esta clase de obsequio, que consistía en «acompañar por la calle á las personas de respeto y jerarquía» á quienes se quería manifestar deferencia, fué común entre los romanos, y lo era también en tiempo de Cervantes, como se ve por este pasaje y por varios escritos de su tiempo, señaladamente por el papel de los *Catarriberas,* escrito por D. Diego de Mendoza (V, 13), donde se describe el afán con que los pretendientes madrugaban para acompañar al Presidente al Consejo, volverle á su casa, y tener cuidado, si quería salir á

alguna otra parte, de aguardarle y acompañarle. V, 465. —«Los años pasados (dijo Sancho) estuve un mes en la corte y allí vi que, paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande (el duque de Osuna?), un hombre le seguía á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo». II, 189 (t).—Véase *Catarriberas.*—[II, 189.]

Volver, ó convertir, en.—«Se le *había vuelto en* yelmo».—En el cap. 37 (III, 110, 116) se decía de la princesa Micomicona, que «se *había vuelto en* una particular doncella». Este régimen no es ya de uso: ahora diríamos que la bacía «se *había vuelto* yelmo», ó que «se *había convertido en* yelmo»; y que la princesa «se *había vuelto* una doncella particular» ó «*convertido en* una dama particular», como anteriormente había dicho Sancho en aquel capítulo (III, 113). III, 316, 317.

Vos y *tú.*—«En casa *os* la mostraré».—Nuestro escudero, alborozado y lleno de las ideas de lo que tiene que decir á su mujer, le habla unas veces de «*vos*» y otras de «*tú*». Esto indica que el tratamiento de «*vos*» no siempre argüía superioridad en quien lo daba; pero era de más ceremonia que el de «*tú*», aunque no llegaba al de «*vuesa merced*», que era ya decididamente de consideración y respeto. No era mucho el que gastaba Sancho con su *oíslo* (I, 168), cuando, para manifestarle que no era extraño que no entendiese sus anuncios, le decía que «no era la miel para la boca del asno». III, 527.—«De echarnos un «*vos*» nuestras señoras». —El «*vos*» sustancialmente es el tratamiento de «*tú*», porque, al cabo, «*vos*» es el mismo pronombre «*tú*», en plural. Este tratamiento venía á ser un medio entre el «*tú*» y el «*vuestra merced*». Entonces, como ahora, el «*tú*» denotaba, ó una gran superioridad en quien lo daba, como cuando se dirigía á criados ó á personas de baja esfera, como Don Quijote á Sancho, ó indica también superioridad y cariño,

como de padres á hijos, ó sólo cariño y gran familiaridad, como entre hermanos, esposos y amigos. Así, en la novela de *El curioso impertinente* se llaman de «*tú*» los dos amigos Anselmo y Lotario. El tratamiento de «*vuestra merced*» era común de cortesía y consideración entre iguales, y aun de respeto hacia los superiores; así como ahora su abreviatura «*usted*», que le ha sustituído, indica poca ó ninguna familiaridad entre los que usan de él. Pero el tratamiento de «*vos*», suprimido ya del todo por nuestros usos actuales, denotaba generalmente en tiempo de Cervantes la inferioridad de aquel á quien se dirigía, y aun por eso dijo Covarrubias que «no todas veces era bien recibido con su término honesto y común á todos». En el cap. 5.° del libro primero del *Persiles* se lee el pesado lance que Antonio tuvo con un caballero, paisano suyo, que le trató de «*vos*», y por aquella relación parece que sólo tenían derecho para usarlo respecto de personas decentes é hidalgas los que disfrutaban para sí el tratamiento de «*señoría*». De todo lo cual se deduce que el «*vos*», cuando no era recíproco, era humillante, si no injurioso. Últimamente, el «*vos*», sin indicar superioridad, á veces excluía la familiaridad, como se infiere de lo que se dice en el cap. 51, primera parte (III, 50), del soldado Vicente de la Roca..... «que con una no vista arrogancia hablaba de «*vos*» á sus iguales y á los mismos que le conocían».—Los reyes y los infantes de Castilla trataban á los grandes de «*vos*» reinando Felipe IV. Los deudos de la Casa real, aunque gozasen de las prerrogativas de infante, les daban precisamente «*señoría*».—Véase la Nota para más citaciones y ejemplos: V, 313, 314.—Véanse también otras dos Notas: IV, 98, 160.—Véase *Vuestra merced*.

Voto á tal, voto á Dios, por vida de tal, cuerpo de tal, etc.—Expresiones de juramento, enfado y amenaza. I, LIV (Prólogo); II, 218, 269; III, 320 (t); IV, 8, 176.—«*Voto á Rus*».

V, 29.—«*Voto al sol*». V, 439.—«*Voto á tal,* Don Patán». V, 450.—«*Nora en tal*». VI, 275.—Véanse las Notas.—
—Véanse *Cuerpo de tal* y *Tal.*

Vuelo (El) sin alas de Sancho.—Este vuelo de Sancho no era cosa nueva, ni existente sólo en la imaginación de Cervantes. La misma burla hizo á Estebanillo González el duque de Medina de las Torres en la galera en que ambos navegaban desde Nápoles á España, como lo cuenta aquel juglar en el tomo II, cap. 4.°, pág. 172. VI, 300.

Vuestra merced (Usted, Vmd., Vd. ó V.)—Modo de tratamiento decididamente de consideración y respeto. III, 527; V, 313.—Véase *Vos* y *tú.*

Vulcano.—«El dios de las herrerías para el dios de las batallas».—Don Quijote habló con equivocación del yelmo que suponía hecho y forjado por Vulcano para Marte. Las armas fabricadas por el dios de los herreros, que menciona la fábula, son las que á ruego de sus madres hizo para Memnón, hijo de la Aurora, para Aquiles, hijo de Tetis, y para Eneas, hijo de Venus. Vulcano no fabricó para Marte otra cosa que una red de hierro, tan sutil como las telarañas, con la que le hizo la pesada burla que Demodoco cantó al son de la cítara en la *Odisea* (lib. 8). II, 154, 155. —«Si, como son hechas (las redes) de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte». La red que, según la fábula, fabricó Vulcano era de diamante. Así Higino, citado por Bowle, y parece que Cervantes hubo de ignorar esta circunstancia, pues, sabiéndola, debió decir: «si fueran de durísimos diamantes, como aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte». Fué mucho que no le ocurrió á Don Quijote citar la aventura de Astolfo cuando á orillas del Nilo llegó adonde Caligorante tenía tendida la red con que cogía á cuantos pasaban. Cuenta Ariosto que ésta era la mis-

ma red con que Vulcano había cogido á Venus y á Marte *(Orlando furioso,* canto 15).—Véase la Nota para más pormenores. VI, 174, 175.

Wamba (El rey).—Véase *Vamba* ó *Wamba (El rey).*

X.—«La *X* no le cuadra, porque es letra áspera» (el abecedario amoroso de Leonela).—Reducido entre nosotros el oficio de esta letra á ser mera cifra de la *c* y *s*, no queda ya pretexto para llamarla áspera: ni en tiempos antiguos se la podía llamar así sin alguna limitación, porque solía alternar con la *s*, como en «*xilguero*» y «*silguero*», «*Ximón*» y «*Simón*», siendo sabido que cuando llevan *x* las palabras castellanas derivadas del latín, sus primitivas tienen *s*, como se verifica en «*passer*» y «*páxaro*», «*sapo*» y «*xabón*», «*simius*» y «*ximio*», «*vesica*» y «*vexiga*», «*tósigo*» y «*toxicum*». Esto aun cuando la *x* conservaba la pronunciación gutural; pero otras veces conservó el sonido suave, como en «*máximo*» y en «*próximo*», por «cercano», y generalmente cuando la *x* no era la primera letra de la sílaba; como en «*examen, exceso, axioma, exequias, oxte, moxte*». Finalmente, en el tiempo mismo que solía pronunciarse la *x* guturalmente, las personas que se preciaban de oído delicado, pretendían que su sonido no era tan profundo y áspero como el de la *j*. III, 51.

Xanto.—«Las dulces aguas del famoso *Xanto*».—Río de Troya, celebrado por Homero y Virgilio, que fluye del monte Ida, y es el mismo que el Escamandro. II, 76.

Xerifes.—Es notorio que entre los mahometanos no hay más nobleza de extracción ó de nacimiento que la de los descendientes de Mahoma, que lo son por Fátima, única hija que tuvo y casó con el califa Alí, uno de sus sucesores. Éstos gozan del privilegio de llevar el turbante verde, y llevan el nombre de «*xerifes*». III, 176.

Xo, que te estrego.—«*Xo*», interjección con que se detiene y aquieta á las caballerías, así como se las excita á andar, con el «*arre*». Debe escribirse «*xo*», y no «*jo*», que se pronuncia de otro modo. El antiguo refrán «*xo, que te estriego*» se halla ya en la colección del marqués de Santillana, y sindica á los que se niegan á recibir el bien que se les quiere hacer, á manera de la bestia que resiste los halagos de quien la rasca. En boca de nuestra labriega es irónico, y tilda la importunidad del obsequio con que se la detenía. IV, 177.—Véase *Jo*.

Y.—«*Y* aunque Don Quijote se la tenía», etc., etc.—La repetición de la conjunción «*y*», usada con oportunidad, suele tener gracia en castellano; pero no sucede esto aquí, donde la repetición produce la languidez y el arrastramiento, digámoslo así, del discurso. No parece sino que Cervantes pensaba concluir en cada coma el período, y que ocurriéndole entonces otra cosa, la iba añadiendo sin más enlace que la conjunción, á semejanza de los «*y porqués*» de nuestros antiguos leguleyos. V, 470.

Y así fuera en cuanto á Don Quijote.—«Esta extraña visión (de los encamisados) á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun en el de su amo, *y así fuera en cuanto á Don Quijote*, que», etc.—Expresión inútil y aun sin sentido. Pudiera creerse que en el original se quedaron sin borrar por distracción ó por olvido algunas palabras de las que el escritor tuvo intención de suprimir. II, 97. (Al autor de este Índice le parece que todo sería claro, si se leyera: «*y así fuera en cuanto á Don Quijote*, si éste fuese otro que él»).

Y darle.—«Que con decir «somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, sólo por curiosidad, sin otro designio alguno», se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, *y darle*».—

Expresión ó fórmula del estilo familiar, con que se reprende la tenacidad ó repetición de algún defecto. Otras veces se dice «*y dale que le darás*». VI, 22.—Parece que esta última parte de la sentencia viene á ser lo mismo que «y no gemidicos y lloramicos *sin término*».

Yangüeses (Unos arrieros).—Del distrito de Yanguas, de la provincia de la Rioja, entre Logroño y Santo Domingo de la Calzada. (Arrieta.) II, 3 (t).

Yantar.—«Cualquiera *yantaría* yo».—«*Yantar*» es «comer»: y al mismo tiempo es nombre, y significa con especialidad «cierta contribución que antiguamente se pagaba á los reyes por razón de provisiones para sus viajes». Como verbo y como nombre ocurre con frecuencia en nuestras crónicas, códigos y poesías primitivas. Propiamente significaba «desayuno», *jentaculum,* como dice Covarrubias: y aquí bien podía usarlo con oportunidad Don Quijote, «como aquel que en todo el día no se había desayunado» (I, 36). I, 38.

Yelmo.—Era la armadura completa de la cabeza: en francés, *heaulme*, de donde se deriva. III, 313.—Véase *Mambrino (El yelmo de).*

Yo y este hombre.—Ahora se miraría como de mala educación decir «*yo y éste*», y se dice «*éste y yo*».—Entre los romanos la costumbre era contraria á la nuestra: decían *ego et hic*; y, á la verdad, parece este uso más conforme á la razón. V, 410.

Zaharrón.—Véanse *Botarga* y *Moharracho.*

Zahorí.—Sancho dice de su señor, «que es *zahorí* de las historias».—Descubridor, investigador ó averiguador. (Arrieta.) V, 128 (t).

Zalá.—Es la oración ó preces religiosas usadas entre los discípulos del Alcorán. III, 194, 209, 210.

Zalema.—Covarrubias dice que «hacer *zalemas*» es hacer re-

verencia afectadamente.—«*Zalema*» se derivó, al parecer, de «*zalá*», que es la oración ó preces religiosas entre los mahometanos, por las contorsiones y gestos afectuosos con que las acompañan: y de aquí «*zalamería*», demostración exagerada de blandura y cariño, y «*zalamero*», el que acostumbra hacerlas. Véase la Nota: III, 189; V, 418.—Véase *More turquesco*.

Zamarro de dos pelos.—Quiere decir vestido de pieles que han sido ya esquiladas, las que, por haber perdido de este modo su primitivo pelo fino y suave, lo tienen ordinario y áspero. VI, 90.

Zamora (No se ganó) en un hora.—Refrán con que se significa, según el Diccionario, que las cosas grandes y arduas necesitan de tiempo para ejecutarse ó lograrse, y al que hubo de dar origen la obstinada resistencia que experimentó el rey D. Sancho II de Castilla en el cerco de la ciudad de Zamora, que pretendía quitar á su hermana Doña Urraca: cerco que duró aun después de haber sido muerto el rey á traición por Bellido Dolfos, hasta que la misma Doña Urraca se puso en manos de su hermano D. Alonso VI, que sucedió al difunto. VI, 415.

Zampoñas.—Véase *Pastorcillo, tú que vienes*, etc.

Zancadilla.—*Armar zancadilla:* expresión proverbial que se aplica al que forja algún enredo en que otro tropiece y se pierda. VI, 224, 366.

Zánganos.—«Que la gente baldía y la perezosa es en la república lo mesmo que los *zánganos* en las colmenas».—La holgazanería é inutilidad de los *zánganos* han pasado en proverbio: sin embargo, se sabe ya que sirven para lo más importante, que es la reproducción de la especie. ¡Sin duda que la sabiduría humana habría creído hallar error ó descuido en la Providencia al disponer la república de las abejas! VI, 6.

Zanoguera (D. Juan).—Este caballero asistió en la toma del

Peñón de Vélez el año 1564, y en la primera campaña de mar que el de 1568 hizo D. Juan de Austria sobre las costas de África. Después de haberse perdido La Goleta y el fuerte, entregó por capitulación la torre de que aquí se habla, y que se le había encomendado con setenta hombres de guarnición. III, 167.

Zapata (D. Luis).—Véase *Carlo (El) Famoso.*—[II, 461.]

Zapateadores (Las danzas de).—Véase *Zapatear.*

Zapatear.—Dice Covarrubias que «*zapatear*» es «bailar dando con las palmas de las manos en los pies sobre los zapatos al son de algún instrumento, y el tal se llama «*zapateador*». Era baile usado de gente rústica, y así no fué extraño que Camacho tuviese gran prevención de ellos en su aldea. Ésta es la distinción que se hacía entre «*zapatear*» y «*danzar*», que era propio de gente cortesana. Hallándose Don Quijote en Barcelona, y quedando rendido de tanto bailar en el sarao de casa de Don Antonio Moreno, le decía Sancho: «si hubiérades de *zapatear,* yo supliera vuestra falta, que *zapateo* como un girifalte; pero en lo del *danzar* no doy puntada» (VI, 275). IV, 354.

Zapatos.—«*Zapatos* cuadrados á uso de corte».—Dícese que el duque de Lerma, para disimular los juanetes, que tenía grandes, introdujo los zapatos cuadrados: los cortesanos, según costumbre, hubieron de imitar el modelo del favorito. V, 11.—«Y encerados los *zapatos*». La cera de los zapatos sería la *pantalia* de que se habla luego en el capítulo 44 (V, 382). IV, 324.—«*Dar pantalia á los zapatos*». «*Pantalia*» parece ser el «*cerote*», del que dice Quevedo que reparaba los «desmayos del calzado». Esto será lo mismo que «*dar humo á los zapatos*», como se dijo en el cap. 2.º de esta segunda parte (IV, 39), lo que se hacía para remediar ó disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres. En el día lo hacen pobres y ricos, y aun más los ricos que los pobres, usando betu-

nes que dan lustre y hermosean el calzado, y en cuya composición suele entrar también el humo ó polvos de zapatero. V, 382.—«*Zapatos picados*».—«*Picados*» quiere decir «labrados con agujerillos ó cortaduras sutiles», como se usaron en algún tiempo entre damas y galanes, y por eso se contraponen á las «*alpargatas*», calzado de labradores y gente rústica. VI, 91.—Véase *Alpargatas.*

Zaquiel (El familiar (demonio)). V, 330.—Véase *Torralva (El licenciado).*

Zaragoza (El viaje de).—El motivo que tuvo Cervantes para alterar esta circunstancia de su plan. III, 529, 530; IV, 184; VI, 156, 218 (t).

Zarandajas.—Menudencias, cosas menos principales: sólo se usa en plural. V, 1; IV, 450 (t).

Zarzas (Como la lana entre las).—Mala comparación. La lana no se conserva, sino que se despedaza y disminuye entre las zarzas. Si se hubiera dicho «*como la rosa entre las espinas*», la comparación hubiera sido más exacta. V, 417.

Zas.—«Y de un revés, *zas*».—Especie de interjección, palabra que expresa por onomatopeya el sonido del golpe que se da, y el golpe mismo. Véase la Nota: III, 111.

Zocodover (La plaza de).—Véase *Segovia (Azoguejo de).*

Zocos (Andar de) en colodros.—Significa salir de un peligro y entrar en otro mayor, que es lo de «Escila y Caribdis», puesto en rústico. II, 61.—Véase *Ceca (De) en Meca.*

Zoltanís.—Esta palabra es adjetivo derivado de «*sultán*» ó «*soldán*», que equivale á «rey», y, por consiguiente, significa «reales». En rigor, según lo pide la analogía, debiera decirse entre nosotros «*zoltaníes*», como ya en otra Nota se dijo de los «*cianíis*» (III, 188). El *zoltaní* valía algo más que treinta y seis reales y medio de nuestra moneda actual. Salvá dice que «se labraba sólo en Argel, y valía poco menos de dos pesos fuertes». III, 218.

Zoraida.—Es nombre propio de mujer, diminutivo de «*Zahi-*

VERSIONES AL INGLÉS.

PÁGS. 169 Y 170.

ES DE VIDRIO LA MUJER.

REDONDILLAS PUESTAS POR CERVANTES EN BOCA DE LOTARIO.

Woman; reckless, is like glass;
But one should not try to see
If it may not broken be,
For all is possible, alas!
To break it is so easy too;—
And tis not wisdom to expose
To chance of fracture what one knows
Can never be rejoined, as new.
To this opinion let all hold:—
It is most true, and sage, and sound:—
If Danaes in the world are found,
There is no lack of Showers of Gold.

C. F. B.

Á LA BELLEZA DE LAS MUJERES

POR D. JUAN DE IRIARTE.

Though in the mirror ladies look,
Quite often as they pass;
Yet in the glass they never see
Their beauty is of glass.

C. F. B.

PÁG. 281.

COPLAS DE D. JORGE MANRIQUE.

ESTANCIA I.ª

O let the soul her slumbers break,
Let thought be quickened, and awake,
Awake to see
How soon this life is past and gone,
And death comes softly stealing on,
How silently!
Swiftly our pleasures glide away,
Our hearts recall the distant day
With many sighs;
The moments that are speeding fast
We heed not, but the past—the past—
More highly prize.

H. W. LONGFELLOW.

PÁG. 480.

EPITAFIO DE SERAFÍN AQUILANO.

Here Serafino lies: Friend now depart:—
For only having seen the stone that shuts him in,
Sufficient deblor to thine eyes thou art.

C. F. B.

ERRATAS Y CORRECCIONES.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
x	20	Indice	Índice
xi	3	sayagúes	sayagués
2	26	*políglota*	*poliglota*
3	1	V,	VI,
4	4	191, 199.	191-199.
6	3	pedido de comer	convidado á comer
7	22 y 23	Véanse *Tagarninas y Piruétanos.*	Véase *Tagarninas y piruétanos.*
8	11	164, 166,	164-166,
10	26	V,	VI,
11	24	II,	III,
íd.	32	Véanse	Véase
12	última	*Algún sí es no es.*	*Algún es no es.*
13	11	un modo	una manera
íd.	12	está molido	estar molido
íd.	23	y que ya no es	y ya no es
14	9 y 10	espirar.	expirar.
15	27	97, 110.	97-110.
17	10	V,	VI,
íd.	12 y 13	está al placer	es la voluntad
18	3	de libros	de los libros
íd.	5	I,	II,
íd.	26	excepciones	salvedades
20	14	242, 244.	242-244.
íd.	23	*á los alcances.*	*en los alcances.*
21	4	*Angeo*	*Anjeo*
23	30	el apetito	al apetito
26	4	V	VI
íd.	21	III, 81	(Suprímase)
íd.	26	(*La Pastoral*)	(*La pastoral*)
íd.	27	de Cervantes	de la memoria de Cervantes
íd.	28	menciona	mencionaba
30	21	proverbios como	proverbios, como
31	33	35, 38.	35-38.
33	30	, 192.	; IV, 192.
34	6	los hierros (por *yerros*)	los (hierros, por *yerros*)
35	18	III,	II,
36	19	de locos	de los locos
íd.	31	de vino	del vino
41	10	*por*).	*por las*).

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
41	26	Véanse *Tanda* y *Tunda azotesca.*	Véase *Tanda y tunda azotesca.*
42	4	Sería alguna	Sería quizá alguna
42	28 y 29	monstruosa hija.	monstruoso hijo.
45	22	Barahona.—	Barahona.—VI, 48.—
46	21	para	á
50	4	*Belianis*	*Belianís*
íd.	5	216, n.	216 y n.
51	14	338.	388.
55	8	(*Puerto en*).	(*Puerto de*).
íd.	30	[315,	[I, 315,
57	25	*Bradafidel*	*Brandafidel*
íd.	31	V,	VI,
60	18	*Venial*	*Venial*
67	4	del jinete que va á caballo,	del jinete, que va á caballo,
íd.	25	(*D. Pedro de*).	(*Pedro de*).
69	6	de Croppart y de	y de Croppart y el
70	29	de Argamasilla.	de la Argamasilla.
71	3	Lacio. Cuando	Lacio, cuando
íd.	4	ganados,	ganados.
íd.	10	en tiempos	en tiempo
íd.	13	¿y por	y ¿por
80	14	Véase *Grisóstomo* (*Tenía*	Véanse *Grisóstomo*, *Tenía*
íd.	15	etc.)	etc.
íd.	27	se	lo
87	18	el esclavo Uchalí	el esclavo de Uchalí
íd.	30	en	de
88	7	palabras	palabras de
91	23	distante	distantes
92	17	*Capacete,*	*Capellina* ó *capacete,*
96	8	366,	396,
99	32	común	tan común
107	20	V,	VI,
íd.	26	su	los
109	16 y 17	(Ticknor,	(Ticknor, trad. de Gayangos,
íd.	18	tiempos	tiempo
110	1	escrito	escritos
115	21	cadalso.	cadahalso.
124	7	XI, v. 5, 62)	XIV, v. 62)
íd.	9	espirar	expirar
126	25	Yo	Te
136	5	403-404	403, 404
143	6	*direte,*	*diréte,*
150	6	Asímismo	Asimismo
151	10	387.	387.—[II, 97 y n.]
154	5	otros méritos	otro mérito
159	24	XILX,	XLIX,
169	1	*errase*	*errare*
179	23	diciendo:	diciéndose:

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
179	última	gobernase	gobernare
182	18	Aviano	Avieno
183	28	Godofredo	Godofre
188	13	de los *fieros brazos*	el de los *fieros brazos*
189	4	directa	discreta
íd.	10	absolverle	asolverle
190	15	pasaba	pasaban
íd.	26	títulos	título
191	20	319.—	319.—Véase *T. E.*
195	13	53,	53—
199	12	y de visos	y visos
202	15	*Golias*	*Golías*
217	19	de Hércules	del Hércules
íd.	20	*Velez Málaga*	*Vélez-Málaga*
íd.	última	V, 136;	V, 136, 361;
225	12	allende	Allende
íd.	18	caballería	caballerías
227	5	V,	VI,
íd.	6	trástulo	trastulo
233	18	*hubieron*	*hubieran*
235	6	saben, tenía	sabe, tenían
236	13	facilidad	felicidad
241	1	443	442
243	31	Orbigo	Órbigo
244	16 y 17	*Arnes*	*Arnés*
250	33	debe ser	debe de ser
253	20	*Fuentes*	*Fuente*
íd.	29	*de encaje*	*del encaje*
254	1	*Marien*	*Marién*
256	12	favorito	favorecido
269	12	*Magdalena*	*Madalena*
279	20	376	377
289	15	á quien	á que
290	3	IV	VI
291	2	*indicantes*	*judicantes*
293	21	*ya*	*yo*
296	24	13	73
301	25	¿Católicos?	¿Católicas?
316	8	de Trifaldi	de la Trifaldi
318	5	*moza* gente	gente *moza*
322	9	470	420
328	2	225.	225.—[III, 201, n.]
333	4	2.°	II
íd.	10	1.	1.—[II, 119 y n.]
íd.	20	(Prólogo).	(Prólogo).—[II, 119-122 y n.]
335	22	III	III
341	22	*quemada.*	*quemada.*—[I, 216; III, 205.]
íd.	29	*Juan.*	*Juan.*—[III, 49.]

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE
346	6	egipcios,	egipcios.
347	25	419-420.	419, 420.—[I, 421; II, 13, notas.]
355	3	118.	118.—[I, 211.]
371	14	pastoril	pastoral
372	24	IV	VI
376	11	demandada	desmandada
377	16	*golpe*	*galope*
386	22	131.	131.—[I, 64, n.; II, 236, n.]
393	23	210.	250.
396	18	espiró	expiró
409	33	mofa	se mofa
414	12	que eclesiástico	que el eclesiástico
420	21	41	49
428	1	*ralea*	(*ralea*)
íd	íd.	médicos,	(médicos)
íd.	20	Cómo	Como
431	26	187	137
432	25	*Reencuentros*	*Reencuentro*
435	30	*Caballerías.*	*Caballerías.*—[I, 219.]
442	33	28.	28, n.
445	28	191, 193	191-193
447	32	374, 883	374-383
450	2	449	439
464	32	VI	IV
466	5	21	121
476	26	*Sempre*	*Sempere*
478	7	llaman	llama
491	22	*Barras*	*barras*
492	11	IV	VI
493	3	VI	IV
504	13	por *sujeto*	por dar *sujeto*
514	12	ejecutarla.	ejecutarlas.
519	27	en contrario	el contrario
524	30	18	58
538	26	un toledano	el toledano
545	14	II	III
553	32	158	159
555	5	dorada.)	dorada.) I, 231.
577	19	VI	IV
583	3	campos	campo
584	19	*Gil.*	(*Gil*).

La remisión á *Mr. Ticknor's History of Spanish Literature, edition of* 1863, 3 *vols.*, que está al fin del art. *Acuciarse* y dice [I, 458-461, etc.], corresponde al art. *Acuña;* la que est en *Águila blanca* y dice [II, 297-300, etc.], á *Aguilar* (*Gaspar de*).

En la pág. 83, al fin del art. *Carrasco*, añádase: Véase el *Quijote*, edición de Sales, vol. II, pág. 443.

El art. *Ley del encaje*, que está después de *Leguas*, debe ir detrás de *Levar*.

APÉNDICE.

(Del "Mundo Nuevo," Nueva York, 15 de Mayo de 1874.)

Ultimamente los Estados Unidos parecen querer disputar la palma á Inglaterra, que en afanes por la gloria de Cervantes ha dejado atras á las demás naciones. Inglaterra se enorgullece del Reverendo John Bowles, quien consagró catorce años á las notas é índices verbales de la edicion del Quijote que publicó en Salisbury (1781). Hoy los Estados Unidos tienen tambien su Bowles americano, que ha dedicado igual tiempo á idéntico objeto; pero que no tiene razon para temer se diga de él lo que Clemencin de Bowles, que "como extranjero, no alcanzó la fuerza del idioma, cosa siempre difícil y á veces imposible." Me refiero á Mr. Bradford, en cuya obra paso á ocuparme.

Miéntras Ticknor revisaba en 1863 la tercera edicion de su Historia, hizo para su uso particular un corto índice de las notas de Clemencin al Quijote. Por sugestion suya, Mr. Charles Frederick Bradford, su compatriota y amigo, emprendió igual trabajo, del que dió el primer manuscrito, que sólo contenia 130 páginas, al mismo Mr. Ticknor, cuyos valiosos libros españoles se encuentran hoy en la librería pública de Boston. Mr. Bradford tuvo la paciencia de sacar otras copias manuscritas: una para el literato Don Guillermo Picard, que murió en Cadiz en Agosto de 1872: otra para Mr. Denis Florence McCarthy, de Dublin, el elegante traductor de los autos de Calderon; y otra en 1865 para la edicion del Quijote por Clemencin que ofreció á la Universidad de Cambridge. Por último á fines de

1873 y despues de quince años de ímprobo trabajo, Mr. Bradford completó sus estudios y presentó á dicha Universidad, ó sea al Colegio de Harvard, en tres volúmenes manuscritos que contienen 679 páginas, la obra intitulada:

Índice de las notas de Don Diego Clemencin en su edicion del Quijote. Madrid, 1833–39 (6 tomos 4°) con muchas referencias á pasages oscuros y dificultosos del texto, y á la historia de la literatura española de Mr. Ticknor. (3 tomos Edicion de 1863) por Carlos F. Bradford.

El plan de la obra fué trazado por Ticknor: su objeto hacer un extracto de las notas de Clemencin, cuyo principal defecto, segun Ticknor, es su demasiada extension. Mr. Bradford en su modestia no ha ambicionado fama, ni aplausos: su aspiracion se ha limitado á ayudar á los estudiantes de Cambridge en sus estudios de la lengua de Cervantes. Por eso no ha pensado en la publicacion, cuya dificultad, segun él, consiste en que el Índice está destinado á adaptarse á la edicion de Clemencin como una llave á una cerradura; y dicha edicion de Clemencin es hoy sumamente escasa. Tambien cree el autor que no hay suficiente número de aficionados á las letras españolas en los Estados Unidos para costear los gastos de la impresion. Pero este es un error: de la *Vida de Bolívar* que no tiene salida en España, ni en las Antillas españolas, se han agotado ya dos ediciones en la América del Sur; y la demanda del Indice de Clemencin seria mayor por razones obvias, sobre todo despues de vertido al español. El mismo agotamiento de la obra de Clemencin es una razon más para que se busque con avidez la sustancia de sus valiosas notas, las quales, segun la expresion de Brunet, son más que un mero trabajo filológico, un cuadro cabal de las costumbres de España en tiempo de Cervantes.

El modesto título de *Indice de las notas de Don Diego Clemencin* no debe tomarse literalmente. No son meros extractos, ni una simple clave: Mr. Bradford explica varios párrafos del texto, vierte al inglés difíciles idiotismos castellanos, y en el capítulo, *Mistakes or apparently over-nice criticisms of Clemencin*, critica las críticas del maestro, aunque en la intimidad se manifiesta pesaroso del título de *Equivocaciones* que, si la obra se publica, desaparecerá sin duda. Hará bien; pues algunas de las críticas de Mr. Bradford son justas en mi sentir; pero otras no tanto. Juzgue el lector. "Mi menor hermano está en el Pirú, dijo el Oidor al Cura." (III. 265.) Clemencin dice: "no concuerda con lo que se refirió al principio de la relacion del cautivo (III. 147) donde se dijo que de los tres hermanos, el segundo escogió el irse á las Indias, y el menor seguir las letras é irse á acabar sus estudios á Salamanca. Por la cuenta que aquí hace el Oidor resulta que el segundo se fué á Salamanca, y el tercero á las Indias" (III. 265). Mr. Bradford observa: "La relacion del cautivo arriba referido dice: que el cautivo era 'el mayor, y su gusto era seguir el ejercicio de las armas, y el segundo hermano escogió el irse á las Indias, y el menor dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca.' 'El último' era el propio Oidor, pero cuando dice al Cura: 'mi menor hermano está en el Pirú,' pienso quiso decir el menor ó más jóven de los dos mayores, y no el menor de los tres hermanos."

No concurro en el parecer de Mr. Bradford: *menor* en este sentido es adjetivo comparativo de *pequeño*, y no puede aplicarse á un hermano mayor. Lo que los franceses llaman *frère cadet* vale en buen romance *hermano segundo, segundo génito*, ó *segundon*. Cervantes pudo, pues, haber escogido entre estos tres vocablos ó haber dicho simplemente: *mi otro hermano*. Pero al decir *mi menor hermano*

se refirió evidentemente al que á él le seguia, y así lo entenderá, creo, todo oido castellano. El *younger brother* con que Mr. Bradford traduce mi *menor hermano* seria en español mi *más jóven hermano*.

Más acertado es Mr. Bradford en la crítica que sigue: "Sancho cita un dicho de su amo: 'Pues, como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros;' y Clemencin cree que Sancho no podia haber comprendido á Don Quijote porque éste se expresó en latin *(cuando caput dolet etc.)* y porque Sancho habia dicho: 'no entiendo otra lengua que la mia.' Pero Clemencin" (observa Mr. Bradford) "olvida que Don Quijote se lo explicó á Sancho: 'quiero decir, que cuando la cabeza duele, todos miembros duelen' (IV. 35). La feliz memoria de Sancho retuvo esto, como retenia cuanto oia á su amo, quien al fin le dice: 'Socarron sois, Sancho, á fé que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla'" (IV. 55–56).

Tampoco yerra el autor del Indice cuando considera por demás exagerada la censura que hace Clemencin de la frase del Caballero del Bosque: "mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia" (IV. 233). "Mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion" parece muy natural en boca de un enamorado, y es nimia escrupulosidad hallar reparo en ello.

No se limitan las observaciones críticas á las glosas del comentador; sino que se dirigen tambien al texto mismo de Cervantes.

Piensa Mr. Bradford que Cervantes varió de plan en el discurso de la obra con respecto á los dos carácteres principales, muy especialmente respecto á Sancho, quien descrito al principio, dice, como "de muy poca sal en la mollera" hace despues citaciones en latin, pronuncia

bellísimos discursos sobre la muerte, sobre el sueño, y ostenta conocimientos, erudicion y ciencia en desacuerdo con su carácter primitivo. En este sentido, parece á Mr. Bradford que Sancho reune en su persona lo que el mismo Sancho dice sobre *el toledano y el sayagüez*, los opuestos extremos de ignorancia y de cultura.

El autor del *Indice* coincide en el dictámen de los críticos sobre el sumo descuido y distracciones de Cervantes, á quien cuadra en su opinion, el juicio de Walker sobre el Doctor Johnson: "este grande hombre se curaba poco de pronunciacion ó de etimología, y áun las disquisiciones gramaticales no parecen haber sido su estudio predilecto; pero cuando era necessario definir palabras con precision, fijar el límite de su significacion, y distinguir los delicados matices de su sentido, este trabajo, tan árduo para la mente más aventajada, le ofrecia una tarea digna de sus fuerzas, y él se volvia entónces un Hércules literario."

Es de sentir que esta obra sobre Cervantes y su más ilustre comentador se haya escrito en inglés, cuando el idioma propio era el español en que el autor se manifiesta tan versado. Pero iniciado el estudio bajo los auspicios de Ticknor, que murió sin ver su fin (motivo de amarga pena para su fiel amigo), Mr. Bradford siguió el ejemplo del historiador de la literatura española, y escribió además sólo para unos pocos, como lo manifiesta el hecho de conservar inédito su trabajo. Más que una obra para el público, es un homenage de admiracion y respeto á la Universidad á quien el autor ha ofrecido la valiosa dádiva de su *Indice*, escrito de su puño y letra, sin enmiendas, ni borrones, tan legible, terso y limpio como la imprenta. Cada volúmen está esmeradamente encuadernado con pasta de cuero de Rusia, y el primer volúmen se halla engalanado con un prefacio impreso. Los encabeza-

mientos de los capítulos son ora en español, ora en inglés.

Tambien ha llenado Mr. Bradford el vacío que habia en las ediciones y traducciones de Don Quijote: la falta de claridad en el resúmen de los capítulos que hacia difícil hallar immediatamente determinado pasaje. Con el título de "Aventuras, sucesos, incidentes y cosas notables del Quijote," Mr. Bradford hace un resúmen de ellos é indica la página y volúmen en que se encuentran.

Sin blasonar de poeta, Mr. Bradford, arrastrado por su aficion á los clásicos del siglo XVI, ha querido dar á conocer á sus compatriotas algunas de las joyas de aquella nuestra edad de oro literaria. Muy fieles y esmeradas son sus versiones inglesas de la admirable Oda de Fray Luis de Leon *A la Ascension*, (engalanada con las cuatro estrofas descubiertas en 1858 por el poeta sevillano Bueno y omitidas en todas las colecciones españolas desde la de Quevedo en el siglo XVII, hasta la de Aribau); de *Las Estrellas y las Flores* de Calderon de la Barca, en las cuales Mr. Bradford ha hecho el atrevido ensayo de traducir en versos españoles pensamientos de Darwin y de Milton conexionados con el objeto; del soneto de Lope de Vega

Un soneto me manda hacer Violante

cuyo plágio anónimo en frances ha traducido tambien Mr. Bradford; y del soneto de Quevedo *A Roma sepultada en sus ruinas*. Mr. Bradford ha vertido igualmente al inglés la fábula de Samaniego *La Codorniz;* la de Iriarte *La Víbora y la Sanguijuela; La Lluvia*, de Melendez Valdes; *El Buen Pastor* y *Jacob y Raquel*, de Lope de Vega; el soneto polígloto del mismo Lope, *Le donne, i cavalier, le armi, gli amori; El Sueño de las Flores*, de Don José Selgas y Carrasco; *El Girasol* del poeta cubano S. C. Bello; la

fábula árabe de Don Teodoro Guerrero *La Gota de Agua;* la poesía *A Don José Antonio de Miralla*, traductor de la elegía de Gray, de Don José Fernandez Madrid; *Las Estrellas*, de Selgas y Carrasco; y *Es de vidrio la mujer* de Cervantes.

Dos palabras acerca de la personalidad del autor del *Indice*. Invitado por la Ciudad de Boston al jubileo internacional de 1872, tuve la satisfaccion de conocer á Bradford en el convite dado á la prensa en el histórico salon de Faneuil Hall. Mr. Bradford me fué presentado simplemente como un comerciante que hablaba español y que habia residido largos años en el Ecuador y otros países de Sud-América, consagrado á sus ocupaciones mercantiles. Nada en su conversacion hizo traslucir que él hubiese acometido la difícil tarea del *Indice*, ni dedicádose á la literatura española; y no fué poca mi sorpresa cuando la voz pública se encargó de anunciarme que aquel comerciante era el autor de los tres gruesos volúmenes sobre las anotaciones de Clemencin al Quijote. "Me asombra," le dice con razon el poeta Longfellow en una carta inédita, "la paciencia y perseverancia de usted en esta obra. En medio del torbellino de la vida, usted ha estado escribiendo diligentemente como un escriba de la edad media en su *scriptorium*. Espero ver un dia impreso este libro: todos los lectores del Quijote bendecirán el nombre de usted."

Cuantos leyeren estas líneas no podrán ménos de participar de la esperanza del poeta, y hacer votos por la impresion del *Indice*.

ANTONIO FLORES.

("The Nation," Nueva York, 29 de Enero de 1874.)

La biblioteca de la Universidad de Harvard se ha enriquecido con un presente de valor tan especial que merece el reconocimiento público.

El Señor Don Carlos F. Bradford, conocido por su amor á la literatura española, y como docto y antiguo admirador de Cervantes, ha hecho donación al Colegio de un manuscrito en tres gruesos volúmenes, titulado "Indice á las notas de Don Diego Clemencin en su edición del Quijote" Madrid, 1833–39, 6 tomos 4°, con numerotas referencias á oscuros y dificiles pasages del texto y á la "Historia de la Literatura Española," de Mr. Ticknor. (3 tomos. Edición de 1863.) Este índice representa un desintersado trabajo de mas de quince años, está magnificamente encuadernado y escrito de puño y letra del autor con letra tan hermosa, clara é igual que, para comodidad de las referencias, nada deja que desear pues se lee lo mismo que si fuese de imprenta.

El Señor Bradford habia presentado á la biblioteca en 1865 un ejemplar de la mejor edición del Quijote de Clemencin, rara é inestimable obra que, como dice Brunet con verdad, es mas bien "un tableau exact des mœurs de l'Espagne á l'époque où écrivait Cervantes, qu'un simple travail philologique." Dicho Señor entregó el mencionado ejemplar acompañado de un sétimo tomo manuscrito conteniendo su índice á las notas principales. Ahora ha presentado el mismo manuscrito aumentado en tres veces su antiguo tamaño, marcando en él cuidadosamente todos los puntos explicados por el comentador español, yendo hasta explicar palabras oscuras y expresiones del texto de Cervantes que Clemencin habia pasado de largo, y añadiendo muchas referencias sobre asuntos literarios a la "Historia de la Literatura Española," de Mr. Ticknor.

Presentada de este modo, la clave exacta para explicar las notas valiosas de Clemencin tendrá mayor utilidad de la que se pueda suponer. El número de libros, y especialmente de buenos libros, es tal, que el lector mas asíduo no puede llegar á conocer sino una pequeñísima parte, aún siendo de aquellos que tratan de asuntos que mas le interesan. Constantemente nos vemos forzados á elegir y echar á un lado, posponiendo para otro dia, que tal vez no ha de llegar, la lectura de obras que imaginamos contienen mucho de lo que deseamos saber. Pero lo que necesitamos para nuestro estudio especial, se halla enterrado entre otras materias de poca importancia para nosotros, y que nos es inaccessible por falta de tiempo. Gran parte de estos antecedentes pueden buscarse en obras que son en sí mismas compendios á explanaciones, con tan poco enlace entre sí, que no basta la humana paciencia contra la monotonía de una investigación que al final no produce fruto alguno. Tales son los numerosos elaborados comentarios que han aparecido de tiempo en tiempo sobre los escritos de los grandes autores.

Un buen índice de cada una de esas producciones es el medio de aumentar en alto grado su utilidad, y el autor de tal índice, por ingrato que pueda haber parecido su trabajo, habrá hecho casi tanto como si hubiera hallado el medio de prolongar la humana existencia; habrá facilitado á aquellos que se aprovechen de su trabajo los medios de economizar tiempo y concentrar sus fuerzas siendo así que de otro modo las habrian gastado inutilmente.

El Señor Bradford es muy modesto al llamar á su obra simplemente 'Indice á Clemencin,' pues tiene en muchos puntos el mérito de una obra original. Contiene notas que no se hallan en Clemencin, algunas de las cuales tal vez no consideraba necesarias el comentador español pero que son de mucha utilidad para lectores extranjeros. En

el espacio de pocas páginas se hallan notas como las que se refieren á *convidar*, *cotufa*, *cuerno de la luna*, *cuerpos*, y otras varias. Muchas de las palabras son explicadas una vez por Clemencin con la observación de que pueden ocurrir otra vez en el discurso; pero el lector que no haya leido el primer pasage ó que lo haya olvidado, no sabe como valerse cuando encuentra la palabra sin explicación. El 'Indice' del Sr. Bradford es utilísimo en tales casos, puesto que debajo de cada palabra que presenta alguna dificultad, se hace referencia á todos los pasages en que vuelva á presentarse en el 'Quijote.'

Ni es el 'Indice' completamente español; pues hay en él numerosas referencias en inglés que nos hacen ver los asuntos tratados en las notas, ó en la obra original, de la misma manera que en las páginas en que se han visto antes, como "Absurdos de estilo," véase Silva — Actores en España — Arabe, la lengua — Origen árabe de Don Quijote — Palabras arábigas del español," etc. Uno de los caractéres especiales del 'Índice' es la traducción frecuente de frases difíciles, peculiares del idioma español, (modismos é idiotismos) que será de mucho valor para el lector. A veces una sola expresión inglesa arroja mas luz sobre un pasage oscuro en español que las largas y, mejor diriamos, un tanto fastidiosas notas de Clemencin, si no temiéramos que el Sr. Bradford se opusiese sériamente á este último epíteto.

De sentir es que la modestia del Señor Bradford le haya impedido desarrollar en muchas páginas su cortísimo capítulo bajo el epígrafe "Errores de Clemencin y crítica en apariencia demasiado escrupulosa." Cualquiera que sea la autoridad del comentador español, no "parecerá gran presunción" de parte del Sr. Bradford, acogerla con desconfianza alguna que otra vez. Nadie se halla para ello en mejores condiciones: porque, si muchos años de laborioso

estudio y una ilustrada apreciación del autor no dan derecho para hablar con autoridad sobre muchos puntos relacionados con el 'Don Quijote,' ¿ qué puede darla?

Agreguemos á lo dicho que este manuscrito es realmente, tanto por la lengua cuanto por la materia, un diccionario especiál de la mas grande obra que los españoles han producido. Miéntras en francés, Corneille, Mme. de Sevigné, Racine, Molière y otros, tienen muy buenos y completos diccionarios, Cervantes no tiene ninguno en español. El Señor Bradford merece las gracias de todos por haber contribuido tan generosamente á llenar este vacío.

PARK STREET, 1°. de Abril de 1864.

MI QUERIDO SR. BRADFORD: —

Esta mañana hé recibido su "Indice á las notas de Clemencin sobre el Don Quijote," notabilísima obra preparada con cuidado, magnificamente escrita, y encuadernada con exquisito gusto.

Raras veces recibe un amante de las letras gratificación parecida á la que yo experimento en este instante, y doy á V^d. las mas sinceras gracias por la hermosa copia que me envia.

Hé examinado con detención algunas de sus páginas como así mismo muchos de sus párrafos por separado, y la encuentro, como esperaba, exacta. De aquí en adelante la utilizaré con el sério propósito del estudio y no dudo que obtendré de ella gran beneficio.

Cuando considero cuanta laboriosidad y paciencia ha empleado V^d. en este Índice, me consuelo con el pensamiento de que si bien V^d. me lo dedicaba bondadosamente, no ha sido, al igual que otras buenas obras, sin ventaja para su autor. Mucho debe V^d. haber aprendido acerca de la historia y crítica de la literatura española, y muy grande será su sentimiento, al desprenderse de ella; pero otros tambien la utilizarán y se aprovecharán de su contenido.

Mucho me ha sorprendido la confesión, llena de delicadeza y modestia, de las imperfectas ventajas que V^d. ha gozado para el cultivo de las letras, al compararlas con los resultados que ha obtenido. Sabia por V^d. mismo, y tambien por otras personas, que habian sido muy escasas sus primeras oportunidades; pero no tenia idea de que lo hubiesen sido en tan alto grado y me avergüenzo de pensar que con todos los medios que yo hé tenido á mi

alcance no haya conseguido hacer mas. Le aseguro á Vd. que siento esto con profunda pena, en el momento en que escribo.

Sírvase Vd. dar mis afectuosos recuerdos á su señora y decirla que la felicito al ver á Vd. libre de esta penosa y larga obra, pues no dudo habrá pensado muchas veces que Vd. consagraba á dicha tarea tiempo á que ella tenia mejor derecho. Pero ya está hecho, y reitero á Vd. las gracias por ello; añadiendo, que si como Vd. bondadosamente dice, yo le hé ayudado de alguna manera en sus estudios, me hallo obligado á mas en lo sucesivo á fin de compensar en parte el favor que Vd. me dispensa actualmente.

Queda de Vd. muy afectísimo amigo,

GEO. TICKNOR.

SENOR DON CARLOS F. BRADFORD,
Roxbury.

CAMBRIDGE, 28 de Octubre de 1873.

QUERIDO SR. BRADFORD: —

Hé examinado detenidamente con gran satisfacción su "Indice á las notas de Clemencin sobre el Don Quijote" y lo encuentro tan atractivo é interesante que, si tuviese tiempo, lo leería completamente desde el principio hasta el fin, pues hay en todas sus páginas algo que trae á la memoria los recuerdos de antiguos y olvidados estudios y que, como guia indicadora, señala el camino de lugares gratos.

Me asombra su larga paciencia y perseverancia en esta obra. En medio del torbellino de la vida moderna se ha dedicado V^{d}. á ella con aquella diligencia propia de un benedictino de la Edad Media en su *scriptorium*.

Abrigo la esperanza de que algun dia se dará á la imprenta y por ello bendecirán su nombre todos los lectores del "Quijote."

Deseándole todo género de prosperidades soy de V^{d}., mi querido Sr. Bradford, su afectísimo y verdadero amigo,

HENRY W. LONGFELLOW.

SEÑOR DON CARLOS F. BRADFORD.

UNIVERSIDAD DE HARVARD,
CAMBRIDGE, MASS., 17 de Febrero de 1875.

SEÑOR DON CARLOS F. BRADFORD: —

MUY SEÑOR MIO, —

Demasiado tiempo me hé retrasado en expresar á V^d. mi gratitud por la donación que ha hecho á la Universidad presentando á la biblioteca la mejor copia de su "Indice á las notas de Clemencin," en su edición del "Don Quijote."

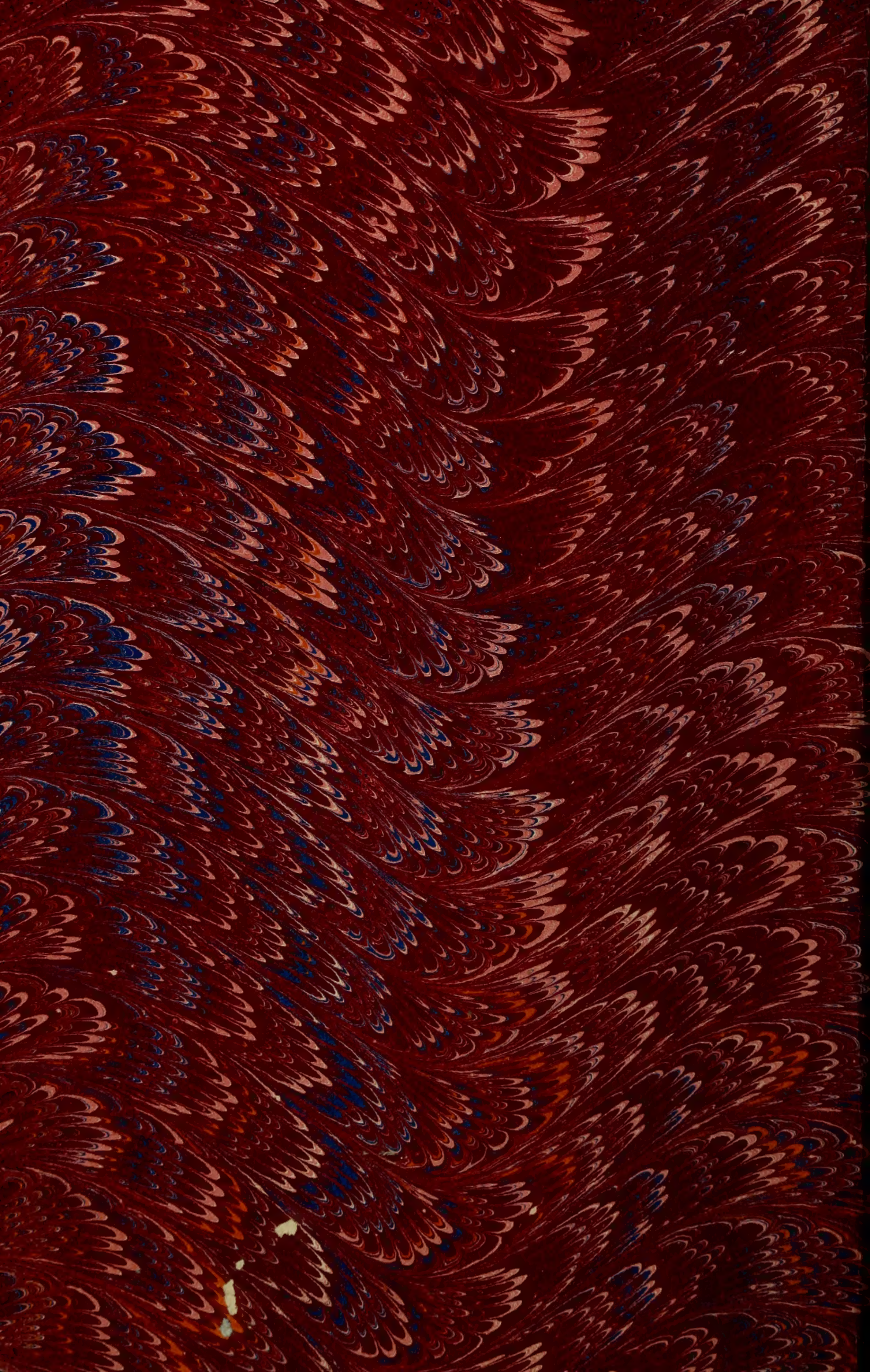
A mis ojos, este índice es una obra que revela extraordinaria devoción al estudio; pues en este pais y en estos tiempos son escasos ciertamente los ejemplos de tal paciencia, cuidado y concienzudo trabajo literario. Pocos hombres hacen presentes de la calidad de estos tres volúmenes manuscritos que sean, como ellos, el fruto de muchos años de su propio trabajo manual, así como de un buen criterio, y entusiasta amor á las letras.

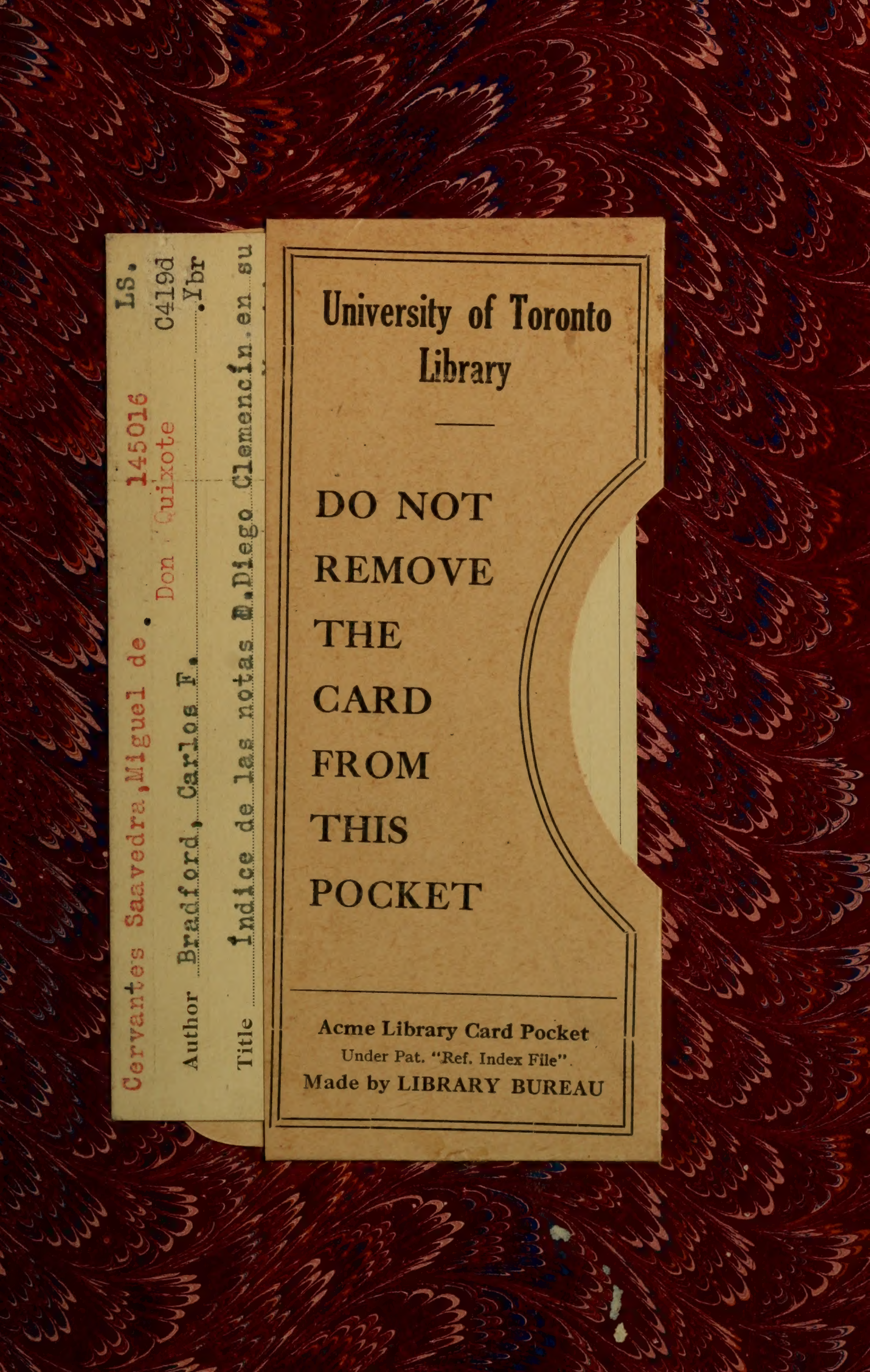
Esta obra es tanto mas preciosa y digna de nota, cuanto que es la obra llevada á cabo en el silencio, y sin otro reconocimiento que la sincera gratitud de unos pocos admiradores de un gran autor.

Felicito á V^d. cordialmente por los honores académicos que con tanta justicia se le han concedido recientemente.

Reconózcame V^d., mi querido Señor, por su afectísimo amigo,

CHARLES W. ELIOT.





Cervantes Saavedra, Miguel de. 145016 LS.
Don Quixote C419d
Author Bradford, Carlos F. .Ybr
Title Indice de las notas D. Diego Clemencín en su
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

